

PABLO VICTORIA

AUTOR DEL LIBRO *EL DÍA QUE ESPAÑA DERROTÓ A INGLATERRA*

# EL TERROR BOLIVARIANO



**GUERRA  
Y GENOCIDIO  
CONTRA ESPAÑA**

DURANTE LA INDEPENDENCIA  
DE COLOMBIA Y VENEZUELA  
EN EL SIGLO XIX



PABLO VICTORIA

EL TERROR BOLIVARIANO

Guerra y genocidio contra España  
durante la independencia de  
Colombia y Venezuela en el siglo XIX

la esfera  de los libros

*Revisada la Historia, hemos aprendido a desconfiar un poco más de ella y a amar mucho más a España: dedicado al pueblo español e hispanoamericano, para que volvamos a encontrarnos en las sendas comunes de nuestra historia...*

## Libro I. LA REBELIÓN AMERICANA

## Introducción

El libro que presento, querido lector, constituye para mí la historia más triste que jamás pudiera acontecer a nación alguna que hubiese entregado tanto como España entregó en América: la religión, la lengua y la cultura. Pero es un libro peculiar porque trata de los aspectos menos conocidos de la historia de la Independencia de América y, asociado con esta, la magna obra española en ese continente, retratada, principalmente, en la Nueva Granada y Venezuela, dos países claves para comprender el drama que se desarrolló en las dos orillas del Atlántico. Sorprenderá la narración de este drama porque no solo se refiere a las épicas batallas sino que es también una historia de la crueldad humana y de lo que yo he querido llamar *el genocidio bolivariano*, la carnicería fuera de combate que Simón Bolívar desencadenó contra miles de indefensos o inocentes españoles. El Bolívar que he descubierto, debo reconocerlo aun a costa de la incompreensión de mis compatriotas, me ha llenado de espanto, congoja y vergüenza. Nunca pude imaginar que detrás de ese idealista y hombre grande, pudiera esconderse, simultáneamente, un alma tan ruin y sanguinaria. Por eso, mi libro es un cuadro de luces y de sombras: luces de lo grandioso, y sombras de lo ruin y despreciable. Me salva que no haya ley que prohíba hablar sobre este tema, indagarlo o penetrar en él y, sin exageraciones, sacar a la luz lo que muchos historiadores se han empeñado en esconder en la sombra. Era hora de que alguien se sentara a contar la verdad, sin adornos ni miramientos. Esta es la manera en que, finalmente, decidí abordar un tema que muy seguramente causará ampollas, particularmente en Colombia y Venezuela, pero que a mí me sanará las pústulas que llevaba en el alma por tanta mentira y tanta complicidad histórica.

Este libro se inicia en los albores de la rebelión, sus causas y orígenes, hasta la independencia de Colombia y Venezuela, y culmina con la reconquista y pacificación española de ambos territorios; posteriormente, D. M., concluiré la tarea con la continuación de la guerra en el sur de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, hasta el retorno de Bolívar a Colombia y su muerte; es decir, el trayecto vital de las guerras de Bolívar hasta su desilusión con la Independencia, el colapso de su sueño unionista y su destierro y el triste final de su vida. He aquí cómo para mí empezó todo:

Doña Marta Jiménez Navia, prima hermana de mi suegro, don Francisco Grueso Navia, tenía ciento dos años, demasiado joven para haber visto de cerca la Independencia de América continental, o siquiera las de Cuba y Puerto Rico auxiliadas desde fuera. Noventa y seis años antes de su nacimiento, en vida de su abuela hacia 1814, habíanse confiado a la familia unas memorias que fueron perdiendo valor con el tiempo, pero que para nosotros y para quienes pudieron leerlas, cobraron gran significación. Mi mujer y yo habíamos ido a visitarla a Cali, ciudad donde residía al momento de escribir estas páginas, aunque ella era originariamente de la muy noble y leal ciudad de Buga, a donde se extendió el apellido Navia, oriundo del Gran Cauca, cuya capital era Popayán. Cuando, bajo el calor del mediodía, llegamos a casa de doña Marta, encontramos el fresco de los grandes patios y de las baldosas que en Cali invitan a caminar descalzo sobre ellas. Vi, entonces, una viejecita reducida a la cama y encorvada por los años y

por el cúmulo de antigüedades, antiguallas y vejeces que reposaban sobre sus hombros. Jamás hubiera adivinado lo que en esa casa encontré.

Doña Marta, a sus ciento dos años mozos para los acontecimientos de hacía dos siglos —pero suficientemente anciana y lúcida para ignorar lo que guardaba en el baúl de sus recuerdos— nos obsequió lo que inicialmente consideramos como papeles amarillentos por la pátina y carcomidos por la polilla, que no tenían otro valor que el nostálgico recuerdo del acontecer familiar: registros de nacimientos, anotaciones de recetas de cocina, pócimas para la tos, pomadas para la cura de las picaduras de mosquitos, brebajes para las fiebres de los pantanos, invocaciones milagrosas para aplacar la ira del volcán Puracé, precios de los remedios del boticario y de la canasta de compras, valor del ganado en canal, bisuterías de la plaza central de Popayán, limosnas para la Catedral, arrendamientos de propiedades varias, ingresos de los hatos lecheros de propiedad de sus antepasados, gastos del colegio de los jesuitas, viáticos de viajes interminables y, entrelazado con todo ello, unas curiosas anotaciones que nadie habría podido adivinar por la rapidez con que fueron escritas, la premura con que se despacharon las hojas y el desorden en que estas se encontraban, amén del deterioro evidente de los folios.

«Miren», nos dijo, «aquí también se pueden encontrar viejas fotografías de familia, pétalos de rosa, una que otra hoja de un otoño inexistente en estas latitudes en las que se adivina el esqueleto en que todos seremos convertidos...». Tal vez adivinaba su próximo fallecimiento. «Tía Marta, no hable así, que a su edad usted luce más fuerte que un roble y con más carnes que esas hojas», dijo mi esposa, Cristina, que en la Semana Santa del 2006, coleccionando recuerdos familiares y fotos de viejos álbumes a punto de desaparecer, intentaba reconstruir árboles genealógicos que identificaran las 12 generaciones que con singular perseverancia la habían antecedido en llevar a hombros las pesadas imágenes de los santos, de las Dolorosas y de los Cristos, en las procesiones nocturnas de los Martes, Miércoles, Jueves y Viernes Santos que desde hacía cuatrocientos cincuenta años se practicaban en Popayán. Eran antepasados que en esos días se cubrían con túnicas moradas y paños blancos, portaban alcayatas para sostener las andas cada veinte pasos y orgullosamente lucían ciertas protuberancias en el hombro, a manera de callo, para testimonio permanente de su intención expiatoria en los siguientes diecinueve lentos y pesados pasos...

«Ay hija —contesta la anciana— ya estoy tan vieja y encorvada que más vale que te lleves esto, lo espulgues y selecciones lo que te haya de servir... Creo que hay allí unos papeles de un pariente lejano nuestro que fue hombre importante y de letras que tuvo algo que ver con la *contra independencia* de este desdichado país...». «¿La contra qué?», pregunté yo casi con asombro y la tía contestó: «Sí, porque este señor, don Joaquín de Mosquera y Figueroa, se fue en tiempos de la revuelta contra España, estuvo en los tumultos de Cádiz y como que por allá murió... Era popayanejo, realista, para más señas, y le dio por anotar todo lo que veía y lo que no había visto, pero que se lo contaban los que sí lo vieron... Es conveniente que se lleven esto, porque, como bien sabes, he testado a mi criada que lleva conmigo los últimos cincuenta años y ella, que no aprecia los escritos nuevos, mucho menos habría de apreciar los viejos... A ustedes servirá más que a ella».

Mis ojos se dirigieron hacia el vacío. Interesado por el personaje, luego averigüé con la parentela de mi esposa que don Joaquín de Mosquera y Figueroa había nacido en Popayán el 19

de enero de 1748 y hecho sus estudios en el seminario. Había ejercido su profesión de abogado en Santa Fe, aunque luego regresó a su ciudad natal, donde fue vocal del Cabildo y asesor del Gobernador de la provincia en 1774. En 1778 fue trasladado a Cartagena y en 1785 nombrado Gobernador de dicha ciudad y de la provincia. Llegó a ser Oidor de la Real Audiencia de Santa Fe, Quito y Méjico, Alcalde del Crimen y Oidor de la Real Audiencia de Méjico. Dos hechos importantes cabe destacar: en Santa Fe juzgó y condenó al precursor de la independencia Antonio Nariño por la investigación que se le adelantó por peculado y en Méjico actuó contra Pedro Portilla y once de sus compañeros revolucionarios e independentistas. Era un patriota en el sentido más amplio de la palabra. El 1 de octubre de 1804 fue en comisión de visita a la audiencia de Caracas y allí fue nombrado regente de la Audiencia. El 10 de julio de 1809 fue elegido diputado por Venezuela y vocal de la Junta Suprema y se le comisionó para representar la provincia en las Cortes de Cádiz. Empero, no fue admitido a ellas por no haber nacido en la provincia que representaba. Sin embargo, sus amplios conocimientos sobre América le granjearon la oportunidad de asistir a diversas comisiones que trataban sobre los más importantes acontecimientos que en aquellas tierras ocurrían. En 1810 se le nombró ministro togado del Consejo de Indias, cargo que desempeñó hasta el 22 de enero de 1812. En esa fecha las Cortes eligieron la tercera Junta de Regencia, compuesta por seis miembros, Juan María de Villavicencio, Pedro Alcántara de Toledo, duque del Infantado, Enrique José O'Donnell Anethan, conde de la Bisbal, Ignacio Rodríguez de Rivas y Juan Pérez Villamil. Don Joaquín encabezó como Presidente de la Regencia del 22 de enero de 1812 al 8 de marzo de 1813, y como tal, le correspondió promulgar, el 19 de marzo, la Constitución de 1812. *Es decir, actuó como rey virtual de España en ausencia de don Fernando VII.* Dicha Junta fue sustituida poco después por una cuarta integrada por el cardenal de Borbón y Pedro Agar, oriundo de Santa Fe, quien ya había pertenecido a la regencia en la segunda Junta, y Gabriel Ciscar. Restaurada la Monarquía, el Rey nombró a don Joaquín el 3 de julio de 1814 ministro del Consejo de Indias; el 15 de noviembre, secretario de la Cámara del mismo Consejo; el 31 de marzo de 1816, secretario y fiscal de la orden Isabel la Católica. Por sus servicios a España, el 23 de febrero de 1817 Fernando VII tuvo a bien condecorarlo con la Gran Cruz de Isabel la Católica, junto con el mariscal Pascual Enrile, criollo este y segundo del general Pablo Morillo, «El Pacificador» de la Nueva Granada, así como al obispo de Oaxaca.

La revolución de Riego y Quiroga que impuso el regreso al régimen constitucional lo habría de dejar cesante en el Consejo el 15 de marzo de 1820, aunque se le continuó pagando el sueldo que pasó a cobrar en Murcia, su nuevo lugar de residencia. Una vez se restableció el absolutismo, en el año 1824 fue repuesto en la fiscalía de la orden de Isabel la Católica. Falleció en Madrid el 29 de mayo de 1830 y, aunque la sabiduría convencional afirma que sus restos reposan en el cementerio de Fuencarral, yo no pude encontrar su tumba en los registros de dicho cementerio.

Ante mi evidente curiosidad por los anunciados escritos, la tía Marta extrajo de un viejo y mohoso baúl unos empolvados y apolillados papeles que ya ni el tiempo recordaba, pues reposaban, bajo el peso de los años, con la dignidad que les confería la pátina de sus amarillentas páginas y que, al ir las abriendo, develaron ante mis ojos las interesantes y extrañas conversaciones que don Joaquín tuvo con el rey Fernando VII y que poco antes de morir dejó

apenas esbozadas en ese cartapacio que fue luego a parar a manos de sus familiares en Popayán, casi todos republicanos y revolucionarios, quienes guardaron para siempre sus *Memorias* en el baúl de marras. No se salvaron todas.

Lo inexplicable era que Fernando VII hubiera dedicado tiempo a escuchar el relato de don Joaquín quien, imagino, lo cautivó con su vivacidad y el gracejo del acento payanés. Y aunque estas ocasionales entrevistas no son asunto registrado en la Historia, tales códigos me dieron pie a escribir esta historia de la Independencia como el propio don Joaquín de Mosquera y Figueroa, supongo, la habría escrito en su totalidad si hubiera dispuesto del tiempo y de las ganas suficientes para hacerlo.

En realidad, sucedió que en las postrimerías de su vida don Joaquín hizo memoria escrita de todo cuanto había dicho al Rey, entre los años 1828 y 1830, en las raras oportunidades que tuvo para entrevistarse con él. No obstante el estilo coloquial que a veces se emplea, acudo al recurso documental como sustento de lo narrado o añadido por mí, y aun por don Joaquín, quien debió emplear innumerables días oyendo y anotando historia tras historia de todos los exiliados que de América llegaban a la costa gaditana. A tales efectos se pueden consultar las reseñas bibliográficas al final del libro, pues he preferido hacerlo así para no interrumpir la narración con molestos pies de páginas; de este modo, las citas directas están entrecomilladas y en cursivas; en cambio, las que provienen de las *Memorias* de don Joaquín, se abren con comillas y permanecen con letra normal. Cuando se trata de algún cronista citado, o de personaje cualquiera, normalmente se puede encontrar la referencia buscando su nombre en la bibliografía, nombre que en la mayoría de los casos reseño como añadido documental del autor, la más de las veces con una breve descripción de lo consultado. En el caso de Bolívar, las cartas, proclamas, o documentos citados, pueden encontrarse en *Proclamas y discursos del Libertador*, o en los tres volúmenes de la *Crónica razonada de las guerras de Bolívar* de Vicente Lecuna, en la biografía de *Bolívar* de Salvador de Madariaga, en la de Indalecio Liévano Aguirre y en otras publicaciones similares que el autor ha reputado fidedignas. En todas estas referencias se han buscado diversas fuentes para contrastar no solo la referencia, sino su contexto histórico, con miras a salvaguardar siempre la esencia y el espíritu de los documentos apolillados de don Joaquín y su propia interpretación de los hechos históricos que narrara al entonces Rey, don Fernando VII.

Ahora bien, con el correr de los tiempos los Mosqueras, es decir, los hermanos de don Joaquín que sí dejaron descendencia, se emparentaron con los Arboledas, Chaux y Gruesos y como don Francisco Grueso Navia, padre de mi esposa y primo de doña Marta y de los Arboleda Gruesos, lo une cierto parentesco con los Mosquera-Arboledas, fue lo que hizo esta tarea más interesante por lo más cercana. Mucho más cercana, también, porque una Grueso enlazó con uno de los hijos del sabio Caldas, prócer de la Independencia fusilado por Pablo Morillo, el Pacificador, por lo que de allí arranca el tronco Caldas-Grueso.

Debo mis especiales agradecimientos al marqués de San Juan de Rivera, don Carlos Felipe Castrillón Muñoz, la dilucidación de algunos de estos parentescos y la aclaración de los vínculos familiares que unían a los señores Mosqueras. Lo conocí durante mi visita a Popayán en marzo de 2007. Es este Marqués descendiente de don Marcelino Mosquera y Figueroa, hermano del Regente. Ambos, Marcelino y Joaquín eran hermanos de José María, padre de los que fueron

llamados por la Historia los «Mosquera Grandes», por haber sido tales vástagos (Tomás Cipriano, cuatro veces presidente de Colombia y ex edecán del Libertador, Manuel José, arzobispo de Bogotá, Manuel María, el diplomático, y Joaquín, primer presidente de Colombia después de haber renunciado el Libertador Simón Bolívar a la primera magistratura, pocos meses antes de su muerte) los más célebres de la familia.

Ocurre que también don Carlos Felipe descende de doña Beatriz O'Donnell, ex azafata de la primera esposa de Fernando VII, la reina doña María Antonia de Nápoles (sobrina de María Antonieta de Francia), y hermana de Enrique José O'Donnell Anethan, primer conde de la Bisbal y de Lucena y miembro, con don Joaquín, del Consejo de Regencia de España durante el cautiverio de Fernando VII, quien también sancionara la Constitución de Cádiz de 1812. Estuvo casada la reina María Antonia con don Fernando VII de 1802 a 1806, fechas para las que ya había contraído nupcias en 1795 doña Beatriz, en el castillo de Aranjuez, con el payanés don Manuel de Pombo Ante y Valencia, quien fuera signatario del Acta de Independencia de la Nueva Granada en 1810 y se salvara, por un pelo, de ser fusilado por Pablo Morillo. Pero sufrir esa suerte correspondió a su sobrino, Miguel de Pombo y Pombo, quien, igualmente signatario que su tío, murió fusilado. Fueron aquellos los abuelos del poeta-soldado Julio Arboleda, Presidente electo de Colombia asesinado en Berruecos (República de Colombia), y de Sergio, su hermano, casado con Marta Valencia Coz y Villar, prima de las hijas del segundo conde de Casa Valencia, Pedro Felipe, también fusilado por el Pacificador Morillo, junto con el sabio Caldas, hechos que también trataremos en este libro.

Don Joaquín, el Regente de España, dejó tres hijas, todas monjas que profesaron en Méjico y, en consecuencia, se perdió su línea de descendencia. Como dato curioso diré que don Carlos Felipe Castrillón rescató el título nobiliario perdido en la República y re-otorgado de manos del rey don Juan Carlos I de España, mediante Real Decreto fechado el 1 de septiembre de 2005. Creo que es el primer colombiano que ha rescatado un título nobiliario. Carlos Felipe es tataranieta del mencionado Sergio Arboleda Pombo y a quien debo también agradecer haberme conseguido con Santiago Pombo Osorio, su pariente, la carta tomada del original que don Pablo Morillo enviara desde su Cuartel General en Santa Fe de Bogotá, en el efímeramente reconstituido Nuevo Reyno de Granada, a doña Beatriz O'Donnell Anethan, su sexta abuela. La persona clave en la recuperación de su título fue don Francisco López Becerra de Solé y Martín de Vargas, hoy duque de Maqueda y entonces conde de Cabra y marqués de Ayamonte, Presidente de la Fundación Conde de Cabra y esposo de doña Paloma de Casanova y Barón, duquesa de Maqueda, duquesa de Baños, Marquesa de Ayamonte y Grande de España. Agradezco también a Guillermo Rocafuerte, prometedor escritor y amigo, el haberme suministrado la carta que un antepasado suyo, Vicente Rocafuerte, enviara en 1828 a Juan de Dios Cañedo, en la que describe la desmedida ambición que movía al Libertador. Agradezco también a mi querido amigo Augusto Mantilla Serrano el haberme recordado los versos que en el colegio se recitaban para honrar la memoria de los virreyes de la Nueva Granada, hacía mucho tiempo por mí olvidados. Tampoco podría dejar por fuera de mis agradecimientos a Miguel Patiño Posse, miembro de número de la Academia de Historia de Bogotá, por haberme suministrado datos biográficos de su antepasado don Eustaquio Galavís, quien tuvo importante protagonismo contra la revolución comunera en

1781 y a favor de la corona española.

El trabajo no dejó de tener inconvenientes. Uno de los problemas al que me enfrentaba era mostrar descarnadamente a unos próceres muy queridos de nuestra nacionalidad y dar a conocer sus aspectos más oscuros, algunas veces resaltados por los mismos calificativos que don Joaquín empleó en sus garrapateadas *Memorias de la Independencia dichas al oído del Rey*. Me planteé varios problemas: uno era cómo habría de ser recibido todo esto por aquellos para quienes el Libertador y el resto de Próceres tienen el halo de la santidad por haber sido colocados en el altar imaginario de la Patria. Otro era que las *Memorias* de don Joaquín que me dio la tía Marta estaban incompletas y, por lo tanto, no tenían una secuencia uniforme, por lo que tenía que hacer la mar de peripecias para completar y dar a todo aquello contexto y coherencia.

Así, mi profundización sobre la vida de Simón Bolívar, desde su periplo que arranca en Venezuela, pasa por la Nueva Granada, sigue hacia el Ecuador, Perú y Bolivia, amén de intensas lecturas de diversos autores sobre los movimientos independentistas de América, me dieron el panorama buscado para recomponer una historia que ha sido, mayormente, falsificada y enmascarada por muchos autores a quienes el genio de Bolívar ha seducido hasta la complicidad. También me llevaron a la convicción de que, en efecto, las biografías del Libertador, de los hombres que lo acompañaron y de los precursores de la Independencia han tenido más de novela romántica que de historia verdadera. Han sido escritas al desgaire de las conveniencias políticas, de los odios o de las preferencias partidistas y han omitido las verdaderas causas, sucesos y vidas de los protagonistas de aquellas gestas secesionistas.

Entonces, si para algo sirven los documentos originales, los manuscritos, cartas y testimonios de las personas que vivieron el drama americano, forzosamente nos llevarán a concluir que la «Guerra a Muerte» decretada por Bolívar y los asesinatos cometidos por orden o aprobación suya fue otro de esos holocaustos ignorados por la Historia. Tal vez por eso decidí escribir acerca de lo que muy pocos conocen y sacar a la luz lo que don Joaquín sí conocía y lo que yo aprendí a conocer: el genocidio de españoles cometido por Bolívar y sus secuaces en la América.

El resultado de estas pesquisas no es otro que el que presento, amable lector, fruto de un arduo trabajo de milimetría interpretativa y producto de otras intensas lecturas, cotejos y hasta experiencias personales en devenires políticos y académicos con gentes diversas. Esto me permitió concatenar eventos y buscar significados allí donde las hieráticas mentes de los muy doctos y sabios historiadores apenas han columbrado inocentes escritos y sentencias que, para despecho de ellos, develan la miseria humana y las psicopatologías con que el ansia de poder enloquece a los hombres.

Por mi parte, escribo este libro, amable lector, en tiempos en que España ya perdió su sentido de la grandeza y en los que los regionalismos (ahora llamados nacionalismos) amenazan con desvertebrarla aún más y reducirla a la más absoluta insignificancia mundial. Tiempos en que, perdido ya el Imperio y perdidos todos nosotros con él, nuestro «destino manifiesto» parece haber sido la involución y la reducción de las fronteras físicas, económicas y espirituales, justamente lo contrario de lo que aconteció con el gran imperio angloamericano que se extendió sobre los despojos del hispánico. Tiempos, en fin, en que la patria chica se impone sobre la patria grande, lo local sobre lo universal, el ilusionismo sobre el realismo y, sobre todo, la vergüenza sobre el

sano orgullo. Quiera Dios que algún día todos, españoles de ultramar y peninsulares, recuperemos, en una mancomunidad hispánica, la unidad perdida y el poder dilapidado. Y que la Monarquía perdure.

Aquí comienza, aunque todavía no termina, la Historia de la rebelión americana, la reconquista española de los territorios escindidos, la ruina del Imperio y la ruina de América. En un futuro volumen se narrará la continuación de la guerra, el avance bolivariano hacia el sur, su llegada al Ecuador, su paso por el Perú y Bolivia, así como el regreso de Bolívar a Colombia y su muerte, hasta que se comprenda toda la magnitud del desastre, la crueldad y la locura en que se sumió un continente.

Principiado el 17 de julio de 2006, día de San Alejo,  
y terminado el 29 de junio de 2007, fiesta de San Pedro y San Pablo. Estos dos primeros  
libros fueron condensados y revisados en un solo volumen en 2019.

PRIMERA PARTE.  
SEMILLAS DE REBELIÓN

# 1. LA PATRAÑA ANTIESPAÑOLA

*Tantas tumbas y no permites ni una más...*

ANTÍGONA

## **En la pizarra del firmamento**

El cielo de la Monarquía Católica, ennegrecido ya por las sombras de la muerte y la hecatombe, parpadeaba bajo las centellas de fuego que iluminaban el horizonte Atlántico y consumían tres siglos de progreso, industria y cultura. Corría el año del Señor 1814, y América estaba incendiada por sus cuatro costados. Bolívar, como Creonte, era cegado por el poder absoluto que no le permitía ver sus límites. Hasta España llegaba el humo del holocausto, el olor de la sangría, la pesadumbre de tantos y tantos hombres y haberes sacrificados; de tantos huérfanos, viudas y mujeres violadas; de tantos y tantos refugiados que se volcaban sobre las costas de las Antillas cual náufragos de un huracán de sediciones que iba engullendo vidas y haciendas. El Neptuno de la guerra se tragaba a sus hijos. Todo ardía. Ardían los prósperos cortijos, los campos, los pueblos y las ciudades; todo era engullido por el fuego abrasador de las ideas que, como una volcánica lava, fluía de las febriles mentes de quienes imaginaban repúblicas idílicas manejadas por seres probos y sabios dedicados al bien común; seres atemperados por la virtud infusa que supuestamente acaece a los hombres que, al romper sus ataduras con el pasado, dicen despojarse de sus intereses de clase y ambiciones personales para servir a un pueblo ávido de leyes distintas y novedosos sistemas de gobierno. *América había perdido su inocencia.*

Abandonado de sus fuerzas de expansión ultramarina, el bóvido formidable exhibía en su astado el paño que en jirones arrancara a banderilleros, equinos y picadores que habían osado enfrentarlo en el circo de las traiciones, y el de los que lo enfrentaron en las Navas de Tolosa, Lepanto, Bailén y Zaragoza. ¡Bravo por el toro que con ojo fiero miraba la deslucida faena de los diestros, la complacencia de los tendidos y hasta la cuchilla de los rejones! Rodeado y vencido, ya venían en cuadrilla, puntilla en mano, cerrando filas en torno al vacuno doblado sobre la arena de la Historia. No lo había doblegado la espada, sino la cobarde gavilla de la lidia. Al final ganaron, no tanto porque fueran machos, sino porque fueron muchos.

La sangre española se derramaba en el suelo americano como se llegó a derramar trescientos años antes en las piedras de las pirámides aztecas, ofrendada al dios Huitzilopochtli en Tenochtitlán. En el levante del Atlántico resonaban como latigazos las palabras de Bolívar: «Tránsfugos y errantes, como los enemigos del Dios-Salvador, se ven arrojados de todas partes y perseguidos por todos los hombres»... porque, en realidad, era como si todos los hombres los persiguieran. «Sáquenlos de todas partes», decían los británicos en Europa, porque en el mundo nadie podía osar tener más que ellos. Ya habían sido arrojados de los Países Bajos (1648), del Franco Condado (1679), del Milanesado (1714), del Reino de Nápoles (1713), y del Reino de

Cerdeña (1720). Era algo así, porque la Leyenda Negra fue la persecución ejercida sobre las ideas de una España aferrada a un tronco que se deslizaba sobre el aluvión del desenfreno político; porque la invasión napoleónica no había sido otra cosa que la misma persecución territorial trasladada a sus hombres; porque, expulsándolos de aquellas o venciendo a estos, se terminaría derrotando el peligro que para la *Revolución* significaba la existencia de los españoles y de sus ideas.

En la negra pizarra del firmamento Inglaterra y Holanda habían escrito con luminarias astrales la páfida mentira de una España despiadada, esclavista y genocida de nativos. Habíansela ayudado a escribir franceses, italianos y portugueses que tejieron fantasías, mitos y leyendas en torno a señeros personajes como el duque de Alba, Torquemada y Felipe II; negra leyenda en torno a destacados episodios como la Conquista, la Inquisición, el saco de Roma y el exclusivismo comercial con el Nuevo Mundo. Allí quedaron impresos en gigantescos y mentirosos caracteres la esclavitud de los pueblos americanos, la indolencia de siglos, el oscurantismo cultural, la intolerancia religiosa, la tiranía para que el mundo entero la viera, la leyera, la asimilara, la divulgara. Pero había llegado la Revolución Francesa y ¡por fin aquellos pueblos, poniendo la estrella sectaria de cinco puntas en la bandera y el gorro frigio en sus cabezas, se estaban librando de la déspota! ¡Por fin se habían levantado los esclavos, los indios y los blancos, cuyos lomos permanecieron tres siglos doblados bajo el peso de la opresión! ¡Ahora eran libres!, y había que poner la imprenta al servicio de su causa, al servicio de la de fray Bartolomé de las Casas, diseminar por el mundo las ansias de libertad de aquellas esclavizadas gentes, correr en su auxilio por todos los medios que fuesen posibles, enviar asesores, voluntarios, agitadores, pasquines, propaganda difamatoria, porque la lucha iba a ser titánica contra el gigante que había blandido espadas contra Napoleón, lo había sacado de su entraña y ahora se aprestaba a rehacer su imperio perdido; cabeceaba el indomable astado, que doblado en el ruedo de la Historia, embestía a la cuadrilla y esquivaba el descabelle.

Sí, había que «auxiliar» a aquellos oprimidos pueblos, porque España, después de todo, no estaba totalmente vencida y se levantaba de nuevo a reclamar lo suyo, a imponer la justicia, a enderezar lo torcido. Y fue cuando el toro en pie les volvió a meter miedo y cuando todos salieron en gavilla a hacerle frente. Esta es la génesis de la invasión napoleónica a la Península, porque, en el fondo de todo, lo que Napoleón quería era demostrar al mundo que él solo había podido dominar y someter, dentro de los cauces de la ilustración y de la neo-civilización, la bestia indomable que había pretendido contagiar todo un continente a su causa mística y fanática, supersticiosa, católica y oscurantista.

No podían los ilustrados perdonar a la hispanidad la enorme cantidad de heroicas gestas, de caudillos más grandes que su sombra, de la epopeya conquistadora de inmensos y desconocidos territorios donde los hombres, sin saber hacia dónde iban, no dejaron de seguir llegando; no cejaron de domeñar breñas, fundar pueblos, civilizar razas, morigerar costumbres, cristianizar almas y escribir en códices ocultos para el extranjero los secretos de la grandeza, las sílabas impronunciables de la gloria y el índice que guiaba hacia el perdido alfabeto de la buenaventura; tres siglos de gloria habían sido demasiados como para no fatigarla y exaltar los ánimos de quienes, con envidia, odio y celos, contemplaban la épica aventura.

Envidia, porque fueron los españoles los primeros europeos en establecer colegios y universidades en América cuando todavía los angloamericanos talaban árboles y cazaban zorros en las blancas y gélidas estepas de Nueva Inglaterra, Virginia o las Carolinas, para cubrir sus carnes mordidas por el frío. Jamás podrán contar que no fueron ellos, sino los españoles, quienes fundaron en América veintitrés centros de enseñanza superior, réplicas de la Universidad de Salamanca; que graduaron 150.000 estudiantes, entre blancos, mestizos y negros, cuando ni siquiera los portugueses fundaron universidad alguna en Brasil; cuando los holandeses, después de tres siglos de presencia en las Indias Orientales, no llegaron a fundar ninguna institución de instrucción superior en aquellas tierras.

Odio, porque fue España la primera en permitir la oposición de las ideas, estimuladas por la Corona, que acompañaron al descubrimiento y que constituyen gloria de su civilización; celos, porque la justicia cristiana siempre presidió y enaltecó la política del Imperio y porque prevaleció por siglos la tesis de Juan Ginés de Sepúlveda de que el rey hispano tenía derecho de gobernar en América sobre la opuesta de fray Bartolomé de las Casas, personaje que hasta el final insistió en que la conquista fue una cruel injusticia contra los pacíficos e inocentes indios. De su prolífica y desviada pluma salió el infundio de que la codicia española había sido la causante del holocausto de veinte millones de indígenas asesinados a manos de endurecidos conquistadores, estampa de depravación que sirvió para alentar la disputa sobre el Nuevo Mundo que mantuvieron Holanda e Inglaterra contra una España que volcó sobre sus costas la cultura, admiró al mundo con sus tremendos descubrimientos y acrecentó con fabulosas riquezas su poderío económico y militar. Aquella *Brevísima Relación* de fray Bartolomé se publicó primero en francés en 1579 en una imprenta de Amberes; luego fue continuada con otra publicación en holandés y otras dos en francés en 1579 y 1582, seguido de lo cual vino su publicación en inglés en 1583. Este memorial, lleno de infundios y exageraciones, fue blandido por las potencias enemigas para acreditar ante el orbe la incapacidad moral que detentaba la Monarquía Católica para retener sus derechos sobre la tierra conquistada.

Por eso, el acto de extender la religión católica por parte de España en el continente americano se reputó fruto del fanatismo y de la intolerancia; en cambio, el acto de descabellar indios por cuenta de Inglaterra se disculpó como un acto comprensible de una potencia que defendía a sus súbditos de la ferocidad indígena. Lo primero era decadente y oscurantista; lo segundo, heroico y civilizado. La lucha de la mano civilizadora de España contra los indios salvajes se denominó «el exterminio español», en tanto el exterminio indígena en la América del Norte, en el caso inglés, tornó en llamarse «la salvaguarda del trabajo colonial». De esto resulta la manifiesta indiferencia que el mundo ha mostrado por la falta de protección brindada por el conquistador inglés a los nativos de Norteamérica, en tanto se toma con abierto escepticismo, o descarado cinismo, los enormes esfuerzos de la corona de Castilla por la protección y buen trato a los indígenas del Nuevo Mundo. Es verdad palmaria que jamás España tuvo reyes más crueles que Enrique VIII, Isabel I, o Jacobo I de Inglaterra. El terror ejercido por estos monarcas contra su pueblo, o contra los celtas de Escocia, o contra los irlandeses, a quienes masacraron en las montañas y en los pantanos de su tierra, se volvió a reflejar en su política de exterminio de los indios norteamericanos emprendida por un pueblo que había asimilado perfectamente el ejemplo

de sus monarcas. La Historia no pudo haber sido más cruel con España.

Entonces, en el contexto general más amplio no podríamos menospreciar el esfuerzo pro-independencia por parte de los Estados Unidos y de la propia Revolución Francesa en seducir la imaginación de quienes veían posible la instauración de la República en tierras Hispanoamericanas, aprovechando la debilidad de la Monarquía Católica, la usurpación napoleónica y la guerra que a partir de 1808 se generó en la Península. Si la Revolución Francesa había conquistado el corazón de los americanos, la Leyenda Negra había envenenado el de los franceses que ahora estaban dispuestos a conquistar, para mayor gloria de Napoleón, aquella España desgarrada; el Corso había traicionado su corazón por el cetro de los tiranos. Al mismo tiempo, América se dejaría seducir, en masoquista devaneo, por la férula de sus dictadores. El pronunciamiento absolutista de la Santa Alianza, la nueva invasión francesa de 1823 y el reconocimiento inglés de la Independencia en 1824 se convertirían en la partida de defunción del Imperio y el comienzo de la deriva de dos siglos de una América cuya soberanía se habría de trocar en un simple juego de palabras.

Fue cuando la amnesia cubrió la mente de los americanos. Allá, sobre el anchuroso océano, en la otra orilla de la Historia, se habían acabado de enterrar los códigos que contenían los secretos de la grandeza, las sílabas impronunciables de la gloria y el índice que guiaba hacia el perdido alfabeto de la buenaventura; fue cuando los hombres definitivamente se perdieron queriendo reencontrar aquel tesoro, el soñado tesoro del progreso, buscándolo en las canteras de la utopía, en los pozos profundos de secos manantiales y en la maraña inhóspita de las selvas del recuerdo...

Llegaba la tragedia.

## 2. EL ANOCHECER DEL IMPERIO

*Los cuentos para niños no parecen inaceptables;  
pero ¿no hay en la historia cuentos para hombres?*

CARLOS PEREYRA

### **La agonía en el ruedo de la Historia**

Anochecía sobre el Imperio Español en América. El cielo de la Monarquía Católica parpadeaba con rojizos celajes que se perdían en la distancia como si los carros de Marte se hubieran volcado sobre un horizonte de fuego para quedar engullidos por las tinieblas de la decadencia. España no era la misma. Algo había cambiado. Cansado su brazo de sostener una inútil espada, lo había dejado caer exhausto sobre el mullido cojín de las ambiciones personales, sobre la seda del abandono complaciente y sobre el terciopelo de los sueños frustrados.

La luz se iba apagando al paso que se iban silenciando los cañones que contra ella rugieron por trescientos años, particularmente los muy encendidos de la Inglaterra que ahora venían a su melancólico rescate, enfilándolos contra el poderoso Corso. Se presentía en los celajes el fin de prácticamente todo, de una gran época, de un brillante porvenir y hasta del propio Corso, a quien correspondió soportar los últimos manotazos de las garras de un león que agonizaba, herido y acorralado, con su uña en alto; que moría como los toros de lidia, ahogados en su sangre y cargando hasta el final contra el esquivo trapo. España se doblaba en el ruedo de la Historia.

Europa entera había estado contra ella porque, en realidad, España representaba la más piadosa mística, la más incommovible fe, la más combativa militancia y el mayor esparcimiento de una religión que ya se sentía como una carga para las nuevas filosofías que habrían de abrir el corazón europeo al más profundo relativismo. Pero ahora hasta ella misma estaba contra sí. Y América también. Tres siglos de glorias habían determinado su colapso total pues nadie que se conozca había podido fatigar tanto el destino como para pedirle la condonación total de la deuda y la fatiga acumuladas en un continente donde las fronteras de la Fe estaban demarcadas por el tacón de sus Tercios.

Todos, España y América, también estaban contra sí mismas. El mundo conocido se convulsionaba. La secta de mil cabezas devoraba las carnes del Imperio y cautivaba la imaginación de los jóvenes quienes, habiendo crecido en la dulzura de la paz, se disponían a saborear el aguijón envenenado de la guerra, subyugados por la quimérica «Libertad, Igualdad, Fraternidad» que había engullido a Francia en el festín de la sangre fratricida. Por doquier salían las raposas a devorar el cuerpo trémulo del gigante vencido. Los mismos sangrientos arreboles podían verse en el atardecer de una España barrida por los vientos huracanados del invasor que pretendía apagar las antorchas de otra Libertad, otra Igualdad y otra Fraternidad, muy distintas a las que preconizaba el gorro frigio colgado en la guillotina. Pero era fuego; fuego que servía tanto

para encender corazones como para calcinar ideales. España se quemó en la pira de su destino y el fuego alcanzó a América. Ambas se sometieron al holocausto de sus pasiones, a las fuerzas centrífugas de sus diferencias, a la exaltación impía de las ambiciones y al odio sectario de inexistentes nacionalidades que abrieron paso a reivindicaciones sin fin, a fracturas sin cuento y a fraternidades tan profundas como la hoja del cuchillo trapero clavado en las entrañas de su víctima.

Sí, anochece sobre el más grande y lustroso Imperio que habían visto los siglos desde cuando Roma había enterrado la grandeza en el suelo donde yacían los mármoles de sus hazañas.

### **Don Joaquín de Mosquera y Figueroa habla al oído del Rey**

Yo, el excelentísimo señor don Joaquín de Mosquera y Figueroa, hijo de Popayán, nobilísima ciudad del Virreynato de la Nueva Granada y hoy residenciado en la también muy noble ciudad de Cádiz, donde no sé si voy a morir y dejar mis huesos a falta de otro suelo donde dejarlos, conocí tales códices y, por ellos, a aquellos hombres. Esta es la verdadera historia del drama americano que he empezado a escribir por conocimiento de primera mano, o por obra de aquellas que vivieron de cerca el drama y motivaron la mía; animado por el propósito de que otros lo lleguen a conocer cuando se topen con estas líneas, las escribo con el corazón compungido.

En los códices por mí conocidos estaba grabada la historia de la Conquista y de la Colonia, así como las profecías embalsamadas de la Independencia que, como a las momias egipcias, solo se miraban como curiosidades melancólicas de una edad que no volvería. Pero estaba escrito. Lo estaba también en el rostro ajado de tres siglos de aquellos que esculpían en piedra el eco oído en los confines dilatados del Imperio Patriarcal —«el Rey Nuestro Señor», la figura del «Rey Padre»—, y que se repetía en los púlpitos, en los palacios arzobispales, en la comidilla de las tabernas, en el coloquio de los indios y aun en los mentideros formales de las Reales Audiencias, hasta cuando el viento sopló de costado y la nave encalló en los arrecifes de Edipo donde el deseo de asesinar al padre, de desatar las amarras de la ética, la religión y la política que ataban las diversas culturas y civilizaciones a una lengua, una cultura y una fidelidad a principios comunes, exaltó las pasiones y enloqueció a los hombres.

Motivado por estos conocimientos enredados en los pliegues de mi conciencia, yo, don Joaquín de Mosquera y Figueroa, Presidente de la Tercera Regencia del Reyno de España mientras duró la ausencia del Rey Nuestro Señor, signatario de la Constitución de 1812 y quien en compañía de los magistrados Juan Villavicencio e Ignacio Rodríguez de Ribas ordenó publicar y circular, tiempo después de recibir la Orden de Isabel la Católica por los modestos servicios prestados por mi persona a la patria española, conté durante algunos días entre 1828 y 1830 al Rey de España, el señor don Fernando VII, que Dios guarde muchos años, mis apreciaciones sobre las causas y orígenes de la secesión americana, tomando como paradigma lo acontecido en el Virreynato de la Nueva Granada y en la Capitanía General de Venezuela para darle cuenta y narrarle con amplitud de detalles cómo sus coterráneos y los míos, pero más los suyos que los

míos, precipitaron una independencia jamás deseada por lo que generalmente se denomina «el pueblo» que, muchas veces, literalmente atado de manos y a punta de bayoneta, era obligado a luchar por una causa en la que no creía. Mis relatos al Rey intermitentemente continuaron por espacio de dos años, según recuerdo, y que fui escribiendo para constancia de los siglos.

Sí, dije al Rey «el pueblo», pero agrego que bien escaso, pues el mismo Bolívar había dicho que «el pueblo está en el ejército, la democracia en los labios y la aristocracia aquí», como insinuando que la opinión se dispara con pólvora, que la democracia es la retórica de la quimera y que la aristocracia es la rectora de las ideas. Y debo decir en estas memorias que el Rey me escuchó paciente y que, haciendo de lado sus diarios quehaceres y rutinas, encontró de la mayor utilidad comprender lo incomprensible y aprender lo que por tantos años habría de negarse a que otros lo aprendieran y lo que, supongo yo, habrá de negarse por generaciones y generaciones a distraídos alumnos, perspicaces adolescentes e ingenuos eruditos, en la creencia de que la Patria se construye a base de mentiras históricas y que la Historia se engrandece con la falsificación de la verdad.

Cuando me entrevisté con el Rey ya la tragedia americana y española estaba consumada y yo gozaba de la ventaja de haber estado cerca en el tiempo de aquellos acontecimientos y de poderlos mirar de lejos y en retrospectiva. También protesto decir que el Rey, que Dios guarde muchos años, mostró vivo interés en escucharme y que una audiencia programada se extendió a dos, y dos a cuatro, y cuatro a ocho, y fue así como fueron varias y largas las audiencias con que Su Majestad me agració, y es de tales audiencias de lo que me he servido para componer estas memorias que, con la premura que me imponen mis numerosos años, dejo a la posteridad para cuando las cenizas del tiempo hayan caído sobre los hechos y las personas para que se revelen en toda su magnitud las adversidades que han de acaecer sobre los pueblos hispanos empeñados en una insensata lucha que, predigo, habrá de ponerlos por detrás de las ex colonias angloamericanas. El grado de destrucción y despoblación que experimentaron es solo similar al grado de vehemencia con que esto digo, pues no habrá de descansar mi alma hasta cuando alguien se apiade de ella por amor a la verdad y divulgue lo que aquí he observado y escrito.

### **Entre el ánimo y el desánimo**

Empecé por recordar al Rey que en aquel entonces nadie advertía que América era una Colonia porque aquellos dominios no eran, propia y legalmente de España, sino propia y patrimonialmente *reales*, ligados a la Corona de Castilla, denominados reinos, dominios, virreinos, hasta el día en que las Cortes redactaron la primera constitución de la Monarquía. Decretada por esa constitución la igualdad de los americanos, se desarrugaron los surcos de la frente adquiridos por la experiencia, se rejuvenecieron los rostros, se caldearon los ánimos, se levantaron los brazos y se desarbolaron las palabras que cayeron desgajadas de los labios, así: «Conque no éramos iguales, os lo dije». Fue entonces cuando la idea de la Libertad suplantó la de la Igualdad y, la del Odio, la Fraternidad. El formalismo liberal desataba un Contrato y ataba una Revolución. Luego, un general dijo: «Yo soy político, pero hago la guerra», en tanto que un político replicó: «Yo soy

general, pero hago la política», mientras el pueblo murmuraba «no consentí yo a que me hicieran sus iguales», en tanto que otros del mismo pueblo espetaban «ni yo menos a que antes me hicieran sus desiguales»; por eso, los más observadores de las añejas costumbres apelaban al Rey para que atendiera los clamores sociales, los agravios acumulados, las reformas necesarias, pero no había Rey; a cambio, se blandieron los libros de Suárez que enseñaban que la soberanía se originaba en el consentimiento de los hombres, que la ley no es ley si la mayoría no la observa y que la autoridad no depende del derecho a gobernar sino de la delegación expresa sujeta a los límites de la letra. Y esta letra decía: «La Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios...; son españoles todos los hombres libres nacidos y avecindados en los dominios de las Españas y los hijos de estos...». Luego incorporaba todos los territorios conocidos y declaraba que «La religión de la Nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera. La Nación la protege por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquiera otra». Así lo sentía yo, y los masones lo consintieron porque, más allá de la filosofía de la secta, la fórmula concordaba con el sentir del pueblo español.

Los americanos, al saberlo, gritaron: «¡Que viva la Constitución de 1812!». «¡Que muera!». «Que aquí nos las arreglamos solos», «si solos estamos». «Que dónde está el Rey», «que se ha ido», «que ya no es Rey», «que mueran los franceses», «que abajo Pepe Botella», «que viva la Santa Religión», «que vivan los derechos de Fernando VII»... Hasta cuando alguien echó un «viva la República» y el vetusto andamiaje sufrió el primer quebranto. Se alzaron unos contra otros, es decir, los *afrancesados* y los *republicanos* contra los realistas y defensores de los fueros del rey ausente. «Que nos van a imponer el ateísmo de la Francia», «que hay que defender la religión contra el invasor», decían. Fue entonces cuando algunos corrieron a esconder los códigos del progreso mancomunado, a cavar fosas y a levantar patíbulos para los que habían memorizado sus cláusulas e interpretado sus vaticinios.

En el sistema español, en cambio, las gentes estaban acostumbradas a que el Rey era quien formulaba la ley y él mismo la revocaba, o modificaba, según las peticiones que iba recibiendo y las necesidades de sus súbditos. Las crisis políticas se resolvían cambiando los ministros, por ser, en el fondo, quienes recomendaban tal o cual disposición o, incluso, la misma modificación pedida. El Soberano había asumido que él estaba allí, principalmente, para impartir justicia y todos sus súbditos sabían que tenían el derecho de apelar directamente a él para la solución de sus agravios y problemas con las autoridades, o para abogar por sus pretendidas reformas. Pero los tiempos estaban cambiando y la voluntad de los hombres se iba abriendo paso ante el vacío de poder y los nuevos códigos garantistas de la Francia napoleónica. Eran otros tiempos y otros hombres que enseñaban al mundo la virtud de la letra y ocultaban de este el vicio del espíritu. Porque también vinieron tiempos y hombres en que se invocaba el espíritu de la letra, y la letra sin espíritu, para violar los preceptos de justicia aprendidos por esos mismos hombres. Con ellos vinieron las guerras civiles, los alzamientos, el golpe alevé, el crimen, la corrupción, el soborno y el fratricidio, hasta que se llegó a comprender que cuando la naturaleza del hombre se corrompe no hay letra ni espíritu que valga. Los más sanos terminaron perdiendo y pidiendo el antiguo régimen porque el nuevo traía la venganza sin límite, las ambiciones sin cuento y la desolación más asombrosa, todo ello en nombre de la más esquiva libertad.

Yo conocí a estos hombres para quienes no hubo lápidas cristianas ni recuerdos en los nuevos códices redactados al filo del puñal de la dictadura y del tumulto. Y conocí otros para quienes la asonada, el golpe alevé, la «Guerra a Muerte», fueron las maestranzas de un futuro tan sombrío como incierto. Estos otros decían querer la libertad pero recurrieron a la dictadura y, muchas veces, pasaron del crimen al genocidio para demostrar que nadie podía ser más libre que bajo el yugo de su dictadura. Los conocí a todos por sus escritos, cartas, documentos y por mis propias indagaciones, cotejos, reflexiones, y porque otros también los conocieron y me narraron sus hechos. Las causas de la Independencia, Señor, provienen de grandezas y pequeñeces humanas; grandezas que son pequeñas frente al transcurrir de los siglos y lo que pudo haber sido de aquellas naciones; pequeñeces que son grandes para el hombre que las padece.

Es mi historia una historia para hombres porque es un relato de las grandezas pequeñas y las pequeñeces grandes, que condujeron a odios irracionales y acontecimientos irreversibles. Acontecimientos que nos empequeñecieron, nos fraccionaron y nos condujeron a un estado de empobrecimiento perpetuo, que es la peor de las esclavitudes porque ser esclavo, Majestad, es quedar en estado de indefensión frente a otras potencias y vasallo de los intereses ajenos —dije al Rey.— Por eso la libertad obtenida de España no fue más que una mentira piadosa de los que conocieron esta realidad y aquellas consecuencias y una descarada mentira de los que protagonizaron aquellas luchas. Esa es mi historia que comienza cuando ya el ruido se había extinguido en la lejanía de los tiempos y pude relatar al Rey los acontecimientos que precipitaron la caída de su imperio en la larga noche que arrojó a la Madre Patria y que, como un misterioso velo, iba a arropar al continente americano.

### 3. CHAPETONES Y CACHACOS

*[Los criollos] tenían opción a todos los destinos de la Monarquía, lograban la eminente dignidad de Ministros del Rey, y aun de Grandes de España. Por el talento, los méritos o la fortuna lo alcanzaban todo.*

SIMÓN BOLÍVAR

*El labrador indio es pobre, pero es libre. Su estado es muy preferible al del campesino de gran parte de la Europa septentrional...*

HUMBOLDT

#### **El fin sin principio**

La Independencia no tuvo, en realidad, principio, aunque sí tuvo fin. Y en más de un sentido lo tuvo porque su fin llegó cuando pasamos a ser los súbditos culturales y económicos de los nuevos amos que aspiraban a dominar el mundo. Entonces se acabó la Independencia y comenzó la servidumbre, novedosa, por cierto, pero servidumbre. Los cañones de Inglaterra tronaban en las Antillas mientras la pérfida Albión se apoderaba de lo que podía. Las últimas grandes victorias de España sobre su enemiga en 1781, en La Florida, y en 1782, en Las Bahamas, propiciadas ambas por don Bernardo de Gálvez, y la recuperación de Menorca ese mismo año, no habían sido complementadas con la toma de Jamaica para desterrar definitivamente al inglés de las Antillas y negarle un punto estratégico de suma importancia. Con la paz de Versalles, firmada el 3 de septiembre de 1783, se frustró la toma de Jamaica y se devolvieron las estratégicas Bahamas al Corsario de los Mares. El león británico volvió a rugir, resucitado por la magnanimidad imprudente del Rey Católico, don Carlos III. Los cuervos que sacarían los ojos a España ya se estaban criando en su jaula. La llegada del señor Carlos IV al trono en 1788, les abriría la puerta. Desde entonces ya nadie podría volver a meterlos.

Los picotazos de los cuervos se dejaron sentir en 1797 con la toma de Trinidad por los ingleses y su anexión a Tobago. Esta isla había sido descubierta por Cristóbal Colón el 31 de julio de 1498 y su capital, para más señas, se denominaba Puerto España. Su pérdida definitiva se protocolizó en 1802 con el Tratado de Amiens que por tan solo un año puso fin a las hostilidades. Venezuela había quedado a tiro de as. Se trataba de colocar plataformas de ataque e influencia. Era clarísima la estrategia empleada que el nuevo monarca, el cuarto de los Carlos, parecía ignorar: «A España hay que vencerla en América, no en Europa», gritaba frenético el *Morning Post* de Londres, en tanto que se diseñaba la estrategia para asestar las heridas mortales al bloquear el comercio marítimo para que de Veracruz no pasase un barco hacia Europa y de Europa no llegase ningún otro a América. Vencidos los americanos por la falta de suministros, se especulaba, era posible su sometimiento a la única potencia marítima que podría asegurarles un

adecuado abastecimiento. «La riqueza real, sólida, sustancial, productiva de la América española está sobre el haz de la tierra, que es donde los británicos la cosecharán», incitaba el mencionado diario, e Inglaterra clamaba por ese otro «destino manifiesto» que también impulsaría a los recientemente liberados Estados Unidos a caer sobre las antiguas tierras españolas: «Méjico nos deslumbra —decía el militar John Adair en 1804—, no esperemos más que la orden de marcha», porque ya los ingleses habían calificado a ciudad de Méjico «la ciudad más rica y espléndida del mundo» en el mismo diario. Y no era exageración porque el fraile inglés Thomas Gage compara la capital mejicana con Venecia y cree que es una de las más ricas y grandes del mundo, de casas hermosas y espaciosas, de calles muy anchas, porque en las más estrechas cabían tres coches. Gage consideraba que de los treinta a cuarenta mil habitantes que esta ciudad tenía hacia 1677 por lo menos la mitad tenía coche ya que por sus calles circulaban unos quince mil. De estos, muchos excedían en costo a lo mejor de la Corte de Madrid y de otras partes. Consideraba proverbial que en el país azteca hubiera cuatro cosas hermosas: las mujeres, el vestir, los caballos y las calles, servidas por ricas tiendas. A juicio de don Lucas Alamán, historiador de la época, pocas veces en la historia de la humanidad podía contemplarse y disfrutarse tal lujo y comodidad como los existentes en Méjico, cuyas monedas de oro y plata circulaban por todo el mundo.

Esto mismo se podía decir de Lima, por muchos considerada aún más hermosa y rica que Méjico. Había allí una corte virreinal de cuarenta y cinco condes y marqueses locales. Las gentes gozaban de un nivel de vida envidiable, incluidas las clases bajas que iban distinguidamente vestidas y adornadas de joyas, de ricas sedas y de los encajes más finos de Flandes. Londres, en cambio, tenía un mal pavimento, la Plaza de St. James era un receptáculo de basuras y desperdicios que hacían las delicias de los perros; el alcantarillado era tan malo que en tiempos de lluvia se inundaban las calles que en verano hedían porque desde las ventanas se tiraba todo tipo de desperdicios, incluidos los humanos, y no eran pocos los baños indeseados y chichones que se propinaban a los desprevenidos transeúntes. Y en cuanto a la seguridad se refiere, prevengo que los ladrones y salteadores de Londres se dedicaban a sus oficios con impunidad cuando, en contraste, la capital mejicana gozaba de tranquilidad y buena policía. Esto es lo que dicen los cronistas de la época. En realidad de verdad, las posesiones españolas de América eran las más ricas de cuanta metrópoli alguna las hubo.

A este respecto, nada puede ser más independiente y desinteresado que el testimonio de un observador de primera mano de la época, el barón Humboldt, quien aseveró que el nivel de vida de los indios bajo el régimen español era superior al de los campesinos europeos, particularmente de los rusos y alemanes del Norte; asegura que el «labrador indio es pobre, pero es libre. Su estado es muy preferible al del campesino de gran parte de la Europa septentrional...». Para que se tenga esto en mente, Humboldt va más allá, pues establece una comparación entre los salarios del campo en Méjico con los que se pagaban en Bengala y otros países. Por ejemplo, si Méjico pagaba el cien por ciento, Bengala pagaba el 20 por ciento, con lo cual se nota que un campesino mejicano bajo los españoles cobraba cinco veces más que un campesino de la India bajo los ingleses. Y añade Humboldt que «la Nueva España, cuya población no se eleva más que a 6 millones, da al Tesoro del Rey de España doble renta neta de la que la Gran Bretaña extrae de sus hermosas posesiones de la India, que contiene una población cinco veces mayor».

Los siguientes datos completan el cuadro acerca de la llamada «explotación» inmisericorde que, según algunos tendenciosos malpensados, los españoles mantenían en sus posesiones americanas: consumía la capital mejicana a principios del siglo XIX, en tiempos de la visita de Humboldt y en pleno régimen español, 189 libras de carne per cápita y Caracas 141 libras, cuando París consumía solo 163; en Méjico se consumían 363 libras de pan per cápita, cuando en París 377, pero hay que tener en cuenta que en Méjico se preferían las tortillas de maíz. Para abundar, mientras un minero mejicano cobraba de 25 a 30 francos por semana de cinco días, en Sajonia el mismo minero cobraba de 4 a 4,5 francos.

Esquivel Obregón, un mejicano, dice que con 250 días de trabajo un jornalero de su país podía comprar 38 hectolitros de maíz en 1800, cuando en 1908, ya alcanzada la Independencia, solo podía comprar 24 hectolitros; que en 1792 podía comprar 2.300 kilogramos de harina con los mismos días de trabajo, cuando en 1908 esa cantidad se había reducido a 525 kilogramos. Estas son cifras que señalan en qué forma descendió el nivel de vida americano después de la Independencia y cuánta fue la desolación causada por la quimera, la república aérea, los desastres administrativos, el saqueo de los bienes públicos, los dictadores de hojalata, los promeseros de opereta y los payasos del circo republicano que frustraron los sueños de progreso de todo un continente.

No se puede negar que el español era un grande y rico Imperio toda vez que España derivaba en 1810, justamente el año en el que se agudizaron los problemas, el 55 por ciento de sus ingresos de las provincias americanas. Los únicos territorios deficitarios eran los de Chile, el norte de Nueva España con sus extensos baldíos y La Florida, que recibían situados fiscales de Cuba, Nueva Granada, Río de la Plata y Nueva España, propiamente dicha. Lo triste era que los americanos sabían que desde 1803 buena parte de aquellos recursos iban a parar al bolsillo francés en virtud de un tratado en el que España se comprometía a pagar a Francia 72 millones de francos en oro para que se le permitiese permanecer neutral en la guerra que aquel reino libraba contra Inglaterra en tiempos de Napoleón. Es decir, que la Gran España se había convertido en poco menos que en una satrapía, en un embudo a través del cual fluía y se diluía el tesoro americano. Esto irritaba a muchos.

La Independencia fue principal, aunque no exclusivamente, un problema económico, agravado por las nuevas teorías mercantilistas que estaban en boga y que España inflexiblemente adoptó, creando con ello unas camisas de fuerza comerciales difícilmente aceptables en América. Al final, España tampoco se escapó de la guerra por mucho que pagara a Francia, pues los británicos la atacaron en 1804 para detener el flujo de oro a su enemiga; esto obligó a declararle hostilidades el 12 de diciembre. El desplome de la nación sobrevino con el aniquilamiento de su flota en Trafalgar y los terribles e ignominiosos sucesos que acaecieron a don Carlos IV y a Fernando VII en Bayona.

Pero lo que más sublevó a los americanos fueron los documentos reservados que en la corte de Carlos III se cruzaban los funcionarios y en los que se llamaba a las posesiones americanas «colonias», un vocablo que no estaba difundido en España, ni era conocido en América, ni públicamente jamás se conoció que monarca anterior lo empleara para referirse a sus provincias de ultramar. Por primera vez se vio a España como una potencia imperialista, como cualquier

Francia o Inglaterra negreras. Fue la Logia la que hizo llegar a Venezuela una copia documental de una carta ministerial en que se denominaba con ese término a aquel territorio. Este vocablo fue muy mal recibido y hubo gran consternación entre aquellos que lo conocieron. Sobre todo, porque algunos dijeron que «qué más daba pasar de manos de un poder imperial a otro, que si creían que eran juguetes», refiriéndose a los franceses. Y aunque las barreras del comercio se fueron derrumbando entre los años 1765 y 1776; aunque el monopolio de Cádiz y Sevilla se abolió; aunque se redujeron las tarifas arancelarias, se liberó el comercio interprovincial y los puertos de España pudieron comerciar libremente con los puertos americanos, esto no fue suficiente, porque los hechos siempre han obrado más que las palabras y los nuevos demócratas peninsulares continuaban insistiendo en que América no podía comerciar con territorios no españoles, por más amigos o neutrales que fuesen.

### **El despotismo poco ilustrado**

Poca duda cabe de que algo había cambiado en Europa y en España, pues hasta un intruso se había hecho Emperador de la Península, asolado todos los reinos, puesto y quitado monarcas, creado y extinguido dinastías y consagrado en los códigos su propia versión revolucionaria, que no era más que una nueva tiranía disfrazada de voluntad popular, de terror controlado y tiranía legal. Aparecía, por tanto, una figura nueva que daba vida a la *institucionalidad* revolucionaria, sin que la contradicción en los términos rebotara en la construcción lógica de la mente humana. Por primera vez se había hecho posible que la propia contradicción *no contradijera* y que un «nuevo orden», como hidra de mil cabezas, comenzara a surgir, cual diabólico engendro, del vientre del monstruo que España, como podía, y a veces sin poderlo, evitaba que pusiera sus posaderas en la pacífica América.

Visto el problema en retrospectiva, la Revolución Francesa impuso la conducta zafia, el habla inmoderada, la manera plebeya, innoble y procaz, como elementos constitutivos de la «Igualdad, la Fraternidad y la Libertad», porque la mayoría de los enviados por la Corona a desempeñar cargos eran liberales en política, escépticos en religión y francmasones por filiación; eran los *afrancesados* de un régimen que crujía al querer imitar lo que parecía moderno y progresista, como si el origen del progreso fuera la chabacanería. Este contagio entró por las costas y fue extendiendo sus tentáculos hasta aprisionar en la filiación masónica a los prohombres de la Independencia. A la vez, se estaba abandonando la caballeridad, la dignidad y la distinción españolas, que durante siglos habían sido impronta de una hidalguía como jamás la conoció nación alguna sobre la tierra y cuyos vestigios todavía se pueden notar en la España contemporánea. ¿Acaso no era cierto, porque así lo enseñaban, que también se podía fraternizar en lo zafio y lo vulgar, que era la moda en boga para que todos pudieran alcanzar la igualdad?

Para el discurrir impersonal y cotidiano, aquella conducta no se percibía en América como la adopción de una filosofía revolucionaria, sino como los defectos propios de una mala crianza y educación que hacían, y aún hacen, aparecer a los españoles europeos como déspotas, o rudos, en el sentido americano del término. Esta rudeza del habla y del carácter, del «al pan, pan y al vino,

vino», sin importar en qué mesa se dice, con el paso de los siglos y del distanciamiento cultural, enmoheció el pan y fue agriando el vino de todos los comensales del poder.

«Un punto importante de fricción social, Majestad —anota don Joaquín— como manifestación de los tiempos que corrían, fueron las costumbres familiares que los españoles iban trayendo a América en el siglo XIX y que los fueron separando gradualmente de los españoles americanos. Notaban estos últimos una abismal diferencia en el trato entre padres e hijos, como cuando los niños de los peninsulares recién llegados no venían ya con las costumbres de pedir la bendición al salir de casa, tratar de “*tu*” y no de “*usted*” a los padres, contestar “¿*señor?*” o “¿*señora?*” cuando los progenitores llamaban a sus hijos, como ocurría en la Nueva Granada, sino despacharlos con un simple “¿*qué?*”, contestación que horripilaba a los más circunspectos neogranadinos, quienes recordaban que desde la noche de los tiempos aquella otra habitual formalidad había sido traída por los mismos españoles. ¿O de dónde imagináis que los hispanoamericanos la sacaran, sino de esas costumbres profundamente religiosas del respeto a los padres y de la debida distancia guardada con todos los demás, de la distinción de las diversas jerarquías humanas imbuidas por la Iglesia de Roma y observadas como nadie por la más fiel de todas las naciones?».

Aquí vuelvo a complementar a don Joaquín de Mosquera y Figueroa en tan aguda observación. Un gran pesquisidor de las costumbres hispanoamericanas, el famoso historiador español Salvador de Madariaga dijo que las Indias se regían «por reglas de etiqueta y ceremonial todavía más rígidas y estrictas que en España. El modo de dirigirse a iguales o superiores, el atavío y uniforme, las visitas, los modales, todo era serio y formal, sin admitir juego ni bagatela... Los hijos... observaban en punto a modales la mayor humildad y deferencia para con sus padres, a quienes toda la vida trataban de *Vuestra Merced*». Y este mismo autor, citando a Depons, dice: «Todas las mañanas antes de levantarse y todas las tardes antes de acostarse, los hijos de los españoles, ricos o pobres, blancos o negros, libres o esclavos, solicitan y reciben de rodillas la bendición de su padre y la de su madre, y antes de alzarse del suelo, besan la mano que la otorga».

Esas costumbres, con la sola excepción de recibir la bendición de rodillas, que yo adquirí en mi niñez, son todavía conservadas en Colombia y el escueto «¿*qué?*», es aún causa de sobresalto por lo irrespetuoso, pues hasta en las simples relaciones interpersonales el «*qué es para los burros*», según decimos, y el «¿*sí, señor?*», el «¿*cómo dices?*», el «¿*perdón?*», el «¿*qué deseas?*», son las respuestas aceptables, civilizadas y cortesanías con que las gentes de todos los niveles se tratan.

«Fue por eso —continúa don Joaquín— que las personas ya asentadas por generaciones en esos territorios decían a sus hijos “no te juntes con los chapetones”, “no aprendas sus malos modales”, “no digas esas palabras, y si vuelves a decir *Hostia, que me cago en la leche*, te vas a enterar de lo que es una fuetera con ortigas, que a Dios no se ofende, que son unos patanes y malcriados, que no respetan a nadie, que te apartes de ellos porque te puede caer un rayo, que esta no es habla ni de peones, que no me contestes ‘¿*qué?*’, sino ‘*señora*’» cuando te llame... “Que sí sumercé —se respondía— que ya lo entendí, que no se lo cuente a mi papá, que no lo vuelvo a decir, que deme la bendición porque salgo a jugar...”. “Sí, Dios te bendiga, pero no te metas con ellos, que muy malas costumbres traen de la Europa”», escribió don Joaquín en sus garrapateadas

memorias, intentando dar una mejor idea de cómo habían cambiado los tiempos y por dónde soplaban los aires.

### **El distanciamiento cultural**

Mis investigaciones de diversos documentos y códices ocultos en los baúles empolvados del recuerdo demuestran hasta la saciedad que esto que voy recomponiendo es cierto y que tales observaciones provienen de fuentes fidelísimas que apuntan a que la Independencia tuvo múltiples causas, por lo que es menester andar despacio con las susceptibilidades ajenas que deben reconocerse y percibirse, pues ellas marcan las distancias culturales, las costumbres locales que aun en España establecen las diferencias entre castellanos y andaluces, vascos o catalanes. Estas son también las grandes pequeñeces que condujeron a que el volcán explotara y la lava de la rebelión corriera rauda, aniquilando todo a su paso, bienes, progreso, fortaleza militar y política, presencia y poderío en el mundo.

Lo que no se debe hacer, amigo lector, es volcarse sobre los libros de aquellos historiadores que han pretendido, con evidente falsedad histórica, hacer creer que la Independencia se originó en la traducción y publicación de los Derechos del Hombre en América, en los «anhelos de libertad de un pueblo», o en las legítimas aspiraciones de acceder a los cargos públicos, porque en ellos los criollos ya estaban afincados, con algunas excepciones, pues era también sabido que en tiempos de los Borbones —cuando la antigua política se sustituyó por la nueva de enviar funcionarios nombrados desde Madrid— los criollos detentaban por lo menos el 50 por ciento de tales cargos. Lo que ocurrió fue el *contraste* entre la vieja política y la nueva, porque desde 1765 los criollos perdieron el derecho de prelación en los cargos públicos que había estado amparado en las leyes de Castilla y del derecho particular indiano, lo cual ocasionó no poco descontento en la sociedad virreinal. Esto motivó una radicalización y exageración en las pretensiones de defender el derecho de los criollos a ocupar, en exclusividad, todos los cargos del virreinato, algo que tampoco podía concederse en territorios y pueblos allende y aquende el mar que debían considerarse *iguales en derechos*. Ese es, justamente, el reclamo que el oidor de Nueva España, Antonio Joaquín de Rivadeneira, hizo con su escrito la *Representación* en 1771 a don Carlos III en la que proclama la igualdad de los españoles peninsulares y americanos, pero que, paradójicamente, insiste en esta exclusividad.

En cuanto a la influencia que pudieron tener los Derechos del Hombre en el ánimo neogranadino la reputo nula o limitada, puesto que su traductor, Antonio Nariño, quemó las doscientas copias que imprimió en 1794, salvo dos, una que conservó el traductor y otra que envió a su amigo Cabal, cuando supo que las autoridades venían a requisarlo y a procesarlo por conspirador. En cambio, correspondió a un español, un tal Picornell, convicto conspirador republicano contra la Corona y deportado de España, publicar en Guadalupe, muy lejos de la Nueva Granada, los tales Derechos del Hombre y del Ciudadano en 1796, después de que se fugó de la cárcel de La Guaira con otros dos convictos, cómplices de fomentar con él un alzamiento en España.

«Fueron los españoles, Majestad —sigue don Joaquín diciendo con sabias palabras— los encargados de llevar a América los ideales masónicos de una igualdad abstracta que nadie allí aceptaba, pues las igualdades reconocidas eran las que tenían los ciudadanos ante los juicios de la ley. También los llevaron algunos franceses quienes, al convertirse en prisioneros de España, llegaron deportados en gran número a la fortaleza de La Guaira procedentes de Santo Domingo y de Trinidad, cuando esta última isla fue tomada por los ingleses».

«Otro español, Juan Antonio Figueroa, que nada tenía que ver conmigo —anota don Joaquín— fue uno de esos tenaces caudillos dedicados a fomentar el separatismo y una rebelión que fue, finalmente, sofocada por José Manuel Goyeneche, un criollo enviado por el virrey del Perú, quien el 25 de octubre de 1809 hizo fusilar al rebelde y sus secuaces. Como veis, los verdaderos fomentadores de males sin cuento fueron los europeos que en Venezuela causaron gran alboroto y tumulto con alzamientos que inicialmente fueron conjurados por el capitán general Carbonell en aquellos años de agitación y zozobra, cuando la Madre Patria era víctima del usurpador. Fue, pues, en Venezuela donde primó la ideología sobre las costumbres. Pero, aunque primara lo uno sobre lo otro, tampoco puede despreciarse el hecho cierto de que allí también se resentían los ánimos por el maltrato verbal de los españoles, particularmente los vizcaínos, quienes ofendían el orgullo criollo».

Tal anotación de don Joaquín parece ser cierta, pues ya desde 1781 se detecta esta inconformidad con los peninsulares, pues en una interesante carta don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, padre del rebelde Simón Bolívar, manifiesta a Miranda que el procónsul español «sigue tratando a los americanos, no importa de qué estirpe, rango o circunstancias, como si fuesen unos esclavos viles». Y corrobora don Joaquín:

Las causas de la rebelión en la Nueva Granada, Majestad, no fueron inicialmente ideológicas sino culturales, por todo lo que ya os he mencionado. Al Precursor de la Independencia, Antonio Nariño —el famoso y frustrado traductor de los *Derechos del Hombre*— no se le llegó a enjuiciar por subversivo, pues ni siquiera los libros prohibidos encontrados en su biblioteca, cuya lectura estaba autorizada por el Virrey, ni sus alegorías, papeles y letreros de mal gusto encontrados en la sala de su casa, ni las cartas cursadas con sus amigos pudieron demostrar que dirigía una verdadera «conspiración». La revolución y la idea de emancipación de la clase dirigente empezaron allí, en el alma, porque fue el alma la que primero se distanció por las barreras enciclopedistas y culturales que se fueron anteponiendo entre criollos y peninsulares.

Este apunte es importante porque señala que las razones no fueron originariamente ideológicas, sino que la ideología sirvió de excusa, o complemento, para manifestar el descontento. Tampoco fueron las instituciones existentes, como la administración de justicia, porque en el sistema prevalecía la presunción de inocencia, por fuerte que fuesen las sospechas, como en el caso de Antonio Nariño, llamado el Precursor de la Independencia. La investigación que se le hizo demostró que el sindicado se había hecho «autopréstamos» del Tesoro de Diezmos de las cajas reales a su cargo. Era, pues, culpable de peculado, ya que había hecho lo que desde entonces se desaconsejó, a saber, que en los cargos públicos era preferible «meter las patas que meter las manos». Por tanto, se puede asegurar con manifiesta certeza que la traducción de los Derechos del Hombre no influyeron en nadie como para causar el levantamiento neogranadino, como erróneamente se ha afirmado. El juez que lo condenó fue, precisamente, don Joaquín de Mosquera y Figueroa. Fueron las fricciones personales entre patricios criollos y españoles

ilustrados, como lo dijo el ex Regente —y no el desalojo de los criollos de los cargos públicos— las que ocasionaron la erupción del volcán; a estas luego se sumaron ciertos ingredientes ideológicos y filosóficos que, haciendo explotar la carga a manera de estopín, lanzaron todo por los aires y confundieron a los cronistas e historiadores de aquella y aquesta época.

## 4. REBELDES Y CONSPIRETAS

*Nada de reformas quijotescas que se llaman liberales; marchemos a la antigua española, lentamente y viendo primero lo que hacemos.*

SIMÓN BOLÍVAR

### La mancha de la tierra

Continuó don Joaquín:

Así se fueron distanciando y despreciando mutuamente, Señor, criollos y chapetones, según tenemos noticias, los primeros por pacatos y atrasados, según de ellos decían los españoles, y los segundos por patanes, según los nativos, hasta cuando un día de 1768 se oyó en el Cabildo por parte de José Groot de Vargas, de origen peninsular, el primer «tienes la mancha de la tierra» contra Jorge Miguel Lozano de Peralta y Caicedo, oriundo de Santa Fe y perteneciente a una de las familias más linajudas de la capital del Nuevo Reyno de Granada, quien acto seguido le espetó: «Pero nunca la de moros ni judíos como vuestra señoría parece tenerla, según la nariz que ostenta... y a mí ningún chapetón advenedizo me tutea ni me ofende», añadió, renunciando a sus cargos con deseos de viajar a España a informar a la Corte, en persona, que había sido objeto de semejante agravio. ¿Cuál otra explicación, Señor, tiene que en nuestra hermosa y amadísima lengua exista el *Usted*, el *Tú*, el *Vos*, si no es para hacer distinción entre diferentes actores de distinta edad, familiaridad, dignidad o gobierno, que se han hecho acreedores de trato diferente, según sus diferentes estados?

Así, por lo menos, lo expresaron ese día en el Cabildo de Santa Fe aquellos que se pusieron de parte de Lozano, porque a estas alturas ya en España poco caso se hacía de estas sutilezas del lenguaje y la distancia que se debe guardar entre personas bien educadas, por lo cual reseño que ese mal era de reciente factura y por causa que se venía incubando desde tiempos de Voltaire, Rousseau y otros no menos perniciosos cuanto destructivos enciclopedistas...

Oíd, Majestad, que si este señor Jorge Miguel Lozano de Peralta, padre de José María y de Jorge Tadeo, amén de otros nueve vástagos habidos del primer matrimonio, y ofendido por aquello de que «tenía mancha de la tierra», no provenía de noble cuna, nadie más habría de provenir de ella, puesto que era nieto de don Jorge Miguel Lozano de Peralta, Oidor del reino neogranadino, procedente de España, fiel creyente en la pureza de sangre, quien arribó a Santa Fe en 1722 viudo y con su único hijo, José Antonio. Este vástago suyo emprendería siete años más tarde, en 1729, sus amores con doña María Josefa Caicedo y Villacís, bella heredera de diecinueve años de las dehesas de la ciudad. Sabed que entre los dos se interpuso una ley que prohibía el matrimonio de los funcionarios del reino, y de sus hijos, con criollas, para que la administración pública no sufriese menoscabo por lazos e intereses familiares. De todas las maneras esa ley era un absurdo porque ni se podía esperar que las largas estancias de los funcionarios, o de sus hijos, no produjesen enamoramientos, ni porque existiese prohibición era realista esperar que no se crearan intereses, se formaran oligarquías y se conformaran «roscas» que dejaran bien atados los cabos del poder.

Esa jovencita era descendiente de don Francisco de Caicedo y Pastrana, quien había heredado tan principal mayorazgo de don Francisco Beltrán de Caicedo, encomendero de Suesca, fundador de Remedios y establecido en Santa Fe desde 1568. Esos eran finos linajes y, por cierto, bastante pendencieros. No hubo poder humano —ni el destierro sufrido por el enamorado hijo del Oidor, José Antonio, ni el internamiento de María Josefa en un convento— que detuviera aquel enlace, pues antes de partir hacia sus encierros contrajeron en secreto «esponsales juramentados». Mediante tretas y trucos, y aun con la ayuda del tío cura de María Josefa, los novios se dieron las mañas para hacerse presentes en los esponsales auxiliados por el cura y por Nicolás Dávila a quien se le había otorgado el poder secreto conferido por el apasionado galán. Ese casamiento fue la primera refriega ganada por los criollos contra la autoridad española, aunque no habría de ser la última.

De esta unión nació en cuna de oro Jorge Miguel Lozano de Peralta y Caicedo el 13 de diciembre de 1731, de ninguna manera manchado de la tierra, recipiendario de todo un ancestro de conquistadores y encomenderos emparentado por

diversos lazos de sangre con los Olallas, Maldonados de Mendoza, Orregos, Bohórquez, Caicedos, Florianos, y otros no menos ilustres apellidos que desde 1538 llegaron a dominar la vida social y económica de Santa Fe. Jorge Miguel, con igual nombre que su abuelo, el Oidor, era riquísimo, pues no poseía menos de veinte mil hectáreas en la Sabana, cuyos orígenes se remontaban a las encomiendas repartidas por el conquistador Jiménez de Quesada, diez mil reses, propietario de innumerables haciendas de tierra caliente y no menos de doscientos esclavos. Y hasta había heredado un valioso mayorazgo en Tarazona, España. En Santa Fe había ocupado los cargos de Alférez Real, Regidor, Tesorero de la ciudad, Alcalde Ordinario, Diputado de Abastos, Padre de Menores y miembro de la Congregación de Nobles de Nuestra Señora del Rosario del Templo de San Agustín...

Pero, volviendo al pintoresco agravio en el Cabildo santafereño —dice don Joaquín— este consistió en que «la mancha de la tierra» era nada menos que ser mestizo, estar emparentado con indio, porque «indio» era en la Nueva Granada sinónimo de bruto, de ladrón, de *guache*, y persona indolente y despreciable. Esto de «indio» era un vocablo que comenzaba a ponerse en boga en contraposición a la palabra «chapetón» que esgrimían los de aquellos reinos para referirse a los españoles europeos; y «chapetón», aunque no propiamente ofensivo, se les llamaba porque la tremenda altitud de dos mil seiscientos cincuenta metros de la Sabana de Santa Fe de Bogotá ponía los cachetes colorados a los españoles recién llegados, dada la blancura de sus pieles y el amasijo del sol del altiplano que las tostaba y enrojecía con la sangre que fluía y oxigenaba los tejidos. Al contrario, «indio» sí que era ofensivo, pues a quien mereciera desprecio se le podía tildar de «indio de mierda», y cosas por el estilo, por muy blanco que fuera.

Denegado fue el permiso a don Jorge Miguel Lozano de Peralta de viajar por tan baladíes motivos a la lejana España. Luego la Corte lo recompensó por su distinción e innumerables servicios a la Corona, —no siendo el menor de todos no haber importunado la Corte con semejante reclamo— dándole el título de Marqués de San Jorge el 16 de septiembre de 1772 para, quizás, recalcar que muy blanco era y que ni la tierra, o siquiera el sol, le habían manchado la estampa. Correspondió al virrey Messía de la Cerda, actuando a nombre de la Corona, otorgarle tan distinguido título. No obstante, desde entonces los granadinos recordaron el agravio y comenzaron a apilar en el naciente volcán del descontento las incomodidades sufridas por los modales, el habla soez y la brusquedad de los españoles europeos, hasta cuando la propia gramática se convirtió en un nuevo motivo de desprecio hacia los peninsulares, creadores de la lengua, pero ya sin ánimo de mejorarla o preservarla; el maltrato cotidiano al que la sometían era cosa insoportable en la Nueva Granada, particularmente en Santa Fe, y los hacía ver no solo como rudos personajes, sino como analfabetos de librea, paletos de planicie y labradores de postín; porque, dicho sea de paso, el más notable producto del Nuevo Reyno de Granada, junto con las esmeraldas, el oro, el café y la quina, eran los cerros de gramáticas que se producían, los estudios filológicos, la exaltación poética, las odas satíricas y los pasquines de alto coturno a cuya vera estaban los cazadores profesionales de gazapos e impropiedades lingüísticas, Majestad... El Rey miró a don Joaquín con curiosidad.

«No puede ser», comentó el Rey y don Joaquín rio con estrépito.

«El secreto de la comprensión está en los tonos», alguien dijo y, desde entonces, el tono significó todo en la Nueva Granada, hasta tal punto que el de los españoles se diferenció notablemente del de los nativos, y los roces se produjeron, tanto por el tono, como por el lenguaje empleado.

Fueron todas esas manifestaciones de suavidades, Majestad —continuó don Joaquín— las que nos hicieron alérgicos al trato escueto y sin adornos y, por ello, las más directas responsables de que la Nueva Granada se sublevara contra los españoles por razones distintas, y quizás más pequeñas, que las razones que tuvieron en Venezuela —dos reinos muy adelantados en levantamientos—. Pero no os engañéis, porque los levantamientos venezolanos fueron de índole más brutal, ideológica y personalista, que los de la Nueva Granada, según se ha visto.

Lo cierto es que los esfuerzos de la Real Academia por pulir a esos señores peninsulares fueron vanos, pues hasta los jesuitas que regentaron desde siempre la buena educación, se pasaron, en España y en el mundo, al campo de todas las revoluciones ilustradas y mandaron al mismo carajo, y en imperativo categórico, a todos los verbos reflexivos e irreflexivos, los gerundios, los sustantivos y los adverbios, los complementos directos e indirectos, los léismos y laísmos, que en América producían sorpresa, y en el Nuevo Reyno escándalo, por el ostensible mal uso del idioma, todo ello atribuible a la pérdida de sus libros y sus fueros; quedáronse los otrora expulsados jesuitas apenas con los adjetivos, de los que se volvieron maestros, para calificar de «necias» a las gentes distinguidas, diciendo: ¡aquí lo que se necesita es democracia para que todas estas impropiedades sean aprobadas por mayoría y ya verán lo fácil que resulta que se acepten!

Y así remató sus observaciones don Joaquín.

Aunque pudiéramos estar de acuerdo con que estas no son razones para desbaratar un imperio, se puede entender que la desilusión sufrida también provenía de cuando los españoles americanos todavía pensaban que España seguía siendo el centro del mundo y continuaba paseando los Tercios y ejerciendo influencia por toda Europa. Pero el país invasor era ahora el invadido e Inglaterra surgía como una potencia incontestable. Como consecuencia de esa desilusión, los españoles de ultramar decidieron cambiar su nombre por el de «criollos», abandonando el que se les había dado en la pila bautismal de la conquista. Así es que Jorge Miguel Lozano envió queja al Rey en 1765 porque el virrey Messía de la Cerda había hecho poner presos a los concejales, entre ellos al propio Lozano, por no salir a recibirlo a Zipaquirá cuando llegó a ocupar su cargo virreinal. Esta ciudad estaba a una jornada de distancia de la capital, por lo que aquello fue considerado un desaire. El evidente exceso por parte del mandatario, que venía con muchas ínfulas, da idea de que desde entonces había motivo de queja por lo que se consideraban vejaciones y maltratos, sobre todo porque los criollos en manera alguna se sentían inferiores a los peninsulares y porque este señor Lozano de Peralta, desde los veintitrés años, había ocupado destacadísimos puestos en la administración. Llegó al Cabildo a los veinticuatro años de edad, en 1755, fue nombrado Alférez Real en 1756 y Procurador de Santa Fe en 1758. Y como se sabe, había presidido las fiestas de la entronización de Carlos III el 6 de agosto de 1760 y a quien el Rey dio título de I marqués de San Jorge en 1772.

El acta y carta de tales ceremonias, redactadas y firmadas por José Miguel, entonces Alférez Real, decía:

El Alférez Real Don Jorge Lozano de Peralta. Da cuenta con testimonio, del lucimiento, gasto, y esplendor con que manifestó su celo en la proclamación del Rey nuestro Señor... El Alférez Real de la Ciudad de Santafé de Bogotá, del Nuevo Reyno de Granada da cuenta con documento de haber tenido el distintivo como imponderable acto de honor, de proclamar el real nombre de V. M.

La Carta de Jorge Lozano, firmada el 19 de septiembre de 1760, dice lo siguiente:

SEÑOR / El distinguido honor de haber proclamado el Real nombre de V. M. en esta Capital lo acredita el adjunto instrumento, que con el más profundo rendimiento, dirijo á las reales manos de V. M.: Y aunque para acto de tan elevada atención correspondía sujeto de mayor esplendor acceda a este merito el sacrificio de mi voluntad, que inflamada solo aspira á emplearse en servicio de V. R .P. / Nuestro Señor Guarde la Católica Real Persona de Vuestra Majestad los muchos años que la Christiandad ha menester. Santa Fe, 19 de septiembre de 1760. / Jorge Lozano de / Peralta (rubricado).

Según el escribano, Don Francisco Navarro Peláez, el cabildo se había encargado de hacer...

manifiesto en la Plaza Mayor un suntuoso Theatro, adornado de preciosas telas, que en simetría puestas, formaban apacible vista... Empuñado, que fue el Pendón, y manifiesto al público, tomaron silencio todos al ver la grandeza, y ostentación del Señor Alférez Real, que vestido de una costosa gala, y joya de exquisito valor, con extremado aire manejaba el caballo... hasta el lugar destinado, en donde habiéndose presentado en la Sala Capitular el referido Señor Alférez Real, fue reseguído por el Señor Provisor del Arzobispado, y prelados de todas las regiones, y poniendo Yo dicho Escribano los Santos Evangelios en la Mesa, que bajo del Dose, se halla, hizo sobre ellos el juramento de fidelidad acostumbrado... hizo el acatamiento debido al Exmo. Señor Virrey, señores oydores, y demás Tribunales... los Reyes de Armas, que en Quadro del Theatro estaban, repitieron por tres veces, silencio, silencio, silencio: oyd, oyd oyd: A cuyo eco, silenciado el tumulto, en alta voz dicho Señor Alférez Real por las mismas tres veces, Castilla, León, y las Yndias... manifestaron este Ylustre Cabildo, y el Señor Alférez Real el amor y fidelidad a nuestro Catholico Monarcha el Señor Don Carlos tercero...

Por todos sus títulos, honores y servicios prestados este señor estaba muy orgulloso de su sangre y tierra, y el haberle espetado que tenía mancha de ella era un agravio que ni él ni su hijo José María, heredero del título y de sus resentimientos, habrían de olvidar. Desde entonces, Jorge Miguel, el padre, vaciló entre los vaivenes de la revuelta y la fidelidad al Rey, todo por cuenta de estas fricciones, de las malas costumbres que traían de Europa y, porque, habiendo los españoles asimilado el ateísmo y el anti-monarquismo franceses, amenazaban el orden establecido, despelucaban a los locales, enriscaban a los patricios de la tierra e irritaban los ánimos y la epidermis de los blancos criollos.

### **El desquite del marqués**

Visto lo anterior, Jorge Miguel Lozano, por la época del levantamiento de los Comuneros en 1781, acaecido en El Socorro, ya había perdido el marquesado por no querer pagar el correspondiente tributo que tal honor acarrearía a quien lo mereciese. Fueron cinco los años en que este señor se hizo el de la vista gorda con los impuestos adeudados desde 1772, año de la concesión, hasta 1777, año en que la Audiencia, harta ya de excusas y peloterías, le suprimió el título. Poco caso hizo a esas medidas el señor Lozano pues, muy orondo, siguió usando el título anulado, aunque tomó ofensa y alebrestó a cuantos pudo por el «agravio» recibido en 1768 en el Cabildo por cuenta del peninsular José Groot de Vargas por aquello de la mancha.

Jorge Miguel Lozano de Peralta quiso desquitarse de dicho agravio elaborando pliegos, libelos y pasquines, con instrucciones para los revoltosos de El Socorro. Ayudóle en esta tarea un oscuro personaje, español para más señas, quien a la sazón estaba casado con Joaquina Álvarez del Casal y era concuñado de una de las hijas del marqués, Josefa Lozano, la esposa de Manuel de Bernardo Álvarez del Casal. Su nombre era Manuel García Olano, administrador de correos de Santa Fe. Ese puesto, clave en la revuelta comunera, le había sido conseguido por otro concuñado, Francisco Robledo, asesor del virrey Flórez y casado con otra de las Álvarez del Casal y, por tanto, cuñado de Manuel de Bernardo Álvarez.

Los vínculos de Jorge Miguel con otros cabildos y cabildantes fueron parte a determinar que esos pequeños parlamentos se opusieran vehementemente al poder ejecutivo y el motín se avivara con las protestas de los notables criollos que dominaban el panorama político local. El auxilio de Manuel García Olano, pariente político del ex marqués de San Jorge, consistió en difundir noticias sobre la insurrección de Tupac-Amaru en el Perú, abrir la correspondencia virreinal, refundir mensajes, tergiversar noticias, escribir cartas a los revolucionarios de El Socorro informándoles de todo cuanto la Audiencia se disponía a hacer contra ellos y secretamente aspirar a que su esposa, Josefita, fuese entronizada reina por los rebeldes. Ah, y ¡robarse y permitir que se robaran las encomiendas de dinero que llegaban con la correspondencia! Pronto la protesta inicial se convirtió en motín bajo el auspicio del notablato santafereño, intrigante y resentido.

El levantamiento de los Comuneros en la Nueva Granada tuvo como antecedente el tumulto realizado en los barrios de Quito donde se alzó la plebe contra la Aduana y el estanco de aguardiente en 1765. Alzado el pueblo, se quemaron y destruyeron edificaciones y los españoles y

criollos se unieron para la defensa común, pues era mucho en común lo que tenían y exponían, aunque los chapetones fueron los que terminaron pagando los platos rotos porque el gobierno cedió a las reclamaciones populares de desterrarlos antes de que los asesinaran al grito de «¡Mueran los chapetones!». Pero lo notable es que los mismos amotinados, que los detestaban, también dieron gritos de «¡Abajo el mal gobierno!» y «¡Viva el Rey!» y doblaron la rodilla cuando se expuso en la Plaza Mayor el retrato de don Carlos III. Esta fue la principal muestra de fidelidad y vasallaje que se ofrendaba al Rey en medio del tumulto. El virrey del Nuevo Reyno, Messía de la Cerda, cuya jurisdicción abarcaba hasta Quito, concedió un indulto general y el asunto pronto terminó de manera pacífica.

### **La rebelión de los comuneros**

El afrancesamiento de los españoles comisionados a América y su decidida anti-religiosidad y masonería produjo resquemores de los blancos criollos, aquellos que pertenecían a las clases adineradas, pues los pobres indios se sentían amparados por la Corona, los negros más a gusto con los españoles y los pardos indiferentes a los unos y a los otros. Lo único a que estos no eran indiferentes era a aparecer como blancos, a ascender como españoles, a trabajar como negros y a divertirse como indios en las verbenas populares.

Pero, en tratándose de diversión, pocos están dispuestos a salir bailando si exageradamente suben los impuestos. Me estoy refiriendo a la revuelta llamada «de los Comuneros» cuando en tiempos de la guerra de España contra Inglaterra, en la que don Bernardo de Gálvez derrotó a esta en Luisiana y La Florida, el gobierno de Su Majestad don Carlos III, se vio precisado a hacer leva de recursos para atender las necesidades de la contienda. Como esto no gustó a muchos y disgustó a no pocos —particularmente a los adinerados y a los de las clases emergentes— el señor Ignacio Ardila, apodado «el Zarco», decidió con un grupo de secuaces romper la tabla de la sisa en El Socorro y mandar a freír espárragos al visitador Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, quien había decidido gravar absolutamente todo, como decía la coplilla: «El capital y la renta/ la industria y el suelo/ la vida y la muerte/ el pan y el hambre/ la alegría y el duelo...».

Gutiérrez de Piñeres había llegado al Nuevo Reyno de Granada comisionado por la Corona para imponer tributos a todo lo que se le ocurriera. Mucho se le ocurrió, porque de tales tributos no salieron indemnes los pulperos y fabricantes, los mercaderes y hacendados, los ganaderos y gentes del común y no tan común, entre los que se destacaba el bendito marqués de San Jorge, quien hizo lo que pudo para caldear los ánimos a diestra y siniestra.

Los hechos ocurrieron un día de mercado, el viernes 16 de marzo de 1781, en la villa de El Socorro. Un tal José Delgadillo hizo sonar un tambor de guerra en la plaza del mercado y los borrachos se congregaron a gritar imprecaciones contra las autoridades. Una cigarrera de nombre Manuela Beltrán se rebeló contra unos gendarmes, que en represalia por estar vociferando, trataron de arrebatarle unas piezas de tabaco, otras de arroz y unos ovillos de hilo que vendía en la plaza. La chusma se acumula y todos comienzan a gritar, intentando defenderla, en tanto ella arrancaba el real edicto de impuestos, lo rompía y lo pisoteaba en el quicio de la puerta de la

Recaudación de Alcabala. A este hecho se suma el «Zarco» Ardila y sus compañeros, quienes con Manuela Beltrán, marchan hacia el Cabildo; por primera vez salen a relucir palos y machetes. Se dirigían a romper la tabla de la sisa del Cabildo, donde se anuncian los nuevos gravámenes; la turba era seguida por los gritos de «¡viva el Rey y muera el mal gobierno!», consigna que había sido enviada por los oligarcas de Santa Fe a quienes no les era indiferente el éxito del motín, ni la lejanía que había entre El Socorro y la capital del Reyno a fin de que no recayesen dudas acerca de la lealtad de los súbditos de Su Majestad, que se parapetaban entre la lealtad aparente y la traición clandestina. Estaban dispuestos a tomar cualquier partido, el de la revolución, si el motín salía adelante, y el del respeto a las instituciones, si fracasaba.

El alzamiento que se fue extendiendo por distintas poblaciones de la Nueva Granada fue contra el llamado Impuesto de la Armada de Barlovento que protegía el tráfico marítimo en el Caribe y el Golfo de Méjico. Este impuesto estaba vigente desde 1635 pero solo se pensó en aplicarlo a los territorios de ultramar a partir de las reformas de Carlos III y las crecientes necesidades de la guerra contra Inglaterra en pro de la independencia de las colonias en Norteamérica. Otro motivo de protesta fue el recorte de las facultades de los virreyes y del gobierno local que hicieron más patente que las reformas borbónicas tendían hacia una mayor centralización del poder político, aumento de la burocracia, incremento de los costos y prolongación en el tiempo de las decisiones administrativas que se tomaban desde la lejana España.

En realidad, los antecedentes de todos estos tumultos se originan en la introducción de políticas reformistas que se llevan de calle lo que hasta ahora se había considerado tradicional en la política indiana, acostumbrada, como estaba, a cierta *casuística* y *pactismo* en el tratamiento tributario antes que a fórmulas eficaces de recaudo. Cuando en 1766 se nombró a José de Gálvez visitador de la Nueva España —a la par de la reorganización fiscal y defensiva del virreinato— este mandatario afrontó la reforma y profesionalización del ejército, la reestructuración de la Hacienda pública y la extensión de la tributación. En 1777 el nuevo Ministro de Indias quiso extender sus reformas a todo el Continente, para lo cual nombró funcionarios dotados de amplísimos poderes, como a los fiscales José de Areche, fiscal de la audiencia de Méjico; en el Perú, a José García de León Pizarro, fiscal de la audiencia de Sevilla en Quito; y a Francisco Gutiérrez de Piñeres, fiscal de Cádiz, en la Nueva Granada. Todos eran ajenos a los intereses locales, regalistas e incorruptibles. Pero eran también anti-traditionalistas; y el abismo se fue abriendo. El virrey Guirior rechazó las reformas propuestas por Areche y fue depuesto. Reajustó la alcabala al 6 por ciento y la extendió a los géneros peruanos, estableció la aduana de Arequipa e hizo censar a los cholos para gravarlos con un tributo destinado a financiar la guerra con Inglaterra y el independentismo norteamericano. En 1780 se produjeron alzamientos en Arequipa, La Paz y Cochabamba y el día del cumpleaños de Fernando VII, el 4 de noviembre, se alzó Tupac Amaru, y tras este, Oruro y Tupac Catari. En este mismo año estallaron revueltas en Ambato, Quizapincha, Pillao, Baños, Pasa, Patate, Izamba y Santa Rosa, hasta cuando la llama revolucionaria llegó a la Nueva Granada con Gutiérrez de Piñeres. José Gabriel Tupac Amaru se había hecho coronar por su banda de seguidores «Don José I, por la gracia de Dios, Inca del Perú, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y continentes de estos Mares del Sur, duque de la Superlativa, señor de los Césares y Amazonas y comisionario distribuidor de la piedad divina»,

aunque también reconoció a Carlos III como señor de estos reinos. Todavía no se había perdido el respeto por el poder Imperial; los motines fueron sofocados.

Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres fue el funcionario encargado de traer una reforma impositiva con la que no estuvo de acuerdo el virrey Flórez, pese a que la Corona le había encargado no obstaculizar las decisiones del Regente Visitador ya «que el modo de no quedar responsable y de merecer la real gratitud, era que providenciase en todo con arreglo al dictamen del Regente Visitador en cuanto perteneciese a la Real Hacienda...». Pero el Virrey también se encontró con que las necesidades de la defensa de Cartagena de Indias le exigían pedir más y más recursos que obligaban al Regente a redoblar sus esfuerzos para conseguirlos. Flórez llegó hasta el extremo de querer reducir los sueldos militares a la mitad para proporcionarse medios, algo que hizo primero en cabeza suya y de sus hijos.

Por tan gravosas decisiones la ira popular pronto se estrelló contra el Regente. La rebeldía se fue extendiendo como pólvora. Ambrosio Pisco, un rico comerciante, se erigió en representante de los indios; José Antonio Galán, de los mestizos; Francisco Berbeo y Salvador Plata, de los blancos. «¡Viva el Rey y muera el mal gobierno!», gritaban los alzados que iban saliendo de sus casas para sumarse al tumulto, que ya amenazaba dirigirse a Santa Fe, en tanto que los más satíricos murmuraban «esto se hace por plata» y Salvador Plata se estremecía ante la pública insinuación de haber recibido sobornos, compromiso que le podía costar la cabeza.

A El Socorro pronto se sumaron Mariquita, Ambalema, Antioquia, los Llanos Orientales, Cúcuta, Mérida y las poblaciones de la Sabana. La ola revolucionaria indígena amenazaba desbordarse cuando el ejército de desarrapados cruzó las provincias de Santander y Boyacá llevando como emblema sus reivindicaciones sociales. Ambrosio Pisco, a su turno, quien poseía tienda en Moniquirá, almacén en Santa Fe y hacienda en Güepesa, fue proclamado «Monarca de Bogotá y Señor de Chía», lo cual era excesivo para un ricohombre de tan humilde procedencia por muy descendiente de los Zipas que fuera. Él mismo había empezado por firmar sus proclamas como «Señor de Chía y Cacique de Bogotá». Era tanta su influencia sobre la población indígena de los alrededores que los indios de Nemocón besaron el estribo de su caballo y lo aclamaron Libertador. Un tanto amedrentado por tanta exaltación comenzó a guardar distancia de la revuelta y a salvar responsabilidades, algo que posibilitó, posteriormente, la pérdida de fuerza del conato de insurrección, que no de independencia.

No obstante, las exigencias crecieron. Distintos documentos publicados anunciaban que aquella rebelión seguiría el ejemplo de Tupac-Amaru, pero con indio propio, ya que Pisco era un mestizo que había hecho su fortuna a la sombra de la *Pax Hispana*. Al conocerse la noticia en Santa Fe las señoras se echaron cruces diciendo: «Es el colmo, lo único que nos falta es un indio que nos dirija», en tanto que los varones se alistaron para la defensa de la ciudad amenazada. A partir de ese momento la gente de Santa Fe comenzó a llamar «pisco» a la persona baja, ruin y de poca importancia, como cuando decían: «Dígale a ese pisco que venga». La chusma de El Socorro y demás poblaciones llegó a Zipaquirá sin resistencia de las autoridades; estaban a una jornada de camino de la capital del Reyno. Cuando el conjunto popular, en número de 20.000, se preparaba para reiniciar su marcha hacia Santa Fe —ciudad de otros 20.000 habitantes— todo el mundo comprendió que la revuelta había hecho salir el tiro por la culata a los ricohombres y notables,

porque ahora todos, distinguidos y comunes, estaban amenazados.

La gleba había marchado a través de pantanos, páramos y soledades inmensas para llegar hasta allí, envuelta en harapos y cercada por el hambre. Por aquellas fechas la capital estaba desabastecida de tropas: estas habían sido trasladadas a la Costa Atlántica al mando del virrey Flórez para atender la defensa de Cartagena y en previsión de un ataque inglés. No obstante, la primera medida que tomaron las alarmadas autoridades fue enviar al oidor Osorio a contener la avalancha humana con cien hombres armados y doscientos fusiles, que más estorbaban que ayudaban a los movimientos. El Oidor fue hecho prisionero sin que se derramara una gota de sangre o se disparara un solo tiro de fusil. El único que pudo escapar fue un hombre de apellido Ponce quien se ocultó bajo la cama de una mulata que quiso socorrerlo; después de todo un día y una noche de permanecer oculto fue de nuevo socorrido por un fraile que le trajo un hábito de su convento y, así disfrazado, llegó a Santa Fe a informar de las malas nuevas. Conocidas estas, el regente Gutiérrez de Piñeres huyó despavorido ante la inminencia del ataque, en tanto que el ahora ex marqués Lozano ofreció formar un batallón con cien hombres prestos a la defensa, entre los que se encontraban todos los miembros aptos de su familia y cuatrocientos caballos de su hacienda. Era la única forma de demostrar a las autoridades que él nada había tenido que ver con la revuelta y que su lealtad a la Corona quedaba a toda prueba. La Real Audiencia decidió que era mejor transar que guerrear y lo comisionó para acompañar al arzobispo Caballero y Góngora a apaciguar a los rebeldes. Escogieron como digna compañía al chapetón y jefe de Correos a Manuel García Olano, pariente político suyo y hábil espía, así como a su yerno, el alcalde Eustaquio Galavís quien, con el oidor Joaquín Vasco y Vargas, actuaría con plenos poderes.

Para evitar el acercamiento de los rebeldes a la capital del Reyno el arzobispo Caballero y Góngora, actuando en representación gubernamental, salió al encuentro de los Comuneros que aguardaban en la ciudad de Zipaquirá la capitulación de las autoridades. Revolución, Gobierno y negociadores se encontraron el 14 de mayo de 1781 en la plaza del pueblo, atestada de Comuneros, bajo la sombra protectora de Berbeo, quien aguardaba con sus «tropas» en el campamento de El Mortiño. Capitulaciones se hicieron, pues la Real Audiencia, desprovista de tropas confiables que guardaran el orden, accedió a pactar la suspensión del impuesto de Barlovento, la limitación en el uso del papel sellado, la suspensión de la renta del estanco del tabaco, la devolución de tierras a los indígenas, la rebaja de la renta del aguardiente, la desaparición del impuesto de la alcabala para los productos alimenticios, la construcción de nuevos caminos para El Socorro, Tunja y Villa de Leyva y la eliminación del recaudo de peajes; similarmente, accedió a la reducción de los importes de correo y de los trámites burocráticos; cedió el control de la explotación de sal y de sus costos de comercialización; suspendió la figura de los visitadores y determinó la expulsión de Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, visitador de la Nueva Granada e impulsador de las elevadas cargas tributarias; permitió la eliminación del nombramiento de Corregidores de Justicia Mayor para El Socorro y San Gil; permitió la conservación de los cargos militares nombrados por los Comuneros y su entrenamiento militar, la inspección sobre los escribanos reales y los notarios eclesiásticos para que no se excedieran en el cobro de sus servicios, la vigilancia sobre la migración y permanencia de extranjeros en el territorio de la Nueva Granada, la rebaja del precio de la pólvora, la eliminación del pago de

impuestos por uso de caminos y puentes a particulares, la reducción de impuestos a pequeños comerciantes y tenderos, la universalización y el control sobre pesos y medidas. El Estado quedó técnicamente quebrado. Por último, se pactó la prelación de los americanos en el nombramiento de cargos en el sector público.

Este último punto no fue más que la reivindicación de una tradición conservada, hasta la llegada de Carlos III, de nombrar criollos en los altos cargos administrativos, práctica sustituida en favor del nombramiento de españoles peninsulares, quienes ya ocupaban la mitad de los cargos. El choque burocrático y el cultural se expresaron de la siguiente manera, y nos da idea del distanciamiento que ya se percibía en las relaciones interpersonales de españoles y criollos: «Que en los empleos de primera, segunda y tercera plana, hayan de ser antepuestos y privilegiados los nacionales de esta América a los europeos (peninsulares), por cuanto diariamente manifiestan la antipatía que contra las gentes de acá conservan. Pues están creyendo, ignoradamente, *que ellos son los amos y los americanos, todos sin excepción, sus criados...*».

Esta queja ocurre nueve años antes de la Revolución Francesa, y mucho antes de que se llegara a idealizar la democracia abierta como sistema de vida y de gobierno y se constituye en la prueba palpable de que los criollos resentían el trato de los peninsulares, ya infectados por la Ilustración, el afrancesamiento y los ideales igualitaristas. El hecho es que los exorbitantes y ruinosos acuerdos alcanzados por los Comuneros habían sido secretamente redactados, o sugeridos, por el bendito ex marqués de San Jorge y su pariente, García Olano, en el campamento de Berbeo, a donde ambos concurrieron al amparo de las sombras. En la Capitulación 35 tampoco se olvidaron de solicitar el perdón por las faltas contra el orden público y así quedó redactada y firmada por ambas partes, sublevados y autoridades del Virreinato:

... habiendo sido nuestro principal objeto el libertarnos de las cargas impuestas de Barlovento y demás pechos impuestos por el señor regente-visitador general, lo que tanto ha exasperado los ánimos, moviéndonos a la resolución que a V.A. es notorio y que nuestro ánimo no ha sido faltar a la lealtad de leales y fieles vasallos, suplicamos rendidamente a V. A., que se nos perdone todo cuanto hasta aquí hemos delinquido; y para que su real palabra quede del todo empeñada, impetramos el que, para mayor solemnidad, sea bajo juramento sobre los cuatro Evangelios, y verificado que sea en el Real Acuerdo, se remita a los señores comisionados, para que aquí se vuelva a ratificar en presencia del Illmo. señor arzobispo, para que todos los Comunes queden enterados de su real e inviolable palabra, por cuyo medio han de quedar firmes y subsistentes, ahora y en todo tiempo, los Tratados-Capitulaciones, y pedimos se nos admitan y acepten, y que su aprobación sea sin ambigüedad.

A juzgar por la expresión de lealtad a la Corona las relaciones no estaban a punto de rompimiento, ni la reconciliación con España era impensable. Tampoco lo estuvo años después, desatada ya la crisis independentista por la invasión napoleónica a la Península, cuando un tal Beaver, Capitán de la flota británica, remitió el siguiente informe a su Corte: «Creo poder aventurarme a decir que ellos [los criollos] son en extremo leales y apasionadamente adictos a la raza española y a la Casa de Borbón...».

Vale detenerse a comprender que el estilo de los borbones ciertamente contrastaba con el de los Austrias, pactista, como era. En el Memorial del Sr. Salvador Plata, se dice que:

... se respetasen las leyes de los Austrias sobre protección del trabajo indígena; que los cholos siguieran sin numerar, como siempre había ocurrido; que se dejase a los indios en sus viejos resguardos, sin trasladarlos a otros nuevos, que se creara otra Audiencia más en el Cuzco, para el mejor cumplimiento de la Justicia; que Mérida y Barinas volvieran al antiguo virreinato

neogranadino, y no se las encuadrara en una Intendencia de nueva creación; que se permitiera cultivar el tabaco donde se creyera conveniente, como siempre se había hecho. Es un continuo pedir por regresar a una situación anterior; un retornar al antaño, a lo tradicional, al viejo orden. Es como una expresión americana de los Motines de Esquilache.

El arzobispo Caballero y Góngora, hábilmente, se empeñó en apaciguar los ánimos belicosos para ganar tiempo y poder remitir las Capitulaciones a Santa Fe para ser aprobadas definitivamente, lo cual sucedió el 6 de junio de 1781. El 8, mientras don Bernardo de Gálvez y José de Ezpeleta, junto con otros bravos españoles luchaban en La Florida, la Audiencia, en cabeza de Galavís y previo consentimiento del arzobispo Caballero y Góngora, registraba una acta secreta sobre la nulidad del acuerdo a tiempo que se oficiaba una misa solemne en la Iglesia de Zipaquirá para celebrar dicho entendimiento; el Acta de Ceremonia levantada dejó constancia de lo sucedido:

Expuesto el Santísimo Sacramento, Su Señoría Ilustrísima, teniendo delante una mesa y en ella un misal abierto, pasaron los citados señores comisionados y puestos de rodillas, puestas sus manos en el misal, dijo Su Señoría Ilustrísima, estando presente yo el infrascrito Escribano Real, estas palabras: «Usías, como comisionados del Real Acuerdo de Justicia de la Real Audiencia y Chancillería del Nuevo Reino de Granada y Junta Superior de Tribunales de Santafé, ¿juran por Dios Nuestro Señor, por su Cruz y por sus santos Cuatro Evangelios, guardar las capitulaciones propuestas y confirmadas por dicha Real Audiencia y Junta y Usías, a don Juan Francisco Berbeo, sus Capitanes, oficiales y demás tropa y de no ir en tiempo alguno contra ellos?». A que respondieron: «Así juramos y ofrecemos cumplir en nombre del Rey nuestro señor, el dicho Real Acuerdo, Junta Superior y nuestro». Su Señoría (el Arzobispo) prosiguió diciendo: «Si así lo hicieran Usías y cumplieren, Dios Nuestro Señor los ayude, y de lo contrario se los demande». A que respondieron: «Amén». Con lo que se concluyó este acto, y en acción de gracias se cantó el Te Deum con repique general de campanas y bendición de su Ilustrísima Señoría, y dichos señores lo firmaron, de lo que doy fe. Antonio, Arzobispo de Santafé, Joaquín Vasco y Vargas, Eustaquio Galvis. Ante mí, Manuel de Aranzasogoitia, Escribano Real.

Ni los Cuatro Evangelios ni el juramento público que se le tomó a Galavís sirvieron para dejar en firme lo convenido. El arzobispo, que había firmado el texto de las Capitulaciones y quien, con todos los emisarios de la Audiencia había jurado cumplirlas en la Misa solemne por él mismo oficiada, a poco tiempo tuvo que acceder a su revocatoria. Sin estar todavía seca la tinta del acto de Zipaquirá, Eustaquio Galavís, criollo de nacimiento, aunque hijo de español, cabeza de los emisarios del Real Acuerdo y Junta de Tribunales de Santa Fe y Alcalde de esa ciudad, acudió al escribano del pueblo, don José Camacho, también se hizo levantar un acta secreta que decía:

Que se halla arrastrado a condescender en la admisión de dichas Capitulaciones... Por lo que, y para que en ningún tiempo le obste cualquier acto que acerca de este particular practique, desde ahora para entonces lo reclama, protestando su nulidad, como que solo lo ejecutará (lo ha ejecutado) precisado por la fuerza y por ceder a la necesidad, sin que sea su ánimo el que en tiempo alguno tenga efecto; pues antes, por el contrario, desde luego lo declara de ningún valor, como si nada se hubiera ejecutado.

Eustaquio Galavís justificó su acción fundamentado en que un acuerdo hecho bajo coacción no puede ser válido. Nunca imaginó que su nieto, Antonio Morales Galavís, iba a ser uno de los revolucionarios del 20 de julio de 1810 que se alzaron contra el Virrey y la Corona. Tampoco imaginó que toda la culpa de la anulación habría de recaer en la Corona, después de que Francisco de Miranda, el revolucionario, lanzara la especie en 1801 de que «En fin S. M. C. ¿no

ha violado, sin pudor, su fe y sus más sagradas promesas, anulando en 1783, sin motivos legítimos y aun sin pretexto, la capitulación concluida en Zipaquirá en 1781 entre la Audiencia y los habitantes del Reino de Santa Fe, la cual había sido ratificada por la Corte de Madrid en 1782?». Lo cierto es que la anulación fue tramada por los criollos, puesto que había plena justificación para rescindir los acuerdos logrados bajo amenaza y lo único que hizo Madrid fue ratificar lo dicho por Galavís cuando se enteró de todos los pormenores.

Después de firmadas las Capitulaciones, celebrada la Misa y hechos los juramentos de rigor, el arzobispo Caballero y Góngora distribuyó limosnas entre los Comuneros para que pudiesen regresar a sus regiones con un respiro económico; Berbeo, a su vez, ordenó la desmovilización revolucionaria. Luego Salvador Plata y Francisco Berbeo se esforzaron al máximo para dar la impresión de que ellos habían sido arrastrados por la fuerza a participar en una revuelta que no era de su agrado. Para demostrarlo, Plata levantó un pequeño ejército a su propio cargo para salir en persecución de Galán, que se dirigía hacia la provincia de El Socorro en un último intento por provocar una nueva rebelión armada. Berbeo, en cambio, se desplazó a Santa Fe, donde fue nombrado Regidor y Justicia Mayor de El Socorro y San Gil, cargo establecido por el artículo 17 de los acuerdos. Las autoridades olvidaron adrede que Berbeo había comisionado a Galán para cortar el paso con sus hombres en Nemocón a Gutiérrez de Piñeres, quien, aterrado por los acontecimientos, huyó hacia Cartagena.

## **La muerte de Galán**

Los actos de Galán fueron muy graves. Capitaneando sus tropas, salió con Manuel Ortiz a ocupar Facatativá, depuso a las autoridades y nombró empleados de su gusto. Se apoderó de armas y pertrechos de guerra en dos encuentros con los defensores realistas; tomó Villeta y Guaduas donde hizo lo mismo. Amenazó con tomarse Honda, población sobre el río Magdalena y puerto clave en la navegación hacia el interior del país. Ocupó Mariquita, no obstante saberse que Gutiérrez de Piñeres, quien había alcanzado esta población en su fuga, había decidido desarmar a cuatrocientos hombres de su guarnición, echarse río abajo en una barqueta y alcanzar en tan solo cinco días el seguro puerto de Cartagena. Jamás se supo por qué desarmó los hombres, ni por qué no se sintió seguro al encontrarse con parte del destacamento de quinientos soldados enviados por el Virrey desde Cartagena para proteger el puerto de Honda, ni por qué decidió continuar raudo en su fuga.

Galán siguió empeñado en sublevar los pueblos por los que pasaba y fue así como envió misiones con este propósito a las poblaciones de El Espinal, Tocaima, Coello, Coyaima, Piedras, Natagaima y Purificación. Entró en Ambalema e Ibagué, marchó sobre sus pasos y, regresando a Ambalema, se enteró de que se habían firmado las mencionadas Capitulaciones. Esta noticia lo estimuló a suspender las operaciones militares, disolver sus guarniciones y encaminarse a su pueblo natal, Charalá. Pero luego que supo que los acuerdos iban a ser rescindidos, optó de nuevo por la revuelta, fue elegido caudillo y amenazó con levantar las poblaciones de las riberas del río Magdalena; promovió la insurrección de los esclavos e incitó los indígenas a la guerra. Pero esto tampoco fue un conato de independencia sino de reivindicación de los acuerdos firmados, porque

él mismo dijo: «Nuestra navegación solo se dirige a lo equitativo de nuevos impuestos pechos, y no a decadecer de la rendida obediencia del vasallaje natural que debemos guardar a nuestro soberano...».

La Real Audiencia, entretanto, despachó órdenes de captura a todos los municipios y autoridades locales contra el rebelde Galán y solicitó con carácter urgente la ayuda del Virrey, estacionado en Cartagena para su defensa. Pero el virrey Manuel Antonio Flórez poco podía hacer: el Regimiento Fijo que defendía la ciudad estaba compuesto por muchos elementos criollos provenientes de los municipios sublevados. Al final se decidió hacer leva de 500 hombres a sueldo para aplastar cualquier nueva sublevación originada por el creciente desconocimiento de las Capitulaciones, propuesta abiertamente hecha por el Oidor Decano, Juan Francisco Pey y Ruiz, secundada por Eustaquio Galavís, muy criollo, y autor del acta secreta. Entonces, ¿a quién debemos la traición a los Comuneros, por duro que nos parezca reconocerlo? ¿A las autoridades españolas solamente, o a ambos, criollos y españoles? Estas preguntas son importantes porque siempre se enseñó que las autoridades españolas habían sido las que desconocieron los acuerdos y las que firmaron la sentencia contra los insurrectos. La realidad es otra: lo que se puede decir es que fueron todos complacientes, particularmente a quienes interesaba borrar toda sospecha de su deslealtad a la Corona.

Como no había presupuesto para hacer la leva de hombres se decidió despachar de Cartagena una fragata a La Habana para solicitar socorro militar al Comandante General de Operaciones, Victorio de Navia, consistente en dos regimientos veteranos y 500.000 pesos de ayuda pecuniaria. Como corría mucha prisa criolla por desconocer los acuerdos, al Virrey le fue preciso solicitar que los comerciantes de Cartagena prestaran su concurso a la ayuda del Estado. Los comerciantes rehusaron, por lo que el Virrey se vio precisado a hacer uso de su autoridad mediante la cual el dinero y los hombres fueron conseguidos y despachados a Santa Fe al mando del coronel José Bernet. A tambor batiente y al son de trompetas entraron luciendo vistoso uniforme de casaca y cuello alto, galones rojos, botonadura dorada y pantalón azul; en cerrado desfile marcharon por las calles empedradas de la capital del Reyno. Por esas fechas, Galán, sin esperanza de reunir tropas y encender de nuevo la revuelta, huyó hacia el Casanare, región situada en los inmensos llanos orientales, donde intentó esquivar la persecución del criollísimo Salvador Plata. El 13 de octubre se detuvo a pernoctar en una choza, cerca de Onzaga, con tan mala fortuna que los hombres de Plata la cercaron y lo intimaron a la rendición. Galán opuso resistencia, pero fue herido por Francisco Berbeo, su ahora enemigo, aunque reciente compinche. Sus compañeros de armas lo abandonaron a su suerte; fue remitido en cadenas a Santa Fe, en compañía de otros veinticuatro compañeros capturados, junto con un escrito del propio Salvador Plata que decía: «Presento a los pies de V. A. el Tupac Amaru de nuestro Reyno...».

Galán fue procesado y condenado a muerte el 30 de enero de 1782. La sentencia, ejecutada el 1 de febrero de 1782, rezaba:

Condenamos a José Antonio Galán a que sea sacado de la cárcel, arrastrado y llevado al lugar del suplicio, donde sea puesto en la horca hasta que naturalmente muera; que, bajado, se le corte la cabeza, se divida su cuerpo en cuatro partes y pasado el resto por las llamas, para lo que se encenderá una hoguera delante del patíbulo. Su cabeza será conducida a Guaduas, teatro de sus escandalosos insultos; la mano derecha puesta en la plaza del Socorro; la izquierda en la Villa de San Gil; el pie

derecho en Charalá y el pie izquierdo en el lugar de Mongotes; declarada por infame su descendencia, ocupados todos sus bienes y aplicados al Real Fisco; asolada su casa y sembrada de sal para que de esta manera se dé al olvido su infame nombre...

Como se ve, no eran solo los españoles quienes así condenaban a los reos de lesa Majestad, pues Galán no solo fue capturado por criollos para que fuese enjuiciado, sino que la sentencia fue también firmada por el conjuez americano Javier de Serna. La redacción de la sentencia, no obstante, fue hecha por el oidor español Juan Francisco Pey y Ruiz, quien obró de acuerdo con las leyes que severamente penaban falta tan grave. La misma sentencia cobijaba a los otros reos:

Asimismo, atendiendo a la correspondencia, amistad y alianza que mantenían con este infame reo, comunicándole las noticias que ocurrían, fomentando sus ideas, levantando pueblos y ofreciendo sus personas para los más execrables proyectos, condenamos a Isidro Molina, Lorenzo Alcantús, y Manuel Ortiz, quienes ciegamente obstinados insistieron en llevar adelante el fuego de la rebelión, a que siendo sacados de la cárcel y arrastrados hasta el lugar del suplicio, sean puestos en la horca hasta cuando naturalmente mueran; bajados después se les corten sus cabezas y conduzcan la de Manuel Ortiz al Socorro, en donde fue portero de aquel cabildo; la de Lorenzo Alcantús, a San Gil, y la de Molina, colocada a la entrada de esta capital. Confiscados sus bienes, demolidas sus casas y declarados por infames sus descendientes, para que tan horrible espectáculo sirva de vergüenza y confusión a los que han seguido a estas cabezas, inspirando el horror a los que han mirado con indiferencia estos infames vasallos del rey católico, bastardos hijos de su patria.

A algunos de aquellos reos, dieciséis en total, se les impuso pena de confiscación de sus bienes, doscientos azotes y presidio perpetuo en África y «proscritos para siempre de estos reinos... atendida la rusticidad, ignorancia y ninguna instrucción» de los reos; a otros cuatro a destierro perpetuo a cuarenta leguas de El Socorro y San Gil y, a todos, tener que presenciar la ejecución de sus jefes, expuestos a la vergüenza pública. La sentencia fue ordenada se fijase en lugares públicos y se leyese los «tres primeros días de mayor concurso», sin que pudiese ser quitada, rasgada ni borrada bajo severa pena para que sirviera...

... este auténtico monumento de afrenta, confusión y bochorno a los que se hayan manifestado díscolos y menos obedientes, y de consuelo, satisfacción y seguridad y confianza a los fieles y leales vasallos de su majestad, reconociendo todos el superior lazo de su justicia, que sin olvidar su innata clemencia, castiga a los delincuentes y premia a sus beneméritos, no pudiendo nadie, en los sucesivos, disculparse en tan horrendos crímenes de conjuración, levantamiento o resistencia al rey o sus ministros, con el afectado pretexto de ignorancia, rusticidad o injusto miedo... por la cual definitivamente juzgando así lo mandamos, fallamos y firmamos en consorcio del señor don Francisco Javier de Serna, nuestro Alguacil Mayor de Corte y abogado de la Real Audiencia como con-Juez de esta causa. (Firmado): D. Juan Francisco Pey Ruiz, Juan Antonio Mon y Velarde, D. Joachin Vasco y Vargas, Pedro Catani, Francisco Javier de Serna. Pronuncióse la sentencia de suso por los señores Virrey, Presidente, Regente y Oidores. LICENCIADO D. JUAN FRANCISCO PEY RUIZ - D. JUAN ANTONIO MON Y VELARDE - D. JOAQUIN VASCO Y VARGAS - D. PEDRO CATANI Y CONJUEZ D. FRANCISCO JAVIER DE SERNA, Alguacil Mayor de la Real Audiencia, y Chancillería Real de su Majestad en el Nuevo Reino de Granada, estando en la Sala Pública de Relaciones, en Santafé, a treinta días del mes de enero de mil setecientos ochenta y dos años. - PEDRO ROMERO SARACHAGA. Concuerdada con el original que queda en la Secretaría de Cámara de esta Real Audiencia de que certifico. (Hay una rúbrica).

Pero hay algo más. Galán no solo cometió delito de rebelión, sino que fue también condenado por relaciones incestuosas con una de sus hijas..., hecho suficientemente desconocido. Examínese otra parte de la sentencia, porque no solo asoló poblaciones y vejó autoridades, sino que:

Nombrando capitanes y levantando tropas para con su auxilio, cometer tan asombrosos, como no oídos, ni esperados excesos contra el Rey y contra la Patria, siendo así mismo escandaloso y relajado en su trato con mujeres de todos estados, castigado repetidas veces por las Justicias y *procesado de incestuoso con una hija*, desertor también del regimiento fijo de Cartagena, y últimamente un monstruo de maldad, y objeto de abominación, cuyo nombre y memoria debe ser proscrita, y borrada del número de aquellos felices vasallos, que han tenido la dicha de nacer en los dominios de un rey, el más piadoso, el más benigno, el más amante y el más digno de ser amado de todos sus súbditos como el que la Divina Providencia nos ha dispensado en la muy augusta y católica persona del señor don Carlos tercero (que Dios guarde) que tan liberalmente ha erogado y eroga a expensas de su real erario considerables sumas para proveer estos vastos dominios de los auxilios espirituales y temporales...

Estrictamente hablando, la sentencia no fue cumplida en lo que al ahorcamiento se refiere, pues Galán, por impericia del verdugo, no pudo ser ahorcado y por eso se decidió fusilarlo; luego se le descuartizó y se enviaron sus miembros a los sitios ordenados por la sentencia. No sobra comentar, sin embargo, que pese a la inusual crueldad de la pena, eran tan escasas las que ameritaran un ahorcamiento que la falta del verdugo idóneo parece demostrar la relativa paz y lealtad de los súbditos hispanos a España y de la carencia casi absoluta de delincuencia común en esas tierras. Esto fue observado por Humboldt a principios del siguiente siglo, cuando todavía gobernaba España. Tampoco cabe descartar que a aquellas gentes horrorizara el espectáculo de ver retorcerse un cuerpo suspendido en el aire y optaran por sacar el quite a la horca. En las colonias inglesas, en cambio, habrían sobrado expertos en esta materia, pues para nadie era extraño ver en ellas, y en la propia Inglaterra, los cuerpos de los ajusticiados colgados de los árboles a manera de adorno de caminos y senderos en franca advertencia para transeúntes y viajeros.

Tan pronto como la fuerza pública enviada de la Ciudad Heroica estuvo en situación de combate, el virrey Flórez expidió el 18 de marzo de 1782 un decreto que anulaba las Capitulaciones y lo siguió una empechinada persecución contra los Comuneros y sus simpatizantes. Esta medida tuvo el pleno respaldo del notablato criollo. En realidad, al virrey Flórez y a las autoridades peninsulares no les costó mucho trabajo rescindir los acuerdos puesto que ya contaban con la aquiescencia del Consejo de Capitanes insurrectos de El Socorro, criollos todos y autores de las constancias de nulidad. Muchas parroquias también se sumaron a la petición de anulación y en ellas se levantaron actas como la siguiente: «Quieren y dicen los principales vecinos que sin embargo de haber ejecutado la plebe, en tiempo de la sedición tumultuada, los estragos y decadencias que son notorios en todos los pueblos, y de hallarnos sin fuerza para resistir sus impetuosos arranques y no tener medios para poderla contener, sintiendo siempre como leales sus apasionados despechos, ahora... quieren los buenos vecinos y honrados patricios obligarse voluntaria y gustosamente a cubrir las pérdidas y perjuicios causados en esta parroquia en tiempo de la calamidad». Este era el sentir de los criollos, que muy poca independencia querían de España.

La petición se extendía a derogar los artículos de las Capitulaciones más nocivos de la Real Hacienda y al compromiso de «no resistir las disposiciones del Monarca y de sus ministros, que en su real nombre gobiernan, y a ofrecer todos sus individuos sus fuerzas, personas e intereses en defensa y servicio de su Rey, y estar prontos a tomar las armas, a contener la disolución de los pueblos que audaces intentaren desobedecer a S. M., cuya obligación es debida no solo por el

temor de la pena sino de la conciencia».

Es decir, España no estaba todavía perdida en América, a juzgar por el contenido de las notas aprobadas; tampoco el Virreinato, que volvió a quedar adormecido en la paz y sosiego de los precedentes tres siglos.

## 5. LOS EPISODIOS DEL ODIOS Y DEL AMOR

*Tus vasallos, señor, están clamando  
no tener otro dueño que Fernando.*

FRUTOS JOAQUÍN GUTIÉRREZ, criollo.

### **Las señales del odio**

La puerta de las insurrecciones se iba entreabriendo y la desconfianza crecía. La Compañía de Jesús, otrora fiel aliada de España y entonces con sus miembros secularizados por el Breve Pontificio, atizaba las aspiraciones de quienes levantaban sus voces para rechazar la autoridad española. En 1772 se había publicado su célebre libro *Año 2440* en el que se planteaba una organización social sin monarquías y esencialmente socialista. En Europa, ya eran los jesuitas decididos abanderados de la Revolución contra España, en tanto que en América el jesuita Juan Pablo Vizcardo, nacido en Arequipa, escribía una proclama de independencia que, entre otras cosas, decía: «La Corte de España ve con el mayor pavor aproximarse el momento que la naturaleza, la razón y la justicia han prescrito para emanciparse de una tutela tan tiránica... El valor con que las colonias inglesas de América han combatido por la libertad, de que ahora gozan gloriosamente, cubre de vergüenza nuestra indolencia...».

En el Alto Perú, Bolivia, Tupac Catari se alzaba a finales de 1781 contra las autoridades españolas. Prohibía que se hablara en una lengua distinta del aymara, incitaba al destierro de los peninsulares y cercaba por varios días la ciudad de La Paz. Para salvarse del cerco, los españoles llegaron a otros acuerdos con Tupac Catari, mientras lograban que uno de sus capitanes lo traicionara; apresado, era también muerto y descuartizado el 13 de noviembre de 1781. Esta otra Revolución de los Harapos —como se había llamado la angloamericana— había sido conjurada por la sangre derramada, la que, a su vez, sería pronto fermentada por la ambición y, finalmente, aupada por el odio a la justicia. Este «odio» a la justicia fue causa eficiente para suscitar el «amor» a la Independencia; veremos cómo todo esto está relacionado tanto con los enlaces familiares como con los pequeños resentimientos que pasan por el episodio comunero y culminan con el tumulto independentista.

Las señales del odio aparecieron simultáneamente entre criollos y españoles con la horrenda ejecución de José Antonio Galán a raíz de la revuelta de los Comuneros, la sangre que propició y la conmoción extendida por todo el Nuevo Reyno. Porque se ha de saber que, pese a que la captura del delincuente fue propiciada por criollos, los platos rotos los pagaron los españoles, pues se hizo correr la especie de que todo había sido orquestado por ellos. Así que los hicieron aparecer como monstruos de venganza y de sevicia, sin reparar en que uno de los firmantes de la sentencia había sido Javier de Serna, americano de nacimiento. Galán fue condenado a dos muertes, porque una sola no bastaba para borrar todo el daño causado y el desprecio que por él

sentían los que, habiendo fracasado en la instigación, se sentían amenazados de castigo. Recordemos: «Condenamos a José Antonio Galán a que sea sacado de la cárcel, arrastrado y llevado al lugar del suplicio, donde sea puesto en la horca hasta que naturalmente muera; que bajando, se le corte la cabeza...». Podemos asegurar que una sola condena a muerte habría sido suficiente para matarlo, porque, según se ha dicho, la muerte nunca llega dos veces y eso es algo sabido de casi todos. Pero, lo querían bien muerto, y dos muertes son siempre mejores que una.

Por lo menos eso era lo que decían, por lo que resulta digno de creerse que, a raíz de la conspiración septembrina de 1828 contra el dictador Bolívar, catorce de los conjurados fueron fusilados y luego ahorcados, en cumplimiento de dos sentencias de muerte, la segunda de las cuales, por extraño que parezca, se cumplió en los cadáveres. Así que no eran solo las autoridades españolas las que condenaban a varias muertes. Resulta también curioso que, esta vez, la condena haya sido a la inversa de la de Galán, es decir, por último la horca... Y Bolívar, que solía criticar la impiedad del «Pacificador» Pablo Morillo y, en general, la dureza de los españoles, tampoco mostró piedad alguna con los acusados, pese a que sus esposas, madres, padres y familiares se arrojaron a los pies del dictador pidiendo clemencia. Su piadosa respuesta fue «saquen de aquí a estas mujeres», él que tanto las adoraba y que por ellas retrasaba los combates. Pero habría que excusarlo, porque se estaba frente a una nueva definición de la justicia y de la piedad, según algunos expresaron.

Como siempre ocurre, el hecho de sangre referido al rebelde Galán fue solo atribuido a los españoles y a su inusual crueldad, según contaron los patriotas y sin que nadie reparara en quienes lo capturaron y lo sometieron a la justicia; es decir, sin que nadie dijera «esta boca es mía» para rectificar que no fueron dos las muertes de Galán, sino una, aunque se quisiera cobrar por dos, y quizás por diez, porque desde entonces en Colombia cada muerte se cobra por diez, y las diez por treinta, según hemos aprendido en las páginas rojas de los periódicos y las noticias que por las ondas hertzianas nos llegan a los oídos. Pero si de crueldad se quiere hablar, tampoco repararon que a los condenados a muerte en Inglaterra se les solía poner en el cuello un lazo suficientemente corto para que al condenado, al caer por la trampilla, no se le rompiera el cuello y muriera por asfixia. Las autoridades hacían esto porque la gente se divertía viendo los movimientos de las piernas que la víctima agitaba con desesperación. A esto llamaban la «danza de la muerte» y a la justicia inglesa gustaba brindar diversión.

Nadie reparó tampoco en que por aquel entonces la perturbación de la paz pública era un hecho tan insólito y desconocido que las autoridades consideraron que bien valían dos ejecuciones para sepultar para siempre en los rincones de la amnesia algo que no debería repetirse en la Historia, ni siquiera para contarlo a los nietos y biznietos, y mucho menos para que fuera imitado por los descendientes y los amigos de abstractas libertades. Los españoles y criollos de la época tenían perfectamente claro que la paz y la vida de las personas eran valores superiores a las reivindicaciones violentas, por justas que parecieran. Por eso también instruyó la sentencia a Galán: «Para que todos entiendan la estrecha e indispensable obligación de defender, auxiliar y proteger cuanto sea del servicio de su rey, ocurriendo en caso de sentirse agraviados de los ejecutores a la superioridad por los medios del respeto y sumisión sin poder tomar por sí otro arbitrio, siendo en este asunto cualquiera opinión contraria escandalosa, errónea y directamente

opuesta al juramento de fidelidad, que ligando a todos, sin distinción de personas, sexos, clases ni estado, por privilegiados que sean...», como debe ocurrir en todo país civilizado.

### **Las señales del amor**

Fatigado de tanta zozobra, intriga y devaneos, el virrey don Manuel Antonio Flórez Martínez de Angulo y Bodquín dimitió de su cargo ante la Corona en aflictiva situación personal. De la Nueva Granada pasó al Virreinato de Méjico con el título de conde de Casaflorez. Lo sucedió el gobernador de Cartagena, don Juan de Torrezal Díaz Pimienta, quien se posesionó el 30 de marzo de 1782 y hacia Santa Fe se puso en camino en abril. Llegó a la capital el 7 de julio y, enfermo por el largo viaje, murió a los cuatro días. El odiado Regente Visitador, Gutiérrez de Piñeres, asumió el mando militar como Capitán General y, en la Real Audiencia, el mando civil hasta cuando el difunto fue sustituido como Virrey por el arzobispo don Antonio Caballero y Góngora el 6 de julio de 1782, quien se puso en la ingrata tarea de indagar sobre los rumores que corrían de que el ex marqués Lozano había sido ovacionado en el campamento de Berbeo y de que su pariente, García Olano, era un traidor. El Arzobispo-Virrey comenzó a comprender las complejidades del medio, las dobleces de los cachacos y las infamias peninsulares. Don José de Gálvez, Ministro de Indias y tío de Bernardo de Gálvez, «reconquistador» de La Florida, a continuación cursaba a Caballero y Góngora la siguiente misiva con órdenes perentorias: «Deponga V. E. todo escrúpulo y proceda con libertad, poniendo en ejecución las reales órdenes que se le han comunicado para el condigno castigo de los delincuentes en las pasadas alteraciones de ese Reino, en el seguro supuesto de que con esta fecha se pide a Su Santidad la dispensa y habilitaciones necesarias para que V. E. pueda conocer con toda amplitud, directa o indirectamente, en los autos criminales y sus incidencias, sin recelo de que esto deje de conseguirse».

Algunos hechos represivos se precipitaron en todo el territorio de la rebelión: Berbeo fue destituido de su cargo en tanto que Plata fue nombrado «Juez Subdelegado de las Reales Rentas de Tabaco, Alcabalas, Aguardientes y demás ramos que las componen, en las jurisdicciones del Socorro, San Gil y Tequia». Los líderes más comprometidos con la rebelión fueron debidamente procesados y condenados a muerte, amén de descuartizados, como ordenaban las sentencias; sus miembros fueron exhibidos, para escarmiento, en todo el territorio.

Aquí es conveniente prevenir al lector de que en aquellos tiempos en los que no había televisión, ni radio, ni medios técnicos de comunicación, exhibir los miembros de los ajusticiados era una práctica aconsejada para la más amplia difusión pública de los castigos y en la que España no estaba sola. Era el más eficaz medio con el que se contaba. Otros sufrieron penas de destierro. Pero, en general, el Arzobispo-Virrey mostró gran compasión con los insurrectos al promulgar un indulto amplio y general para todos los comprometidos, no fuera a ser que las autoridades se excedieran en su celo. Decía el indulto:

Deseando abreviar los momentos de la infelicidad pública, determinamos publicar el presente indulto, por el cual a nombre del Rey nuestro señor y usando las amplias facultades que nos ha comunicado, concedemos desde ahora para siempre indulto y

perdón general, y declaramos indultados y enteramente perdonados de sus delitos a todos los comprometidos en la horrible y escandalosa sublevación acaecida en estos dominios en el año último; salvo siempre los perjuicios y derechos civiles de terceros y del real fisco.

El indio Pisco fue cobijado con este indulto a pesar de haber prometido a sus seguidores devolver las salinas a los indios y apropiarse de la soberanía del Nuevo Reyno; no obstante, alcanzó a estar preso en Cartagena. Lo que debemos resaltar de todo este incidente, empero, es que el Estado abjuró de su jurisdicción en cuanto al cumplimiento de la palabra empeñada y muchos vieron en esta maniobra una conjura de la Corona para retractarse de lo acordado como en los viejos tiempos del ministro Esquilache y las concesiones otorgadas por Carlos III al pueblo de Madrid. Sin embargo, abona este hecho el no menos cierto de que ningún contrato debe ser válido si ha sido elaborado y firmado bajo la presión o la amenaza. Es como si se obligara a un ciudadano a ceder sus propiedades por escritura pública con un revólver en la sien. Esto lo sabían perfectamente bien las autoridades españolas y las criollas. El error consistió en haber firmado las Capitulaciones bajo el apremio del cañón. Con todo, fueron los criollos los más comprometidos en echar atrás las Capitulaciones que ellos mismos habían ayudado a redactar.

### **La papa caliente**

Caballero y Góngora, ya Virrey, comprendía que la verdadera «papa caliente» era el ex marqués Lozano quien por aquellas fechas aspiraba a Coronel del Regimiento de Caballería de Santa Fe, un cargo en extremo peligroso para ser detentado por tan retorcido caballero. El Arzobispo-Virrey le denegó la solicitud y nombró a don Juan de Casamayor. Con toda la delicadeza posible Caballero y Góngora se excusó diciendo al ex marqués que, puesto que él no era militar de carrera y Casamayor sí lo era, su decisión estaba basada en la razón de los hechos. Acto seguido abrió una investigación secreta contra el pariente político del marqués, García Olano, que culminó con su separación del cargo en la oficina de correos y su extrañamiento de la ciudad. Sus peculados habían sido descubiertos y su cómplice, el interventor y conuñado Jerónimo de Mendoza, fue también descubierto y castigado. Pero Caballero y Góngora, movido por la miseria a la que habían quedado reducidas las familias de los dos felones, decidió asistir a los Garcías, mujer y diez hijos, con quinientos pesos anuales y a los Mendozas, mujer y cinco hijos, con trescientos pesos anuales de su *propio peculio*. Fue un acto de caridad arzobispal que años más tarde se repetiría con otros actores del drama independentista y que permanece como testigo no tan mudo de que la justicia y el gobierno españoles se movían también accionados por los resortes de sincera piedad y caridad cristianas.

Por la carta que el Virrey escribió al conde de Floridablanca se sabe que el ex marqués era el patriarca de las sesenta personas más influyentes del Reyno, de lo cual se deduce que con él se tenía que andar con pies de plomo. Entre esas sesenta personas estaban Joaquina Álvarez del Casal, esposa de García Olano, conuñado este de su hija Josefa, y de Petronila Álvarez del Casal, y ambos, García y Mendoza, conuñados entre sí. Y como si fuera poco, estas dos damas de tan alta alcurnia eran tías de don Antonio Nariño Álvarez, un personaje llamado a ocupar no

solo los puestos más rancios de la Administración, sino los más rancios protagonismos en las luchas independentistas. Sí, era el mismo personaje que sería acusado de haber «metido las manos», que no las patas, en el Tesoro de Diezmos de las cajas reales, algo que lo hizo acreedor a una condena, fuga y posteriores padecimientos que hoy son atesorados en el seno del martirologio patriótico. Se le llamó el Precursor de la Independencia.

Ni corto ni perezoso, el ex marqués, ya resentido en extremo no solo por lo del coronelato, sino por las presuntas persecuciones económicas por parte de unas autoridades virreinales que lo querían reducir a la mendicidad, escribió un memorial de agravios en 1783 a la Real Audiencia, que no era tal. Lo que en el fondo quería Lozano era que se modificara el contrato de abastos de carne a la capital, con ventaja para él y su hacienda. Por ello no se para en mientes para acusar de «envidia» a los gobernantes y en manifestar que los tales abastos son más un «martirio» que una «comodidad»; claro, un martirio que había enriquecido a sus antepasados y a él. Relata en ese memorial de agravios que entre 1771 y 1782 había provisto a la ciudad de 9.953 reses, es decir, con más de 900 por año, pingüe negocio para la época y «martirio» como pocos.

No contento con denunciar lo anterior, el 30 de abril de 1785 dio un mal paso al atreverse a enviar otro memorial de agravios al mismísimo Rey, en el que acusaba a todos los gobiernos virreinales, pasados y presente, de persecuciones y corruptelas. No dejó títere con cabeza. Enfermo de ira por la tardanza de la respuesta, el 28 de octubre envió un nuevo memorial al Monarca, quien, alarmado, ordenó una investigación que resultó en un auto de proceder contra el resentido ex marqués, aspirante a Coronel. Y oíga lo que decía el señor Lozano al Rey: «En fin, señor, los pobres *españoles americanos* cuanto más distinguidos tanto más padecen: ya les han destruido la hacienda, ahora asestan a su honor y fama, maculándolos por excluirlos de todo oficio honorífico que pueda juzgarse de entidad».

Nótese, primero que todo, que Lozano se refiere a los criollos como «españoles americanos» y confirma la idea que se tenía de que estas eran provincias españolas y no colonias. Lo segundo que debe observarse es que acusa a las autoridades virreinales de «destruir la hacienda» y conculcar la fama de los nativos, él que se había enriquecido a la sombra de los contratos públicos y había desempeñado cargos y recibido honores. Por último, acusa que los americanos son excluidos de «todo oficio honorífico», él que había sido exaltado a marqués. Luego procede a atacar a eclesiásticos, jueces, oidores y Audiencia por no concederle el título de marqués. Esto era una calumnia, como es sabido, pues le había sido retirado tal título por no haber pagado los impuestos correspondientes. Con Caballero y Góngora, el Arzobispo-Virrey es particularmente duro, pues lo acusa de malversar el tesoro en banquetes y obsequios a aquellos que le halagan su «notoria vanidad». Lo llama «lobo que ha consumido y más desde que fue promovido a la dignidad de Virrey».

Procesado el marqués por no sustanciar ni demostrar los graves cargos que hacía, lo llevaron preso al castillo de San Felipe de Barajas, en Cartagena de Indias. Lozano nunca pudo demostrar ni concretar cuáles eran las vejaciones a los criollos, cuáles los derroches del tesoro, ni cuáles los negocios de los virreyes. Los testigos llamados a declarar dijeron que las acusaciones de Lozano no tenían fundamento alguno pues sus propios yernos, Eustaquio Galavís, era gobernador de Tunja; José Antonio Portocarrero, director de tabacos en Girón; Juan Esteban Ricaurte,

administrador de aguardientes en Villa de Leyva; Manuel de Bernardo Álvarez, contador de la Real Casa de Moneda de Popayán, tío de don Antonio Nariño Álvarez, familiares todos muy bien apoltronados en la administración pública. Si se quisiese saber más, tampoco se encontró ley u ordenanza alguna que discriminase a los criollos, que restringiese sus libertades, que reflejase opresión o revelase despotismo, en el sentido europeo de la palabra. Al contrario, el ex marqués ejercía el más auténtico nepotismo.

Lozano interpuso todo tipo de recursos para dilatar el proceso, desde el alegato a la recusación de jueces, sin que aceptara escoger jurista que lo defendiera. Inermes las autoridades, y ya agotada la paciencia después de tres años de inútiles batallas, ordenaron que se trasladara a España a presentar sus descargos. Como se ve, las autoridades no sabían qué hacer con semejante personaje y quisieron ir tan lejos como podían en ofrecerle garantías procesales. Lozano tampoco aceptó el traslado y las autoridades decidieron no forzarlo. El tiempo pasó. Caballero y Góngora no era ya el primer magistrado del Reyno porque había renunciado y entregado el mando al virrey Gil y Lemos en Cartagena, quien fue poco después reemplazado por Ezpeleta. La familia de Lozano apeló a la piedad del nuevo Virrey, que ordenó su traslado a Santa Fe, pero Lozano siguió rehusando. Exasperada, la corte ordenó, caso insólito, su libertad y Lozano decidió pasar sus últimos días dando escándalos en prostíbulos, tabernas y casas de mal vivir de la Ciudad Heroica. El 9 de marzo de 1793, diez años después de que empezara tan horrible pleito, concedió poder a su hijo José María y a don José Luis de Azuola y Lozano para que testaran por él, cosa que se hizo en beneficio de sus hijos. Le importaba ya un rábano todo. Murió el 11 de agosto de 1793 en el Convento de los Recoletos de San Diego, abandonado de los suyos. En 1800 sus dos vástagos, José María y Jorge Tadeo, reclamaron exitosamente la restitución del título, pagaron los derechos y disfrutaron de los honores. Jorge Tadeo obtuvo el vizcondado de Pastrana y los pleitos se saldaron. La paz familiar se restableció y el Nuevo Reyno volvió a ocuparse de chismorreos más cotidianos y divertidos, como que ambos hermanos habían heredado no solo la fortuna sino la ambición por el dinero, ya que poseían la cuarta parte de las tierras de la ubérrima Sabana de Bogotá. En realidad, Jorge Tadeo había aumentado sobremanera su fortuna porque se había desposado con su sobrina, María Tadea, heredera de las dehesas sabaneras.

## **Libertad y progreso bajo la Corona Imperial**

Más pleitos no hubo hasta trece años después de la rebelión de los Comuneros y diez después de que se iniciara la querrela de Lozano. Con esto podemos asegurar que, salvo el incidente de los comunes en el que no se generalizó ningún intento separatista, la tranquilidad del Reyno siguió siendo proverbial, hasta cuando sobrevino el pleito con otro notable del Reyno, don Antonio Nariño y Álvarez del Casal, hijo mimado de la sociedad santafereña, como se verá más adelante. Por ahora diremos que es un hecho probado, que don Antonio Caballero y Góngora no solo inició su gobierno con medidas judiciales clementes, sino que reorganizó el ejército, algo que los tiempos requerían, pues antes del tumulto comunero la paz era tan soberana en aquellos reinos que los cuerpos militares solo se necesitaban en las plazas marítimas, más que todo por las

asolaciones que causaban los intrusos. Pero una vez perturbado el orden interior, tuvo a bien este Virrey distribuir el ejército por distintas partes del país con el fin de conjurar cualquier amenaza. Así, la tropa se elevó a 9.000 soldados, algo nunca visto en tiempos pasados; se formaron cuerpos de infantería, caballería, artillería, así como de veteranos y milicianos en las provincias de Cartagena, Santa Marta, Riohacha y Popayán; también se creó un regimiento veterano auxiliar en Santa Fe, compuesto de nueve compañías de cien hombres cada una, más la guardia de honor llamada de Alabarderos, todos españoles. Tal esfuerzo militar requirió cuantiosas erogaciones del Tesoro antes destinadas a las obras públicas. Sobre todo, porque esos soldados estaban muy bien vestidos, en particular los Alabarderos, que usaban un vistoso uniforme con casaca azul, diferenciado mucho del de los británicos, que la llevaban roja; tenía cuello recto de grana, faldas puntiagudas hasta la corva y vueltas coloradas en las mangas, chaleco blanco, pantalón de «media caña» azul; media blanca, zapato con hebilla de cobre y sombrero grande de tres picos, adornado con escarapela encarnada. El soldado llevaba el pelo recogido atrás en forma de coleta y, como arma, una lanza o alabarda; en cuanto al resto de la tropa, portaba esta uniforme blanco y verde, con solapa encarnada, iba armado con un fusil de chispa. Esa reorganización permitió defender la costa del Darién y ocupar el Istmo mediante una expedición que partió en 1785 y desembarcó en la costa de Caimán, Mandinga, la Concepción y la bahía de Caledonia, donde obligaron a los feroces indios a capitular en 1787 y reconocer la autoridad real.

Además de tales avances, el arzobispo- virrey Caballero y Góngora se dio mañas para impulsar la instrucción pública, las misiones, la minería y hasta sufragó un costoso censo de población que arrojó el dato de que el Reyno era habitado por 1.492.680 almas. La reforma de estudios que este ilustre prelado concibió se encaminaba a «sustituir las útiles ciencias exactas en lugar de las meramente especulativas... porque un reino lleno de producciones que utilizar, de montes que allanar, de caminos que abrir, de pantanos y ruinas que desecar, ciertamente necesita más de sujetos que sepan conocer y observar la naturaleza y manejar el cálculo, el compás y la regla, que de quienes entiendan y discutan el ente de razón, la primera materia y la forma sustancial». Esto decía. Fue bajo su mandato que en la cátedra de Derecho Público del Colegio de San Bartolomé se enseñaron las doctrinas de Puffendorf y Montesquieu que, en el fondo, hacían defensa de una monarquía moderada y limitada, en contraposición a la monarquía absoluta. No se crea, sin embargo, que estas teorías no tenían antiguos antecedentes hispanos, pues ya Vitoria, Suárez y Mariana habían hecho resurgir el antiguo pactismo medieval español, política que durante el gobierno de los Habsburgos se había llevado a cabo en España y América y que las monarquías borbónicas abolieron. Es decir, en el más antiguo régimen de los Austrias existía un pacto o constitución no escrita que implicaba el derecho a la desobediencia cuando las autoridades imponían sin previa consulta ni negociación tributos y decisiones políticas que afectaran hondamente a los reinos. En América los criollos estaban acostumbrados a un gobierno por compromiso, luego el nuevo sistema centralista impuesto por los Borbones rompía una larga tradición, que no poco daño hizo a las relaciones ultramarinas.

Al margen de esta disquisición, lo cierto es que la doctrina del jesuita Francisco Suárez, ampliamente difundida en el Colegio de San Bartolomé, ofreció argumentos mucho más cercanos a la idiosincrasia granadina para sostener el concepto de soberanía que habría de abrirse paso en

los años por venir. La argumentación de Suárez es que el poder político de un príncipe sobre sus vasallos es siempre justo si está debidamente constituido. Su poder, por tanto, proviene de Dios, pero de manera indirecta; esto es, a través de las personas organizadas en corporaciones políticas. Firmemente fijado este concepto en la mente de los ilustrados, la disputa habría de centrarse en tiempos de la revuelta y expulsión de los españoles peninsulares en que si, depuesto el soberano legítimo de España, su soberanía perdida no habría de recaer de nuevo en el pueblo. El ejemplo más claro lo tuvieron cuando en 1808 las provincias españolas formaron sus gobiernos y se defendieron contra el tirano. Las provincias americanas habrían de hacer lo mismo, solo que fueron aún más lejos declarando su independencia frente al poder restaurado.

Ordenó este ilustre Virrey que se volvieran a explotar las minas abandonadas de oro y plata de Mariquita y Pamplona, trajo maestros de mineralogía de España, fundó escuelas de este orden y las técnicas extractivas y de fundición y amalgamación llegaron a los niveles de las existentes en Suiza y Alemania. En Mariquita se construyeron grandes edificios, se llevó maquinaria y se elevó al máximo la explotación de los veneros argentíferos de Santa Ana y las Lajas, especialmente por las técnicas incorporadas por José D'Elhuyar, hermano del afamado don Fausto, director de las minas de Méjico. Ese mismo don José también examinó las minas de Muzo, productoras de esmeraldas, e introdujo métodos más avanzados de explotación de las mismas.

Sus esfuerzos no concluyeron allí, pues es también sabido por las gentes menos resentidas que el Virrey tuvo también que atender la reconstrucción de las edificaciones dañadas por el terremoto que en julio de 1785 causó grandes daños en Santa Fe y poblaciones aledañas; una de las edificaciones más arruinadas fue el convento y templo de Santo Domingo. Fueron dos sacudidas impresionantes al punto de que los habitantes se salieron a acampar a la Sabana para evitar que las edificaciones se les vinieran encima. El Arzobispo-Virrey, no teniendo más recursos de dónde echar mano, cedió a la Audiencia lo que esta adeudaba a la Iglesia en orden a reparar edificios públicos, como el Colegio de El Rosario. La tragedia volvió a visitar Santa Fe al año siguiente, pues sobrevino un incendio en el propio Palacio Virreinal que destruyó valiosísimos documentos de la Conquista y del Gobierno.

No podemos olvidar la mejor obra del Virrey, cual fue la ejecución de las órdenes de la Corte relativas al establecimiento de la llamada «Expedición Botánica», de fama universal. Fue así como se abrieron cátedras de botánica, química y metalurgia, manifestaciones todas de su inmenso amor por las ciencias y por la nación española que era tanto España como América. Al mando de esta expedición puso al sabio español José Celestino Mutis, quien por veinte años recorrió el Nuevo Reyno recogiendo muestras de la naturaleza y haciendo dibujar sus hallazgos. El Virrey dispuso de dos mil pesos para atender los gastos de la expedición y de quinientos pesos para Mutis y cada uno de sus dos colaboradores. Fue así como se emprendió el más ambicioso proyecto jamás concebido por nación alguna hasta entonces, pues se llegó a estudiar la flora del norte de Sudamérica hasta la línea equinoccial. También hicieron observaciones astronómicas, geográficas y físicas y un mapa de todas las regiones recorridas. Se logró hacer colecciones importantísimas y catálogos de plantas desconocidas. Se estableció correspondencia científica con otros sabios europeos y la fama fue tal que la Academia de Estocolmo hizo miembro suyo al sabio Mutis quien dividía su atención entre la adoración a Dios y la dedicación a las ciencias; fue

un sacerdote dedicado al estudio y modelo de virtudes. Ese cometido hizo que se propagasen las ciencias físicas y naturales y el instituto fundado alcanzó gran reputación en Europa. Mutis amó tanto a la Nueva Granada que ni siquiera el virrey Cerda lo convenció de regresar a la Península; decidió morir en este Reyno, amante, como era, de sus selvas y tranquilidad misteriosas.

Entonces, con todo lo que hizo ese Arzobispo, no parece justo que se insinúe que los españoles eran oscurantistas y negaban la iluminación de las ciencias. Como si fuera poco, a este respecto diré aún más para disipar cualesquiera dudas que existan, al margen de que exista un acta suscrita por Francisco Antonio Zea de una intencionada iniquidad. Lo que queremos agregar es que el antecesor de Caballero y Góngora fue el virrey don Manuel Antonio Flórez, quien debe también ocupar un puesto principalísimo en los anales de la administración pública española. Ese señor era Teniente General de la Real Armada, comendador de Lopera, de la orden de Calatrava y tomó posesión de su cargo en mayo de 1776. Escogió llegar de la Costa Atlántica a Santa Fe por el peor camino, muy distinto del acostumbrado de Honda, puerto al que se llegaba por el río Magdalena; en vez, decidió ascender por las montañas del Opón y de Vélez, escarpado sendero lleno de peligros, para ver si era posible mejorarlo. No bien sentados sus reales en Santa Fe se dedicó a tomar acertadas providencias que permitiesen abrir caminos para comunicar unas provincias con otras. Cualquiera que conozca la topografía neogranadina estará presto a asentir que pocas cosas hay en el mundo más endiabladas que ella. Fue así como estableció comunicación entre Chocó y Antioquia y abrió otras muchas vías de comunicación.

El virrey Flórez había establecido también formas de fomentar la agricultura, entre ellas ofrecer premios a los labradores para que abastecieran el puerto de Cartagena, formado agremiaciones de artesanos, fomentado las rentas reales y empezó la explotación minera del país que luego Caballero y Góngora concluyó. Todo con él se resolvía felizmente: desde las artes que mejoraban, el comercio que se extendía, la agricultura que florecía, las provincias que se comunicaban, la Real Hacienda que se engrosaba para seguir acometiendo más y más obras. Cuán oscurantista era este español que fue quien dotó a Santa Fe de las primeras imprentas y biblioteca públicas, hizo venir de Cartagena un impresor y, no contento con eso, solicitó una moderna imprenta que le fue concedida por don Carlos III. Su petición al ministro Gálvez decía que era «para contribuir al fomento de la instrucción de la juventud de ese reino, quise facilitar a los literarios pudiesen manifestar el fruto de sus tareas por medio de una imprenta de que han carecido... pero todavía resta, para llenar los deseos de los amantes de las letras, que se facilite una imprenta y algunos instrumentos que son indispensables para perfeccionar las observaciones, demostrar las verdades y enriquecer al público con sus producciones». El aparato remitido por España causó admiración por lo completo, pero más aún cuando el Virrey promovió una suscripción pública a la cual él mismo contribuyó para fomentar la industria tipográfica. En cuál estado de ignorancia permanecían los súbditos de Su Majestad que, prestos, contribuyeron también muchos empleados y hasta el Cabildo eclesiástico, «oscurantista» que también era, así como los miembros del comercio y los diferentes particulares que valoraban tan importante adelanto.

La Real Biblioteca creada por ese incansable servidor público fue inaugurada el 7 de enero de 1777, por lo que el virrey Flórez escribía a Gálvez: «Después del más prolijo trabajo se ha

logrado beneficiar al público de esta capital, proveyéndole de una biblioteca donde podrán satisfacerse los literatos...». No sobra decir que en vez de tirar al caño los libros de los expulsados jesuitas, ese Virrey engrosó con ellos la biblioteca pública que abrió con 4.128 volúmenes, según el catálogo de la época hecho levantar por el gobernador Guirior. Pero esa no fue la única biblioteca que tuvo Santa Fe, ¡por Dios Santo!, pues también estaban las de San Bartolomé, San Agustín, San Francisco, El Rosario, que ostentaban entre tres mil y cinco mil volúmenes cada una, sin hablar de las que había en otras ciudades y otras provincias.

Lo que ocurría en esta materia era similar a lo que ocurría en España. Por ejemplo, para estimular la lectura y publicación de libros, en 1480, doce años antes del descubrimiento de América, Isabel la Católica había promulgado una pragmática mediante la cual dejaba libre de los derechos de la alcabala los libros extranjeros que se introdujeran en el Reyno; así mismo, Carlos I, su nieto, en cédula de 1548 extendió el mismo privilegio a las posesiones americanas; Carlos IV confirmó las exenciones en 1791 «a los libros que pidiesen de España los letrados americanos» y en 1788 la Corona organizó una imprenta en Madrid para imprimir los libros de interés para los americanos, sujetos a las mismas restricciones que existían en España referidas a la religión y a ciertas ideas revolucionarias. Este tipo de restricciones no fueron exclusivas de España, pues fueron también practicadas por otros Estados europeos. ¿Acaso alguien podría exhibir legislación específica que restringiera materias y temas en la Nueva Granada distintas de las que habitualmente imperaban en otras partes? Lo que realmente sucedía era que los funcionarios se ponían nerviosos cuando se publicaban pasquines clandestinos, se diseminaban volantes subversivos o se hacía propaganda impresa contra la doctrina católica; por eso las prohibiciones que cayeron sobre ciertos libros como la *Filosofía de la elocuencia* de Campmany, que hasta entonces se exhibieron en las mejores bibliotecas del país, se debió a una medida meramente administrativa tendiente a conjurar la subversión.

Algo parecido se hizo en la España libérrima de hoy al prohibirse que ETA continuara publicando su periódico subversivo. Similares restricciones hemos visto en los Estados Unidos, donde no se otorga carta de ciudadanía a un ex comunista o un ex nazi. Es un hecho cierto que los Estados tienen derecho a defenderse con cualesquiera medidas razonablemente convenientes. Lo que pasa es que el derecho de hacer la revolución lo justifica el que gana, quien, una vez sentado en el poder, lo niega a los demás... Y así ha sido siempre, desde la oscuridad de los tiempos hasta el sol de hoy... Lo mismo sucede con la Historia, que es contada según quien tenga la pistola en la mano. Pero fue a España sola a la que le tejieron la Leyenda Negra.

No solo eran libros los que se imprimían libremente, sino periódicos, como el llamado *Papel Periódico de la ciudad de Santa Fe de Bogotá*, fundado por el virrey Ezpeleta, a cuyo cargo puso al cubano Manuel del Socorro Rodríguez, personaje que había conocido en esa isla en tiempos de Bernardo de Gálvez y la guerra contra Inglaterra. El primer ejemplar vio la luz el 9 de febrero de 1791, era semanal, tenía ocho páginas y alcanzó el número 270. En 1806 este mismo señor Rodríguez fundó otro periódico, el *Redactor Americano*, que duró hasta 1809, el año anterior al inicio de la revolución granadina.

Pero no fueron esos los únicos periódicos en existencia. Jorge Tadeo Lozano fundó otro en 1801 con su primo José Luis de Azuola y Lozano, llamado *Correo Curioso, Erudito, Económico y*

*Mercantil de la Ciudad de Santa Fe*, cuyo largo título sugiere que tenía más pretensiones que sustancia, pues sus suscriptores solo llegaron a 17. El sabio Caldas también fundó un periódico de contenido científico, el *Semanario*, al que recurrían aquellos que querían estar informados sobre la actualidad científica. Todos estos periódicos fueron amparados económica y políticamente por el gobierno peninsular.

El cubano Manuel del Socorro Rodríguez era un científico autodidacta, muy aplicado a su oficio, sin muchas convicciones políticas, pero con mucha indigestión literaria. Había llegado a Santa Fe en 1789, año cumbre de la Revolución Francesa. Pudo llorar la caída de los reyes, y hasta la del propio Fernando VII. Pero, díscolo que era, pudo también saltar de alegría con la República que sobrevino; se salvó por milagro del patíbulo durante la reconquista española porque le encontraron un retrato del monarca reinante en su despacho y pudo alegar que su filiación revolucionaria había sido una súbita e infortunada locura que muy poco le había durado.

Rodríguez, a quien Ezpeleta había nombrado bibliotecario, encabezaba uno de los círculos literarios de Santa Fe que llevaba el nombre de Tertulia Eutropélica, que significa discurso, juego, o diversión inocente; de allí salían poesías y reflexiones que se publicaban en el *Papel Periódico*. Debo añadir que entre los socios más notables de la Eutropélica figuraba el payanés José María Grueso, quien, a raíz de la muerte de su prometida, recibió las órdenes sagradas y regresó a su ciudad natal. Este señor, hermano del quinto abuelo de mi esposa, tenía buena vena literaria y disposición poética, escribió *Las noches de Geussor* y fue uno de los fundadores de la ya muy reconocida Universidad del Cauca. En Santa Fe, sin embargo, tuvo ciertos arrestos antimonárquicos.

Así, la capital del Nuevo Reyno ostentaba gran actividad cultural, pues también la distinguida dama Manuela Santamaría de Manrique, literata y naturalista, había fundado otro círculo que inicialmente fue literario, artístico y científico, denominado del Buen Gusto, en el que se llevaban a cabo verdaderos torneos literarios a los que asistían los intelectuales José Fernández Madrid, José María Salazar, Frutos Joaquín Gutiérrez, Francisco Antonio Ulloa, Camilo Torres, Custodio García Rovira y Manuel Rodríguez Torices, círculos que con el paso del tiempo y a imitación de «El Santuario» de Antonio Nariño, se convirtieron en centros de conspiración donde pululaban las nuevas ideas revolucionarias de los francmasones, liberales y anti-monarquistas.

Justo es también mencionar el tercero y gran Virrey, don José de Ezpeleta y Galdeano, quien pertenecía a la orden de San Juan de Malta y era Mariscal de Campo; había ejercido el gobierno de Cuba con tino y lucidez antes de posesionarse como mandatario de la Nueva Granada en agosto de 1789. Su mandato fue tan ilustre que en el Capitolio Nacional, sede del Congreso de Colombia, hay una placa en memoria suya. Ezpeleta era generoso, comunicativo, amante de las letras y las artes, y por su exquisito don de gentes, el pueblo santafereño lo amaba. Cuatro meses después de su posesión ocurrió la solemne ceremonia de la jura del rey Carlos IV. El Alférez Real de Santa Fe era quien usualmente presidía tales ceremoniales. Entró en el Cabildo con la espada ceñida, alzó el regio pendón bajo el repique de las campanas e hizo que sus miembros prestaran el juramento ante el escribano; luego salió a la Plaza Mayor y, subiéndose a un lujoso tablado, alzó el estandarte real ante el pueblo, diciendo «Castilla, León y las Indias por el Señor Carlos IV, que Dios guarde» y empezó a arrojar monedas al suelo en señal de magnanimidad. Inmediatamente

después el Alférez Real desfiló a caballo por las calles de la ciudad seguido de la nobleza, oidores y altos empleados que aclamaban al Soberano a tiempo que desparramaban monedas bajo el estruendo de las salvas de artillería. En la noche de la proclama el virrey Ezpeleta concurrió con su esposa al gran baile ofrecido en casa del Alférez, donde se hizo ostentación de lujosos vestidos y gran variedad de viandas. Los balcones de la ciudad se adornaron con colgaduras de seda, espejos, cuadros y guirnaldas. Al día siguiente llegaron los regocijos públicos animados por cuadrillas a caballo, corridas de toros y representaciones de comedias.

Ezpeleta se preocupó por la región más pobre del Virreinato, el Chocó, que progresó bajo la administración de este mandatario, toda vez que pudo establecerse la navegación por el río Atrato, por donde llegaron géneros y productos europeos a cambio del oro que se extraía y exportaba de la comarca. No menos cierto es el hecho de que por primera vez este Reyno, satisfechos sus gastos, pudo suministrar a España la cuantiosa suma de cuatrocientos mil pesos; tal fue la prosperidad traída por su administración.

Fueron innumerables las obras públicas que Ezpeleta acometió, entre las que se destacan el puente de cal y canto sobre el río Funza o Bogotá, que puso en comunicación a Santa Fe con los pueblos del Norte a lo cual debemos agregar que todavía hoy permanece en pie y que hasta hace relativamente poco tiempo continuaba prestando servicio a autobuses y camiones, hasta cuando se levantó otro, moderno y más resistente, para soportar el mayor tonelaje. Hablo, querido lector, del hermoso puente de El Común que de Bogotá conduce a Chía, construido por el ingeniero Domingo Esquiaqui y que costó más de cien mil pesos. Al Virrey también se le debe la pavimentación de la Calle Real con losas, hoy Carrera Séptima y la construcción de un hospicio para pobres donde se les enseñaban oficios y se les hacía trabajar para su sustento. Al agotarse el dinero para completar el hospicio el Virrey se fue de casa en casa pidiendo limosna para tan meritoria obra. Los santafereños respondieron al llamado y pronto el lugar fue dotado de máquinas para desmontar, hilar y tejer el algodón. Ezpeleta continuó los trabajos para mejorar la canalización del gran dique de Cartagena de Indias, concluyó la fortificación de Bocagrande en la misma ciudad, mejoró las murallas de defensa, las adicionó con veintidós bóvedas y dotó de poderosa artillería los fuertes que defendían la ciudad; abrió escuelas primarias en diferentes pueblos y en los barrios de la capital, donde también fundó el Teatro de Santa Fe con capacidad para 1.200 espectadores...

Bajo la pretensión de borrar un poco los señalamientos que los historiadores han hecho sobre el oscurantismo español, y falta de libertad en América, debo referirme a que la creación de los Cabildos municipales en 1539 fue parte importante en la construcción de una cultura política que nos dio no solo representación, sino paz y tranquilidad durante tres siglos; la promulgación de las 39 leyes de las Indias en 1542 contribuyó a una cultura jurídica que puso en jaque la tiranía de las castas indígenas; la creación de la Real Audiencia en 1547 conformó el Poder Ejecutivo, asiento de la cultura administrativa, del progreso, de las obras, del fomento del arte y la ciencia; la construcción de la Catedral en 1548 y la primera misa diez años antes en Santa Fe, fomentó la cultura religiosa que nos mantuvo piadosos y observantes de las leyes de Dios. La orden de Carlos I de España para que los «sábados y domingos de cada semana hagáis recoger los indios y con las lenguas necesarias se los deis a entender» (el catecismo), no solo complementó esa cultura religiosa sino también la cultura del descanso, cosa inexistente en tiempos precolombinos; la

orden de construir las primeras escuelas, dada en 1554, a los dieciséis años de fundada la capital del Reyno, habilitó a los nacidos en América al gusto por las letras y formó la vocación científica y técnica; la instrucción de construir escuelas para niños huérfanos de españoles y mestizos en 1555 inició la cultura de la caridad y la solidaridad; la fundación de la primera cátedra de gramática en 1562 fomentó la cultura literaria de la que luego el Nuevo Reyno se preciaría tanto; la iniciación de la primera cátedra de enseñanza eclesiástica superior en 1571, y filosófica en 1573, hablan de la cultura teológica y misionera; la apertura de la primera universidad de Estudios Generales de Santa Fe en 1580, del Colegio de El Rosario en 1653, en el que se enseñó tomismo, jurisprudencia y medicina, también nos habla de la cultura científica, cuya difusión, por medio de la primera imprenta privada en existencia y perteneciente a los jesuitas, nos dice que desde 1734 se difundía la cultura de las artes, las letras, la ciencia, la literatura y todo cuanto es provechoso al hombre. Tampoco podríamos olvidar la primera vacuna contra la viruela que en tiempos del virrey Amar y Borbón se trajo a la Nueva Granada, y a otros dominios americanos, por un ingenioso método que no requería de refrigeración, hasta entonces desconocida. Porque no es mentira ni exageración decir que de todo ese fomento cultural salieron científicos, licenciados, catedráticos, rectores, predicadores, escritores, poetas, historiadores, contadores, abogados, pintores, artesanos, escultores, talladores, que también embellecieron templos, decoraron iglesias, construyeron conventos, edificios públicos y privados, coadministraron el Reino y adquirieron fama en Europa y América por igual.

Los cargos contra España no pueden ser más injustos, pues lo único que produce el oscurantismo es ignorancia y atraso y de él no se puede esperar que produzca gentes diestras, ilustradas y cultas. ¿Sería acaso posible desconocer a Gaspar y Baltasar de Figueroa en la pintura, a Fray Gaspar de Párraga, decorador del convento de San Agustín, a Gonzalo Bermúdez, catedrático de lenguas indias, a Hernando de Angulo Velasco, autor de *Guerra y conquista de los pijaos*, a Fray Joseph de Miranda, eminente teólogo, a Juan García de Espinosa, científico y autor de *Política mineral y flores de sucesos indianos*, a Luis Brochero, eminente jurista, a Fray Andrés de San Nicolás, autor de la *Historia general de los Religiosos Descalzos* y otros incontables que dieron lustre y brillo a las letras castellanas, a la ciencia y a las artes? ¿De dónde se cree provino el sabio Caldas, aquel que asistía a las tertulias de Nariño, nacido en 1770 en la esclarecida ciudad de Popayán, extraordinario matemático y astrónomo, quien de 1802 a 1805 coleccionó un herbario respetable de seis mil esqueletos, llenó dos volúmenes de descripciones, hizo por mano propia diseños de las plantas más notables, coleccionó semillas, cortezas y minerales, dibujó la carta geográfica del Virreinato, midió geoméricamente la altura de las montañas más importantes y de más de 1.500 alturas de diferentes pueblos, deducidas barométricamente, e hizo innumerables observaciones meteorológicas, amén de escribir dos volúmenes de observaciones astronómicas y magnéticas?

¿Acaso podemos endilgar a España el sambenito de mantener oprimidos y relegados a la servidumbre a los criollos? ¿Nos podemos olvidar del célebre Francisco Antonio Moreno y Escandón, criollo hijo de españoles, «hijodalgo notorio de sangre», que sin pertenecer a la «rosca» familiar que dominaba la capital del Nuevo Reyno fue asesor general del Ayuntamiento y de la Casa de la Moneda, Procurador General y Alcalde ordinario? ¿Podemos olvidar que fue

también fiscal interino de la Audiencia, conservador de los ramos de tabaco y aguardiente, supervisor de rentas y de salinas, visitador del distrito de la Real Audiencia de Santa Fe, asesor de la Curia, fiscal de crímenes en la audiencia de Lima, protector de indios, regente de la Audiencia de Chile, y que no alcanzó a ser regente de la Audiencia de Santa Fe porque murió cargado de honores y responsabilidades a la edad de cincuenta y cinco años?

Vale la pena detenernos un poco en este gentilhombre porque se dice que murió de pena moral por no haber alcanzado ese último y ambicionado cargo. No lo alcanzó porque, aunque era un respetuoso católico, su propuesta de reforma educativa iba hacia la observación tendenciosa, hacia el eclecticismo como filosofía, hacia la heterodoxia como sistema; este señor estuvo marcadamente en contra del peripato, del escolasticismo y de los canonistas. Ello le granjeó algunas oposiciones, lo cual se entiende como normal en toda organización donde existe algún celo específico por parte de personas que la regentan. Entonces viene la pregunta importante: ¿dónde estaban las hogueras de la Santa Inquisición que no tocaron a tan «siniestro» personaje? ¿Cómo podía haber sido asesor de la Curia tan heterodoxo funcionario? ¿Acaso no demuestra esto que existía un respeto implícito para una razonable disparidad de criterios, una amplia condescendencia para el intelecto y para el debate académico, excepto para los más procaces, altaneros y pendencieros revolucionarios?

Podemos también enumerar, aunque sea sucintamente, algunos de los criollos más destacados de todo el continente que ocuparon altos cargos en la magistratura civil y eclesiástica españolas. ¿Qué tal el marqués del Surco, ayo de los Infantes e incrustado en la Corte misma; Nicolás Manrique y José Munive, Consejeros de Guerra y José Munive, Consejero de Hacienda de los ministerios de Su Majestad; Miguel Núñez, Consejero de Órdenes; el marqués de Villarocho, Presidente de Panamá; el marqués de Casa Fuerte, Virrey de Nueva España, el territorio más rico del Imperio; Pedro Corvete, Capitán General de la Flota; Fray Antonio de Monroy, Arzobispo de Santiago, o el Inquisidor Decano de Toledo, el señor Ovalle? Si nos tomamos el trabajo de reunir la cantidad de privilegios otorgados a los criollos de América, tendremos que en la Nueva Granada había dos marqueses y un conde; en Cuba un duque, cincuenta y un marqueses, cuarenta y ocho condes y cuatro otros títulos nobiliarios; en Méjico dos duques, cincuenta y dos marqueses y cuarenta y ocho condes; en el Perú, sesenta y cinco marqueses y cincuenta y dos condes y en toda América unos 401 títulos nobiliarios, amén de diferentes privilegios y prerrogativas reales.

También podemos mencionar a don José Prieto de Salazar y Arellano, quien en 1718 logró el regio privilegio de establecer «una o más casas de moneda» en el Nuevo Reyno de Granada, privilegio establecido a perpetuidad con el título de «tesorero blanquecedor», que nada tenía que ver con el «blanqueamiento» de dinero, pues, según parece, una cosa es «blanquecer» y otra «blanquear», título que podía ser legado a sus herederos. No obstante, debo aclarar que cuando este privilegio cesó cuarenta y un años más tarde, los hijos de los Prietos Salazar y Ricaurte lograron una astronómica pensión de 8.000 pesos anuales por los daños y perjuicios sufridos. ¿No demuestran estos breves ejemplos que prácticamente ningún cargo estaba vedado para los americanos aptos y capaces? ¿No era este un Imperio compartido entre criollos y peninsulares? ¿Podría Inglaterra mostrar mayor generosidad que esta con sus súbditos angloamericanos? ¿Hubo algún súbdito suyo, nacido en alguna colonia, que pudiese detentar el comando de su Flota como

lo detentó Pedro Corvete?

Entonces, si los criollos no debían quejarse de la libertad, que ya la tenían toda al controlar los cabildos y buena parte de la administración, leer libros prohibidos, y aun subversivos, opinar en la política del Reyno, debatir sobre reformas educativas, reunirse, escribir y publicar; y si los criollos progresaban en paz bajo la confraternidad española, ¿qué era, por suerte, lo que en realidad buscaban?

### **El agravio a la memoria**

No es aventurado decir que es posible que los criollos aspiraran a que toda la administración pública indiana quedara exclusivamente en manos suyas y que, en consecuencia, la Monarquía quedara vetada de enviar sus propios funcionarios. Junto a tal pretensión se podría también concluir que lo que en realidad algunos buscaban era convertirse en pequeños monarcas de sus propios reinos, absolutistas por demás, so capa de despreciar la Monarquía, todas las monarquías, e institucionalizar una revolución al estilo Napoleón, quien, despreciando las casas reales, no concibió nada distinto que organizar la propia al institucionalizar la Revolución que se la había otorgado. Y esto fue, realmente, lo que hicieron las repúblicas: legitimar unas vías de hecho surgidas de la indefensión española (recuérdese que España no solo padeció la guerra contra Napoleón, sino la invasión de los llamados 100.000 hijos de San Luis, enviados por la Santa Alianza).

En cambio, no podría reputarse vía de hecho la reclamación hecha a la Junta Central de España, salida de la pluma de don Camilo Torres, suscrita el 20 de noviembre de 1809 en el Cabildo de Santa Fe, por cuanto contiene legítimas aspiraciones políticas, pese a adolecer de falsas apreciaciones. Ese «Memorial de Agravios», firmado, en primer lugar por don Luis Caicedo y Flórez, empieza por reconocer que «considerando vuestra majestad que los vastos y preciosos dominios de *América no son colonias o factorías, como las de otras naciones, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española...* y bajo este principio y el de sus mutuos y comunes intereses, jamás podrá haber un amor sincero y fraterno sino sobre la reciprocidad e igualdad de derechos... el Ayuntamiento de la capital del Nuevo Reino de Granada no ha podido ver sin un profundo dolor que, cuando de las provincias de España, aun las de menos consideración, se han enviado dos vocales a la suprema junta central, para los vastos, ricos y populosos dominios de América, solo se pida un diputado a cada uno de sus reinos y capitánías generales, de modo que resulte una tan notable diferencia como la que va de nueve a treinta y seis». Luego agregaba: «Tan españoles somos como los descendientes de don Pelayo y tan acreedores, por esta razón, a las distinciones, privilegios y prerrogativas del resto de la nación española, como los que, salidos de las montañas, expelieron a los moros...».

No cabe duda de que la primera afirmación era cierta, pues estos eran reinos de las Españas, y no «colonias», como concebían las suyas los franceses, los ingleses y aun los portugueses; en cuanto a las *prerrogativas*, era cierto que existía una enorme desproporción en la representación americana en la Junta Central, habida consideración de que los territorios de ultramar estaban más

poblados que los de la península. Pero esto hay que calificarlo. Como se sabe, la Junta Central andaluza dispuso que hubiese dos diputados por cada una de las provincias españolas, en tanto que para América solo se dispuso de uno por cada provincia o reino. Es decir, España se alzaba con el 80 por ciento de la representación con solo el 44 por ciento de la población, aparte de ser ella misma una minúscula fracción de toda su extensión territorial. Dicho lo anterior, también es cierto que como la Junta Central excluyó a ocho millones de indios y cuatro millones de negros de los parámetros empleados en la decisión, no puede alegarse que no se hubiesen ceñido a un estricto ratio de población en los cálculos de representación, pues tampoco los criollos los querían incluir como representantes de las provincias americanas. Estos solamente se servían del número para reclamar mayor participación política para sí mismos. Entonces, *stricto sensu*, los 9 representantes de América equivalían al 20 por ciento de la población blanca de América, estrictamente proporcional a la representación blanca peninsular.

Por el contrario, si a los indios y a los negros se les hubiese habilitado el sufragio y la representación el predominio de americanos no blancos en el cuerpo legislativo habría sido un factor de tensión social, particularmente por el desconocimiento que, tanto unos como otros, tenían sobre los asuntos peninsulares. En el peor de los casos, ¿podríamos imaginar que se hubiesen sacado los indios de los resguardos y los negros de su esclavitud para ponerlos en situación de decidir sobre el destino de España en materia constitucional y sucesoria en tiempos de guerra e invasión? ¿Habríamos de creer que esa masa de población, generalmente iletrada, estaba preparada para asumir tal responsabilidad? Ahora bien, en el mejor de los casos y en el de que solo la población contara en la representación de blancos, el dominio americano de la Junta habría sido apabullante.

No obstante, las matemáticas raramente han sido un factor determinante en la política. Lo más razonable habría sido, políticamente hablando, desechar del todo las consideraciones de población para dar a América una representación de dos miembros por provincia, tal como lo exigían los americanos, pues en política la realidad no es lo que es, sino lo que parece ser; tampoco la gobierna la simple aritmética, sino la adecuada valoración de los momentos históricos en su conjunto. Con todo, debo decir que la representación otorgada a los americanos no tenía antecedentes en el mundo por su liberalidad y sano pie de igualdad. Inglaterra no lo habría hecho mejor, como no lo hizo, en su guerra colonial.

En cuanto a la queja por la *falta de privilegios* que don Camilo menciona en el «Memorial», los hechos demuestran que ya de hartos privilegios gozaban los criollos, si se descartan algunos hechos puntuales, más que todo referidos al comercio internacional. En este punto, su queja no resulta acertada. Por ejemplo, el primer firmante, Caicedo y Flórez, descendía de una familia de encomenderos y fundadores de varias poblaciones, entre ellas Suesca y Remedios, llenos todos de riquezas y honores. En particular, don Luis fue Alférez Real de Santa Fe en 1788 y le correspondió hacer la jura de Carlos IV. Su casa era lugar frecuentado por virreyes, oidores y visitantes enviados por la Corona. Ostentaba en su pecho la condecoración de la Gran Cruz de Carlos III y en sus bolsillos los doblones que la primera fila económica concedía a tan bien enchufados personajes. De su esposa, ni hablar. Se llamaba Josefa Santamaría y Prieto, descendiente de aquellos que tuvieron el monopolio real de la Casa de Moneda. Resulta, pues,

curioso que este personaje encabezara la lista de firmantes de ese memorial.

Lo que no se puede pasar por alto es que falta de privilegios, o privilegios recortados, han existido siempre y en todas partes, pues en épocas muy posteriores de la República, ningún colombiano tenía derecho a poseer cuentas bancarias en el extranjero o de importar artículos que ya se fabricaran en el país; tales restricciones estaban contempladas en el Decreto 444, que en el gobierno de Carlos Lleras Restrepo en 1967, consolidó monopolios internos y estranguló al país con regulaciones y corrupción aduanera. Tampoco, por supuesto, las leyes de la República han podido otorgar el derecho a reunirse para conspirar contra el Gobierno, algo que ningún Estado tolera en este siglo, ni en el pasado, ni podrá tolerarlo en el futuro. Los que lo hacen, deben atenerse a las consecuencias que de ello se derivan. Entonces, este autor se pregunta, ¿qué fue lo malo que hizo la Monarquía que no haya sido también hecho y aun superado por la República?

Ahora bien, si nos detenemos en la llamada *falta de distinciones* a que hace referencia el documento de don Camilo Torres, puede verse que siete años antes de este ser escrito, el rey Carlos IV había comisionado al virrey Amar en 1802 a que confiriera títulos de nobleza castellana a ciertas destacadas familias del Nuevo Reyno. Y así se hizo. Los cabildos mismos tomaron a su cargo hacer la selección de notables y fueron ellos los que autónomamente determinaron que, por ejemplo, en el caso de Antioquia «no había allí quien pudiese sostener el título con el decoro y decencia que correspondían», refiriéndose a que los hacendados no querían, o no tenían con qué, pagar los impuestos correspondientes al título, ni los comerciantes iban a abandonar sus lucrativos negocios por la obtención de un ruinoso pergamino que no ocasionaba sino gastos y pérdidas económicas.

El resultado de las pesquisas adelantadas en Cartagena fue el mismo; en el Chocó cuatro personas declinaron los honores y en Santa Fe, de los escogidos, señores José Rafael, José Miguel y José Nicolás de Rivas, Francisco y José María Domínguez del Castillo, Manuel Benito de Castro, José Manuel Lago, Luis Serna, Fernando Rodríguez, Luis Caicedo y Flórez, los Quijanos, los Lozanos de Peralta y los Gutiérrez, solamente don Luis Caicedo y Flórez aceptó el ofrecimiento, pero a la hora de contar su fortuna, resultó no alcanzarle para fundar mayorazgo, según dijo. Los demás mencionados declinaron el honor por las mismas razones. Esto también nos dice que los criollos depositaban mayor aprecio en la nobleza de trato y costumbres que en los títulos regios. Por eso mucha duda cabe que las razones aducidas hayan sido las verdaderas pues es sabido que tales personajes y familias eran muy prósperos, que lucían sus árboles genealógicos para ostentar nobleza, que se honraban con la aristocracia de sus apellidos... y que, también era cierto, escondían riquezas para evadir impuestos, práctica que aún hoy se conserva en Colombia.

Lo que más causa sospecha sobre los verdaderos motivos del «Memorial de Agravios», así como del documento mentiroso de Zea, es que ni Camilo Torres, ni Zea, ni Ignacio Sánchez de Tejada figuran como seleccionados para los títulos que quería conceder Carlos IV. Lo mismo puede decirse de Nariño, de Caldas y de otros próceres de la Independencia que se quejaban de la «tiranía» española, de la servidumbre y falta de distinción a que habían sido sometidas las posesiones españolas y, no menos importante, de la esclavitud del negro y de la explotación del indio, sin reparar en que eran los propios criollos los mayores esclavistas y explotadores conocidos y que, gracias a las Leyes de Indias promulgadas por la Corona, no se extinguieron esas

razas como las que extinguieron los ingleses en Norteamérica. La verdad sea dicha, los criollos tenían más aversión a esas razas que los propios españoles, quizás por la proximidad que a ellas les daba la tierra y porque no querían que los recién llegados de la Península los igualaran con ellas, o creyeran que con ellas estaban emparentadas las familias de largo asentamiento. Por eso, no debe resultar sorprendente que el viejo Lozano de Peralta hubiera tomado tanta ofensa al ser calificado por el chapetón de que «tenía mancha de la tierra», y el chapetón, por su parte, tanta de que lo hubiesen llamado «moro» o «judío», ofensas equivalentes.

No, esas afirmaciones insustanciadas y gratuitas de personajes como del letrado Camilo Torres y de Francisco Antonio Zea, quien fuera ayo de los hijos del virrey Ezpeleta, no pueden dejarse pasar sin que nadie demuestre lo contrario, sin que haya quien no se turbe por el infundio lanzado, sin que se levante una voz solitaria que cuente la verdad de todos estos hechos ocultos para la Historia y deje para la posteridad una memoria de hechos veraces para que cese el escarnio y menosprecio de la obra más grandiosa que potencia alguna haya concebido y realizado desde los tiempos de la Roma imperial.

## 6. LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL ODIO

*Nada más natural... que mirar con respeto religioso al monarca y como una honrosa dicha el pertenecer a una nación que en su concepto era la más poderosa, rica y moral del mundo.*

MARIANO OSPINA RODRÍGUEZ

### **El Cabildo**

Era el Cabildo una especie de parlamento en pequeño, descentralizado e independiente, diseminado por toda la geografía política y a cuya cabeza estaba el Justicia Mayor, rodeado por todos los regidores que harto contrapeso hacían al poder ejecutivo; aunque la corporación no era, propiamente elegida, sino cooptada, el privilegio de pertenecer a ella indefectiblemente recaía en las clases altas y cultas que fueron las mismas que comenzaron a reclamar «libertades» cuando las poseían todas; a reclamar una constitución escrita al estilo de la nacida en Filadelfia en 1787, pero sin sus virtudes institucionales, en la creencia de que son las constituciones escritas las únicas que garantizan la justicia. Ignoraban que, en realidad, son los hombres lo que la garantizan y que cuando estos se corrompen no hay constitución que valga, ni sistema que resista, ni leyes que perduren. Cuando el hombre se corrompe todo se adapta a la corrupción, la Constitución incluida. Inglaterra ha permanecido sin ella y entonces en nuestros reinos había justicia con las leyes que nos regían; en contraste, cuantas más constituciones tuvimos en América, menos justicia hubo, y también me refiero a la social. Afirmar lo contrario sería admitir que antes del advenimiento constitucional no había en la América española respeto alguno por los derechos humanos, o que el Derecho Natural era inexistente, tesis verdaderamente inaceptable y ahistórica. Los nuestros fueron liberales ilusos que creían que el rápido progreso que alcanzaban las ex colonias británicas del Norte sería convertido en un mayor progreso por arte de unos deseos plasmados en un folleto llamado Constitución.

A partir de la secesión, las constituciones en Hispanoamérica se desechan y se escriben con la facilidad con que se escriben los cuentos de hadas, creyendo encontrar en ellas, o en sus reformas, la panacea para su atraso. Cada gobierno populista no ha hecho más que escribir una nueva, o convocar un referendo, como remedio definitivo para salir de la pobreza o mejorar la situación política. El fracaso no ha podido ser más estrepitoso: los virreinos del Perú, Nueva Granada y Nueva España vieron sumir sus poblaciones en un mayor atraso y en decadencia secular tras la Independencia y el advenimiento del liberalismo como doctrina política y social. Este advenimiento arrancó de cuajo la raíz de un árbol que crecía frondoso y que al ser trasplantado se marchitó durante los dos siglos que permitieron el avance estrepitoso de Angloamérica en relación con las antiguas provincias españolas. ¿Acaso no es sabido que cuando se trasplanta un arbusto de un lado al otro del jardín la planta se traumatiza?

El liberalismo, importado de Francia, y no de Inglaterra, anarquizó nuestro modo de vida, separó lo que estaba unido, proceso inverso al del Norte, donde el liberalismo, consustancial al sistema inglés, unió lo que estaba separado. Entonces, si nuestro sistema conservador estaba llamado a evolucionar y perfeccionarse en el mismo sitio donde crecieron sus raíces y su tronco, la revolución liberal lo mantuvo en un estado de fibrilación que terminó por convulsionar todo el sistema. Al contrario, en Angloamérica no hubo trasplante y, por tanto, el sistema evolucionó sin traumatismos. La guerra civil, el despotismo y el mesianismo se convirtieron en la norma de nuestros Estados y destruyeron la tradición unitaria de la Corona y la ciencia constitucional de la legislación de Indias.

En nuestro caso, el sistema según el cual la Corona no tenía dependencia alguna del poder económico, en las repúblicas emergentes el Estado pasó a ser instrumento dependiente de los intereses particulares. Esto dio como resultado una opresión sin precedentes sobre una población indígena que, por primera vez en tres siglos, conoció la miseria sin que de ella pudiera salir. Hay un punto sobre el que debemos insistir: ese liberalismo trasplantado no fue, como en Angloamérica, realmente económico (y ni siquiera político) pues el modelo, enciclopedista y anticristiano, sirvió para consolidar monopolios públicos y privados que no coadyuvaron al desarrollo económico que el libre mercado habría podido consolidar. Sirvió para vincular la República al interés personal y circunscribir el progreso general al logro familiar. La mejoría de la condición indígena, propósito fundamental de la Corona y de la Iglesia, se volvió incomprensible para los liberales volterianos.

Por su parte, en la antigua política se reconocían las diferencias culturales, raciales y económicas existentes en las diferentes regiones de una provincia americana. Con el advenimiento de los Borbones el derecho tendió a una inconveniente unificación y uniformidad que terminó, por reacción revolucionaria, a desvincular a unos y otros de una patria más grande. El proceso político fue de fraccionamiento, inverso de lo que ocurrió en el Norte, donde se amplió la frontera política y económica a costa de lo que fueron las antiguas tierras hispanas. Méjico perdió casi la mitad de su territorio, Perú sus riquezas minerales con Chile, Brasil se expandió sobre la Nueva Granada, que terminó mutilada de Panamá y, así sucesivamente, hasta terminar en fraccionamientos inconvenientes que dividieron la opinión y el peso específico económico y político. Lo curioso es que cada fragmento se convirtió en una república centralizada hasta grados inconcebiblemente franceses. Entre los dos fenómenos, el *centrifugismo* y el *centripetismo*, se consumieron las energías vitales de la hispanidad.

Nuestra perspectiva histórica tiene la ventaja de que puede mirar mucho más hacia atrás de lo que don Joaquín pudo hacerlo. Esto nos permite decir, sin temor a equivocarnos, que bajo el reinado de Carlos III ocurrió el debilitamiento de los pilares que sostenían el sistema español: la Iglesia Católica, con la expulsión de los jesuitas y el Derecho Natural. Carlos III y sus ministros, en particular el conde de Aranda, eran amigos de Voltaire; el Rey era un déspota ilustrado, un enciclopedista que, si bien hizo mucho por mejorar la condición económica y administrativa de su reino, debido a su marcada benevolencia con los ideólogos de la Ilustración, terminó trasplantando el peor liberalismo de todos: *el revolucionario y anticristiano francés*. Esto también hizo que abortara en Hispanoamérica el liberalismo inglés, de mejor factura y de

estructura puramente conservadora. Nuestra Historia demostrará que los derechos humanos, la vida, la propiedad y las garantías civiles, fueron más respetados durante el dominio español que durante la república liberal emergente. Muy torpe sería también ignorar que en esas épocas de aparente tiranía se elegían los alcaldes y que desde cuando los españoles se fueron en 1819, hubimos de esperar hasta 1991 para volver a elegirlos en una Colombia con ciento setenta y dos años de vida que pasó de las precarias libertades y democracias al surgimiento de la actual, pletórica de libertinajes y democraterismos, insensatos ideologismos y dialoguismos sin fin, y que por incontables generaciones, no volvió a vivir un minuto de paz en la mayor parte de su vida republicana.

Mal cabría negar que la libertad y la democracia significan distintas cosas para distintas gentes en distintos tiempos y lugares y que muchas veces se abusa de los términos para excusar diferentes opresiones o excesos. En el caso de la tan admirada democracia inglesa, por ejemplo, la Cámara Alta ha sido solo ocupada por nobles y sus curules son hereditarias; en cuanto a la de los Comunes, en esa época solo la podían ocupar quienes poseyeran propiedades que generaran entre 300 y 600 libras de renta al año, suma de alguna consideración para la época de entonces. En cuanto a los votantes, a principios del siglo XIX —período de las revoluciones americanas— de 15 millones de habitantes solo podían ejercer el derecho al voto 150.000 personas, el 1 por ciento de la población. Similarmente, en la gran Francia revolucionaria y democrática solo 20.000 ciudadanos podían aspirar a los cargos representativos, dadas las exigencias de propiedad, y a solo 80.000 llegaba el número de votantes en una población de 32 millones, es decir, menos aún que en Inglaterra.

En el caso de la Nueva Granada, Bolívar, en sendos decretos de octubre de 1818 y enero de 1820, estableció elegibilidades con base en determinadas rentas provenientes de la propiedad inmobiliaria y en su discurso de Angostura proyectó una Constitución en la que propuso un Presidente Vitalicio con derecho a nombrar sucesor. Estableció también un Senado hereditario porque, según él, «los senadores en Roma y los lores en Londres han sido las columnas más firmes sobre las que se ha fundado el edificio de la libertad política y civil».

Así, de acuerdo con la Constitución de Cúcuta, en el Senado solo se sentarían propietarios con bienes inmobiliarios de por lo menos cuatro mil pesos y en la Cámara de por lo menos dos mil. A su vez, los electores podrían votar siempre y cuando tuviesen patrimonios de por lo menos cien pesos y que no dependiesen de otro como los jornaleros o los sirvientes. Si un jornalero podía ganar unos diez pesos al mes, ya me dirá el lector, cuánta gente quedaba *de facto* excluida de ese nuevo y exótico derecho. Por ello, no causa asombro saber que por esas fechas los colombianos no quisieran ser tan «libres», ya que el mismo Bolívar había remarcado que «para Colombia se necesita un ejército de ocupación para mantenerla en libertad... los veteranos se llevan amarrados al enemigo...», pues había que llevar de esta manera, y a punta de bayoneta, a los reclutas para luchar contra España. Esos infelices eran desamarrados poco antes de iniciarse la batalla y ya con el enemigo en frente.

En Bolivia ocurrían cosas similares; allí poblaciones enteras de criollos huían del combate por tan extraña libertad ofrecida, hasta el punto de que Bolívar otra vez dice: «Es muy raro lo que sucede en el Alto Perú: él quiere ser independiente y todo el mundo lo quiere dejar con la

independencia». En 1821 había advertido a Alejandro Osorio: «Lo que yo veo en el bajo pueblo y el odio que se profesa a los libertadores de su patria». Harta razón tenía pues es sabido que de las líneas españolas, compuestas en su mayoría por granadinos, en toda la campaña libertadora solo un soldado se pasó a las filas de Bolívar. En consecuencia, se tuvo que decretar la pena de muerte para aquellos que, en edad de combatir, huyeran. La pena de muerte se hizo extensiva a todos los familiares del conscripto, aun en el caso de que no se presentase a filas en el término de pocas horas. Es decir, también pagaban inocentes por pecadores en el sistema bolivariano.

En la peculiar concepción del Libertador, la Cámara de Representantes no acusaba mayor representación pública en tanto que la rama del Poder Ejecutivo ostentaba poderes acrecentados, muy de acuerdo con el espíritu dictatorial de quien remodelaría de un modo más sorprendentemente centralizado y despótico las instituciones políticas de la naciente República. Bolívar sintetiza esta idea en una carta dirigida a Iturbe en 1813: «No tema Ud. por las castas: las adulo porque las necesito; la democracia en los labios y la aristocracia aquí», como señalando su corazón. Es decir, el Libertador poco creía en la democracia, o por lo menos, tenía una peculiar concepción de ella, pues para él «el pueblo está en el ejército».

Esta democracia también sirvió para ocultar peculados y justificar actitudes. Por ello, no es aventurado concluir que el «amor» a la Independencia surgió del odio a la justicia. Ya llegaremos a este punto. ¿Es acaso creíble que la «tiranía» española llegara al extremo de que en los cabildos no se podía expresar el sentir personal, o que los reos no fueran acreedores al debido proceso, o a estar representados por un letrado y aun apelar su causa al propio Rey? ¡Pamplinas! La verdadera tiranía es no poder hacer nada de lo dicho, no tener ninguna garantía, no poder apelar a un tercero en discordia. En el sistema español ni siquiera la Audiencia tenía poderes omnímodos, y los que conservaba estaban moderados por los cabildos; la Real Audiencia tendía a proteger a los indios, en tanto que el Cabildo tendía a velar por los intereses creados de la clase dirigente, lo cual establecía un sistema de contrapesos. ¿Se puede ignorar que la Audiencia congelaba los precios de los productos de la tierra, en tanto que los cabildantes luchaban por descongelarlos, al ser ellos, como eran, dueños de grandes haciendas, dehesas y abastos?

No estoy pasando juicio a la bondad que tales medidas protectoras pudieran tener sobre la producción en un momento dado, sino que pretendo señalar que las cosas no son como aparentan ser y posteriormente se demostrará cómo realmente fueron. De haberlo vivido, habría podido agregar don Joaquín cómo, por medio de la Independencia, fuimos arrojados a otra *dependencia* peor y más extraña, desgarrados por las facciones, triturados por el separatismo y humillados por la pobreza que sucedieron en doscientos años de «libertadura», de golpes de cuartel, de guerras fratricidas sin cuento, de destrucciones sin fin, de caudillismo estéril y elocuentismo sin fondo.

### **La «rosca» criolla domina el Cabildo de Santa Fe**

No se puede ignorar que en la Nueva Granada estaban incrustados en el poder los Caicedos, los Lozanos, los Santamarías, los Ricaurtes, los Nariños, los Vergaras, los Álvarez, raizales de la tierra todos, hasta el punto que en 1789, año de la gran Revolución de Francia, una sola familia

criolla, entroncada con todos los ilustres apellidos y enlazados entre sí, y aun contra sí, ocuparon todo el Cabildo de Santa Fe. Eran aquellos cabildantes los Olallas, herederos de don Antón, los de don Francisco Beltrán de Caicedo, además de don José María Lozano de Peralta, don Antonio Nariño, don Luis Caicedo, don José de Caicedo, don Juan Salvador Rodríguez de Lago y don José Sanz de Santamaría, quien no podía faltar, los que se sucedían unos a otros en indecente nepotismo que culminó con el Cabildo de 1789, sin que un solo peninsular se sentara en el Concejo. Y estas instituciones sí que eran importantes, porque no solo elegían a los alcaldes ordinarios, sino que desde allí se rivalizaba con el ejecutivo, encarnado en la Real Audiencia, y se ejercía un eficaz contrapeso a sus decisiones políticas, económicas y administrativas. Eran, pues, instituciones poderosas, pues también elegían jueces para administrar justicia en los pueblos, con lo que se daba a esta rama del poder público cierta representatividad democrática, costumbre que desapareció completamente con la República. Por eso, no debe creerse en cuentos muy interesados en ocultar las miserias de los hombres y crear patriotismos sobre bases falsas. Porque quiero informar que en la República nunca se fue más libre que en el Virreinato, ni hubo crímenes que este cometiera que no fueran cometidos, y aun superados, por aquella.

En 1789, año de la igualdad revolucionaria de Francia, el Cabildo de Santa Fe estaba manejado por una sola macro-familia criolla que tenía tan «amarrados» los asuntos políticos que los cargos se pasaban de mano en mano entre hermanos, primos, cuñados, yernos para no dejar entrar en puesto alguno a ningún chapetón advenedizo. Aquello era una verdadera «rosca», como hoy se suele decir en esas tierras, rosca que todo el mundo condena, pero que todos alaban diciendo que lo único malo que tiene es no estar en ella. Uno de los abanderados de esa política excluyente y discriminatoria era don José de Caicedo quien, para barrer a los peninsulares definitivamente del Cabildo, impuso en 1795 a José María Lozano de Peralta, ya nuevo marqués de San Jorge, hijo de Jorge Miguel, mediante maquinaciones electorales. Era el 1 de enero, fecha en la cual ocurría la elección anual de esas dignidades. El virrey Ezpeleta y la Real Audiencia vetaron la elección del Marqués, porque sus antecedentes familiares en la rebelión de los Comuneros y sus vínculos con los «conspiretas», acaudillados por Antonio Nariño, hacían poner en duda su lealtad a la Corona; también, porque se decía que el Marqués no había podido superar los resentimientos por las tribulaciones de su padre con las autoridades.

Lo extraordinario de esta situación era que al mismo tiempo se estaba llevando a cabo el juicio contra Nariño y sus cómplices. Oigamos lo que sucedió: José Antonio Ricaurte, abogado y cómplice de don Antonio Nariño, fue sentenciado a purgar pena en una cárcel de Cartagena de Indias, porque contra él se constituyeron suficientes pruebas incriminatorias, entre ellas los estatutos del «Arcano Sublime de la Filantropía», nombre tras el cual se parapetaba la masonería para conspirar contra la Corona. Murió en Cartagena. Ricaurte pertenecía a una de esas «sociedades secretas», que debían establecerse en todo el país para agitar la revolución y que tuvieron asiento en las tertulias literarias de Santa Fe. Su concuñado, Antonio Nariño, también fue procesado, pero con una pena más severa en el África y por otras razones.

El hermano del Marqués, Jorge Tadeo Lozano, Alférez del Real Cuerpo de Guardias en Madrid, fue comisionado para apelar ante la Corte el veto de la Audiencia y del Virrey a José María Lozano. La Corte, ya muy desconfiada por todo lo que acaecía en esa lejana provincia,

secretamente mandó hacer una investigación sobre el personaje vetado, José María Lozano de Peralta, y la «rosca» de cabildantes, cuyo poder rebasaba ya los límites de lo razonable. El contencioso con la Audiencia y la Corona se prolongó durante dos años, al cabo de los cuales hizo aparición Antonio Nariño en Santa Fe. Pero antes de hablar de este personaje, debo decir que Jorge Tadeo, vizconde de Pastrana, había iniciado la carrera militar en España, alcanzando el grado de capitán de Guardia de Corps, y al regresar a la Nueva Granada en 1797 se enamoró profundamente de su sobrina María Tadea de Lozano Isasi, hija de su hermano José María, y al no poderse casar católicamente por su grado de consanguinidad, solicitó al arzobispo de Santa Fe, Baltasar Jaime Martínez Compañón, le diera una dispensa; después de mucho ir y venir, tuvo que pagar 2.000 pesos de limosna para la educación de las niñas pobres, 600 pesos para la decoración de la Iglesia, dos pinturas religiosas y la construcción de un acueducto en Funza. La dispensa le fue concedida el 28 de junio de 1797, se casaron el 2 de julio y de ese matrimonio hubo cuatro hijos. Este Jorge Tadeo murió fusilado el 6 de julio de 1816 por independentista y rebelde.

### **El señor don Antonio Nariño**

Uno de los alebrestados por la rebeldía del marqués Lozano y los episodios de los Comuneros fue don Antonio Nariño, cuya familia tenía enlaces con los Lozanos de Peralta y quien habría de ser figura central en todos los padecimientos y calamidades que con el transcurso de los años acaecieron sobre tan pacífico reino. El pivote de enganche con la casa Nariño fue don Manuel de Bernardo Álvarez, casado con Josefina, una de las hijas de don Jorge Miguel, quien, dicho sea de paso, había colocado muy bien a sus hijas: a Mariana, con Juan Nepomuceno de Lago, regidor de Santa Fe; a Petronila, con José Antonio Portocarrero y Salazar, administrador de la Real Hacienda; a Juana María, con Eustaquio Galavís y Hurtado del Águila y de Mendoza, alcalde de Santa Fe, con quien no tuvo descendencia, y a Clemencia, la menos favorecida, con Juan Esteban Ricaurte, un simple empleado. Hasta el propio ex Marqués, aunque Marqués a la brava, había vuelto a contraer nupcias a la muerte de su primera esposa, María Tadea González Manrique, con la hija del escribano de la gobernación, Magdalena Cabrera, biznieta de Gil Escribano y Dávalos, quien había sido Presidente, Gobernador y Capitán General del Nuevo Reyno. Como se ve, era este el comienzo de otras *monarquías republicanas* que iban emulando, como es apenas natural, los enlaces de las casas reinantes europeas a las que ya se criticaba las formas tan poco democráticas con que ejercían el poder.

Este Antonio era hijo de Vicente de Nariño y Vásquez y de Catalina Álvarez del Casal; su padre había sido contador mayor del Tribunal de Cuentas y director de la primera fábrica de pólvora establecida en Santa Fe; su madre era hermana de las famosas Joaquina, esposa de García Olano, y de Petronila, esposa de Mendoza, los instigadores de la revuelta de los Comuneros y defraudadores del Correo. Su abuelo paterno había sido fiscal del Reyno, en tanto que la futura esposa de Antonio, el Precursor, Magdalena Ortega de Mesa, era hija del administrador de la Real Renta de Aguardientes, quien también había ocupado los cargos de Alcalde, Corregidor, Justicia

Mayor de Tunja y Comandante General de Popayán.

Don Vicente Nariño y Vásquez, padre de quien fuera llamado el «Precursor de la Independencia», había nacido en Santiago de Compostela, servido al conde de Montijo y nombrado por Fernando VI «para ejercer empleo» de Tesorero el 22 de diciembre de 1749; en Santa Fe es acogido inmediatamente por la más rancia sociedad y aristocracia criolla a principios de 1751; tanto, que los Álvarez, don Manuel de Bernardo y su esposa Josefa del Casal, buscan comprometerlo con su hija, la bella, rica y encantadora Catalina, con quien contrae nupcias el 8 de septiembre de 1758. Fue una de las más fastuosas bodas de la época. Los esposos situaron su residencia en una lujosa casa de la ciudad, situada en la calle de la Carrera. Don Vicente es muy aficionado a la lectura y pronto tiene una de las más importantes bibliotecas privadas de la capital del Reyno. Especial sitio de su biblioteca es el anaquel donde se exhiben libros de religión, historia, filosofía, derecho... Representan la ilustración del Siglo de las Luces y desde ellos se irradia el contagioso afrancesamiento que luego seducirá la mente de su prole.

Del matrimonio nacen José, el 12 de marzo de 1760; Juan Nepomuceno, el 15 de junio de 1761, Antonio, el Precursor, el 9 de abril de 1765, Joaquín, el 1 de junio de 1766, Manuel y María Dolores, el 19 de abril de 1768, Cayetano, el 20 de agosto de 1770 y Benita el 24 de marzo de 1774. La fortuna de la familia crece a la par que la prole, pues don Vicente se convierte en un destacado funcionario cuyo «constante celo, aplicación y desinterés» adornan su competencia profesional para el ejercicio de esos ministerios. En consecuencia, Carlos III lo asciende el 22 de junio de 1769 al puesto de Contador Mayor del Tribunal y Real Audiencia de Cuentas por jubilación de don Ignacio de Arce y Zabala, cargo que ocupa desde el 16 de marzo de 1760; como si fuera poco, el virrey Messía de la Cerda le confía la dirección de la primera fábrica de pólvora establecida en el Virreinato. Muere rodeado de sus hijos el 12 de julio de 1778 cuando su célebre hijo, Antonio, tiene apenas trece años.

Así, Antonio Nariño había nacido en Santa Fe en 1765. Sobre él también se acumularon cargos y honores. En 1781, a los dieciséis años, fue subteniente abanderado del Regimiento de Milicias Urbanas de Infantería en Santa Fe y, como no podía ser de otra manera, cierra filas a favor del gobierno legítimo y en contra de las montoneras capitaneadas por Berbeo en tiempos de la revuelta comunera; a los veinticuatro, fue alcalde de segundo voto y tesorero interino de diezmos, nombrado para dicho cargo por el virrey Gil y Lemos en contra del parecer del Cabildo eclesiástico; Ezpeleta lo confirmó en agosto de 1789, obrando también en contra del Cabildo; en 1791 el mismo Virrey lo nombró miembro de la junta de policía y esa vez fue el Cabildo municipal el que se opuso. Sus compañeros de Junta fueron el oidor Juan Hernández de Alba y los criollos Juan Salvador Rodríguez del Lago, Primo Groot y José Miguel Pey. En el mismo año Nariño llegó al cargo de Regidor y Alcalde Mayor. No estaba mal para quien apenas cumplía los veintiséis años, era criollo de nacimiento y ninguna duda ensombrecía su privilegiada cabeza.

Tampoco estuvo mal haberse desposado a los veinte años de edad con doña Magdalena Ortega de Mesa, hija de don José Ignacio de Ortega, Administrador de la Renta de Aguardiente, uno de los más importantes cargos del Virreinato, y jugoso, por cierto; su madre de ella era doña Petrona de Mesa, de rancio abolengo y encumbrado linaje capitalino. Magdalena le llevaba tres años de edad a su marido Antonio, era rica y distinguida; el matrimonio se realizó en la iglesia de las

Nieves y tuvo por padrinos a los distinguidísimos señores Ignacio Santamaría y Manuel del Castillo; toman los recién casados residencia en la plazuela de San Francisco y su casa es de las mejores de la ciudad. Allí nace su primogénito, Gregorio, el 12 de marzo de 1786, de quien luego hablaremos; Francisco en 1787, Antonio en 1791 y Vicente en 1793.

Su meteórico ascenso también se debe, como así acontece desde entonces, a que Nariño no solo era un vecino principal de la ciudad sino que había sido anfitrión del virrey José de Ezpeleta en compañía de José María Lozano, el nuevo marqués de San Jorge, en la recepción de bienvenida que la sociedad santafereña ofreció al Virrey. Aquella recepción fue espléndida, como no podía ser de otra manera. Allí se ofrecieron viandas de todo tipo: se consumieron 10 arrobas de garbanzos, 20 docenas de chorizos, 50 jamones, 72 lenguas saladas, 32 libras de salchichas, 7 botijas de vino blanco, 6 de tinto, 4 arrobas de queso, 12 quesos de Flandes, 24 gallinas, y un sinnúmero de otros artículos que costaron la friolera de 4.466 pesos, una suma astronómica para la época si se consideran los 500 pesos anuales que Caballero y Góngora había dado de limosna a Joaquina para que sostuviera a sus diez hijos mientras García Olano purgaba la pena impuesta. El Virrey, escandalizado por el gasto, ordenó que en lo sucesivo no se gastaran en agasajos más de 2.000 pesos de las Reales Arcas.

Hubo en esa fiesta baile de paspié, minué y hasta *rasquicheo* de tiple, instrumento, se dice, autóctono de la Nueva Granada. El Virrey y su esposa, María de la Paz Enrile, hermosísima dama según las crónicas, estaban dichosos de haber llegado a tan noble, ilustrada y amable capital que había salido de su tranquilidad casi conventual para demostrar que era también capaz de los mayores festejos. Nariño inmediatamente logró con el nuevo Virrey empatía y afecto que habrían de llevarlo a los más altos cargos porque su personalidad estaba adornada de gracejo, su conversación era persuasiva y elegante y porque poseía aquella «chispa» innata del santafereño al hablar, la flor que mejor se lucía en el Reyno. Nariño era un hombre distinguido, de buen cuerpo, de pelo rubio, tez blanca y algo pecosa, nariz aguileña, boca pequeña, aunque belfo, voz suave y grata, lenguaje fácil y correcto. Era también pudiente. Vivía con holgura en una casa alta y grande situada en el costado oriental de la Plaza de San Francisco, donde hoy está el Parque de Santander, y era allí, en esa casa, donde se reunían sus amigos a hablar de lo humano y de lo divino.

De lo humano y de lo divino hablaron, particularmente de lo humano, en lo que atañe a la política imperial. Ezpeleta lo mima y le permite comprar para su biblioteca privada libros prohibidos de los enciclopedistas y filósofos de la Revolución; confía en él. Ha heredado los libros de la biblioteca de su padre Vicente, es culto, gracioso, confiable e inofensivo, particularmente porque siempre había cerrado filas con el gobierno legítimo. Le permite negociar con la quina, exportar azúcar, negociar con tabaco, té, canela, fique de Popayán, pieles de cabra y aguardientes de España. Pero Nariño cometió una imprudencia. O, mejor, varias. Asistía a reuniones supuestamente secretas con sus amigos, reuniones que conocía todo el mundo y en las que se hablaba de «libertad», de «igualdad», de «fraternidad»; esto primero se lo enseñó un funesto personaje, el doctor y luego general Luis de Rieux, de origen francés, que había llegado a Cartagena comisionado por su gobierno para hacer investigaciones de Historia Natural en tiempos del virrey Caballero y Góngora y de la Expedición Botánica a cargo del sabio gaditano José

Celestino Mutis. Llegó a Santa Fe en 1792 donde conoció a Antonio Nariño a quien inició en los secretos masónicos y en las consignas revolucionarias cuyas semillas también había dejado en Cartagena. Todo esto hizo bajo pretexto de tertulias literarias en casa del Precursor, concretamente en su biblioteca, que llamaba «El Santuario», que competía con los círculos literarios «la Eutropélica» y «el Buen Gusto», que de círculos poco tenían, a no ser los infernales de la masonería y las conspiraciones contra la Corona.

A las reuniones de la Eutropélica asistían Manuel del Socorro Rodríguez, el cubano traído por el virrey Ezpeleta; José Manuel Grueso, entre otras personas destacadas. Al Buen Gusto, presidido por doña Manuela Santamaría de Manrique, distinguidísima dama de la sociedad, asistían sus hijos José Ángel y Tomasa; también José Fernández Madrid, José María Salazar, Frutos Joaquín Gutiérrez, Francisco Antonio Ulloa, Custodio García Rovira y Manuel Rodríguez Torices, futuros revolucionarios de los que oiremos hablar muy pronto; también asistía como destacado miembro el payanés Camilo Torres, es decir, todo el procerato criollo que habría de dirigir la proclamación de la República. Al principio no se despertó sospecha alguna, sobre todo porque al lado del sabio Mutis se congregaban discípulos como Eloy Valenzuela, Pablo Antonio García, Francisco Javier Matiz, Francisco Antonio Zea, Jorge Tadeo Lozano, el sabio Caldas y Sinfaroso Mutis, sobrino del botánico. Así, un aire de refinamiento intelectual reinaba en una ciudad dotada de biblioteca pública por el virrey Guirior, y que ostentaba teatro, periódicos y a la que llegaba una buena dotación de publicaciones.

A El Santuario nariñista asistían Jorge Tadeo Lozano, Francisco José de Caldas, Francisco Antonio Zea, Joaquín Camacho, Luis de Rieux, Pedro Fermín de Vargas y el mismo Camilo Torres, realista de corazón, quien no dejaba de sorprenderse y preocuparse por los temas que allí se tocaban. Rousseau, Voltaire, Montesquieu y otros enciclopedistas franceses eran el centro del análisis intelectual, particularmente Diderot, Dubuisson, Dèmeunier, Chastellux y Bissot. Por eso, no es cierto, como diversos historiadores han asegurado, que la ideología de estos señores tenía una base tomista-suarista, pues las doctrinas escolásticas no podían conducir al motín ni a la revuelta. La mayoría de estos precursores sentía fascinación por la revolución angloamericana, su modelo constitucional y el diálogo franco-norteamericano que desembocó en una sangrienta revolución en Francia. Para la muestra un botón, pues sucede que Nariño había puesto bajo el retrato de Benjamín Franklin la inscripción «Arrebató al cielo el rayo de las manos y el cetro a los tiranos», célebre fórmula que había hecho carrera desde 1778 cuando Turgot, su autor original, la escribió en latín. Era un franklinófilo que no dudó en copiar el título de las publicaciones de Franklin durante su estancia en París de 1776 a 1785 que el inventor había denominado *Bagatelles*.

Pero es en Camilo Torres, uno de sus contertulios, que leemos en carta dirigida al oidor de Quito Ignacio Tenorio que él mismo deseaba fervientemente imitar el modelo federalista angloamericano. Dice: «Imitemos la conducta de los norteamericanos, sigamos los pasos de este pueblo filósofo, y entonces seremos tan felices como ellos. Trabajemos, pues, para formar un gobierno semejante, y si es posible, igual en todo al de aquellos republicanos».

Nariño se encerró, pues, en un estrecho círculo selecto de personajes cuyas frecuentes reuniones no pasarían del todo inadvertidas en una ciudad taciturna, fría, lluviosa, docta,

mediterránea, solitaria, enclavada en el corazón mismo de los Andes, abrochada por un circuito montañoso a dos mil seiscientos cincuenta metros de altura y a mil serpenteantes, oscilantes y endiablados kilómetros del mar, pero las autoridades no hicieron nada para evitar lo que comenzaba a verse como el nacimiento de una conspiración en forma, tejida por funcionarios de la Corona y personajes de plena confianza de la Administración imperial; al fin y al cabo eran hijos o descendientes de españoles, vástagos de los que habían forjado la redondez geográfica y religiosa del mundo. Esta barrera natural era razón suficiente para persuadir a los más ingenuos de que al Altiplano no había llegado todavía el fermento revolucionario ni la capacidad de discurrir libremente sobre novedosas formas de gobierno.

Corría el año 1794. A cinco años del nombramiento de Antonio Nariño como Tesorero de Diezmos, no solo conspira contra las autoridades constituidas, sino que también se le ocurre traducir los Derechos del Hombre del francés al español e imprimir doscientos ejemplares. Prevalido de su amistad con el Virrey, los dos anteriores actos son complementados con «autopréstamos» en cantidad de 92.000 pesos de la suculenta canonjía proporcionada por las cajas reales para mejorar sus negocios privados e inversiones en grandes empresas comerciales, lo que le abre un alcance cuantioso que es incapaz de devolver. Muchos comenzaron a admirarse de las grandes recepciones que hacía en su casa, de la ampliación de sus negocios a Cúcuta, La Habana y Veracruz, de sus frecuentes viajes y fasto con que vive, hasta cuando se convirtió en comidilla común que don Antonio cometía dolosos usufructos de lo que no le pertenecía. Pero oigamos a don Joaquín, quien eventualmente fuera su juez, como «alcalde del crimen»:

Todo empieza, Majestad, con la novedad bibliográfica que le trae el capitán de la guardia virreinal, don Cayetano Ramírez de Arellano, el tomo III de la *Historia de la Revolución de 1789 y del establecimiento de una Constitución en Francia por dos amigos de la libertad*. Los amigos eran Kerverseau y Clavelón, cuya lectura seduce rápidamente la mente de Nariño. Allí están los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Los lee, relee y decide traducir los diecisiete artículos y corre a la imprenta de don Diego Espinosa de los Monteros, que llamaba «La Patriótica», localizada en la plazuela de San Carlos.

Ignacio Sánchez de Tejada, su amigo, le informa que la Audiencia ha parado la oreja, que tiene sospechas, que conoce las andanzas nocturnas del mimado; que lo han delatado José Primo González, Francisco Carrasco, José de Oyarzábal y Manuel Benítez. Ezpeleta se preocupa, pero dice que son «cosas de juventud», «que se guarde silencio», y se va de paseo con Eustaquio Galavís a Villeta, pueblecillo de clima delicioso. A los cinco días le llega una posta que anuncia ser cierta la conspiración, que se está extendiendo, que han aparecido pasquines, con burlas a altos funcionarios españoles, pegados en los muros de la ciudad y que en Cartagena está pasando lo mismo. Ezpeleta se alarma, ensilla su caballo y a marchas forzadas llega a Santa Fe. La Audiencia le entrega datos: los cabecillas son Antonio Nariño, Francisco Antonio Zea y José Antonio Ricaurte. Se han reunido con José María Lozano, próximo Marqués de San Jorge, Joaquín Camacho, José de Iriarte y José de Caicedo y Flórez. En las tertulias se hablaba mal de los españoles, se decía que gente tan burda no tenía derecho a gobernar, que su trato era de «señores a criados» y que ya estaba bueno de sujeciones a tan palurdos, ordinarios y agropecuarios personajes. Dicen a Ezpeleta que Nariño es un diletante sin método ni escuela y que se ha intoxicado con los libros prohibidos que lee. Que es un *buenavida*. Que gusta de las joyas y las prendas caras. Lo que es más grave, que ha construido su fortuna de las sumas sustraídas de las cajas reales...

El Virrey abre la investigación y, reunido el gabinete, confirma que los cabecillas son Francisco Antonio Zea, José Antonio Ricaurte y su amigo Antonio Nariño. Los delatores del Precursor son José Primo González, José de Oyarzábal y Manuel Benítez. Se comenta que el 24 de agosto de 1794 debía estallar la revuelta de criollos contra españoles y que estos serían asesinados a cuchillo. Corren rumores. El clima de tensión se expande. Ezpeleta finalmente ordena la iniciación de tres procesos, uno por sedición, otro por impresión de los Derechos del Hombre y el último por pasquines. Se expiden autos de detención. Caen en la redada Francisco Antonio Zea, José Antonio Ricaurte, Ignacio Sandino, Pedro Pradillo y José Ayala, así como los estudiantes Sinforoso Mutis, José María Cabal, Enrique Umaña, Pablo Urobe, José María Durán y los

extranjeros Manuel Froes y Luis Rieux, el último de los cuales entregaba información sobre los adelantos conseguidos por la Revolución en Francia... Se persigue a Pedro Fermín de Vargas, corregidor de Zipaquirá y también defraudador de los fondos públicos de esa ciudad... Por último, cae Antonio Nariño, se le allana la casa y se le embargan todos sus bienes, la ropa incluida. Ampliadas las pesquisas, en la investigación que sigue sale a relucir el problema del faltante de Tesorería. Sin embargo, los movimientos subversivos no fueron comprobados, pese a que yo mismo, siendo oidor, practiqué el allanamiento en la casa del acusado y encontré inscripciones a la libertad, a la razón y a la filosofía...

—¿Y qué decían tales inscripciones?

—Ya poco recuerdo, pero lo cierto es que me detuve en una y la apunté, porque era muy destacado el sitio donde la tenía; era aquel epitafio escrito en la tumba de Benjamin Franklin que decía: «Arrebató al cielo el rayo de las manos y el cetro a los tiranos».

—Ajá... O sea que ya se manifestaba anti-monárquico.

—Así es, Majestad.

La sospecha, aunque grande, no terminó en prueba concluyente, con lo cual el solo epitafio no era suficiente para condenarlo; lo que se demostró fue el desfalco, que resultó indiscutible. Entonces no me quedó más remedio que enjuiciarlo. Nariño se defendió alegando que había quemado los impresos, excepción hecha de uno que entregó a su amigo Cabal y otro que conservó para sí. Resaltó los servicios prestados por él y los suyos a la Corona, aunque se cuidó de excluir el peculiar servicio del peculado. Dijo que la sublevación «de causa horror»; que la Constitución de Filadelfia jamás la tuvo en cuenta y que le tiene un particular amor a su soberano «cuyas glorias y felicidades ha celebrado como el que más en cuantas ocasiones se han ofrecido». Reposa en autos. Como veis, Nariño era un genio de la impostura, de la doblez, del disfraz. Repudia el «sistema fanático de los franceses», según dijo, y asegura que no cabe en su pensamiento «delirio tan criminal». Se acobarda; son las palabras de quien ha sido posteriormente llamado «Precursor de la Independencia», según quedaron consignadas en el proceso. Son las que se han ocultado tras los mitos y fantasías tejidos en torno suyo que lo hacen aparecer como poseedor de un indomable espíritu y valentía sin tacha.

Los criollos, conocedores del alma santaferña y, practicantes ellos mismos de los esguinces diplomáticos, de las triquiñuelas verbales y del tirar la piedra y esconder la mano, lo dejan solo: «Yo a este no conozco y si lo conocí, apenas lo ví». Sus amigos lo abandonan, incluidos sus compañeros de Junta de Policía, Juan Salvador Rodríguez del Lago, Primo Groot y José Miguel Pey. Hasta los abogados se niegan a defenderlo, con excepción de su conuñado Ricaurte, quien en la cárcel le ayuda a redactar la defensa. No, Majestad, allí nadie tampoco se andaba en serio con eso de echar a los españoles y soltar los perros de la Revolución porque en ese país de letrados y leguleyos no había nada más difícil que levantar una asonada. La *Pax Hispana* era demasiado buena. Mejor dicho, se asustaron con el cuero del tigre. Nariño recurrió, entonces, al más famoso letrado, don Camilo Torres, para que lo apoderara en la defensa. Pero Torres, otro ladino precursor, se excusó, diciendo: «El crecido número de causas de pobres, las más de ellas criminales, de que me hallo encargado, la cortedad de mis luces y conocimientos, inferiores a la arduidad de la de usted, la estrechez de un término de veinte días... y la delicadeza y gravedad de una materia que pide un hombre de toda instrucción y experiencia... y que yo como abogado nuevo no puedo tener, no me permiten hacerme cargo de la defensa de usted... En esta atención devuelvo a usted la instrucción para que usted en vista de mis razones ponga los ojos en otro letrado. Dios Nuestro Señor guarde a usted muchos años. Santa Fe y agosto siete de mil setecientos noventa y cinco. Beso la mano de usted su más atento servidor, José Camilo de Torres».

Uno tras otro, todos los abogados declinaron el honor de defenderlo. No solo Nariño había quedado abandonado, sino su esposa e hijos. He aquí cómo se muestra de generosa el alma española, la solidaridad de amigo, la conciencia de cristiano, que es el mismo virrey Ezpeleta quien acude en auxilio de la familia de Nariño, otorgándole un auxilio para su mantenimiento. ¿Dónde estaban, entonces, los despiadados tiranos, los excluyentes españoles, el despótico gobierno, que corrían a auxiliar a un delincuente incurso en peculado? Como si esto fuera poco, la Real Audiencia ordenó que un abogado de oficio se hiciera cargo de la defensa del sindicado una vez declarado pobre de solemnidad.

Hoy sabemos que el proceso continuó con todas las garantías legales hasta cuando quedó demostrado que los Derechos del Hombre no habían circulado y que, por tanto, en nadie habían influido para levantar los ánimos contra España, como nos lo han querido hacer creer los historiadores comprometidos con el mito. El propio Nariño lo reconoce en su defensa diciendo:

Yo tenía una imprenta y mantenía a mi sueldo un impresor (Antonio Espinosa de los Monteros). Vino a mis manos un libro...

Encontré en él los Derechos de Hombre, que yo había leído esparcidos aquí y allá en infinitos libros y en los papeles públicos de la nación... me excitó la idea de que no tendría mal expendio un pequeño impreso de los Derechos del Hombre, trabajado por un gran número de sabios... tomo la pluma, traduzco... voime a la imprenta y usando de la confianza que para imprimir sin licencia he merecido al gobierno, entrego delante de todos el manuscrito al impresor, que lo compuso aquel mismo día... Salgo con unos ejemplares de la imprenta y encuentro al paso al comprador para un ejemplar, doy otro a otro sujeto y aquí paró la negociación... traté de recoger los dos únicos ejemplares que andaban fuera de mi casa y quemé los otros al momento.

### Y continúa don Joaquín:

Antonio Nariño fue condenado a diez años de prisión en una colonia penal en África, a extrañamiento perpetuo de América y confiscación de sus bienes, la mayor parte hecha con plata ajena. Penas más livianas fueron impuestas a Francisco Antonio Zea, Ignacio Sánchez de Tejada, Pedro Padilla, José Ayala y a los estudiantes Sinforoso Mutis, sobrino del sabio de la expedición botánica, José María Cabal, Enrique Umaña, Pablo Uribe, José María Guzmán y los extranjeros Luis Rieux y Manuel Froes, amén de otros cuyos nombres escapan a mi memoria. En cuanto a estos últimos, todos fueron remitidos a España para que se les abriese juicio, pero el Tribunal profirió sentencia absolutoria porque los Fiscales del Consejo Supremo de Indias conceptuaron que la sedición no había sido un hecho ya que los inculcados solo habían tenido conversaciones privadas sobre la Revolución Francesa. El único obligado a permanecer en la Península fue Francisco Antonio Zea «no tanto por lo que resulta contra él, cuanto por la travesura de su genio y considerar que no era conveniente su residencia en el Virreinato», según se conceptuó.

Hartas travesuras intelectuales cometió este Francisco Antonio Zea, pues vale la pena recordar que, junto con Ignacio Sánchez de Tejada, firmó una infame declaración en tiempos del usurpador José Bonaparte en una asamblea realizada en la ciudad de Bayona como representantes que eran de las «colonias» hispanas. Allí, suscribiendo la constitución napoleónica y reverenciando al tirano, adhirieron al usurpador José. Dijeron: «Olvidados de su gobierno, excluidos de los altos empleos de la monarquía, privados injustamente de las ciencias y de la ilustración... ¿podrían los americanos dejar de proclamar con entusiasmo una monarquía que se anuncia por apreciarlos, que los saca del abatimiento y de la desgracia, los adopta por hijos y les promete felicidad?».

Francisco Antonio Zea era un científico que había participado en la Expedición Botánica a cargo del sabio Mutis y era quien menos podía acusar a España de privar a los americanos de las ciencias. Mucho menos cuando, después de cumplir dos años de destierro en Madrid por sus conspiraciones con Nariño, el mismísimo Rey lo nombró miembro del Gabinete Botánico de Madrid, empleo que detentó hasta 1806. ¿Podría haber algo más ruin que esto? Lo hemos oído, y es otra «perla» sacada del «Memorial de Agravios» que otro ilustre granadino, don Camilo Torres, hiciera aprobar del Cabildo de Santa Fe el 20 de noviembre de 1809 y que, entre otras cosas, decía:

En cuanto a la ilustración, la América no tiene la vanidad de creerse superior ni aún igual a las provincias de España. Gracias a un gobierno despótico, enemigo de las luces, ella no podía esperar hacer rápidos progresos en los conocimientos humanos, cuando no se trataba de otra cosa que de poner trabas al entendimiento. La imprenta, el vehículo de las luces y el conductor más seguro que las puede difundir, ha estado más severamente prohibido en América que en ninguna otra parte. Nuestros estudios de filosofía se han reducido a una jerga metafísica, por los autores más oscuros y más despreciables que se conocen. De aquí nuestra vergonzosa ignorancia en las ricas preciosidades que nos rodean, y en su aplicación a los usos más comunes de la vida. No ha muchos años que ha visto este reino, con asombro de la razón, suprimirse las cátedras de derecho natural y de gentes, porque su estudio se creyó perjudicial. ¡Perjudicial el estudio de las primeras reglas de la moral que grabó Dios en el corazón del hombre! ¡Perjudicial el estudio que le enseña sus obligaciones para con aquella primera causa como

autor de su ser, para consigo mismo, para con su patria y para con sus semejantes! ¡Bárbara crueldad del despotismo, enemigo de Dios y de los hombres, y que solo aspira a tener a estos como manada de siervos viles, destinados a satisfacer su orgullo, sus caprichos, su ambición y sus pasiones!

La diferencia es que esta infamia fue dicha ante propios, en tanto que aquella había sido dicha ante extraños.

Los dos primeros señores, Zea y Sánchez de Tejada, teniendo ya Madre, ¡querían ser adoptados por una advenediza y rechazar la propia! ¿Qué tal esto de que habían sido privados de la ciencia por el oscurantismo español? ¿Podría urdirse una mentira más grande que esta? Bueno es que repasemos, porque esas cosas no deben pasarse por alto, pues la libertad no puede provenir de la mentira, ni la independencia de la sujeción, ni el odio debe ser instrumento para alterar la Historia. Quien así había hablado era Francisco Antonio Zea, el mismo que había denunciado a José María Lozano de Peralta, marqués de San Jorge y a Juan Esteban Ricaurte como conspiradores contra la Corona. Como se ve, no era más que un oportunista que se arrimaba al árbol que mayor sombra diera.

En cuanto al otro firmante, Ignacio Sánchez de Tejada, fue este quien sugirió a Nariño prender fuego a los Derechos del Hombre antes de que llegaran las autoridades; fue absuelto de todo cargo y regresó a Santa Fe para ingresar como secretario de la Cofradía de Nobles, el mismo que había afirmado en el documento de marras que no había quien apreciara a los criollos. Si la existencia misma de una cofradía de nobles no era una demostración palpable del aprecio que la Corona tenía por los criollos, no sé qué lo podría ser. Eran mentirosos patológicos. Este par de sujetos no podían ser ajenos a que en su propio tiempo concurrieron tres de los más ilustres mandatarios que recuerde España en la Nueva Granada, Reyno de donde aquellos infamantes eran, precisamente, oriundos. Tales esclarecidos mandatarios fueron el virrey Flórez, el arzobispo-*virrey* Caballero y Góngora y el virrey José de Ezpeleta.

Sí, el virrey Ezpeleta, quien figura entre uno de los cinco mandatarios homenajeados por la República en una placa situada en el Congreso Nacional, esquina sudoeste, que con justicia recuerda a Andrés Díaz Venero de Leyva, Juan de Borja, Solís Folch de Cardona y Pedro Mendinueta y Musquiz. Ni la República ha podido ignorar lo evidente.

### **Nariño escapa de la justicia**

Antonio Nariño inicia su trágico periplo el 30 de octubre de 1795, dejando a su mujer e hijos en la orfandad y miseria más terribles. Camino del destierro y pena pasa por Villeta, Honda, Angostura de Nare, el Banco, el Canal del Dique hasta llegar a Cartagena. Embarca en este puerto en el bergantín *Floridablanca* el 25 de diciembre y en él llega a La Habana el 14 de enero de 1796, después de muchos padecimientos en alta mar para un hombre que jamás había navegado. El Capitán General de Cuba lo reduce a prisión en el Castillo del Príncipe antes de embarcarlo el 22 de enero en el *San Gabriel* con rumbo a Cádiz. Nariño aprovecha la travesía de cincuenta y seis días para hacer estrecha amistad con la tripulación del buque; el Capitán lo distingue como una persona amable con quien resulta divertido conversar e intercambiar opiniones. Tanta confianza le

merecen, que le proporcionan el libro de bitácora para hacer las anotaciones correspondientes al viaje. También lleva el registro de cuentas del barco y entre risas, charlas y bromas transcurre el viaje. La manipulación de estos papeles le permite conocer la lista de prisioneros, pero su nombre no aparece en los registros. Nariño capta que ha habido un error burocrático en el papeleo del puerto. Piensa que es un milagro del destino y se siente un hombre providencial. El 1 de marzo el barco toca el puerto de Cádiz donde infinidad de barcos esperan ser servidos por igual número de barquichuelos y faluchas que los rodean; son momentos de gran actividad portuaria y confusión natural. Un ordenanza entrega la lista de prisioneros al capitán de una falucha de servicio; hay un ir y venir de marinería y oficiales que sueltan anclas, desamarran velas y alistan aparejos. Se tiende una escalerilla y se llama a los prisioneros por su nombre desde la falucha; el de Nariño es omitido y este permanece haciéndose el distraído a cierta distancia de la escalerilla; bajados los presos, la falucha se aleja y se acerca otro barquichuelo; ¡es su oportunidad!, el Capitán está distraído dando órdenes y la tripulación está atareada con las labores propias del anclaje y desembarco de carga y menaje de pasajeros. El prisionero, aprovechando la oportunidad, la confusión y el bullicio, se arriesga a bajar el primero por la escalerilla para ganar el bordo del barquito que lo ha de conducir a puerto, donde se confunde entre la abigarrada multitud. Nadie se da cuenta de su huida. Don Esteban de Amador, rico comerciante de la ciudad, con parientes en Cartagena de Indias y con quien el fugitivo ha mantenido relaciones comerciales, es quien lo asiste y le redime una libranza por pasados negocios. Ya con dinero en el bolsillo habrá de intentar su segunda osada maniobra.

Nariño se dirige de inmediato a Madrid donde pretende defender su causa ante la Corte, algo que hizo velozmente; pero en Madrid nadie lo conoce; vaga por las callejuelas y, finalmente, con el temor de ser aprehendido, sale el 13 de junio precipitadamente hacia París, donde esperó dos meses sin recibir noticia alguna de sus gestiones en Madrid; hace allí contacto con Francisco Miranda a través de Pedro Fermín de Vargas, otro de los criollos fugados antes de que lo pusieran preso en Santa Fe. Miranda lo insta a continuar su lucha revolucionaria, le dice que es un hombre providencial. Nariño se inflama de arrogancia, pero cuando se encuentra solo lo asaltan las dudas. Recorre los tribunales parisinos, examina las nuevas leyes revolucionarias y, finalmente, embargado por nuevos temores de caer preso por la falsa documentación que portaba, decide marcharse a Londres. Una vez allí, intenta en vano obtener una entrevista con el primer ministro William Pitt. Entonces, busca a dos comerciantes judíos, Campbell y Short, quienes, según él, sirvieron de intermediarios para llevar y traer razones del Ministro de Negocios Extranjeros, Lord Liverpool, que también se había negado a recibirlo. Una de esas razones era el ofrecimiento que el ministro Liverpool dizque le hizo en el sentido de ofrecerle los auxilios necesarios para sacudir el yugo español si Nariño entregaba el Nuevo Reyno a la Gran Bretaña; le prometía, en caso de éxito, una brillante posición o asilo en Inglaterra. Esto es, por lo menos, lo que narra Nariño, quien, supuestamente, rehúsa la oferta «porque jamás fue mi ánimo solicitar una denominación extranjera, y reduje mi solicitud a saber si en caso de una ruptura con la Metrópoli, nos auxiliaría la Inglaterra con armas, municiones y una escuadra que cruzase nuestros mares para impedir que entrasen socorros de España, a condición de algunas ventajas particulares que se le ofreciesen sobre nuestro comercio».

Este relato luce fantasioso y poco convincente, según se puede reflexionar. Que dos comerciantes ingleses sirviesen de intermediarios entre él y el Ministro de Asuntos Exteriores en materia tan delicada, y que el Ministro se prestara a enviar razones de ese tipo, parece sacado de una novela de espionaje de tercera categoría, de una película de vaqueros o de un melodrama de Hollywood que solo da por cierto la historiografía ingenua. En primer lugar, porque Nariño era un desconocido en la Gran Bretaña y, como tal, peregrino sería pensar que él pudiese acordar «entregar» el Nuevo Reyno así como así. Al contrario, no es probable que Liverpool, ni nadie en el alto gobierno inglés, se habría servido de un prófugo, pobre y desconocido ciudadano para formular tal tipo de propuestas. En segundo lugar, porque cualquier indiscreción de los comerciantes intermediarios habría podido precipitar un conflicto armado o un incidente diplomático con España. En tercero, porque acceder a cambiar la entrega del Reino por un acuerdo comercial con un prófugo, por eminente que fuese, parece acuerdo de niños y no el producto de una larga e intrincada negociación en los más altos niveles diplomáticos y representativos.

El relato de Nariño parece increíble y así le debió parecer al virrey Mendingueta y Muzqiz, quien se lo recibió en julio de 1797. Fue por esto, por tales fantasías, que el Precursor no obtuvo beneficio de reducción de penas por confesión anticipada, como la llaman ahora, ni fue perdonado. Algunos historiadores de «derechas» han dicho que si las autoridades no se hubiesen ensañado con él y que si hubiesen sido más dúctiles y políticas, Nariño se habría arrepentido y la rebelión posterior no se habría precipitado. Tonterías. Nariño no solo nunca renunció a sus creencias sino que las potenció para poder evadirse de sus actos criminosos, entre ellos el peculado, que fue lo realmente probado en su caso. La coartada fue lo que en realidad no le funcionó y la justicia lo vio como un embaucador de toda la barba. Salta a la vista, entonces, que lo que el Prócer buscaba era ganar puntos ante el Virrey al inflar su estatura y desinflar sus conspiraciones.

Lo que iban a hacer los tribunales con sus alegatos nunca se supo, pero lo cierto es que no había duda razonable alguna de su delito, no como conspirador sino como defraudador del Tesoro público y, por tanto, un delincuente común y no político. Desilusionado, Nariño partió para Burdeos el 24 de junio de 1796, se embarcó en la *Sicilia de Baston* el 12 de diciembre y volvió a América disfrazado de sacerdote; pasa por San Bartolomé, Santo Tomás y Curazao, centro este último de contrabandistas y conspiradores; allí se encontró de nuevo con Pedro Fermín de Vargas, conspirador nato; con sus contactos obtiene un pasaporte español falso, con el que llegó a Coro, Venezuela; se dirige hacia la Nueva Granada. Atravesó el Lago de Maracaibo en un barco de pescadores; remontó la frontera, evitando pasar por los grandes centros urbanos de Cúcuta, Pamplona, Tunja y Chocontá y llegó a Santa Fe el 5 de abril de 1797 donde lo esperaba su abnegada esposa. Habían pasado tres años de ausencia y regresaba ahora pobre, fugitivo, asustadizo.

El Precursor se encerró en su casa para que nadie supiese de su llegada. Las cosas se le complicaron cuando los vecinos notaron movimientos extraños en su hogar y cuando saltar de casa en casa de familiares no le garantizaba santuario seguro. Finalmente, decidió huir hacia Tunja y luego hacia Vélez y Girón. A su paso, fue sondeando el clima de opinión para ver si lograba

levantar pueblo para su causa independentista. Su periplo duró dos meses, pero nadie respondió a su llamado. Las gentes sencillas lo miraban como si se tratara de un lunático. Al llegar a Mata Redonda, disfrazado con ruana, botas y sombrero de paja, fue reconocido cuando se tomaba un aguardiente en alguna tienda de la localidad. La noticia se extendió como la pólvora. «¡Nariño ha regresado!», decían las gentes. Manuel de Mendoza hizo llegar la nueva a las autoridades virreinales que, alarmadas por el hecho, le siguieron la pista hasta cercarlo. No le quedó más remedio que entregarse y lo hizo ante el arzobispo Martínez Compañón, cabeza de un clero contra el cual estaba decidido a luchar, en concordancia con sus creencias masónicas. El Arzobispo lo acogió y, en compañía de la esposa del Precursor, lo presionó para que se entregara, confesara sus andanzas, hiciera algo útil por la Administración, pidiera merced y prometiera fidelidad.

Nariño mira a su alrededor y no ve amigos; vacila. Hasta el pulso echado entre el Cabildo y la Audiencia ha quedado paralizado con la noticia de su regreso, pues tanto Caicedo como el marqués José María y su hermano, Jorge Tadeo, deponen el litigio. Todos contienen la respiración, aunque nadie se acerca. Nariño ha quedado solo de nuevo y comprende que sus dos años de peregrinaje por las rutas de la subversión no han contado con ningún apoyo en el exterior ni en el interior del «esclavizado» Nuevo Reyno. Su ánimo al fin se quiebra y, arrojándose en brazos del prelado, le pide que lo salve de la cárcel o del patíbulo. Ha de confesarlo todo, pero si lo dejan libre. Finalmente, acepta entregarse y el Arzobispo intercede ante el virrey Mendinueta para que sea perdonado a cambio de delatar al resto de conspiradores y confesar sus culpas.

Con ánimo renovado por el consuelo y autoridad del Arzobispo, Antonio Nariño se presenta en el Palacio Virreinal donde relata su fuga, hace recuento de sus andanzas y delata a sus amigos. Es cuando produce el fantasioso relato de su rechazo a la propuesta de Lord Liverpool. Saca pecho, porque piensa que lo han de tomar como un héroe y leal vasallo. El Virrey, como ya conceptué, no le cree, pero se compadece del mitómano que, convencido, llega a creer sus propias mentiras. Y he aquí que, nuevamente, la tiranía española y gobierno sin entraña alguna, ¡lo envía al cuartel de caballería donde, para aligerar su miseria personal, el Virrey le asigna una pensión de treinta pesos mensuales salidos de las cajas reales! No podía estar en tan mal estado de prisión, pues es sabido que le nace María Mercedes el 24 de septiembre de 1798 e Isabel dos años después, con lo cual se puede asegurar que el Precursor, lejos de estar en una mazmorra con grilletes, como nos lo quieren hacer creer, gozaba hasta de visitas conyugales en su celda.

Pregunto de nuevo: ¿no eran estas condiciones algo avanzadas para la época, sobre todo si tomamos en cuenta lo que se ha dicho sobre la crueldad de los españoles? Sobra decir que esta generosidad jamás volvió a verse en tiempos de la República bajo la dictadura o la democracia y que las visitas conyugales fueron cosa tardía del siglo xx y cosa escandalosa que se permitiera, en este mismo siglo, las visitas de prostitutas, bandas de música, fiestas y bacanales consentidas por la corrupción administrativa de las cárceles colombianas. El único compromiso adquirido por Nariño fue redactar un proyecto de reforma administrativa que, según él, podría conjurar las conspiraciones políticas. Lo curioso es que, de no haber sido un conspirador contra la Corona, decidiera presentarlo después de sus andanzas y no antes de emprenderlas... lo cual podría significar que solo lo movió el «carcelazo» que lo esperaba y no un verdadero arrepentimiento. Sus delaciones dieron como resultado la interceptación de la correspondencia señalada y la

elaboración de una amplia lista de cómplices del exterior. Ya veremos que también Bolívar recurre al expediente de la traición para salvar su pellejo.

### **Las lágrimas del Precursor de la Independencia**

Contra las exageradas aspiraciones de Nariño a verse totalmente libre de culpa, tanto de las conspiraciones como de los peculados, la justicia sigue su curso lento pero inexorable. En el entretanto, el arzobispo Martínez Compañón muere, por lo que el Precursor pierde un influyente aliado. La cárcel y la soledad lo deprimen. Se quiebra de nuevo e «implora con lágrimas en los ojos la piedad del representante del Soberano»; su primer error había sido no firmar un compromiso recíproco con el Gobierno a cambio de sus delaciones y, el segundo, no haber pensado que al exagerar sus confesiones haría poner en duda todo lo que podía haber habido de verdad en ellas. El proceso se enreda y dilata. A nadie conmovieron las lágrimas del otrora arrogante y mimado criollo. Se enferma en su centro de detención. Los facultativos, José Celestino Mutis, Sebastián José López Ruiz y Miguel de Isla, conceptúan que padece una «tisis pulmonar», lo cual nos parece arreglado convenientemente dada su milagrosa recuperación cuando se le asignan mejores condiciones carcelarias. Dicen que corre peligro de muerte; la justicia se apiada de él y ¡véase de nuevo que en agosto de 1803 le conceden traslado a una *hacienda* del Gobierno llamada Montes y situada en la base del cerro de Monserrate! Finalmente, a los seis años de su entrega y prisión en el cuartel de caballería le dan libertad condicional ¡y le fijan de nuevo una pensión a expensas de las cajas reales! Queda entendido que aquí no se obedeció norma alguna, sino que se recurrió al fuero discrecional del Virrey, dada la singularidad del personaje.

Su tío político y cura de Turmequé, Francisco de Mesa, le da dinero para que compre La Milagrosa, una bella finca sabanera y vecina a su prisión; la finca es feraz y tiene agua abundante, lo cual le permite trabajar y rehacer su maltrecha economía. Siembra semillas traídas de Francia, embellece sus potreros, cría ganado, produce leche, trigo y cebada, amén de papa criolla y forrajes. En tal calidad, también comercia con azúcar, trigo, batán y café. Su riqueza crece. Las autoridades miran complacidas la transformación de aquel hombre de revolucionario a hacendado.

Veamos cómo comparte su reclusión con el placer; escribe a su amigo Pedro Fermín de Vargas:

Aquí, amigo mío, hago algunos paréntesis a la vida ordinaria; lo delicioso de este pedazo me arrebató los sentidos. Salgo por la mañana serena, recorro aquellas fértiles campiñas, visito tanto número de arroyos, trepo las colinas y cuando me hallo cansado me recuesto en una loma a las orillas del risueño Fucha... De este modo paso la mañana: me retiro a casa y si la comida no está pronta, juego un rato al tanguano, que es muy buen ejercicio para excitar el apetito.

No estaba mal para un revolucionario.

El caso de Antonio Nariño es interesante por la variedad de circunstancias que lo condicionan y hasta por la misma pensión que su familia recibe. Ni siquiera en nuestra época de exaltado sentido humanitario a preso alguno pensionan, por mucho que los jueces se compadezcan del recluso, o por muy singular que parezca. Esta fue la primera, verdadera y más grande

«discriminación» que los españoles hubieron de cometer en América. Pero los historiadores callan el hecho, porque resulta más útil para el nacionalismo hacer ver a los españoles como crueles, vengativos y tiranos.

Bueno es recordar que para 1808 todos los reinos del Nuevo Mundo estaban prácticamente en paz, y que ni siquiera la prisión del Marqués sin marquesado, don Jorge Miguel Lozano de Peralta, causaron en Santa Fe conmoción, desagrado o rebelión, excepto en sus dos hijos, que pudieron haber guardado *in pectore* algún resentimiento. En el caso de Nariño, el virrey Amar y Borbón escribe al Rey: «Que le consta, tanto por informes que ha tomado de personas imparciales, como de propio conocimiento, su conducta y arreglado modo de proceder...», informe que se dirige por triplicado y con firma de José Leiva, Secretario. El 10 de agosto de 1809 los revoltosos de Quito derrocan al Presidente, don Manuel de Huríes, Conde Ruíz de Castilla, ponen presos a los oidores y empleados de la administración y establecen una Junta Suprema de gobierno que, aunque jura fidelidad al Rey, desconoce el gobierno peninsular y a las autoridades españolas y emite proclamas que convidan al Cabildo de Santa Fe a seguir el ejemplo. Nariño se siente alentado por el hecho; vuelve a conspirar secretamente, se reúne con revolucionarios y vuelve a ser el centro de la sospecha; el 23 de noviembre de 1809 el Virrey ordena su detención por iniciativa de la Virreina, que era la fuerza detrás del mando. El mayor de plaza, Rafael de Córdoba, es el encargado de detenerlo y conducirlo al cuartel de caballería situado en el costado norte de la Catedral. Allí se encontró con otro detenido, el oidor Baltasar de Miñano. Esa misma madrugada Nariño y Miñano salían camino de la cárcel en las bóvedas de Bocachica situadas en Cartagena de Indias. Uno de los hijos del Precursor lo alcanzó a la salida de Santa Fe, dispuesto a acompañarlo a la cárcel y asistirlo en todo lo que pudiera. Más adelante veremos lo que sucede por el camino.

Ya para esas fechas la crisis española se había precipitado y arrastraba a todos los reinos tras de sí. Napoleón y la Revolución Francesa no dejaban títere con cabeza.

## 7. CHAPETONES Y MANTUANOS

*Además, me suelen dar, de cuando en cuando, unos ataques de demencia aun cuando estoy bueno, que pierdo enteramente la razón, sin sufrir el más pequeño ataque de enfermedad y de dolor.*

SIMÓN BOLÍVAR,  
carta a FRANCISCO DE PAULA SANTANDER, 7 de enero de 1824

### **El nido de la revolución**

Don Sebastián Miranda, padre del Precursor venezolano, Francisco Miranda, era un rico tendero de lienzos y contrabandista de cacao con ínfulas de caballero, toda vez que estaba al real servicio como Capitán de la Sexta Compañía de Blancos Isleños. Los tenderos eran mirados en Venezuela con cierto desprecio por los ricos ganaderos y terratenientes criollos y españoles por ejercer un oficio no propiamente apto para la nobleza, menos apto aún si el uniforme se portaba sin el correspondiente permiso real. Don Sebastián fue por ello blanco de incesantes burlas y persecuciones por parte de sus compañeros de armas y de la sociedad que, en general, lo veían como un impostor. Uno de sus más enconados enemigos fue un familiar de Simón Bolívar, por la rama materna, don Nicolás de Ponte, hasta cuando el Rey, conmovido por un informe de este desdichado hombre, objeto de burlas y humillaciones, decidió concederle el uso del uniforme y del bastón, prescindiendo de los méritos de nobleza requeridos del señor Miranda. Los años de vejaciones permanentes marcaron para siempre a su joven vástago, don Francisco, nacido en 1750 en Caracas, quien, desde cuando tuvo uso de razón, fue también blanco de la mordaz lengua de sus compatriotas. Creció resentido y sin muchos afectos hacia España y lo que ella significaba, aunque durante su vida sacara partido de la distinción otorgada a su padre de un fingido título de Conde y de la ostentación que hacía de su grado de Coronel español. Tanto afán sentía por el ascenso social que daba la milicia, que en 1771 pagó a Johann K. Thürriegel 4.000 pesos de plata por la licencia de capitán. Próximo a ese resentimiento surgió otro, proveniente del hecho de que, mientras por el lado paterno podía ostentar sangre blanca, canario que era, por el de su madre la cosa estaba en duda. Ese complejo lo llevó durante buena parte de su accidentada existencia, pese a que él mismo era gallardo, apuesto y «mantuano», como por aquella época llamaban a los venezolanos de raza blanca.

Dos sobresalientes características enmarcaron su compleja personalidad. La primera, su probado valor en el campo de batalla, ya que sirvió a España en la campaña de Marruecos de 1774-1775 y estuvo bajo órdenes del mariscal Juan Manuel de Cagigal en las campañas contra Inglaterra en 1780, llevadas a cabo en La Florida; allí hubo de tomar parte en el asalto a Panzacola como Capitán del Regimiento de Infantería de la Princesa, dirigido por el mariscal Bernardo de Gálvez, y en el ataque español a las Bahamas en 1782. Es curioso que este *militar*

*español* haya escrito como causas de la independencia que «La América española desea que Inglaterra le ayude a sacudir la opresión infame en que la España la tiene constituida; negando a sus naturales de todas clases el que puedan obtener empleos militares, civiles o eclesiásticos de alguna consideración, y confiriéndolos solo a españoles europeos de baja esfera por lo general, que vienen allí únicamente para enriquecerse, ultrajar y oprimir a los infelices habitantes, con una rapacidad increíble». ¿Acaso también olvidaba que su padre era canario y había ido a la América a enriquecerse? ¿Olvidaba también que, lejos de ultrajar, era su padre el ultrajado por los lugareños? ¿También había olvidado que él mismo había sido Capitán del Regimiento de Infantería de la Princesa y un protegido del mariscal Juan Manuel Cagigal en la guerra de La Florida, y que él no era el más llamado a decir que los españoles negaban a los criollos «obtener empleos militares»? Pero lo más sorprendente, todavía, iba a ser la mención directa que hiciera de Bernardo de Gálvez, su jefe militar y con quien se distinguió en el asalto y toma de Panzacola en 1781. Dijo: «¿Quién de vosotros no ha gemido bajo el reino opresor de los Gálvez, de los Areches, de los Piñeres, de los Ábalos, de los Brancifortes?». Había olvidado también que Gálvez resultó protegiéndolo al proteger a su amigo, el general Juan Manuel de Cagigal, cuando destruyó todos los papeles de Miranda que lo comprometían con el contrabando de La Habana, fraguado por este. Escribió Gálvez al General: «Amigo, aunque por la forma ha sido menester apoderarse de los papeles de Miranda como seré yo quien los verá, aseguro a Vmd. que si por casualidad hallase alguno que pudiera perjudicarle lo quemaré y no aparecerá nunca», después de enviar a Miranda desde el Guárico a La Habana, en vista de que no llegaba de Madrid la orden de su captura. Este hombre olvidaba muchas cosas, menos su resentimiento contra España. Otra prueba de su valor militar la dio en 1792, en una segunda etapa de su vida caracterizada por sus devaneos girondinos, cuando asumió el mando de una división en Francia y con una tropa numéricamente inferior logró una victoria contra los prusianos en el paso de Argonne. Pocos días después, el 16 de septiembre, impidió una huida en masa de las desmoralizadas tropas de Dumoriez, víctimas del pánico ante la ofensiva de una unidad prusiana.

La segunda característica de su personalidad era su exagerado «arribismo» que, al amparo de un supuesto título de Conde, le granjeó el silencio impuesto por la Corona sobre su abolengo, agravio que de nuevo atesoró entre sus resentimientos. La tenacidad lo llevó a indagar sobre los orígenes de su tronco familiar, por lo que en 1772 recurrió al Rey de Armas, quien le expidió un certificado de antigüedad de su apellido, aunque sin pruebas de que él mismo perteneciera a tan antigua familia por descendencia directa. Ese documento era en todas partes exhibido por nuestro aprendiz de revolucionario quien, en ocasiones, se hizo pasar por noble mejicano. Cuando sus devaneos revolucionarios llevaron al embajador español en Moscú a prohibirle el uso del uniforme español, solicitó a Catalina II autorización para vestir el uniforme de coronel del ejército ruso. Nunca pudo conciliar su igualitarismo y libertad de América con el hecho de que, a la vez, admiraba a los monarcas ilustrados, a los grandes imperios, a la vida lujosa y cortesana. Fue una contradicción viviente, como la de todos los que desean la igualdad, salvo para ellos mismos.

Francisco de Miranda permaneció más fiel a España que a la noción de Independencia hasta los veintiocho años, con lo cual quiero significar que sus primeros devaneos en las conspiraciones

se produjeron a partir de 1778. Es en 1781 cuando empieza su correspondencia con Juan Vicente Bolívar, padre de don Simón, a quien todos llamaran luego Libertador. En una de sus cartas le manifiesta ya su sentimiento independentista: «Llamado por vosotros en 1781 al socorro de la patria, creí que el mejor partido era sufrir aún por algún tiempo, y aguardar con paciencia la independencia de las colonias Anglo-Americanas, que sería, en lo venidero el preliminar infalible de la nuestra». Poco a poco iba penetrando en su ánimo el enciclopedismo francés mezclado con una irrefrenable admiración hacia la nación inglesa y sus instituciones. Ese ánimo se vio fortalecido en su visita a los nacientes Estados Unidos, donde pudo admirar la hiperbórea belleza de sus mujeres y aun la sencillez espartana en que sus habitantes vivían. Hasta sus modestas viviendas parecieron deslumbrarlo, pues solo encontró en ellas la virtud de lo simple y no la escasez de los medios ni la dureza de las condiciones. Miranda iba entrando, sin darse cuenta, en el siglo del romanticismo en el que hasta la palidez del hambre o la debilidad causada por los excesos parecía seducir a las damas que buscaban los reflejos de una intensa vida espiritual. Confundían la enfermedad física con la salud del alma.

Miranda era también un pillo. Escogido por su compañero de logia masónica, el mariscal Juan Manuel de Cagigal, como negociador de la rendición de las Bahamas y el intercambio de prisioneros, el astuto protegido solicitó y obtuvo 44.000 pesos de la Junta de Guerra de La Habana para auxiliar a los prisioneros españoles y pagar por información vital para los intereses de España. Una vez con el dinero en el bolsillo se las arregló para obtener la información por cuenta de un comerciante de Jamaica, Phillip Allwood, a cambio de dejarle pasar mercancía de contrabando a Cuba con la anuencia de Cagigal. Hábilmente, Miranda también recurre a Eliphalet Fitch, residente en Kingston, y entre los tres compran dos barcos que cargan de mercancías; la parte de Miranda es comprada con el dinero entregado por la Junta. En Kingston indujo a los prisioneros a pedir dinero a su socio Allwood, mientras a este embaucó prometiéndole hacer que las autoridades españolas le pagaran lo adeudado. El paquete de engaños estaba completo. Solamente faltaba «coronar» el cargamento en La Habana.

Cuando los buques llegaron al mencionado puerto las autoridades aduaneras confiscaron la mercancía. Cagigal, entonces, ordenó al Intendente entregarla a sus dueños, quienes la recuperaron y vendieron prontamente. El Intendente puso denuncia y la justicia entró a procesar al Capitán General de Cuba, que fue destituido de su cargo y sometido a juicio penal. Miranda fue retenido en el Guárico por Bernardo de Gálvez, pero cuando fue remitido a La Habana, se las ingenió para huir hacia los Estados Unidos, ya independientes, y luego a Inglaterra.

En su viaje de Boston a Londres completó la admiración que sentía por el sistema inglés, particularmente el parlamentario, porque, justo es decirlo, hasta el monarca podía sufrir la oposición sin que el andamiaje político se resquebrajara. Sin duda alguna, era este un sistema único en el mundo civilizado y desconocido en España desde cuando la Casa de Borbón importara de Francia el absolutismo. No obstante, Miranda no pudo apreciar que en el sistema político inglés también había discriminación, pues ni los católicos ni los judíos podían ocupar cargos públicos y mucho menos votar en elecciones. Desilusionado, comenzó a admirar a la Francia revolucionaria, como ya lo referí, y se hizo oficial francés, pero su carrera terminó en la batalla de Neerwinden cuando el 18 de marzo de 1793 se enfrentaron 35.000 franceses a 50.000

austriacos. Dumouriez comandaba el ejército francés; Miranda su ala izquierda, por donde los austro-prusianos atacaron y desbarataron la línea defensiva. Miranda perdió 2.000 hombres y Dumouriez lo culpó del desastre ante los comisarios de la Convención, quienes ordenaron su arresto el 21 de marzo de 1793. Fue, sin embargo, absuelto en mayo, pero su carrera militar había terminado. Volvió a ser detenido por los jacobinos y de milagro se escapó de la guillotina en 1795. Dos años más tarde, el 10 de fructidor (4 de septiembre) volvió a ser perseguido por sospechas de que ambicionaba un cargo en el Directorio; amenazado con ser deportado a la Guyana, se vio obligado a huir de Francia.

De nuevo lo vemos en devaneos amorosos con Inglaterra, país en el que volvió a intentar apoyo para la causa de la liberación del continente Hispanoamericano. Sus planes se vieron frustrados por las victorias napoleónicas, aunque Inglaterra no dejó de usarlo como medio de presión para su política imperial. Después de la batalla de Austerlitz en 1805, el desánimo volvió a posarse en su mente de revolucionario, aunque ya no lo fuera del «odiado sistema francés».

Aparte de ser un pillo, Francisco de Miranda era también un espía y un traidor. Tenía en común con el neogranadino Nariño deudas con la justicia: el primero, por apropiación indebida de fondos de la Real Hacienda y contrabando, y el segundo, por peculado, como ya lo referí. ¡Ah!, y había algo más en común: por esos motivos, más que por cualesquiera otros, ambos conspiraron contra España en su afán por evadirse de la justicia. Dije que Miranda era, además de contrabandista, un espía y un traidor porque, años después de su primer encuentro con la justicia española, hizo al general inglés Abercromby un detallado análisis sobre las fortificaciones de Cartagena de Indias y sus puntos débiles, en tanto que al ministro Pitt entregó documentos sobre el estado militar de las posesiones españolas en América. Por este espionaje y traición pretendió cobrar 2.000 libras esterlinas, que al final transó por 800. A Inglaterra ofreció pagarle la deuda nacional con el fruto del comercio con las posesiones españolas y llegó hasta querer encimar la unión «política» del Continente en torno a ella. Es decir, ofreció su entrega material, algo que también Bolívar propondrá en su momento. Respecto de los demás territorios isleños españoles, como Puerto Rico, Trinidad y Margarita, decía que podían ser militarmente ocupados por Inglaterra y los Estados Unidos, según ofreció. Lo que resultaba más curioso de su ideario político eran las Cámaras de Comunes y Nobles que proponía, con un Inca como soberano hereditario que gobernaría el vasto imperio con una constitución por él elaborada y en la que se postulaba como protector, con rango militar y jefatura superior al Inca. Lo que nunca explicó fue cómo iba a consolidar un *incaísmo* republicano en las costas del Caribe, donde nunca hubo incas, o en sus islas, por no mencionar los inmensos llanos de la Orinoquia. Más que independentista, Miranda fue un comerciante de independencias, un conspirador profesional, dispuesto a transar con el gobierno español si este le hubiese ofrecido un alto cargo en Venezuela o en otra parte. El obstáculo era que estaba «comprendido en un proceso pendiente en que conviene se defienda y purifique su conducta», según había señalado el conde de Floridablanca.

El dinero pagado por los ingleses por su espionaje y traiciones le sirvió para viajar y saltar de prostíbulo en prostíbulo ofreciendo «sacrificios a Venus», según decía, hasta llegar al lecho mismo de Catalina de Rusia, a quien conmovió con sus cuentos de la Santa Inquisición y la opresión española. Eso sí, se cuidó muy bien de no contarle que de 1787 a 1808 en toda Venezuela

no fueron condenadas a muerte más que 11 personas por ese «Estado opresor»; es decir, en veintiún años, o una por año. Si esa era la medida de los sanguinarios y tiranos españoles, ya me dirán lo que debe entenderse por opresión. Porque 11 fueron los ejecutados por minuto, y sin fórmula de juicio, en el gozo de las libertades republicanas impuestas por Bolívar en ese país.

Miranda era, ciertamente, un hombre de profundas contradicciones, como casi todos los de su estirpe. Decía tener, por un lado, ansias de libertad para su patria a tiempo que andaba con dos esclavos negros y un criado blanco, a todos los cuales maltrataba en sus arrebatos de cólera y los golpeaba con el sable. Igualitarista, como se proclamaba, fundó la primera logia masónica hispanoamericana de Londres, llamada Lautaro, también conocida por el nombre de Gran Reunión Americana, según lo aseguró su amigo el español de origen irlandés O'Higgins. Pero, la verdad sea dicha, este señor, como todos los revolucionarios criollos, nunca creyó en la igualdad de los esclavos, los indios y las gentes de color. Se paseó por todas las cortes europeas en busca de apoyo para llevar una quimérica fraternidad a una tierra donde la libertad era interpretada como un espacio de orden ganado por las leyes. El sistema era lo de menos, y en ese sentido también se entendía que por mucho que se impusiese un método, y por bueno que este fuese, jamás podría ser mejor que los hombres que lo administrasen.

## **La familia Bolívar-Palacios**

A tiempo que Miranda crecía en estatura revolucionaria, Juan Vicente de Bolívar y Ponte disminuía en sus arrestos conspiratorios contra el Rey de España, pese a que siempre se enorgulleció de todos los títulos y honores conferidos por la Corte. Juan Vicente era Coronel del Batallón de Milicias de Blancos de Caracas, Comandante de Su Majestad de la Compañía de Volantes del río del Yaracuy y oficial de la Compañía de Nobles Aventureros. Su padre había sido don Juan de Bolívar Villegas, Teniente General de los ejércitos españoles, quien por consideraciones de su rango y condición, decidió pagar veintidós mil ducados para comprar uno de los dos títulos de Castilla concedidos por el Rey a los monjes del Monasterio de Monserrat. El propósito de esos títulos era facilitar, mediante su venta, la reedificación de dicho monasterio. Como se comprenderá, la suma pagada por el abuelo del futuro Libertador era considerable, por lo que se adelantaron trámites durante cien años para que el título del marquesado de San Luis fuese, finalmente, entregado. La madre del Libertador, doña Concepción Palacios, siguió gestionando el título hasta mucho después de muerto su esposo Juan Vicente. Todo fue en vano porque el título nunca llegó y el dinero no fue recuperado.

Mucho me temo que el título de marqués nunca fue otorgado a los Bolívares por las razones que a continuación mencionaré, y que con el hecho de nunca haber obtenido el título comprado, constituyen un solo y grande resentimiento traspasado a don Simón del que nunca se habló y del que no existe memoria escrita por considerarlo indigno, y aun escandaloso, para gente de tan alta alcurnia como el vástago y el padre: la bisabuela paterna del Libertador, doña Josefa Marín de Narváez, era hija de don Francisco Marín de Narváez y una señora desconocida, de raza negra, con quien nunca se casó. Doña Josefa heredó riquezas a la muerte de su padre, indicio seguro de

que la niña había sido registrada, por influencias de don Francisco, en el libro de Bautismos de Blancos, caso no muy extraño en las Indias. Creo importante entrar en estos detalles familiares para que se comprenda un poco más la complejidad psicológica de ese personaje de quien se dijo que con el paso del tiempo su «fama crecería como crecen las sombras cuando el sol declina».

La línea familiar continúa con el casamiento de don Pedro Andrade Ponte Jaspe de Montenegro con doña Josefa Marín de Narváez, la bisabuela mulata, matrimonio que muy probablemente se hizo por interés del dinero que el padre de esta, don Francisco Marín, había hecho como dueño de las minas de Cocorote y el Señorío de Aroa. Este Marín, dejando la niña a cargo de su tía y hermana del difunto, doña María Marín de Narváez, decidió ir a morirse en Madrid, lo cual hizo cumplidamente en 1673. El cargo le fue usurpado por Pedro Jaspe de Montenegro, Alguacil Mayor de la Inquisición y Alcalde de Caracas, porque las mujeres distintas de la abuela y la madre no podían ser tutrices; dicho Alguacil, tan pronto la niña cumplió edad de merecer, es decir, los trece o catorce años, la casó con su sobrino, el mencionado Pedro Andrade Ponte Jaspe de Montenegro, quien, al morir en 1716, testó a favor de su descendencia, doña María Petronila de Ponte y Marín de Narváez, abuela paterna del Libertador; esta se casó con Juan de Bolívar y Martínez Villegas, padre de Juan Vicente Bolívar y Ponte, quien, a su vez, se casó con la hija de don Feliciano Palacios y Gil Aratia, María de la Concepción Palacios y Blanco; fueron estos el padre y la madre de don Simón de Bolívar y Palacios.

Existe amplia correspondencia calendada en 1792 procedente de mano de Esteban, hermano de doña Concepción Palacios, en la que se sugiere que el asunto de la bisabuela Josefa se había convertido en una pesadilla en lo referente a la aportación de pruebas de pureza de sangre para gestionar el título del marquesado de San Luis en Madrid. Dice Esteban el 24 de agosto de 1792: «Por lo relativo a las pruebas de Juan Vicente basta lo que anteriormente tengo dicho a Sumd, sin hacer mención de doña fulana Marín». ¿Qué tal eso de doña *fulana* Marín como nombre para la bisabuela? No querían ni nombrarla, o nombrarla mal, por lo que habían dejado un agujero negro en el árbol genealógico, muy sospechoso para los funcionarios de la Corona. El «hueco negro» es así descrito por don Feliciano Palacios, padre de doña Concepción, en carta a Esteban del 9 de noviembre de 1792, ya fallecida su hija: «No sé cómo compondremos el nudo de la Marín». Demostrar la pureza de sangre fue permanente preocupación de toda esta familia. Don Feliciano moría sin redimir la preocupación el 5 de diciembre de 1793.

Si el cuento estaba saldado con las demás ramas familiares, parecería ser que el problema no era el origen extra matrimonial de esa señora a quien llaman «fulana Marín» (no fuera que la carta cayera en manos inapropiadas) pues eso también era salvable en la heráldica, según se colige de innumerables casos; *el escollo era su raza*, que Esteban quiso esconder hasta donde pudo y hasta cuando los abogados de la Corona le preguntaron por qué faltaba ese antepasado en su heráldica; fue entonces cuando las cosas se enredaron, pues el 25 de septiembre Esteban volvió a escribir: «Advirtiendo que no es necesario hacer mención de la Marín porque por los demás ramos le sobra suficiente prueba».

Con legítima razón, pues, Juan Vicente heredó de su padre los resentimientos antiespañoles por el secular litigio, resentimiento que, a su vez, pasó a Simón Bolívar, en quien nunca recayó el otro título que tan afanosamente también buscaba don Esteban, tío materno del futuro Libertador:

el de conde de Casa Palacios, en razón de los méritos y servicios a la Corona acumulados por su fallecido padre Feliciano Palacios. Como se comprenderá, estos señores Palacios eran de la más rancia nobleza venezolana y se disputaban con los Bolívares títulos y gracias, pues aquellos gozaban del privilegio propio del cargo de Alférez Real, en tanto que los Bolívares ejercían a perpetuidad uno de los cargos de Regidor del Cabildo. Es decir, por lado y lado se podían haber hecho merecedores de tales títulos nobiliarios, a no ser por el voluntario ocultamiento de los orígenes mulatos de don Simón por parte de su bisabuela paterna, doña Josefa Marín de Narváez.

### **Don Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios**

Valga decir que era apenas lógico que los títulos nobiliarios usualmente no se otorgaran a razas distintas de la española, pues tales títulos se originaban en España y estaban designados para sus gentes, o en todo caso a blancos, con lo cual, era de esperarse, existiesen reparos a otorgarlos a personas de otras etnias. Algo de esta raza negroide vino a manifestarse en don Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios, llamado el Libertador, nacido en Caracas el 24 de julio de 1783, quien mostraba tez cobriza y áspera y cabello «achurruscado», según se le pinta en diversos retratos de la época que luego los próceres de la República mandaron corregir para que se le viera más como un grandioso semidiós de pelo lacio, y peinado al estilo de César romano, que como un simple mortal, delgado, bajito, de apenas 1,63 de estatura y fisonomía del montón y a quien el notablato limeño llamaba «el zambo», cruce de negro e indio.

Tenía Bolívar pecho angosto, piernas y brazos largos y delgados; manos y pies pequeños, rostro largo, anguloso y barbilla aguda; la cabeza un tanto deprimida en las sienas y prominente en la parte superior; la frente, cilíndrica y prominente, que le ocupaba casi un tercio del rostro; cejas arqueadas y pobladas, nariz recta, larga y distante del labio superior; ojos oscuros y vivos, boca fea y grande, labios gruesos y salientes, particularmente el inferior; dientes uniformes y blancos, que cuidaba con esmero, pómulos pronunciados y mejillas hundidas en la parte inferior. Tenía temperamento irritable, nervioso y bilioso, carácter impaciente, imperioso, aunque cuando estaba tranquilo, podía ser risueño. Este temperamento lo hacía dormir poco, de cinco a seis horas, su sueño era ligero y de fácil interrupción; dormía en cualquier parte, en el suelo, en una hamaca, en un cuero, a campo raso; era diestro en el manejo de las armas y atrevido jinete. En sus *Memorias*, José de la Riva Agüero lo describe: «Apelamos a cuantas personas lo hayan conocido, a que digan si su color, su pelo y toda su fisonomía, no estaban cantando que tenía más sangre de Guinea que de España. Personas que han conocido en Caracas a su hermana y familia, coinciden en esto».

El general Páez, en similar prosopografía, dice:

Bajo de cuerpo; un metro con sesenta y siete centímetros. Hombros angostos, piernas y brazos delgados. Rostro feo, largo y moreno. Cejas espesas y ojos negros... pelo negro también, cortado casi al rape, con crespos menudos... el labio inferior protuberante y desdeñoso. Larga la nariz que cuelga de una frente alta y angosta, casi sin formar ángulo. El general es todo menudo y nervioso. Tiene la voz delgada pero vibrante... El general es decididamente feo y detesta los españoles.

Fue por eso también, y por otros motivos, que el presbítero José Antonio Torres y Peña compuso en 1816 un poema que tituló «Santafé Cautiva», en el que decía:

Con aspecto feroz y amulatado,  
de pelo negro y muy castaño el bozo.  
Inquieto siempre y muy afeminado.  
Delgado el cuerpo y de aire fastidioso.  
Torpe de lengua, el tono muy grosero;  
y de mirar turbado y altanero.

Sí, era Bolívar muy grosero y altanero, aunque genial, pese a que frecuentemente recurría a una alocución redundante, altisonante, egocéntrica, auto-aduladora. Tan altanero y grosero que en una audiencia concedida se negó a besar la sandalia del papa Pío VII, como entonces se exigía; y poco confiable, pues se ha dicho que es característica de los que no miran de frente. Y Bolívar nunca lo hacía, como no fuera a sus muy subalternos, ya que esquivaba la mirada de sus oficiales y los trataba de manera humillante. En singular etopeya, dice un francés que lo conoció, Laffond, que «los signos más característicos de Bolívar, eran un orgullo muy marcado, lo que presentaba un gran contraste con no mirar de frente, sino a los muy inferiores. El tono que empleaba con sus generales era muy altanero...». Y San Martín dijo que «su falta de franqueza me fue demostrada en las conferencias que tuve con él en Guayaquil, en las que jamás contestó a mis propuestas de un modo positivo, y siempre en términos evasivos... El tono que empleaba con sus generales era extremadamente altanero».

Es posible que la tez cobriza la hubiera también heredado de otro cruce de sangre, esta vez india, pues una antepasada suya, Elena Fajardo, era hija de Francisco Fajardo, hijo, a su vez, de un español y una india descendiente del cacique del Valle de Maya, aunque mucho más lejos, por allá en 1555; el caso es que Elena se había emparentado con los Bolívares por la línea Ladrón de Guevara-Villegas. A pesar de todos estos cruces de sangre, Bolívar pasaba por «mantuano», más por su abolengo que por su aspecto.

No debe soslayarse el hecho de que Simón, según decían las malas lenguas, cuando niño «se divertía en matar negritos con un cortaplumas», cosa que no debe creerse literalmente pero que nos da una idea de que, si bien no mataba negritos, se divertía haciéndoles pequeñas crueldades, reflejo de lo que él mismo sentía en su ser pasado por blanco puro, pero con antecedentes que en él suscitaban desprecio. Esta familiaridad con la crueldad se repite una y otra vez en la vida del Libertador, pues no es ningún cuento, ni exageración alguna, que el 8 de febrero de 1814, a la edad de treinta años, Bolívar mandó asesinar a 1.200 españoles con la siguiente orden escrita dada a Leandro Palacios desde Valencia, Venezuela: «En consecuencia, ordeno a usted que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en esas bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna».

Si bien su hermana María Antonia, seis años mayor que el futuro Libertador, posiblemente compartía sus mismos rasgos morfológicos, sus otros dos hermanos, Juana y Juan Vicente, eran rubios y sonrosados. Los genetistas dirían que la segunda ley de Mendel, o quizás la tercera, era la responsable de esto, como de que los otros dos hermanos hubiesen tenido lo «rubietes» de su

antepasado alemán Juan Hedler, o Xedler, de noble origen, quien tenía un sobrino de nombre Marcos Xedler Calatayud y Toledo, Gobernador y Capitán General de Venezuela, y hecho Caballero en 1633. Su hijo, Diego Manuel, tuvo una hija, Isabel, cuyo hijo, Feliciano Palacios y Xedler, a su vez, fue abuelo de don Simón. Es decir, los Bolívares tenían sangre alemana. Y parece que muy mala la tenían, pues estos Xedler ya habían llegado a Almagro, primero, y a Potosí después, mucho antes de llegar a Venezuela, pues se refiere que Antonio Xedler, nacido en Almagro, suscitó una guerra civil en Potosí donde mostró una crueldad sin límites. De esto, Mendel nunca dijo nada. Lo cierto es que el hombre odiaba a los vascongados, a los castellanos y a los extremeños, y les hizo una guerra sin cuartel para exterminarlos. Cuando un jesuita lo reprendió por sus acciones, lo asesinó sin contemplación alguna.

He mencionado estos episodios porque ocurre que doña María Antonia tenía rasgos de crueldad parecidos a los de su hermano Simón, característica que les venía por ambas ramas familiares; ella misma confiesa en carta al Libertador que hacia el 21 de enero de 1825 tomó una barra de medir y le abrió la cabeza al carpintero que le estaba componiendo el Ingenio, y «luego le hice dar mucho palo con mis criados», porque «me dijo cuántas picardías le sugirió su torpeza». Por supuesto, no pretendo insinuar que tal crueldad proviniese de las mismas fuentes; simplemente reseño un hecho que es bien notorio y resaltado en su famoso hermano y que, aparentemente, se acentuó en los dos vástagos de don Juan Vicente. Por esto no resulta sorprendente saber de letra de Simón Bolívar que él mismo padeciera de una extraña locura que bien podía manifestarse en estos arrestos de crueldad; él dice en carta a Santander el 7 de enero de 1824: «Además, me suelen dar, de cuando en cuando, unos ataques de demencia aun cuando estoy bueno, que pierdo enteramente la razón, sin sufrir el más pequeño ataque de enfermedad y de dolor». Estos ataques de demencia bien pudieron haberle disipado, de cuando en cuando, sus naturales sentimientos de humanidad.

Así, de ambos lados Simón Bolívar heredó tradiciones, riqueza, distinción social y también crueles inclinaciones. Dicho sea de paso que tuvo más éxito en intentar despojarse del asomo de nobleza, quitando el «de» de su apellido, que en conseguir eliminar el odio que envenenaba su sangre. Si de libertinaje hablamos, lo que le correspondió en herencia no fue hurtado: por el lado paterno, sus antepasados habían sentado sus reales en Venezuela en 1587 y desde entonces ocuparon siempre destacados puestos en el Cabildo y en la administración pública. Su padre, Juan Vicente, había heredado la Hacienda de San Mateo, encomienda otorgada a uno de sus antepasados, a la sazón, Contador Real. Muy rico cuando se casó, aportó al matrimonio la friolera de 258.500 pesos en efectivo, más diversas haciendas de su propiedad; aportó también los cuarenta y seis años que llevaba a cuestas y que hartó debieron pesarle a su esposa, Concepción, de solo catorce. Digo, pesarle, porque este Don Juan, aprovechándose de su poder y dinero, había sometido por la fuerza a cuantas mujeres deseó, sin que mucho le importara el escándalo público que causaba. Al Obispo, don Antonio Díez Madroñero, llegaron quejas en 1765 de que «para conseguir las se vale de su autoridad y poder, llamándolas a su casa, valiéndose también para ello de otras mujeres sus terceras». Así, por ejemplo, una testigo enferma de celos confesó al Obispo que ella había sido su amante durante tres años y que durante ese tiempo Juan Vicente mantuvo otra querida, María Bernarda, y luego otra, Josefa Rosalía, «teniéndolas a su disposición todas al

mismo tiempo y llamando a la que mejor le parecía, con quien se encerraba en el cuarto de su dormitorio o en un cuarto junto a la galería».

Otra testigo, de nombre Juana Bautista, refiere que don Juan Vicente había querido violar a una tal Margarita, su amiga, metiéndola por la fuerza a su dormitorio del que se había escapado a los gritos. Y otra, María Jacinta, la hermana de aquella, escribe la siguiente patética carta al Obispo pidiéndole protección del lobo que la persigue:

Este lobo es don Juan Vicente Bolívar que ha muchos días me anda persiguiendo para que peque con él, siendo yo una mujer casada y se ha valido de cuantas astucias le ha enseñado lucifer, pues mandó a mi marido a los Llanos, a su hato, a buscar ganado, por tener más libertad para ejecutar su maldad... No pudiendo conseguir nada con halagos, me pretende ahora con amenazas, pues la otra tarde... me dijo que me habría de acabar a mí y a todos mis parientes... que adonde quiera que me fuera, más me metiera dentro de la tierra, me habría de perseguir... Yo, señor, estoy resuelta a no ofender a Dios, pero soy mujer y no sé si me veo más apretada caer en la tentación... A veces pienso decirle que sí y tener un cuchillo prevenido para quitarle la vida por tener la gloria de libertar este pueblo de este cruel tirano... Advierto a su Ilustrísima que esto no lo sepa mi marido porque él le tiene mucho miedo y si sabe que yo he escrito esta carta me quitará la vida para que el Teniente no lo persiga a él como está persiguiendo a mi tío porque su mujer denunció contra él.

Narra también esta señora que Juan Vicente «prendió en la cárcel de La Victoria a un cuñado mío, marido de mi hermana Margarita, la que luchó con él por defender su honra», porque su esposa no había querido acceder a sus pretensiones; así, pues, el padre del futuro Libertador se vengaba del marido acusándolo, falsamente, de un delito, con la consecuencia de que perdió toda su labranza de tabaco por estar en la cárcel mientras se esclarecían los hechos. Como si esto no fuera suficiente, también hizo llevar preso a un primo hermano del marido de María Jacinta para ver si con estas acciones finalmente la rendía. Como se ve, no es ninguna exageración el carácter violento de los Bolívares, su genética crueldad y su disposición a la concupiscencia, si se me permite explicarlo de este modo. El Obispo tomó muy en serio estas acusaciones y persuadió al Don Juan dejar en paz a las damas casadas so pena de proceder jurídicamente contra él.

Fue así como a su muerte, que no ocurrió por enfermedad de bragueta sino por causas naturales a la edad de sesenta años en 1786, dejó solo doscientos pesos de herencia a un hijo suyo habido en alguna aventura, de nombre Agustín Bolívar, y otros doscientos para otro desconocido, en orden a descargar su conciencia, según instruyó a doña María Concepción Palacios y Blanco, su mujer. Y para cerciorarse de que sus penas en la otra vida fuesen atenuadas protestó creer en el «Divino Misterio de la incomprensible y beatísima Trinidad» y ordenó se dijese dos mil misas por su alma cuando de todos era sabido que iba a necesitar algunas más. El hecho es que distribuyó sus bienes entre sus cuatro hijos y su mujer, que ya contaba veintisiete años. El pequeño Simón, quien apenas tenía tres al deceso de su padre, pues había nacido el 24 de julio de 1783, era todavía muy pequeño para haber aprendido por la vía del ejemplo las crueldades y libertinajes de don Juan Vicente, por lo que supongo que algo de esto lo llevaba en la sangre y no en el entendimiento.

Pero de lo que sí estoy seguro es que lo que no llevaba en la sangre lo llevaba en el bolsillo, pues Simoncito desde niño fue muy rico. Heredó, como es natural, parte de la fortuna de su padre y *toda* la fortuna de su primo, el sacerdote Juan Félix Jerez Aristiguieta y Bolívar, quien falleciera en 1785. Comprendía esta fortuna una hacienda de veinticinco mil árboles de cacao en el Valle del

Tuy de Yare; otra de cuarenta mil en el Valle de Teguaza; otra más de treinta mil en el Valle de Maycara, otras tierras de su madre y hermana de Juan Vicente, Luisa Bolívar, tía del Libertador, así como una casa en Caracas. Estas haciendas venían dotadas de «suficientes esclavos» y eran muy productivas. No obstante, las condiciones *sine qua non* para recibir la herencia del padre Juan Félix se cifraban en las invariables lealtades a Dios y al Rey de España, so pena de excluir del «goce y posesión de este vínculo a todo aquel que por su desgracia cayere en el feo y enorme delito de lesa Majestad divina o humana...» y que «estando en posesión de este vínculo, incurriere en dichos crímenes, es mi voluntad separarle como le separo de su goce y posesión, veinticuatro horas antes de incurrir en delito». Ambas condiciones fueron flagrantemente violadas por el heredero, don Simón, así: la divina, por masón, y la humana, por rebelión. Lo curioso de estas cláusulas es que señalan las inquietudes y recelos que el doctor Juan Félix tenía sobre las lealtades de los Bolívares, muy seguramente originadas en Juan Vicente, quien había mantenido nutrida correspondencia secesionista con don Francisco de Miranda. Algo de esto debió llegar a oídos del sacerdote, su sobrino. En una parte de su testamento manda que el primogénito del testado sea bautizado con el nombre de Juan Félix y en lugar del apellido materno le ponga el de Aristiguieta. Manda, además, que esta fortuna mantenga a su familia en el «mejor lustre y progresos... a mayor honra y gloria de Dios nuestro Señor», por lo cual el testado deberá casarse con persona noble e igual y a gusto de sus parientes. Tal vez esto último fue lo único que cumplió, porque ni tuvo primogénito reconocido, ni disgustó a sus parientes al casarse en Madrid con la española María Teresa Josefa Antonia Joaquina Rodríguez de Toro y Alaysa.

El testamento del sacerdote se hizo cuando Simoncito tenía dieciocho meses, párvulo realmente afortunado al ser quien encabezara una lista de posibles beneficiarios. A los nueve, el chico volvió a quedar huérfano; la madre murió a la temprana edad de treinta y tres. Su abuelo materno, don Feliciano Palacios, casó a sus dos nietas, María Antonia, que tenía quince, y Juana, con menos de catorce; poco después don Feliciano recibió el título de Alférez Real, ya consuetudinariamente conservado en su familia. Durante el año que le quedó de vida, administró los bienes de Simoncito y murió en 1793. La fortuna pasó a ser administrada, o esquilada, por sus dos tíos, Carlos y Esteban, quienes la aprovecharon en beneficio propio. Recurriendo a su condición de Guardia de Corps del Rey, Esteban gestionó en Madrid el título de Alférez Real para su hermano Carlos, así como el despacho militar de Capitán; para Juan Vicente y Simón consiguió los despachos militares de Teniente y Subteniente, respectivamente.

La fortuna de don Simón Bolívar siguió creciendo a la muerte de su hermano Juan Vicente — ocurrida en julio de 1811 en el naufragio del bergantín *Neri*— de quien heredó todos sus bienes, que rentaban unos 25.000 pesos fuertes al año. Bolívar no tuvo empacho en desconocer una de las condiciones impuestas por su primo al legarle la fortuna y era que no podía ser beneficiario de otra distinta de la suya. Al adueñarse de estos bienes, Simón, quien ya había perdido sus derechos al rebelarse contra el Rey —según otra cláusula de su primo el cura— habría de infringir doblemente tales disposiciones. Luego intentaron los *leguleyos* excusar su conducta diciendo que el Libertador había sido tan solo administrador de los bienes de su hermano, pero la astucia no les alcanzó para excusar su conducta rebelde y haber podido disfrutar, simultáneamente, de la fortuna heredada. Tampoco les alcanzó para haber dado cuenta de sus propias palabras a su amigo Iturbe

en carta fechada en 19 de septiembre de 1811: «Lo que suplico a Vmd., con mayor instancia, es la pretensión de que se mande desembargar los bienes de mi hermano que, por su muerte, debo yo heredar, no olvidándome de que estoy pronto a hacer todos los sacrificios posibles, por lograr ponerme en posesión de dichos bienes». Todos los sacrificios posibles, menos el sacrificio de entregar la fortuna a quien correspondía, es decir, a sus tres sobrinos huérfanos hijos de Juan Vicente y Josefa María Tinoco, habidos extra matrimonialmente, pese a las súplicas de esta madre a quien ni siquiera quiso ir a ver para hablar del asunto.

Ocurrió que doña Josefa María, la verdad sea dicha, tampoco había sido la madre ejemplar que se esperaba; la Tinoco, en razón de su apellido y procedencia, no formaba parte de las familias encopetadas de Caracas y por tal motivo nadie veía con buenos ojos el amancebamiento que con ella mantenía el primogénito de los Bolívares. La familia estaba abochornada con esta relación escandalosa, más aún cuando debido a la Real Pragmática de Matrimonios expedida por el rey Carlos III, que tenía la finalidad de evitar que las familias linajudas se mezclaran con «malas razas» y se dispersaran sus fortunas, prohibía que los hijos se casaran sin el consentimiento de sus padres, abuelos, deudos o tutores «de lo que resultaban grandes ofensas a Dios Nuestro Señor».

Por otro lado, Josefa María había abandonado a su primera criatura cerca del Convento de la Merced, por lo que el niño de Juan Vicente se bautizó como niño blanco y expósito; también abandonó a su segunda, una niña, en casa de Narciso Blanco y a su tercera, otro varón, en la iglesia de Santa Rosalía. Estos sucesos acabaron de deteriorar las relaciones distantes que ya existían con los Bolívares, especialmente las de María Antonia, hermana del Libertador, quien siempre mantuvo distancias con la Tinoco. Su enojo creció cuando a la muerte de su hermano, la madre de los niños expósitos inició trámites para disputar la herencia de Juan Vicente.

El hecho es que María Josefa envió súplica escrita al Libertador para que antes de su partida de Caracas en 1812 se dignara ampararla a ella y a sus criaturas. Bolívar le contestó una breve esquela en la que le decía que «mi primer cuidado ha sido disponer que los bienes de Juan Vicente le toquen a tus hijos... Antonia tiene orden de asistirte como a mí mismo y sé que lo hará mejor que yo. Cuenta con esto. Estoy de prisa y quizás no podré verte, pues el honor y mi patria me llaman a su socorro». Esta carta, fechada el 27 de julio de 1812, la había escrito curándose en salud, pues su hermano le había encomendado el cuidado de sus hijos en 1810, antes de zarpar a los Estados Unidos en busca de ayuda independentista: «Quiero que a mis hijos les des todo lo que se pueda en tu vida y después cuanto me pertenezca declarándolos si es posible por legítimos». Bolívar no hizo ni lo uno ni lo otro. Nadie volvió a interesarse por la suerte de esos muchachos, abandonados a sus propios medios de subsistencia.

Hay dos hechos adicionales que no conviene ocultar: el primero, que María Antonia, a su regreso a Caracas el año 1823, echó a la calle a la Tinoco y a sus hijos, quienes se habían instalado en la maltrecha casa de sus padres; la puso a vivir en la llamada Cuadra Bolívar, una casona que su madre, doña Concepción, había construido en las afueras de Caracas, cuyos abastecimientos quedaban lejos y que a duras penas tenía techos y paredes. El segundo, que habiendo insistido en la protección de Simón y quien a la sazón era dictador del Perú, no obtuvo respuesta alguna distinta a darle 50 pesos mensuales de la herencia que pudo haberle

correspondido. Es decir, a la hora de nona y habiendo ya pasado once años desde su súplica este hombre venía a concederle una miseria de auxilio. Esta mezquina dádiva equivalía a 600 pesos anuales y a un rendimiento del 2,4 por ciento de los 25.000 pesos de renta que se obtenían, producto de los bienes que había dejado Juan Vicente y que Bolívar usufructuaba. ¿No es esto una mísera ayuda para unos pequeños que no tenían culpa alguna de que su madre se hubiese comportado así? ¿Acaso ella misma no había tenido motivos para no hacerse cargo de las criaturas frente al abandono al que la había sometido Juan Vicente en vida suya? ¿No había sido Juan Vicente un irresponsable con sus obligaciones de padre?

Por eso el 4 de noviembre de 1825, Josefa escribió a Bolívar recordándole:

Los serios encargos de tu hermano Juan Vicente, y no necesito de explicarme más para que me entiendas... dejo a tu buen juicio decidir si esta puede ser la habitación proporcionada a una mujer sola, sin otra compañía que la de una niña en la edad menos compatible con el tedio de una vida solitaria, y de un muchacho enteramente inútil por su enfermedad incurable... por eso es que con el interés y ternura de madre te suplico te dediques un rato de desahogo a meditar como padre adoptivo que eres de estos infelices huérfanos sobre las medidas que te parezcan más convenientes a que si llegas a faltarles (lo que Dios no permita) puedan contar con una subsistencia segura que yo pueda manejar y que no dependa del arbitrio de otro que mire con indiferencia la suerte de ellos.

Fue María Antonia la que esta vez contestó tan dolida carta; le dijo: «Estimada Josefa, llegó carta de mi hermano, dice que te quedes quieta, que no lo molestes más, ni a mí tampoco. La tengo en mi poder; puedes pasar por aquí cuando gustes». Así zanjaba Bolívar lo que había sido encomendado por su hermano antes de perecer en una misión que él mismo le había encomendado hacer.

Dos años después de estas epístolas, en enero de 1827, Simón Bolívar llegaría por última vez a Caracas y abocaba de frente el drama de la Tinoco; su solución fue endosarle el problema al general José Laurencio Silva, un tosco hombre de guerra, mulato, de facciones rudas, hijo de un pescador y una comadrona, aunque leal servidor de Bolívar. Ordenó que Felicia Bolívar Tinoco, su sobrina, contrajera nupcias con el rudo y vulgar General. El escándalo que esta decisión produjo en la maltrecha sociedad caraqueña fue mayúsculo; no solo violaba la pragmática de Carlos III, sino que la gente lo tomó como una afrenta personal. El rechazo por parte de Josefa María, la madre de Felicia, motivó una grave amenaza por parte del dictador: o se casaba la señorita con el General, o les negaría el magro apoyo. Tuvieron que obedecer. La pobreza e indigencia hace estas cosas, que son aprovechadas por los despreciablemente poderosos. Este enlace obedecía a los designios bolivarianos de hacer parir a los vientres blancos una nueva aristocracia parda, como él; de esta alianza habrían de salir los prohombres de la nueva República, los futuros legisladores, hombres probos, sabios y prudentes del senado hereditario que había plasmado en la constitución boliviana, hecha a su imagen y semejanza. Estos senadores serían educados en un colegio especialmente destinado para ello, surgido del propio interés público; quería una república platónica de hombres educados por el Estado, de donde emergería una nueva estirpe que estaría por encima de los intereses banderizos y por dentro de las conveniencias de la República. Era una nueva élite, una institución monárquica y absolutista: niños aleccionados por el Estado, serviles a él y a sus designios megalómanos.

Nosotros, amable lector, también hemos averiguado que Bolívar ni siquiera se empobreció

completamente durante las guerras de independencia, ni a su muerte, como nos lo han querido hacer creer algunos interesados en decir que lo entregó todo por la causa de la Libertad y que hasta carecía de una camisa para enterrarlo. Todo esto es falso, pues según el inventario levantado por su sobrino, Fernando Bolívar, y su mayordomo, José Palacio, el Libertador dejó grandes riquezas. Tenía consigo 677 onzas de oro, una vajilla de oro macizo con noventa y cinco piezas, otra de platino con treinta y ocho y la tercera de plata martillada con doscientas. Dejó treinta y seis baúles con ropa de uso personal, docenas de camisas, un baúl con treinta y cinco medallas de oro y cuatrocientas setenta y una de plata, noventa y cinco cuchillos y tenedores de oro, joyas con piedras preciosas y varias espadas de oro con brillantes, amén de una pensión vitalicia de treinta mil pesos anuales que le concedió y entregó el Congreso Constituyente de Colombia cuando partió para Cartagena en 1830, en vísperas de su muerte. Esta sola pensión le habría alcanzado para vivir decorosamente en Europa, a donde se disponía marchar.

### **Miranda y Bolívar: la lógica de la logia**

Cuando Bolívar se unió a Miranda, fue como haber juntado la dicha con la hermosura, o dicho más plebeyamente, el hambre con las ganas de comer. Ambos eran tan disolutos y libertinos como románticos y tenaces en sus empeños. Miranda era otro de esos extraños patriotas que se había llenado de contento cuando los ingleses se quedaron con la isla Trinidad, lo cual no era de sorprenderse en un hombre que había redactado su disposición de entregar a la Gran Bretaña todas las islas españolas, incluida Puerto Rico. Cuba quedó, curiosamente, excluida del pretendido expolio. Al fin y al cabo lo que en él primaba eran los intereses personales: Inglaterra lo mantenía sobornado con 1.000 libras anuales. Otro de los pensionados era el jesuita Vizcardo quien, aunque de vida más austera, percibía 300 libras de soborno y de quien Miranda repartía escritos separatistas por Venezuela, como su *Carta a los Españoles Americanos*. Pero esto ocurrió a finales del siglo, cuando todavía España no estaba en guerra contra Napoleón, ni Inglaterra necesitaba de sus ejércitos para combatirlo.

Para que se tenga una idea más próxima de este personaje diré que, ya cansado de intrigar en Londres contra España, decidió buscar apoyo en la Francia revolucionaria y cuando allá llegó con el cuento de que Inglaterra odiaba los principios de libertad adoptados por Francia, Fouché lo hizo expulsar de ese país porque él, más que nadie, comprendía que los principios de la libertad revolucionaria se disipan rápidamente para aquellos que no están en el poder. Fouché sabía que Miranda era francmasón y que la Logia andaba conspirando para asesinar a Napoleón, la encarnación del Nuevo Orden surgido tras la victoria masónica en la revolución que lo había llevado al poder. Cuando Miranda al fin asimiló este otro principio poco entendido por los románticos decidió regresar a los principios ingleses que encontraba más digeribles que los jacobinos. Se dedicó, entonces, a redactar una constitución en la que un llamado Concilio Colombiano habría de nombrar el Poder Ejecutivo compuesto por dos magistrados llamados *Incas*. Se disponía que, mientras el uno viajaba por todas las provincias, el otro se quedaría en la capital que, para estos efectos, estaría situada en Panamá. Era un poder seminómada y mestizo,

fruto de una mente afebrada por esquemas imposibles.

Favorecían a Miranda dos hechos significativos: la entrada de Francia en guerra con Inglaterra en mayo de 1804 y la creciente ambición de los Estados Unidos de apoderarse de La Florida, envalentonados con la reciente adquisición de Luisiana en abril de 1803 a Francia por 80 millones de francos y su tremenda expansión al oeste. Jefferson no encontraba objeción alguna a que los ciudadanos de ese país ayudaran privadamente a la emancipación hispanoamericana de España. Visionario, sabía que la debilidad de América le permitiría convertirla en un coto de caza. El 25 de julio de 1806 Miranda, con dinero británico en el bolsillo y ayuda angloamericana, intentó un segundo desembarco en Venezuela después de que el primero, realizado el 27 de abril, había fracasado y las autoridades habían fusilado y apresado a varios insurrectos. Aquella vez Miranda había sido auxiliado por Lord Cochrane, quien le proporcionó la protección de una corbeta. Los ingleses estaban utilizando a Trinidad como plataforma de apoyo para insurreccionar la Costa Firme. Era, muy seguramente, su disimulada venganza por la ayuda española a la independencia angloamericana.

El 3 de agosto llegó a la Vela de Coro y con 400 hombres se tomó un pequeño fuerte donde se izó la bandera republicana. De allí avanzó hacia Coro y la tomó por cinco días durante los cuales intentó convencer a la población de que se dejara libertar. En tanto que Coro no sabía de qué hablaba ese hombre, Caracas se alarmó, pero no había ejército suficiente para hacerle frente. Contaba con una guarnición de solo 180 hombres, pues, como se sabe, España jamás necesitó de ejércitos fuertes para mantener la fidelidad de sus súbditos. La demora en avanzar sobre Caracas se produjo porque el desembarcado General aguardaba refuerzos ingleses prometidos, que no aparecían. No obstante la dificultad de levantar recursos, los pelotones caraqueños se pusieron en marcha, aislaron a Coro e hicieron retirar a Miranda al punto por donde había llegado. Su decisión de no oponer resistencia tuvo mucho que ver con que la población no respondió a sus arengas de libertad y lo consideró lunático y traidor. El 13 de agosto se reembarcó hacia Aruba.

Por la época en que sucedían estos acontecimientos, Bolívar se recibía de francmasón en la logia de París. En junio de 1807 llegó a Caracas, habiendo ya hecho un periplo por Boston, Nueva York y Filadelfia, donde acabó de consolidar sus ideas revolucionarias. El momento no podía ser mejor para intentar desarrollarlas. España estaba en guerra con Inglaterra desde hacía seis meses, y cuando Bolívar se enteró de la osada aventura de Miranda, su mente se exaltó de contenida envidia. No podía soportar que alguien se le adelantara en los planes secretos que albergaba. No obstante, el conocimiento de que la población de Coro no había apoyado la insurrección y que la de Buenos Aires se había levantado contra una pretendida invasión inglesa en junio de 1806 lo desconcertaba. ¿Cómo era posible que despreciaran nación tan esclarecida, avanzada, progresista y libertaria como Inglaterra? En Buenos Aires los ingleses habían recibido tal paliza, que Beresford, quien mandaba la expedición, había tenido que capitular. Tampoco había tenido éxito una segunda invasión programada con 10.000 hombres al mando del general Whitelocke, quien fue derrotado por los bonaerenses. Por esas fechas también Wellington recibía instrucciones de planear un desembarco en Venezuela y apoderarse de ella con 13.000 hombres, levantados en Irlanda. La idea era desembarcarlos en Puerto Cabello y avanzar hacia Caracas. Miranda vio en estos planes el principio de la emancipación, pues estaba seguro de que con tal respaldo los

venezolanos sí se alzarían en armas en apoyo a los ingleses. Los planes se frustraron con la invasión napoleónica a España y este ejército tuvo que ser empleado en su defensa. El 2 de mayo de 1808 el pueblo de Madrid se levantó contra el invasor y el 25 la Junta de Asturias declaró la guerra a Napoleón y hacia finales del mes toda España se levantaba. Ahora el enemigo de ambas naciones era otro. España, al fin, rompía con Francia, ambición mantenida por Inglaterra desde siempre. Los sueños de Miranda quedaban frustrados y los de Bolívar apenas empezaban. Y empezaron al comprender que el poderío español no era invencible; España, al contrario, se encargaría de demostrar que el poderío napoleónico tampoco lo era. Pese a todo, Miranda seguía instigando a los ingleses acerca de no perder la oportunidad de atacar Venezuela, aunque Wellington le comunicó personalmente que tales planes ya habían sido descartados.

En América, sin embargo, había algo por hacer. Los americanos de las clases altas estaban divididos en sus afectos por España y por Napoleón. Eran estos los afrancesados criollos que buena compañía hacían a los españoles peninsulares asentados en América e igualmente afrancesados. Compartían la alegría de saber que España estaba también dividida en cuanto que cada Junta rivalizaba con la erigida en Sevilla como Suprema, pues la de Asturias había enviado despachos a Méjico para que no se la reconociese. Esto tuvo un efecto devastador sobre el ánimo de los monárquicos y alentador sobre el ánimo de los que querían pescar en río revuelto. Cada una se disputaba la soberanía sobre las Indias, de ahí que muchos comenzaran a preguntarse si la soberanía de las Indias no debería ser disputada por los que en ella residían. Esta anarquía dio como resultado final que las provincias españolas de ultramar constituyeran sus propias Juntas Supremas, a imitación de lo que ocurría en la Madre Patria. Pero la pregunta persistía: ¿habríamos de caer en manos del impío francés si España perdiera la guerra? Todo parecía indicarlo, pues la reacción napoleónica había sido contundente y los ejércitos franceses eran, por lo pronto, invencibles. Bolívar sabía esto, y mucho más; sabía que la actitud de la finalmente constituida Junta Central hacia las Juntas americanas era de completa hostilidad, algo que en América nadie se lograba explicar. Pero Bolívar sí estaba dispuesto a explicarlo: España tiranizaba a sus pueblos, oprimía a sus vasallos y jamás permitiría un pie de igualdad política. La muestra era este botón: la invitación a que se eligiera un representante por provincia americana era claramente discriminatorio porque en España se habían constituido dos representantes por provincia. ¿Era acaso inferior la Nueva Granada a Galicia, el Perú a Aragón, la Nueva España a Cataluña? Los argumentos de que no era posible que se contaran los negros y los indios, como base para elegir diputados blancos en la misma proporción que las provincias peninsulares, cayeron en oídos sordos. El descontento fue minando el patriotismo de la Patria Extensa.

Las cosas se complicaron aún más cuando el 15 de julio de 1808 se presentó en Venezuela un bergantín francés con la pretensión de que se reconociera al príncipe Murat como Gobernador del país. Las gentes de Caracas se amotinaron y echaron a los intrusos. Los comisionados tuvieron que salir corriendo antes de caer asesinados. Estos franceses habían informado que Fernando VII había sido puesto preso en Bayona y que José Bonaparte ocupaba ahora el trono. La indignación fue general y la proclamación de su nombre no se hizo esperar. Bolívar, en cambio, observaba todos estos acontecimientos y recibía amigos peligrosos y conspiradores en su casa, particularmente sus compañeros de Logia. José Félix Ribas, su pariente, era uno de los que lo

frecuentaban en compañía de José Bernardo de Aristiguieta, Felipe Martínez, y su tío, Pedro Palacios.

Miranda no se quedaba atrás en las conspiraciones, solo que estaba en Londres, muy lejos del escenario político. Escribía al capitán general Las Casas que un cuerpo municipal representativo debería tomar el gobierno de la provincia. El marqués de Toro, al conocer la misiva, trató a Miranda de «traidor», pero el Marqués era otro de esos conspiradores solapados que una cosa dicen y otra piensan. Lo que quería Toro era que se nombrara una Junta según su antojo, sin interferencias de un hombre que había pasado buena parte de su vida fuera del país y que ahora quería eclipsar a los que estaban allí.

La división entre los patricios fue creciendo en forma y tono. El pueblo reaccionó empapelando las calles con carteles contra ellos. Finalmente, una Junta de Gobierno fue constituida y los firmantes del acta correspondiente fueron todos a parar a la cárcel. Pero la cárcel es «para los de ruana», como se decía vulgarmente, y los «hijos de papi» pronto salieron de ella a seguir reclamando privilegios. La debilidad del gobierno legítimo había quedado demostrada y ya nadie podría apuntalarla. El 18 de febrero de 1809, justamente tres meses después, todos salieron a la calle a conspirar de nuevo. Y esta vez muy en serio. Cuando el 17 de mayo llegó el nuevo Capitán General, don Vicente de Emparán, ya la conspiración estaba muy afianzada. Los conspiradores se amparaban en que Emparán era afrancesado y su cargo se lo debía a Napoleón. Así, en tanto que el nuevo mandatario no se granjeaba el respaldo popular, obtenía el eficaz respaldo de Bolívar y sus amigos, quienes sabían perfectamente a qué apostaban. Las cosas se complicaron todavía más en la medida en que sus métodos de gobierno eran arbitrarios y demostraban para qué servía una revolución que le había cortado la cabeza al Rey y a miles de ciudadanos. El pueblo pudo apreciar de primera mano la diferencia entre el despotismo español, con arreglo a las leyes, y el despotismo francés, arreglado contra ellas.

## **España se tambalea**

Vicente de Emparán representó muy bien el papel que querían los mantuanos: descargar en su mano la responsabilidad por las venganzas personales que suscitó su amistad con el marqués de Toro y sus secuaces en contra de los que habían declarado contra él a causa de la formación de la Junta de 1808. Los patricios se dividieron en dos irreconciliables campos: los que favorecían a Toro y los que a Miguel Joseph Sanz, leal a la causa española. Como el yerno de Sanz, el capitán Rodríguez, se quejase por escrito por la actitud de Toro ante Emparán y este lo divulgara, Bolívar y Toro, emparentados mutuamente, se presentaron en la casa del coronel Manuel de Fierro, amigo de Sanz, y lo desafiaron. Similar cosa hicieron con Rodríguez. Emparán intervino y ordenó que Sanz se ausentara de la ciudad, por lo que este recurrió al Rey con sobradas quejas. Pero en 1809 el Rey ya no estaba.

Las cosas empeoraron a tal punto que a finales de año el gobierno se tambaleaba. España también. El 19 de noviembre se había perdido la batalla de Ocaña y los franceses amenazaban Sevilla. En enero de 1810 la Junta Central se retiró a Cádiz, donde se disolvió a finales de mes y

entregó sus poderes a una Regencia cuyos cinco miembros convocaron a Cortes. Los franceses seguían avanzando hacia el sur. Venezuela se enteraba el 15 de abril de que España estaba perdida. Bolívar saltaba de felicidad. Emparán también. Pero se les agrió la fiesta al saber que lo iban a tumbar el 1 de abril y eso no le hacía ninguna gracia. Los conspiradores, entre ellos el marqués de Toro, tenían a su favor las tropas. Emparán se adelantó y mandó detener a los conspiradores el 20 de marzo, pese a que eran sus amigos, y estos lograron escapar a tiempo.

Las malas noticias que se conocían de España no ayudaban a calmar los ánimos ni las aspiraciones de los revoltosos. El 19 de abril de 1810 el Cabildo se reunió y convocó a una sesión al Capitán General, quien no dejó de advertir que era él quien convocaba el Cabildo y no a la inversa. El escenario estaba montado. Emparán anunció que los emisarios de la Regencia ya habían desembarcado en La Guaira y que el Cabildo debía reunirse una vez llegaran a Caracas para conocer las últimas noticias sobre la guerra en España. Era Jueves Santo y las campanas de la Catedral llamaban a oración. Los cabildantes disolvieron la reunión, y cuando todos se encaminaban a la ceremonia religiosa un grupo de revoltosos, previamente alertados, comenzó a gritar: «¡A Cabildo! ¡A Cabildo!», a tiempo que Francisco Salías, un joven conspirador, agarraba del brazo a Emparán y le decía: «¡Os llama el pueblo a Cabildo, Señor!» y Emparán, asustado por la gritería y por el hecho de que el capitán Luis Ponte, otro de los conspiradores, retiraba la guardia del atrio de la Catedral, regresó sobre sus pasos accediendo a convocar las sesiones. El populacho sintió que había asustado suficientemente a la autoridad. Empezaba el golpe. El Canónigo Cortés de Madariaga, otro revolucionario, se dio mañas para hacer que se aceptara a Félix Sosa y Germán Roscio representantes del pueblo en las sesiones que empezaban, en tanto que él representaría al clero. Aprovechando los momentos de debilidad y confusión, Cortés Madariaga pidió a Emparán la formación de un gobierno propio y, saliendo al balcón, preguntó a los que se agolpaban en la calle si querían el gobierno de Emparán, ante lo cual los revoltosos empezaron a gritar «¡no!», y como en la Plaza los granaderos gritaban «¡abajo los franceses!», el Capitán General, sin el recurso de las armas, entregó el mando. El segundo golpe había sido dado.

Esto sucedía tres meses antes de que ocurrieran similares acontecimientos en Santa Fe y ocho meses después de que en Quito se constituyera una curiosa Junta. Allí, el presidente Manuel de Urriez, Conde Ruiz de Castilla, había sido depuesto el 10 de agosto de 1809 por una Junta de rimbombante nombre: Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII, la cual procedía a nombrar ministros de exteriores, guerra y justicia, a tiempo que arrestaba a los oidores. A Quito, pues, cabe ser la precursora de los movimientos independentistas, seguidos por el de Caracas el 19 de abril de 1810 y Santa Fe el 20 de julio. Tres claves para entender el proceso de secesión de Sudamérica. No contentos con este triunfo, los golpistas de Quito se autodenominaron *Majestades*, llamaron a su Presidente *Alteza Serenísima* y a sus vocales *Excelencias*. Estos eran hechos verdaderamente subversivos. Sin embargo, la flamante Junta juró fidelidad al Rey el 16 de agosto de 1809. Esto no les duró mucho, pues Lima despachó tropas a Quito que repusieron en el cargo al presidente Ruiz de Castilla y encarceló a los revoltosos.

Lo que sí tuvo efectos duraderos fue el baño de sangre que sucedió en Quito a raíz de tales hechos. Por aquel entonces llegó a Quito don Carlos, el hijo del marqués de Selva Alegre, quien propuso crear una nueva Junta con Ruiz como Presidente y su padre como Vicepresidente. Esto

creó un profundo malestar, conexo con que 28 de los anteriores revolucionarios habían sido asesinados en circunstancias muy confusas, por lo que el pueblo se sublevó. Ruiz de Castilla, ya octogenario, fue arrastrado por las calles y asesinado. El hijo del Marqués también perdió la vida. El escenario se estaba montando para hechos de sangre posteriores que habrían de llenar de luto y desolación la América española.

## **La Regencia española proclama el Acta de Independencia de América**

Debo decir, no obstante, que las intenciones de formar juntas de gobierno, ante la ausencia de la Corona, no fueron, en sí mismas, revolucionarias. Eran las consecuencias lógicas de lo que ocurría en España, a no ser porque detrás de esas intenciones se amparaban los verdaderos separatistas que iban a aprovechar cada momento, cada distracción, cada ingenuidad, para hacer de las suyas. Una de esas ingenuidades fue permitir que los separatistas pusieran en tela de juicio la legitimidad de la Regencia constituida en España que, en sí misma, no tenía un origen distinto del de las representaciones que se iban improvisando en América.

Lo que ocurrió en Caracas produjo un efecto en cadena sobre los otros virreinos y administraciones españolas de ultramar. Meses más tarde el Gobernador del Alto Perú era depuesto por la Audiencia de La Plata, a tiempo que en La Paz se constituía una Junta similar. Los reinos de ultramar se habían contagiado de la misma anarquía que reinaba en la Península. De la anarquía se pasó al estupor, porque en la primera Regencia pusieron a un poeta a redactar una proclama para los americanos en la que los románticos del siglo se declaraban a sí mismos *tiranos*. Era la primera vez que en España se ponía de moda hacerse perdonar por culpas reales o imaginarias, culpas que, de haber existido, no eran exclusivamente de España, sino de la Historia que corría sobre el lomo de los tiempos. Porque jamás hubo un pueblo más humanista, ni que lo hubiese transmitido en mayor medida a sus posesiones, que el español. De ahí el horror que sigue; redacta el poeta Manuel José Quintana:

Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres: no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder, mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia. Tened presente que al pronunciar y al escribir el nombre del que ha de venir a representaros en el Congreso Nacional, vuestros destinos ya no dependen ni de los ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores: están en vuestras manos.

¿Destruídos por la ignorancia, dice? ¿Elevados a la dignidad de hombres libres? ¿Ya los americanos no dependen del poder real? Lejos de causar admiración a las gentes ilustradas de la Capitanía General de Venezuela estas frasecillas fueron recibidas con sorna y desprecio, porque, justamente, los promotores de la Independencia no eran gente ignorante, sino de la más culta e igualmente libre que pudiera encontrarse en Europa. ¿Se podría dudar de los intelectuales que formaban las sociedades secretas de América? ¿No eran la flor de la intelectualidad? ¿Cuál era el yugo que encorbaba? ¿A qué libertad se refería, si en España existía el mismo sistema de

gobierno? Este iluso romántico no sabía lo que decía. ¿Nunca se preguntó cómo podían ser tan *ilustrados* aquellos a quienes España mantenía bajo el yugo del oscurantismo! Quintana era un ignorante del mundo y de la política, como suele serlo la mayor parte de los poetas. ¿Incluía este exaltado a los negros y a los indios, y aun a los mestizos en la «representación» a la que se refería? ¿No eran para él «americanos» únicamente los blancos?

La proclama, redactada el 14 de febrero de 1810, fue la primera verdadera Acta de Independencia de las provincias españolas de ultramar y, como tal, constituye la más alta traición a la Corona Imperial. También la más grave contradicción a la convocatoria de elecciones de la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino, que el 22 de enero de 1809 había proclamado:

La Junta Central de Gobierno considerando que los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente factorías como las de otras naciones, sino una parte integrante de la monarquía española y deseando estrechar de un modo indisoluble los sagrados vínculos que unen unos y otros dominios, como así mismo corresponder a la heroica lealtad y patriotismo que acaban de dar tan decisiva prueba a la España... se ha servido su majestad declarar que los reinos, provincias e islas que forman los referidos dominios, deben tener representación inmediata a su real persona por medio de sus correspondientes diputados.

Como se ve, este decreto constituye una declaración formal de igualdad política entre España y sus dominios americanos, cosa que niega Quintana y la Regencia. Pero lo más grave es que, a pesar del bombo que se le dio, esta Primera Regencia no convocó las Cortes, ni hizo caso a la flamante «representación» por ella promulgada, en parte por la persecución napoleónica. Más que todo, aquello fue el reino de los poetas y los enajenados mentales.

El Acta añadió un nuevo motivo de rebelión y de frustración a la larga cadena de exabruptos jurídicos y políticos emergentes. Cuando los americanos revolucionarios conocieron la proclama de Quintana no dejaron de decir: «¡Os lo teníamos dicho: éramos esclavos, y son ellos mismos los que lo reconocen!». Otros exclamaron: «¿Después de trescientos años de esclavitud, vamos a esperar que ahora también sean ellos los que nos liberten?». Fue así como se estableció una nueva brecha entre los «ellos» y los «nosotros», como si nosotros no fuéramos ellos, como si los americanos hubiesen sido autóctonos de esos territorios y los españoles sus conquistadores, en fin, como si aquellos no hubiesen sido paridos por vientres españoles. Un sentimiento irracional se fue apoderando de la mente de algunos y la legión de independentistas fue creciendo.

Otra de esas bombas de explosión inmediata fue el decreto que abría las posesiones americanas al comercio europeo, promulgado el 7 de mayo de 1810. La orden por la que se estableció tal autorización había sido el resultado de un expediente normativo en el que concurrieron las peticiones de las autoridades americanas, de la consulta favorable del Consejo de Indias y una resolución ministerial. Como se sabe, el Consejo de Indias fue siempre un organismo que decidió autónomamente sobre los asuntos indianos, aun sin contar con la aquiescencia del Rey, y esta determinación estaba muy en línea con los hábitos jurídicos del antiguo régimen.

Así que el puerto de Cádiz, beneficiario del monopolio comercial, se convulsionó, y ante la protesta unánime de sus mercaderes y la denuncia formulada por parte de la Junta de Cádiz, la Regencia dio marcha atrás con el decreto, quedando, *de facto*, secuestrada por la Junta. Pero no había nada que hacer: las copias del mismo habían salido ya para América y la noticia de la

denegación causó un verdadero sentimiento de rechazo, amén de que puso en evidencia el caos jurídico en que estaba sumida la Península. Por primera vez una decisión del Consejo de Indias había sido abrogada por una junta advenediza. Los americanos creyeron, con justa causa, que en España se estaba improvisando todo y que el Gobierno estaba constituido por una bola de cañes. Estos *ires y venires* de gentes sin experiencia alguna en la administración pública ni en el arte de gobernar, fueron las verdaderas causas de que los independentistas fuesen ganando terreno y envenenando la mente de las gentes. Hasta cuando un nuevo estremecimiento se sintió en Cádiz con las noticias de lo que ocurría en Caracas.

## **Venezuela se enfrenta a España**

No quiero despachar a mis lectores con esta apretada síntesis sin que antes narre los terribles hechos que se desencadenaron en Venezuela, una vez que Bolívar entró en la escena de esos episodios. Sucedió que la ciudad de Coro era realista a ultranza y Caracas ya tenía visos de radical republicanismo. En esta última ciudad se preparó una expedición punitiva para someter a la rebelde Coro, porque ahora eso de la rebeldía era endilgada por quien tuviera las riendas del gobierno. Ejercía en junio de 1810 como Capitán General el señor Fernando Miyares, quien se había trasladado a Maracaibo en vista de la situación acaecida en la capital. Miyares aprovechó que Caracas había enviado tres emisarios a Coro y puesto que esta los había remitido a su jurisdicción, decidió ponerlos presos y enviarlos a Puerto Rico. Caracas se alarmó. El suceso dividió a Venezuela en campos irreconciliables: los que estaban con Coro y los que estaban con Caracas.

Así, Margarita, Barinas, Guayana, Mérida y Trujillo se aliaron con Caracas. Cumaná se quedó a medio camino y nombró Comandante en Jefe del ejército a Juan Manuel de Cagigal, quien se había quedado a vivir allí después de haber sido su Gobernador. Cagigal era primo de aquel célebre oficial, amigo y compañero de luchas, de don Bernardo de Gálvez, que tanto lustre dio a las armas españolas con la derrota de los ingleses en La Florida. Barcelona hizo otro tanto, pues, aunque reconoció la Regencia, también reconoció a Caracas y aprovechó para separarse de Cumaná. Cabe, sin embargo, decir que este sentimiento de adhesión y lealtad al Rey acompañaba todavía a unos y a otros que, queriendo formar un gobierno tan ilegítimo como podía serlo, a la vez juramentaban las reales armas. Podemos también matizar que ese sentimiento era por todos compartido, excepto por catalanes, vizcaínos y canarios, quienes se adherían con entusiasmo a la República. Los asesinatos de Quito exacerbaron los ánimos de suyo exaltados. Caracas cubrió sus muros con pasquines que clamaban venganza y muerte a los españoles. Ribas era uno de los principales instigadores del derramamiento de sangre. Pero la que primero iba a correr sería la de los propios venezolanos, pues el marqués de Toro organizó una expedición de 3.000 hombres para marchar contra Coro. Como esta última se preparara a resistir, Toro se retiró en desorden hacia Carora. La guerra civil acababa de ser inaugurada.

El 24 de septiembre las Cortes de Cádiz huyeron hacia la Isla de León, acosadas por el avance de las tropas francesas. El 15 de octubre se decretó la igualdad de representación americana en

las Cortes. Hacia finales de octubre las Cortes aprobaron el decreto, noticia que no fue difundida en América porque los miembros de las Juntas revolucionarias no querían que allí se supiese la enorme ganancia que para la causa democrática esa conquista suponía. En Caracas, este tema fue discutido de puertas para adentro y el emisario enviado por Cádiz, don Feliciano Montenegro Colón, de origen venezolano, fue enterado del parecer de la Junta que las Cortes eran tan ilegales como la Regencia. La guerra entre España y Venezuela también quedaba planteada.

El 9 de junio Bolívar se fue a buscar ayuda a Inglaterra. Sabía que el que tuviera la espada mandaba en la fiesta y pedía que, mientras él la conseguía, los congresistas se quedaran haciendo burbujas con las palabras. No estaba en el cuento de las representaciones, ni con la democracia: estaba en el de la acción que conduciría a la dictadura, lo único que a su juicio podía «libertar» a Venezuela. Iría a aprovecharse de los contactos de Miranda para obtener los auxilios necesarios, pues no era mucha la credibilidad que podría ofrecer este joven de veintisiete años de edad. La Junta había prevenido a Bolívar de no enredarse con aquel, pues era considerado un rebelde contra los derechos del Rey. Con lo que los comisionados no contaban era con que Inglaterra estaba aliada con España y a aquella no convenía apoyar ningún movimiento independentista. Por debajo de cuerda, sin embargo, las autoridades británicas de las Antillas se prestaban a ciertos contubernios y mediación para que se pusiese en libertad a los revolucionarios apresados. Este tipo de acciones representaba para la Gran Bretaña rebajas de aranceles por parte de las Juntas locales como premio a sus buenos oficios.

Bolívar se había embarcado en el navío de guerra *General Wellington* con Luis López Méndez, hombre más experimentado, y con don Andrés Bello, quien habría de servir de secretario. Los comisionados llegaron a Portsmouth el 10 de julio. El señorito Bolívar iba acompañado de dos esclavos negros. Habían navegado con buen viento y buena mar. El ministro Wellesley, hermano de Lord Wellington, puso en claro a los visitantes que la revolución de Caracas era equivocada e incompatible con la situación de España. Además, que era necesario cortar todo tipo de comunicación de esa Junta con el gobierno británico. Bolívar, hábil y ladino, vio oportuno traicionar a su amigo y protector Emparán, el depuesto Capitán General, para ilustrar al Ministro hasta qué punto las autoridades que nombraba España simpatizaban con los franceses, el reino que estaba en guerra contra Inglaterra. Le dijo: «Ambos [Emparán y García] son individuos juramentados al gobierno francés... y le vimos confirmado [al primero] por el intruso monarca de España en una Gazeta de Madrid...».

Como se puede concluir, Bolívar no vacilaba en traicionar a sus amigos, aun a los mismos que con él compartían la filosofía francesa del momento, con tal de salirse con la suya. Más adelante hará lo mismo con Miranda. No obstante, la contundencia de las apreciaciones de Wellesley indujo a los comisionados a garantizar que la revolución de Caracas tenía como propósito conservar intactos los derechos del Monarca y mantener a Venezuela unida a España. Al día siguiente tuvo lugar otra entrevista en la que el Ministro prometió ayuda en caso de agresión francesa o española. Este era un punto vital, pues ya España había decretado el bloqueo de los puertos venezolanos, algo que afectaba los intereses comerciales británicos. Era evidente que ya estaba reblandecido ese gobierno por las sospechas que le despertaba el afrancesamiento de los funcionarios nombrados por España y acusados por Bolívar. No se comprometió, sin embargo, a

nada que tuviera que ver con proveerlos de armas y municiones.

El segundo paso que dio Bolívar fue convencer a Miranda de regresar a Venezuela y ayudarlo en la causa separatista que, aparentemente, la Junta no decidía del todo. Necesitaba del militar de gran experiencia en las armas, pues, como sabemos, Miranda había acompañado a don Bernardo de Gálvez en su campaña en La Florida y tenía en su haber la pericia del combate. Bolívar regresó el 21 de septiembre en otro barco de guerra inglés, en tanto que Miranda lo hizo el 10 de octubre en uno mercante, porque el Gobierno de S. M. Británica no quería compromiso tan grande con un reconocido independentista. Su salida también demuestra la ambigüedad con que la Corona Británica trataba tan delicado asunto. A su llegada, fue Bolívar quien interpuso sus buenos oficios para que en Caracas le permitiesen desembarcar, tan poco aprecio tenían por ese hombre. Mas su buen talante, sus ricas prendas de general francés y magnífico porte, pronto convencieron a los de la Junta de que había que nombrarlo Teniente General de la incipiente república. Poco le duró la dicha que, aunque incompleta por no haber sido nombrado General, lo sería todavía menos cuando se disolvió la Junta y el Congreso designó un triunvirato con poderes ejecutivos del que Miranda no hizo parte. Comenzaba a pagar su filiación masónica, porque el clero fue uno de los que se opuso a tal nombramiento, dados sus antecedentes volterianos y anticristianos. Empero, muy dentro, profundamente dentro, no era antiespañol. Lo que pasaba era que se mantenía en la superficie y su ser interior nunca afloraba con la suficiente claridad, lo que fue también causa que suscitó la desconfianza de quienes mejor lo conocían. No obstante, el peso mismo de su atractiva personalidad le granjeó un puesto en el Congreso el 28 de junio de 1811. Desde allí fue influyendo en el curso que habrían de tomar los acontecimientos: el lento avance hacia una ruptura formal con la Metrópoli.

En la medida en que cuajaban los planes reformistas se iban excogitando unas extrañas ideas de libertad: era «libertad», pero de los españoles, mas no libertad para las masas, aunque el Congreso aprobara el 1 de julio de 1811 una Declaración de los Derechos del Pueblo en la que se declaraba la «soberanía popular», «inajenable, indivisible», pero bien dividida, y poco popular, pues solo los propietarios de haciendas podían votar sobre los asuntos públicos. El acta fue elaborada bajo una tremenda presión de las barras de revoltosos, entre ellos Bolívar, que, sables en mano, atemorizaban a los parlamentarios. Los ánimos llegaron a caldearse tanto que cuando Miranda presionó para la Independencia el diputado realista Ramón Ignacio Méndez se abalanzó sobre él y lo abofeteó. Bolívar intervino para decir: «¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o los conserve, si estamos decididos a ser libres? La junta Patriótica respeta como debe al Congreso de la nación; pero el Congreso debe oír a la Junta patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios». El 4 de julio de 1811, día de la Independencia de los Estados Unidos, país al que los revolucionarios querían imitar, la Junta Patriótica abrió sus cartas al Congreso y proclamó: «¡Nosotros detestamos a Fernando VII!». De la noche a la mañana, el «Rey Deseado», se convertía en un indeseable.

Los realistas intentaron hablar pero fueron acallados con silbidos por parte de las barras. Cuando lo hicieron los republicanos, la audiencia estalló en aplausos. Miranda pidió la inmediata declaración de la Independencia. El 5 de julio el Congreso votó por la Declaración y el 7 se redactó el documento cuyo título rezaba Declaración de Independencia de la Confederación

Americana de Venezuela cuyos dos más importantes pronunciamientos eran la secesión de España y la defensa del Misterio de la Concepción Inmaculada de la Virgen María, porque la mácula del procedimiento se quería lavar con el misterio de las consecuencias: la guerra civil que iba a sobrevenir.

SEGUNDA PARTE.  
LA REBELIÓN SE EXTIENDE

## 8. EL RETABLO DE LAS TRAICIONES

*Aquellos que me leen conocen mi profunda convicción de que el mundo temporal reposa en algunas ideas muy sencillas, tan sencillas, que deben tener la misma antigüedad de las colinas. Reposa, entre otras, sobre la idea de la fidelidad. El mundo de las cosas, de las tempestades y las muchedumbres, es inestable. El orden humano puede ser estable por la fidelidad, es decir, por un juramento a sí mismo de no abandonar el grupo a que voluntariamente uno se ha unido. Un hombre de honor es aquel con el cual, una vez dada su palabra, se puede contar hasta la muerte. Sin ese sentimiento no es posible ninguna sociedad humana. ¿Cómo vivir y combatir si nuestro vecino de fila nos puede traicionar?*

RUDYARD KIPLING, *El milésimo hombre*

### **La filantropía del despilfarro**

La nueva República venezolana se inauguraba con alza de sueldos y aumento de la burocracia para ejercer la santa libertad que había aparecido como un ángel exterminador sobre los cielos de Venezuela. Ese país había alcanzado la independencia, aunque fuera solamente de los 200.000 pesos que anualmente el Virreinato de la Nueva España le trasladaba para mantener en funcionamiento el Estado. Liberada de tales recursos, las nuevas cargas acaecidas sobre el naciente Estado —es decir, el festín que se hizo de los recursos públicos para alimentar la voracidad de los nuevos administradores— extinguieron las reservas monetarias que otrora servían para financiar empresas agrícolas y pecuarias. Los flamantes funcionarios echaron tinta roja sobre las cuentas y el superávit de 2.500.000 pesos fue consumido en el acto. Se comenzaba a ejercitar un nuevo tipo de filantropía a debe que ni Rousseau ni Montesquieu habrían podido plantear o justificar. La bonanza de los últimos años en los que la agricultura, la ganadería y la industria habían progresado rápidamente hasta copar los mercados europeos con los productos de ese país se comenzó a perder con la *santa demagogia* de los apóstoles del despilfarro. El gobierno de neófitos no tuvo más recurso que recurrir a la impresión de papel moneda respaldado con las rentas de las aduanas y lo que producía el tabaco. Pero las gentes poco creyeron en el respaldo y la moneda fue rechazada de plano, por lo que su valor cayó en picada. Entonces intervino la fuerza pública y se obligó a las gentes a recibir el billete en sustitución de la moneda de plata, destinada a comprar pertrechos de guerra.

Como también se acabaron los ahorros fiscales dirigidos a empréstitos de fomento, que actuaban como cajas bancarias, los agricultores dejaron de percibir la financiación necesaria para sus labores. Lo mismo ocurrió a los comerciantes e industriales. La escasez de moneda se sintió por todo aquel desdichado país y las gentes prefirieron esconder los productos a venderlos a trueque de papel sin valor. Hasta los pagarés que dieron a Bolívar para sus gastos fueron

protestados en Londres. Venezuela estaba arruinada. Se estableció la censura y los que se atrevieron a criticar el manejo de la cosa pública fueron a parar a la cárcel. Pero como la crítica clandestina aumentara, se dispuso que «los autores, editores e impresores que publicaran escritos contrarios al sistema... serán castigados con el último suplicio». Jamás en toda la historia de la Monarquía se había visto cosa parecida y, en comparación, la «tiranía» española comenzó a verse como un bálsamo maravilloso, por demás desaparecido.

### **Aparece la barbarie en Venezuela**

La barbarie apareció en Venezuela y se extendió como una mancha de aceite por los demás reinos. El 16 de septiembre de 1810 el cura Miguel Hidalgo y Costilla, masón y apóstata, se lanzaba a la guerra con una tropa compuesta, principalmente, por indígenas bajo el grito de «Viva la Virgen de Guadalupe, muerte al mal gobierno y abajo los gachupines», que fue como comenzaron a llamar a los españoles. Si en la Nueva Granada iba a haber barbarie, ninguna sería tan feroz ni de alcances continentales como la que ocurrió en Venezuela, paradigma y centro de todo el movimiento telúrico que sacudiría la totalidad de la América española.

No bien se había declarado la Independencia en Caracas, la ciudad de Valencia respondía con una secesión del resto del país, anunciada en una proclama a favor de los derechos del Rey. La bandera real fue izada el 11 de julio de 1811 acompañada de un manifiesto que decía: «Valencia, la fidelísima Valencia, ha recuperado la libertad que perdió el 19 de abril». Caracas reaccionó enviando un contingente al mando del Marqués de Toro, quien fue derrotado en la refriega. Luego enviaron a Miranda, más ducho en las artes militares. La rindió el 13 de agosto. El mismo 11 de julio se alzaron los canarios realistas de la provincia de Caracas bajo el grito de «¡viva el Rey! ¡Abajo los traidores!», pero fueron sometidos y fusilados. Los traidores comenzaron a ser otros, aquellos leales al Rey. Siempre ha sido así, según quien apunte el rifle.

Lo importante de anotar es que tales fusilamientos fueron los primeros en la larga y dolorosa historia que sobrevino. Esto contrastaba vivamente con la clemencia mostrada por don Carlos IV, cuando perdonó a los insurrectos que en 1797 se proponían destruir el gobierno existente en Venezuela. La libertad se convirtió en miedo; todo el mundo temía reunirse para lo que fuera. Hasta las fiestas familiares resultaron sospechosas. Las cabezas de los reos se ponían en picotas para escarmiento con letreros alusivos a la traición a la nueva patria. A la media noche comenzaban las rondas de capturas y en la mañana sucedían las ejecuciones, sin otra fórmula de juicio que «fusilen primero, que la orden llega después». Todos temían la caída de las sombras.

Hacia octubre de 1811 desembarcaba el comandante Monteverde en la realista Coro con un destacamento de 120 soldados para reforzar la plaza. Era lo único que en materia de auxilios Puerto Rico podía enviar. Al año siguiente, el 21 de enero de 1812, llegaban a Puerto Rico 4.000 hombres que, contra el parecer de Inglaterra, enviaba España a sofocar las revueltas en Méjico. España comenzaba a desangrarse interna y externamente. El caos ya se había extendido por todo el territorio venezolano, aunque el occidente era todavía sólidamente realista y se aprestaba a dar la batalla por el Rey.

Como contraparte, surgía en Venezuela Torrellas, un cura realista, párroco de Siquisique y de San Miguel, quien había prometido someter a los rebeldes. Con la ayuda de Monteverde, Siquisique alzaba el pabellón real y lo aclamaba como a un libertador. Monteverde avanzó hacia Carora y se apoderó de la plaza. La guerra *contra-independentista* comenzaba a ir bien cuando sobrevino el 26 de marzo de 1812 el más devastador terremoto que se recuerde. Era Jueves Santo y, por ello, muchos interpretaron el fenómeno como un castigo divino por los desmanes independentistas. Caracas, San Felipe, Barquisimeto, la Guaira y Maiquetía se estremecieron a tal punto que casi todas sus edificaciones se vinieron al suelo, incluidos los templos. En solo Caracas y La Guaira perecieron 10.000 personas. La gente salió al campo en busca de refugio seguro contra los desplomes de lo que quedaba en pie. Y ni la horca se salvó, pues una pesada piedra de la capilla de Los Remedios rodó por la plaza y la derribó. Como la conmoción fue tan grande, las gentes salieron a pedir al Señor misericordia por sus faltas e imploraron a dos dominicos que hiciesen las debidas reparaciones por tales pecados. El rezo y la prédica de los frailes suscitó una violenta reacción de las autoridades que ahora estrenaban la incredulidad como arma del Estado, y fueron a parar frente a un pelotón de fusilamiento por orden de Miranda. La terrible noticia produjo un levantamiento popular y Miranda, amedrentado por la súbita reacción, dio un contraorden y los clérigos se salvaron. Uno de ellos tenía el nombre de Salvador García Ortigosa. Se quiso, entonces, obligar al arzobispo Croll y Prat a decir que aquello era un fenómeno natural y que nada tenía que ver con las opiniones políticas que se manifestaran. Pero el Arzobispo no cedió a tan absurda pretensión porque no estaba seguro de que el castigo hubiese sido por pecados morales o políticos y escribió para la censura oficial una homilía que no era ni fu ni fa. El Gobierno ordenó que se archivara la homilía por considerarla poco política e inconveniente por las ambigüedades que contenía. Es decir, la libertad significaba haber pasado de la censura eclesiástica a la censura estatal, mucho más severa y de consecuencias más alarmantes. Y he aquí que en medio de esta desolación apareció Bolívar quien, trepando por los escombros de la Catedral en medio de los quejidos de los heridos, el polvo de la muerte y el silencio de los sepulcros, gritó con impío acento: «Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca». Fue la homilía del Estado laicista y anticristiano, mucho más afín con los nuevos tiempos.

Aquellas fueron las palabras de aquel Napoleón venezolano que en todo quería imitar al odiado Corso, hasta en sus desafíos a la Divinidad. De allí salió el cuento de que este hombre había ya vendido el alma al Diablo para que le concediese la fortuna de ser quien iba a dominar el panorama independentista americano. El 3 de abril de 1812 el «libérrimo» gobierno del triunvirato se trocó en abierta dictadura y el 23 de abril Miranda consiguió el grado de Generalísimo de los ejércitos. Mientras tanto, Monteverde seguía cosechando triunfos y avanzaba imparable. El 2 de abril entró a Barquisimeto y el 4 de mayo libertó a Valencia, donde fue aclamado. Fue allí donde se presentaron las primeras disputas entre los jefes realistas porque Monteverde quería el saqueo como premio a sus tropas y Ceballos se lo prohibió. Luego, cuando este quiso arrebatárle el mando, Monteverde no se lo cedió porque la tropa que mandaba no era regular, sino que estaba compuesta por unos salvajes que había reclutado al azar y que había que mantener enlistados a fuerza de alguna paga. Monteverde decretó la libertad de los esclavos que

llegaran a servir sus banderas, en tanto que en Caracas José Félix Ribas, pariente de Bolívar, se dedicaba a confiscar los bienes de los españoles para allegar recursos al Gobierno. Era robo oficialista, mondo y lirondo. En medio de este caos los negros de Capaya y Curiepe se alzaron en armas contra los republicanos. Por lo pronto, llegaron noticias de que en España se había aprobado la Constitución de 1812 y esto daba mayor aliento a los que veían posible una reconciliación con España, entre ellos el mismo Miranda y hasta los propios negros.

### **Bolívar huye de Puerto Cabello**

El torbellino fue creciendo en intensidad. Bolívar se hallaba defendiendo Puerto Cabello cuando un oficial venezolano se apoderó del castillo San Felipe y abrió fuego sobre la ciudad. Puerto Cabello era un punto estratégico porque a través de su puerto se recibían aprovisionamientos, víveres, armas y municiones para la causa revolucionaria. Era como una espina clavada en la espalda de Monteverde, que permanecía atenazado entre La Victoria, donde estaba Miranda, y el mencionado puerto. En las bóvedas de San Felipe yacían innumerables prisioneros españoles que desde 1810 no veían la luz del sol. Los amotinados, capitanes José Bermejo y Rafael Hermoso, habían conspirado para poner preso a Bolívar, quien en el momento de la insurrección había logrado refugiarse en el cuartel y ponerse a salvo.

Todo sucedió porque el comandante del Castillo, coronel Aymerich, lo había dejado en manos de su subalterno, el teniente Vinoni, para ir a casarse a la ciudad. Vinoni fue sobornado por los conjurados y entregó el Castillo. Pronto sucedieron la confusión, el caos y los ataques a la plaza desde las alturas. Los cañones no solo causaron bajas entre las tropas leales a Bolívar, sino desertiones. Los civiles también decidieron salir de la Plaza, porque, en el fondo, tampoco eran muy republicanos. Bolívar, al comprender la situación y al cabo de cuatro días de lucha, huyó con su Estado Mayor, poniéndose a salvo en un barco que gobernaba un español. Era la primera vez, pero no la última, que abandonaría a los hombres que le quedaban sin hacer ningún esfuerzo postrero por salvar la plaza a su cargo. Él mismo escribió a Miranda:

*¿Con qué valor me atreveré a tomar la pluma para escribir a Vd. habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello?... Mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento con ánimo de mandar un solo soldado... mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria, suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar. Así, ruego a Vd., o que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o bien que me dé algunos días para tranquilizarme.*

Era la primera vez que este hombre usaba semejante ardid lingüístico para seducir incautos. Miranda picó el anzuelo, y en vez de destituirlo por su falta de capacidad de mando, por la irresponsabilidad de haber permitido un matrimonio en medio de la guerra y dejar que se pusiera en manos conjuradas una fortaleza, decidió echarle tierra al asunto y excusar a su amigo. No sabía a qué víbora perdonaba. Pronto se enteraría. Al fin y al cabo ambos habían sido compañeros de juerga en Londres y compartido las delicias de Venus en los prostíbulos europeos, amén de que Miranda debía a Bolívar su llegada a Venezuela y hasta su nombramiento en el Gobierno. Pero a

estas alturas, lo que Bolívar ignoraba era que ya Miranda se encontraba desilusionado de la República, de las disensiones, las disputas, el desorden y la ruina. El 12 de julio de 1812 se reunió con la Junta de Gobierno y dijo que «a pesar del entusiasmo con que siempre había deseado y procurado la emancipación de su patria, conocía ser ya imposible el conseguirla ni sostener la guerra sin exponer las provincias a su última ruina», y proponía el restablecimiento del antiguo régimen. La pérdida de Puerto Cabello a manos de Bolívar fue fundamental para llegar a esta conclusión. Por otra parte, la Constitución de 1812 lo motivaba a buscar la reconciliación no menos que el miedo a la justicia.

La Junta aceptó la propuesta y ese mismo día Miranda envió a Monteverde una petición de armisticio. Monteverde concedió la rendición. El 25 de julio de 1812 se firmó el convenio y se ordenó que el papel moneda, que tanto daño había causado a la economía, se retirase de la circulación. Miranda se marchó a Caracas, ciudad donde reinaba suprema la anarquía. No había español que no hubiese sido arrojado por la fuerza de su casa, ni realista que no estuviese con los grillos puestos. José Félix Ribas aplicaba la ley de la selva como Gobernador que era. Miranda lo destituyó, pero lo reemplazó con otro peor: Quero. Monteverde seguía avanzando y se presentaba en la Victoria el 28 de julio. La República estaba perdida. Miranda se aprestaba a huir. Con prisa armó sus maletas. La noticia de la capitulación no había sido divulgada y los oficiales que lo rodeaban se preguntaban cuál sería la próxima política a seguir. Sus pertenencias personales fueron recogidas y se llevaron a bordo del *Watson* que iba a zarpar hacia Curazao y estaba surto en La Guaira. El 30 de julio Miranda, llevándose consigo el dinero de la Tesorería Real, se marchó en silencio hacia el puerto. Poco después Monteverde entraba en Caracas dispuesto a contener a los negros sublevados y a pacificar la ciudad.

### **Bolívar traiciona a Miranda**

Francisco de Miranda salió para La Guaira acompañado de Soublette y dos criados. Su equipaje fue sacado del *Watson* y pasado a la corbeta *Saphire* cuando el 30 de julio llegó al puerto de La Guaira y se quedó a pernoctar en la residencia del gobernador Manuel María de las Casas. Esa noche hubo una cena a la que asistieron el propio Casas, Peña, Miranda y varios otros personajes. El único que sospechó de que algo se tramaba fue el capitán del *Saphire*, un tal Haynes, quien instó a Miranda a embarcarse esa misma noche y no dormir en tierra. No hizo caso de la advertencia; esa madrugada del 1 de agosto, hacia las tres, Bolívar y otros tres conjurados irrumpieron en su habitación y lo pusieron preso. Casas estaba también comprometido en la conjura pues, luego que fue detenido, se hizo presente y entre todos lo obligaron a ir al castillo San Carlos donde lo encerraron con sus amigos. Peña salió para Caracas a avisar del suceso a Monteverde, quien escribió al gobierno español sobre los buenos servicios prestados a la causa de Su Majestad por los señores Manuel María de las Casas, Miguel Peña y Simón Bolívar.

No debe caber duda alguna de que todo fue tramado por el íntimo amigo de Francisco de Miranda, Bolívar, quien estaba detrás de todos los desvíos, todas las conspiraciones y todas las traiciones, resentido por una capitulación que él mismo había precipitado por la pérdida de la

plaza a su cargo: Puerto Cabello. Monteverde fue también engañado, pues se creyó el cuento de que estos conjurados obraban al servicio del Rey cuando, en realidad, obraban en servicio propio. La prueba es que Monteverde escribió el 26 de agosto al Gobierno español que «yo no puedo olvidar los interesantes servicios de Casas, ni el de Bolívar y Peña, y en su virtud no se han tocado sus personas...». Este fue, quizás, el mayor desacierto que las autoridades españolas hayan podido cometer: dejar escapar a Bolívar, porque la historia de América sería otra de estar Monteverde más avisado de la clase de personaje que ponía en libertad.

La mayor prueba de que Monteverde fue engañado es que Bolívar continuó guerreando contra España después de haber obtenido un pasaporte para el extranjero como recompensa de su traición contra el general Miranda y en violación de su palabra empeñada al General de que no volvería a intervenir en asuntos públicos. Pero este hombre se habituó a quebrantar su palabra mil veces más. Engañado Monteverde, en adelante habrá de mostrarse implacable contra los insurgentes, aunque lo exime el hecho de que, pese a haber hecho muchos prisioneros, jamás ordenó asesinar a ninguno.

Algo parecido ocurrió con el general Morillo, cuyo ánimo, igualmente envenenado por la traición de Arismendi, no estaba dispuesto a conceder clemencia a los insurrectos de Santa Fe, aunque no hubiesen cometido desmanes contra los españoles como los cometieron los venezolanos. Sobre este episodio, don Joaquín deja anotado que «Bolívar no era un hombre, sino una hiena traicionera que no vacilaba en entregar a sus propios compañeros con tal de él librarse de las consecuencias de sus propios actos. Esta fiera desenjaulada recibió de manos de Monteverde el pasaporte que habría de darle la libertad, Majestad. Un escrito dejado por una persona que conoció de cerca a los personajes involucrados en esta traición dice que esta fue una acción infame de cuya negra mancha no podrá jamás lavar su reputación». Don Joaquín no dejó constancia del autor de la cita, pero esta pertenece a don José Francisco Heredia, que dejó unas *Memorias sobre las Revoluciones de Venezuela* y quien había sido Regente de la Real Audiencia de Caracas.

Una vez consumada la traición y obtenido el pasaporte que, por mediación personal de don Francisco Iturbe —Tesorero de Diezmos y funcionario español— obtuvo Bolívar de Monteverde, el independentista partió para Curazao donde mudó su ánimo revolucionario: quiso congraciarse aún más con las autoridades españolas al querer enlistarse en las filas del ejército de Wellington para combatir contra Napoleón. Esto lo contó Bolívar a ciertos amigos quienes, a su vez, lo revelaron a Heredia. Por esta mudanza debo anotar que Bolívar también traicionaba a sus amigos revolucionarios. Es decir, todos fueron engañados por este hombre, de una manera u otra.

La traición cometida por Bolívar causó tal conmoción que cuando intentó marcharse a Curazao el capitán del barco inglés en que se disponía a hacerlo no le permitió subir a bordo y lo increpó por su conducta. Mis investigaciones me conducen a Ducoudray Holstein, que confirma lo aseverado por don Joaquín en sus escritos, según él se lo detalló al Rey. Así que don Joaquín continuó escribiendo:

«Como veis, este hombre era un buscador de libertades, un buscón de tiranías: quería libertar lo que fuera, pero libertarlo también de lo que fuera. Lo referido ocurrió a principios de agosto de 1812, y a principios de septiembre, Bolívar volvía a excusarse ante Iturbe de su pasado

revolucionario para que este siguiera despejando dudas acerca de su lealtad con el Gobierno español y no le confiscaran sus bienes».

En efecto, Bolívar escribe: «Si por allá llegaren algunos chismes contra mi conducta política o contra mis procedimientos, puede Vd. combatirlos con la seguridad de que son falsos... esta advertencia la hago... porque tengo entendido que aquí hay muchos malquerientes de los hijos de Caracas que desean obtener favor del gobierno con delaciones». El 19 de septiembre aclara su preocupación más importante: sus bienes: «Lo que suplico a Vd. con mayor instancia, es la pretensión de que se mande desembargar los bienes de mi hermano que, por su muerte, debo yo heredar, no olvidándose de que estoy pronto a hacer todos los sacrificios posibles, por lograr ponerme en posesión de dichos bienes».

Bolívar llama «su herencia» a lo que debía estar destinado al cuidado de sus sobrinos, hijos de Juan Vicente, su hermano. Sabido es que Juan Vicente tenía una relación de concubinato con Josefa María Tinoco Castillo, de la que nacieron tres hijos: Juan Evangelista Bolívar Tinoco, Fernando Simón Bolívar Tinoco y Felicia Bolívar Tinoco, todos reconocidos. Debido a su fallecimiento, los bienes pasaron a Simón, pero con el objeto de que las rentas que de ellos se derivaran fueran para el cuidado de sus hijos y concubina. Así lo quería su hermano. Nunca les dio nada y esta gente permaneció en la más absoluta miseria.

Es posible que tales bienes hubiesen podido ser embargados al tenor de la cláusula que obligaba a Bolívar a no poder ser beneficiario de otros haberes distintos de los que le había dejado el doctor y sacerdote Juan Félix Jerez Aristiguieta y Bolívar. O tal vez porque había violado la cláusula que le obligaba a ser siempre fiel al Rey de España. No obstante, las condiciones *sine qua non* para recibir la herencia del padre Juan Félix se cifraban en las invariables lealtades a Dios y al Rey de España, so pena de excluir del «goce y posesión de este vínculo a todo aquel que por su desgracia cayere en el feo y enorme delito de lesa Majestad divina o humana...» y que «estando en posesión de este vínculo, incurriere en dichos crímenes, es mi voluntad separarle como le separo de su goce y posesión, veinticuatro horas antes de incurrir en delito». Es decir, por un lado o por el otro, las autoridades pudieron ver calva la oportunidad de embargarle una de las dos herencias.

Bolívar no podía ser más claro: estaba dispuesto a sacrificar sus ideales revolucionarios si se le brindaba la oportunidad de rescatar unos bienes cuya herencia era perfectamente ilegal, a no ser que procediera a renunciar a los que le había dejado su pariente, el cura. El dinero, pues, siempre se ha interpuesto entre el hombre y los ideales que dice profesar. Perdido aquel, solo quedan los ideales e, infortunadamente, corrió el chisme de que no iba a poder recuperar sus bienes y fue, entonces, cuando comprendió que nada tenía que perder en su lucha revolucionaria y sí mucho que ganar.

Bolívar luego justificó su traición a Miranda aduciendo que lo había hecho porque su amigo se había convertido en un traidor a la causa revolucionaria por haber capitulado ante Monteverde. Jamás contempló que él mismo iba a salir huyendo varias veces, justamente como lo había hecho su amigo, y sin ninguna capitulación honorable. Tampoco reparó en que Miranda le perdonó su irresponsabilidad en Puerto Cabello, cuando pudo haberlo sometido a un consejo de guerra, tanto por descuidar el Castillo, como por desertar de la plaza a su cargo. Mientras tanto, Bolívar pudo

embarcar clandestinamente la plata que había robado de las iglesias de Puerto Cabello en el *Saphire*, pero al no poder embarcarse en el navío inglés lo hizo en una goleta española, la *Jesús, María y José*, en compañía de su tío político José Félix Ribas, Manuel Díaz Casado, Vicente Tejera y otros. Y buena vida braguetera comenzó a darse en Curazao mientras Miranda daba con sus huesos en la cárcel de la Carraca en Cádiz desde donde escribía, arrepentido, sobre sus intentos independentistas.

Lo que no ha podido establecerse con certeza fue si Monteverde rompió la tregua pactada con Miranda, o fue este quien lo hizo, porque la excusa sacada por Monteverde para remitirlo preso a Cádiz fue su ruptura. No obstante, la Regencia pidió prueba de ello y Monteverde jamás pudo allegar ninguna a su favor. La Regencia tomó muy en serio dicha acusación porque hay que decir, y muchas pruebas de ello habrán de conocerse, que los españoles siempre respetaron los acuerdos pactados en una capitulación; en caso contrario, esto habría obligado a las autoridades a ponerlo en libertad. Sospecho que las cosas se le complicaron con la justicia porque Miranda había sido oficial español y sus actos lo hacían reo de alta traición.

De todas maneras, el prisionero llegó a comprender que una federación hispánica podría ser más provechosa que una independencia absoluta y radical. Pero era demasiado tarde tanto para él como para la América. Cuatro años estuvo Miranda prisionero hasta cuando el 14 de julio de 1816, en plena reconquista española de las provincias rebeldes, entregaba su atormentada alma a Dios.

### **Los británicos confiscan el tesoro robado por Bolívar**

A Bolívar pronto se le acabó el dinero que llevaba consigo, entre otras razones, porque tuvo que pagar las deudas que contrajo con el corsario *Celoso* cuando fue comandante de la plaza. Tuvo que pedir ayuda a Juan José Toro por intermedio de Iturbe y hasta pedir dinero prestado para sobrevivir en Curazao. La llegada del *Saphire* con sus dos baúles cargados de plata saqueada de las iglesias de Puerto Cabello debió producirle un sentimiento de alivio que poco le duró, pues ambos baúles fueron embargados por la aduana de Su Majestad Británica por haber sido desembarcados clandestinamente. Queda corroborado este aserto porque el gobernador de Curazao, Hodgson, da fe en carta a Bathurst, el 27 de septiembre de 1812: «Dos baúles de plata han sido reclamados por don Simón Bolívar como su propiedad privada; están embargados por el colector de las Aduanas de Su majestad por violación de las leyes de hacienda, por haberse desembarcado de modo clandestino». «Propiedad privada» es el nombre que Bolívar da a lo robado por él. Y dos días antes el gobernador inglés, confirmando el sacrílego robo, había escrito al canario Monteverde: «Algunos de los baúles que se encontraron vacíos al embarcarse contenían, según se dice, plata perteneciente a las iglesias cuando se desembarcaron...».

La plata robada a las iglesias ni siquiera había servido para financiar la rebelión, sino para que Bolívar financiase, si hubiese podido, su estadía en Curazao. Ni plata ni equipaje fueron devueltos a quien quería formar una república de leyes nuevas, pero que no vacilaba en irrespetar

las leyes de los vecinos, introduciendo contrabando, ni las universales de no apoderarse de lo ajeno. ¿Era este el sujeto que quería formar una república de sabios magistrados y hasta conformar un Poder Moral como cuarta rama del poder público? Oigamos lo que dice a Iturbe: «Es verdad que me han quitado inicualemente mi poco dinero y equipaje, pero yo estoy conforme en mi corazón... Sobre mi corazón no manda más que mi conciencia; esta se encuentra tranquila, y así no la inquieta cosa alguna». Habla de que le han quitado su poco dinero y equipaje, ¡como si este hubiera sido suyo! Tampoco le inquieta la conciencia. ¡Qué le iba a inquietar!, si jamás dio muestras de tenerla pues mucho menos le inquietó cuando dio comienzo a los asesinatos de prisioneros o heridos, ejecutados por orden suya.

Este episodio me sirvió de acicate para intentar penetrar un poco más en la conciencia de Bolívar y encontré una carta que escribió a Urdaneta dos meses antes de su muerte, acaecida en diciembre de 1830, y que nos puede proporcionar elementos adicionales de juicio sobre la verosimilitud de la tremenda afirmación que hace de su personalidad y conciencia. Escribió Bolívar, pisando ya el umbral de su destino eterno: «Tenga Vd. entendido que se ha observado en la historia que en todas las guerras civiles ha vencido siempre el más feroz o el más enérgico». Así que el saqueo de bienes eclesiásticos y el asesinato a sangre fría de inermes prisioneros se repetirá en la vida de este peculiar personaje con una inusitada frecuencia.

Repuesto de su intención de servir en el ejército de Wellington, Bolívar decidió irse a Cartagena de Indias a buscarse la vida sumándose a la lucha independentista. Creo que se enfadó lo suficiente con los ingleses por la confiscación de sus baúles. Se marchó acompañado de su tío político José Félix Ribas, de Miguel y Fernando Carabaño, de Antonio Nicolás Briceño, de los hermanos Montilla y de un renegado coronel español de nombre Manuel Cortés Campomanes. Desembarcaron en octubre de 1812. Como las autoridades locales no le asignaron un puesto de mando de primer orden, pretendió granjearse la buena voluntad del gobierno de la Nueva Granada acusando a todos los demás de los fracasos de la lucha en Venezuela. No se salvó ni el terremoto. Echó la culpa a la disipación de los caudales públicos, al no haber atacado a Coro por mar, a la indulgencia con los españoles, al fanatismo religioso..., en fin, todo el mundo tuvo la culpa, menos él. A Miranda lo llama «cobarde» y entreguista, pero ni una palabra dice sobre la pérdida de la plaza a su cargo cuyo nombre utiliza para identificarse como «Simón Bolívar, Coronel del Ejército y Comandante de Puerto Cabello».

La historia de la llegada de Bolívar y sus andanzas por aquellos territorios habré de continuar narrándola en su debido momento. Antes debo retrotraerme a lo que estaba pasando en la Nueva Granada, lo que después empataré con esta primera entrada de Bolívar en Cartagena.

## 9. LA LOCURA POLÍTICA

*Es preciso que se sepa que la independencia fue impopular  
en la generalidad de los habitantes.*

JOAQUÍN POSADA GUTIÉRREZ, general independentista

### **Santa Fe recibe al virrey Amar y Borbón**

Habíamos dicho que hacia 1808 todos los reinos españoles de ultramar estaban pacificados después de las pequeñas grandes causas de los conspiradores neogranadinos y de las grandes causas pequeñas de los revoltosos de Venezuela. Si nos situamos en el período que va de 1803 a 1810, entre el fin del mandato del virrey Mendieta y el súbito fin que acaece sobre el virrey Amar y Borbón, tendremos ocasión de contemplar la mudanza humana en todo su impúdico esplendor.

La llegada de Antonio José Amar y Borbón y de su esposa Francisca Villanueva el 16 de septiembre de 1803 fue recibida con pomposos festejos, faroles de papel de seda, fuegos artificiales, baile de máscaras, minué, paspié, breña, contradanzas, fandangos, torbellinos, manta, punto, jotas, pasas, pollos, porrones, botijas de buen vino y 5.466 pesos de gastos. Grabada en la tapicería de estos muebles quedó la voz del poeta que rasgó la noche para cantarle a doña Francisca, en obsequioso requiebro, que

Y tú, amable Francisca venerada,  
de Villanueva timbre esclarecido,  
del venturoso Amar prenda adorada  
y de virtud ejemplo el más sabido,  
tú serás de nosotros respetada,  
tu ilustre nombre no verá el olvido...

Eran los cantos espontáneos que brotaban de unos labios santafereños para honrar al regio comisionado y demostrar, con expresión sincera, cuán finos y corteses podían ser los súbditos de Su Majestad en ese frío altiplano alumbrado por el astro que en el oriente emerge de los cerros tutelares para ir a reposar en el poniente, al filo de la meseta, su esquiva mirada. Amar y Borbón creía que había llegado al cielo porque en Santa Fe se está «más cerca de las estrellas», 2.650 metros más cerca, y en las noches heladas del verano sabanero, los cielos despejados, la comba sin nubes y el parpadeo de los astros nos parecen como la visión de un viaje a través del firmamento. Su único problema era que esa altura era excesiva para sus más de sesenta años que le pesaban como un piano de cola y a menudo se le veía corto de respiración.

Su obra más importante fue, quizás, haber apoyado la misión sanitaria que buscaba la vacunación contra la viruela que España envió a la Nueva Granada, entre otros dominios

americanos. En tiempos en que no había medio alguno de refrigeración, resultó verdaderamente ingenioso el método inventado para llevar la vacuna al otro lado del mundo. El virus lo conservaron inoculando a un grupo de niños en quienes el pus producido por la inoculación se pasaba «de brazo en brazo»; es decir, se vacunaban niños sucesivamente y fue de esta manera que llegó en buenas condiciones para ser transmitido a los pueblos del Imperio. El doctor Salvani fue el encargado de la misión, quien, por cierto, casi sucumbe en el naufragio de Bocas de Ceniza, donde desemboca el río Magdalena, con sus tres colegas y los niños. Afortunadamente todos se salvaron y la vacuna también, que fue suministrada por todo el Nuevo Reyno. En ese momento nadie osaba hablar del «atraso» y «oscurantismo» españoles, ni de que España mantenía sus posesiones en estado de esclavitud.

Sí, los versos fueron siempre el núcleo del entretenimiento santafereño y hasta de los ejercicios escolares, cuando la educación era todavía clásica, y de niños se nos insistía en aprender la oratoria de Cicerón, las estrofas de Lope y hasta las rimas que prometían guardar en la memoria los Virreyes que habían sido. En coro las decíamos:

Pedroza, Guerrero, Jorge Villalonga  
primeros Virreyes que España mandó.  
Eslava, Pizarro, Solís de la Zerda,  
Guirior, a quien Flórez después remplazó.  
y Góngora ilustre con Gil y Ezpeleta  
después Mendinueta, Amar y Borbón.  
Y en la Independencia, don Benito Pérez,  
que en ciudad del Istmo su sede asentó.  
Sámano que tuvo que ir a Santa Marta,  
Montalvo que al Istmo al año volvió  
y a otro a quien su cetro se le fue en promesas,  
Mariscal de Campo, don Juan Murgeón.

En aquellos momentos de festejo y regocijo, Nariño gozaba de libertad condicional. Nada perturbaba el Nuevo Reyno de Granada. En realidad, poco volvió a perturbarlo desde el incidente comunero. El antecesor de Amar, Pedro Mendinueta y Musquiz, Teniente General de los Reales Ejércitos, caballero de Santiago y Gran Cruz de Carlos III y quien había ejercido su cargo desde enero de 1797, fue un virrey complaciente y laborioso que gozó de paz hasta el final de su mandato. Fue el último que pudo hacerlo. En su administración se dotó a Santa Fe de una mejora en la provisión de aguas en su parte occidental, pues estas se condujeron desde el río Arzobispo al barrio de San Victorino. Ese Virrey tuvo en suerte recibir en julio de 1801 a los sabios europeos, barón Alejandro de Humboldt, alemán, y Amadeo Bonpland, francés, quienes venían a estudiar la naturaleza, ensanchar sus observaciones y complementar la magna tarea del español Mutis. En realidad, querían conocerlo, comparar sus propios herbarios y ascender los Andes para trazar el mapa de la América del Sur, que en mente tenían.

El recibimiento de estos emisarios fue también espléndido. El Arzobispo, señor del Portillo, les envió su coche y entraron acompañados de sesenta jinetes. En la capital fueron agasajados por todo el notablato; frecuentaron los círculos literarios y hasta pasearon por el Salto del

Tequendama. En septiembre los científicos siguieron hacia el Ecuador y tras de sí habían quedado los largos caminos que de Caracas conducían al Apure y de allí al portentoso Orinoco; atrás había quedado el embarque en Cumaná y el toque de las costas de Cartagena, el remonte del río Magdalena hasta Honda y luego el ascenso de la cordillera hasta llegar a Santa Fe. En su viaje al Sur tomaron el camino a Santiago de Cali, bajaron a Popayán y de allí ascendieron a Quito. Era aquello camino de titanes, aunque muy seguros pues, como Humboldt había observado, ni en Europa se podía andar con tanta tranquilidad y sin temor de ser asaltado. Esto jamás volvería a ser cierto.

Estimulado por la visita científica, Mendinueta autorizó a Mutis la construcción del edificio que hoy todavía alberga el Observatorio astronómico de Santa Fe, principiado en mayo de 1802 y concluido en agosto del año siguiente en las postrimerías del mandato. La edificación tuvo asiento en los jardines de la Expedición Botánica, en pleno corazón de la capital, en la calle 8.<sup>a</sup> con carrera 8.<sup>a</sup>, nomenclatura de la cuadrícula española ordenada por el Gran Rey, don Felipe II, de imborrable memoria. El sabio Francisco José de Caldas, criollo, como es sabido, fue su director de 1805 a 1810, año en el que su genio científico se dejó absorber por la revolución secesionista. Esto es significativo anotar lo porque no fue un chapetón al que allí pusieron. Fue al criollo Caldas, quien hizo la observación de que la importancia de este observatorio consistía en que a él se presentaba el firmamento con todas sus riquezas por estar situado en el centro de la zona tórrida, veía dos veces en el año el sol en su cenit y los trópicos a la misma elevación y que, establecido sobre los Andes ecuatoriales a una prodigiosa elevación, veía brillar las estrellas con una claridad incomparable.

Quien esto pensaba se iba a situar él mismo en la zona tórrida de la Revolución sin ver con claridad las desgracias que iban a azotar por los dos siglos siguientes la América independiente. Entonces, ¿por qué se dejó arrastrar por la marejada revolucionaria quien estaba consagrado a la ciencia? ¿Había, quizás, un profundo resentimiento contra alguien que el sabio llevaba entre pecho y espalda, sentimiento que proyectaría hacia el resto de españoles? Tal vez esta pregunta nos la aclare la carta confidencial que escribió a José Ramón de Leiva, administrador de la casa Botánica, quien sucedió a José Celestino Mutis; decía: «El director Mutis me entretuvo siempre con esperanzas y ofrecimientos, pero en la práctica nunca dio un paso que me favoreciera. Muchas veces le solicité, sin éxito, nombrarme para el cargo que Zea había dejado vacante. Ahora Mutis ha muerto, y me ha dejado solo, sin recompensar mis anteriores trabajos... Nunca me introdujo en el santuario de su intimidad». Mutis había dispuesto que su sobrino Sinforoso siguiera sus pasos y Caldas, evidentemente, se sintió excluido del legado científico.

Al nuevo virrey Amar y Borbón, a diferencia de su antecesor, correspondió transitar del festejo, por su llegada, a la injuria por su salida del gobierno a fuerza de motín, a golpe de cuartel y desenfreno popular. Hombre débil de carácter, dubitativo, indeciso, fue el principal responsable de que una reyerta callejera pasara a ser la antesala del movimiento revolucionario y el motín se convirtiera en un autogolpe de Estado. Por eso en Amar confluyen, y se encuentran, el amor y el odio, y se fecundan la ambición, la ira y el desorden, las tres deidades que desde entonces reinan soberanas en aquellos territorios.

Todo empezó cuando el 26 de junio de 1808 la Junta de Sevilla envió como su comisionado al

Nuevo Reyno de Granada al capitán de fragata Juan José de Sanllorente, quien arribó el 9 de agosto a Cartagena y a finales del mes a Santa Fe; su comisión tenía tres finalidades: informar de los sucesos de España, hacer jurar de nuevo lealtad a Fernando VII y levantar recursos para la guerra contra Napoleón. La jura se realizó el 11 de septiembre entre salvas de artillería, señores montados en caballos ricamente enjaezados, balcones engalanados, símbolos y retratos del Rey y gran regocijo y fanfarria. Todos los notables y sus familias, y hasta la Iglesia que consolidó sus frutos decimales, suscribieron cuantiosos donativos y hubo damas que se despojaron de sus prendas, alhajas y joyas más queridas para donarlas por la causa. Se pudieron reunir quinientos mil pesos que fueron rápidamente despachados en auxilio de España, gesto que la Junta agradeció de la manera más expresiva.

No obstante, la noticia de la derrota de Somosierra de las tropas españolas el 30 de noviembre de 1808 y la toma de Madrid por las fuerzas napoleónicas vuela como un soplo negro por el Continente; en todas partes se quiere organizar Juntas parecidas a las surgidas en España y pronto las tendencias se dividen entre fidelistas, adeptos a la Junta Central, autonomistas, independientes de esta pero adeptos al Rey e independentistas, partidarios de una ruptura radical. La primera oleada juntista se extiende por Méjico, 15 de septiembre de 1808, Montevideo, 21 de septiembre, Buenos Aires, 1 de enero de 1809, Chuquisaca, 25 de mayo, La Paz, 16 de julio, Quito, 10 de agosto y Santa Fe, 6 de septiembre. Veremos que la de Quito tuvo repercusiones muy graves.

### **Don Camilo Clemente de Torres y Tenorio**

Rara vez los disturbios ocurren impensada e inesperadamente y el disturbio que dividió en dos la historia del Nuevo Reyno de Granada el 20 de julio de 1810 no fue la excepción a esta regla. Dos motivaciones totalmente distintas se encontraron en la esquina del poder político: la económica, cuyo principal adalid era don José de Acevedo y Gómez, y la ideológica, representada por don Camilo Torres; sí, aquel letrado que se había negado a defender a don Antonio Nariño cuando se hallaba detenido por peculado y bajo sospecha de conspirar contra la Corona. Movía a estos dos protagonistas la convicción que tenían sobre el carácter endeble del virrey Amar y la certeza de que la franqueza y rudeza castellanas darían para un incidente que les hiciera tomar el poder por la fuerza.

Don Camilo Clemente de Torres y Tenorio había nacido en la muy noble e ilustre ciudad de Popayán en 1766 y en este tiempo, año del Señor 1810, contaba cuarenta y cuatro años de edad. Provenía de una muy distinguida familia payanesa. Su padre era español, don Jerónimo de Torres, casado con María Teresa Tenorio, propietario de vastos territorios al sur de Neiva, en la costa del Pacífico y en la misma Popayán. Por el lado Tenorio, descendía de alféreces reales, tesoreros de rentas y altos empleados de la administración. Su tío, don Ignacio Tenorio, había sido Oidor de Quito. Don Camilo Torres era un erudito, bachiller, licenciado en teología, canonista, y dominaba el griego y el latín. Como si fuera poco, la Corona lo había distinguido con una licencia para litigar en todas las audiencias de la América española. Había sido catedrático y Vicerrector del

afamado Colegio del Rosario y gozaba de gran fama y prestigio como jurisconsulto. Era un hombre de austeras costumbres, aunque rico, y muy apegado a su hogar. Su carácter era algo retraído, quizás tímido, pero elocuente y agudo. Tenía al foro su más natural disposición. Había contraído nupcias con Francisca Prieto y Ricaurte, descendiente directa de José Prieto de Salazar y Arellano, el célebre fundador de la Casa de Moneda de Santa Fe y licenciado para establecer por su cuenta «una o más casas de moneda en el Nuevo Reyno de Granada». Como se ve, a don Camilo no le faltaban pergaminos ni prestigio social, ni siquiera monedas.

Tampoco a su ciudad natal —digo yo— fundada en 1536 como ciudad-escuela y centro político que dominaba administrativamente una vasta región que iba de la actual Panamá hasta la frontera con el Perú, siguiendo la línea del occidente colombiano. Fue sede episcopal, según decisión del papa Paulo III y proclamada «ciudad muy noble y muy leal» por Felipe II. En su calidad de ciudad-escuela, se hizo centro político, intelectual y religioso e hija predilecta de la Iglesia, cuna de letrados, héroes y sabios. En realidad, rivalizaba con Santa Fe, pues ostentaba su misma población, veinte mil almas, verdadera metrópoli para un país de algo más de un millón de habitantes y de la que podría predicarse que tenía veinte mil artífices de la palabra, lejos de todo lo humano y cerca de todo lo divino. Sus calles estaban empedradas; sus casas ostentaban pórticos de granito coronados con escudos familiares, patios interiores con fuentes clamorosas encuadradas con vasijas de barro donde crecían rosas y azaleas, ventanas altas con alféizares escalonados donde solían sentarse las doncellas a recibir las visitas de sus novios que apenas alcanzaban las rejas de hierro para furtivamente rozar las manos de sus prometidas. La paz de esta ciudad, apodada «Fecunda», era inalterable, como invariable era la permanencia de sus habitantes dentro del casco urbano, pues era aquella una de esas ciudades de la que se decía que lo mejor de salir de Popayán era el regreso a ella. Tenían razón: su clima es de los mejores que se conozcan, con una temperatura que en el día difícilmente pasa de los 22 grados y en las noches nunca cae por debajo de los 16. Clima propicio para el cultivo de las letras, la música y las bellas artes que a lo largo de los siglos forjaron un pueblo orgulloso de sus pergaminos, consciente de su genealogía y seguro de su inteligencia. Trece presidentes de Colombia fueron los que dio a la república y un príncipe de la poesía: Guillermo Valencia, célebre descendiente del infortunado conde de Casa Valencia, Pedro Felipe, fusilado por Pablo Morillo durante la reconquista española. En tiempos pretéritos, esta ilustre familia había sido formada por don Alonso de Valencia, hijo del infante don Juan de Castilla, nieto de Alfonso X el sabio, bisnieto de San Fernando III, Rey de Castilla y de León.

Por entonces, Torres y sus compañeros conocían el plan del Virrey que dizque consistía en convocar Cortes Generales en América, en caso de que España desapareciese como nación independiente. Estas Cortes debían elegir un Regente del Reyno, pero, en el entretanto, el Virrey y los Oidores continuarían ejerciendo el gobierno en nombre de la actual Regencia. Este pensamiento estaba muy cerca del de Torres, quien no solo pensaba que la soberanía residía en el pueblo, sino que «este Reino, digo, puede y debe organizarse por sí solo. Disuelta la monarquía y perdida España, nos hallamos en el mismo caso en que estarían los hijos mayores después de la muerte del padre común». Era, pues, un ideólogo que, como veremos, oscilaba entre la secesión y la lealtad a España.

En contraste, el resentimiento de otro de los instigadores de la revuelta contra España, don José de Acevedo y Gómez, se debía a que había perdido una suma considerable de dinero, unos ciento veinte mil pesos, como consecuencia de la última guerra con Inglaterra. Descendía Acevedo y Gómez, por su parte, del conquistador Pedro Gómez de Orozco, quien fuera compañero de don Gonzalo Jiménez de Quesada, ambos fundadores de Santa Fe, la capital del Reyno. Otros antepasados suyos fueron encomenderos de Charalá, Guane y Cáchira, alféreces reales de Girón y alcaldes y procuradores de San Gil. Acevedo y Gómez había ocupado distintos e importantes cargos, como que fue Procurador General y Regidor del Cabildo de Santa Fe, aunque era oriundo de Charalá.

La carta que escribe el 19 de julio a Antonio Villavicencio, un día antes del levantamiento en Santa Fe, lo evidencia. Villavicencio había sido designado por el Consejo de la Regencia para apaciguar los ánimos de los neogranadinos, tras la invasión napoleónica. Dice:

Dígnese V. M. echar una mirada de interés y compasión sobre mi desgraciada familia, que ha sido víctima del bárbaro y despótico sistema colonial en que nos han tenido. Ciento veinte mil pesos, fruto de veinte años de trabajos, de fatigas y peligros, me hizo perder el gobierno a principios de la guerra con Inglaterra, porque no hubo arbitrio de que este virrey nos permitiese ni aun el comercio de cabotaje, y en tres años las quinas se perdieron y se cayó su estimación en Europa; los cacaoos se pudrieron, y los algodones, que el monopolio peninsular me obligaba a mandar a Cádiz, fueron presa de un enemigo poderoso en la mar... Doy por bien perdida mi fortuna... con tal que mi patria corte la cadena con que se halla atada a esa península manantial perenne de sus tiranos.

De esta carta llama la atención que culpa al gobierno español de que la demanda en Europa por la quina hubiese descendido y de que el algodón enviado a Cádiz hubiese sido presa de los corsarios ingleses que asolaban los mares. También llama la atención que hubiese antepuesto el interés económico personal a la solidaridad debida con España en tiempos de guerra; y aún más, el hecho de que se hubiese atrevido a arriesgar el envío de mercancías a España a sabiendas de la situación de guerra entre las dos naciones. Pero, sobre todo, la amnesia que lo embargaba, porque tanto él como sus antepasados provenían de ese «manantial de tiranos», dado los cargos que ocuparon desde conquistadores a encomenderos y de regidores a alcaldes.

En Camilo Torres, en cambio, obraba en esos momentos un alto sentido patriótico, pues describe el 25 de septiembre de 1810 los sentimientos que lo animaron a unir su legítima causa con aquella otra no tan legítima y que luego se legitimara por lo que casi todo legitima: la fuerza de las armas:

En tal conflicto recurrimos a Dios, a este Dios que no deja perecer la inocencia, a este nuestro Dios que defiende la causa de los humildes; nos entregamos en sus manos; adoramos sus inescrutables decretos; le protestamos que nada habíamos deseado sino defender su santa fe, oponernos a los errores de los libertinos de Francia, conservarnos fieles a Fernando, y procurar el bien y libertad de la patria.

No obstante, el 29 de mayo de 1809 había dicho todo lo contrario en carta a su tío, el oidor de Quito Ignacio Tenorio:

Pero si Fernando VII no existe para nosotros, si su monarquía se ha disuelto, si se han roto los lazos que nos unían con la Metrópoli... ¿por qué quiere usted que nuestras deliberaciones, nuestras juntas, nuestros congresos y el sabio gobierno que elegimos se hagan a nombre de un duende o un fantasma? Si somos libres e independientes, no necesitamos de cubrirnos con

el nombre de un Rey para formar la mejor, la más conveniente Constitución, ni mucho menos necesitamos para esto de una ley bárbara hecha en tiempos bárbaros.

Nótese, entonces, que en 1810 don Camilo Torres protesta su lealtad al Rey y que lo que procura es la libertad concreta de este reino de la tiranía francesa. Pero la «libertad» es una palabreja que se presta a muchas ambigüedades. Es un concepto abstracto que bien puede ser empleado para significar lo que Camilo Torres quería en ese momento —y señalo que también estas provincias se sentían igualmente invadidas por el usurpador— o también para significar, como ocurrió posteriormente, la independencia absoluta de España, la traición a ella en sus momentos de mayor necesidad y angustia.

Es por esto que las revoluciones rara vez han producido mejores frutos que el lento y pacífico progreso, como lo puede atestiguar Colombia que en aquellos años no alcanzó la libertad, ni en los posteriores, el progreso o la paz; como también lo pudo atestiguar el propio Bolívar quien a tres meses de su muerte escribió a su amigo Estanislao Vergara: «Créame Ud., nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones; y últimamente he deplorado hasta la que hemos hecho contra los españoles».

Sea como fuere, los patricios criollos estaban no solo alentados por el vacío de poder dejado por el cautiverio de Fernando VII, sino también por el hecho de que ya controlaban el Cabildo, como quedó dicho, cuyo poder estaba concentrado en una macro-familia. La «rosca» santafereña, sin embargo, solo tenía que persuadir al buenazo del sabio Francisco José de Caldas para que prestara lustre al movimiento, así como al capitán Antonio Baraya y Ricaurte, miembro de la macro familia, para que no se le fuera a ocurrir prestar su concurso en sofocar la revuelta. Los amigos de Caldas sabían que este era un hombre apacible que había escrito en tiempos de la captura del precursor Nariño que la capital del reino estaba asombrada «con la conducta extraordinaria y loca de Antonio Nariño. Por fortuna que no la merecemos, gozamos en estas partes de una paz inalterable, en medio de las mayores conmociones del universo». Como se ve, hasta este hombre nos da testimonio de la paz que se respiraba en el Nuevo Reyno en medio de las conmociones a que hace referencia, que no son otras que las guerras napoleónicas. Y, al tildar de «conducta loca» la de Antonio Nariño, podemos deducir que muy poco dispuesto estaba este taciturno sabio a simular aventura de su parte, a no ser que fuese seducido por las malas compañías que lo frecuentaban.

El mencionado capitán, Antonio Baraya, era criollo de nacimiento, aunque su padre, Francisco Baraya y Lacampa, había llegado al Nuevo Reyno con el virrey don José Solís Folch de Cardona, otro de esos ilustres mandatarios enviados por España. Había sido gobernador de Girón, alcalde mayor de minas de Pamplona y Bucaramanga, Gobernador de Riohacha, Gobernador de Antioquia, Coronel de Caballería de los Reales Ejércitos, y se había desposado con la santafereña María Rosalía Ricaurte y Mauriz. Como se ve, son los mismos apellidos los que una y otra vez afloran. Su hijo, Antonio, quiso siempre seguir los mismos pasos de su padre en los Reales Ejércitos y fue, por ello, portaestandarte del Regimiento de Caballería de Santa Fe. Ascendió de Cadete en 1784 a Subteniente, luego a Segundo Teniente, posteriormente a Teniente de Granaderos, a Primer Teniente y a Capitán en 1809. Estos eran títulos suficientes para que el virrey Amar lo hiciera comandante de una compañía del Regimiento Auxiliar acantonada en el

barrio de San Agustín, a pocas cuadras del Palacio. No habría de arrepentirse suficientemente. Su Comandante en Jefe era el coronel Juan Sámano. Esta carrera militar lo hacía, en propiedad, miembro regular de las Fuerzas Armadas españolas. Su hermana, Josefa Baraya, era esposa de Pantaleón Sanz de Santamaría, quien ostentaba la más lujosa residencia de Santa Fe de Bogotá y quien, a la sazón, había ofrecido su casa para agasajar al comisionado Antonio Villavicencio. Al parecer, la casa de Jorge Tadeo Lozano habría sido la más apropiada, ya que se había abierto siempre para agasajos, saraos, bailes y fanfarria a todos los altos funcionarios que enviaban de España, aunque, desde que se incorporara al movimiento independentista, las autoridades habían dejado de asistir con la frecuencia de antes. No obstante, su fortuna seguía creciendo con los contratos, la compra-venta de ganado y el abastecimiento de víveres a la capital del Reino.

El hecho a destacar es que la macro familia de potentados criollos se reunía a conspirar en casa de Acevedo y Gómez, la que pronto comenzó a ser vigilada por las autoridades. Tuvieron, entonces, que persuadir a Caldas de que les prestara el Observatorio Astronómico para sus reuniones y, de paso, lo engarzaron en la conspiración junto con el capitán Baraya, clave en el golpe que darían.

Santa Fe contaba con tres cuerpos de ejército: el Real Cuerpo de Artillería, situado en la calle Florián; la Guardia Virreynal, compuesta por una guardia de caballería y una de alabarderos, situadas en el Palacio y el batallón de milicias del barrio de Las Aguas, en la parte alta de la ciudad. Santa Fe tenía cinco parroquias, 195 manzanas, 4.519 puertas y ocho barrios: el de la Catedral, que tenía la Plaza Mayor; El Príncipe, Palacio, San Jorge, Oriental, Occidental, San Victorino y Santa Bárbara, localizados en 1,6 kilómetros de Norte a Sur y casi otros tantos de Oriente a Occidente. El oriente de la ciudad está recostado en los cerros tutelares que la defienden de las brisas de los páramos de la Cordillera Oriental, que es donde nacen los ríos San Agustín, que la cierran por el Sur, y el San Francisco, que la atraviesa, así como varias otras quebradas que surtían de agua a la ciudad. La capital del Virreinato tenía cuatro plazas y sus calles estaban tiradas a cordel como lo dispusiera Felipe II, el Rey Nuestro Señor. En la Plaza Mayor saltaba un chorro llamado del Mono de la Pila que alegraba, sonoro y parlanchín, la recoleta, fría, monótona, circunspecta ciudad. Contaba con 21.464 almas, según el censo de 1800; tenía una sociedad culta y sofisticada; la ciudad estaba habitada por gente de buena estatura, flemática y pausada, la mitad blanca y la mitad mestiza, un mercado semanal colorido y abundante, unos cuantos edificios que atestiguaban un discreto lujo y un vetusto pasado, como la incendiada casa virreinal, cuya reconstrucción se adelantaba, una catedral que había surgido de los escombros del último terremoto, unas hermosas mansiones de amplias balconadas verdes, muy sabaneras, que cerraban la Plaza Mayor, el cuartel de milicias que resguardaba al Virrey, una cárcel desde una de cuyas ventanillas los presos pedían limosna a los transeúntes, una plaza de toros, una chichería donde los plebeyos se esparcían en sus ratos de ocio, la casona de la Real Audiencia, de ancho portón con inscripciones latinas y los símbolos del Imperio en el dintel y, por supuesto, el patíbulo que de cuando en cuando se levantaba para castigar a los pocos criminales incursos en delitos comunes. La ciudad contaba con 480 religiosos, 719 religiosas, veintiocho templos y ochocientos esclavos pertenecientes a esa mitad blanca que dominaba la vida económica, política y cultural de la ciudad.

## Los graves sucesos de Quito

El gobernador de Quito era, a la sazón, don Manuel Huries, conde Ruiz de Castilla, teniente general del ejército español, cuando a principios de 1809 el capitán Juan Salinas fue denunciado por organizar un plan para derrocar la autoridad legítima cuando España fuera derrotada por los franceses. Salinas fue puesto preso, procesado y luego puesto en libertad por falta de pruebas en un juicio que levantó opinión en contra de las autoridades; los tumultos, azuzados por sus copartidarios Juan de Dios Morales, Manuel Rodríguez Quiroga, Juan Larrea, Pedro Montúfar y su hermano Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre, de quien se sospecha era masón redomado y fundador de la Sociedad Patriótica Económica de Amigos del País, y otros, no se hicieron esperar. Morales fue el hombre que se encargó de organizar una Junta de Gobierno respaldada por un acta que firmó un montón de personajes en casa de Manuela Cañizares y que quedó lista el 8 de agosto. El acta mencionaba las personas que se iban a encargar del Gobierno, una vez fuera este derrocado por Salinas, quien mandaba las dos únicas compañías de tropa de línea de la ciudad. Salió este capitán hacia el cuartel y, leyendo el acta de constitución del nuevo gobierno, ordenó a la tropa moverse contra el gobernador Ruiz de Castilla, cuya guardia se rindió al instante. Luego se procedió a arrestar a los oidores y al amanecer del 10 el Gobierno había caído por el golpe de mano. Al marqués de Selva Alegre tocó presidir la Junta golpista que, no obstante, juró fidelidad a don Fernando VII como rey y señor natural, y, a la vez, proclamó no reconocer jamás la dominación bonapartista.

La reacción no se hizo esperar. El gobernador de Cuenca Melchor Aymerich y el obispo Andrés Quintián se declararon contrarios al golpe; lo mismo hicieron los gobernadores de Guayaquil, Bartolomé Cucalón, y de Popayán, Miguel Tacón, quienes organizaron expediciones militares para sofocar la rebeldía. Sin embargo, la Junta alcanzó a hacer proclamas a las provincias de la presidencia de Quito, así como a los virreinos del Perú y del Nuevo Reyno. A este último llegó la proclama subversiva el 1 de septiembre de 1808, una para el virrey Amar y Borbón, quien tenía jurisdicción sobre Quito, y otra para el Cabildo. Alarmado por la noticia, el Virrey decide convocar a junta extraordinaria a las autoridades civiles, eclesiásticas y militares para adoptar una posición unificada contra este suceso. La Junta se convocó para el 6 de septiembre, en la que se puso en evidencia dos posiciones claramente enfrentadas, la una, expresada por los criollos, a favor del régimen quiteño, y la otra liderada por los oidores, eclesiásticos y militares, partidaria de la represión armada que tenía el doble propósito de restaurar el orden y desestimular cualquier otra imitación que se quisiera hacer del golpe quiteño.

Pero Santa Fe era todavía muy conservadora y sus habitantes manifestaban horror por los tumultos y las vías de hecho; fue por eso que el 6 de septiembre de 1809, reunidos y custodiados por 200 hombres del Regimiento Auxiliar, los Oidores, Canónigos, Cabildo, Oficiales Reales, Curas, Priors, Provinciales, Capellanes, hacendados y vecinos notables, desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde, se sentaron a discutir qué medidas tomar contra la ciudad rebelde, aunque no llegaron a ningún acuerdo distinto del de dejar la reunión para el lunes siguiente. En esta junta estuvo presente Camilo Torres de quien se decía que ni «el Areópago de Atenas en el Senado de Roma había oído una voz más elocuente que la suya».

En Colombia no hay nada más peligroso que un buen discurso y, aparentemente, don Camilo Torres estuvo soberbio. Habló en contra de una intervención armada en Quito, alegando que si «creían que ese era un pueblo de indios» y que si les parecía que «con decretar muertes, guerra y anatema está hecho todo, sin saber donde están parados ni con quiénes tienen que disputar... que con declarar la guerra ya están formados los ejércitos, conducidas las tropas y sujetos los rebeldes». Inclusive, llegó a objetar hasta la presencia militar alrededor de la junta convocada, la que se volvió a reunir el 11 del mismo mes.

En esta segunda reunión los partidos quedaron ya plenamente conformados: el español, que conceptuó que la Junta Suprema de Quito debía eliminarse por medio de la fuerza, y el criollo, que opinó a favor de constituir en Santa Fe una parecida a la de Quito, con diputados de cada provincia elegidos libremente. En la reunión se destacaron como oradores, al lado de Torres, Frutos y José Gregorio Gutiérrez y José de Acevedo y Gómez, quienes abogaron por la justicia de la causa quiteña. Pero hubo empate de opiniones, situación harto peligrosa y paralizante de los resortes públicos. No le quedó más recurso al Virrey en aquella oportunidad que optar por el desempate y decidir el envío de tropas y pertrechos de guerra para sofocar la rebelión de Quito que ya estaba siendo sofocada por las tropas de Popayán, del Patía y de Pasto; en efecto, el 16 de octubre las fuerzas rebeldes fueron derrotadas en Funes, cerca de Pasto, mientras la contrarrevolución se extendía en toda la provincia de Quito. El 27 de octubre salía de Santa Fe una partida del Batallón Auxiliar, seguida de otra el 28 y el 29 con José Dupré de Comandante.

Finalmente, la Junta rebelde se disolvió con la renuncia del marqués de Selva Alegre, por lo que el conde Ruiz de Castilla reasume el Gobierno, respaldado por 800 soldados enviados desde Lima por su Virrey, al mando del coronel Manuel Arredondo. El 4 de diciembre todos los revoltosos, en número de 60, son encarcelados, entre ellos Morales, Salinas y Quiroga.

La tensión en Santa Fe llegó a tal extremo que los oidores, temerosos de ser apresados por los conspiradores, salían en patrullas nocturnas y dormían en el Palacio Virreinal. La guerra de nervios continuó por los pasquines que se pegaban en los lugares públicos y por las reuniones que clandestinamente se hacían; esto se contrarrestó trayendo doscientos milicianos más de Cartagena y leyendo un edicto en la Catedral en el que el Santo Oficio de la Inquisición penaba con excomunión a quienes tuviesen proclamas de Quito o papeles sediciosos. El canónigo Andrés Rosillo, uno de los revoltosos, huyó hacia El Socorro y luego fue capturado y encerrado en el convento de La Capuchina, en Santa Fe. Como la conspiración se extendiera, el Virrey recurrió a publicar un bando que anunciaba severas penas por estas causas y fue preciso acudir a refuerzos militares traídos de Río de la Hacha por el coronel Sámano.

Las contradicciones políticas en Santa Fe se fueron agudizando con el paso de los días. El Cabildo se había convertido en el mayor foco subversivo, lo que obligó a trasladar a la ciudad mayores dispositivos militares. Por todo el reino se instruye a los gobernadores y demás autoridades reproducir el bando en el que se anuncian severas penas para quienes conspiren contra el régimen. La rivalidad entre chapetones y criollos se hace cada día más evidente hasta cuando una atmósfera realmente explosiva se aposenta como una nube sedentaria sobre la ciudad. Surgen los primeros conflictos sobre competencias. Se presentan colisiones entre el Virrey y la Real Audiencia; la desconfianza y los reproches mutuos crecen. La Virreina, de recio

temperamento, tilda de «golillas» a los oidores. Juan Hernández de Alba, Oidor Decano, hace planes para destituir al Virrey por irresoluto, torpe y, además, sordo. La Audiencia pedía medidas más represivas contra los subversivos. Pero en el trasfondo había algo más: sindicaba al Virrey de afrancesado y de que quería entregar el Reyno a Napoleón, porque «interceptada la correspondencia del Virrey con el Emperador de los franceses por el gobernador de Cartagena, [este] la dirigió al Oidor Decano, en cuyo poder estaba, y la sumaria que le había formado por esta causa. Que el Virrey propuso a los oidores en una Junta la entrega de aquel Reyno a José, si ocupaba la España...». El alcalde Luis Caicedo le advierte de la conjura y Amar decide requisar la casa de Juan Hernández. Los oidores, por su parte, secretamente solicitan a la Junta de España destituir al Virrey porque no «estaba dotado de las calidades necesarias para un destino de tanta confianza». Los criollos temían que los afrancesados entregaran el Reyno. Luego vino la trifulca del Cabildo.

### **La trifulca en el Cabildo de Santa Fe**

El primer brote de descontento político en Santa Fe surgió cuando el alférez real Luis Caicedo y Flórez presentó renuncia a su cargo y el virrey Antonio Amar y Borbón decidió llenar la vacante con el comerciante español Bernardo Gutiérrez, único personaje que en ese momento parecía tener los fondos suficientes para rematar el cargo. Dos años antes, el 21 de mayo de 1807 se había reunido el Cabildo de Santa Fe para estudiar el nombramiento cuando uno de los cabildantes denunció que el candidato había sido acusado de extraer los caudales de Manuel Díaz de Hoyos mediante la falsificación de un libro de cuentas del mismo; otro se levantó para decir que también el candidato vivía en amancebamiento público y, por tanto, no era ni probo ni de fiar, por lo que el Cabildo juzgó prudente esperar el dictamen de los jueces que lo procesaban. No obstante, el Virrey, hastiado por la espera, se empeñó en acusar al cuerpo colegiado de emplear tácticas dilatorias para el nombramiento so pretexto de un juicio que no producía sentencia. En efecto, habían pasado dos años y el veredicto judicial no salía. Exasperado, el Virrey decidió el 22 de agosto de 1809 nombrar a Bernardo Gutiérrez, Alférez Real de la ciudad, pero el Cabildo, tras largas y enconadas sesiones, el 7 de diciembre decidió no aceptar el nombramiento. El 9 el Virrey ordenó convocar una reunión extraordinaria para forzar su posesión, ante lo cual el colectivo decide el día 10 dejar una constancia en el sentido de que «oído lo cual dijeron que supuesto que no dejaba arbitrio alguno al Cabildo, sino obedecer ciegamente lo prevenido por su excelencia, no obstante las tachas que se han opuesto al referido Gutiérrez y que lo constituyen con una infamia, por lo menos, de hecho, pues tal la traen aparejada la acusación de ladrón público...», aunque le toma juramento a las dos de la tarde. El regidor Ramón de Infiesta, nacido en la Península, objetó la constancia y dejó otra en el sentido de que las imputaciones contra Gutiérrez eran falsas. La acción arbitraria del Virrey hirió la susceptibilidad y orgullo de los cabildantes, que pronto se dividieron en dos grupos antagónicos: aquellos que defendían a Gutiérrez y aquellos que lo acusaban. Luis Caicedo pertenecía a estos últimos y, prevalido de su autoridad como alcalde de primer voto, cuatro días más tarde dirigió al Consejo de Indias un pliego de graves acusaciones

contra el Virrey, entre las que alegaba que Amar y Borbón había oído con...

... mucha indiferencia las ocurrencias de España; persiguió al Ayuntamiento por haberle propuesto se formase allí a imitación de España, una Junta de protección y defensa y que lejos de fortificar los puertos, de los que depende la seguridad de aquel Reino, los ha debilitado trayéndose a la capital más de 400 hombres que los guarnecían; que casi toda la familia que tiene es francesa y que por medio del mayordomo vende la virreyna los empleos y beneficios eclesiásticos; que a expensas de aquellos naturales hizo suntuosos regalos a don Manuel Godoy. Que es público haber interceptado al Comandante de Marina de Cartagena la correspondencia que tenía con los franceses y que habiéndola dirigido a la Audiencia, se formó causa y dispuso su arresto, el que no se verificó por haberse reconciliado y hecho tal alianza; que nada resuelve sin consultarlo a la Audiencia desde cuya época esta, y el Virrey, despotrican con mayor descaro y diariamente presentan ejemplos de terror; que allí no se permite hablar de noticias públicas y discurrir sobre ellas y así dice es de temer llegue a armar sus brazos inocentes contra estos tiranos si no se aplica a tiempo el remedio oportuno.

En síntesis, lo más grave era la acusación contra el Virrey de ser afrancesado, lo que lo hacía sospechoso de formar alianza con Napoleón. Estos cargos nunca fueron probados, pero la especie se difundió por doquier y el Reyno se sintió amenazado y traicionado. El Virrey, en una demostración de absolutismo y poder, el 29 de diciembre respondió los cargos del Alcalde nombrando por su propia autoridad y sin elección previa del Cabildo a seis regidores para equilibrar las fuerzas políticas del mismo. Ellos fueron Vicente Rozo, Lorenzo Marroquín, Joaquín Álvarez, José Joaquín Urdaneta, José Carpintero y Carlos Burgos que con Bernardo Gutiérrez y Ramón Infiesta hacían peso de ocho contra nueve cabildantes que restaban. La decisión de nombrar regidores interinos era realmente arbitraria pues la ley prohibía semejantes nombramientos, a menos que fueran iniciativa del propio Cabildo y sin que se excediera el número de los de ordenanza; no obstante, el Tribunal había creído que era de la mayor conveniencia que se nombrase seis regidores en calidad de añales dadas las circunstancias de desconfianza que tenía el Gobierno. En enero se realizaron las elecciones de alcaldes y del Síndico Procurador, y para ello resultó elegido como alcalde de primer voto José Miguel Pey y de segundo el español Juan Gómez, quien pronto la enfiló contra su coterráneo Bernardo Gutiérrez, el Alférez Real.

Pey y Andrade eran los apellidos del mencionado; era hijo del español Juan Francisco Pey y Ruiz, aquel que redactara y firmara la sentencia de muerte contra el rebelde Galán... Para completar el drama, el criollo Ignacio Herrera resultó elegido Síndico Procurador General quien, alentado por Juan Gómez, llama intruso a Gutiérrez, a lo cual se le suma el regidor José María Domínguez; la discusión deriva hacia la situación política de España, ya totalmente invadida por Napoleón; Gutiérrez dice que si el triunfo es de los franceses hay que entregarlo todo, ante lo cual Domínguez le replica que «entregaría primero su garganta y la de sus hijos al cuchillo antes que doblar su voluntad a la dominación francesa». Los demás criollos regidores se alían con Domínguez, insultan a Gutiérrez y lo llaman afrancesado y traidor. Estos criollos eran inicialmente muy adictos a la Corona.

Si los mandatarios del momento hubiesen hecho de la causa española la suya propia, si hubiesen arengado al pueblo y a los notables a hacer causa común con España, si hubiesen planteado movilizaciones, proyectos e iniciativas de apoyo bélico a la Madre Patria, otro habría sido el destino... Los criollos habrían respondido, pero la administración pública, en vez de

aquello, guardó silencio, incautó las noticias, reprimió la palabra, contuvo las manifestaciones..., en vez de encauzarlas; ese fue el problema: el desconcierto, el silencio, el querer tapar el sol con un dedo, la pusilanimidad... pero, claro, muchos eran afrancesados, el propio Virrey lo era; él se hizo cómplice, si no de acción, sí de deseo de que Napoleón gobernara la Península...

Eran las once de la mañana del 26 de abril. Gutiérrez pidió a los gritos que se le entregara una copia de las instrucciones que Ignacio Herrera había dado al diputado Antonio Herrera ante las Cortes de Cádiz; Ignacio le contestó que dicha instrucción la había comunicado de manera reservada. José Miguel Pey, el alcalde, opinó que debía accederse a la petición, pero a ella se opuso el alcalde de segundo voto, Juan Gómez. Para dirimir el asunto el Cabildo pidió a los implicados, Herrera y Gutiérrez que abandonaran el recinto para proceder a votar. Herrera salió primero, seguido de Gutiérrez, quien aprovechó que estaba detrás para caerle encima, derribarlo y propinarle golpes y patadas en el suelo. Cuando José Miguel Pey y Juan Gómez salieron se encontraron con que Herrera estaba revolcado y sin zapatos en el suelo, pero agarrado de una manga de la casaca de Gutiérrez, quien luchaba por separarse, hasta cuando se la arrancó. Juan Gómez se abalanzó sobre la baranda del corredor, gritando: «¡Favor al Rey, venga todo vecino honrado, todo vasallo y todo el pueblo!», y así logró que de todas partes vinieran gentes y se congregaran en el patio y alrededores del Cabildo. También llegó un piquete de tropa del Batallón Auxiliar. Mientras tanto, Herrera se había incorporado y, dirigiéndose a la tropa, exclamó: «Vean vuestras mercedes cómo me ha ultrajado este hombre traidor, a quien tengo denunciado de alta traición ante el Excelentísimo Señor Virrey y no se me ha admitido la prueba, lo que se lo probaré hasta la evidencia». Gutiérrez respondió: «Él es el que me ha insultado, porque es un pícaro y un bandido».

Mauricio Umaña, cura de la catedral, se hizo presente con el Santo Óleo, porque tuvo noticia de que el Síndico Procurador había sido asesinado por el Alférez Real. En pocos minutos el gentío congregado era inmenso y comenzaron las vociferaciones. El Batallón Auxiliar dispersó la multitud porque comenzó a temerse una revuelta, particularmente porque el joven exaltado José María Carbonell pedía que se formara una comitiva para ir a reclamar al Virrey. Finalmente, Herrera y Gutiérrez fueron puestos bajo arresto domiciliario; se inició un proceso sumario ante el cual desfilaron innumerables testigos que presenciaron los hechos. Herrera recuperó la libertad el 12 de mayo, mientras Gutiérrez permaneció encerrado hasta el 20 de julio, día en que se fugó tras los motines de ese día y de los que luego hablaré. Lo cierto es que Real Audiencia, Cabildo y Virrey estaban todos en conflicto, y no por cosas baladíes.

### **Nariño vuelve a caer preso**

Nariño había vuelto a sus conspiraciones en su quinta de Fucha y a las autoridades no les quedó más remedio que reducirlo a prisión el 23 de noviembre de 1809 e internarlo en el cuartel de caballería donde se encontró con el también detenido oidor quiteño Baltasar de Miñano. La expedición militar ordenada por el Virrey contra Quito excitó a los conspiradores a intentar caer sobre las tropas en algún lugar cerca de la provincia rebelde. Además de Antonio Nariño y

Miñano, estaba comprometido en el plan subversivo el canónigo Andrés Rosillo y Meruelo; también Domingo Caicedo, quien se ganaría los esclavos de Purificación y La Mesa; Antonio Baraya, quien debía apresar al Virrey; Juan Nepomuceno Azuero, cura de Anapoima; José Antonio Olaya, hacendado vecino de La Mesa; el cadete Andrés Rosillo, sobrino del canónigo y residente en Charalá; Miguel Tadeo Gómez, primo del que fuera proclamado «tribuno del pueblo», José de Acevedo y Gómez; Sinforoso Mutis, sobrino del sabio de la Expedición Botánica, quien ofrecía 400 pesos fuertes a quien matara al oidor Juan Hernández de Alba; Manuel Pardo, Pedro Groot, Joaquín Camacho e Ignacio Herrera. El plan se descubrió porque el cura de Girón, Pedro Salgar, encontró a su sobrino Carlos Salgar en casa del canónigo Andrés Rosillo y lo increpó por hallarse en casa de un individuo a quien se tenía por sospechoso. El sobrino, asustado, le contó lo que le había confiado el canónigo, nada menos que el plan de rebelión, diciendo: «Que Nariño consignaba mil onzas para sobornar la tropa; que don Antonio Baraya, estando de guardia en palacio, intimaría prisión a su Excelencia; que tenía seis mil hombres del Socorro y mil quinientos de Zipaquirá, y que contaba con muchos esclavos que había en el partido de La Mesa, a quienes ofrecían libertad; que el señor Miñano... se iba para Cartagena, pero con el objeto de ganar la tropa que venía de aquella plaza; que el presidente sería don Luis Caicedo los dos primeros años, y después lo serían don Pedro Groot o Nariño...».

El cura Salgar se fue directamente a la Secretaría del Virreynato y contó lo escuchado a Andrés Rodríguez, oficial de dicha secretaría, quien a su vez le informó al secretario Ramón de Leiva. El 20 de octubre la Real Audiencia fue reunida por el Virrey para considerar tan grave situación, la que dispuso la detención de los conspiradores. La detención del canónigo por la autoridad secular, empero, suscitó la reacción de las autoridades eclesiásticas, quienes se manifestaron en defensa de su fuero y autonomía. Santiago de Torres, cura de la parroquia de Nuestra Señora de las Nieves, elevó un escrito a nombre de todo el clero de Santa Fe para que la causa de Rosillo se siguiese en el Tribunal Eclesiástico, según las disposiciones canónicas. Empero, la autoridad no cedió, dadas las circunstancias que hoy en el derecho constitucional se llaman «Estado de Excepción». La tensión siguió creciendo. En El Socorro, la bendita provincia rebelde de 1781, los jóvenes José María Rosillo, Carlos Salgar y Vicente Cadena, decidieron desplazarse a los Llanos Orientales y, en las misiones del Meta, asaltar los arsenales para iniciar un levantamiento. Antes de partir, en el pueblo de San Pedro, leyeron un manifiesto en el cual acusaban al Virrey de abrigar la intención de entregar la Nueva Granada a los franceses. La especie corrió y en Pamplona fueron depuestos los Corregidores. Por donde transitaban los jóvenes rebeldes se iban juntando simpatizantes que les conseguían armas y pertrechos. En Macuco quisieron poner preso al Corregidor, pero este se hallaba en Guanapalo, donde fue, finalmente, apresado y obligado a leer una proclama revolucionaria el 10 de febrero de 1810. La pequeña columna la componían ya 35 hombres, que en aquel entonces parecía descomunal pues nunca antes se había visto cosa semejante en aquellas pacíficas tierras donde nadie había visto un fusil en manos civiles. Los rebeldes continuaron hacia Pore, pueblo que se rindió sin oponer resistencia ante la presencia de tres cañones.

Como las cosas se les estaban dando muy fáciles, el grupo acampó al anochecer en las cercanías de Moscote, pero los de Pore improvisaron una fuerza que marchó hacia ellos y les dio

captura mientras dormían. Las armas fueron recuperadas y se hicieron diez prisioneros, entre ellos Vicente Cadena. Días después cayó Rosillo y en Tunja fue detenido Salgar. La Real Audiencia de Santa Fe ordenó, con aprobación del Virrey, que los cabecillas fuesen decapitados y sus cabezas enviadas a la capital donde la tensión y conspiraciones crecían. El gobernador de los Llanos Remigio Bobadilla, tras una investigación sumaria, fue el encargado de ejecutar la sentencia. El 28 de abril Vicente Cadena y José María Rosillo fueron condenados a morir en la horca, pero he aquí que como no había práctica para ahorcar a nadie, no quedó más remedio que fusilarlos. El 14 de mayo llegaron las cabezas a Santa Fe y se armó la escandalera por el juicio sumario al que habían sido sometidos, porque los granadinos eran muy formalistas. El jurista Camilo Torres protestó por la falta de garantías procesales y hasta escribió a su tío Ignacio Tenorio, Oidor de Quito, que «El delincuente más abominable, el reo cargado de los delitos más atroces, es juzgado y sentenciado según todas las formalidades de las leyes, y su sentencia no se ejecuta hasta que se ha depurado el último recurso. Pero aquellos infelices no han gozado de este beneficio... ¿Y después de esto quiere usted que estos hombres continúen en sus empleos, que no se haga variación alguna con estas autoridades, y que no se altere en nada el actual orden de cosas?».

Varias cosas hay que decir al respecto; primero, que Camilo Torres reconoce que la norma general vigente era el «debido proceso», pues se escandaliza que lo hayan pasado por alto. Esto no quiere decir nada distinto a que la autoridad española no era generalmente arbitraria, como se ha querido vender. Segundo, que habiendo sido los delincuentes cogidos *in fraganti*, el agotamiento del debido proceso habría dado los mismos resultados, y tercero, que en tiempos de calamidad pública los Estados han recurrido con frecuencia a procedimientos expeditos para conjurar los peligros. Este razonamiento, empero, no calma las multitudes cuando andan buscando razones de escándalo, porque hasta el sabio Caldas anotó: «¡Jóvenes, ancianos, hombres, mujeres; en los rostros de todos ellos se reflejaba la profunda indignación que sentían...! Es increíble el grado de ceguera a que habían llegado estos ministros!». El plato estaba servido cuando los santafereños se enteraron de que el 19 de abril de 1810 el pueblo de Caracas había derrocado la autoridad española. Este episodio dio muchas alas a la conspiración santafereña.

Vale decir que, tras su detención, Antonio Nariño no fue reducido a ninguna sombría mazmorra española como se ha empeñado en afirmar la historiografía comprometida. Y aquí retomo lo que sucedió camino a la prisión asignada a Nariño en Cartagena de Indias. En la ciudad de Honda el criado de Miñano comunica a los presos que «en Cartagena se nos encerraría en un castillo sin comunicación, ni tintero, hasta cuando muriésemos», según escribe el Precursor. Fue por este chisme sin confirmar que Nariño decidió, al amparo de «una noche oscura y tormentosa», fugarse en una piragua de dos remos en el Banco, Magdalena, en compañía de su hijo. Corrió hacia Santa Marta, donde fue denunciado por un catalán cuyo nombre quedó perdido en la Historia; el 20 de diciembre a las tres de la tarde fue de nuevo apresado, esta vez en la casa de un cura, y conducido con el mayor aparato a Cartagena; allí decidieron ponerle grillos de treinta y seis libras por su propensión a la fuga, pero al tercer día, según él reconoce, «no cabiéndome ya una pierna en los anillos de los grillos, mandó el gobernador Montes que me mudaran las prisiones dejándomelas solo en una pierna, pero con el agregado de siete varas de cadena». Todo esto duró quince días mientras le adecuaban una celda más segura. Lo vuelve a reconocer: «De Bocachica se me pasó a

las cárceles de la Inquisición y se me alivió de las cadenas a instancia de don Antonio Villavicencio, que desde su llegada a Cartagena tomó el mayor interés en mi alivio...». Ya veremos qué papel jugará Villavicencio, criollo y regio comisionado que provenía de España, en todo esto.

Nariño permaneció mes y medio en la Inquisición y con las declaraciones del gobernador Montes logró su excarcelación a un bujío al pie del cerro de La Popa. Por eso, es falsa la impresión que dan los historiadores de que al Precursor siempre se le mantuvo con grilletes y en mazmorras. Eran tan escasos los delitos en el Nuevo Reyno de Granada, y tan escasas las cárceles, que las autoridades tuvieron que refaccionar una bóveda del castillo San José de Bocachica con barrotes, nuevos cerrojos y puertas para albergar al ilustre prisionero. Todo este tiempo estuvo auxiliado por «este hijo, cuya virtud consolaba mi corazón, al mismo tiempo que me proporcionaba alimento, había movido con su triste aspecto el corazón naturalmente compasivo de D. Enrique Somoyar, que desde el día de mi llegada se decidió a sostenerme la vida, sin conocerme, y solo por satisfacer los impulsos de su alma noble y generosa». Desde el cerro de La Popa, el Precursor de la secesión del Nuevo Reyno de Granada vio cómo triunfaba la revuelta en Cartagena contra España, se organizaba una Junta de la que se hacía vocal el canónigo Andrés Rosillo y se le otorgaban rentas al oidor Baltasar de Miñano, antiguo compañero suyo de detención.

Este asunto de las cadenas puestas a Nariño lo han tomado los historiadores como piedra de escándalo y crueldad excesiva de los españoles, y no se detienen a pensar que atar de pies y manos a los reos es una práctica común en las cárceles de alta seguridad de los Estados Unidos de hoy, como cuando así exhibían al narcotraficante Carlos Lehder, o en el Perú, a Abimail Guzmán, el conocido terrorista de Sendero Luminoso, o a un simple detenido camino al juicio. Nadie parece reparar en que Lehder solo tenía derecho a media hora de sol a la semana y, que se sepa, las autoridades virreinales nunca impusieron sobre Nariño restricción semejante. Por otra parte, práctica similar fue imitada por los republicanos en tiempos de la Independencia. Parece normal que un reo que ya se ha escapado dos veces se haga acreedor a una medida como esta. Lo que resulta extraño es que las organizaciones de Derechos Humanos no reclamen a los Estados Unidos estas violaciones que reclaman a otros países.

### **Se cuece el plan secesionista**

Las conmociones sociales estallaron en Cartagena el 22 de mayo y el 14 de junio de 1810; en Cali hubo tumultos el 3 de julio; en Pamplona el 4 y en El Socorro el 10 y el 11; eran los prolegómenos de lo que iba a ocurrir en Santa Fe el 20. En nada ayudaron las noticias provenientes de Caracas, puesto que entre el 12 y el 14 de abril había arribado a Puerto Cabello el bergantín *Palomo* con las nuevas de que los franceses habían entrado a Sevilla y el ataque a Cádiz era inminente; que la disolución de la Junta Suprema era cuestión de días y que los ejércitos del Rey se desvanecían sin disparar un tiro.

En medio de esta crisis de poder y enfrentamientos continuos, el notablato criollo comenzó a

ver que su oportunidad estaba llegando a medida que Villavicencio avanzaba hacia la capital y el descontento se hacía más evidente. El propio Comisario Regio, Antonio Villavicencio, escribe al Virrey el 24 de mayo que al gobernador Tacón de Popayán lo detestan por su «orgullo, arbitrariedad e ignorancia», pues había puesto preso al teniente coronel José María Lozano a su paso por Popayán, quien había ido comisionado por el Virrey a arreglar los problemas de Quito... que el mismo Virrey no había hecho nada para enmendar el error; que el gobernador de Guayaquil, Bartolomé Cucalón, era un inmoral y arbitrario; que el gobernador del Chocó, Juan Aguirre, comete excesos, prevalido del favor de su tía la Virreina; que los vecinos de Valledupar se quejan del marqués de Valdehoyos, protegido del Virrey, y que el Gobierno Supremo no atiende las quejas de nadie... No parece probable que toda la administración fuese corrupta e indiferente, ni que el Regio Comisario tuviese información de primera mano sobre estos particulares, toda vez que él mismo había llegado a La Guaira, Venezuela, el 17 de abril y su carta, redactada un mes después, se circunscribía a la Nueva Granada; lo más probable es que Villavicencio ya estuviese influido por las consejas de Nariño y el ambiente de confusión general que reinaba.

Lo cierto es que la falta de convocatoria popular por parte de las autoridades no contribuyó en nada a calmar los ánimos y encauzar las energías hacia miras más altas que la revolución, el derrocamiento y la secesión. La percepción de que la causa de España estaba tan perdida que ya nadie hacía nada era tan real que el proceso de radicalización se fue consolidando y pasó de la posición regentista a la autonomista. El 29 de mayo Camilo Torres escribe a su tío: «He visto confirmadas las funestas noticias de España que habíamos tenido aquí desde el correo pasado por cartas de Cartagena y por gacetas inglesas. Ni podíamos esperar otra cosa después de la derrota que sufrieron nuestros ejércitos en las acciones de Ocaña y Alba de Tormes... todo, todo pronosticaba que la ruina de España era inevitable y que era preciso un milagro para que ella pudiera salvarse». Hago notar que Camilo Torres habla de «nuestros ejércitos» que todavía consideraba «suyos» y que un solo movimiento de la autoridad del Reyno habría todavía podido cambiar el curso de la Historia.

El plan de derrocamiento de los poderes constituidos entre el 17 y 18 de julio de 1810, urdido por Antonio Morales Galavís, nieto de aquel que rescindiera las capitulaciones con los Comuneros de 1781 y se erigiera en notable defensor de los fueros de la Corona, era muy simple: provocar un incidente con el fin de levantar los ánimos de la plebe contra los españoles peninsulares. Para ello se escogió al próspero tendero José González Llorente, cuyo negocio estaba situado en su propia casa, que quedaba, justamente, en la esquina nororiental de la Plaza Mayor y la Calle Real, frente a un costado de la Catedral. Está allí todavía como recuerdo imperecedero de cómo una riña callejera puede desembocar en un motín que tumbe un gobierno. Fue en ese sitio donde ocurrió la tragedia, donde se resquebrajó el Imperio, donde comenzó la larga agonía de una España que no quería morir, que se desangraba contra el tirano francés, que rugía cual león enjaulado por las heridas de propios y extraños...

¿Quién era este Llorente? Este gaditano había llegado al país, concretamente a Cartagena en 1779, dispuesto a hacer fortuna. Allí la hizo, al amparo de una riqueza codiciada por piratas y contrabandistas ingleses. Luego decidió marcharse a Santa Fe atraído por el próspero negocio de la quina; pronto se convirtió en uno de sus principales exportadores. Fue este hombre, a pesar de

comerciante, muy generoso con todos los necesitados, pues en su tienda de Santa Fe disponía de una bolsa dispuesta a tales efectos, aunque también tenía otra para efectuar empréstitos a interés. Era tan discreto que de los pobres por él auxiliados nunca hizo comentarios, ni reveló sus nombres para no herir sensibilidades; a sus iguales trataba con singular familiaridad, era amigo de todos, y, aunque cortés, era también francote, mal hablado, como buen español, y hasta con una «mala leche» que no vacilaba en cantarle las cuarenta al que se le cruzase. Era tan caritativo, que cuando lo nombraron administrador de hospicios y de los fondos de huérfanos de Santa Fe, cargo que desempeñó durante cinco años, cubrió el déficit que tenía con su propio dinero, mejoró las instalaciones, socorrió a las víctimas del terremoto de Honda de 1805, ayudó a construir con sus recursos la iglesia de predicadores y hasta socorrió los presos con comida y otros auxilios de su tienda.

Por todo esto no podemos decir, como muchos han pretendido, que era un español *come-criollos*, pues, para más señas, se había desposado el 15 de diciembre de 1806 con doña María Dolores Juliana Antonia Ponce y Lombana, criollita de veintiún años. Así, criollos fueron sus tres hijos, criollos sus trece cuñados, criollos su suegro y su suegra. También fue criollo uno de sus albaceas, el letrado Camilo Torres, quien debía ocuparse de su testamento dictado el 14 de julio de 1808. Pero, como frecuentemente ocurre, es una cadena de acontecimientos lo que ocasiona los accidentes. Poco después de que nombrara a Torres albacea de sus bienes, Llorente se enteró de sus convicciones revolucionarias y terminó reemplazándolo por el Oidor y padrino de su boda, Ramón de Infiesta. Ocurría que Llorente era muy realista, y esto bastó para que Torres le cogiera ojeriza; inclusive, su animadversión aumentó cuando llegó a pensar que Llorente dudaba de su honestidad.

Este señor González Llorente era un hombre tan de su palabra que, no obstante el distanciamiento causado por la revolución entre los dos, ordenó a su abogado en 1815, don Pedro Casís, pagar a don Camilo los 8.485 pesos que le debía cuando en ese año abandonó la ciudad donde había trabajado y prosperado. Esta era una verdadera fortuna que bien pudo haber dado por impagada, aprovechando el éxodo que siguió a las guerras de independencia.

Llorente había hecho pública su adhesión a la causa del rey cautivo y tenía fundadas razones para sospechar que la política de los criollos de nombrar Juntas Supremas para gobernar las provincias, muy al estilo de lo que estaba ocurriendo en la Península, daría al traste con la sujeción de las mismas a la Corona, por mucha restauración que esta experimentase. Esta posición suya fue conocida por todos cuando la enunció en la junta de notables convocada por el virrey Amar para definir qué debía hacerse con los revoltosos de Quito.

## **La Independencia por un florero**

Como lo había dicho, el plan era muy simple. Se trataba de escoger a Llorente como blanco del incidente artificialmente provocado. La otra persona escogida fue Luis Rubio Ricaurte, quien debía acercarse a la tienda de Llorente a pedir prestado un florero para adornar la mesa en que iban a agasajar a Villavicencio. Esta fue la excusa, y excusa fue porque nadie podría pensar que en

la casona de don Pantaleón Sanz de Santamaría, donde se iba a realizar la recepción, no había un digno florero para hacerlo, ni que este no tuviese un familiar, o vecino más cercano, para pedírselo prestado. Porque, si se observa el florero de marras, a nadie daría la impresión de ser gran cosa y hasta se podría opinar que es muy modesto, según ha parecido a cuantos lo han visto.

Era don Antonio Villavicencio y Berástegui quiteño de nacimiento, pero santafereño raizal, no solo porque desde el primer año de nacido vivió en la capital del Reino y allí recibió toda su educación, sino porque era hijo de Fernando Villavicencio, conde del Real Agrado, y de Joaquina Berástegui, hija del oidor Antonio de Berástegui, casado con una Dávila y Caicedo, pariente de los Caicedos, los Vélez, los Sanz de Santamarías, los Vergaras y los Lozanos; como quien dice, emparentado con lo más granado de la sociedad santafereña. Fue alumno del colegio de Nobles Americanos y en Madrid pasó a servir en la Real Marina, donde adquirió el derecho de aspirar a los títulos reservados a los nobles. En 1800 lo graduaron Alférez de la fragata de la Real Armada, en 1804 lo ascendieron a Alférez de navío y Teniente de fragata y en 1809 alcanzó el grado de Teniente de navío y tuvo ocasión de luchar contra los franceses. Este desempeño le valió la distinción de ser enviado por el Consejo de Regencia como Regio Comisionado con miras a calmar los ánimos de sus compatriotas.

Villavicencio llegó, en primer lugar, a Caracas el 17 de abril de 1810, donde se encontró con una situación revolucionaria y caótica causada por las noticias que había traído el bergantín *Palomo* sobre el apresamiento del Rey y la confusión reinante en España. Allí le tocó vivir los graves acontecimientos que el 19 de abril en la capital venezolana se presentaban contra las autoridades españolas. Al comprender que había llegado muy tarde, intentó anticiparse a los acontecimientos; desembarcó en Cartagena de Indias el 8 de mayo donde se enteró de la penosa situación del precursor Nariño y del ambiente revolucionario que se respiraba. Había venido con criterio realista y perfectamente convencido de la causa fernandina. Tanto fue así que en su primera actuación política solicitó a los cartageneros el juramento al Consejo de Regencia que ya había reemplazado a las Juntas Centrales. El 12 de mayo se convocó a un Cabildo extraordinario y el alcalde criollo José María García de Toledo, contrario a Villavicencio, propuso que el reconocimiento no podría hacerse en tanto no se proclamara la Junta de Gobierno en Cabildo abierto. Villavicencio, en cambio, habló de la igualdad de vasallaje existente entre criollos y españoles y apeló al sentido patriótico que debía existir entre ambas Españas. El otro alcalde, Miguel Díaz Granados y los regidores Castillo y Rada, Gutiérrez de Piñeres y Juan Salvador Narváez aprobaron la propuesta de García de Toledo.

El Cabildo, como era de esperarse, se dividió en dos bandos, el uno que apoyaba el reconocimiento de la regencia y el otro que pedía aplazar la elección de la Junta de Gobierno. Ante esta situación de indecisión y enfrentamiento el gobernador Montes se apresuró a reconocer el Consejo de Regencia sin esperar la votación del Cabildo. Ahí fue Troya, porque los cabildantes se sintieron humillados y vejados en sus poderes. Hacia el 14 de junio la Junta formada a espaldas de la autoridad redujo a prisión al Gobernador, a su secretario Antonio Merlano, y en su reemplazo nombró a Blas de Soria. Villavicencio pidió fidelidad al Rey y escribió al virrey Amar sobre la situación de Caracas y Cartagena y, de paso, le informa sobre la «injusticia» en que se hallaba Nariño. Le dice entre el 9, 20 y 24 de mayo: «Cuando llegué, el ocho último, estaba ya

proyectada la Junta; procuré imponerme del plan, y antes de opinar sobre su establecimiento, procuré se reconociese por el pueblo el Supremo Consejo de Regencia y se tomasen medidas para destruir de raíz el cisma político que empezaba a nacer entre españoles europeos y españoles americanos...». Luego, refiriéndose al Ayuntamiento, agrega: «Sus contestaciones me llenaron de júbilo al ver las buenas intenciones de que estaban penetrados, y de que jamás he dudado». El 19 de junio el Virrey, enfurecido, le contesta reprochándole su proceder por lo sucedido en Cartagena y le manifiesta su contrariedad por haber auxiliado a Nariño y a Baltasar Miñano. Le dice: «... Ha pasado usted a fomentar o a condescender con novedades que pueden ocasionar turbulencia en este Virreinato aunque usted las considere medios de concordia... Me ha sido reparable el que usted se haya constituido auxiliador y agente de unos reos detenidos de mi orden y de la Real Audiencia». En Santa Fe corrió, entonces, la bola de que Villavicencio se había pasado a las fuerzas rebeldes que daban pasos hacia una declaración de independencia.

A la situación explosiva de Cartagena siguió la de Cali el 3 de julio cuando el Cabildo de la ciudad hizo pronunciamiento a favor contra el régimen e instando al establecimiento de una Junta Suprema de Gobierno en Santa Fe. No obstante, manifiesta también su lealtad al Rey en estos términos: «[Que no se ha propuesto] otro objeto que el de conservar la pureza de nuestra sagrada religión, la fidelidad debida a nuestro desgraciado Fernando y la seguridad y tranquilidad de la patria, que a poca vigilancia podemos libertar de las garras del monstruo que quiere hacerse señor de toda la tierra». Por lo dicho, faltaba quien pudiera acaudillar una verdadera cruzada a favor del mantenimiento de la unión y socorro a España, porque hasta este momento las cosas no estaban todavía perdidas.

La permanencia de Villavicencio en Cartagena hizo aumentar las expectativas de los notables del interior, quienes no cejaron en su empeño por «torcer» al comisionado hacia su causa. Docenas de informes sobre la situación política del Reyno le llegaban, hasta cuando su criterio fue mudando. Las viejas amistades y la consanguinidad hicieron mella en sus lealtades. Su correspondencia con distintos personajes de la lejana Santa Fe atestigua este hecho que fue difundido ampliamente por los chismorreos capitalinos. Llorente sabía lo que estaba ocurriendo y muy poco agrado mostró por el Regio Comisionado cuando se enteró de que este se disponía venir a la capital. Lo consideraba un traidor a la causa real, pues juzgaba que la crisis revolucionaria acaecida en Cartagena en mayo de 1810, cuando el Ayuntamiento dispuso que la autoridad debía ser ejercida por ambos, el Ayuntamiento y el gobernador Francisco de Montes, era obra de sus vacilaciones y tambaleantes lealtades. Luego sobrevino el golpe del Cabildo que, apoyado por el pueblo y por la tropa, depuso a Montes.

Es por todo eso que el prestamo del florero a un criollo vacilante no le hizo mucha gracia a Llorente. Entonces, cuando ese señor 20 de julio Rubio hizo su entrada al almacén a solicitarle el florero, el chapetón montó en cólera y le espetó: «¡No solo no presto el florero, sino que me cago en Villavicencio y en todos los americanos!», refiriéndose a aquellos que lo apoyaban, pero todos los americanos se sintieron «cagados», y se llamaron a ofensa. Morales saltó sobre Llorente y le dio tantos garrotazos que de milagro escapó con vida; llevaba una vara escondida, tan preparado iba a atizar la hoguera. Sus dos hijos también ayudaron a golpear a Llorente, quien negó que hubiera querido ofender a los americanos. Pero no es que la respuesta dada por el chapetón

reflejara ningún odio por ellos, como se ha venido a explicar, sino que así hablan con frecuencia los peninsulares, y esta expresión era totalmente desconocida en el repertorio americano, que también tenía otras de no menor calibre. El hecho es que esta expresión nunca arraigó en la Nueva Granada, como tampoco otras referidas a la divinidad. Entonces se formó un tumulto de vecinos que acudieron a enterarse de lo que pasaba y pronto se les dijo que el chapetón insultaba a los americanos. A las voces de «¡queremos junta! ¡Viva el Cabildo! ¡Abajo el mal gobierno! ¡Mueran los bonapartistas! ¡Viva el Rey!», dichas por los conjurados, empezó el lío.

No se crea, sin embargo, que fueron llegando oleadas y oleadas de pueblo enfurecido contra los chapetones, como nos han querido hacer creer. Eso es mentira. Era viernes y día del mercado, por lo que muchos suponen un gentío vociferante a las puertas de la casa de Llorente. Los flemáticos santafereños prefirieron seguir comiendo morcilla y tomar caldo de gallina que meterse en una «chichonera» de este calibre. Es más, el pueblo raso prefería seguir tomando chicha y guarapo, las bebidas embriagantes heredadas de los chibchas, que entablar pelea por unos señores que no eran de su clase, sino que, al contrario, representaban las oligarquías por siglos establecidas y a los que también asociaban con los mismos males de los que ellos se quejaban. Mucho menos las verduleras y los pueblerinos iban a comprometer las ventas del viernes a cambio de emplear sus manos en echar piedra y dar bofetones. Se comprende que era mucho más rentable emplearlas en cortar longaniza, hacer rellenas, distribuir ajiacos, fritar chicharrones, servir fritanga, atizar chamizas y soplar fogones que abandonar sus negocios por desplazarse hasta la casa del chapetón Llorente. Para esto no habían llegado de sus veredas y de los barrios altos, como los de Egipto, Belén, San Cristóbal, ni atravesado lodazales y virtuales rodaderos trayendo jaulas, leña, bultos de tomates, papa, arracacha, yuca, canastos con todo tipo de frutas, gallinas vivas y muertas, carne, velas, sebo, cebolla, envueltos, tamales, yerbabuena, perejil, zanahoria, frutas, toldos de lona, burros y jamelgos. Ninguno quería participar en un desorden que arruinara las ventas.

De otra parte, la clase media y los campesinos eran los más conservadores de todos. Eran realistas de corazón, como también lo fueron los indios que veían en la política de la Corona mayores garantías y protección a su condición e intereses de lo que podían esperar de los criollos, mucho más racistas y conscientes de sus propios privilegios que los mismos españoles. Esto es perfectamente comprobable. Fueron dos clases, entonces, las que activamente participaron en este motín: parte de la alta, «ilustrada», y parte de la plebe, «analfabeta»; es decir, por un lado los *filipichines*, y por el otro, alebrestados por los ilustrados, los pulperos, chicheros, matarifes, jornaleros, cacharrereros, cambalacheros, rebuscadores, lustrabotas, gentes de oficios varios, *ganavidas*, y hasta vagos y pedigüños y otras gentes de muy baja condición, a quienes pagaron su participación. Es decir, chusma pura.

Santa Fe es una ciudad fría, lluviosa y en julio las mañanas suelen ser heladas y desapacibles. En tanto que el pueblo se envolvía en sus ruanas, o ponchos, los regidores se subían el cuello de su casaca de paño negro hasta las orejas. El frío les calaba las piernas, pues llevaban calzón corto y media larga blanca, sombrero de picos y chaleco, para abrigarse. Algunos llevaban pelucas, y todos, las insignias reales en el ojal. Los más distinguidos, bastón de mando, adminículo suficiente para imponer respeto y autoridad. Eran las once de la mañana. Una pertinaz llovizna caía en ese

momento sobre la ciudad y muchos buscaban refugio bajo los aleros de las casas. La tienda de Llorente albergaba al teniente coronel Rafael Córdoba, criollo él, José María Moledo, chapetón y Sargento Mayor, y un tal Francisco Vallejo, quienes se habían arrimado a conversar y a escampar la fina, pero molesta, lluviecilla. Cuando ocurrió el incidente, los tres señores intentaron calmar los ánimos mientras Llorente se refugiaba en la casa de Lorenzo Marroquín. Acto seguido, algunos frenéticos y exaltados criollos empezaron a tirar piedra a la tienda, en tanto que José Miguel Pey, hijo del mismo que había redactado y firmado la sentencia de muerte de Galán por la insurrección de El Socorro, subió al balcón de la tienda y ofreció a las gentes allí congregadas la cárcel para el chapetón. Como Pey era Alcalde Ordinario, ordenó poner grillos al comerciante. Es curioso que ninguno de los que conocieron, o supieron de este incidente, registra con indignación los grillos de Llorente, aunque sí los de Nariño. La soberanía, de repente, había cambiado de manos, pues ahora esto se hacía en «nombre del pueblo», y no por autoridad de la ley, como en los tiempos prerrevolucionarios. Todos sabemos en qué desemboca esta justicia popular arrastrada por las pasiones.

La gleba, inflamada por los notables, entre ellos José María Carbonell, al mediodía recorría las calles gritando «¡mueran los chapetones!», «¡Cabildo abierto!», sin que la mayoría supiera qué era el Cabildo, ni mucho menos quién se atrevería a dar muerte al primer chapetón. A la voz de Carbonell se sumaron otras, la del escribano García, la del presbítero Francisco Javier Gómez, apodado «Panela», que de dulce no tenía ni un pelo y sí harto vinagre, Ignacio Herrera y Primo Groot. A esta marcha fueron llegando los «chisperos» y «vivanderos», unos cuantos embriagados rufianes y buscapleitos que sacaban partido de cualquier oportunidad para enlistarse en el primer zafarrancho y desorden que encontraran con tal de que algo se les diera, desde chicha hasta unos cuantos reales. Cuando se rompieron los primeros cristales y se asaltaron las primeras tiendas el virrey Amar supo que estaba frente a una revuelta. Sabemos que era gleba sublevada, porque solo a este tipo de gente se le ocurre asaltar la cárcel, desarmar la guardia y soltar a los delincuentes comunes, muchos de los cuales eran sus propios familiares.

El mercado se desorganizó y los campesinos y pueblerinos levantaron los toldos a toda prisa, empacaron sus viandas, recogieron sus bultos, enlazaron sus mulas y pusieron pies en polvorosa. Las señoras suplicaban los últimos kilos de tomate, arrastraban el último bulto de papa y desaparecían por las callejuelas alledañas. Todo el mundo se encerró, menos los exaltados y frenéticos revolucionarios cuyas clases, que no los intereses, quedaron amarrados al vuelco de los acontecimientos.

## **El fin de un Virrey**

En el Palacio Virreinal cundió el desconcierto. El gabinete se reunió de emergencia. Asistieron Juan Hernández de Alba, Joaquín Carrión, Diego Frías, Manuel Martínez Mansilla y Juan Jurado. Unos decían, mirando al cielo, que la lluvia torrencial pronto caería y disiparía el tumulto. Otros, que la revolución es cosa de franceses, pero no de americanos. Los más, entre ellos el Virrey, que había que obrar con cautela. Temía por su cargo. El coronel Juan Sámano es el único que se

atrevió a proponer medidas de fuerza. Este Coronel no se andaba por las ramas. Intuía que la Revolución había llegado e intimaba al Virrey a proceder sacando el Regimiento Auxiliar para restablecer el orden. Amar y Borbón temía un baño de sangre. Su esposa, Francisca, de armas tomar, pedía acción contra los insurrectos. Amar vacilaba. Era un pariente de Capetos, tenía la pusilanimidad de Luis XVI, estaba agobiado, lo paralizaba el miedo. Lo único que decidió fue decir «¡no!» cuando llegó Joaquín Camacho, comisionado por el Cabildo, para pedir al Virrey una Junta de diputados convocados de todo el Nuevo Reyno. Ante la negativa, le pidieron convocar «Cabildo abierto», para que todos pudiesen participar de las deliberaciones. Volvió a decir «¡no!», pero ya había «Cabildo abierto», pero por la fuerza. Los exaltados estaban a las puertas del recinto y los ilustrados habían tomado posiciones dentro. El gobierno Imperial se desmoronaba por momentos. Los chisperos, como llamaban a los líderes populares, pedían la cabeza de Juan Hernández de Alba, Oidor y hombre fuerte del Gobierno. Luego pidieron la de todos los oidores, menos la de Francisco Cortázar, criollo, que con el chapetón y secretario privado del Virrey, habían venido conspirando contra el Gobierno. La desfachatez llegó a tal extremo, que Cortázar sacó una silla de la Audiencia a la acera y se sentó a contemplar el motín desde allí mientras Acevedo y Gómez lo hacía desde el balcón de su casa.

Los acontecimientos ya estaban rebasando la capacidad de reacción de las autoridades. Habían pasado las tres de la tarde y la tan esperada lluvia no llegaba. Hacia las cinco oyeron noticia de que el coronel José Moledo, principal ayudante del coronel Sámano, se había pasado a la revuelta y, por tanto, mandaba razón de que el batallón a su cargo no se movería de los cuarteles. La chusma seguía vociferando y pidiendo «Cabildo abierto». Fueron varios los comisionados enviados hasta donde el Virrey a solicitárselo, entre ellos José María Carbonell, Antonio Malo y Salvador Cancino. El Virrey, no obstante haber denegado la petición, se paseaba, acorralado, en su despacho. Pasadas las seis llegó la noticia de que su secretario privado, José de Leyva, también se sumaba a los cabecillas del motín y que Antonio Baraya, el capitán criollo, había sacado su compañía a la Plaza Mayor. El Gobierno, amenazado, se tambaleaba. Juan Jurado, el Oidor, aconsejó al Virrey ceder, diciéndole: «Conceda Vucencia lo que pida el pueblo, si quiere salvar su vida y sus intereses». Fue cuando el Virrey accedió a convocar un «Cabildo extraordinario» con los actuales regidores, en vez del «abierto» solicitado. Pero el Gobierno ya había caído. Eran las siete de la noche. Coincidió su caída con las campanas de la Catedral que anunciaban su hora.

Convocado el Cabildo extraordinario, se hicieron presentes los oradores, que nunca faltan, los regidores, que siempre lo hacen, los sacerdotes, los notables, y los «lagartos». Sí, «lagartos», debo decir al lector, porque entonces se acuñó esta palabreja que desde ese momento se hizo presente en la política colombiana para designar a aquellos que andan tras la caza de puestos, prebendas, sinecuras en la partija del botín burocrático. «Lagartearse un puesto» se convirtió en oficio de profesionales del «lagarteo», si se pueden imaginar que los lagartos son reptiles silenciosos, inmóviles, que dan imagen de mansedumbre, pero que saltan sobre la presa de manera inesperada y veloz.

A todas estas, el Virrey no se hizo presente en la audiencia. Acongojado y acobardado, se refugió en su despacho virreinal. Juan Jurado, en cambio, había tomado posesión de la

Presidencia de un Cabildo que de extraordinario pasó a abierto en pocos minutos. Ya instalado, Acevedo y Gómez se abrió paso entre la multitud como pudo y pidió la creación de una Junta de Gobierno. Era la petición formal de un golpe de Estado. Había dejado su casa entre las súplicas de su «desolada familia sumergida en el llanto y en el dolor», que le hacía ver los peligros a los que se exponía. Entre dimes y diretes, dares y tomares, es el propio Acevedo y Gómez quien constata que al caer la noche el «pueblo» se había esfumado y no quedaban en la Plaza «más de setenta individuos», porque «los hombres más ilustres y patriotas, asustados por un espectáculo tan nuevo, se habían retirado hasta los retretes más recónditos de sus casas. Yo preví que aquella tempestad se iba a calmar». Entonces, como se iba a calmar, era necesario recurrir a los chisperos para que siguieran alborotando el ambiente. ¿Y dónde estaban aquellos exaltados? Dentro del Cabildo, junto con algunos de la alta sociedad capitalina y entre todos, es cierto, abarrotaban el recinto. Los que no cupieron se retiraron a la Plaza a mirar desde allí lo que acontecía, en tanto la inmensa mayoría se retiraba a sus casas presa del cansancio por toda una tarde de agitación y bochínche. Pero no eran los nueve mil de que habla el acta levantada en el Cabildo, ni los diez mil de algunos cronistas o contadores profesionales de cuentos chinos; Acevedo y Gómez es fuente directa, y se ve que fidedigna, porque acusa a sus compañeros de estar escondidos en los retretes de sus casas. Lo que se puede creer es que, en realidad, eran noventa dentro del recinto y setenta en la plaza, pero al acta agregaron dos ceros de más para asustar a los peninsulares. ¿Alguien puede imaginar una Independencia, o una insurrección, en la que quedan no más de setenta personas en una plaza hecha para albergar cuarenta mil almas? Sí, es un poco risible, pero cierto. Lo que sobrevino solo se pudo hacer por la pusilanimidad y cobardía del Virrey.

José María Carbonell fue el encargado de coordinar los estribillos coreados por los chisperos, los «vivas» y los «abajos», y todo el resto de manifestaciones de furia contenida. Carbonell era un exaltado joven de veinticinco años, modesto empleado de la Expedición Botánica y muy identificado con el pueblo raso; era hijo de un comerciante español de igual nombre. Llegó al extremo de irse a los arrabales de la ciudad y, entrando a los talleres, chicherías y tugurios, pudo arrastrar tras de sí a la hez del pueblo que se apuntaba a cualquier motín. Este personaje instruye, además, que se exija la conformación de una Junta de Gobierno lo cual, a gritos, se pide coreando desde la Plaza «¡la Junta, la Junta!», y es en medio de este estruendo que Acevedo y Gómez se alza sobre el balcón del Cabildo y, dirigiéndose a los presentes, dice: «Si perdéis estos momentos de efervescencia y calor; si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes». Y concluye, señalando la cárcel que está cerca: «Ved los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan». Fue su primero y último discurso conocido, su bautismo de fuego, y así entró en la Historia.

Afuera, los setenta vociferaban; adentro, los noventa de las barras amenazaban. Los cabildantes, amedrentados, votaron a favor de constituir la Junta, que pronto, prontísimo, se convirtió en «Suprema». Alguien proclamó a Acevedo y Gómez «tribuno del pueblo» y este, investido de nueva autoridad, consciente de su súbito poder político y embriagado de aplausos, desde el balcón llamado «La Cazueleta» comenzó a pronunciar los nombres de los que integrarían dicha Junta: «¿Queréis en la Junta a José Miguel Pey?», preguntaba. Y el «pueblo» de fuera y dentro contestaba, «Síiii», muchas veces sin oír los nombres anunciados, sino repitiendo

instintivamente al «Síiii» que oían. «Y a Juan Bautista Pey?», «Síiii». «¿A Juan Rosillo?», «Síiii», «¿A Camilo Torres?», «Síiii», «¿A Antonio Baraya, que salvaguarda nuestros derechos con su tropa?», «Síiii»... Y así fueron elegidos, uno por uno, el «doctor don Juan Bautista Pey, Arcediano de esta santa iglesia Catedral; don José Sanz de Santamaría, Tesorero de esta Real Casa de Moneda; don Manuel Pombo, Contador de la misma; doctor don Camilo de Torres; don Luis Caicedo y Flórez; doctor don Miguel Pombo; don Francisco Morales; doctor don Pedro Groot; doctor don Fruto Gutiérrez; doctor don José Miguel Pey, Alcalde ordinario de primer voto; don Juan Gómez, de segundo; doctor don Luis Azuola; doctor don Manuel Álvarez; doctor don Ignacio Herrera; don Joaquín Camacho; doctor don Emigdio Benítez; el capitán don Antonio Baraya; teniente coronel José María Moledo; el reverendo padre Fray Diego Padilla; don Sinforoso Mutis; doctor don Juan Francisco Serrano Gómez; don José Martín París, Administrador general de tabacos; doctor don Antonio Morales; doctor don Nicolás Mauricio de Omaña. En este estado proclamó el pueblo con vivas y aclamaciones a favor de todos los nombrados; y notando la moderación de su Diputado el expresado señor Regidor don José Acevedo, que debía ser el primero de los Vocales, y en seguida nombré también de tal Vocal al señor Magistral doctor don Andrés Rosillo, aclamando su libertad, como lo ha hecho en toda la tarde, y protestando ir en este momento a sacarlo de la prisión en que se halla». Debo aclarar que Miguel de Pombo y Pombo, quien figura en esta Acta, era sobrino de Manuel de Pombo Ante y Valencia, quien también figura. El tío correrá con mejor suerte que el sobrino, según se verá cuando llegue la «pacificación».

Pero este pueblo, si es que puede dársele el nombre de tal, poco o nada sabía quién era la mayoría de estos representantes. Era un primer ensayo de democracia abierta y popular, que ni era democracia, ni era abierta, ni mucho menos popular. Tampoco lo fue luego, cuando la República puso condiciones al sufragante, tales como la posesión de rentas o propiedades para calificar como tales. Acevedo y Gómez nos cuenta cómo fue aquello: «Formé la lista de los diputados en medio del tumulto y de la confusión; la vocería e importunidad de muchos me confundió la idea de algunos que son dignos de esta confianza sin que fuese posible fijarla a los sujetos por más que apuraba mi memoria». Otros documentos de la época dicen que las aclamaciones no fueron unánimes, que hubo acaloradas diferencias y que la elección fue consecuencia de una deliberada imposición. Con todo, se debe apreciar que el nombre de Antonio Nariño, preso en Cartagena, brillaba por su ausencia. Eso sí que fue deliberado y no fruto del «tumulto y de la confusión»: Nariño podía hacerles sombra, y por eso no lo nombraban.

Sébase, pues, que un empleado de la secretaría del virreinato de nombre Manuel María Fardo, chapetón, dejó testimonio escrito de aquella jornada y dice que a esa hora la gente estaba ya cansada y, queriendo retirarse a sus casas era contenida por los chisperos y por Acevedo para que siguieran respondiendo el «Síiii» electoral liderado por los propios elegidos, confabulados con Acevedo y Gómez. «Que no se vaya nadie», era la consigna y los propios candidatos eran los que animaban a los electores, proclamando la afirmativa cuando desde el balcón se gritaba su nombre. El voluble Manuel del Socorro Rodríguez comentó en el periódico *La Constitución Feliz* que omitía «referir las alteraciones acaloradas que hubo entre varios individuos de la nobleza y del pueblo relativas a la elección de vocales», porque ello le ocuparía todo un tomo. El cubano había sido nombrado director del periódico, que, ordenado por los insurrectos, fue una de esas

evidencias de las que luego se sirvieron las autoridades españolas, restablecidas en la «reconquista», para formular responsabilidades penales. Y remata don Ignacio de Herrera, uno de los vocales «elegidos», en un manifiesto publicado en 1811: «Aprueba el pueblo lo que propone un individuo; y esta buena fe ha sido principio de sus desgracias. El favor y la intriga colocaron a muchos que no tenían un verdadero mérito».

Las sorpresas, sin embargo, no pararon allí. Alguno de los improvisados tribunos gritó que se debía entregar al «pueblo» el parque de artillería en prevención de que hubiera un ataque para restituir el agonizante régimen. He aquí que se nombró una comisión para hablar con el Virrey, ante la cual este accedió a entregar el parque; su custodia fue confiada a José Ayala, otro criollo revolucionario, en compañía del mayor de la plaza, Rafael Córdoba. Las órdenes del Virrey fueron impartidas al coronel Sámano quien aguardaba impaciente a que se decidiera la defensa del régimen. Su asombro no conoció límites, pero finalmente accedió a entregar el parque. Es sabido que la Virreina increpó a su marido y lo tildó de imbécil e imprudente, amén de instarlo a sacar el ejército y batir a los insurgentes. Pero todo fue en vano; el Virrey no quería sangre, con lo cual, tampoco quería mando. Así, amable lector, el gobierno fue desarmado sin dispararse un tiro, ni haberse derramado una gota de sangre. El golpe de cuartel, el primero en la historia de Colombia, había sido consumado. El golpe político estaba por consumarse.

El cabildo extraordinario convocado pidió a Antonio Morales entrevistarse con el Virrey y obtener su autorización para que su representante instalase una Junta de Gobierno. Cuando Morales entró al recinto virreinal uno de los que acompañaban al Virrey sonrió en son de burla del delegado; entonces Morales lo increpó, diciendo: «¿Te burlas de mi traje? ¿Te burlas de la comisión de un Cabildo, de un pueblo que sabe hacerse respetar?». Y luego, volviéndose hacia el Virrey, le dijo: «Tres partidos se presentan ante V.E.: salir en persona a sosegar a un pueblo enfurecido; pasar personalmente a las casas consistoriales o aumentar las facultades de Jurado. ¿Cuál elige sin demora?». El Virrey, tembloroso, optó por ampliar las facultades de Juan Jurado, quien, perplejo ante lo que ocurría, decidió, entonces, convocar al Virrey para que se hiciese cargo de la situación en el recinto, pero este rehusó asistir «por encontrarse enfermo». Y enfermo estaba, de miedo y temor ante su propia debilidad. Morales le explicó que los que iban a integrar la tal Junta eran los más celosos defensores de la Corona, y entonces el agobiado Virrey, renunciando a sus escrúpulos, autorizó la Junta, no sin antes advertir, balbuceante, que se debían reconocer los derechos del trono por parte de la misma. Cuando Jurado llevó al consistorio dicha autorización, entró diciendo: «Yo debo ser la cabeza del Gobierno», ante lo cual el populacho respondió: «¡Nooo, jamás!»; fue cuando Acevedo y Gómez, interviniendo, aseveró que era «un delito de lesa majestad y alta traición el sujetar o pretender sujetar a la soberana voluntad del pueblo solemnemente proclamada en este día a la aprobación o improbación de un jefe cuya autoridad ha cesado».

Así nacía la Primera pseudo-República, porque la Junta había hecho explícito el reconocimiento de los derechos de Fernando VII, según quedó consignado en el acta levantada esa noche entre tachaduras, enmendaduras y juramentos:

Puesta la mano sobre los Santos Evangelios, y con la otra formada la señal de la Cruz a presencia de Jesu Cristo crucificado: juramos por el Dios que existe en el cielo, cuya imagen está presente, y cuyas sagradas y adorables máximas contiene este

libro, cumplir religiosamente la Constitución y voluntad del pueblo expresada en esta acta, acerca de la forma del Gobierno provisional que ha instalado; derramar hasta la última gota de sangre por defender nuestra Sagrada religión católica, apostólica, romana, nuestro amadísimo monarca Fernando VII y la libertad de la patria; conservar la libertad e independencia de este reino en los términos acordados; trabajar con infatigable zelo (*sic*) para formar la constitución bajo los puntos acordados, y en una palabra, cuanto conduzca a la felicidad de la patria.

Los ingenuos creyeron que el único problema iba a ser el no «defender la Sagrada religión católica».

Ya no había Virrey. Ya no había jefe. La autoridad de España había cesado en ese momento y los juramentos de lealtad a la Corona se convirtieron, con el tiempo, en mera tinta pasada por agua. Surgía, de nuevo, la autoridad de Antonio Amar y Borbón, ya no como Virrey, sino como Presidente de la Junta de Gobierno, patrocinado por Camilo Torres, Frutos Joaquín Gutiérrez y Acevedo y Gómez. Esta presidencia le duró tan solo cuatro días. Fue la más corta de nuestra historia republicana, debemos añadir. Su vicepresidente era José Miguel Pey. A las tres y media de la madrugada una comisión informaba al ex Virrey de su nuevo nombramiento. Lo que sucedió mal podría llamarse drama: era apenas un sainete, una mendaz sujeción a la Corona y al Consejo de Regencia de Cádiz, muy contraria a lo propugnado por Camilo Torres, tesis que se abrió paso en el acta de constitución de la Junta de Gobierno. Pero era también una *republiqueta*, que no era «ni chicha ni limoná», como dicen vulgarmente, porque allí mismo volvió a jurarse no «abdicar los derechos imprescriptibles de la soberanía del pueblo a otra persona que a la de su augusto y desgraciado monarca don Fernando VII», así como «sujetar este nuevo gobierno a la Superior Junta de Regencia, interin exista en la Península». Fue, entonces, cuando el tan esperado aguacero descargó su furia contra Santa Fe. Amaneció lloviendo. Pero era demasiado tarde. El Reyno ya también había sido pasado por agua.

Y la paz también. Porque desde entonces, desde esa lúgubre y horrible noche, tempestuosa, por cierto, nadie volvió a dormir en paz en los dos siglos siguientes.

## 10. EL FESTÍN DE LAS RAPOSAS

*El resultado es, por consiguiente, perpetuo desorden, perpetua desconfianza nacional y perpetua anarquía que es el padre y madre de los tiranos y usurpadores.*

FRANCISCO DE PAULA SANTANDER, carta a Bolívar

### **Los cuatro días de Antonio Amar y Borbón**

Poco tiempo tuvieron para dormir los conspiradores del 20 de julio. Hacia las once de la mañana del día siguiente se presentaron ante el flamante Presidente de la Revolución, formados en dos alas, quien los recibió en la Sala de Audiencias con toda la solemnidad que el acto demandaba. Apenas habían tenido tiempo de «pestañear» un poco, afeitarse la barba crecida en la jornada anterior, ponerse traje dominguero y marchar con paso lento y circunspecto hacia el que fue Palacio Virreinal. El despreciable sujeto Antonio Amar y Borbón, en un postrer acto de debilidad mental y moral, juraba una lealtad que antes había jurado a la Corona española. Solo le quedaban cuatro días de cobarde perfidia.

Mientras esto ocurría, el exaltado Carbonell se enteraba del rumor que corría de que los realistas, al mando de Ramón de Infiesta, albacea de Llorente, iban a cortar las cabezas a diecinueve neogranadinos ilustres, especie difundida por Acevedo y Gómez y José Miguel Pey. Enterado de la noticia, Carbonell alebrestó de nuevo a sus secuaces, quienes lo siguieron en tropel hacia La Capuchina a liberar al canónigo Andrés Rosillo y Meruelo, primo de Acevedo y Gómez, y quien, era sabido, prestaba su casa a reuniones de tipo conspiratorio. Ese canónigo no era ningún santo. Más bien, era un inmoral clérigo que en 1808 había persuadido a un amigo a casarse en Simacota con la amante que durante años él mismo entretuvo. Luego, siendo rector del Rosario, consiguió otra amante de nombre Luz de Obando, mujer casada cuyo marido burlado puso la queja ante las autoridades curiales. Rosillo, entonces, interpuso los buenos oficios de sus amigos para que el proceso contra él se dilatara o se archivara. Advertido de las andanzas del canónigo por el esposo de la infiel, el Virrey ordenó el destierro de la amante, a quien llamaban «la rectora», a la Villa de Leyva donde murió en circunstancias misteriosas. Rosillo odiaba al régimen que lo había separado de su amor. Temeroso de que el Virrey empleara contra él castigos similares, se presentó ante la Virreina e intentó ganarse su simpatía ofreciendo a ella y a su esposo el trono del Nuevo Reyno, presumiendo que Fernando VII había muerto a manos de Napoleón. Le dijo en estos o en similares términos: «El señor Fernando VII ya habrá muerto por el acero, por el veneno o por la cuerda; es preciso tomar aquí partido; el pueblo adora a Vuestras Excelencias y los proclamará como Rey y Reina». La Virreina no se dejó embaucar por el canónigo y lo echó a gritos a la calle. Rosillo había sido uno de los apresados junto con Nariño en 1809 cuando las autoridades se enteraron de que este visitaba su casa para conspirar contra la Corona.

Luego de que el canónigo fuese liberado por la turbamulta, la enfurecida muchedumbre se

dirigió, amenazante, hacia el Palacio de los Virreyes, donde se celebraba, con viandas y bizcochos, el juramento del ex Virrey-Presidente. Todas las raposas se habían juntado para «merendarse el poder». Reían y bromeaban como alegres compadres por el éxito de su hazaña. El único que guardaba una cierta distancia era el ex Virrey-Presidente, quien, circunspecto y ojoso, apenas sonreía con esfuerzo evidente. Los santafereños le gastaban bromas, como queriendo congraciarse con el desgraciado Amar que no cesaba de pensar en el juicio de responsabilidades que le podrían hacer por su melancólico comportamiento en horas tan cruciales. La ex Virreina comprendía mejor las consecuencias, y ambos se consolaban con la excusa de que Amar había sido forzado a aceptar lo inaceptable movido por el interés de evitar un derramamiento de sangre.

Alguien llevó la noticia de que el populacho avanzaba por la calle de La Moneda y la Calle Real hacia la Plaza Mayor; algunos vocales se dispusieron a comer más de prisa, buscando recuperar las fuerzas disminuidas por la vigilia de la noche anterior. Hubo quien se atragantó y no dejó de toser hasta que salió del edificio. De poco tiempo dispusieron, porque a las doce del día fue llegando la muchedumbre en número mayor que en el día precedente; era clara la debilidad mostrada por el Gobierno. Habían probado la sangre y ahora pedían comer del muerto. Esos exaltados fueron llegando con armas blancas y exhibiendo las pistolas y rifles que habían quitado a la guardia de la cárcel. Envalentonados, pidieron a gritos la prisión para los oidores Hernández de Alba y el regidor Mancilla. Los vocales se levantaron de sus sillas y, dejando de lado el improvisado banquete, salieron al balcón a improbar las peticiones. Las servilletas cayeron al suelo. Los ánimos también. En tanto unos hacían esto, los demás, presos del desconcierto, abandonaron el palacio precipitadamente con el comensal que no dejaba de toser y que era recriminado por el resto de comensales, no fuera que su desmedida tos revelara el escape. Más debió parecer aquello un zafarrancho que un festín.

Al no tener respuesta satisfactoria porque las exigencias incluían la violación de los acuerdos y la anulación de la elección de los miembros de la Junta, la turba asaltó y saqueó las casas de los oidores. Algunas milicias intervinieron para proteger la vida de sus moradores. La Junta, ya dispersa, comprendió que sus antecedentes revolucionarios estaban creando una nueva dinámica revolucionaria al permanecer inalterada la exigencia de hacer comparecer a los dos oidores con cadenas y grillos en los balcones del Cabildo para luego conducirlos a la cárcel en medio del escarnio público. Corrían las seis de la tarde y la luz mortecina de la sabana se extendía piadosa sobre los angustiados funcionarios, pero el populacho no cedía. Lejos de eso, pedía encender bujías en los balcones y que se realizasen cuanto antes sus deseos. Y bujías fueron encendidas a condición de que la turba mostrase moderación y no gritase palabras injuriosas y soeces y, mucho menos, que les lanzaran piedras. Los líderes populares accedieron y los dos oidores fueron exhibidos bajo la luz amarillenta y titilante de los faroles que fueron puestos muy cerca para que se pudieran ver las cadenas. De nuevo, nadie de quien se sepa ha objetado esa denigrante conducta de las nuevas autoridades que, presumiblemente, venían a acabar con los brutales métodos de los españoles y a emanciparse de las costumbres tiránicas impuestas.

Los vientos sabaneros trajeron nuevas nubes tormentosas el día 23 de julio de 1810 cuando la Junta, repuesta del susto del día anterior, se reunió a instancias de don Camilo Torres y don José Miguel para decidir que era menester demostrar al pueblo con quién estaban sus lealtades y poner

freno a sus desmanes. A tales efectos, se ordenó poner en los balcones de las casas consistoriales un retrato de don Fernando VII que, bajo palio, dominaba con su gran tamaño toda la Plaza. Bajo él se puso una guardia de honor para rendirle pleitesía, pues aquella efigie era llamada «nuestro amado soberano», según lo publicó el *Diario Político*. Luego hubo desfile frente al retrato, mientras la banda militar entonaba aires marciales de la vieja España y las tropas iban a presentar armas ante las nuevas autoridades constituidas por la «soberanía popular» de cien manipuladores. El primer bando proclamado sostenía «defender la religión católica, apostólica y romana, universalmente recibida por nuestros mayores; defender los derechos de nuestro amable soberano don Fernando VII, conservando este reino a su augusta persona hasta que tengamos la feliz suerte de verlo restituido a un trono del que le arrancó el tirano del mundo; a favor de la tranquilidad pública se prohíbe absolutamente todo espíritu de división... exigiendo muy particularmente el amor que debe tener el pueblo a los españoles europeos, reconociendo en ellos a sus hermanos y conciudadanos...; el pueblo pedirá lo que quiera por medio de su síndico procurador, que aprobará lo que sea justo».

La antigua costumbre de colocar a los presos cadenas y grilletes, lejos de ser abolida, se fue consolidando en medio de los nuevos aires de «libertad», a tiempo que se ensayaba una nueva: erigir facciones rivales que disputasen el poder palmo a palmo. El poder fue disputado por unos contra otros, particularmente porque los facciosos consideraron que las disposiciones de la Junta eran una afrenta. Así, en una taberna del barrio San Victorino eligieron una Junta Popular, presidida por el joven José María Carbonell para hacer contrapeso a la Junta Patricia. En esa otra asamblea nocturna se debatió y aprobó forzar el desconocimiento de la soberanía real, la declaratoria de Independencia y la prisión del ex Virrey-Presidente. Alarmadas las nuevas autoridades, ordenaron hacer leva de hombres para conformar cuatro escuadrones de caballería compuestos por seiscientos efectivos al mando de Antonio Baraya y Joaquín Ricaurte. Era también la primera vez en la historia que se necesitaba semejante pie de fuerza permanente en la capital para resguardarla de una amenaza, también permanente. Añadiré que a partir de entonces, y durante los dos siglos siguientes, el pie de fuerza nunca cesó de incrementarse; que aquella también fue la primera vez que se recurrió a las reservas campesinas para que, dejando el arado, ingresaran a empuñar la espada.

La improvisada soldadesca fue reclutada a las volandas y del Palacio se tomaron numerosas medialunas y lanzas que les servirían de armamento. La leva fue encomendada al conocido hacendado don Pantaleón Gutiérrez, casado con la hija del oidor Moreno y Escandón, odiado por los insurrectos Comuneros de 1781 y a quien ahora asociaban, por sus vínculos familiares, con una nueva represión. Ese señor Gutiérrez había hecho de su finca La Herrera un sitio de solaz y descanso, reclinada, como estaba, sobre el cerro de Serrezuela junto a una bella laguna y un valle de hermosas y verdes colinas. Al llamado de la paga, los primeros pelotones llegaron a la capital y se les proveyó de caballos y uniformes. A poco, andaban de cuatro en fondo armados de lanzas y hoces, grandes monturas, rejos al arción, pellones de lana, estribos de cobre y, como atuendo, ruana de lana, calzón corto de gamuza, zamarros de cafuche, botas de lana azul, pañuelo «rabo de gallo» en la cabeza, cuyas puntas caían sobre la espalda, y sombrero de lana. Los jefes iban provistos de espada toledana de cinco cuartas en vaina de vaqueta. El paso a medio trote de tantos

caballos hacía tal ruido como no se había oído otro semejante en Santa Fe; tal vez fue el campaneó de las estriberas golpeándose unas contra otras lo que hizo pensar a algún distraído transeúnte que en el Palacio estaban cargando los cañones para disparar contra la chusma. El cuento pronto se regó por todas partes y los agitadores populares, García, Francisco Javier Gómez y José María Carbonell, se dieron a la tarea de aseverar al pueblo que se estaba preparando algo muy gordo contra ellos. Los chisperos llevaron la confirmación de la falsa alarma a carniceros, revendedores, pulperos y maestros de oficio, encargados de alebrestar las masas.

La convocatoria de la chusma tardó tres días en conseguirse y una vez obtenida la fuerza suficiente, el 25 de julio se le hizo avanzar hacia la Plaza Mayor exigiendo «prisión para los virreyes». La crónica del *Diario Político* nos lo cuenta: «De repente se difunde con una velocidad increíble la voz de que la guardia de honor que aún se conservaba al virrey Amar había cargado con balas sus fusiles, que había muchas armas ocultas en Palacio; que había también cañones, y que habían oído también los golpes precisos para cargarlos». La casa del ex Virrey-Presidente Amar fue rodeada y el Cabildo invadido para que la Junta Central ordenase el despeje de Palacio y la detención de los esposos, el ex Virrey y la ex Virreina. Su guardia personal huyó despavorida, perdiéndose entre la multitud de revoltosos y curiosos que querían ver circo. El Palacio fue registrado, pero nunca se encontraron las armas ni los cañones. El vicepresidente Pey, en un intento por calmar los ánimos, a voz en cuello informó al tumulto que nadie había pensado en cargar contra el pueblo y que todos los rumores eran infundados. El populacho no se calmó y, por el contrario, azuzado por García, Gómez y Carbonell intentó asaltar el Palacio si no ponían presos a los regios representantes. Sucedió que una canallada se apiló sobre la otra, y una cobardía sobre otra cobardía; la Junta convino en dar gusto al pueblo para evitar males peores y accedió a ordenar la detención de Amar y de su esposa.

La Junta Popular tuvo la gentileza de acceder a la formación de una comisión que entrase a detener a los magistrados de la Corona. Cuando la comisión se hizo presente, el ex Virrey y la ex Virreina se encontraban solos y a merced de lo que ocurriera. La casona estaba vacía. Ni un criado, ni un gendarme, ni un portero que atendiese la visita de los enviados por la Junta compuesta de pusilánimes notables que se rendían, esta vez ellos, a los impulsos de los nuevos revolucionarios. Queda el infame registro: «Entran los señores y les intiman prisión y les dicen que el pueblo está armado; que la artillería está al frente cargada con metralla y que a la menor resistencia harán fuego». El ex Virrey, que ya no se arrastraba, era ahora arrastrado por sus carceleros. Amar fue trasladado al edificio del Tribunal de Cuentas donde se le encerró. En el camino, rodeados por la muchedumbre, alcanzaron a oír de algún envalentonado patricio criollo que con el primero que los agrediera se daría la orden de abrir fuego. Fue el más grosero disimulo registrado, como para que el Virrey se enterara de que sus compañeros de Junta estaban siempre prestos a defender su vida con las suyas. Amar debió pensar en el rey Capeto, Luis XVI.

## **Empieza el circo**

Empezaba el circo. Era un circo extrañamente silencioso y amenazante. Los ex Virreyes fueron

conducidos por algunos miembros de la Junta Central por entre una turbamulta armada y vociferante que contrastaba con los viejos santafereños que, a su paso, se descubrían la cabeza. El cuadro no podía ser más desolador, pues no se atinaba a decidir si era peor ver las lágrimas rodar por las mejillas de las gentes que guardaban distancia del tumulto o ver la tristeza y desánimo reflejados en la cara de los dos magistrados que con tal injusticia eran conducidos a la cárcel. El Virrey se mostraba nervioso y acoquinado; la Virreina, serena y con firmeza de ánimo. Ninguno de los dos pudo dejar de recordar aquella bienvenida que el notablato les había dispensado unos años antes, ni los versos que enhorabuena habían compuesto en homenaje a la Virreina. ¿Os acordáis de aquellos «Y tú amable Francisca venerada... tú serás de nosotros respetada, tu ilustre nombre no verá el olvido»?

La venerada dama fue conducida al convento de Santa Gertrudis, ante cuyas puertas se destacó una guardia armada para cuidar de que no escapara. A su paso hacia la reclusión algunas mujeres de mal vivir alcanzaron a arañarla y a destrozarle el vestido. Pero no hubo respuesta armada ante la agresión. Los bandos y proclamas no eran más que amagos de una autoridad delicuescente que bien pronto enteró a Amar hasta dónde lo defendían sus ex colegas.

Algunos miembros de la Junta consideraron seriamente que poca diferencia había entre su revolución de ayer y el motín subversivo de ahora, si ambos provenían de sentidas reclamaciones y aspiraciones. La diferencia era que estas estaban localizadas en estratos diferentes de la población y diferían en número y calidad, mas no en sustancia. Tampoco por estos relatos podemos imaginar que esta vez sí había salido una gran muchedumbre. No fue así. Eran pocos los agitadores, pues el vicepresidente Pey ordenó esa misma tarde: «Retiraos y que no se oigan más en adelante las tumultuosas voces que el pueblo pide; el pueblo dice; el pueblo quiere, cuando tal vez no es más que un individuo, una pequeña fracción, un partido, que se aprovecha de vuestra reunión para usurpar vuestro nombre».

Era, pues, una multitud parecida a la que los había acompañado en la jornada del pasado 20 de julio. La diferencia estaba en los cinco días transcurridos, y en otra más: que en aquel día los actores habían sido los patricios, los «ilustrados» del Nuevo Reyno, en tanto que ahora la gleba estaba dirigida por alguien que no pertenecía al patriciado. En cuanto a la cobardía mostrada por las nuevas autoridades, no había diferencia alguna. En esto se igualaron. En lo que sí fueron inigualables fue en la calidad del cinismo desplegado, cuando por bando firmado y publicado el 25 de julio de 1810 se prohibía al pueblo acudir en masa a pedir y a exigir reivindicaciones en las calles porque así se violaba la tranquilidad pública. Para evitar los tumultos se nombraron representantes en cada barrio encargados de portar a la Junta las peticiones formuladas. El cinismo consistía en que cinco días antes los notables habían desatado una conmoción que había dado al traste con el viejo orden legal y ahora se quería preservar el nuevo, pero ilegal, ordenamiento.

No obstante, esto era tinta derramada en vano. El 26 de julio la Junta Central accedió a soltar todos los presos, independientemente de los delitos que hubiesen cometido. El populacho estaba ebrio de victorias y de chicha, la bebida embriagante de los antiguos moradores indígenas que se dieron a beber en cantidades de indulgencia plenaria. Los reos, libertos, bailaron. Y todos fueron muy felices. Hasta cuando se enteraron de que venía un nuevo Virrey, el señor Francisco Javier

Venegas, en reemplazo del anterior y que Antonio Villavicencio, que ya se aproximaba a la capital, traía la noticia. José Miguel Pey, vicepresidente de la Junta, se apresuró, entonces, a notificarlo de los sucesos del 20 de julio, notificación que recibió de manos del alcalde Juan Merino cuando entraba en Honda, tras el largo viaje por el río Magdalena. Al mismo tiempo llegaba a la capital otra, más preocupante: que el Consejo de Regencia sentía hostilidad respecto de las juntas de gobierno nombradas en los territorios americanos y que estos actos subversivos debían ser sancionados drásticamente. Ese mismo día la Junta Central sesionó hasta altas horas de la madrugada, intentando dirimir las diferencias que había en su seno. ¿Qué se haría con el nuevo Virrey? ¿Se le enviaría a la cárcel a hacer compañía a Amar? ¿Sería también la señora Virreina remitida a tertulia con la señora Villanova a la cárcel de mujeres a donde ahora estaba? ¿Debía la Junta Central volver a reconocer el Consejo Supremo de Regencia? La mayoría optó por un franco rompimiento con la Regencia, pero los miembros exigieron unanimidad, que no mayoría democrática, para adoptar la decisión. Era evidente que todos querían ir acompañados al patíbulo, si fuere el caso.

Según acta de don Manuel de Pombo, calendada en agosto de 1810, parece ser que tanto él como Camilo Torres y Tomás Tenorio estaban por aceptar el vínculo real y evitar el rompimiento. Como se dijo, Manuel de Pombo Ante y Valencia estaba casado con Beatriz O'Donnell, quien fuera azafata de la primera esposa de Fernando VII. Hacia la madrugada del 26 hubo miembros que se fueron inclinando por la conveniencia de no comprometerse hasta no conocer el desenlace de la invasión napoleónica en España. Pero en la madrugada del 27 las cosas cambiaron radicalmente. Ya no se buscaba unanimidad, sino una mayoría simple que decidiera; y la mayoría decidió que la Junta Central no debía permanecer sujeta al Consejo de Regencia a menos que este fuese elegido por voto libre, «unánime» y general de la Nación española. Se pedía lo imposible, pues era irreal aspirar a la unanimidad de la Nación cuando esto ni siquiera había podido lograrse en una simple Junta, como la que sesionaba. Alcanzado este acuerdo, la Junta Central decretó que en Cartagena se impidiese la salida del nuevo Virrey de manera decorosa después de darle a conocer el desencadenamiento de los sucesos en el interior del Reyno. Camilo Torres, el más sensato y ponderado de todos los revolucionarios, había cedido, finalmente, a la tentación de retener el poder, todo el poder político. Pero se había convertido en reo de sangre.

En este punto conviene decir que el país se había quedado sin carta constitucional, ya que se había desconocido el juramento hecho al inscribir el acta redactada entre el 20 el 21 de julio en la que se proclamaban la Junta y también la fidelidad a la Corona y a la Regencia. La justificación de tal desconocimiento no puede ser más alambicada ni describir mejor el *leguleyismo* que desde entonces se arraigó como una mala hierba en el alma de los colombianos: que «haber reconocido a Fernando VII como rey de todos los granadinos era la sustancia de la promesa y que el reconocimiento del Consejo de Regencia no era más que una forma accidental respecto del Rey y del juramento de fidelidad prestados».

Trasladar al orden jurídico los conceptos filosóficos y metafísicos de Santo Tomás y de Aristóteles no era más que una burda maniobra de «tinterillos» que no prestaban más que accidental atención a la sustancia de las cosas. Los criollos, con este acto, se habían graduado en las artes del engaño y de querer imponer la retórica sobre los hechos, el más notorio de los cuales

era el que la macro-familia se había apoderado del Gobierno: *Presidente* José Miguel Pey. *Gobierno y Diplomacia*: Pey, Camilo Torres, Acevedo y Gómez. *Negocios Eclesiásticos*: Juan Bautista Pey, hermano del Presidente, Andrés Rosillo, primo de Acevedo y Gómez, y Francisco Javier Gómez, primo también. *Gracia y Justicia*: Tomás Tenorio, tío de Camilo Torres; Joaquín Camacho, Luis Caicedo y Flórez, Antonio Morales, parientes entre sí. *Guerra*: José Santamaría, Antonio Baraya Ricaurte, Francisco Morales, hermano de Antonio Morales, el de Gracia y Justicia; era, además, yerno de Luis Caicedo y Flórez. *Hacienda*: Manuel Bernardo Álvarez, Pedro Groot, José París y Luis Azuola y Lozano, pariente político de Álvarez. *Policía y Comercio*: José Ortega y Mesa, cuñado de Antonio Nariño. Llegaba el «Nepotismo Ilustrado».

Antonio Villavicencio, por fin, también llegaba a la capital por el camino de Guaduas y se hacía presente en la sala de sesiones donde no se le acogió en su condición de emisario del Consejo de Regencia, sino como a un simple ciudadano. Allí recibió la nota oficial de la Junta Central sobre el desconocimiento al Consejo de Regencia. La respuesta de Villavicencio fue de acatamiento y, considerando que ya existía un nuevo gobierno, declaró suspendidas sus funciones como comisario regio. Ya estaba totalmente persuadido de que la justicia asistía a los granadinos revolucionarios y decidió abrazar la causa patriota. Para todos los presentes, el reloj de la historia y de la vida se había, súbitamente, detenido. Habían dejado sus vidas en suspenso.

La Muerte se alistaba a cabalgar hacia Santa Fe de Bogotá para cobrar la sangre de las traiciones a España, al Rey y al futuro de la Hispanidad.

## **La República veja a los ex Virreyes**

En el transcurso de los días siguientes se experimentó una tensa calma lograda con algunas celebraciones de carácter religioso, entre ellas algunas procesiones. El 29 de julio la Catedral que había anochecido realista, amaneció republicana y celebró un *Te Deum* en acción de gracias por el nuevo régimen que, con gran sentido de justicia, mantenía en la cárcel a los antiguos delegados imperiales y en la calle a los delincuentes comunes. Todo, conseguido sin derramar una gota de sangre. Todavía. La misa fue cantada por el arcediano doctor Juan Bautista Pey. La Junta de Gobierno, vestida de etiqueta, estaba acompañada del Cabildo, tribunales, comunidades religiosas, colegios, militares y soldados. Anota José Manuel Groot que «la clase militar contaba ya con más oficiales que soldados, porque todos los jóvenes querían serlo, por andar con vueltas coloradas y sable al cinto». Se comenzaban a ensayar los primeros dictadores de hojalata.

El 6 de agosto se celebró un nuevo aniversario de la Conquista que tantos bienes había deparado a los descendientes de los conquistadores, que no habían vacilado en tomar el poder, todo el poder, para ellos solos sin compartirlo o entregarlo a los indios; porque si alguien podía reclamarlo con más títulos a su favor eran estos y no aquellos. Era una de esas extravagancias en medio de un naciente fervor independentista. Poco comprendían entonces, como no llegó a comprenderse jamás, que había una estrecha ligazón entre los bienes adquiridos y la unidad política mantenida entre americanos y españoles. Luego de desmembrada la unión, y en los siglos venideros, nadie volvió a relacionar el hecho independentista con el empobrecimiento relativo y

constante de aquellos otrora prósperos reinos. Tampoco nunca nadie relacionó que si de independencia se trataba, tras los españoles debieron haber salido los criollos blancos descendientes de estos. Han transcurrido casi doscientos años de Independencia y todavía no hemos logramos alcanzar las cotas de bienestar que en cifras absolutas y relativas a otros pueblos había alcanzado el conjunto hispanoamericano que ya por entonces superaba a las de la misma Metrópoli y eran, ciertamente, más elevadas que las de las ex colonias británicas.

Libres ya de las «cadenas» españolas, los criollos se dieron a la tarea de «revisar» la política de los resguardos indígenas y encargaron a don Miguel de Pombo hacer unas recomendaciones sobre cómo despojar a los indios de las tierras que por siglos les había concedido la Corona. En tanto la Junta se ocupaba de estos menesteres, José María Carbonell empleaba su tiempo en organizar juntas en los diferentes barrios capitalinos dependientes de la Junta Popular de San Victorino. Estos conciliábulos oficialistas hicieron que se conformaran comandos armados para enfrentarse a las milicias republicanas. Los días del 9 al 11 de agosto vieron incrementarse la inquietud y calentarse los ánimos belicosos de un populacho que ahora exigía que el ex Virrey y la ex Virreina fuesen trasladados a la cárcel común. La Junta respondió, entonces, nombrando a don Pedro de la Lastra comandante de una escolta que debía proceder a conducir a los ex mandatarios hacia Cartagena para librarlos de esta segunda afrenta. La idea era deportarlos a España. Pero el pueblo no se calmó y el día 12 de agosto se lanzó a la calle ante los rumores de que la salida de los virreyes era una coartada de la Junta para buscar apoyo militar en otras provincias del Reyno. El 13 el tumulto aumentó de tono y tamaño. La canalla popular pedía la cárcel y los grillos para el ex Virrey-Presidente en tanto que la tropa se replegaba a proteger las casas consistoriales y el Tribunal de Cuentas donde Amar permanecía confinado desde el 25 de julio. Un cronista de la época refiere que «el pueblo amotinado ha tomado tanto ascendiente y está tan sobre sí, que a nadie respeta, de manera que de un mes a esta parte hemos estado en perfectísima anarquía. Decretan prisiones, sangre y muertes, como si el establecimiento del nuevo gobierno... hubiese sido para extirpar al género humano o para convertir esta ciudad en una cárcel para todos los habitantes del reino».

Más y más chusma comenzó a llegar de los barrios aledaños a la Plaza Mayor y pronto se desató una pedrea contra las milicias que respondían a la agresión con simulacros de contraofensiva. Finalmente, se calaron las bayonetas a tiempo que la gente gritaba «abajos» contra los miembros de la Junta. Aterrados, esos menesterosos de independencias eran ahora presos de la furia popular y volvieron a ceder sus fueros y convicciones: el ex Virrey fue trasladado a la cárcel común y la ex Virreina a la cárcel de mujeres El Divorcio, conducida por entre una calle de seiscientas mujerucas que iba desde el convento de la Enseñanza hasta la Plaza. En el camino la señora fue asaltada por la plebe liderada por una tal Rosalía Contreras, apodada *La Raimunda*, y otras como Manuela Camero, Rosa Delgadillo, cada una peor que la otra en insolencia y desfachatez. Le gritaban vulgaridades jamás antes dispensadas contra una dama en Santa Fe, ciudad donde echar un carajo se tenía que hacer a hurtadillas. De la manera más indigna fue conducida la amada dama del señor Amar, pues las mujeres, metiéndose por entre las piernas de la autoridad, rebasaron la fila y alcanzaron a golpearla, rasgarle la saya y el manto y llevarla a empellones hasta el punto de hacerla caer en las aguas del caño que entonces pasaba junto a la

Catedral. Con el vestido desgarrado y enlodado, y ella cubierta de contusiones, la dama fue encerrada en prisión, mientras el pueblo celebraba y se emborrachaba en las calles. A todo esto, los vocales de la Junta permanecían dispersos y encerrados en sus casas. La revolución se les estaba saliendo de las manos. Doña Francisca debió pensar en María Antonieta, reina de Francia.

La reacción de los santafereños de buena ley, aunque parca, no se hizo esperar más. El día 14 el notablato se acercó a la Plaza y, congregado frente al Ayuntamiento, solicitó a la Junta dar por concluidas las afrentas y llevar a los dos magistrados españoles a Palacio. La Junta, accediendo a tan justo reclamo, taponó las calles de tropa y se dirigió a las cárceles. Se formaron dos cortejos: uno de hombres, encabezado por José Miguel Pey y Camilo Torres, y otro de damas, encabezado por Francisca Prieto Ricaurte de Torres, esposa del anterior, Rafaela Isasi de Lozano, esposa del marqués de San Jorge, Mariana Mendoza de Sanz de Santamaría, amén de otras prestigiosas damas de la alta sociedad que con ramos de flores se dirigieron a El Divorcio.

Al paso de los ex Virreyes se formaron dos filas de numerosa concurrencia que iban desde las cárceles hasta el antiguo Palacio Virreinal. Mucha gente batía palmas para saludar a los desgraciados mandatarios y quienes presenciaron el desfile acreditan que tuvo una solemnidad impresionante. Pero ya las cartas estaban echadas y era demasiado tarde para volver atrás o reparar los daños causados, pese a que la Junta solicitó a Amar permanecer en Palacio. La petición parecía excesiva, máxime cuando la Corona ya había nombrado su reemplazo. El ex Virrey solo atinó a solicitar que se le desembargaran sus bienes vilmente confiscados. Como esta petición no podía resolverse con la prisa requerida, y ante los graves disturbios que se presentaban en San Victorino y la amenaza de Carbonell de llevar a los Virreyes a prisión nuevamente, la Junta convino en indemnizarlos con una suma de dinero. Veinticuatro horas después de ser liberados los virreyes salieron sigilosamente de la capital rumbo a Cartagena y de allí hacia España. Por toda comitiva los acompañaron tres criollos por el camino de Honda. Pocos haberes llevaban y de los que dejaron jamás se volvió a saber, con excepción de las sillas que llegaron a mis manos tras dos siglos de espera. Atrás dejaron todo, menos la amargura.

En Cartagena los esperaba la sorpresa de que la guardia que los iba a custodiar en La Popa hasta el día de la partida para España no los saludó debidamente al verlos franquear el umbral de la puerta. El Virrey, indignado, dijo al Capitán de la guardia: «Atienda usted, señor oficial, que no se me han hecho los honores de Capitán General» a lo cual el increpado contestó: «A mí no me han mandado aquí a guardar Capitanes Generales, sino presos».

Los oidores Juan Hernández de Alba, Joaquín Carrión, Diego Frías y Manuel Martínez Mansilla también salieron deportados de la Nueva Granada después de haber sido encerrados en una cárcel de El Socorro. Para ellos dispuso la Junta la suma de cuatro mil quinientos pesos y trescientos más para deportar al secretario Francisco Cortázar, aquel que había sacado una silla de la Audiencia para contemplar el motín desde la acera. Así paga el Diablo a quien bien le sirve, según se afirma. El 16 de agosto Carbonell y sus secuaces, Manuel García y Joaquín Pontón, eran detenidos. Empezaba el festín de sangre entre los criollos.

## 11. TODOS CONTRA TODOS

*Se pueden entregar al gobierno británico las provincias de Panamá y Nicaragua para que forme de estos países el centro del comercio del universo.*

SIMÓN BOLÍVAR

### **Se inaugura la «Patria Boba» y se despoja a los indios**

La llamada «Patria Boba» se instaló del 22 de julio de 1810, día en que los criollos tomaron el poder, hasta el 6 de mayo de 1816, día en que las tropas españolas al mando de Pablo Morillo ocuparon la capital del Nuevo Reyno de Granada. En estos seis años se vio la muestra de lo que serían los dos siglos siguientes. Luego vino la reconquista, la justicia y el orden, y después volvió la guerra, la ruina y la anarquía.

Idos ya los infelices virreyes, nadie volvió a acordarse de que Antonio Nariño permanecía detenido en Cartagena; o, a lo mejor, algunos lo recordaron, pero poco convenía acelerar los trámites para su regreso. Los patricios del golpe y, en general, la tribu familiar ahora en el poder, sabía que Nariño era una figura mayor que podía venir a hacerles sombra y a reclamar para sí haber sido el primero en sufrir la cárcel por su rebeldía. Quizás intuían que, sin su ejemplo, la revolución no habría sido posible. Esto lo había advertido don Camilo Torres, su más prestigioso émulo. Torres tal vez era el más sensato revolucionario que veía en Antonio Nariño la radicalización de un movimiento que podía conducir a un baño de sangre; pero aquel voluntario olvido no podía agrandar a su mujer, doña Magdalena Ortega de Nariño, quien vehementemente pedía a la Junta interviniera para la pronta liberación de su esposo. Sus súplicas cayeron en oídos sordos. Muchos de ellos, en el patíbulo, iban a quedar sordos para siempre.

El 24 de septiembre de 1810, con base en el estudio encargado a don Miguel de Pombo, la Junta aprobó por unanimidad la abolición del *status* jurídico que otorgaba protección a los indios con la figura del «resguardo». Los resguardos estaban conformados por inmensos territorios con título de propiedad colectiva, de acuerdo con sus tradiciones, y estaban regidos por estatutos especiales que los ampararon durante todo el transcurso de la presencia española en América; dentro de este marco jurídico especial los indígenas no estaban obligados a pagar los tributos que recaían sobre el resto de la población sino a hacer una «contribución única» a la Corona, la cuarta parte de la cual se destinaba a sostener al cacique y apoyar al clero.

Apremiados por las necesidades fiscales que ya comenzaban a sentirse, los patricios criollos juzgaron en el primer artículo del decreto «quitar desde hoy esa divisa odiosa del tributo y que en adelante gocen los referidos indios de todos los privilegios, prerrogativas y exenciones que correspondan a los demás ciudadanos... quedando solo sujetos a las contribuciones generales que se imponen a todo ciudadano para concurrir a las urgencias del Estado». Esto no fue más que una excusa para esquilmarlos, pues nadie podría pensar que los indios iban a gozar de los

«privilegios, prerrogativas y exenciones», como si ellos fuesen parecidos, cultural o sociológicamente, a los demás ciudadanos. La consecuencia de la abolición del tributo y del otorgamiento de esta igualdad nominal no fue otra que desencadenar una serie de calamidades sobre una población indefensa que durante tres siglos había estado cobijada por expresas garantías civiles.

El artículo segundo del decreto ordenaba liquidar los resguardos. Arruinados y abandonados, los indígenas se vieron precisados a ir entregando sus tierras a los ambiciosos criollos a cambio del ostentoso título de «ciudadanos» que ni habían pedido ni sabían para qué servía. Pronto se dieron cuenta de que les servía para perder todo cuanto poseían. Por primera vez se vieron precisados a alquilarse en las haciendas de los criollos que, cierto era, padecían de una crónica escasez de mano de obra, lo cual favorecía en materia salarial a quienes trabajaban en ellas. Esta fue otra razón oculta que originó el decreto: la sobreviniente reducción de los salarios indígenas y la abundancia de mano de obra barata que sobrevino.

En el pasado, bueno es recordarlo, el llamado «concierto agrario» obligaba a los indios a proporcionar a las haciendas una cuota de trabajadores asalariados tasada en el 20 o 25 por ciento de la población apta de cada resguardo, pues la Corona nunca había accedido a despojar a los indios de sus tierras. La situación era ahora al revés. La abundancia de mano de obra deprimió los salarios y empobreció a los indígenas que, ya sin tierra y sin propiedad comunal —según era su ancestral costumbre— tuvieron que valerse individualmente. Con lo que no contaron los patricios, empero, fue con el desabastecimiento progresivo de víveres que también sobrevino, puesto que estos eran antes suministrados por los cultivos que esa población hacía en sus resguardos ahora abandonados. Como resulta fácil comprender, esas instituciones de merced eran desde antiguo mal miradas por los criollos que se veían precisados a pagar altos salarios para obtener la mano de obra agrícola necesaria para sus fincas.

El esquema de reparto de las tierras indígenas fue ingenioso. A cada familia se le entregó un cuarto de hectárea, a veces media, con lo cual se crearon unos fabulosos sobrantes de tierras que fueron entregados a los patricios criollos a título gratuito y a veces en subasta pública que estaba más que concertada. Los indios terminaron con las peores parcelas: las que estaban en los riscos, en las faldas erosionadas, en las tierras más estériles, a cambio de un título de propiedad personal que poco valía. El resultado fue un brutal ensanche del latifundio que enriqueció a unos y empobreció a la mayoría. Fue, si se me permite el símil, una especie de «enriquecimiento ilícito», como el que hoy persiguen las autoridades o, dicho de otra manera, «peculiarmente lícito», al tenor de los nuevos tiempos que llegaban. Ese fue el primer gran decreto de los criollos en materias económicas.

Hecho esto, y abolidas las cajas cooperativas, los usureros también se enriquecieron haciendo préstamos a los indígenas para cultivar unas parcelas que, por su escasa extensión e inadecuada situación, ya no eran productivas. Muchos terminaron entregándolas en «dación en pago». Fue así como se formó un ejército de indigentes y degradó el nivel de vida, lo que ayuda a explicar por qué fuimos más pobres en la Independencia que en la Monarquía. Explica, también, por qué la riqueza y la pobreza siguen tan concentradas en América. La pobreza generalizada fue el precio que se pagó por la «libertad», una esquivada y equívoca palabreja de la que luego se haría frecuente

uso para dividir las antiguas provincias en repúblicas independientes escindidas las unas de las otras por celos fronterizos y rivalidades generadas entre generalillos de hojalata. A esta medida siguió la derogación *de facto* de la jornada de ocho horas consagrada en las Leyes de Indias y el descanso dominical remunerado. Pasará un siglo entero antes de recuperar el antiguo régimen laboral.

Antecedieron a las medidas tomadas en Santa Fe las adoptadas en la provincia de El Socorro, donde había tenido lugar la rebelión de los Comuneros. Allí se declaró con mucha mayor claridad que «desde hoy entran los indios en sociedad con los demás ciudadanos de la provincia a gozar de igual libertad..., a excepción del derecho de representación que no obtendrán hasta que no (*sic*) hayan adquirido las luces necesarias para hacerlo personalmente». Dicho en buen romance, a los indios se les reconocía mayoría de edad y luces suficientes para la economía abierta, el pago de todos los demás impuestos exigidos a los ciudadanos y el servicio militar obligatorio, pero se les consideraba menores de edad y de pocas luces para ejercer el derecho fundamental al sufragio, causa plena y justificante de cualquier ciudadanía, o de cualquier revolución. Faltaba algo más: la exclusión de los pobres al derecho del sufragio pues el 26 de diciembre de 1810 la Junta de Santa Fe expidió otro decreto en el que se excluía de este derecho a los jornaleros, a los que carecían de vivienda propia y a las mujeres. Decía el decreto:

Reunido el pueblo el día señalado, se le advertirá la grandeza del objeto para que se ha juntado, y la necesidad de que los votos recaigan en personas idóneas, de luces y de patriotismo... Pero se les hará entender que no pueden votar, ni puede recaer la votación, en las mujeres, ni en los menores de veinticinco años... ni en los que carezcan de casa abierta, ni los que viven a expensas de otros, o estén en el actual servicio suyo, a menos que en la pública opinión sean propietarios de bienes raíces o muebles.

En otras palabras, todas las personas excluidas tenían pocas luces, no eran idóneas y carecían de patriotismo... ¡Este sustantivo hacía referencia a que no fueron, precisamente, los indios, los jornaleros y las gentes abajo que habían querido la independencia, luego poco «patriotas» debían haber sido!

Aquellos otros patriotas, no cabe duda, estaban influidos por el puritanismo calvinista consignado en la Constitución angloamericana que seleccionaba a los «predestinados» por Dios a poseer las riquezas materiales como símbolos de su merced y, por ende, acreedores de todos los favores que la ciudadanía prestaba. No eran originales. No tenían un solo pensamiento que correspondiera al rico legado espiritual que el humanismo católico había establecido como pauta de continuo desarrollo y evolución. Cabe, entonces, formular esta pregunta: si alguna distinción la Junta Central de España hizo en materia de representación criolla y peninsular en su llamamiento a Cortes Generales, ¿no era peor la distinción republicana entre ricos y pobres, patricios y comunes, blancos e indios, hombres y mujeres, miembros todos de la gran familia americana? Parecería que la discriminación no era justificable en tratándose de españoles contra criollos pero sí lo era cuando se trataba de criollos contra criollos. La doble moral se había adueñado del poder, un poder que ahora formulaba nuevas modalidades de conquista y colonización: las de los criollos por los criollos.

## Los criollos se independizan de sí mismos

Hacia el 10 de octubre mayores urgencias que la de los recaudos y el despojo agrario se cernían sobre el naciente Estado: eran las aspiraciones federalistas e independentistas de distintas provincias de la Nueva Granada. Nos lo cuenta un miembro de la Junta Central, Frutos Joaquín Gutiérrez, quien dice que, «ochenta días han corrido: nuestra libertad está en problemas y la felicidad nos es desconocida. Yo me creo obligado a pronunciar esta verdad por triste y amarga que sea... Las provincias, desconfiadas unas; envidiosas otras; aquellas orgullosas de su libertad pero sin ilustración; estas vergonzosamente abatidas e interesadas, o casi todas ingratas y sin política han formado del Nuevo Reyno de Granada un teatro oscuro donde se ven, en contradicción, todas las virtudes y todas las pasiones». Es decir, el Nuevo Reyno se dividía en mil pedazos... Ni Popayán, Cartagena o Tunja reconocían a Santa Fe la preeminencia que reclamaba. Frutos Joaquín Gutiérrez era el mismo hombre que había exclamado que con la declaración del 20 de julio se «había cortado en su raíz el árbol de la tiranía».

El anterior Virreinato de la Nueva Granada estaba conformado por veintidós provincias que desde un principio se quisieron reorganizar en forma federativa. De ellas, Cartagena, Santa Marta, Antioquia, el Chocó, El Socorro, Casanare, Neiva, Mariquita, Pamplona y Tunja establecieron Juntas Supremas de gobierno, en imitación de lo que ocurría en España. Del Reyno solo Riohacha y Panamá permanecieron fieles a la Metrópoli, aunque, es cierto, en algunas de las ciudades mencionadas existían fuertes reductos realistas, aun en las llamadas Juntas Supremas. Camilo Torres había sido el abanderado de la organización federal que el acta del 20 de julio había recogido a cabalidad. Se trataba de ligarlas políticamente a la capital del Reyno mediante una representación nombrada por los Cabildos cabeza de provincia. En el fondo, Camilo Torres quería repetir la descentralización política practicada por la Monarquía Católica española desde tiempos de Isabel y Fernando y continuada por los Austrias, según la idiosincrasia de cada región y pueblo. No fue sino a partir de la llegada de la Casa de Borbón, acompañada del centralismo francés, cuando esta política fue modificándose paulatinamente hacia una mayor concentración de poder en el centro. Ese tipo de centralismo se practicaba, en mayor o en menor medida, desde hacía un siglo. Por eso, y sin que mediara una suave transición, se produjo el súbito choque entre federalismo y centralismo. Antonio Nariño sería el abanderado de este último. Y lo sería también del sufragio abierto y universal, sin distinción de colores o riquezas. Había dicho: «Todo ciudadano en el ejercicio de sus funciones debe votar y todo el que vota debe tener opción de ser elegido... apartemos de nosotros esos principios, consignados en nuestras constituciones, de medir el derecho de ser electo o elector por la cantidad de dinero que un codicioso ha podido atesorar». Todos lo sabían, y por eso le temían. De allí que se le quisiera relegar al olvido en esa mazmorra republicana.

La «Patria Boba» continuaba con todo su esplendor anarquista. Los aprendices de regentes convocaron un «Congreso Nacional» que, con la asistencia de representantes de seis provincias, se instaló en Santa Fe el 22 de diciembre. Manuel Bernardo Álvarez representaba a Santa Fe; Camilo Torres a Pamplona; Ignacio Herrera a Nóvita; Manuel Campos a Neiva; León Armero a Mariquita; el canónigo Rosillo a El Socorro. Era, por cierto, una extraña representación pues,

como se sabe, Camilo Torres era, por ejemplo, de Popayán. Esto era una cuestión de «vivos» y «espabilados» pues cada cual podía adquirir la representación que quisiera con tal que tuviese patrocinador en el territorio buscado.

Las otras provincias no enviaron delegados porque de antemano sabían que la capital habría de imponer sus puntos de vista por intermedio de la Junta Central a la cual todos quedarían sometidos. Esto había quedado muy claro en una circular dirigida por Pey al resto de provincias el 29 de julio de 1810:

Nuestros votos, nuestro juramento, son la defensa de nuestra santa religión católica, la obediencia a nuestro legítimo soberano el señor don Fernando VII... Tan justos principios no dejarán de reunirnos a las ilustres provincias del reino... pero si alguna de ellas intentare sustraerse a esta liga general... la abandonaremos a su suerte.

Fue así como esta representación, a su vez, convocó un Colegio Constituyente Electoral para redactar una nueva Constitución. Cartagena aceptaba la convocatoria siempre y cuando se reconociera la soberanía de Fernando VII y de la Regencia, esta última negada por la proclama de la Junta santafereña del 27 de agosto. Se negaba, sin embargo, a convenir en que la sede del cuerpo constituyente fuera Santa Fe, puesto que, a su parecer, las demostraciones de sedición y motín en las que ese pueblo había incurrido en el pasado no eran garantía de que el Colegio pudiese sesionar y discurrir libremente. La patria estaba realmente dividida en punto al reconocimiento de Fernando VII y la Regencia. El Socorro, Santa Fe y Pamplona, por ejemplo, estaban a favor de reconocer al Rey, pero no a la Regencia. Popayán y Santa Marta, a reconocerlos a ambos, junto con sus mandatarios españoles. Cartagena, por su parte, acogía la tesis de Camilo Torres de una completa igualdad representativa con la Metrópoli a razón de dos diputados por provincia americana. El problema era también definir qué se consideraba «provincia», pues España tenía una concepción mucho más amplia, territorialmente hablando. En la Nueva Granada, en cambio, había 22 consideradas tales, para efectos más locales y administrativos, cuando eran solo 9 las del Imperio. En todo caso, la mayoría estaba de acuerdo con una reorganización federal y en aceptar la Regencia mientras durase el cautiverio del Rey.

Pero Nariño terciaba en contrario. Respondía que el reconocimiento de la Regencia era incompatible con el de la Independencia pues, al reconocerse aquella, el Congreso no podría tomar determinaciones «como dueños absolutos de lo que sea conveniente a nuestros intereses y seguridad». Los patricios costeños se resistían a un rompimiento total con la Monarquía, pues entendían que esta era un pilar definitivo del orden y de la cohesión de todos los territorios a partir de que el mismo Rey podría aceptar la reorganización política del Imperio. Al final, la revolución fue contagiando al mismo concepto federalista y el poder se vio desplazado por fuerzas centrífugas que tendían a separarse de la jurisdicción del antiguo régimen. Tal fue el caso de Tunja, Popayán y Cartagena, tres ciudades que se disputaban el poder con Santa Fe.

Cartagena fue la ciudad que más contribuyó a difundir el naciente federalismo, dada su posición estratégica y la importancia de los elementos bélicos que poseía. Envalentonada tras sus murallas defensivas, lanzó en septiembre un manifiesto a todas las provincias en el que las invitaba a elegir representantes a un Congreso General que, a diferencia de lo propuesto por la capital, fuese federativo y se instalase en Medellín, ciudad más central respecto de otros invitados

como Guayaquil y Maracaibo. Calificaba Cartagena la propuesta centralista de Santa Fe de «gobierno monstruoso que atraería grandes males, siendo mucho mejor establecer desde ahora un gobierno perfecto y federal en que se hallen divididos los poderes, pues sin esta división no puede existir la libertad».

Nariño, que todavía estaba en Cartagena como antiguo prisionero del régimen anterior, rechazó enérgicamente este documento argumentando que era menester contener la anarquía con un gobierno central. El calificativo de «gobierno monstruoso» empleado por la Ciudad Heroica desbarató el precario consenso que se había obtenido en torno al centralismo santafereño y muchas provincias desistieron de enviar diputados a Medellín, o siquiera a Santa Fe. Empero, y justo es reconocerlo, los principios del sistema federal fueron desarrollados en la propia Santa Fe por Miguel de Pombo, que había traducido del inglés la Constitución de los Estados Unidos en 1811 y quien se dio a la tarea de difundir la ingenua idea de que el rápido avance de las antiguas colonias inglesas se debía a este sistema. Ignoraba que hasta 1808 las más ricas provincias españolas de América, como la Nueva España y el Perú, no habían sido sobrepasadas en riqueza por los Estados Unidos y que solo el desorden, la guerra, la emigración de la clase empresarial y la destrucción de riqueza, haría eso posible.

La expropiación de los resguardos también proporcionó unas nuevas relaciones de poder. Sogamoso, ciudad que estaba bajo la jurisdicción de Tunja, se declaró independiente y soberana de esta a fin de proteger a sus nativos de la rapiña por sus territorios. Emigdio Benítez fue nombrado su vocero y representante en el Congreso General Constituyente como signo y reafirmación de su proclamada independencia. Como se ve, ahora los criollos se declaraban independientes unos de otros después de haberlo hecho de los españoles. Fue como una súbita pandemia, una suerte de «peste negra» que comenzó a asolar los territorios.

En Cartagena ocurrió otra debacle. Los Gutiérrez de Piñeres lideraron una rebelión popular en Mompox en contra de los propósitos realistas de la Junta Central que en aquella importante ciudad también se había erigido. La proclama fue la siguiente: «Con toda franqueza declarose independiente del Supremo Consejo de Regencia proclamando su propia independencia absoluta de España y de cualquier otra dominación extranjera». Por primera vez se declaraba a los españoles «extranjeros» y, por primera vez también, comenzaron los criollos a mirarse, unos a otros, como extranjeros en su propia tierra. La autoridad de los Consejos Supremos se resquebrajaba; toda autoridad se diluía. Cartagena respondió, entonces, militarmente y en la contienda que sobrevino se derramó, por vez primera, sangre criolla. No se temía ya el sojuzgamiento de españoles a criollos, sino de criollos a criollos. La secesión, no de España, sino dentro de la Nueva Granada, había comenzado.

Sí, la secesión del Reyno del mismo Reyno entraba rauda por todos los costados de la Nueva Granada. Las ciudades, pueblos y villas del Valle del Cauca, región donde abundaban las vastas plantaciones de azúcar, rompió con el Cauca y, particularmente, con Popayán, sede de las grandes familias nobles a cuyo cargo estaban las plantaciones del Valle y las minas del Cauca. El resultado fue el surgimiento de las llamadas «Ciudades Confederadas del Valle» que rápidamente organizaron sus Juntas Supremas, las que, a su vez, enviarían representaciones a la constituyente propuesta. Un abanderado de esta rebelión fue el doctor Joaquín Caicedo, quien ayudó a

establecer una Junta de Gobierno. El gobernador de Popayán, el español Miguel Tacón y Rosique, que tenía bajo su jurisdicción militar y política todo ese inmenso territorio del Sur, declaró rebelde a Cali, ciudad que, a su vez, pidió auxilio a la Junta de Santa Fe, la cual envió tropas al mando del coronel Baraya. El gobernador Tacón se enfrentó a Baraya pero fue derrotado en el puente sobre el río Cauca. Tuvo que huir hacia Pasto, ciudad localizada mucho más al Sur que Popayán. Era el 28 de marzo de 1811. En esa acción, llamada del Bajo Palacé, se destacaron José María Cabal y el joven teniente Atanasio Girardot. Con Baraya a la cabeza, el ejército enviado a socorrer a Cali se apoderó del gobierno de Popayán y con la Junta rebelde reorganizó el gobierno de la provincia. Fue considerada como una fuerza invasora. A su cargo quedó don Joaquín Caicedo mientras el antiguo gobierno huía hacia Pasto a reunirse con el derrocado mandatario Tacón.

No bien había terminado de instalarse el gobierno de Caicedo cuando una nueva catástrofe sobrevino: la ocupación de Pasto por las tropas quiteñas al mando de Pedro Montúfar, quien derrotó a los defensores en reñido combate. Caicedo no tuvo más remedio que trasladarse a Pasto, donde empleó una política de acercamiento que dio como resultado que esa provincia no fuese anexada a Quito. Empezaba la rapiña territorial y la guerra de todos contra todos.

A fines de 1810 Santa Marta se declaró contrarrevolucionaria, el Gobernador disolvió la Junta y los partidos comenzaron su pugna por el poder. Imitando el ejemplo, Vélez se separó de El Socorro, Quibdó de Nóvita, Nóvita del Citará, e Ibagué, Ambalema y Tocaima, de la provincia de Mariquita. Frutos Joaquín Gutiérrez anotaba: «Todos opinan, todos sospechan, todos proyectan, todos temen; cada hombre es un sistema y la división ha penetrado ya hasta el seno de las familias». El fondo del problema era que Santa Fe había declarado que su junta era la Suprema del Reino, lo cual ofendió a muchos que sintieron que sus propias juntas eran tan supremas como aquella. Este fue el principio del federalismo, que no solo cobraba forma, sino que extendía una perniciosa rivalidad entre las provincias y separaba lo que por siglos había estado unido.

## **Regresa Antonio Nariño**

No era fácil, sin embargo, que Santa Fe se olvidara del todo de Antonio Nariño, miembro, como era, de la macro-familia en el poder. Las súplicas de su esposa y las lágrimas de sus hijos movieron, al fin, al tío del Precursor y miembro de la Junta Central, Manuel Bernardo Álvarez, para que interpusiese sus buenos oficios por la causa del sobrino. El 8 de diciembre de 1810 Nariño, finalmente, llegaba a Santa Fe envuelto en la nube del martirio. Desde entonces los historiadores no cesan de decir que quien había traducido los Derechos del Hombre (nunca conocidos por más de dos personas, él y Cabal), que había conocido las principales cárceles coloniales (bien pocas conoció, pues estuvo más tiempo preso en Cartagena por cuenta de la República que por cuenta de la Corona y, en Santa Fe, hartó disfrutó de la casa por cárcel y de las mesadas que a título de merced le otorgaban las autoridades españolas) y que había padecido encierro en las más sombrías mazmorras de la Metrópoli (totalmente falso hasta la reconquista española, pues se fugó en Cádiz cuando iba a pagar condena al África), iba ahora a ser maltratado

por los criollos independentistas. Ni siquiera en esto se les halla completa razón, pues hasta los criollos, que después pretendieron juzgarlo por el desfalco de las cajas reales, terminaron exonerándolo en un juicio político.

La Junta Central de Santa Fe, viendo que la mayoría de las provincias habían optado por el sistema federativo, decidió convocar un Serenísimo Colegio Constituyente que, bajo la presidencia de Fernando Caicedo y Flórez, declaró haber reasumido la soberanía de la provincia y «cesado la autoridad de la Junta». En medio de la más generalizada anarquía y profunda rivalidad el Congreso Constituyente se instaló en Santa Fe con la presencia de cuarenta y dos delegados, bajo la presidencia colegiada de Camilo Torres, Jorge Tadeo Lozano y Frutos Joaquín Gutiérrez. Camilo Torres tenía instrucciones específicas de la provincia que representaba, Pamplona, de persuadir al Congreso de no recibir los delegados de las provincias rebeldes. Nariño, cuya presencia se había querido ignorar fue, finalmente, aceptado como secretario con la oposición del letrado Camilo Torres, cargo que desempeñó con Crisanto Valenzuela. Carbonell, ya libre de todo cargo, se había encargado de apoyarlo con sus vociferantes huestes.

El Congreso, por su parte, tenía instrucciones de apoyar la presencia de los diputados rebeldes, entre ellos el de Sogamoso, que tenía la más enconada oposición en Camilo Torres, quien, montando en cólera republicana, se retiró del Congreso en abierta protesta por su presencia. Pero el Congreso siguió adelante en sus deliberaciones y eligió presidente a Manuel Bernardo de Álvarez y vicepresidente a José Miguel Pey. Ignacio de Herrera, el diputado de Nóvita, acotó, a propósito de la oposición de Camilo Torres: «¿Puede explicarse con más imperio el gran sultán cuando habla a sus vasallos?... ¿Qué conducta es esta? En medio del ardimiento y energía con que los pueblos defienden su libertad, ¿vamos a ponerles unas cadenas mucho más pesadas?». En cambio, la Junta de Santa Fe reaccionó en favor de Torres y demostró cuán racistas eran los criollos y en qué menosprecio tenían al estamento indígena que representaba el diputado de Sogamoso; dijo: «La Junta Central, depositaria de los derechos de Santa Fe, ha sido también conservadora de los que pertenecen a la provincia de Tunja... En estas circunstancias... una legítima Representación Nacional, que es la que debe hacer la Constitución del Estado, ha admitido en su seno, en calidad de provincia, al miserable pueblo de Sogamoso, dependiente de Tunja, que solo se compone de indios que no han adquirido ni adquirirán en muchos años los derechos activos de la representación civil, por la estupidez en que yacen». A pesar de todo, el Congreso daría a la provincia de Santa Fe el nombre de Cundinamarca, en recuerdo de su primitiva denominación indígena, pero, acto seguido, manifestó no reconocer los derechos de los diputados de Sogamoso. Súbitamente, las cosas se habían puesto al revés. El vicepresidente Pey era quien había redactado tan descomedido manifiesto. Emigdio Benítez, el delegado de Sogamoso, puso el dedo en la llaga, cuando dijo: «En el deseado momento de nuestra santa revolución, en el lenguaje del doctor Torres y sus secuaces, se rompieron los vínculos que ligaban a las provincias con la capital. ¿Por qué han de quedar subsistentes los de los pueblos numerosos con sus antiguas matrices, cuando ellos son capaces de organizarse por sí solos sin dependencia alguna?».

Los acontecimientos de la Costa Atlántica tampoco cesaban de causar zozobra. La Junta de Gobierno de Santa Marta se había disuelto y el coronel Tomás Acosta había asumido el mando,

desconociendo lo dispuesto por la revolución. Cartagena respondió poniendo una aduana en Barranca y tratando sus mercaderías como extranjeras; Santa Marta replicó poniendo la suya en Tenerife y haciendo lo propio. Luego fortificó algunos pueblos sobre la margen derecha del río Magdalena, con lo cual se interrumpieron la navegación del río y el comercio. Santa Marta se convirtió en un centro de refugiados contrarrevolucionarios y realistas. Fueron los primeros desplazados por la guerra y la violencia.

La Caja de Pandora se había abierto y ya era imposible volver a meter las pestes que de ella salían. Las Ciudades Confederadas del Valle, en cabeza de don Ignacio de Herrera, amenazaron con guerra civil en respuesta a don Camilo Torres, porque, según Herrera escribe «más de una vez oí de sus labios la sentencia sanguinaria de sostener a la cabeza de partido [Popayán] y que se declarase la guerra a los pueblos libres que se separasen». Era apenas lógico, pues don Camilo Torres era oriundo de Popayán y veía con rencor la ocupación caleña. Cali se convirtió en piedra de escándalo porque de dominada y sujeta a Popayán, pasaba ahora a ser dominadora de la provincia de donde se había separado. Piedra de escándalo también fue Mompox, que había dado su grito de independencia de Cartagena. Su diputado había advertido sobre las operaciones militares que se habían programado para reducir la ciudad a la obediencia. Como ese representante también fuera admitido, Santa Fe advirtió que esa acción constituía un desafío. Para demostrarlo su Junta hizo el 28 de enero de 1811 una parada militar alrededor del recinto del Congreso, con parque de artillería y todo. Los oficiales españoles, que en su momento habían jurado obediencia a la Junta, se alarmaron y solicitaron pasaportes para abandonar el país. La Junta les suplicó reconsiderar su decisión a tiempo que imponía una rigurosa censura de prensa y difusión de todo cuanto acontecía en el Congreso Constituyente. Los libertadores imponían las censuras, aumentadas y extendidas, que antes criticaban al antiguo régimen. José María Carbonell volvió a agitar al pueblo, esta vez contra el Congreso. José Miguel Pey ordenó de nuevo su detención. Algunos miembros del Congreso solicitaron que a Torres, a Acevedo y Gómez y a Pombo se les siguiera juicio por ser amigos de la Regencia. El Congreso, en cambio, reaccionó contra la Junta de Santa Fe, pasando por alto la censura al publicar el acta en que se denunciaban los esfuerzos regentistas de la misma. El acta decía que «en medio de la seguridad y decoro con que han creído instalado el cuerpo en esta ciudad... ha visto hoy con dolor turbada su tranquilidad por los preparativos militares que recela dispuestos contra él». El señor Pey, montando en cólera, dijo que haría ahorcar al culpable de esta trasgresión y ordenó una investigación. El dueño de la imprenta, hijo de Bruno Espinosa —el mismo que había impreso los Derechos del Hombre traducidos por Nariño diecisiete años antes— salió huyendo al conocer la noticia. La Junta, luego de saber que el impresor, que llevaba el mismo nombre de su padre, había consentido en la impresión del acta, ordenó su arresto y embargó la imprenta. La siguiente medida fue obligar al representante de la Junta Central, Manuel Bernardo Álvarez, a no asistir a las deliberaciones del Congreso, que se disolvió por sustracción de materia.

## **El Reino de los Orates**

Fue así como se convino en redactar la Constitución para el «Reino de Cundinamarca», una mezcla de constitución angloamericana, legislación de Indias y filosofía política francesa de tiempos del Directorio. Las sesiones duraron apenas veinte días y el 30 de marzo de 1811 se sancionó la nueva Carta que refrendó la revolución del 20 de julio de 1810. Esta fue redactada por Jorge Tadeo Lozano, hermano del marqués de San Jorge. Empezaba: «Don Fernando VII, por la gracia de Dios y por la voluntad y consentimiento del pueblo, legítima y constitucionalmente representado, Rey de los cundinamarqueses, etc., y *a su* Real nombre, don Jorge Tadeo Lozano, Presidente constitucional del Estado de Cundinamarca, a todos los moradores estantes y habitantes en él. Sabed...». En su artículo cuarto, explicaba que «la monarquía de esta provincia será constitucional, moderando el poder del rey una representación permanente». Poco comprendían que el Reyno de la Nueva Granada se devolvía mutilado al Rey, a quien también se le habían mutilado sus regias prerrogativas. El otrora gigantesco Reyno había quedado reducido a Cundinamarca.

El rey español había quedado reducido a jurar ante otro soberano, el Presidente de la Representación Nacional, verdadero órgano constituyente y soberano, según se desprende de los artículos 5 y 6 que a la letra dicen:

Artículo 5: Al tomar el Rey posesión del Trono, prestará juramento de cumplir La Constitución y gobernar según las leyes, con arreglo al artículo 2.º; y este juramento lo hará en manos del Presidente de la Representación Nacional de esta Provincia, puesto de pie y descubierto el Rey, sentado y cubierto el Presidente, en esta forma: Yo N., legítimamente llamado al Trono de la Soberana Provincia cundinamarquesa, juro a Dios Nuestro Señor, sobre los Santos Evangelios que toco, y bajo mi palabra de honor, mantener la Constitución de esta Provincia, sostener la Religión Católica, Apostólica, Romana, defender el territorio de todo ataque e irrupción enemiga, y gobernar a todos los habitantes según las leyes legítimamente establecidas; y me someto a ser despojado de esta Corona y sus Estados, siempre que en cosa sustancial falte a este juramento. Y el Presidente responderá: si así lo hiciereis, Dios os ayude, y si no, os lo demande.

Artículo 6: Hecho el juramento del Rey, se levantará el Presidente, le dará el asiento que ocupaba, e hincado de rodillas, poniendo la mano sobre los Santos Evangelios, dirá: juro a Dios Nuestro Señor, a nombre del pueblo que represento, guardar fidelidad y obediencia al Rey con arreglo a la Constitución y a las leyes. Y el Rey aceptará este juramento en los mismos términos que el Presidente aceptó el suyo.

Otra observación adicional nos sitúa de lleno en la falta de *sindéresis* de esta Constitución, pues también hacía del Rey el «Presidente nato de la Representación Nacional y, en su defecto, el Presidente nombrado por el pueblo».

Los redactores de este documento no pisaban tierra firme.

Estas declaraciones no eran más que mera palabrería sin un sentido realmente vinculante; se estaban «curando en salud» a la espera de saber el resultado final de la guerra de la Península contra Napoleón. Imagínese el lector: ¡una provincia del Nuevo Reyno de Granada, soberanamente «eligiendo» como su soberano a don Fernando VII! ¡Pero nuestra ingenuidad no llega hasta el punto de creerlos así de ingenuos! Es decir: si ganaban los patriotas españoles, siempre podrían argumentar a las autoridades de la Monarquía que habían guardado la fidelidad debida al Rey; si perdían, sería muy fácil emborronar el papel y redactar otro documento que no lo mencionara. Era así como ladina y subrepticamente se introducía la Independencia por aquellos que, a diferencia de Camilo Torres, la tenían en mente, que eran casi todos los demás.

La Constitución volvía a insistir en las restricciones al sufragio, negando el derecho de aquellos que no tuviesen rentas y ocupación sin dependencia de otro. Jorge Tadeo Lozano fue nombrado «Vicerregente del Rey» y a partir de allí la ciudad vivió de fiesta en fiesta y de refresco en refresco con todas las damas de alcurnia, quienes, haciendo gala de sus lujosos trajes y los caballeros de sus casacas bordadas, comenzaban a formar una nueva Corte. El 20 de julio de 1811 se celebró el primer aniversario del nuevo orden con desfiles militares, salvas de artillería y hasta misa en la Catedral. Estaban convencidos de que España renunciaría, así de fácilmente, a sus antiguas provincias y de que el Rey se habría de sentir honrado y exaltado porque un pueblo como el de Cundinamarca lo acogiera como monarca y lo invitara a venir a empuñar un cetro tan generosamente otorgado y tan ostentosamente disminuido.

A todas estas, Antonio Nariño solicitaba mediante alegato que se le indemnizara con los bienes embargados al ex virrey Amar por «los daños y perjuicios que este me causó con la última, injusta y arbitraria prisión». Lo que sucedía era que estaba resentido con sus parientes y amigos por no haberlo destacado con un cargo mayor en el anterior Congreso, pues tenía plena conciencia de ser un traidor y había merecido todo cuanto se le hizo. Su resentimiento se nota cuando escribe: «Durante este tiempo veía... que se distinguían y premiaban a todos los que el antiguo régimen oprimía por sus opiniones políticas, contentándose para conmigo con decirme al cabo de dos meses que este gobierno había reconocido tácita e indirectamente mi inocencia... y últimamente, tácita e indirectamente se me ha excluido de toda representación nacional». Nariño recurre a fundar el periódico *La Bagatela*, y se dedica a defender el centralismo y a impugnar tanto la federación como la supuesta fidelidad al Rey. Acomete, lanza en ristre, contra los impuestos y el desgobierno. Decía «con que, o decretar de una vez nuestra independencia, o declarar que hemos nacido para ser eternamente esclavos». Y prevenía: «Morirán todos, y el que sobreviviere solo conservará su miserable existencia para llorar al padre, al hermano, al hijo o al marido». Esto demuestra que sus simpatías siempre estuvieron con esta causa y que era un conspirador nato, y no un inocente sojuzgado por los chapetones.

Como el Colegio Constituyente había dictado un decreto sobre admisión de nuevas provincias que se sujetaran a la Carta fundamental, la provincia de Mariquita determinó unírsele, por lo que la Junta de Gobierno de Honda decidió sujetarla por la fuerza; Mariquita pidió auxilio a Cundinamarca, ante lo cual esta respondió enviando un contingente militar para defenderla. La anexión de Mariquita a Cundinamarca quedó protocolizada y la Junta se disolvió. Se estaban juntando por partes los territorios de un extenso Reyno. La Nueva Granada había saltado en mil pedazos.

Las autoridades españolas de Santa Marta, Popayán y Pasto respondieron a la nueva Constitución de Cundinamarca dando libertad a los esclavos negros que tomasen las armas en defensa del Gobierno Real y en contra de los gobiernos rebeldes. Los españoles se dieron, entonces, a la tarea de armar cuadrillas de esclavos, particularmente en las minas del Micay y del Raposo, provincia de Popayán, para defender el *statu quo* real. Entendían que lo que también estaba en juego era que, de concretarse una victoria de las armas francesas contra las españolas en la Península, se continuara la lucha con una América unida que ya había contribuido con 90 millones de pesos a la guerra y, en concreto, el Nuevo Reyno con 500.000 que fueron entregados

al comisionado Sanllorente en septiembre de 1808. La victoria napoleónica no podría, entonces, servir de excusa para una secesión, sino, al contrario, para levantar las armas contra el invasor. Se trataba de que América corriera en auxilio de la Madre Patria. Así, en distintos puntos del litoral del Pacífico hubo rebeliones de esclavos que paralizaron labores agrícolas y mineras. Alarmado, Juan del Corral, en Antioquia, propuso la abolición gradual de la esclavitud como medio para contrarrestar las lealtades que estos manifestaban a la Corona. El gobierno santafereño rechazó de plano la insinuación. Los indios también comenzaron a manifestar su inconformidad con los nuevos amos y a apoyar abiertamente el régimen español. «Mejor súbditos que ciudadanos», decían, pensando en que la ciudadanía no había significado más que mayores tributos y ruina. Maracaibo y otras ciudades de Venezuela también se prepararon para la resistencia. Al contrario, en el Nuevo Reyno, Groot, Herrera, García y Carbonell trabajaban intensamente para restablecer un clima revolucionario. Se acercaban los jinetes de la muerte, aunque aún faltaba tiempo para que se produjera el primer muerto en el interior del país, donde sería más difícil que en la Costa Atlántica olvidarlo.

La guerra civil estaba casada.

## 12. LA RUINA

*Yo creo que para ejercer la administración de un Estado se requieren ciertos conocimientos que yo no tengo y que tengo un odio mortal. Sepa Vd. que yo no he visto nunca una cuenta ni quiero saber lo que se gasta en mi casa.*

SIMÓN BOLÍVAR

*Que no se engañen: somos insurgentes, rebeldes, traidores; y a los traidores, insurgentes y rebeldes se les castiga como a tales.*

ANTONIO NARIÑO, 19 de septiembre de 1811

### **Cae Jorge I, «Rey» de los cundinamarqueses**

El 17 de septiembre de 1811 hubo graves motines en San Victorino y la gleba, que no entendía de sutilezas políticas, amenazó con entrar a saco en la Plaza Mayor de Santa Fe. El nuevo cuerpo legislativo se vio precisado a ordenar al ejecutivo, en cabeza de don Jorge Tadeo Lozano, la detención de Nariño y Carbonell, suspender las garantías constitucionales y declarar la dictadura. El hermano del marqués de San Jorge, en plena crisis de autoridad, renunció al mando para evitar hechos de sangre y que se le siguiera llamando, en burla, «Su Majestad, Jorge I». El cuerpo legislativo le imploró no renunciar. Al fin, dio marcha atrás, aunque no hubo acuerdo sobre las medidas a tomar. La vacilación hizo que el cuerpo militar simpatizara con las pretensiones del pueblo sublevado. Nariño y Carbonell lo supieron y acordaron que el 19 de septiembre harían una gran movilización humana para tumbar al régimen. El periódico *La Bagatela* sirvió de motor para la revuelta, pues sus ejemplares se distribuyeron profusamente por todos los barrios y se pegaron en las esquinas a manera de carteles. Decía:

Entre tanto nosotros estamos divididos sutilizando y disputando puntos subalternos, ambicionando empleos, queriendo preeminencias, y animando a nuestros enemigos con nuestras escolásticas conclusiones... Por el norte sabemos que Cúcuta está resuelta a unirse a Maracaibo, y la toma de Pamplona y de Girón será el resultado de las primeras operaciones de nuestros enemigos... De Popayán, por el sur, ningún aspecto favorable presentan las cosas... La patria no se salva con palabras, ni con alegar la justicia de nuestra causa... Pues a ello; vencer o morir, y contestar los argumentos con las bayonetas... Que no se engañen: *somos insurgentes, rebeldes, traidores; y a los traidores, insurgentes y rebeldes se les castiga como a tales.* Desengañense los hipócritas que nos rodean; caerán sin misericordia bajo la espada de la venganza española. Al americano, al europeo, al demonio que se oponga a nuestra libertad, tratarlo como nos han de tratar si la perdemos.

Para estas fechas, don Antonio Nariño padecía una pena muy grande: la pérdida de su amada y fiel esposa, doña Magdalena Ortega, acaecida el 14 de julio de 1811.

Esa pieza escrita es muy importante, porque revela que Nariño no solo tenía consciencia de su actuación como «rebelde y traidor», sino que tenía la valentía de decir lo que otros se guardaban

entre pecho y espalda. Tampoco caía en ingenuidades, pues públicamente calificaba a los líderes de aquel movimiento, empezado el 20 de julio del año anterior, de «insurgentes, rebeldes y traidores». Y, efectivamente, lo sucedido había sido una traición a España, que se debatía entre la vida y la muerte en aquellas angustiosas horas y en momentos en que más necesitaba que sus provincias de ultramar ayudasen a defenderla. Ella, que las había defendido del invasor inglés en el pasado, y de todos los demás invasores, era ahora abandonada por sus hijos.

La Plaza se fue llenando de gente al grito de «¡Abajo Jorge I!», «¡muera el gobierno!», «¡viva Nariño!». La chusma venía armada de cuchillos y machetes. Eran las doce del día. La consigna era mantener ocupada la ciudad hasta que cayera el Gobierno, cuyos miembros se dispersaron y se ocultaron en sus residencias. Los regimientos militares se sumaron al pueblo en sus aclamaciones a Nariño. Lozano se había quedado solo como antes el Virrey. Era la cara de la revolución permanente. Envalentonada, la multitud asaltó el antiguo Palacio de los Virreyes. La Constitución, que había sido suspendida por la dictadura, fue invocada por el Prócer para que, en aplicación de su Título IV, artículo 1, se convocase la Representación Nacional que eran los poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial, según lo prescrito para los casos de conmoción nacional.

Convocada dicha representación, el desfile de la asamblea de los poderes públicos hacia el Palacio se hizo en medio de insultos y exaltación de los ánimos. La chusma invadió el recinto de sesiones y Pedro Groot exigió a gritos, sin descubrirse la cabeza y embozado en su capa, la dimisión de Lozano a quien no dejó proseguir en su discurso. Lozano, acoquinado, no tuvo más remedio que dimitir y los poderes públicos, paralizados del miedo, poco hicieron por restaurar el orden. Por todos lados se escuchaba la consigna «¡Nariño, Presidente!». Y fue así como se dio el segundo golpe de Estado que registra la trágica historia de nuestra Independencia. La Representación Nacional acogió el nombre del nuevo Presidente y la chusma, delirante, comenzó a corear los vivas al Precursor.

Pero si la situación política era de caos, la situación económica era de quiebra. Los trescientos artículos de la Regia Constitución no fueron suficientes para evitar la bancarrota económica; tampoco lo fueron los interminables discursos de los patricios, la elocuencia de los nuevos gobernantes, ni la buena voluntad del más visible de los traidores. Cayeron las rentas públicas, los estancos de tabacos y aguardientes, los tributos de los indios, los tributos de los blancos y el resto de los gravámenes fiscales y parafiscales. La revolución, que había eliminado los tributos más odiosos de la administración española, pensaba que la tiranía también estaba en ellos. Al suprimirlos, a tiempo que se incrementaba la burocracia y el «lagartismo puestero», la administración se había quedado sin recursos y hasta sin con qué pagar a los empleados públicos. Todo cayó en la ruina: los montepíos, las casas de moneda, los colegios, los fondos públicos, la beneficencia, los orfanatos, las obras públicas. En la Nueva Granada se repetía el desastre que se vivía en Venezuela. Al nuevo y flamante Presidente no se le ocurrió nada distinto que meter en cintura las provincias rebeldes y centralizar el poder en Santa Fe para conjurar la crisis administrativa y económica.

Reelegido Nariño aquel mismo día por una más serena, pero amenazada Representación Nacional, sus electores tornaron a conspirar contra el nuevo régimen. Antonio Nariño, prevalido de su condición de Presidente, exigió ahora la derogatoria de la Constitución. Como la

Representación Nacional se resistiera, amenazó con lanzar el pueblo contra ella. Finalmente cedieron y la Constitución fue echada por tierra. Fue su venganza contra los que habían prolongado su cautiverio en Cartagena. Pero don Camilo Torres, ni corto ni perezoso, se dio a la tarea de concluir la redacción de un acta federalista llamada «Confederación de las Provincias Unidas de la Nueva Granada» que convocaba una Asamblea Constituyente para proclamar una nueva Carta Constitucional, la tercera, en un año. Firmado el documento en noviembre de 1811 por los representantes de las provincias, Nariño lo objetó, en tanto que San Gil, Villa de Leyva, Timaná, Neiva y dos terceras partes de El Socorro, anunciaron su incorporación a Cundinamarca. El resto de provincias se resistía a dejarse gobernar por ella. «La torta», extrañamente, se volteaba, pues si bien el movimiento revolucionario había amanecido centralista el 20 de julio de 1810, ahora anocheaba federalista en oposición a Nariño. Torres se había convertido en su Némesis que, como una sombra, lo seguía a todas partes. En esta lucha el odio personal se iba imponiendo sobre las más altruistas metas, menos ambiciosas y más sensatas.

La línea de fuego estaba demarcada por Camilo Torres, Frutos Joaquín Gutiérrez, Joaquín Camacho y Acevedo y Gómez, quienes comenzaron a llamar a Antonio Nariño «tirano» y «usurpador» por aquello del asfixiante centralismo Borbón. A los tres meses de estar gobernando ya le habían levantado el infundio de que quería unir las provincias para entregárselas a España en un «solo paquete». A estos enfrentamientos surgieron los de carácter religioso, pues el fogoso y masón Nariño dirigió ahora sus dardos contra el clero por intermedio de su periódico *La Bagatela*. Este ataque fue contestado desde *El Montalbán*, periódico de oposición dirigido por el canónigo Fernando Caicedo y Flórez. La zozobra aumentó cuando la Junta Central de Cartagena también tildó a Nariño de demagogo y tirano y acusó al pueblo santafereño de plebe sediciosa e «insolente de miserables indios». Allí el partido del Rey estaba dirigido por los Díaz Granados, los Garcías de Toledo, los Narváez, los Castillo y Radas, en tanto que los partidarios de la Independencia eran liderados por los hermanos Gutiérrez de Piñeres, quienes alebrestaban al pueblo en los arrabales de la ciudad y se declaraban partidarios de los puntos de vista de Nariño.

La crisis económica de la capital agravó el enfrentamiento con Cartagena, porque desde tiempos inmemoriales los ejércitos acantonados en esa plaza para la defensa del Reyno se sostenían con el situado fiscal enviado desde Santa Fe y de otros rincones de las vastas posesiones españolas. Como los 500.000 pesos que había en las arcas el 20 de julio de 1810 ya se habían esfumado sin que pudiera recuperarse el caudal, la falta de dinero impedía enviar a Cartagena equivalente auxilio. Nariño aprovechó la circunstancia para notificar a la ciudad costanera de que el situado no se enviaría, dado que esa plaza había declarado su independencia de la capital y que, hasta tanto se definiera esa situación, se abstendría de hacerlo. En represalia, las autoridades cartageneras confiscaron un cargamento de armas que iba dirigido al interior del país. Se trataba de mil quinientos fusiles comprados por el gobierno anterior a los Estados Unidos. Esto prendió la chispa revolucionaria en el puerto, pues el populacho se amotinó a exigir la declaración de Independencia. Los Gutiérrez de Piñeres, Caledonio, Germán y Gabriel, peligrosos jacobinos y republicanos, se montaron en la ola de descontento y en el apoyo que Nariño les brindaba desde la capital. En realidad, querían desquitarse del hecho de que José María García de Toledo había ganado las elecciones para la presidencia de la Junta Central,

creada para gobernar la ciudad mientras la normalidad se restablecía en España, y conspiraron para ganarse al pueblo declarando la independencia absoluta de la Metrópoli. Hacia finales de octubre de 1811 la situación de orden público en Cartagena era insostenible. Estos tres hermanos habían organizado brigadas de choque y comandos subversivos. Para el 11 de noviembre ya estaban comprometidos en apoyar el alzamiento popular los batallones Primero y Segundo de Lanceros de Getsemaní, compuestos, principalmente, por negros y mulatos. Ese día la Junta Central de la Ciudad Heroica había votado no apoyar la Independencia. Los Lanceros, entonces, se apoderaron de los principales baluartes de la muralla e hicieron sonar los cañones. Era la señal para que el pueblo avanzara y entrara por la Boca del Puente. Las milicias asaltaron los polvorines reales y se apoderaron de las armas, entre ellas, los mil quinientos fusiles destinados a Santa Fe. Invadiendo el recinto de sesiones de la Junta, la milicia le exigió la proclamación de la Independencia. A punta de fusil y bayoneta la Junta redactó y firmó el acta de secesión de España, la cual decía:

Nosotros los representantes del buen pueblo de Cartagena de Indias, con su expreso y público consentimiento... declaramos solemnemente a la faz de todo el mundo, que la provincia de Cartagena de Indias es desde hoy, de hecho y por derecho, Estado libre, soberano e independiente; que se halla absuelta de toda sumisión, vasallaje, obediencia y todo otro vínculo de cualquier clase y naturaleza que fuese, que anteriormente la ligase con la Corona y gobierno de España.

La Independencia fue jurada por las tropas de la Plaza, los empleados y el Cabildo eclesiástico, con excepción del Obispo, que no juró, pero declaró respetar el Gobierno. Fue así, «por las buenas y por voluntad democrática», como se lograron todas estas cosas en aquel otrora pacífico Reyno.

Por mandato popular las armas fueron devueltas a la capital del Reyno que en ese momento no era Reino, ni República, sino ciudades-Estado, territorio de taifas, de caciques, de zipas y de civiles con uniformes de mentiras, charreteras doradas, sables con empuñaduras de oro y relucientes condecoraciones en el pecho. En Santa Fe, Carbonell era nombrado ministro del Tesoro Público con instrucciones precisas de aumentar los gravámenes muy por encima de lo que la administración española había impuesto y contra lo cual el pueblo de El Socorro se había rebelado en 1781. La oposición a su nombramiento no se hizo esperar, auspiciada también por las instrucciones que Nariño enviara a la Junta de Cartagena para que se reembarcara al Arzobispo enviado de España, Juan Bautista Sacristán, de quien se tenían informes de no ser afecto a la causa independentista. No tardaron en acusar a Nariño de ateo y anticlerical, algo que no estaba muy lejos de la realidad. Estas acusaciones cobraron mayor intensidad cuando Nariño y su Ministro exigieron a las corporaciones eclesiásticas el pago de impuestos por sus «desmedidas riquezas». Había dicho el Precursor: «Tócales el bolsillo y verás la pobreza evangélica sonando en ello... Tócales la humildad y verás los truenos del monte Sinaí descargar sobre tu cabeza», acusándolos de ser insensibles ante la pobreza y el hambre del pueblo. Los bienes de la Iglesia siempre fueron el recurso preferido de la Revolución.

Al comprender que sus poderes no eran suficientes sin una Constitución que se los otorgara, Nariño se empeñó en convocar un Colegio Constituyente a fin de elaborar una nueva Carta Política, la cuarta en dos años, y en abierta competencia con la de Camilo Torres. El 2 de enero de

1812 se instaló solemnemente este Colegio, frente a un retrato de la Libertad que mostraba una india con plumas, carcaj y flechas sentada sobre un caimán. Era el principio del «indigenismo» que han aprovechado tantos mandatarios mesiánicos en América. La figura de la india fue estampada en las nuevas monedas, acuñadas y devaluadas, para financiar el déficit fiscal creciente. En contraste, los Estados Unidos seguían con la misma constitución de 1776 y continuarían con ella dos siglos después.

### **Prócer contra prócer**

Contrasta también que por esta época la sede del poder en Venezuela se había situado en Caracas. En la Nueva Granada, en cambio, la sede del poder tradicional, que era Santa Fe, había saltado en pedazos; dos estados rivales se disputaban el poder: el de Cundinamarca, que defendía un gobierno centralista, y el del Congreso de las Provincias Unidas, que defendía una nación federalista. A esta rivalidad sucedió que varias provincias se erigieron en estados soberanos con sendas constituciones, en tanto Pasto, Santa Marta y Popayán se mantenían fieles a España. Así, el nuevo Colegio Constituyente de Antonio Nariño para Cundinamarca se veía rivalizado por la propuesta de constitución federal de don Camilo Torres y de Miguel de Pombo para la Confederación de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, formación política rival de la anterior que amenazaba con estrangularla. Cundinamarca se negó a firmar el Acta Federativa. En este proyecto se rechazaba la jurisdicción de la regencia de Cádiz y no se hacía mención de la soberanía de Fernando VII. Decía:

Artículo 5.º: Todas y cada una de las Provincias Unidas, y que en adelante se unieren, de la Nueva Granada, o de otros estados vecinos, desconocen expresamente la autoridad del poder ejecutivo o regencia de España, cortes de Cádiz, tribunales de justicia, y cualquier otra autoridad subrogada o sustituida por las actuales o por los pueblos de la península, en ella, sus islas adyacentes, o en cualquier otra parte... Artículo 6.º Las Provincias Unidas de la Nueva Granada se reconocen mutuamente como iguales, independientes y soberanas...

Era propuesta contra propuesta, Congreso contra Congreso, prócer contra prócer. Además, esta Acta de Federación del 27 de noviembre de 1811 explicaba que se creaba el Supremo Congreso de la Nueva Granada que, reunido en Tunja, asumía todos los poderes públicos, el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial. Los más importantes renglones del gasto público pertenecían al Congreso, así como la dirección de las Fuerzas Armadas, con lo cual se creaba un Leviatán muy parecido al de Hobbes, justificación suprema del Estado absoluto. Era otro esperpento, un globo de ensayo sin antecedentes coloniales para instaurar unas formas inéditas de dictadura que luego cobrarían fuerza y serían ejercidas con rigor en todo el Continente. Camilo Torres era muy hábil y calculador y el «despotismo calculado», que no ilustrado, era su más hábil maniobra para que Nariño no se saliera con la suya. El acta federal era odiada por Nariño y por esta denunciada como que «todo particular o corporación que haga la ley y la ejecute, es tirano». Por lo menos tenía algo de sentido común. Pero las palabras no fueron suficientes, pues el 12 de octubre de 1812 el Supremo Congreso expidió un decreto «contra la forma de gobierno de

Cundinamarca». La primera guerra civil avanzaba rauda.

El proceso de desmembramiento y división del país continuó aceleradamente en tanto que Nariño renunciaba a su cargo el 27 de febrero, renuncia que no le fue aceptada. Camilo Torres había ido muy lejos, pues la reacción de Ambalema, Garzón, Gigante, Timaná y Purificación y, posteriormente Neiva, fue de anexarse a Cundinamarca. La federación se estropeaba por momentos. A Camilo Torres, haciendo que el Congreso escogiera como sede la ciudad de Ibagué, distante varios días de la capital, no se le ocurrió hacer nada distinto para contrarrestar esta tendencia anti-federalista de un poder ejecutivo que estaba cada día más belicoso y centralista. La crisis se aceleró cuando Vélez y San Gil se declararon independientes de El Socorro y desearon incorporarse a Santa Fe, de la que solicitaron ayuda militar, vista la represión que sobre ellas iba a lanzar El Socorro. Comoquiera que Cartagena había salido avante en su arremetida contra Mompox, y Tunja contra Sogamoso, Nariño juzgó que debía acudir en defensa de estas provincias rebeldes y ordenó al coronel Joaquín Ricaurte avanzar con un poderoso contingente de tropas hacia El Socorro.

El flamante Congreso federalista, instalado en Ibagué, recibió la noticia de la agresión santafereña con sorpresa e indignación, aumentadas con las declaraciones de Sogamoso, Villa de Leyva, Chiquinquirá y Muzo de desmembrarse de la jurisdicción de Tunja y anexarse a Cundinamarca y Santa Fe, gobernadas por Nariño. Juan Nepomuceno Niño, representante de Tunja en el Congreso y miembro de la Junta Central de esa ciudad dispuso un preparativo militar para sofocar el proceso secesionista. Sogamoso reaccionó solicitando a Nariño apoyo militar. Nariño ordenó al comandante del Ejército de Cundinamarca, Antonio Baraya —aquel oficial del ejército español que salió a la Plaza Mayor de Santa Fe a apoyar la revolución del 20 de julio— desplazarse hacia Tunja a impedir que se sofocase la rebelión. Vale la pena mencionar que Baraya llevaba como oficiales a dos personajes que más tarde ocuparían un puesto destacadísimo en posteriores acontecimientos: Francisco de Paula Santander y Francisco José de Caldas y Tenorio, el último de los cuales había decidido pasar de científico a guerrero. En parte, se cumplía la profecía que hiciera Antonio Nariño poco tiempo antes al decir que «morirán todos, y el que sobreviviere solo conservará su miserable existencia para llorar al padre, al hermano, al hijo o al marido». Caldas era primo de Camilo Torres y Tenorio, contra quien ahora luchaba. Esta profecía habrá de cumplirse plenamente en cabeza de Caldas, y de muchos otros, cuatro años más tarde. En el sabio Caldas, porque sus escritos delataron ante las autoridades su sentimiento separatista; publicó el 27 de agosto de 1810 en el diario oficial del nuevo gobierno, entre otros similares escritos incendiarios, que «la aurora del día 21 de julio vio instalada la más alta autoridad gubernamental de la Nueva Granada, la vio reconocida por el pueblo que la había creado... el orgullo de los consejeros foráneos, de odiados sátrapas, fue quebrantado por primera vez; la clase que mandaba desde hacía trescientos años tuvo que jurar respeto y obediencia a una autoridad compuesta por los americanos hasta hace poco despreciados». El miedo a la muerte le hará comer una a una estas palabras seis años más tarde.

Apenas comenzaban a sonar los tambores de la guerra fratricida cuando el presidente Niño, que lo era de la provincia de Tunja, sin fuerzas suficientes para sojuzgar las ciudades rebeldes decidió solicitar el apoyo militar de Venezuela para hacerle frente a Santa Fe. Escribía Niño: «A

pesar del grito general de todos los pueblos de este vasto reino, veo, digo, erigirse un tirano y un monarca ahogando nuestros votos, nuestros deseos... Caracas, como la Nueva Granada, deben hacer todos sus esfuerzos para ahogar en su cuna esta hidra venenosa; ella debe mediar, y aun amenazar al tirano para encerrarlo dentro de los límites de Cundinamarca. Yo no dudo que Caracas será nuestra libertadora». Era Esparta contra Atenas.

Ahora los criollos deseaban que alguien viniera a libertarlos de los propios criollos. Nariño de nuevo renunció el 4 de marzo y otra vez se le rechazó la renuncia. No podía haber nada más patético. La «Libertad» se había convertido en una vulgar y devaluada moneda de cambio sin otro valor que el de la pólvora y la bala que salían de los fusiles. Santa Fe quedaba amenazada por nadie menos que por los bárbaros ejércitos de Bolívar y sus criminales que, venidos a generales, acaudillaban una turba de desalmados. Las conspiraciones contra el Precursor no se hicieron esperar en la antigua capital del Reyno. El canónigo Rosillo estaba preparando un golpe de Estado. La Iglesia también cerró filas contra el «tirano» cuando intuyó los peligros de la filosofía de secta que representaba. Su propio hijo, don Gregorio Nariño Ortega, que se había pasado al partido realista, se aprestaba a reconquistar el Nuevo Reyno de Granada con las autoridades españolas de La Habana. Era un reino desgarrado por las luchas intestinas.

Gregorio mantuvo nutrida correspondencia con los conspiradores santafereños en contra de las ideas de su padre, Antonio, y sirvió de enlace a las provincias leales a la Corona. Estas andanzas del hijo pronto sirvieron de acicate para lanzar una campaña abiertamente hostil y calumniosa contra su progenitor. Dos especies circulaban: la una, que Nariño iba a entregar la Nueva Granada a los españoles, prueba de lo cual era que su hijo andaba con ellos; la otra, que Nariño se iba a coronar Rey, por contradictorio que pareciese. A esos infundios sucedieron otros, como que había recibido sobornos por cuenta de las autoridades españolas, algo que hizo surgir de nuevo en la mente de sus conciudadanos el desfalco que había hecho en la Tesorería de Diezmos.

Fue Manuel del Castillo y Rada, uno de los notables de Cartagena, el primero en advertir a uno de los comandantes enviados por Nariño a El Socorro, Joaquín Ricaurte, el peligro que el «populismo» de Nariño significaba para la clase dominante criolla. Este coronel decidió acusar por escrito a Nariño, ante el Senado de Cundinamarca, de atropellar la Constitución y convertirse en tirano. Nariño respondió destituyéndolo y ordenándole regresar a Santa Fe. A su turno, los parientes de Baraya en la capital se encargaron de hacer lo mismo: advertirlo sobre las intenciones del dictador cuando todavía este se hallaba marchando hacia Tunja. A esta misma opinión se sumaron los comandantes Caldas y Santander, quienes comenzaron a persuadir a Baraya, su Comandante en Jefe, de no apoyar la causa de Nariño. Caldas ayudaba a sembrar la cizaña contra el dictador, le atribuía todos los males que él padecía y era el encargado directo de calentar la cabeza de Baraya.

Es posible que las motivaciones de Caldas tuviesen más que ver con su esposa que con sus íntimas convicciones políticas, pues este hombre era un «sabio» algo distraído y con muy poca formación ideológica. En una carta a su primo Camilo Torres expresa el 23 de mayo de 1812 que «yo no sabía a dónde caminaba y Dios me conducía a que contribuyese a la formación del Congreso con mis débiles fuerzas». Ya veremos que idéntica actitud habría de demostrar al interponer el mismo desconocimiento de lo que hacía ante las fuerzas de la reconquista española.

He dicho que su actitud tenía más que ver con su esposa, María Manuela Barahona, que con cualquiera otra cosa, en el sentido de no querer permanecer mucho tiempo distante de ella por causas del conflicto, ya que desconfiaba de su fidelidad. Al fin y al cabo, era muy poco lo que la conocía, pues había recurrido a su amigo de juventud Agustín Barahona para que le escogiera a una payanesa, cualquier payanesa como esposa, y este le había escogido a su sobrina, con quien se casó por poder que dio a su pariente Antonio Arboleda en el nefasto año 1810. A ella escribe: «No solo he procurado ser fiel a mi mujer, sino también quitarle todo motivo de la más ligera inquietud, o de la sospecha más ligera. En eso tú no has sido muy prudente y tu conducta en mi ausencia no deja de darme motivos de inquietud, que han amargado mi corazón delicado y sensible». Caldas la celaba con un «chispero» que ella había conocido en los motines santafereños y con quien mantenía sospechosa cercanía.

En Tunja las tropas de Baraya fueron acogidas con gran confianza por el presidente Niño, discípulo de Francisco José de Caldas, quien gentilmente hospedó a Baraya con todas las distinciones del caso. Niño ya tenía informes de lo que estaba pasando con los comandantes invasores y no tuvo inconveniente en acogerlos como amigos. Al llegar a Tunja, Baraya, Caldas y Santander ya estaban de acuerdo en que Nariño era un tirano, ambicioso e ingrato, con las gentes de su clase y condición. La crisis se precipitaba. En mayo Nariño renunciaba por tercera vez a su cargo, renuncia que la camarilla gobernante tampoco le aceptó. Baraya decidía, poco después de su llegada, poner a disposición de Tunja las fuerzas que el dictador Nariño había puesto a su cargo. Estaba decidido ir a libertar la Nueva Granada del tirano. Niño, en gesto de agradecida reciprocidad, ascendió un grado a todos los oficiales y aumentó la paga de los soldados con cargo al presupuesto. Por descontento, que si solo hubiesen existido móviles ideológicos era apenas de simple decoro personal no haber aceptado prebendas que en mi tierra se llaman «chanchullo». Toda la alta oficialidad juró que en adelante solo obedecería las órdenes de don Camilo Torres y del Congreso federal. Baraya notificaba a su ex jefe el 29 de mayo «persuádase de que mis oficiales y yo desconocemos la autoridad de un hombre que con escándalo de todas las almas libres, pidió y consiguió la suspensión del imperio de la Constitución... de un hombre, en fin, que ha dado pruebas nada equívocas de que pretendía establecer una Corona dinástica sobre las ruinas de la Corona y dinastía de los Borbones...». Ocurría otro golpe de cuartel, el segundo en cabeza de Baraya.

Por estas fechas la arremetida española en Venezuela estaba causando verdaderos estragos a la causa republicana y las provincias realistas granadinas como Santa Marta, Pasto y Popayán extendían su influencia desequilibrante para las fuerzas criollas en discordia. A Nariño no le quedó más remedio que entrar en tratos con el Congreso federalista y firmar los tratados del 12 de mayo de 1812 en los que reconocía la autoridad de dicho Congreso a cambio de que se aceptaran las anexiones hechas a Cundinamarca. Pero Tunja, envalentonada por las deserciones militares a su favor, desconoció los tratados y pidió el derrocamiento del régimen y el traslado a Tunja del Congreso establecido en Ibagué. Por su parte, Baraya y sus tropas sometían las provincias rebeldes y las anexaban de nuevo a Tunja. Al Congreso no le quedó más remedio que desconocer los tratados y trasladarse de Ibagué a aquella ciudad, en tanto que Nariño llamaba en Santa Fe a las armas a todos los ciudadanos desde la edad de quince a los cuarenta y cinco, y el 25 de junio

de 1812 partía al mando del contingente militar a someter las provincias federales. La Constitución había quedado suspendida y Nariño recibía facultades dictatoriales. El Precursor entró sin dificultad a Tunja de donde escapó el presidente Niño rumbo a Santa Rosa, porque sus tropas ya estaban comprometidas a someter las ciudades rebeldes, por lo que no pudo hacer resistencia. Sin embargo, un lugarteniente de Baraya venció a un ejército de Cundinamarca en Paloblanco, inmediaciones de San Gil, y en Charalá otro destacamento militar cundinamarqués era derrotado por vecinos que habían concurrido a la batalla con lanzas y palos. Todas estas eran escaramuzas de principiantes de soldados.

En Tunja se enteró Nariño de que en Venezuela las cosas andaban muy mal para la causa rebelde, pues el general Monteverde había batido a Miranda y al resto de sediciosos en toda la línea. Nariño aceptó, entonces, las condiciones que le puso Niño, un hombre que no estaba en condiciones de obligarlo. La comedia llevaba a los vencedores a aceptar las condiciones de los vencidos. Nariño volvió a reconocer la autoridad del Congreso federal, aceptando que Sogamoso continuara anexada a Tunja, que el ejército de Cundinamarca se sometiera a la voluntad del Congreso y que Baraya, Ricaurte y Compañía no fuesen juzgados por traición. A esto se le llamó el Tratado de Santa Rosa, firmado el 31 de julio de 1812, en plena invasión napoleónica a Rusia.

En Santa Fe, entretanto, los hijos de los notables se alzaban y pedían la renuncia de Nariño por ser parte de los «libertinos de Francia», émulo de los jacobinos y enemigo de la santa religión. Los secuaces de Carbonell reaccionaron, entonces, y a pedradas y patadas volvieron a dominar las calles santafereñas. Un exaltado centralista, arrebatando de las manos de un federalista un periódico titulado *El Carraco*, lo tiró al suelo y lo pateó con grande aplauso de los concurrentes. A partir de ese momento, los secuaces de Carbonell fueron llamados «pateadores», que se convirtió en sinónimo de centralistas, en tanto que el de «carracos» se endilgó a los federalistas.

Don Manuel Benito de Castro, encargado de la presidencia de Santa Fe, ordenó el arresto de varios notables encabezados por José Sanz de Santamaría. El 20 de julio se cumplieron, con lánguidos festejos, dos años de esa extraña y anárquica libertad. El 5 de agosto Nariño hizo su aparición en la capital, reintegrándose a sus funciones dictatoriales. La desconfianza popular aumentaba por los desmanes de carracos y pateadores y la desesperación llegó a tal punto que por primera vez se consideró el atentado personal contra la figura del nuevo déspota como una forma de salir de la encrucijada política, aunque metiéndose en la encrucijada asesina. Uno de los conspiradores debía asesinarlo en una audiencia; Nariño, quien sabía del plan, recibió al asesino y con la mayor sangre fría se puso a cerrar por dentro las puertas de su despacho a tiempo que le entregaba las llaves a su acompañante. Asombrado, el sicario preguntó la causa de tal comportamiento y Nariño le contestó que quería facilitarle la fuga después de cometido el asesinato. El sicario, confundido, le entregó el puñal que llevaba oculto y se marchó, sin más.

En tan críticos momentos Nariño, acosado por el odio y por los avances realistas de Pasto, Popayán, Santa Marta y Venezuela renunció por cuarta y definitiva vez en menos de seis meses, el 18 de agosto de 1812, advirtiendo que de no ser aceptada su renuncia «abandonaba el puesto y se retiraba al campo» no sin antes haber aclarado que no se apresuraba a «dejar el mando por debilidad en medio de los peligros». La dejaba porque estaba «hasta las narices» de la Presidencia.

Manuel Benito de Castro volvió a encargarse del gobierno, en tanto que el Precursor se aislaba en su finca de Fucha y el gabinete de Castro contemplaba cómo el nuevo Presidente gastaba sus horas espulgando a su perrita. Este era un peculiar personaje que vestía a la moda del siglo anterior, sin tener en cuenta la de 1812. Usaba casaca redonda, medias blancas, zapatos puntiagudos, pantalón corto de terciopelo, capa larga de grana colorada, sombrero de tres picos con escarapela colorada, llevaba la nariz empolvada, peinado de coleta y bucles con polvos de almidón sobre las sienes. Parecía sacado de un retrato.

Baraya escribió una carta a Castro ofreciéndole el apoyo militar necesario y suficiente para aplacar la plebe exaltada en beneficio de la seguridad pública. El lenguaje era destemplado y hasta insultante. Insinuaba que en Santa Fe se quería restablecer el régimen español. Alertado el pueblo por el ministro Carbonell de la inminente operación militar para restablecer el orden en Santa Fe, la gleba volvió a sublevarse y a pedir la restitución de Nariño a su cargo. El Senado, reunido a considerar esta petición, apeló al buen juicio del Precursor, pero Nariño rehusó. Luego fue sacado de su finca por la tropa y sus partidarios y conducido a Santa Fe para que se hiciera cargo del Gobierno. Ocurría otro golpe de cuartel y concurría al poder el quinto mandatario en dos años: Pey, Lozano, Nariño, Castro, y otra vez Nariño. El Precursor pidió, entonces, que fuese la Representación Nacional la que procediese a su nombramiento, algo que no se pudo lograr cuando el 11 de septiembre no asistió a la reunión electoral buena parte del notablato. Sin quórum, no hubo decisión. Estaban divididos entre centralistas y federalistas. Afuera, la turba amenazaba. Los pocos asistentes decidieron quitar toda representación a los ausentes y prescindir de su voto y del quórum. Carbonell solicitó a las barras la aprobación de que Nariño fuese «elegido» dictador y suspendida la Constitución, la cuarta de la *republiqueta*. La gleba centralista aclamó la moción y Nariño salió elegido dictador. Era la segunda dictadura de una larga cadena iniciada en la «Patria Boba», frase acuñada por Nariño, y consentida por personajes muy poco bobos.

### **Centralistas contra federalistas**

Lo que nunca pudo entenderse era cómo podía la gleba reclamar el centralismo si eso era, justamente, lo que había derrocado la revolución del 20 de julio de 1810. Los únicos que obraban más acorde con sus convicciones eran Camilo Torres y sus secuaces, quienes, cometiendo el error de reunir todos los poderes públicos en uno, luchaban por la descentralización del poder. Sin embargo, también luchaban por restablecer un simulacro de legitimidad, apelando a que Nariño aceptara el restablecimiento de los tratados de Santa Rosa y la situación jurídica de septiembre de 1811; también, a que devolviera al Gobierno la división de poderes y la manera de hacerse popular y representativo. La Asamblea Popular, convocada a decidir sobre estas cuestiones, rechazó el ultimátum y solicitó la separación de Cundinamarca de la Federación. El Congreso federativo, que desde el 4 de octubre sesionaba en Villa de Leyva, declaró a Nariño, mediante decreto, usurpador y tirano de Cundinamarca y «a todas las personas de su facción, refractarias y enemigas de la unión y libertad de la Nueva Granada». El Precursor contestó cursándole un ultimátum a Tunja y conminándola a devolver sus tropas en poder de Baraya. Camilo Torres se

olvidaba de que había sido él mismo quien indujera al Congreso a asumir poderes omnímodos al reunir en uno solo todos los poderes públicos. Es decir, los tiranos no se reconocían a sí mismos. Nariño era un tirano autorizado por el pueblo; Torres, un tirano autorizado por la ley. Este Congreso autorizaba a Camilo Torres para emplear la fuerza para derrocar la dictadura y aprehender a sus cómplices.

El primer decreto con el que contestó la dictadura al decreto federal de marras fue dictado para llamar a las armas a todos los ciudadanos y confiscar los bienes de todos los conspiradores contra el régimen. Se prohibieron las opiniones y escritos políticos. Se requirió juramento de adhesión al régimen. La ciudadanía era notificada de que, en el caso de que una persona disintiera de las opiniones políticas del Gobierno, tenía cinco días para abandonar la ciudad. Los españoles habían sido, apenas, aprendices de tiranos y sus censuras, cualquiera de ellas, no habían sido más que pálidos reflejos de lo que ahora había.

Advertido Nariño de que, finalmente, el arzobispo Sacristán, ahora huésped de La Habana, reconocía su gobierno y la transformación política habida, el 9 de noviembre de 1812 expidió el decreto que autorizaba su desplazamiento a Santa Fe. El decreto dividió al clero de la ciudad entre los que le ofrecían apoyo y quemaban incienso al gobernante y entre quienes lo repudiaban. Santa Fe se preparaba para la guerra contra las tropas de Baraya. Baraya y el presidente de la Unión Federal, don Camilo Torres, preparaban el asalto contra Santa Fe. Los patricios estaban enfrentados a una guerra fratricida.

Ya se oían las cabalgaduras de la Muerte galopar hacia Santa Fe.

## 13. LA GUERRA ENTRE CRIOLLOS

*He indicado al gobierno del Perú que venda en Inglaterra todas sus minas, todas sus tierras y propiedades y todos los demás arbitrios del gobierno, por su deuda nacional, que no baja de veinte millones.*

SIMÓN BOLÍVAR

### **Lazos de sangre**

El 23 de noviembre de 1812 partió Nariño de Santa Fe hacia Tunja, llevando consigo unos mil quinientos hombres. Como ayudante de campo iba el joven oficial Antonio Ricaurte Lozano, nieto del primer Marqués de San Jorge y quien en el próximo futuro habría de quedar falsamente consagrado en los anales de la Historia Patria por haberse inmolado al hacer estallar por los aires un polvorín para que no cayera en manos de los españoles. Fue nuestro Sansón, con aquello de «muera Ricaurte y todos los españoles». Ya tendremos tiempo, amigo lector, de develar por qué esto fue una ficción histórica que se introdujo hasta en el Himno Nacional de la República de Colombia.

La rebeldía contra el Monarca no obsta para reconocer a este joven Ricaurte, y a sus dos hermanos, los méritos correspondientes y su terrible orfandad y privaciones a las que se vieron sujetos cuando niños. Permítaseme contar algunos detalles, porque revelan el porqué de las divisiones existentes en la macro-familia entre federalistas y centralistas. Si repartimos las familias por simpatías políticas veremos que aliado con Antonio Nariño Álvarez estaba su tío Manuel Bernardo Álvarez Lozano, miembro del Congreso, y quien había optado por no continuar en este al quedarse en Santa Fe como consejero de su sobrino. Aliados con él estaban también José María Lozano, ya marqués de San Jorge en propiedad, y su hermano, Jorge Tadeo Lozano, Alférez del Real Cuerpo de Guardias en Madrid, vizconde de Pastrana, «Vicerregente del Rey» y burlescamente apodado «Jorge I». Ambos, José María y Jorge Tadeo, eran cuñados de Manuel Bernardo Álvarez Lozano y primos de don Antonio Nariño Álvarez, el Precursor de la Independencia. El hijo de Manuel Bernardo, Manuel María, era el alcalde de Santa Fe y miembro del «Colegio Electoral», además de Capitán del Regimiento de Milicias. José María Carbonell, el revoltoso jefe de pateadores, chisperos y vivanderos, ocupaba, además, el cargo de Ministro del Tesoro y era esposo de una sobrina de Manuel Bernardo Álvarez Lozano. Aliados con este grupo familiar en el centralismo también estaban Juan María Pardo y Pardo, asesor de Nariño y esposo de su prima María Tadea Álvarez Lozano, Luis de Ayala y Vergara, Consejero de Estado, asesor de Nariño, casado con la prima de este, María Teresa Lozano e Isazi, la hija de José María Lozano, el Marqués, y Mariano Bernardo Álvarez Lozano, primo del dictador Nariño y Capitán del Ejército.

Ahora bien, del lado federalista y contra Nariño estaban, en primer lugar, Camilo Torres y

Tenorio, casado con Francisca Prieto y Ricaurte, quien por lo Ricaurte, provenía de una importante familia vinculada con la explotación de minas, comercio de abastos, acuñación de moneda y quienes habían mantenido una poderosa oligarquía que llegó a controlar el Cabildo y todos los empleos importantes de la ciudad capital. Se sumaba Antonio Baraya y Ricaurte, autor del golpe de Estado del 20 de julio y del golpe a Nariño en Tunja, quien era sobrino de la esposa de Torres. Con Camilo Torres y el federalismo también estaban Luis Rubio Ricaurte, el que fuera a la tienda de Llorente a pedir prestado el florero, José María Portocarrero, esposo de Josefa Ricaurte y colaborador de Baraya, Mariano Portocarrero, su hermano y oficial al servicio de Torres, José María París y Ricaurte, esposo de Juana Prieto y Ricaurte, cuñado de Francisca, la esposa de Torres, y, por último, Joaquín, Manuel y Antonio Ricaurte, esposo de Juana Martínez Recamán y hermanos entre sí. A todas estas, Antonio Villavicencio, aquel Regio Comisionado a quien iban a agasajar y para lo cual habían pedido el florero a Llorente, ya militaba dentro del clan federalista. He puesto a este joven Ricaurte y a sus hermanos en este partido porque, efectivamente, se pasaron a él después de haber militado en las filas de Nariño y Antonio Villavicencio haber sido su ayudante de campo.

La tragedia familiar vivida por aquellos jóvenes Ricaurtes explica por qué no pudieron continuar con el precursor Antonio Nariño: sucedió que el 5 de enero de 1782, treinta años antes de estos sucesos, María Clemencia Lozano, hija del primer marqués de San Jorge —Jorge Miguel Lozano de Peralta— se presentó nada menos que a la Catedral de Santa Fe y pidió a voz en cuello que el párroco la casara inmediatamente con su novio Juan Esteban Ricaurte. Los dos jóvenes estaban sumamente enamorados y acosados por la oposición que el Marqués presentaba a ese noviazgo. El párroco rehusó casarlos. Pedía que la novia tuviera el consentimiento de su padre. El Marqués lo negó, y ante la insistencia de los novios y la amenaza de que se fueran a vivir en mancebía, el cura procedió a casarlos y el Marqués a desheredarla. Años después se conmovió y le restituyó la herencia. Juan Esteban y María Clemencia murieron jóvenes, por lo que sus tres hijos, Ignacio, Antonio y Manuel debían heredar la fortuna dejada por su también fallecido abuelo. El proceso judicial se enredó por algunos errores que se cometieron y los bienes terminaron embargados. A Juan Nepomuceno Rodríguez de Lago, tío político de los menores, correspondió ser curador *ad litem* pero ese señor descuidó el negocio no haciendo acto de presencia cuando era requerido. Al juzgado no le quedó más remedio que hacer representar a los menores por el llamado «Padre General de Menores».

Pasaba el tiempo y el litigio continuaba. Los Lozanos y los Ricaurtes se peleaban por la fortuna de los niños en tanto estos vagaban, desamparados, por las calles de Santa Fe, dormían en los zaguanes de las casas, pedían limosna y no iban a la escuela. Las gentes de Santa Fe vivían escandalizadas con esta situación, pero el escándalo no era suficiente para conmover ningún corazón caritativo a recoger a esos niños y amparar del infortunio. La policía intervino. También lo hizo el alcalde Luis Caicedo y Flórez, asesorado por don Camilo Torres. Finalmente, el Tribunal a cargo de Lorenzo Marroquín, y en representación de la justicia real, dispuso que los tíos eran los más llamados a recoger las criaturas. La ley requirió, entonces, a su tío José María Lozano, el flamante marqués de San Jorge, hacerse cargo de los pequeños; José María se excusó aduciendo imposibilidad debido a sus ocupaciones, que no eran otras que el rechazo de su mujer a

los huérfanos; la justicia recurrió, entonces, a Jorge Tadeo, el otro tío, quien alegó que la atención de sus asuntos privados no le dejaban tiempo para encargarse de levantarlos como era debido; se previno, por último, al tío político, Juan Nepomuceno, quien dijo que si sus tíos de sangre no lo habían hecho mucho menos habría de corresponderle a él hacerlo. Estos eran unas «joyas» de parientes. No quedó más remedio que la autoridad de la ley, de aquella traída por los españoles, forzara a Nepomuceno Rodríguez de Lago a recoger a los niños y a educarlos y que «en caso de no poderlos contener, dará cuenta a este juzgado para proveer lo que corresponda». El pleito duró siete años, de 1798 a 1805. Parece que los hermanos Ricaurte tenían frágil memoria, pues olvidaron que fue gracias a la ley española, y no a la republicana, que no permanecieron como huérfanos indigentes. Cuando crecieron, los hermanos se casaron como sigue: Ignacio, con Isabel Lago y Castillo, sobrina de Juan Nepomuceno, de familia federalista, y Antonio, con la mencionada Juana Martínez Recamán, de familia centralista. Así que la otra pugna familiar estaba también planteada.

Antonio Ricaurte Lozano era el más activo de los hermanos en la política, aunque hay que decir que esta siempre la hicieron, y en contra de la Corona, «los niños bien», «los hijos de papi», los que, pese a sus privilegios de clase, eran manipulados por la secta masónica o pretendían mayores prebendas. El 20 de julio y en los días siguientes al motín Antonio actuó decididamente al lado de Carbonell y los chisperos; durante la presidencia de su tío, Jorge Tadeo, actuó contra el gobierno constituido y ayudó a Carbonell a organizar los pateadores. Se había convertido, temporalmente, en un fiero defensor de la causa nariñista y centralista. Esto explica que el Precursor le hubiese otorgado tanta confianza a la hora de la operación militar que se avecinaba, pero había un inconveniente: su hermano Manuel venía de Tunja a enfrentarse con los ejércitos de Nariño bajo el mando de Joaquín Ricaurte quien, a su vez, estaba a órdenes de su otro primo hermano, Antonio Baraya, y todos juntos al servicio de Camilo Torres, el abogado que había hecho intervenir al alcalde Caicedo y Flórez en su orfandad. Esta circunstancia hizo que sus parientes recordaran a Antonio que, por lo menos, debía un mínimo de agradecimiento a don Camilo por haber ayudado a salvarlo de las miserias de su niñez, bajo la mirada indiferente de los Lozanos, centralistas todos. Por eso el corazón de Antonio comenzó a palpar del lado contrario, es decir, del federalista.

## **Sangre de criollos**

Aconteció que las Tesorerías de Tunja y de El Socorro estaban exhaustas, por lo que fue preciso que Camilo Torres recurriera al expediente del préstamo para reclutar hombres y allegar pertrechos, involucrando en ello a los miembros de su propio Congreso. Como no fue suficiente, se decidió por la conscripción forzosa, para lo cual se hizo necesario establecer vigilancia para que los posibles reclutas no desertaran. Dispuestos los mandos, Baraya marchó con su ejército de Villa de Leyva hacia Tunja para contener el avance de las fuerzas centralistas que se avecinaban. Su ejército se localizó en el Alto de la Virgen, próximo a Ventaquemada, sitio desde el cual podía dominar las alturas y que presentaba una ventaja táctica sobre el enemigo. El 2 de diciembre de

1812 Nariño, en persecución de las avanzadas federalistas, cayó en la trampa. El joven oficial Antonio Ricaurte dirigió el ataque que tuvo unas singulares características. Ricaurte avanzó cuesta arriba y a toda marcha hasta rebasar imprudentemente las filas enemigas y luego, desenvainando el sable, le amarró un pañuelo blanco, según lo refirieron, y exclamó: «Aquí estamos ya» y desapareció en medio de la confusión. Las fuerzas que comandaba se desbandaron rápidamente en tal desorden que cada uno cogió por donde mejor pudo. El resto de regimientos que aguardaba más abajo, al ver el tropel, se contagió de miedo y se dispersó rápidamente, dejando en el campo todos sus pertrechos militares. Al percatarse de este desastre Nariño arrebató la enseña al abanderado de las fuerzas y, picando el caballo, gritó: «¡Sígueme, muchachos!», pero nadie le hizo caso, por lo que tuvo que devolverse y hacer tocar la retirada. Fue entonces cuando el bando contrario dispuso el contraataque, que se efectuó en toda la línea. Al día siguiente los restos de su ejército fueron llegando a Santa Fe como pudieron, mientras Nariño se ocupaba de dar parte a la Representación Nacional y preparar la defensa de la ciudad. El desastre fue atribuido a la traición de Ricaurte, quien se retiró a su hacienda de Anolaima a escarbar su conciencia.

Consumada la derrota, Baraya se dispuso a marchar sobre Santa Fe con cuatro mil hombres para someterla al imperio de la Federación. Muchos de sus hombres habían sido reclutados bajo la consigna de que se permitirían tres días de saqueo y «violeo» a la capital, como se decía, y desde entonces esta palabra ingresó a la lexicografía a ocupar puesto de honor junto con el «toreo», y también el «coleo», que no era más que tumbar la res agarrándola de la cola desde un caballo a galope. Nariño contaba con tan solo ochocientos efectivos que se le iban desgranando en defección, entre ellos los de Antonio Morales, el que había preparado la asonada del florero y, quien en un súbito ataque de demencia, se hizo federalista. José Sanz de Santamaría, el más rico prohombre de la ciudad, también salió corriendo y buscó refugio en una hacienda suya en Saldaña. Las mujeres de los patricios que no quisieron abandonar la ciudad y sus pertenencias se dieron a la tarea de insultar al dictador por causa de la derrota.

Baraya marchaba en nombre de Camilo Torres, Acevedo y Gómez, Gutiérrez y Caldas, miembros todos del único «Congreso» que quedaba. Pero Baraya no era ningún estratega, ni siquiera un táctico, mucho menos un imaginativo soldado. Embriagado por su primer éxito en Ventaquemada, avanzó hacia la capital. La muerte, que había atravesado el antiguo y pacífico Reyno hasta entonces solo se había hecho de cuerpo presente en el punto donde ocurrieron las primeras bajas de criollos. Es curioso que los primeros muertos fueron de criollos que luchaban contra criollos y no de criollos contra españoles. En esto hay que ser veraz y tener honestidad histórica, porque las primeras víctimas estuvieron a cargo del caos creado por el vacío de autoridad legítima y verdadera. Digo esto porque ni la jefatura ejercida por Nariño era, propiamente, popular, ni el Congreso reunido por Camilo Torres correspondía a una amplia representación. El Congreso que lo acompañaba era apenas una fachada del anterior, era una impostura, una caricatura del que se había conformado originalmente, pues muchos de sus diputados habían sido reemplazados por una camarilla de sujetos que decían representar provincias donde no los conocían. Por ejemplo, Camilo Torres era diputado por la provincia de Pamplona, donde nadie lo conocía siendo él natural de Popayán.

Desde Santa Fe, Nariño intentaba negociar una paz honrosa que ofreciera a él, y a su familia

pasaportes para el exterior; pedía que se respetaran las propiedades y la seguridad de todos los habitantes; ofrecía reconocer el Congreso Federal y entregar las armas a la Unión. Baraya pedía la rendición incondicional o la sangre correría. Joaquín Ricaurte, que comandaba las avanzadas y se acercaba por Chocontá, respondió lo mismo. Las comunidades religiosas emprendieron rogativas públicas e hicieron mucho por levantar los ánimos abatidos por la angustia. Los Padres Agustinos recibieron una grande multitud en su capilla y Nariño, al conocer la inmensa fe que despertaba la imagen del Nazareno, lo nombró generalísimo de las tropas e hizo que se repartieran escarapelas con dicho nombre, las cuales se pusieron en el pecho, en los rifles y en los pocos cañones que había.

En un último esfuerzo por detener la inminente sangría, Nariño escribió a Baraya una carta personal de amigo: «Antonio —le dice— permíteme por esta vez volver a tomar el lenguaje de la amistad, aunque esté impuesto del odio personal que me profesas... si es venganza personal, matémonos de hombre a hombre, y si no es más que el modo, acordémonos los dos... Yo abandonaré este suelo querido, por el que he sacrificado mis más queridos años, mi sosiego, mi subsistencia y hasta la de mis hijos, y el tiempo nos dirá lo demás». Baraya, que había alcanzado Chía, población cercana a Santa Fe, le respondió: «Tomo también el lenguaje de la amistad para contestar tu carta... estoy resuelto, y conmigo mis oficiales y tropas, a sacrificarlo todo a trueque de remover cualquier resistencia que se intente hacer al acercarme... Renuncia esa autoridad en manos de la Representación Nacional para quitar el principal motivo de odio público... entrégame inmediatamente las armas, pertrechos y municiones... y saliendo de esa ciudad, vete a Tunja a ponerte en manos de aquel cuerpo [el Congreso Federal]... de otra manera esa ciudad va a padecer aflicciones que jamás me prometí causarle».

Nariño hizo todavía un último esfuerzo de entendimiento honroso y consiguió entrevistarse con Baraya en Usaqué, a tiro de as de la capital, pero todo fue en vano. La capital fue prontamente sitiada el 5 de enero de 1813 por el cerro de Monserrate, desde donde dominaba la ciudad el joven oficial Atanasio Girardot, y desde el barrio de San Victorino, al que Baraya había llegado el 9 de enero. Nariño repartió entre la población las armas que quedaban. Caldas fue el encargado de diseñar el plan de ataque que era muy sencillo: atacar constantemente por diversos puntos para obligar a Nariño a dispersar sus fuerzas. A tales efectos, Ricaurte ocupó el cerro de Suba y el camino de Usaqué.

El plan de Nariño, a su turno, contemplaba hacer rápidos ataques sobre las líneas enemigas con el fin de desequilibrarlas. Una rápida ofensiva de Nariño realizada el 7 de enero puso en fuga las avanzadas de Usaqué. Baraya, intentando contrarrestar esta acción, se olvidó de los planes trazados por Caldas y arremetió contra la ciudad por San Victorino; atrás había dejado a Fontibón, su último descanso antes del asedio. Baraya se había cuidado de enviar razón a Atanasio Girardot de que, al ver el ataque, procediera él mismo a atacar bajando desde el cerro de Monserrate. Pedro María Ibáñez, un cronista, recogió la versión de que Girardot había recibido «orden de Baraya de coadyuvar el ataque de la ciudad al día siguiente», y que Nariño había engañado al prisionero y, «suplantando la orden hizo llevar a Girardot aviso para que no bajase de las cumbres de Monserrate durante el ataque que desde allí vería». Pero este cuento tiene más de fantasía que de realidad, porque las cumbres de Monserrate son muy escarpadas y la inexperiencia de Girardot

lo llevó a situarse demasiado alto. Cuando quiso descender, al iniciar Baraya el ataque, no lo pudo hacer sin contratiempos. Cualquiera que conozca ese cerro sabe que desde las «cumbres» no se puede bajar a prisa como no sea rodando cuesta abajo.

Cuando el ataque de Baraya se realizó, Nariño calculó que los movimientos de Girardot no podrían ejecutarse a tiempo y pudo, entonces, concentrar sus fuerzas en San Victorino que, atrincheradas, se aprestaron a resistir la embestida. El 9 de enero se produjo el asalto. Un viejo cañón fue traído a la trinchera. Un primer disparo causó tal destrozo en las líneas enemigas, que estas, presas del pánico, huyeron en desbandada abandonando armas y pertrechos que cayeron en manos de los santafereños. Fueron muchos los prisioneros hechos, entre ellos el presidente Niño y el futuro Prócer Francisco de Paula Santander, herido de bala en una nalga. Baraya escapó a caballo y no se detuvo hasta llegar a Tunja. Francisco José de Caldas escapó huyendo hacia Antioquia. El único cuerpo de ejército que pudo salvarse, con jefe y todo, fue el de Girardot, que al conocer la derrota, se retiró a Tunja.

En la capital se estableció una Junta de Represalias y Justicia para asignar responsabilidades. Como algunos de los prisioneros pertenecientes al notablato intentaran excusar su conducta, uno de ellos, Manuel París, les dijo: «No se anden ahora excusando, ni se den por excusados porque perdimos la acción... Todos hemos venido voluntariamente y todos trajimos la intención de robar y matar y...», relata el cronista Caballero, sin completar la sentencia por ser aquella palabra «muy deshonesto». En realidad, los santafereños desconocían la práctica de «violar», que era la palabra omitida, así como la de robar y matar, algo a lo que pronto serían acostumbrados por las huestes de Bolívar.

## **La guerra se extiende al sur y al norte**

En el sur las cosas no marchaban bien para la causa independentista. A pesar de que el gobernador Tacón había sido derrotado en el río Iscuandé y había abandonado la provincia de Popayán y buscado refugio en Lima, los habitantes del valle del Patía se rebelaron contra el nuevo gobierno ejercido por don Felipe Antonio Mazuera, Vicepresidente de la Junta. Popayán estaba defendida por trescientos hombres al mando de José María Cabal, en tanto que los patianos eran comandados por Antonio Tenorio, quien, a su vez, se había autoproclamado Gobernador de la provincia a nombre de la Corona. Este Tenorio reunió un ejército de mil hombres y se dispuso a atacar a Popayán pero fue rechazado por los defensores. Más al sur del país, en Pasto, los realistas también se levantaron. Como ya se dijo, el presidente de la Junta de Popayán, Joaquín Caicedo, había ocupado Pasto, pero a principios de 1812 se había visto forzado a marchar a Quito a reclamar cuatrocientas libras de oro de la casa de moneda de Popayán. En su ausencia, Tomás Santa Cruz y otros secuaces empezaron a agitar al pueblo en contra de la Independencia. Avisado Caicedo, puso riendas en mayo hacia Pasto, donde se encontró con que los patianos, derrotados en Popayán, habían llegado a reforzar a estos insurrectos. Prácticamente todo el pueblo pastuso se les unió contra Caicedo y sus hombres. Al final, este entregó las armas y las municiones y él, con sus hombres, fue reducido a prisión. Las fuerzas que Popayán envió al mando de Cabal fueron

permanentemente hostigadas y al conocer esta la capitulación de Caicedo se retiró, acosado por los enemigos. Popayán insistió en atacar a Pasto y envió otra expedición que, después de un combate en el río Juanambú, entró en arreglos para poner término a la contienda. Los prisioneros recuperaron la libertad, pero Macaulay, que comandaba la fuerza expedicionaria, al saber que venía otra expedición enviada de Quito contra Pasto, volvió a envalentonarse y sitió la ciudad. Este Alejandro Macaulay era angloamericano, natural de York, Virginia y deseaba adquirir fama y gloria viniendo como «espontáneo» a combatir por la causa rebelde.

Los pastusos sufrieron unos reveses iniciales, pero se pactó un nuevo arreglo que fue desconocido por el ejército sitiado que la emprendió contra la tropa desprevenida de Macaulay. Su tropa fue destrozada y Caicedo volvió a caer prisionero y dos días más tarde el propio Macaulay. Los pastusos habían vengado el pacto inicial violado y dado las primeras muestras de tenacidad y resistencia por la causa de España que más adelante cobrarían una ferocidad inigualable. En noviembre de ese año Toribio Montes fue nombrado por la Regencia de Cádiz Presidente y Capitán General de Quito y su primer acto fue hacer fusilar a Caicedo, a Macaulay y a dieciséis soldados, sentencia que se ejecutó el 26 de enero de 1813. Fue el preámbulo de lo que iba a suceder en la «reconquista» española.

En el norte la situación tomó un cariz diferente. Cartagena expidió una constitución republicana y un reglamento electoral que reconocía el derecho de los padres de familia a elegir electores, quienes, a su vez, elegían diputados. La organización de esa provincia demandaba arbitrar recursos para continuar la guerra contra Santa Marta, y así se hizo. Pero Cartagena se vio sacudida por la noticia de que había llegado a Panamá el nuevo Virrey de la Nueva Granada, don Benito Pérez, el 21 de marzo de 1812 e instalado la Real Audiencia en esa ciudad. Había manifestado sus deseos de que «las provincias que desgraciadamente se hallaban separadas se reuniesen a la fidelísima Panamá, y siguiendo su leal y noble ejemplo, hiciesen una sola familia con la heroica y magnánima España». Cartagena, alarmada, hizo redoblados esfuerzos para echar de Santa Marta a los realistas. Se acuñaron trescientos mil pesos de papel moneda y diez mil monedas de cobre, denominadas «chinas», que en efecto, lo eran, porque su valor más parecía un cuento chino: estaban respaldadas con bienes inmuebles del Estado y debían circular a la par del dinero sonante. Empezaban la inflación y las deudas insolutas del Estado.

Santa Marta, a su vez, había recibido tres buques de guerra de Cuba y un batallón de la Península para ayudar a su defensa. El Gobernador, Tomás Acosta, había extendido una línea de defensa sobre la orilla derecha del río Magdalena y en varios de sus puntos las tropas cartageneras sufrieron importantes reveses, como en Tenerife. Sus mejores buques fueron también destruidos o capturados. El papel moneda había comenzado a hacer estragos en la economía cartagenera, por lo que Acosta aprovechó esa circunstancia para montarse sobre el descontento popular y ganar adeptos al Rey. En efecto, por primera vez en su historia de tres siglos, Cartagena conoció una pobreza que no había conocido con las incursiones de los piratas, corsarios y bucaneros. El papel comenzó a valer lo que valía la tinta impresa en ellos, y a veces menos, pues era despreciado por todos.

Los curas de distintos pueblos, hartos de los desmanes de los revolucionarios, se aliaron con Acosta e iniciaron una contrarrevolución que alzó a todas las poblaciones de las sabanas, como

Ayapel, Loricá y Tolú, donde se proclamó la Monarquía. La situación de Cartagena empeoraba sin este apoyo popular. Su joven Presidente, Manuel Rodríguez Torices, envió entonces dos comisionados al virrey Benito Pérez para ver si se lograba un armisticio. El Virrey los puso presos pues sabía, por una carta interceptada, que era una coartada para ganar tiempo.

He aquí que el coronel español Miguel Cortés Campomanes, y los señores Miguel y Fernando Carabaños, que venían de luchar en Venezuela por la causa independentista, se sumaron a la rebeldía cartagenera y al mando de las tropas de esa ciudad penetraron en los pueblos realistas, los sometieron y fusilaron a los alzados. Un aventurero francés, Pedro Labatut, quien peleaba por interés propio, se encargó, por su parte, de someter los puntos fortificados del río Magdalena y el 6 de enero de 1813 se apoderó de Santa Marta que había sido abandonada por Tomás Acosta ante la imposibilidad de seguir recibiendo refuerzos de Cuba.

En cuanto a lo que sucedió después de concluidas las hostilidades en la capital, diré que los prisioneros federalistas fueron todos perdonados por el Precursor Nariño y muchos de los notables restablecieron su residencia en Santa Fe. Habiéndose culpado mutuamente de su propia actuación, nunca dejaron de intrigar los unos contra los otros. Camilo Torres continuó luchando contra Nariño, pese a haber sido vencido. Aguardaba que un general más avezado que Baraya pudiera, al fin, someter la capital. Y ese general llegaría. Era Simón Bolívar. Por lo pronto, quedaban dos gobiernos en el antiguo Reyno de Granada: el de Nariño en Santa Fe y el de Torres en Tunja. A pesar de los sendos esfuerzos realizados por convencer a las provincias de someterse a ellos, ninguna volvió a aceptar propuesta alguna. Habían quedado escaldadas. Como había anotado José María Espinosa, un testigo presencial, «comenzábamos a adiestrarnos en esto de matar, en que tantos progresos hemos hecho después».

Con Camilo Torres presidente de Tunja, y con Antonio Nariño de Cundinamarca la guerra continuaba dominando la mente de los neogranadinos del interior del país. Torres se lamía las heridas en Tunja y rumiaba los odios que le despertaba Nariño. El infortunio tiende a reunir a los hombres que han sido su presa, y Bolívar era uno de ellos, dispuesto a reunirse con cualquiera y por la causa que fuera. Hacía tan solo unos meses que quería enlistarse en los ejércitos de Wellington para libertar a España de la dominación napoleónica. Este hombre quería libertar al que se le presentara, con tal de ascender a la gloria. Apareció, súbitamente, en territorio de la Nueva Granada, procedente de Curazao a donde había huido derrotado por los realistas de Venezuela. Su consuelo y apoyo era ponerse a las órdenes de un comandante victorioso, motivado más porque nadie arrebataste su sueño de coronarse Libertador que por un convencimiento ideológico. Torres, quien a su vez estaba impresionado por su espíritu combativo, decidió tenderle una mano para devolver al semidiós que se creía las glorias arrebatadas por las armas españolas.

En un intento por calmar los exaltados ánimos y evitar un nuevo derramamiento de sangre Nariño propuso en Santa Fe la convocatoria de un Colegio Electoral para resolver su ingreso en la Federación; no lo motivaba la creencia en que este era el mejor sistema, sino que creía que la intransigencia de Tunja y Santa Fe habría de llevar a un nuevo enfrentamiento militar. El Colegio se reunió el 13 de junio de 1813 y Nariño presentó por quinta vez su renuncia, que tampoco le fue aceptada. A cambio, lo «eligieron» dictador, porque esos señores, muy adictos a la libertad

alcanzada en los Estados Unidos, no decidían en cuál palo ahorcarla. Al mismo tiempo Nariño proponía también la misión de atacar y reducir los núcleos realistas del sur, cuyo principal bastión estaba en Pasto. Solicitó la jefatura suprema del mando militar para iniciar prontamente la campaña. Tunja, El Socorro y Antioquia se opusieron vehementemente a tal jefatura. Antioquia insistió en enviar su propio comandante, el abogado José María Gutiérrez. Aparentemente, el derecho daba para cualquier cosa, hasta para los mandos militares. La animadversión contra Nariño seguía haciéndose sentir, pues la respuesta de Tunja fue enviar ciento cincuenta hombres «que no valían ni para tapón de una alberca», según se dijo, en vez de haber contribuido con lo mejor que tenía.

No obstante las anteriores vicisitudes, Nariño logró que el Colegio declarara el 16 de julio de 1813 «total desconocimiento y separación absoluta de la nación española y de su rey Fernando VII», para lo cual se efectuó una histriónica ceremonia prohijada por un clero servil que se acostaba realista y se levantaba republicano, o viceversa, según lo dictaran las circunstancias. Una vez hecha la declaración, la oficialidad y la tropa entraron hasta el Altar Mayor de la iglesia de San Agustín portando la bandera real y la republicana. El padre Florido, franciscano y capellán de la tropa, realizó una extraña ceremonia para quitar la bendición a la primera y darla a la segunda. Sacando una navaja, se dio a la tarea de tasajear la bandera real, enrollarla y entregársela al padre Cavarría, quien la arrojó con desprecio al Altar Mayor. Luego se bendijo la nueva enseña, se cantó el Evangelio y se envainaron las espadas. Solo se necesitaron tres años para ir, del juramento de fidelidad a la Regencia y al Rey, al juramento de solo fidelidad al Rey, y de allí, a la abjuración total. Como se ve, los santafereños eran gentes duchas en el arte de la mantequilla, pues cuando algo se trababa, siempre encontraron la forma de untársela para que se destrabase. Allí se originó el muy popular dicho de «hágalo con mantequilla», como por allí se dice. Los juramentos habían dejado de tener valor alguno para estos señores. Solo que con esa proclama y ese ritual firmaron sus propias sentencias de muerte dado que, por lo menos hasta esta fecha y en la tinta, los rebeldes habían mantenido la soberanía del Monarca y su lealtad a este. Fue uno de los actos que, a la postre, costó la vida a Camilo Torres.

En agosto de 1813 llegó a Santa Fe el segundo hijo de Antonio Nariño, Gregorio, quien venía como enviado especial del virrey Montalvo, el reemplazo de Amar, nombrado por la Corona. Gregorio Nariño traía una misión concreta y era persuadir a su padre de que entregara, esta vez con toda propiedad, el Nuevo Reyno a las autoridades españolas. La negociación incluiría el «perdón y olvido» para todos los revolucionarios. No estaba en su resorte tomar decisión tan grave, y por eso dijo a su hijo que era «preciso obrar con mucha prudencia, porque estando dissociadas las provincias, la empresa no estaba en sus manos...». Con estas palabras reconocía que había perdido su jefatura política. Solo le restaba conquistar su jefatura militar al mando de la expedición contra Aymerich en el Sur. Y en ello se empeñó.

### **La batalla de Calibío y el degüello del coronel Asín**

Las tropas al mando de Nariño, compuestas principalmente de presidiarios sacados por él mismo

de las cárceles, salieron de Santa Fe rumbo al Sur y el 27 de septiembre de 1813 cruzaron el río Magdalena. En la zona de Ibagué se reclutó más gente para el ejército, mucha de la cual era de negros a quienes se prometía la libertad a cambio de sus servicios. Por primera vez se imitaba a los españoles, que habían sido los primeros en libertar esclavos a trueque de luchar por las armas del Rey. Pero la respuesta no fue bien recibida por los criollos blancos. Esta medida incitó rebeliones por doquier hasta cuando el Congreso Federal conminó a Nariño a suspender tales promesas, argumentando, entre otras razones, los perjuicios que ocasionaba a la agricultura.

El 27 de octubre Nariño prosiguió la marcha con miras a ascender la empinada Cordillera Central. Camino de ella no faltaron las conspiraciones de ciertos oficiales contra el Precursor, quienes llegaron al extremo de prodigarle amenazas de muerte. Los conjurados, Campomanes, Shombourg y Serviez fueron detenidos y enviados presos a Santa Fe el 18 de diciembre. El 22 se ascendía la cordillera rumbo al páramo de Guanacas donde el frío, a una altura de 3.518 metros, carcomía las carnes de los soldados, una travesía verdaderamente agotadora por lo escarpado del terreno y la distancia fenomenal de un punto al otro. El coronel Sámano, encargado de la defensa del sur, y advertido de los movimientos de Nariño, se apresuró a fortificarse en el Alto Palacé, en la ribera del río de su nombre, por donde esperaba que cruzase el ejército expedicionario y ordenó al coronel Asín —despachado al Valle del Cauca a enfrentar las tropas de Antioquia al mando del abogado Gutiérrez— regresar sobre sus pasos para reforzar la defensa de Popayán. Sámano fue aquel Coronel que solicitó en vano al virrey Amar permiso para emplear las armas contra los insurrectos del 20 de julio de 1810. Ignoró la sangre que con tal acción iba a ahorrar.

El choque de las armas republicanas contra las realistas no produjo resultados definitivos porque Sámano decidió retirarse ordenadamente a fin de dar tiempo a Asín de llegar en su auxilio. Sámano se retiró hacia Popayán, ciudad que ocupó el 25 de diciembre, pero ese mismo día la abandonó después de hacer explotar el parque militar que ocasionó daños a diversos edificios. El conocimiento de que Nariño avanzaba hacia esta ciudad creó suficiente pánico para que prácticamente toda su población huyera; Nariño entró en la capital del Gran Cauca, Popayán, el 31 de diciembre y desde allí envió mensajes urgentes a Gutiérrez cuando supo que el coronel Asín se aproximaba, pero Gutiérrez se entretenía en forzar los pueblos del Valle del Cauca a incorporarse a la provincia de Antioquia de donde provenía. A todas estas, Nariño obligaba a los habitantes de Popayán que todavía quedaban a entregarle dinero para sostener la campaña, algo que no poca animadversión le granjeó. Dos hechos conmocionaron la ciudad: haber cercenado la base de una de las custodias más preciosas, hecha de oro macizo y adornada con esmeraldas, y haberse apropiado de las pesas de plomo del reloj de la Torre del Reloj, una emblemática edificación, para fundirlas y hacer balas. Me detengo en esta custodia porque es una de las joyas de orfebrería más preciosas del arte español. Era de estilo barroco y estaba adornada con 185 esmeraldas sobre un sol radiante alrededor del viril, o rosetón central. Con este sacrilegio ayudó a financiar su guerra.

Amenazado por dos fuerzas, la de Sámano y la de Asín que podían enlazar, Nariño tomó la decisión de avanzar al encuentro de este, quien lo evadió hasta encontrarse con algunas de las fuerzas comandadas por Sámano en Calibío. Hecho esto, se dirigió con la tropa a presentar batalla en ese punto, donde ya eran fuertes los realistas. La Hacienda Calibío, lugar de encuentro de las

fuerzas, pertenecía a don Marcelino de Mosquera y Figueroa, hermano del realista don Joaquín, quien ya estaba contagiado de las ideas revolucionarias de José María, su otro hermano y traidor a la Corona. ¡Esta familia quedó irremediamente dividida por causa de estas insensatas y fratricidas guerras!

Cercanos los dos ejércitos, Nariño intimó a Asín a rendirse y para ello envió al capitán de granaderos Francisco Urdaneta, quien se aproximó al campo enemigo cabalgando y tocando un clarín. Recibido por el comandante español, este le dijo:

—Vaya usted y dígame a Nariño que llevo ganadas catorce acciones de guerra y que con esta serán quince... ¡y si a usted lo dejo volver, será para tener el gusto de cogerlo luego!

Nariño dividió sus fuerzas en tres alas: el coronel Monsalve comandaba la derecha; Cabal, la reserva, escondida en una hondonada; Nariño, el centro, con toda la artillería dispuesta contra el frente del ejército realista, que presentaba una línea rectangular fortificada por la artillería. Era el 15 de enero de 1814. A la una de la tarde Nariño abrió el fuego artillado, que fue respondido por los españoles. El duelo duró una hora al cabo de la cual se lanzó la infantería republicana a desbordar las líneas realistas que resistieron el empuje hasta cuando Nariño ordenó a sus reservas atacar; esto sorprendió a Sámano y desconcertó a sus tropas. El frente se desmoronó y Sámano huyó hacia El Tambo, camino de Pasto. Asín, atrapado, resistió hasta el final sin acceder a rendirse hasta cuando el coronel José Ignacio Rodríguez, rompiendo sus filas, lo puso preso, lo condujo a la gran Hacienda Calibío, en cuyos predios se había desarrollado la batalla, lo llevaron a la planta alta y en un corredor cerca de la cocina ordenó decapitarlo mientras él se entretenía con sus oficiales tomando refrescos en el comedor contiguo. Algunos historiadores y cronistas han dicho que el valiente Coronel murió en el combate junto con 400 soldados realistas. Tal es el caso del cronista Espinosa, testigo presencial de aquellos acontecimientos, pero mis indagaciones dicen lo contrario. Tal vez Espinosa no quiso contar para la Historia tan grave hecho de sangre que podía hacer ver mal a los republicanos; que Asín muriera en combate no es cierto. Fue hecho prisionero, junto con otros 300 realistas, entre ellos el coronel Solís y otros seis oficiales. La sevicia republicana se centró en el comandante Asín, quien fue llevado a la planta alta de la Hacienda, fue aprisionado contra la pared y sujetado por varios soldados, mientras uno preguntaba:

—¿Qué hacemos con él, mi Coronel? —Rodríguez, quien departía con otros oficiales sentados a la mesa situada en el corredor que corría en forma de *L*, tomando refrescos, tras breve vacilación, ordenó:

—Decapiten a ese hijueputa... —dijo, riendo en tono de triunfo, según don Joaquín se lo narró al Rey.

La víctima permanecía al doblar la esquina sujetada por el cuello contra la pared y atenazado por bayonetas, mientras Rodríguez y los oficiales enemigos charlaban, hacían bromas sobre la reciente batalla y reían; uno de los soldados que lo mantenía sujeto lo agarró del pelo, mientras otro le puso un cuchillo en la garganta que al ser accionado le hizo un tajo profundo que le abrió de par en par el cuello. Asín murió de manera estoica y solo se le escuchó lanzar un gemido cuando le hicieron el segundo tajo para desgajarle la cabeza.

Como de ánforas rotas, con urgida presteza,  
desbordó en oleadas el carmín encendido,  
y de un lago de púrpura y de sueño y de olvido,  
recogió el homicida la pujante cabeza...

GUILLERMO VALENCIA

Con ella en la mano, el verdugo se la llevó chorreando sangre, dobló la esquina del corredor y se la entregó a Rodríguez, quien la levantó en alto, la exhibió ante sus soldados y luego se la llevó a Nariño como trofeo de guerra. Fue el primero y brutal salvajismo en un país que no había conocido prácticas semejantes, pero que estaba asimilando muy rápidamente las tácticas venezolanas del terror. Nariño se horrorizó y lo reprendió por su bajeza. José Ignacio Rodríguez, el cruel coronel santafereño que había llegado a tiempo del Valle del Cauca para entrar en la pelea, y a quien apodaban «el mosca», jamás le perdonó el reproche.

Nariño volvió a entrar en Popayán ebrio de victoria; tanto, que sabedor de la misericordia mostrada por los españoles con los prisioneros y seguro de sus futuros triunfos, se atrevió a escribir a la esposa del gobernador Tacón, en Quito:

Señora doña Ana María Polonia García de Tacón, Quito: Señora: Posesionado de Popayán después de haber derrotado a Sámano y a Asín, y de haber destrozado sus tropas, he sabido la *conducta generosa* que Vuestra Señoría ha observado en esa con los desgraciados prisioneros que la suerte de la guerra hizo caer en manos de los enemigos. Faltaría a mis principios y a lo que se debe al sexo amable y compasivo, si resuelto como estoy a seguir mis marchas a esa ciudad, no me anticipara a ofrecer a Vuestra Señoría mis respetos y un asilo honroso para Vuestra Señoría y su marido, a pesar de las desavenencias anteriores. Cundinamarca se complacerá en contar a Vuestra Señoría en el número de las damas virtuosas que la adornan, y yo tendré la dulce satisfacción de haber dado un asilo a la virtud desgraciada. Dígnese Vuestra Señoría y decirme todos los auxilios que necesite para su traslación, creyéndome de todos modos con el más alto aprecio, su más atento y seguro servidor, q. b. s. p., Antonio Nariño.

La dama, digna y orgullosa, contundentemente le responde:

Quito, 15 de febrero de 1814: Muy señor mío y de todo mi aprecio: Si Vuestra Señoría distinguiese la generosidad del deber, no me haría la injusticia de crearme capaz de variar en la opinión. Soy sensible, pero esta cualidad, muy propia de todo corazón con principios, no me dispensa de unas obligaciones tan justas como debidas a la nación que me dio el ser. Tengo un marido que como Vuestra Señoría verá por el adjunto impreso, se ha hecho lugar entre los valientes; él proporcionará, como deseo, el auxilio que Vuestra Señoría me ofrece y al que en todo caso preferiría siempre la muerte. A su lado lo tendré y con todo el decoro correspondiente a mis circunstancias. Siento que nuestra opinión no sea una para que mi gratitud pueda extenderse, según los deseos de su afectísima, q. s. m. b., Ana Polonia García.

Era la respuesta de una excepcional y valiente mujer.

El siguiente inconveniente al que se enfrentó Antonio Nariño fue la oposición de sus oficiales a continuar la campaña del Sur, entre ellos Gutiérrez, que tardíamente llegaba del Valle del Cauca a disfrutar la victoria. Para salir del aprieto, el Precursor permitió que este dejara las tropas que conducía, guardando la retaguardia, y condujera el resto del ejército de Antioquia hacia Pasto en calidad de Comandante; acto seguido nombró gobernador de todo el territorio conquistado al traidor del hermano de don Joaquín, José María Mosquera. A mediados de marzo el ejército de 2.000 hombres se puso en marcha, pero una vez incurso en el caluroso valle del Patía se encontró

con la fiera resistencia de las guerrillas realistas, a las que el inhóspito clima de 42 grados a la sombra, y uno de los peores de América, era favorable; los rudos habitantes caían sobre la adormilada y cansada retaguardia que iban liquidando a machete limpio. Las líneas de abastecimiento y comunicación con Popayán fueron cortadas y el ejército logró un precario avance sobre un territorio enteramente hostil a la causa republicana. La pesadilla fue quedando tras los 90 kilómetros que hay de recorrido por este insalubre valle hacia el Sur.

Fuera de ese atolladero, la tropa se enfrentó al brutal ascenso hacia el macizo andino donde los Andes se anudan para dividirse en tres ramales que parten el territorio de la Nueva Granada en cuatro grandes y características regiones. En esa zona del país los abismos son insondables y se abren como grietas gigantescas que surcan los cóndores cual míticas aves que aletean y planean sobre el silencio. Y arriba, porque siempre hay un más arriba en aquellos parajes de rocas calvas y brotes selváticos, los riscos cubiertos por la espesa calima lucen como cíclopes a punto de aplastar a los hombres. Aquí y allá, súbitamente, se abre un helado torrente que se precipita sobre la ladera como buscando los cálidos valles que abren los cañones y que producen una columna de humo acuoso que se levanta clamorosa del abismo. Es cuando el silencio se ve interrumpido por ese indómito líquido, huésped de las alturas, que corre y cae, se desliza y salta, para engrosar los cauces que tributan al océano Pacífico.

La primera línea de defensa de los realistas estaba localizada en el río Juanambú, cuyas márgenes habían fortificado y cuyos puentes cortado. Esto hacía el río impasable, dada las fuertes corrientes que peinan sus escarpadas rocas. El grueso de las tropas del Rey se hallaba coronando las alturas del Boquerón y el Buesaco, dividida la una de la otra por un torrente de agua. Las defensas, colocadas estratégicamente, habían sido diseñadas por el ingeniero militar español Miguel Atero, cuyo minucioso y certero trabajo era reconocido por todos los comandantes. Para rebasar las defensas, a Nariño no le quedaba más remedio que vadear el río defendido, ascender hacia el Buesaco o el Boquerón y sobrellevar los fuegos cruzados de los realistas. Nariño y sus oficiales intentaron, en vano, enviar destacamentos de ejército a dar un largo giro, cruzar el río y sorprender al enemigo por la espalda. Los españoles habían previsto dicha táctica cubriéndose las espaldas con destacamentos volantes que emboscaron a los republicanos. Finalmente, merced a un indio capturado y obligado a delatar, se avisó que existía un punto que, aunque lejano, estaba débilmente defendido y desde el cual se podía avanzar por detrás de las líneas. Era el Tablón de Gómez a donde se enviaron quinientos hombres que, vadeando el río, tardaron mucho en llegar. La tardanza hizo que Nariño precipitara un ataque frontal por el río y, a costa de muchas bajas, lograra rebasar las primeras trincheras defensivas; luego, avanzando sobre la segunda línea de defensa, recibió un baño de fuego de artillería y fusilería que lo forzó a replegarse. Había sufrido trescientas bajas en el intento.

### **La muy realista y leal ciudad de Pasto**

Como quiera que desde el Tablón de Gómez se aproximaron los hombres de Nariño para caer por la espalda a los realistas, el comandante español Aymerich juzgó que era hora de abandonar sus

posiciones y replegarse hacia Pasto para no quedar envuelto entre dos fuegos. El camino a la ciudad realista quedaba, por ahora, despejado. El 2 de mayo el ejército nariñista se puso de nuevo en marcha para caer sobre el ambicionado reducto que estaba defendido en las faldas de Cochabamba y en el páramo de Tacines. No bien llegó el ejército rebelde a la cima de Cochabamba cuando fue acosado por las guerrillas en ella atrincheradas. Nariño prosiguió en medio de las dificultades su marcha hacia Tacines, donde los realistas volvieron a abrirle fuego con piezas de artillería. En clara desventaja, el arrojo y la valentía mostrados por Nariño salvó la batalla para las armas republicanas que, finalmente, arrollaron las defensas españolas. Aymerich se retiró a Pasto y luego abandonó la ciudad rumbo a Quito, en busca de refuerzos. La ciudad había quedado a tiro de as. Nariño siguió avanzando sin descanso con los batallones de granaderos; en la retaguardia había dejado la artillería con instrucciones de descansar y proseguir la marcha al día siguiente. Avanzó toda la noche. En el entretanto, el alcalde Buchelli y Francisco Javier Santacruz se prepararon a defender la ciudad mientras Aymerich regresaba de Quito con más tropa.

Pasada la voz de alarma, fueron muchas las comunidades indígenas que voluntariamente llegaron a la ciudad para sumarse a su defensa. Los indios trajeron hachas y machetes para defender los privilegios que la Corona les había otorgado por siglos y que los republicanos les habían quitado. Nariño llegó a las inmediaciones de Pasto el 10 de mayo y detuvo su marcha en el Alto del Calvario, desde donde se contempla la ciudad. Allí fue atacado por las primeras avanzadillas pastusas, que fueron rechazadas. Avanzando, penetró en los arrabales de la ciudad, donde fue recibido con descargas de fusilería que salían de todas las casas y vecindarios. Los habitantes de Pasto estaban resueltos a defender casa por casa y ladrillo por ladrillo su ciudad. Los combates cuerpo a cuerpo se generalizaron en las calles a medida que su ejército intentaba abrirse paso hacia el centro. Después de los hombres salieron las mujeres, que tampoco dieron cuartel; se les veía echando piedra y atacando con garrotes, con sartenes y otros objetos arrojadizos.

Pero Nariño continuó avanzando. Ese fue su error, porque ningún comandante puede, sin correr gravísimo peligro, penetrar en una ciudad sin haber asegurado la periferia y su retaguardia. Fue cuando los indios, ocultos en los arrabales y en los pueblos vecinos, le taponaron las vías de salida a tiempo que le hacían frente. Comprendiendo su desesperada situación, ordenó a sus tropas replegarse hacia El Calvario y reunirse con el resto de su ejército y artillería que debía ya estar en marcha. En la retirada se encontró con una nueva y feroz resistencia. Como pudo, salió del atolladero y, con la tropa diezmada, se situó en las alturas a esperar una artillería y un ejército que no llegaron ni iban a llegar. Rodríguez, resentido por la reprimenda de Nariño ante el asesinato de Asín, había decidido desobedecer las órdenes y, en vez de salir a la mañana siguiente como estaba previsto, acampó en el páramo a descansar más de la cuenta. En El Calvario Nariño continuó defendiéndose de los ataques de los indios que no cesaban de cargar contra sus tropas. Al anochecer, una de las columnas comandadas por Monsalve, acosada por el enemigo, se retiró hacia el páramo de Tacines seguido por el Batallón Cauca, que imitó su ejemplo. Nariño se quedaba solo con una columna, que pronto se vio atacada por los pastusos; una bala mató a su caballo. En el suelo, y viéndose atacado, sacó sus pistolas y le pegó un tiro a uno de los atacantes.

El otro retrocedió y este espacio de tiempo fue aprovechado por sus hombres para rodearlo y defenderlo. Llegó el combate cuerpo a cuerpo con arma blanca. Los pastusos, sin poder derrotarlo, decidieron ponerse a buen recaudo tras el perímetro urbano. Solo le quedaban doscientos hombres, por lo que decidió retirarse al páramo a ver qué había pasado con el resto de su ejército. Allí se encontró con la sorpresa de que Rodríguez había huido con sus hombres hacia Popayán, abandonando heridos y artillería al conocer la derrota de Pasto y creer que Nariño había sido muerto en la refriega, según especie difundida por Cabal. De todos modos, había vengado la afrenta infligida por Nariño a causa de la decapitación del coronel Asín.

Ante tales adversas circunstancias, Antonio Nariño tomó la decisión de ocultarse en la montaña de Las Lagartijas, en medio del acoso de los indios y de la presión producida por el anuncio de que grandes fuerzas realistas venían al rescate de los pastusos. Allí esperó tres días a ver si su amigo Cabal había alcanzado a Rodríguez con la noticia de que aún vivía para pedirle regresar a apoyarlo. Pero Cabal no lo alcanzó; tal había sido la precipitud de su fuga. Al cabo de tres días, desilusionado por las deserciones de sus hombres y las intrigas y desavenencias políticas con el Congreso Federal, decidió presentarse solo ante las autoridades de Pasto a proponer un armisticio general. ¿A qué otro asunto podía obedecer que resolviera presentarse en Pasto, a donde era aborrecido, en vez de retirarse a Popayán? Aquí debemos detenernos a reflexionar si ese fue un acto de una mente demasiado audaz o de una que rozaba los límites de la insensatez, porque solo un suicida o un insensato podría pensar que después de tantos muertos las autoridades españolas o el Congreso federalista iban a concertar una paz que no fuese el producto de una intensa negociación desde ciertas posiciones de fuerza.

Vale la pena también añadir que muchos historiadores se han dado a la tarea de ocultar el hecho de que Nariño hizo esta propuesta de armisticio, enviada por él mismo al Congreso el 4 de julio de 1814, y que este autor quiere reseñar: «Después de la intempestiva dispersión del ejército que venía a mi mando en los términos en que V. E. habrá sabido, determiné quedarme atropellando con mil peligros de mi vida mucho peores que los de las balas, para tratar con el excelentísimo señor presidente de Quito sobre una suspensión de hostilidades que diera tiempo de ver cómo quedaban las cosas de Europa sin una efusión de sangre inútil e infructuosa». El móvil para ocultar esos hechos es mostrar al Precursor como un ejemplo de tenacidad y patriotismo sin límite; es mostrarlo dispuesto a todos los sacrificios, menos al sacrificio de renunciar a su condición de irreductible luchador por la libertad.

Nariño se daba, pues, por vencido y apostaba a que la autoridad en la Península fuese restituida en la cabeza de Fernando VII para echar atrás el último manifiesto de independencia aprobado el 16 de julio pasado. Se ve que el hijo había tenido cierta influencia sobre el padre. Tal vez el recuerdo de su esposa, Magdalena Ortega y Mesa —muerta cuando él llegaba al poder—, debió mellar su ánimo, porque esa señora nunca estuvo de acuerdo con sus ideas revolucionarias. Por eso también escribió a su tío, Manuel Bernardo Álvarez, encargado del poder en Santa Fe: «Influya y coopere cuanto esté de su parte en que se verifique en la posible brevedad la propuesta de armisticio».

Dos indios lo capturaron por el camino a Pasto y lo condujeron al centro de la ciudad en medio de una muchedumbre que, con curiosidad, seguía sus pasos. Nariño fue llevado ante

Aymerich, quien ya se había hecho presente con refuerzos en la ciudad. Afuera la muchedumbre clamaba por su cabeza. Fue cuando Nariño, en un gesto por demás heroico y desafiante, salió al balcón y pronunció una alocución que terminó con «¡Pastusos! ¡Si queréis la cabeza del general Nariño, aquí la tenéis!»). El pueblo, no obstante, respondió con un «¡colgadle!»), pero el general español, digno hijo de los de su raza, impresionado por la valentía del prisionero, solo dispuso encarcelarlo, a tiempo que solicitaba instrucciones de Quito mientras lo rodeaba de ciertas consideraciones propias de su rango. Pero de Quito llegó la orden de pasarlo por las armas; estaba firmada por Toribio Montes. Aymerich se encontró ante la disyuntiva de fusilarlo y dejar que los republicanos de Popayán fusilaran a los prisioneros españoles en sus manos, como lo habían ya advertido en caso de que no se respetara la vida del mandatario de Cundinamarca, o desobedecer las órdenes impartidas. Aymerich apeló la decisión de Montes, la cual fue resuelta favorablemente.

Como era previsible, las negociaciones que sucedieron, entre ellas el intercambio de prisioneros, no culminaron con éxito y Montes ordenó reabrir hostilidades contra Popayán. La noticia de la captura de Nariño se extendió por todo el país. Camilo Torres la recibió en Tunja con alborozo al ver, finalmente, a su rival cautivo y neutralizado. Torres sabía que el sucesor y tío de Nariño en la dictadura de Cundinamarca, Manuel Bernardo Álvarez, era, en el fondo, realista, convencimiento que escondía tras su postura anti-federalista. Pensó en someter la rebelde Santa Fe con un general realmente apto para lograrlo. Ese general iba a ser Bolívar. Nariño fue conducido con grillos a Guayaquil, custodiado por trescientos hombres. De allí fue remitido al puerto de El Callao, en el Perú, donde lo embarcaron en la goleta *La Preciosa* que lo conducirá a Cádiz tras remontar el Cabo de Hornos y navegar ocho meses. En Cádiz lo esperaba la prisión de La Carraca, donde estaba el personaje que había recuperado la sensatez: Francisco de Miranda, quien morirá en prisión dos años más tarde, el 14 de julio de 1816 en plena reconquista española.

## 14. EMPIEZA EL TERROR BOLIVARIANO

*Compatriotas: yo no he venido a oprimiros con mis armas vencedoras: he venido a traer el imperio de las leyes... Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria.*

SIMÓN BOLÍVAR

*La dictadura ha sido mi actividad constante.*

SIMÓN BOLÍVAR

*Como esta guerra se dirige en su primer y principal fin a destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos... quedan, por consiguiente, excluidos de ser admitidos en la expedición, por patriotas y buenos que parezcan, puesto que no debe quedar ni uno solo vivo.*

Decreto de la Guerra a Muerte, 16 de enero de 1813

### **Bolívar llega a Cartagena**

Mientras en el interior del país la guerra entre criollos consumía las energías de la incipiente República, Simón Bolívar, desembarcando en Cartagena, había llegado al escenario bélico de la Costa Atlántica a mediados de octubre de 1812. Venía a aprovechar los triunfos de Labatut y Campomanes. En Curazao había concluido que le era más fácil libertar a la Nueva Granada de los españoles que libertar a España de los franceses, pero, sobre todo, que no iba a permitir que por sus reveses en Venezuela alguien le arrebatara la gloria que tanto ambicionaba. Para tales efectos, se puso a las órdenes del francés Labatut. Bolívar era un joven de solo veintinueve años, lúcido y maduro, pero romántico e inexperto. En Cartagena escribió sus dos primeros manifiestos políticos, uno dirigido al Congreso de la Nueva Granada y el otro a los cartageneros. Ambos documentos son reveladores, por cuanto manifiestan sus tendencias autoritarias hasta el punto de despreciar el sufragio y a los paisanos del campo y de la ciudad que lo ejercieren. Su desprecio era el de un aristócrata absolutista y no el de un emancipador de pueblos aparentemente sojuzgados por la tiranía española. Achaca los fracasos sufridos en Venezuela a la ignorancia de los gobernantes, quienes «imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados».

¿Era él mismo un soldado sofista? ¿Aborrecía la *filantropía* de la que sus hermanos masones lo habían imbuido? O, en cambio, ¿aborrecía la caridad cristiana? Mejor aún, ¿no creía en que todo ser humano es *perfectible*, sino en que estaba de antemano condenado a la miseria moral? ¿Era por esto, entonces, que prefería el autoritarismo y la mano de hierro? Son palabras muy duras

de quien cinco meses antes, por su imprudencia y falta de criterio, había dejado perder la plaza de Puerto Cabello puesta a su cargo, importantísimo baluarte para la independencia. Connotados historiadores han pasado por alto analizar su responsabilidad en estos hechos y hay quienes los despachan como el simple producto de una traición, sin endilgar culpa alguna a su gestión. Bien vale repetir lo que en carta dijo Bolívar a Miranda: «¿Con qué valor me atreveré a tomar la pluma para escribir a Vd. habiéndose perdido en mis manos la plaza de Puerto Cabello?». Fue esta, quizás, el primer y último *mea culpa* que el Libertador reconoció de sus yerros.

El 23 de diciembre de 1812, Bolívar, enlistado en la guerra neogranadina, se tomó Tenerife, pequeño puerto de río que controlaba el tráfico del bajo Magdalena, contrariando las órdenes de su jefe Labatut. En realidad, no tenía jefe, ni nunca lo tuvo, más que de nombre. Siguió avanzando hacia Mompox y el 27 de diciembre se tomó la plaza. No tenía más que cien hombres, fuerza que pronto aumentó a quinientos. Envalentonado por estos triunfos prosiguió la marcha hacia el Banco, ya evacuada por los realistas, luego torció hacia Chiriguaná, la que tomó el 1 de enero, para regresar sobre Tamalameque. Hizo una breve pausa, escribió al Congreso federalista de Tunja que se aprestaba a tomar Ocaña, ciudad que se le rindió. Pero ¿desde cuándo era Bolívar federalista? ¿Por qué se sujetaba a tal poder? ¿No era centralista, autoritario, egocentrista, ávido de mando, y no reconocía autoridad más que la suya? ¿Acaso no estaba convencido de que un fuerte poder central era lo que, en definitiva, habría de salvar las nacientes repúblicas? Bueno, en realidad Bolívar era de todo: federalista, cuando convenía serlo; centralista, si veía ventaja; amigo, si era posible, o enemigo, no siéndolo; libertador, si de luchar se trataba; simple soldado, si no había generales, o generalísimo, si los hubiera; presidente, si todos accedían a sus dictados, o dictador, si había discrepancias. A todos tildó de facciosos, porque la única facción que admitía era la bolivariana. Dos cosas no fue: rey, porque no le hicieron demasiada fuerza, ni demócrata, porque le hicieron mucha.

El único punto realista que después de estas ofensivas quedó fue en el Valle de Upar, nombre del que se derivó su más importante aldea: Valledupar. Bolívar iba a experimentar, por enésima vez, que la insurrección contra España no iba a ser fácil, pues el alma de esa agonizante nación estaba enterrada en el corazón de los americanos como los platanales en las sabanas, los cafetos en la ladera y la savia en las raíces: tuvo que fusilar a tantos soldados desertores para mantener la disciplina que el pueblo de Mompox estuvo a punto de levantarse contra su autoridad. Estos soldados no los he incluido en el cuadro de asesinatos de Bolívar que he de presentar porque, en primer lugar, no se sabe cuántos fusiló y, en segundo, eran soldados desertores y no, propiamente, inocentes paisanos o prisioneros.

Aunque su próximo plan era levantar suficientes tropas y ayuda militar en la Nueva Granada para la reconquista de Venezuela, el silencio de Tunja le fue tan adverso como favorable el hecho de que Monteverde lanzara una ofensiva contra el Nuevo Reyno desde la reconquistada Venezuela. Ya el capitán español Geraldino había invadido Mérida y Trujillo y el capitán González de Fuentes hacía otro tanto en Barinas. Los insurrectos venezolanos huían hacia la Nueva Granada y se incorporaban a las tropas insurrectas de Pamplona, las que el 13 de junio de 1812 fueron batidas por Ramón Correa en San Antonio, quien había ocupado Cúcuta. Motivaba a Bolívar otra razón poderosísima para dirigir su esfuerzo contra Venezuela y era que tenía cuentas que ajustar

con el general Monteverde, chapetón, a quien imputaba haber confiscado sus bienes, según noticias que recibió estando aún en Curazao. Al recibirlas, dejó inmediatamente de pensar enlistarse en los ejércitos de Wellington para libertar a España y volvió a pensar en la venganza y en la independencia de América.

### **Bolívar saquea a Cúcuta**

El avance que el coronel Ramón Correa efectuó de Cúcuta a Pamplona, ya en territorio neogranadino, fue como una espina en la garganta, pues amenazaba cortar a Bolívar el paso hacia Tunja en caso de que decidiese avanzar hacia la capital de la federación y abandonase los planes de reconquistar Venezuela. Ante sus reclamos, el 8 de febrero de 1813 Bolívar recibió autorización de Cartagena para socorrer al coronel Manuel Castillo y Rada, que defendía la plaza. El avance lo hizo por Salazar de las Palmas, ascendiendo desde Ocaña los estribos de la serranía, población que tomó sin contratiempos; luego avanzó sobre Cúcuta, en la frontera nororiental y por primera vez la Nueva Granada experimentaría lo que era un saqueo en forma: Bolívar permitió a sus tropas saquear la ciudad para recompensarlas por no haber ganado nada en las pasadas contiendas, pese a los botines tomados y repartidos entre los jefes. Reprobada su conducta por el Gobierno, esgrimió la disculpa de que «las tiendas robadas eran pertenecientes a nuestros enemigos» y que el coronel Castillo, granadino, había hecho otro tanto en La Grita, población que este también había ordenado saquear por sus fuerzas. Las víctimas del prócer venezolano fueron españoles y granadinos por igual, pues a ninguno se pidió documento de identidad ni se hizo distinción de acentos.

Con el dinero robado a tenderos, mercaderes y comerciantes de la ciudad Bolívar pagó dos meses de sueldos atrasados a sus tropas, las que vistió con las ropas de los almacenes saqueados. En Cúcuta se produjo el primer desplazamiento en masa registrado en nuestra historia, pues fueron cientos y cientos de gentes laboriosas las que, abandonándolo todo, salieron huyendo de la barbarie, los unos rumbo al interior del país, los otros rumbo al mar a tomar cualquier barco que fuese a cualquier parte. Este es otro hecho celosamente escondido por los historiadores interesados en no dar pie a que se diga nada adverso sobre el héroe americano. Se comenzaba a destruir la riqueza creada por la laboriosidad, el ingenio, la toma de riesgos y el conocimiento que hacen prosperar los pueblos y los alejan de la miseria, que es la peor esclavitud conocida. Por eso, cuando Bolívar persiguió a Correa hasta el pueblo venezolano de San Antonio y dijera a sus tropas que él «había sido arrancado prodigiosamente por el Dios de las Misericordias de las manos de los tiranos, [y había] venido a traeros la libertad, la independencia y el reino de la justicia», tales palabras no podían sonar más extrañas. Sobre todo, la invocación de un Dios en sus labios por el cual no sentía ningún temor, a juzgar por el cúmulo de asesinatos que pronto iba a llevar a cuevas.

A lo anterior, debemos complementar: Bolívar, sin embargo, no tenía planes de quedarse luchando en la Nueva Granada, sino salir con tropas neogranadinas a conquistar Venezuela y saldar sus deudas. Envío, entonces, a José Félix Ribas a Santa Fe a insistir sobre esta posibilidad

y negociar cualquier tratado. Su mayor afán era no permitir que le eclipsasen la gloria de ser el libertador de Venezuela; sabía que Santiago Mariño había desembarcado en Güiría el 13 de enero y andaba buscando apoyo para continuar la guerra contra Monteverde, apoyo que estaba consiguiendo por las mismas atrocidades patrocinadas por este general y sus comandantes, que no habían vacilado en imitar las tácticas de «tierra arrasada» empleadas por los independentistas; a su paso, iban quemando pueblos y propiedades, cortando orejas de los insurrectos y pagando a la soldadesca por cada una que trajesen. El pago de un peso por oreja, que muchos traían pegadas a los sombreros —según los testigos de la época— condujo a sacrificar muchos inocentes, dado el afán de enriquecerse. Además, fue una mala política, porque la venganza no propiciaba más que nuevas venganzas y justificaciones para nuevas insurrecciones. Pese a todo, la guerra contra España no tenía todavía apoyo generalizado, aunque Mariño viera engrosar sus filas día a día. Fue así como en Maturín el general Monteverde sufrió una apabullante derrota a manos de Mariño por haberse precipitado a atacarlo sin suficientes efectivos militares. Estuvo a punto de perder la vida, lo que habría sido menos grave que perder el oriente venezolano, que fue lo que sucedió.

El peligro que para la Nueva Granada representaba la indefinición de las armas venezolanas, y el hecho de que en los llanos de Apure y en Barinas se preparaba la expedición que la invadiría, motivó que el 7 de mayo el Congreso de la Unión autorizara a Bolívar a avanzar hasta Mérida y Trujillo, en territorio venezolano. Pero él quería ir más lejos, y por eso solicitó que no se le impidiese avanzar allende estas provincias. Temerario hasta el delirio, inició su expedición con apenas seiscientos cincuenta hombres. Se daba comienzo a la Barbarie y al Terror, con letras mayúsculas, porque lo que iba a suceder no tendría paralelo en nuestra común historia, a no ser los genocidios y barbarie consumados en el siglo xx por la violencia partidista y en el mismo xx y principios del XXI por Tirofijo y las guerrillas narco-comunistas de Colombia.

Fue en esa época, inaugurada en Venezuela y culminada en la Nueva Granada, cuando se aprendió a asesinar en masa y en serio. Bolívar fue su primer maestro. Pero si hemos de considerar que también estaba tocado por el genio y era un hombre superior, el más encumbrado de todos los revolucionarios, fue quien menos debió permitirlo, auspiciarlo y ordenarlo. Porque a partir de ese momento el genocidio y la barbarie se hicieron parte cotidiana de nuestra existencia.

### **Primer decreto de la Guerra a Muerte**

Antonio Nicolás Briceño fue, en realidad, el autor material del documento que iba a cambiar la cara de la guerra para siempre; porque, si bien era cierto que tanto en Europa como en los escenarios bélicos de América se había respetado casi siempre la vida de los prisioneros y la de los no combatientes, el 16 de enero de 1813 se publicaba en Cartagena el *Proyecto de Guerra a Muerte*, que no era más que un sistemático desconocimiento del Derecho de Gentes que buscaba eliminar al contendor mediante una política de exterminio. El general Briceño, en compañía de un mayoritario número de aventureros franceses, había firmado el decreto que también contemplaba la confiscación de los bienes de los españoles en provecho de los soldados rebeldes. Dos artículos llaman la atención por su brutalidad: «Como esta guerra se dirige en su primer y

principal fin a destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos... quedan, por consiguiente, excluidos de ser admitidos en la expedición, por patriotas y buenos que parezcan, puesto que *no debe quedar ni uno solo vivo*».

Llama también la atención la ignorancia y carencia de estilo jurídico con que fue escrito el documento, lo cual no deja de revelar la mentalidad bandolera de quien lo concibió. El artículo noveno premia con grados en el ejército al «*soldado que presentare veinte cabezas de dichos españoles*», el cual sería ascendido a alférez; «*el que presentare treinta, a teniente; el que cincuenta a capitán*», etc. Solo el artículo segundo fue objetado por Bolívar, quien lo modificó en el sentido de matar a aquellos españoles que se encontraran con las armas en la mano. ¿Era digno de Bolívar endosar semejante documento? ¿Era procedente emplear tan atroz violencia contra sus hermanos de sangre? ¿Acaso no había diferencia entre la Guerra a Muerte declarada en Navarra contra los franceses, invasores que eran, de la Guerra a Muerte declarada por los españoles americanos a los españoles europeos? ¿Hay diferencia entre un héroe y un asesino?

Si examinamos con mayor cuidado la aprobación que Bolívar y Castillo dieron al documento, veremos que hay un siniestro «por ahora» en el texto, que dice: «Como jefes primero y segundo de las fuerzas de la Unión... aprobamos las precedentes disposiciones, exceptuando únicamente el artículo segundo, en cuanto se dirige a matar a todos los españoles europeos, *pues por ahora*, solo se hará con aquellos que se encuentren con las armas en la mano...». Es decir, deja la puerta abierta a asesinarlos en un tiempo posterior tal como había hecho Miranda con los infelices catorce canarios que en Caracas habían dado vivas al Rey y que para escarmiento los había mandado fusilar, decapitar sus cabezas y colocar las cabezas en jaulas izadas sobre postes en todos los accesos a la ciudad. Esto ocurrió un día de julio de 1811. Los infelices, sin gozar de fórmula alguna de juicio, fueron arrancados de las cárceles, henchidas de presos políticos, y arrastrados al lugar de ejecución. Este, y no otro, es el antecedente del infame decreto suscrito por Bolívar que luego serviría de fundamento para proclamar uno propio suyo, más cruel y siniestro, solo imitado por la «ley de fugas» impuesta por Escalona en esas mismas cárceles.

La infamia del texto de la Guerra a Muerte no conoce límites, como límites no conocieron los actos que lo siguieron. Porque, en efecto, aun aquellos españoles que no eran cogidos con las armas en la mano, y que estaban al margen del conflicto, fueron exterminados. Briceño fue el primero que no hizo caso de la restricción «por ahora», impuesta por sus dos jefes. El 9 de abril de 1813 este matón degolló a dos ancianos que halló en San Cristóbal, Venezuela, españoles muy queridos y apreciados en su pueblo, cuyas cabezas remitió a Bolívar y a Castillo. Acompañaban las cabezas sendas cartas escritas con la sangre de estas dos víctimas y dirigidas a aquellos dos jefes. Si bien estos reprocharon el acto de barbarie, lo hicieron de forma diversa: Castillo amenazó con retirarse del campo de guerra e informar a la Nueva Granada de tales excesos de crueldad; Bolívar, sin reprocharle la crueldad, invocó el irrespeto a las normas suscritas. Fue su primera reacción, y los dos primeros y más connotados actos de barbarie que tuvieron lugar antes de que se desencadenase el holocausto de españoles.

Como el coronel Ramón Correa se retiró de La Grita hacia Mérida, Castillo entró en el pueblo sin combate el 13 de mayo y celebró un Consejo de Guerra que decidió no avanzar más allá de ella y convertir el sitio en punta de lanza de la defensa de Caracas para enlazar las ciudades de

Trujillo y Barinas, más al Oriente, y formar un triángulo para impedir el avance enemigo hacia la capital. Como la apreciación de Castillo no fue respaldada por La Nueva Granada, este renunció a su cargo y fue sustituido por Francisco de Paula Santander. Ante la crisis, Bolívar se hizo presente en La Grita y ordenó a Santander avanzar, pero el joven oficial no lo hizo, en solidaridad con Castillo. Montando en cólera, Bolívar le dijo: «O me fusila Vd. o lo fusilo yo» y lo destituyó, encargando del mando a Urdaneta. Esto nos da una idea de lo presto que estaba Bolívar siempre a matar gente, pues otro general más profesional habría amenazado con un Consejo de Guerra, con una destitución del cargo o habría optado por remitirlo a Santa Fe para ser juzgado por desobediencia a un oficial superior. Fue otro de los motivos que Santander acumuló en contra de Bolívar y que, todos ellos, con el tiempo, apartaron a los dos hombres.

Entretanto, Correa se replegaba hacia el pueblo de Betijoque, pues en Mérida había encontrado una terrible hostilidad de la población auspiciada por los desmanes del general Monteverde, que convirtió en enemigos a los que eran amigos de la Corona. Tanto fue así que la ciudad declaró su independencia bajo la dirección de un español de nombre Vicente Campo Elías, no bien salido Correa. Era sabido que Campo Elías profesaba un odio visceral a sus compatriotas. Se le había oído exclamar que «la raza maldita de los españoles debe desaparecer; después de matarlos a todos, me degollaría yo mismo, para no dejar vestigio de esta raza en Venezuela». Nadie que no estuviera envenenado por el odio habría podido decir algo semejante. Debo decir que solo conozco a otro que podría competir con estos improperios, Simón Bolívar, quien había dicho: «Tránsfugos y errantes, como los enemigos del Dios-Salvador, se ven arrojados de todas partes y perseguidos por todos los hombres», refiriéndose a sus hermanos españoles, de quienes harta sangre corría por sus venas. Y declaraba que «esos verdugos serán exterminados... y puesto que nuestros agresores nos fuerzan a una guerra mortal, ellos desaparecerán de América, y nuestra América será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable, y la guerra será a muerte». Es decir, quien hablaba del Dios-Salvador, hablaba también de *exterminio*.

El 21 de mayo de 1813 Antonio Nicolás Briceño, el autor del decreto de la Guerra a Muerte, fue capturado camino de Guasdalito, procesado de acuerdo con las leyes vigentes y fusilado por el capitán de fragata Antonio Tizcar. Cayó víctima de la misma muerte que había declarado a los españoles, pero con fórmula de juicio. Bolívar avanzó hasta Trujillo, ciudad que tomó sin resistencia el 14 de junio de 1813. Esa misma noche redactaba su proclama de *exterminio* en cuyo final dijo: «Españoles y canarios: contad con la muerte aun siendo indiferentes si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos: contad con la vida aun cuando seáis culpables».

El odio consumía a Bolívar. Este joven llevaba el profundo resentimiento en el alma de saber que él, un joven criado con todas las prerrogativas de su clase, estuviera marcado con el estigma de llevar sangre negra en sus venas. Él, que era heredero de todos los honores y hasta del título nobiliario jamás conseguido, de ese título que lavaría, de una vez por todas, su sangre, su piel, y hasta mejoraría sus evidentes rasgos faciales hasta borrarlos de la vista y la memoria de los hombres, él que merecía esto y mucho más, tendría que renunciar al esquivo título y consolarse con la nobleza adquirida por las armas en el campo de batalla... la nobleza sublime de haber conseguido dominar al gigante español. Pero, paradójicamente, una nobleza que solo podrá

conseguir con los actos más innobles que alguien jamás hubiera cometido. Era así como habría de vengarse de aquellos pérfidos españoles que le habían negado los merecimientos dados por su alcurnia, y la venganza habría de ser terrible y despiadada, como despiadados habían sido los que a sus espaldas le llamaban «zambo de mierda», los que habían desacralizado su imagen, su efigie, la proyección de su faz, los que lo habían ridiculizado llamándolo «jeta de caballo en sombra», pues qué culpa tenía él de proyectar sobre la pared blanca de las estancias una imagen con un labio inferior descolgado que se agrandaba a la luz de las bujías de los grandes salones donde sus pies eran la delicia de las hembras que con él bailaban el paspiés, el vals y el minué. Era por todo esto que los odiaba, pero por mucho más: por no haber evitado cruzar la sangre con aquellos a quienes él despreciaba: los negros y los indios, la plebe, el común que lo degradaba, pues él, como ninguno, tenía la aristocracia clavada en el corazón. ¿O habría alguna otra razón por la que su hermano era rubio y él cobrizo? ¿Acaso no sobresalía por su inteligencia, por su audacia, por su capacidad de levantar ejércitos de la nada, por su dialéctica solo comparable a la de los césares romanos de quienes envidiaba su gloria? ¿Acaso sus fanáticos admiradores no iban a pintarlo y esculpirlo como tales césares? ¿Acaso no estaba llamado por el destino a ser el Nerón de los españoles y el azote de los godos? ¿Y no era la de Nerón-César una suficiente semblanza? ¿Acaso no tenía el mayor título de todos, aunque fuese el autoproclamado *Libertador de América*? ¿Había algo superior a esto? ¿Quiénes eran los condes, los marqueses y duques frente a su espada? ¿Habrían de resistirla? Él los pondría a prueba. ¡Para esto era la República, la que él fundaría, donde no habría títulos nobiliarios que distinguieran a unos de otros! ¡Acabaría con esos títulos que a él habían sido esquivos! Más aún: ¡los iba a borrar todos y a establecer una igualdad objetiva en la que los negros no fueran negros, ni los indios, indios, ni los blancos, blancos, solo *género humano*, libre de alcurnias, de preeminencias, salvo la suya, Libertador sobre todos los Libertadores! Para esto bastaría con decretarlo de un plumazo, o mejor aún, con desearlo de corazón en la nueva República de libertades restringidas y dictaduras irrestrictas, ¡así no se plasmara en ningún decreto o proclama!

Pronunciamientos como el de Trujillo ya habían sido hechos en La Vendée, Francia, y fueron repetidos en el siglo xx con las leyes de Núremberg y la «*solución final*» decretada contra los judíos. Resulta curioso que ahora nadie hable de estos primeros genocidios efectuados en la Vendée y en Venezuela. Tal vez se deba a que, en el caso de Francia, eran católicos los exterminados, y en el caso de Venezuela, eran españoles, gente que debía desaparecer, sin que al mundo le doliera. Había una Leyenda Negra de por medio. Ahora bien, la impunidad para los americanos se sustentaba en «la íntima persuasión de que vosotros no podéis ser culpables, y que solo la ceguera y la ignorancia en que os han tenido hasta el presente los autores de vuestros crímenes han podido inducirlos a ellos... Contad con la inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedades; el solo título de americanos será vuestra garantía y salvaguardia».

El decreto de la Guerra a Muerte fue concebido por Bolívar y a él, y solo a él, se debe atribuir su monstruosa paternidad y las crecientes venganzas y odios que suscitó entre criollos y españoles, quienes no tenían por qué recurrir a semejante abismo de iniquidad. Nadie podría argumentar que el Gobierno de la Unión lo había consentido, o que siquiera hubiese sido consultado. No hay argumento atenuante que pueda mitigar este bárbaro decreto, ni los fines de la

guerra, ni los medios más eficaces para culminar las metas. Atrás había quedado la caballería en la contienda, hasta entonces sello de la época; atrás había quedado la gallardía en la batalla, reemplazada por lo que habría de acongojar a toda alma sensible que conociera y meditara sobre esos hechos. La magnanimidad mostrada por Bolívar con los americanos en su decreto de Guerra a Muerte fue perfectamente calculada y tuvo un doble efecto: sembrar el terror entre los no combatientes españoles y devolver la tranquilidad a los criollos; además, el de crear la expectativa de que las propiedades de los españoles asesinados irían a parar, necesariamente, a los nativos afectos al nuevo régimen.

El golpe político y psicológico del decreto llegó en un momento en que la severidad de Monteverde había causado gran resistencia en toda una zona en que los desafectos hacia los españoles eran más acendrados. A nadie escapaba el terror sembrado por el español José Tomás de Boves en la zona de Calabozo, más al Oriente, donde había jurado exterminar a los blancos que se cruzasen en su camino. José Tomás de Boves fue otra víctima del odio. Había nacido en Oviedo, España, el 18 de septiembre de 1782. Llegado a Puerto Cabello en 1802, pronto se dedicó al contrabando con Curazao y por ello fue condenado a ocho años de prisión. Luego obtuvo el perdón por parte de las autoridades españolas, quienes le conmutaron la sentencia por un confinamiento en los llanos de Calabozo, donde estableció un comercio de caballos. Un oficial republicano de apellido Escalona, el mismo creador de la «ley de fugas», se presentó en Calabozo hacia fines de 1812 con el propósito de reclutar gente para la causa revolucionaria. Invitado al reclutamiento por sus lugartenientes, Boves se negó, por lo que fue llevado, maniatado y por la fuerza, ante Escalona, a quien insultó de palabra. Escalona lo abofeteó, y desde ese momento el preso declaró su odio hacia los republicanos, sobre todo si eran blancos. En represalia por el insulto y la renuencia a enlistarse, sus caballerizas y almacén fueron incendiados. Boves salvó la vida porque el ejército de Escalona tuvo que retirarse apresuradamente ante el ataque de un caudillo indio de apellido Reyes Vargas, quien, afecto a la causa realista, se apoderó de la ciudad. Liberado Boves, en venganza ofreció sus servicios al general Monteverde quien lo nombró Capitán de Caballería. Se creaba el primer «paramilitar» en la historia de América que respondería, como ninguno, a la amenazante guerrilla republicana. Reunió y organizó un poderoso ejército de lanceros a caballo dispuestos a sembrar el terror en todos los llanos de Venezuela. Eran habilísimos jinetes y más parecían centauros que hombres a caballo.

### **Éxodo, muerte y desolación**

Mientras Bolívar avanzaba hacia Barinas y notificaba al Congreso de la Unión de su decisión exterminadora, Santa Marta caía en manos de los realistas. Cartagena volvía a sentirse amenazada. En esa guerra, no bien un general había abandonado una conquista para emprender otra, cuando otro entraba a apoderarse de lo conquistado. Era una guerra de posiciones y movimientos. Atrás, y al Norte, dejaba a Maracaibo, fiel a España, bajo el mando de Miyares; arriba, también al Norte, pero al lado oriental del Lago de Maracaibo, estaba Coro, bajo la comandancia de Ceballos, igualmente realista. Bolívar torció riendas hacia Mérida, al Occidente, en tanto que Monteverde

regresaba a Caracas, dejando cubierta sus espaldas en Barcelona por el mariscal Juan Manuel de Cagigal.

Temeroso de que le cortaran sus líneas de comunicación con la Nueva Granada, Bolívar decidió hacer un avance profundo en dirección a Caracas y se tomó Guanare. No obstante, su movimiento fue demasiado penetrante y Martí le cortó la retirada hacia la Nueva Granada, ocupando Niquitao, más al Occidente. Percatándose de esta jugada, ordenó a José Félix Ribas avanzar sobre Niquitao, donde derrotó a Martí. Regresando sobre sus pasos, Bolívar se situó en Barrancas, cerca de Barinas, para protegerse en ese triángulo conformado por Barinas-Trujillo-Mérida, territorio que estaba en sus manos. Allí dividió sus fuerzas: Ribas avanzó hacia Barquisimeto, aproximándose a Valencia, en tanto que él y Urdaneta avanzaron hacia San Carlos; fue un movimiento en pinza que culminó con la derrota del capitán Oberto, cerca de Barquisimeto y de Izquierdo en Tinaquillo. Tal vez Monteverde lo habría podido derrotar si hubiese empleado la táctica napoleónica de avanzar sobre una ala, derrotarla y luego avanzar sobre la otra, pero Monteverde era un general sin imaginación y, aunque combativo, algo timorato. Bolívar hizo correr la voz de que él avanzaba con un poderosísimo ejército de 17.000 hombres. Monteverde, asustado, abandonó Valencia, ciudad que quedó en la más espantosa confusión; se fue en dirección a Puerto Cabello, puerto separado del continente por un canal infranqueable. Allí se atrincheró. Había dejado abandonados pertrechos de guerra, municiones de boca, por lo menos treinta cañones, y hasta la bandera real que había alzado el 11 de julio de 1811 junto con aquel manifiesto que decía «Valencia, la fidelísima Valencia, ha recuperado la libertad que perdió el 19 de abril».

Fierro, igualmente atemorizado por el cuento del enorme ejército que se aproximaba, huía de Caracas mientras Bolívar mandaba pasar a cuchillo a incontables españoles en esa fidelísima Valencia que volvía a perder su libertad, al ser tomada el 2 de agosto de 1813. Sí, volvía a perderla, y no lo digo en broma, porque la pierde quien es obligado a aceptar un régimen que no quiere. Los batallones huyeron despavoridos llevándose las armas y las municiones que de La Guaira fueron a parar a Curazao. El batallón de Voluntarios de Fernando VII, compuesto por unos 1.000 españoles y canarios, también abandonó sus puestos y se disolvió. Todos huían de la muerte segura a manos de Bolívar, quien entre julio y agosto de 1813 a su paso por Maracay, La Victoria, el Mamón y San Pedro, había hecho ejecutar a por lo menos 43 españoles. Las gentes salían encaravanadas huyendo por los empinados y abruptos cerros, rodando exánimes, dando gritos y corriendo para alcanzar el puerto de La Guaira, donde se embarcaron en lanchas, canoas, chalupas y en lo que encontraron —catorce embarcaciones en total— con tal de huir de la venganza bolivariana. De los 40.000 habitantes de Caracas salieron huyendo unos siete mil, dos mil de los cuales alcanzaron la isla de Curazao. A los que se quedaron no les quedó otro remedio que invocar el amparo de la Inmaculada Concepción que, aunque nada tenía que ver con la Independencia, había quedado en la fórmula de juramento de fidelidad de las nuevas autoridades que protestaban defender tan grande misterio y, de paso, maculaban la libertad.

No eran solo españoles quienes huían sino principalmente criollos de las clases productivas. Huyó el 17,5 por ciento de la población, una enorme cifra que solo puede ser comparada con el éxodo de los cubanos en 1960-1970, quienes buscaron refugio en las costas de La Florida y dejaron la isla en dramática situación de desabastecimiento. Esto es algo que se concluye de la

experiencia, pues casi siempre ocurre que son las clases productivas, los inversionistas, los empresarios, los hacendados los que primero huyen en situaciones parecidas a estas. A ello, y solo a ello, se debe el desastre económico que se extendió por toda América con el éxodo de capital humano que arrasó con esas economías otrora prósperas y saludables. De ese desastre todavía la América no se ha recuperado. El hecho es que el frente se desmoronó. Bolívar pudo avanzar hasta La Victoria, muy cerca ya de Caracas. El miedo a la Guerra a Muerte, decretada en Trujillo, estaba produciendo sus efectos.

Bolívar entró en Caracas el 7 de agosto. Lo hizo montado a caballo, altanero, conquistador y «farolero» como dicen por mi tierra, dándose ínfulas de primer libertador, porque su fortuna fue tan grande que ninguno de sus émulos, con muchos mejores atributos militares que los suyos, había entrado en Caracas antes que él y en esas condiciones. Había saciado su incommensurable ego coronado por esta gloria, pues ya lo había advertido a la Nueva Granada al decirle: «Temo que nuestros ilustres compañeros de armas, los de Cumaná y de Barcelona, liberten nuestra capital antes que nosotros lleguemos a dividir con ellos esta gloria; pero nosotros volaremos, y espero que ningún libertador pise las ruinas de Caracas primero que yo». Sí, Bolívar no sentía temores porque su patria no fuese libertada, sino porque otro distinto de él la libertase. Su ego carecía de límites conocidos.

Al paso de su caballo fueron saliendo los curiosos con remilgos afectados por el miedo; luego salieron las putas de la ciudad al ver el desfile de soldados, calculando hacer su agosto, en agosto; más tarde salieron los niños y, finalmente, los patricios criollos, quienes, queriendo asegurar sus mercedes, lo recibieron con doce doncellas vestidas de blanco que portaban sendos ramilletes de flores, con las que obsequiaron al Libertador. Luego lo coronaron con ramas de laurel y olivo como a un César romano. Entre las doce musas había una que lo miraba con particular vehemencia, hacía graciosos movimientos y le sonreía con coquetería. Era Josefina Machado, una muchacha más joven e insinuante que bella, de cabello negro y regular estatura, de boca grande y carnosa que acompañaba una risa alegre y excitante. Bolívar reparó en ella, pues las largas marchas por el yermo incandescente, lejos de socavar su ánimo, le exaltaban las pasiones.

El resto de las gentes, que solo quisieron oír el paso rítmico de su caballo previamente herrado con esmero para que no se dijese que «a herradura que cascabelea, algún clavo le falta», se encerraron en sus viviendas, muchas de ellas destruidas por el terremoto acaecido el Jueves Santo del 26 de marzo de 1812 y sobre el cual hice referencia cuando narré que Bolívar, sobre las ruinas de la Catedral destruida por el sismo, había desafiado a la Naturaleza. El sismo fue de tal magnitud que se dejó sentir desde el Golfo de Paria hasta Santa Fe, y en toda la costa desde la Guayana hasta Cartagena, y destruyó La Guaira, Maiquetía, Caracas, Mérida, San Felipe y Barquisimeto. Lo que todos ignoraban era que ese 7 de agosto había aparecido un peor sismo en la ciudad que, cual jinete del Apocalipsis, traía la guerra, la peste y la muerte tras de sí. Fue por los escombros esparcidos por doquier que a veces se sentía que su caballo pisaba en falso, dando la impresión de discontinuidad en la majestad del guerrero que lo montaba.

Bolívar se dirigió por entre las ruinas a su antigua casa situada en el sudeste de la Plaza Mayor, esquina de las Gradillas, seguido de cerca por las doncellas y la obsequiosa multitud que

de antaño conocía el hervor de las pasiones, la medicina del sosiego y los misteriosos milagros de la bragueta que, a los treinta años de edad, suele tener efectos narcóticos. Ese efecto se manifestó con Josefina Machado, conocida como *la Pepa*, una de las doce doncellas que lo recibieron y que él escogió para rendirla, desde esa noche, en los brazos de himeneo, predilección que le duró, como pocas, hasta 1819. De él dice Ducoudray Holstein:

Bolívar pagó tributo al temperamento nacional y, como la mayor parte de sus compatriotas, perdió a menudo tiempos preciosos en las alcobas de sus numerosas queridas... los más importantes negocios estuvieron en las manos de sus aduladores, especialmente en las de la señorita Josefina, su conocida querida, mujer intrigante y vengativa. Yo he visto más de cien veces a esta sirena y debo confesar que no me explico la predilección del dictador por ella.

Efectivamente... Bolívar era un gran jinete, que mejor montaba yeguas que caballos, porque era sabido que retrasaba batallas y hacía esperar a los generales por el solo placer de oír su relincho y ver su corcoveo. De él se decía que podía olfatear una hembra a casi una legua de distancia y presentirla a más de siete. También han dicho que no tuvo hijos, porque sus detractores han asegurado que era estéril, aunque hemos sabido que no era ni lo uno ni lo otro, pues el propio Bolívar hizo confesión al señor Perú Delacroix de que no lo era, cosa que ni él mismo habría de saberlo con certeza a no ser porque también le dijera que tenía «prueba de lo contrario».

Sobre este particular diremos que en una carta de fecha 28 de abril de 1823, Fanny le dice que «Vuestro ahijado Simoncito Briffard (espero que sea el único que tendréis en Europa) es digno de vuestras bondades, tiene vivos deseos de ir a reunirse con vos», lo cual me ha resultado un tanto extraño por lo que tiene de esperanzado, a saber, que no fuese a tener más ahijados, algo verdaderamente sorprendente; es posible que lo que ella realmente quería crípticamente decir era que no fuese a tener más hijos. Lo otro que igualmente sorprende es el nombre: Simón. En fin, se sabe que era esta dama, Fanny Trobriand Aristiguieta, prima de Bolívar, vivía en París, contaba veintiocho años de edad y era casada con Dervieu de Villars, mariscal de cincuenta y seis, edad muy avanzada para la época. Cuando Bolívar estuvo en París en mayo de 1804, con solo veinte años de edad, se encariñó tanto de ella que con frecuencia la confundía con su difunta esposa y la llamaba Teresa. Fanny pertenecía al gran mundo de la sociedad parisina y consiguió fama de liberal y obsequiosa. También sabemos que el paso de este joven por Europa estuvo acompañado de conducta licenciosa, de fasto y derroche, como buen «hijo de papi» que era. Bolívar y su prima coincidieron en Italia en tiempos en que este hizo en el Monte Sacro el juramento de libertar a América y es por esas fechas en que ella le escribe acerca de su embarazo «cuando estaba Vd. allí». En otra carta revela la «tierna amistad que nada puede cambiar ni aumentar porque la ha arraigado Vd. tan hondamente en mi corazón que es ya inseparable de la vida de vuestra prima» y que «aquellos fueron los días más hermosos de mi vida», refiriéndose a su estancia en París. No dejan de tener las cartas un vocabulario demasiado insinuante para dos primos que desearan seguir siéndolo.

Otras señas hay, y estas tienen que ver con el diminuto poblado de Mulaló, cercano a Cali, al suroeste colombiano; era el 25 de diciembre de 1821 y Bolívar iba camino del sur con su ejército. A su encuentro salió don José María de Cuero y Caicedo quien, queriéndolo agasajar con lo que más le gustaba, le acomodó varias esclavas para su servicio personal. La agraciada resultó ser

Ana Cleofé Cuero, quien nueve meses más tarde dio a luz una niña que el 26 de diciembre de 1829 el propio Bolívar ordenó se bautizara con el nombre de Manuela Josefa Bolívar Cuero. Hasta la fecha el poblado se siente muy orgulloso de la simiente bolivariana y de su caballo Palomo que yace sepultado a la sombra de una gigantesca ceiba.

Para despejar dudas, Bolívar tuvo más de una docena de hijos, de los cuales solo reconoció a esta Manuela, porque se sabe que a los otros nunca los vio, aunque corren rumores que a solo tres de ellos los vio más de una vez. Sobre este particular, dice don Joaquín al Rey:

Para que veáis, Majestad, hasta qué punto halagaban a este hombre, que mi propio hermano José María, perteneciente a la rama revolucionaria de mi familia, le ofreció una de sus hijas naturales que tenía con una señora de apellido Caicedo. Ocurrió así: después de su aventura en Mulaló, Bolívar avanzó hacia el Sur y llegó a Popayán el 26 de enero de 1822. Allí se alojó en casa de José Antonio Velasco, muy cerca de la Plaza Mayor. Se celebró allí una fiesta a la que asistieron unas señoritas vestidas de indias por ser aquello muy republicano e indigenista. A esta fiesta sucedieron otras, entre ellas una en casa de mi hermano José María, donde obligó a la señora Javiera Moure a bailar con un zambo llamado Lucas Carvajal, porque aquello era también republicano; para desairar a la dama, don Simón rasgó un pañuelo de seda con sus dientes y se lo entregó a la dama diciéndole: «aquí le presento el sello de mi personalidad». Posteriormente mi hermano José María, encandilado con su presencia, le entregó la más gordita de sus hijas, la que llamaban Pancha, porque esto era lo que al Libertador complacía. Era sabido que le gustaban mucho las gordas. De esta unión nació Rudesindo, aunque mi hermano, cuando supo que su hija había quedado embarazada, la casó de inmediato con el negro Domingo Caicedo, que estaba a su servicio. El nombre completo del niño fue Rudesindo Caicedo y Mosquera, que no por lo Caicedo y lo Mosquera podía negarse que era copia exacta del Libertador. Tal parece que cuando el negro Domingo se enteró del engaño a que había sido sometido eliminó a su mujer.

## **El Libertador-Dictador**

Al día siguiente de su llegada a Caracas estaba Bolívar demasiado entretenido con *la Pepa* como para reconocer que el éxodo de siete mil personas había sido a causa del espanto que inspiraba, y decidió erigirse en el hombre providencial que había reconstituido esa humanidad a «la dignidad de hombres, de que la tiranía española los había depuesto, restituyéndoles al mismo tiempo sus propiedades, su honor y sus familias, que por espacio de un año entero se vieron obligados a abandonar, refugiándose en los bosques para libertarse de las persecuciones». Nunca refirió cómo les restituyó las propiedades abandonadas por el éxodo causado, ni por qué, con su llegada, las gentes huyeron despavoridas a refugiarse en los bosques y ponerse a salvo en el mar. Tampoco explicó por qué en innumerables lugares de la geografía venezolana, entre ellos su hacienda de San Francisco de Yare, los esclavos negros se alzaron contra su amo el 26 de agosto de 1813, a los diecinueve días de haber este entrado en Caracas y haber formado el nuevo gobierno libertario del cual asumía la autoridad suprema, dictatorial y absoluta. A lo mejor recordaban los tristes días de su infancia en la que se divertía haciéndoles maldades; a lo mejor pensaban que estaban mejor bajo las leyes españolas que las nuevas de la República. Desde el 27 de julio había proclamado reservarse «como en todos los gobiernos que existen, los demás departamentos del poder: la guerra, la paz, las negociaciones con las potencias extranjeras y la hacienda nacional». Dejaba a otros la administración de la justicia. Era curioso que desease la hacienda un hombre de quien él mismo decía: «Yo creo que para ejercer la administración de un Estado se requieren ciertos conocimientos que yo no tengo y que tengo un odio mortal. Sepa Vd. que yo no he visto nunca una

cuenta ni quiero saber lo que se gasta en mi casa».

Las inclinaciones dictatoriales de Bolívar a nadie se ocultaban. El 9 de agosto proclamaba la urgente necesidad de convocar una asamblea de notables y de hombres virtuosos para discutir la naturaleza del gobierno. Acto seguido, en dramático e histriónico gesto muy propio de su chulería, de su generosidad aparente con el poder, de su desprendimiento de lo terreno, de su vocación al sacrificio pero, sobre todo, de su ambición de ser coronado con todos los honores y el poder absoluto, se autonombra «Libertador de Venezuela» y, simultáneamente, dimitía de la vida pública, diciendo: «El Libertador de Venezuela renuncia para siempre, y protesta formalmente, no aceptar autoridad alguna que no sea la que conduzca nuestros soldados a los peligros para la salvación de la patria».

En qué quedamos, entonces, ¿en que asumía todos los poderes, menos el judicial, o renunciaba a la autoridad, menos a la autoridad de mandar a los soldados? ¿Y no era la autoridad de mandar a los soldados, en aquellos años difíciles, la que tenía el poder real, no el formal? ¿Qué es eso de «renunciar para siempre» cuando asumía poderes dictatoriales? ¿No hay en esta proclama un desmedido culto a la personalidad, con aquello de «libertador de Venezuela», y también una velada prepotencia en solo querer mandar soldados, aderezada con las mieles del desprendimiento y envuelta en el delicado papel del sacrificio? Quien crea en estas palabras es porque es muy ingenuo, o muy necio. Toda esta pantomima la hacía con el poder que le habían otorgado las armas que comandaba, pues desde el preciso momento en que entró en Caracas se coronó como el generalísimo de todos los ejércitos, de todos los poderes, de todas las circunstancias, y asumió el mando supremo, absoluto, sin otra ley más que la de su voluntad, ni otra justicia que la de la matanza.

Cierto es que mucho cuidado hay que tener con las evaluaciones que los enemigos hacen de nosotros, de nuestra personalidad e inclinaciones, pero la siguiente que voy a enseñar, no obstante provenir de uno con quien se profesaron sentimientos de odio recíprocos, acierta en darnos una idea de la desmedida ambición que motivaban casi todos los actos políticos del Libertador; confirma el aserto evaluativo que en el párrafo anterior se ha hecho sobre los verdaderos móviles que se ocultaban tras la máscara del desprendimiento que Bolívar exhibía; en carta escrita en Londres el 28 de septiembre de 1828 dirigida a Juan de Dios Cañedo, Ministro de Relaciones de Méjico, dice don Vicente Rocafuerte, íntimo amigo de Bolívar en tiempos de juventud compartidos en París hacia 1803, que «el general Bolívar aspira a coronarse, y que puede entrar en los cálculos de su hipócrita ambición el plan de vender los intereses republicanos de la América... Bolívar se ha quitado ya la máscara del patriotismo, y es capaz de todo, en el delirio de su ambición bien puede ofrecer a la España el auxilio de Colombia para realizar esta maquiavélica transacción, si le aseguran de rey o de jefe absoluto vitalicio de Colombia».

En este punto es importante agregar que es falso de toda falsedad lo afirmado por el connotado historiador Vicente Lecuna sobre que «no se cometieron violencias con los millares de españoles y canarios existentes en el territorio libertado» y que, por el contrario, «Bolívar hizo grandes esfuerzos por salvarlos de los efectos del decreto de Trujillo». Este no es más que otro intento por lavar la figura de Bolívar, haciéndolo aparecer como un hombre justo y magnánimo. ¿Cómo podía hacer grandes esfuerzos quien había producido el decreto de exterminio? La verdad no puede ser

torcida tan descaradamente ni la Patria puede ser construida a punta de falsedades. El verdadero amor no se sustrae de la verdad ni el patriotismo puede complacerse en la mentira. Bolívar envió sus agradecimientos a la Nueva Granada por haberlo provisto de las tropas que lo acompañaron en lo que se denominó la «Campaña Admirable», pero, una vez satisfechas las urgencias de su biología, volvió su diestra vengadora a la estricta aplicación del decreto genocida. Él mismo dice, al relatar estas jornadas, que «se fueron los malvados, sin aguardar la misión, con cuanto pudieron, y dejaron a los españoles y canarios *expuestos a nuestra justa venganza*». ¿Le creemos al connotado historiador Lecuna, o preferimos creer esta confesión de parte? Bolívar hacía memoria de lo que había dicho a la embajada por él recibida e integrada por Iturbe, Felipe Fermín Paúl y el padre Marcos Ribas, hermano de José Félix y quien había combatido a su lado. Y nosotros también, porque para cobrar apropiada venganza de los españoles, nombró Secretario de Justicia a nadie menos que al sanguinario Rafael Diego Mérida a quien él mismo juzgaba «díscolo, intrigante y perverso» [y cuya naturaleza estaba] «herida de la maldición del Cielo y parece que en sus venas corre el veneno y en su mente reside el espíritu de Satanás». Este era el concepto que tenía de quien iba a hacer «justicia revolucionaria» en Venezuela. Había nombrado a Satanás para hacerla.

No sabemos si ese nombramiento se debió a la influencia de la Pepa, que también era «intrigante y vengativa», según Ducoudray Holstein, pero lo cierto es que influyó en muchos nombramientos hasta cuando entró en escena otra favorita, la hermana de Carlos Soublotte, quien ascendió rápidamente en su carrera militar sin méritos distintos a los de tener una hermana muy atractiva que recibía en privado al Libertador-Dictador que a nadie emancipaba de su dictadura ni a hembra alguna perdonaba sus atractivos. Desde su llegada a Caracas no hizo otra cosa que gozarse a cuantas hembras pudo y ascender a los familiares de su harén a cargos importantísimos en la administración pública.

El efecto narcotizante de los placeres carnales en Bolívar adormecían suficientemente su conciencia para soportar el sinnúmero de asesinatos que se perpetraron en el período que comprende su paso por las zonas de combate hasta llegar a Caracas. Él mismo lo confiesa al Congreso de la Nueva Granada, para vergüenza de las generaciones que conozcan de estos rasgos criminales de su personalidad: «Después de la batalla campal del Tinaquillo, marché sin detenerme por las ciudades y pueblos del Tocuyito, Valencia, Guayos, Cuácara, San Joaquín, Maracay, Turmero, San Mateo y La Victoria, donde todos los europeos y canarios *casi sin excepción, han sido pasados por las armas*», escribía el 14 de agosto de 1813. Entonces, ¿podremos creer a sus áulicos de su supuesta bonhomía?

El narcótico del sexo siguió adormeciéndolo en la indolencia, pues el 18 de agosto fueron internados en prisión todos los españoles y canarios de Caracas y pueblos circunvecinos en número de 6.000; es decir, si las matemáticas no nos fallan y se mantiene la proporción, un 32 por ciento de los habitantes de Caracas ya estaban inhabilitados para ejercer sus trabajos y vida cotidiana, ora porque estuviesen en la cárcel, ora porque hubiesen huido. Eso es una barbaridad. Pero la que sigue es peor. El 20 se hizo una fiesta en la casa de José Félix Ribas a la cual asistieron 36 personas y uno de los invitados, Vicente Tejera, presentó la idea de que cada concurrente escogiera el preso a ser asesinado. La lista de presos fue elaborada y esa misma

noche se asesinaron a 36 personas en la plaza de la Catedral, todos españoles. Esta historia está confirmada por dos contemporáneos de Bolívar, José Manuel Restrepo y José Domingo Díaz, que dejaron sendos recuentos de dicho episodio.

Los asesinatos se detuvieron momentáneamente con vistas a conseguir un canje de prisioneros con Monteverde, quien, a la sazón, defendía la estratégica ciudad de Puerto Cabello, muy apta para recibir refuerzos de La Habana y de otras provincias afectas al Rey. Cualquier otro competente militar distinto de Bolívar habría, por tanto, entendido que era más importante capturar Puerto Cabello que Caracas y hubiese torcido primero hacia la captura del puerto. Debo añadir que si bien los asesinatos se detuvieron momentáneamente, no es cierto que se detuviesen de manera definitiva, como han querido hacérselo creer.

El historiador Vicente Lecuna, por ejemplo, nos dice que los prisioneros solo estaban vigilados y «se mantenían libres en sus casas» sin que hubiese sido arrestado ningún civil. Pero que Bolívar intimó a Monteverde a entregar Puerto Cabello a cambio de salvar la vida de los 6.000 españoles que estaban en sus manos y que «a la menor dilación serían exterminados todos», es lo que resulta cierto. Y para prueba, esto fue lo que escribió al Congreso de la Nueva Granada: «He intimado a Monteverde rinda inmediatamente la plaza de Puerto Cabello, entregando cuanto en ella exista... Es este el único medio de salvar a los innumerables prisioneros españoles e isleños, que están en mi poder, y le he hecho entender que a la menor dilación serán exterminados todos». Luego, nadie podría entender cómo iban a ser exterminados si permanecían libres en sus casas y podían, súbitamente, salir huyendo despavoridos. ¿Acaso se puede creer que 6.000 españoles, libres y dispersos en sus casas, podían estar vigilados por solo 600 hombres que era la única fuerza con la que contaba Bolívar? Unas simples matemáticas nos dicen que en tres turnos de ocho horas los efectivos reales disponibles para la vigilancia de los prisioneros habrían sido 200 hombres, cifra que de ninguna manera podría haber sido suficiente para distribuirla por todas las casas que los albergasen. El historiador Lecuna, en su afán por encubrir los hechos, y no es el único, deforma la realidad. No creo que su ingenuidad llegue al extremo de tomar en serio la proclama hecha por Bolívar según la cual sus soldados eran «como ángeles tutelares que os hacen salir de las selvas y os arrancan de las horribles mazmorras donde yacíais sobrecogidos de espanto, o cargados de cadenas tanto más pesadas cuanto más ignominiosas».

Esos prisioneros no fueron pasados por las armas porque Bolívar no tuvo más remedio que echar atrás su ultimátum, transándolo por el mero canje ante la intransigencia de su contraparte y porque, indignado, Monteverde amenazó con fusilar a dos americanos prisioneros en su poder por cada español ejecutado por Bolívar. Este era un militar-poeta, un íntimo de la hipérbole, un romántico impenitente que pretendía hacer pasar a los españoles como unos monstruos de maldad porque mantenían a toda una población encadenada y sin esperanza, sumida en las profundas mazmorras del averno y no, como era apenas lógico, cumplidora del deber elemental de encarcelar a los insurrectos, como también a los bandidos, pues es sabido que los jefes revolucionarios enviaban cabezas de españoles como presentes a sus comandantes con el propósito de «ganar puntos» con ellos y presumir de sus hazañas.

## Asesinatos, detenciones y confiscaciones

Los afanes de la guerra no habían permitido atender la administración pública, asunto que ocupó la atención del Libertador hacia finales de agosto cuando decretó la confiscación de los bienes de todos los españoles que habían huido. Para estos había quedado claro que la disyuntiva que se presentaba era o huir y padecer confiscación, o quedarse y padecer muerte. En septiembre ordenó la contribución forzosa para sostener el Estado y ordenó a José Félix Ribas «pasar por las armas a tres o cuatro que lo rehúsen», porque esto «enseñará a los demás a obedecer». Esto lo escribía el 21 de septiembre de 1813, pero el mismo día pasó a la acción haciendo fusilar a 69 españoles sin fórmula de juicio. Días antes había mandado encarcelarlos, junto con muchos otros, en las bóvedas de La Guaira, aherrojados y sin posibilidad de defenderse. El matón Ribas lo confirma el 15 de octubre: «A las ocho del día de mañana pondrá usted en seguras prisiones a todos los españoles y canarios que se hallen sueltos, hasta aquellos a quienes yo mismo, o el general Bolívar hayan dado papel de seguridad, los cuales no solo serán presos o asegurados con grillos». Es decir, de nada valía haberseles concedido un salvoconducto por buena conducta o, quizás, ser amigos de la causa; el hecho de ser españoles los condenaba. Era el decreto de Trujillo en todo su rigor y la primera vez que el Estado revolucionario rescindía sus propios salvoconductos. No se podía confiar en él, ni en nada, ni en nadie. Esa orden provenía de otra que Bolívar había dado a Rafael Diego Mérida, su infernal Ministro de Justicia, quien en carta del 17 de septiembre confirma: «El general en jefe de estos Estados ha dispuesto que inmediatamente se pasen a las cárceles y bóvedas de La Guaira... todos los españoles europeos e isleños, sin excepción de persona alguna, sea lo que fuere, y os lo comunique, como lo ejecuto, para que lo cumpláis exactamente».

Como se ve, si solo fueron once los delincuentes comunes condenados a muerte en ese país por el «sanguinario» régimen español en el período que va de 1787 a 1808, o sea, en veintiún años, ya me diréis lo que se estaba ganando en justicia bajo el nuevo régimen de libertad que se proponía. El oficialismo historicista ha dicho, como causa justificante de estos procedimientos, que las autoridades estaban sujetas a los rigores impuestos por la guerra; pero sospechamos que bajo tales premisas también Herodes habría de ser un incomprendido y Nerón apenas un artista del Imperio amenazado por el nuevo credo cristiano. Estos eran hombres crueles, hombres sin entrañas, sin Dios, sin compasión humana. Eran unos desalmados y matones, venidos a generales.

El terror se extendió por igual, o casi por igual, a los criollos venezolanos. Las autoridades revolucionarias habían advertido que se habría de tocar a alarma para conocer la respuesta del pueblo caraqueño a un eventual llamado de emergencia. Se esperaba que los hombres acudieran al simulacro, listos para emprender la defensa de la ciudad. Como la alarma sonó y nadie acudió al llamado, Ribas publicó un bando en el que advertía que se repetiría el toque de alarma y que quien se mantuviese en su casa o fuera en la calle, de cualesquiera edad y condición, «será pasado por las armas sin más de tres horas de capilla, ni otra justificación que la bastante para hacer constar su inasistencia».

Aparentemente, las gentes del lugar no acudían voluntariamente a este llamado porque carecían de celo revolucionario, porque no se sentían verdaderamente amenazados con la

perspectiva de que los españoles volvieran; al contrario, deseaban que la antigua autoridad regresara y devolviera la paz y sosiego que habían disfrutado durante tres siglos. ¿Acaso se puede creer que si los 26.400 caraqueños que aproximadamente quedaban en la ciudad sentían tanto horror por el régimen español no habrían acudido en masa a tales ejercicios militares? ¡Pamplinas! La única verdad posible es que los caraqueños, como la mayoría de venezolanos en ese momento, añoraban el orden, el progreso y la estabilidad propiciadas por la Monarquía, por muchos defectos que tuviera y por muchos asesinatos que, como Monteverde, la desacreditaran.

Que los americanos no querían romper con España queda confirmado por el general de la Independencia Joaquín Posada Gutiérrez, cuando dijo: «Es preciso que se sepa que la independencia fue impopular en la generalidad de los habitantes; que los ejércitos españoles se componían de cuatro quintas partes de los hijos del país; que los indios, en general, fueron tenaces defensores del gobierno del rey». Por eso la Guerra a Muerte no fue sino una expresión más de la independencia por la fuerza, que es otra forma de opresión. Fue un método terrorista para forzar la secesión que pocos querían y una libertad que nadie extrañaba y a nadie hacía falta.

Bolívar, que había soltado el tigre, pronto se iba a encontrar con otro criminal igual o peor que él: el civil español José Tomás Boves, el «centauro» lancero, quien decidió vengar no solo las afrentas recibidas, sino pagar con la misma moneda la crueldad bolivariana que fue aumentando en los años siguientes. El peor infortunio iba a llegar a la Nueva Granada, arrastrado tras de sí por el propio Bolívar, quien, derrotado, cobraría aún más sangre con la que anegaría de crueldad y sevicia un territorio que todavía no había llegado a los excesos de Venezuela. Porque los neogranadinos, mal que bien, eran hasta este momento apenas aprendices de matones. Sus consumados maestros también llegarán del Oriente, de la Capitanía General de Venezuela, cual Reyes Magos del crimen. Las ambiciones personales llevaron a estos independentistas a cometer crímenes sin cuento, a propiciar guerras civiles, desorden, ruina, destrucción; en América volvió a imperar la ley de la selva hasta el día en que España regresó con un Ejército Expedicionario al mando de uno de los más brillantes generales: don Pablo Morillo, triunfador en la guerra contra los franceses; no contaban con que pagarían caro sus desafueros, con que el orden sería restaurado y la América reconquistada.

Los asesinatos de Bolívar no terminaron allí y, por lo pronto, España sufría un mayor rigor en las disposiciones de unos sicópatas que ejercían el terror como medio de sometimiento de su pueblo. El mito de un Libertador cabalgando sobre el carro de Marte, rompiendo cadenas y libertando pueblos esclavizados tiene que ser destruido.

De las *Memorias* apolilladas e incompletas de don Joaquín puede deducirse que le narró al Rey muchas intimidades de lo sucedido en América en las oportunidades que tuvo de entrevistarse con él. Sabemos que el Tercer Presidente de la Regencia salió un día del Palacio Real conducido a su casa de habitación por un coche dispuesto para su uso. Las calles de Madrid tenían el misterioso brillo que proyecta el agua de la lluviecilla que en ese momento caía sobre la ciudad y que, a pinceladas amarillas por la luz mortecina de las farolas, salpicaba la noche de un octubre frío y tormentoso. Clac, clac, clac, se deslizaba el coche como los pensamientos se deslizaban por la mente de don Joaquín de Mosquera y Figueroa y que, cual los cascos herrados de los caballos, golpeaban su imaginación en concatenada procesión de eventos. Cerró sus ojos cansados y dejó

que el abandono se apoderara de sus miembros, dando paso a un profundo sentimiento de satisfacción por haber alcanzado la conciencia de un Rey sumido en la inconciencia de los tiempos... «Tal vez», pensó, «haya cobrado conciencia de cuánto pudo hacer y no hizo, de cuánto pudo evitar y no evitó»... clac, clac, clac hasta cuando se perdió en las sombras de las callejuelas de un Madrid que estaba a punto de perder un Imperio, el más grande y lustroso que habían visto los siglos desde cuando Roma enterró su grandeza en el suelo donde yacían los mármoles de sus hazañas.

Yo también cierro este Primer Libro con lo que el filólogo y poeta colombiano Miguel Antonio Caro dijo:

En mística amalgama,  
como aureola de tu excelsa frente,  
no imitación, veneración reclama:  
el que Padre te aclama  
mezcla de orgullo y de vergüenza siente.

Libro II. ESPAÑA EN EL CAMINO  
DEL INFIERNO

## Introducción

He creído conveniente empezar este Libro Segundo a partir de febrero de 1814, fecha en que dejamos el Libro Primero, para terminarlo en la toma de Santa Fe de Bogotá por los ejércitos del Rey, el fusilamiento de la República y la restauración en 1816 del orden perdido. Creo también importante mencionar al lector que mis pesquisas en torno a la vida de don Pablo Morillo, llamado el *Pacificador* por su relevante papel en la reconquista y pacificación de esta parte del suelo americano, me condujeron a las *Memorias* que este general dejó sobre la guerra fratricida de la cual él fue el acto principal de la pacificación. Este hallazgo me permitió intimar más profundamente en la semblanza de este otro desconocido protagonista de la historia de España, héroe de la guerra contra Napoleón y de quien se sirvió Fernando VII para llevar a cabo la expedición pacificadora del Nuevo Mundo. Tal vez no exista otra persona que en esta parte del orbe peor encarne la Leyenda Negra tejida en torno a España que el general Pablo Morillo, ni quien tenga una peor imagen de crueldad, ni contra quien se dirijan las peores miradas de odio, rechazo y desprecio que contra este guerrero, quien, para mi sorpresa, tenía un noble corazón y unos sinceros sentimientos de reconciliación.

Sus propias *Memorias*, fueron originalmente publicadas en Francia en 1826 por Chez P. Dufart, Libraire, Quai Voltaire, número 19, París. Aparentemente, no fue Morillo quien quiso que este documento se publicara, pero tampoco lo desautorizó, según dijo el prologuista. Aunque parte de tales memorias fueron publicadas en Caracas en 1820 bajo el título «Manifiesto que hace a la nación española el general Don Pablo Morillo, conde de Cartagena, Marqués de la Puerta y General en Jefe del Ejército Expedicionario de Costa Firme, con motivo de las calumnias e imputaciones, atroces y falsas, publicadas contra su persona en 21 y 28 de abril del mes último en la Gaceta de la Isla de León bajo el nombre de Enrique Somayar», la versión francesa incluye unos anexos adicionales que hacen más completa su versión. Las aludidas calumnias e imputaciones fueron publicadas en periódicos revolucionarios bajo el título «Cartas de un americano a uno de sus amigos», donde, con evidente mala fe, se le acusa de ser «el único obstáculo para la reconciliación de los españoles de los dos hemisferios». Enrique Somayar, su autor, no era otro que Antonio Nariño, el Precursor de la Independencia de la Nueva Granada, quien ya preso en la cárcel de la Carraca de Cádiz, se había convertido en secretario del insurrecto Quiroga, que con Rafael del Riego, pretendiera golpe de Estado contra Fernando VII y a quien se debe que la independencia de América hubiera prosperado. En efecto, la invasión de Francia a España en 1822, ordenada por la Santa Alianza en el Congreso de Verona, fue el cataclismo que metió el último clavo en el ataúd del Imperio, no solo por la restauración absolutista, sino por las conmociones internas que suscitó.

La editorial española Cosme Martínez, actuando por órdenes impartidas por el Pacificador Morillo, publicó sus descargos e hizo amplia distribución de ellos a distintos funcionarios públicos. Obran en mis manos, pues, dos diferentes escritos del general Morillo: las mencionadas *Memorias*, publicadas en París, que es, más que todo, un recuento de sus proclamas con algunas

notas introductorias y comentarios suyos, y el *Manifiesto*, que constituye un recuento personal de sus experiencias e impresiones de la campaña pacificadora. Este *Manifiesto* que pasa por los años 1815 a 1821, fue localizado por el doctor Horacio López Guédez en el Archivo General de Indias de Sevilla, en tanto que las *Memorias* son traducción del francés por el senador colombiano Arturo Gómez Jaramillo. Ambos, *Manifiesto* y *Memorias* fueron hallados por mí en la biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá y pusieron bajo nueva luz y perspectiva la propia imagen que yo tenía de este personaje, víctima como fui, junto con millones de otros colombianos, de una historiografía que unánimemente lo condena como un monstruo de maldad y de sevicia. Esto se debe a que el estudio de la Independencia americana cuenta casi exclusivamente con el material de los sectores republicanos que hacen que su análisis origine una versión oficial de solo una de las partes en pugna. No se encuentran, por tanto, libros de historia de la Independencia que contengan una cita o recuerdo alguno de la obra de Pablo Morillo en América. Es por ello que me di a la tarea de también reivindicarlo para la historia y para que colombianos y venezolanos dejen de creer en las patrañas tejidas en torno a su nombre por la historiografía comprometida. Morillo, inicialmente llevado a la reconciliación por una generosidad casi sin límites, fue conducido por la fuerza de las circunstancias y la tozudez de la resistencia anti-española a hacer cumplir fielmente la ley a él encomendada. No se apartó un milímetro de ella y nunca condenó a pena de muerte a quien no mereciera sufrirla, de acuerdo con las disposiciones legales entonces vigentes. Todo lo contrario; si alguien fue magnánimo con el enemigo fue este hombre odiado, calumniado y vilipendiado por quienes querían encarnar en él los sentimientos más crueles y las pasiones más bajas y ruines que España pudiera arrojar sobre las costas americanas.

En Pablo Morillo solo encontré desde 1815 hasta 1816, un error y tres faltas; el error, no haber fusilado a Juan Bautista de Arismendi en isla Margarita, el peor, más cruel y sanguinario de los secuaces de Bolívar que haya pisado jamás tierra venezolana. Las tres faltas: haber conmutado la sentencia de muerte que pesaba sobre Manuel de Pombo Ante y Valencia, por pura debilidad, y no haber dispuesto las que debieron pesar sobre José Fernández Madrid y don José María del Castillo y Rada, por pura compasión. Por todo esto me siento reconciliado con la Historia, y un poco más feliz por haber desentrañado los verdaderos hechos de esta desgarradora contienda entre hermanos, hijos todos de una sola y misma Patria. Aspiro, pues, a entrar, siquiera de puntillas, al peculiar y honroso círculo de los escritores espabilados.

Deuda de agradecimiento tengo con muchas personas que de una manera u otra contribuyeron con ideas a la realización de este libro. Debo a mi hijo Pablo Victoria Grueso el relato de la viuda que sacrificó a sus siete hijos con tal de envenenar a un pelotón de franceses que le pidió primero hacer probar de ellos los alimentos ofrecidos. Aunque no pude documentar el hecho, casos de insólita entrega como este se dieron con inusitada frecuencia por toda España durante el tiempo que duró la invasión napoleónica. A mi hijo Felipe debo el haberme alertado sobre los títulos nobiliarios otorgados por España en el Nuevo Mundo y por recabar sobre el número de tales títulos, con lo cual ayudó a despejar la tan cacareada leyenda de la discriminación española contra los criollos de nacimiento. Al duque de Maqueda, Francisco López-Becerra de Solé, debo la noticia sobre las proclamas y arengas que su antepasado hiciera firmar de los alcaldes de Móstoles que levantaron ese pueblo, y otros más, contra los invasores franceses; le debo también

el poema que escribiera Alfonso Ussía al conde Rodríguez, del cual he puesto una fracción en el Epílogo. A José Carlos Gracia debo el haberme proporcionado estadísticas sobre lo ocurrido el 2 de mayo de 1808 en Madrid, tomadas del libro *Madrid, el 2 de mayo de 1808, viaje a un día en la historia de España*, publicado por el Museo del Ejército. Su inmejorable juego didáctico «Bailén 1808» también me proporcionó los elementos indispensables para entender lo que allí había pasado, en particular, el movimiento de los ejércitos. Al magistrado del Tribunal Supremo de España, y amigo, Adolfo Prego de Oliver, el haberme facilitado literatura sobre el devenir de las Cortes de Cádiz, historia también arrumada en los anaqueles del olvido y sin la cual la fisonomía de don Joaquín de Mosquera y Figueroa habría sufrido importante mengua. A Trystan Mordrel debo el interesante artículo de Robert King sobre los planes británicos de subvertir el continente americano contra España. A todos, mis rendidos agradecimientos, porque sin ellos habrían quedado muchos cabos sueltos. Uno de estos cabos que quise atar fue dar una visión general de lo que ocurría en España en estos trágicos años que van de 1808 a 1814 en los que no puedo menos que poner mi interpretación personal de unos acontecimientos históricos que, a no dudarlo, enriquecerán y darán perspectiva a este modesto compendio del inicio de las guerras de España en América y que deberá culminar con otro texto histórico que las extenderá sobre el sur de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Es por tal razón que habré de empezar por poner en perspectiva lo que significó la Leyenda Negra y la propia invasión napoleónica a España en la eventual secesión de las tierras ultramarinas, para luego continuar con lo que estaba sucediendo en la Nueva Granada y Venezuela.

He aquí la continuación de la trágica Historia de la ruina del Imperio y de la ruina de América.

Empezado en Madrid en 20 de junio de 2007, día de San Silverio y terminado en Santa Fe de Bogotá el 26 de abril de 2008, día de San Ricario de Celles.

PRIMERA PARTE.  
AMÉRICA PIERDE LA INOCENCIA

## 15. LA GUERRA EN LA PENÍNSULA

*A los fanáticos yo disperso con una salva de artillería, Monsieur. Mirad a los prusianos: han sucumbido ante mí con ejércitos más poderosos que legara el gran Federico... España también caerá... y ante mí se rendirá porque hasta los fanáticos quieren la igualdad.*

NAPOLÉON A FOUCHÉ

### **España se levanta**

El 2 de mayo de 1808 Madrid, dos años antes de que América estallara, demostró al mundo que España no estaba sometida. Herida en lo más profundo de su orgullo se aprestaba, sin fanfarronerías, a hacer la guerra total, implacable, apocalíptica. Toda la Nación se envolvió en ella, y envolvió al adversario en una lucha a muerte, apasionada, sangrienta, brutal y sin freno, como la araña envuelve a su presa... Todo español se vio comprometido en aquella guerra, porque no hubo rincón donde no se luchara, ni casa que no fungiera de trinchera; no hubo cueva que no sirviera de escondite, o piedra desde donde no se disparara; no hubo niño, mujer o anciano que no empuñara una navaja, ni un puñal que no se blandiera, un cuchillo que no se enterrara o pistola que no se usara. Fue la primera y más feroz de las guerras modernas, encarnizada, cruel, sanguinaria, y la primera en la que las viejas reglas de la cortesía militar europea dejaron de observarse. Es más, como lo dicen Luis Javier Guerrero Misa y Fernando Sígler Silvera, fue una verdadera Guerra Mundial:

En consecuencia pensamos, como algunos historiadores militares contemporáneos, que la Guerra de la Independencia fue parte, importante y casi decisiva, de una de las primeras auténticas «Guerras Mundiales» que sacudieron no solo al viejo continente, sino a otros continentes (las Américas, el Caribe y las Antillas, el Norte de África, Madagascar e incluso Asia como en la isla de Java) en los siglos XIX y XX, y en las que se vieron implicadas decenas de países y en la que se combatió en todos los frentes, terrestres o marítimos, e implicó no solo a los ejércitos, sino que también diezmó a las poblaciones civiles, que la obligó a sumarse al esfuerzo bélico, y que causó una destrucción y mortandad de grandes proporciones.

No fue, por supuesto, una Guerra de Independencia, porque *dependencia* nunca hubo. Aunque ahora se ignore, cualquier español de la época lo sabía. Fue una verdadera Guerra de Liberación de una dominación extranjera, de una fuerza de ocupación, de una imposición arbitraria. Napoleón había desoído su propia observación: «España es una gran potencia... la arrogancia y la superstición que prevalecen allí y los recursos que le proporciona su gran tamaño hacen de España una nación formidable cuando es golpeada con fuerza en su propia tierra». A diferencia del levantamiento americano, compuesto y auspiciado por la aristocracia criolla, el levantamiento español había sido hecho por el pueblo raso, porque el Emperador de los franceses había golpeado a España por donde más le había dolido, su «Rey Deseado», el único realmente anhelado en trescientos años, pues Carlos IV se les presentaba tras la máscara de un Godoy

*Choricero*: Godoy, antiguo guardia real y valido de la reina, percibido como el verdadero gobernante de un pueblo que solo admitía al rey como lo propio. Sí, Manuel Godoy fue un gobernante cuyo «principado de paz» había costado caro a España por la desastrosa campaña militar llevada a cabo en suelo francés en 1794 que condujo a los franceses a ocupar Figueras, Irún, San Sebastián, Bilbao, Vitoria y Miranda de Ebro; el tratado de Basilea de 1795 resolvió esta penosa disputa a cambio de media isla de Santo Domingo, que fue como perder el pulgar derecho de las Antillas. A Manuel Godoy se debe también que al firmar el tercer tratado de San Ildefonso convirtiera a España en aliada de Francia y, por ende, en enemiga mortal de Inglaterra en momentos en que tal enemistad no podía ser respaldada por un poderío militar que estaba ya en franco declive. Dicho tratado, firmado el 1 de octubre de 1800 y restituido Godoy en el poder por Carlos IV a instancias de Napoleón, estipulaba la creación de un Estado en Italia gobernado por España a cambio de la Luisiana y ponía a disposición de Francia la Real Armada Española para la guerra contra Inglaterra. España cambiaba una estratégica zona de contención del naciente imperio angloamericano al norte de Méjico por un insignificante Estado en Europa. El tiempo convirtió esa alianza en un pesado lastre, pues bien pronto Napoleón demostró las ambiciones que tenía sobre España al declarar la guerra a Portugal en 1802, e Inglaterra las suyas propias, al querer apoderarse de los territorios españoles de ultramar. En efecto, el plan inglés de 1806 fue una recreación del plan original concebido por Nicholas Vansittart en 1795 y cancelado en 1797, que ahora se vino a denominar el «Plan Maitlant», perfeccionado por el mayor general Sir Thomas Maitlant. El plan consistía en enviar dos fuerzas expedicionarias a Sudamérica, una de las cuales desembarcaría en Venezuela y marcharía hacia Lima, mientras la otra desembarcaría en Buenos Aires y caería sobre Chile.

Como es sabido, los ingleses intentaron desembarcar en Buenos Aires con un contingente de 1.600 hombres al mando del general William Carr Beresford, pero el intento les falló; al año siguiente un ejército de 11.000 hombres al mando del general John Whitelocke fue derrotado por los habitantes de Buenos Aires en una de las gestas más heroicas que recuerde la memoria, en tanto otra fuerza de 4.000 hombres capturaba Montevideo. El intento fallido de la invasión al continente fue seguido de nuevas tácticas de reclutamiento de jóvenes idealistas criollos que coadyuvaran en los planes de desestabilización del Imperio, tales como Bernardo O'Higgins, Simón Bolívar, José de San Martín, Carlos María Alvear, Tomas Guido y otros. No obstante, el gran problema de la política británica en el continente fue su ambivalencia; por un lado, el estímulo que daban a los revolucionarios y, por otro, el temor de que los nuevos gobiernos independentistas se erigieran en repúblicas que, en imitación de los Estados Unidos, se convirtieran en rivales comerciales de los británicos. Temían que el contagio revolucionario llegara a sus otras posesiones. Cuando Lord Castleragh tomó posesión de su cargo como Secretario de Estado para la Guerra y las Colonias bajo el gobierno del duque de Portland, escribió a su gabinete en marzo de 1807: «La objeción más seria a aquellos que han considerado la política de la independencia es la probabilidad de que cualquier gobierno local que se establezca se vuelva democrático y revolucionario». De allí que las instrucciones dadas al general John Whitelocke fueron que se mantuviera al margen de brindar cualquier incentivo de esta naturaleza a la población bonaerense.

El desastre militar ocurrido en Buenos Aires no desalentó el esfuerzo inglés de subvertir el Continente; a las invasiones de 1806 y 1807 siguieron los planes de efectuar una nueva invasión en 1808 comandada por el general Wellesley, el próximo duque de Wellington, quien ya tenía dispuesta una poderosa expedición que partiría de Irlanda hacia el Nuevo Mundo. En junio de 1808, Wellington recibía instrucciones que le obligarían a cambiar de planes: la invasión ya no sería a tierras americanas sino a la Península Ibérica contra las tropas de Napoleón. Australia, que había sido colonizada con la pretensión de hostigar el Imperio Español desde el Pacífico, ya no sería la plataforma de apoyo militar a los movimientos independentistas; América estaba adquiriendo su propia dinámica revolucionaria, en tanto los británicos quedaban aprisionados en la Península Ibérica en lucha a muerte contra el Corso.

Poco antes de estos últimos acontecimientos, España puso su flota al servicio de los planes hegemónicos del Emperador, flota que se perdería el 21 de octubre de 1805 tras la desastrosa batalla de Trafalgar dirigida por el vicealmirante francés Pierre Villeneuve, entonces amenazado de destitución. España estaba sometida mediante los tratados de San Ildefonso (1794) y Aranjuez (1800) a ayudar bélica y económicamente a Francia, además de poner a disposición del Emperador su Armada. Villeneuve había desobedecido las órdenes de Napoleón de zarpar a Nápoles para despejar el Mediterráneo del acoso británico y, en cambio, había escogido permanecer en el puerto de Cádiz. Conocidas las órdenes de sustituirlo, quiso adelantarse a su reemplazo y el 18 de octubre dio orden de enfrentar al enemigo, que bloqueaba su salida, en contra de la opinión de los almirantes españoles, Gravina y Churrua. Ya Villeneuve venía de soportar una derrota en el cabo Finisterre a manos de Nelson, quien lo volverá a derrotar en una de las batallas navales más grandes de la Historia.

Derrotadas en el mar las dos naciones, Napoleón enfiló ahora su poderío a bloquear comercialmente a Inglaterra para someterla. El tratado de Fontainebleau de 1807, que estableció el reparto de Portugal entre Francia y España y el propio Godoy, fue la culminación de una política tan errónea como peligrosa: el paso de tropas francesas por territorio español para bloquear los puertos portugueses que se resistían a las órdenes imperiales. Obrando con ingenuidad supina, Godoy había firmado la sentencia de muerte del Imperio Español.

La presencia del ejército francés en territorio peninsular terminó por hacer de Manuel Godoy el personaje más detestado de España, lo que daría alas al entonces Príncipe de Asturias, don Fernando, para empezar una conspiración generalizada contra su padre, Carlos IV. Descubierta la trama, el Príncipe mostraría una faceta de su carácter que, como una sombra, lo seguiría a todas partes: la doblez, acompañada de la delación de sus compinches tras el interrogatorio al que lo sometió Carlos IV. A sus revelaciones sucedió la fementida petición de perdón en la que dice al ofendido padre: «Señor. Papá mío: He delinquido; he faltado a V. M. como Rey y como Padre, pero me arrepiento y ofrezco a V. M. la obediencia más humilde...». Por eso, el motín de Aranjuez que siguió a la conjura de El Escorial, puede enmarcarse dentro de estas vilezas, pues su desarrollo es la culminación de lo que pretendía el Príncipe: el trono, sin que mediara la muerte de su progenitor. No contaba el ingenuo heredero con que el hijo de un posadero, y ahora poderoso mariscal y gran almirante del Imperio, Murat, iba a incitar a su cuñado, el Emperador de Francia, a apoderarse del trono español. La oportunidad se presentaba calva: Napoleón no podría

restituir a Carlos IV contra la voluntad del pueblo; tampoco avalar el ascenso de Fernando al trono por haber este obligado a su padre a abdicar la Corona. Pero, tras bambalinas, lo más importante era que el Príncipe contaba con el respaldo de Inglaterra, que pacientemente aguardaba cualquier imprudencia de Francia. Murat captó la situación y, escribiéndole al Emperador, planteó el escenario:

La frente del rey despojada de su corona inspirará interés aun contra su hijo, a quien no se podrá por menos de mirar como a un hijo rebelde... Si viene a mi cuartel general lo enviaré ante V. M., y entonces España se encontraría verdaderamente sin rey, ya que el padre habrá abdicado y vos seréis dueño de no reconocer al hijo, a quien se puede considerar como otro usurpador.

Este fue el plan maestro que el Emperador puso en marcha y que, a la postre, tendrá dos consecuencias: el eclipse de la estrella napoleónica y la secesión americana.

El 23 de marzo de 1808 un ejército de 36.432 hombres al mando de Murat entraba en Madrid, mientras España era invadida por los ejércitos combinados de Dupont, Bessières, Verdier, Duhesme y Junot. Fue un gran despliegue de fuerzas, pues 117.000 hombres ocuparon la Península dispuestos a cumplir los deseos de Napoleón de que su hermano José se instalara en el trono vacante: Carlos IV y Fernando VII estaban a punto de caer en la trampa que les habría de tender en Bayona. Con el ejército español acantonado en Madrid y despojado de municiones por orden del Capitán General de Castilla La Nueva, Francisco Javier de Negrete, la capital del reino no podía ofrecer ninguna resistencia; sus efectivos también habían sido reducidos a 4.818 hombres de los 10.265 que había en 1804. La medida se había tomado para evitar cualquier incidente con los franceses. Godoy se había convertido en el «Príncipe de la Ocupación».

No obstante, a partir de abril se comenzaron a presentar incidentes callejeros. El 26 de marzo fue asesinado un soldado francés en el cementerio de la Iglesia de San José, a quien se le enterró con la mayor discreción posible. A partir del 17 de abril hasta el 1 de mayo habían ingresado al Hospital General 45 soldados franceses, heridos en distintas riñas callejeras. Esta situación llevó a Murat hasta la exasperación y el abuso: empezó por exigir que la Guardia de Corps española saliera de Madrid por ser la instigadora de las agresiones. De esta guardia quedaría solamente un destacamento simbólico para resguardar el Palacio. Otras exigencias abusivas no fueron inicialmente atendidas por la Junta de Gobierno dejada por Fernando VII tras su viaje a Bayona, pero Murat amenazó con tratar a España como un país conquistado si la Junta rehusaba acatar sus órdenes.

El ejército francés se semejaba en número al español que entonces contaba con unos 100.000 efectivos, pero que estaba casi sin armas, disperso y sin mando efectivo tras el caótico reinado del cuarto de los Carlos. Disperso, digo, porque también sus tropas de élite en número de 15.000 se hallaban en Dinamarca desde 1807 al mando del marqués de la Romana, facilitadas al propio Napoleón para sus fines de conquista continental. Fue por esta razón que cada región fue creando efectivos militares al mando de oficiales profesionales o simples civiles con dotes militares, por lo que, cuando llegó el alzamiento, se improvisaron unidades de la más heterogénea procedencia con generales que obedecían a esta o a aquella Junta Central provincial; estas juntas también fueron surgiendo al desgaire del caos político dejado por la débil y luego extinta Junta de

Gobierno que dejara Fernando VII antes de acudir, presuroso, a la trampa tendida por el Emperador en Bayona.

El levantamiento de Madrid del 2 de mayo, corto y violento, fue reprimido brutal y contundentemente. Pronto la insurrección se presentó como una guerra religiosa en la que los curas y los frailes pusieron gran empeño en dirigir milicias contra los que llamaban «antiguos cristianos y herejes modernos» que venían a cambiar las costumbres de un pueblo dado a la piedad cristiana. Por eso matar a un francés se convirtió en obligación nacional en un territorio convertido en coto de caza contra el invasor. España estaba derrotada, no obstante. Por primera vez en su larga historia era sometida a una potencia europea y América tomó nota. Desde la derrota de Trafalgar a las 18.30 del lunes 21 de octubre de 1805 Inglaterra, incontestablemente, dominaba los mares, mientras las provincias americanas veían con asombro cómo la gravitación del poder mundial pasaba de unas manos a otras, unas galas, otras inglesas. España había quedado convertida en una simple espectadora de un escenario donde se representaba el drama del mundo.

La noticia de la invasión francesa a España había causado estupor. Pasmadas, las gentes se miraron, preguntándose «¿y ahora qué?». «¿Es la Francia el nuevo amo y la Inglaterra su rival?» y un como estremecimiento de pavor recorrió la espina dorsal de América porque, por más ilustrados que los franceses fueran, la publicitada democracia inglesa les llamaba más la atención, particularmente por sus promesas propagandísticas de que los monopolios habrían de abolirse, la religión respetarse, las costumbres guardarse y ¡todos a enriquecerse! Por eso también llegaba la hora de hacer exigencias sobre el monopolio de Cádiz, la libertad total de comercio, que Inglaterra no practicaba, y la representación política en una España desgarrada por la guerra, destruida y sin gobierno, que más parecía carga suelta en un barco sin timón en medio de una tempestad que azotaba las cubiertas, rompía las jarcias y tronchaba los mástiles.

Tempestad que llegaba a América.

## **El teatro peninsular**

Napoleón estaba en el esplendor de su gloria. Tres hermanos suyos ocupaban sendos tronos: José, en Nápoles, Luis en Holanda y Jerónimo en Westfalia, mientras el Emperador cerraba todos los puertos europeos a los británicos, incluyendo los del Báltico, a lo cual se prestó el zar Alejandro en cumplimiento del acuerdo de Tilsit. Lo estimulaba también el hecho de que Dinamarca, tras sufrir el asalto británico a Copenhague, había declarado la guerra a este país. No obstante, la Holanda de su hermano Luis, ni Portugal, habían entrado por el aro del bloqueo Continental; tampoco lo hicieron los puertos sudamericanos. De allí que el escenario de una agresión francesa a España se estuviera preparando, ya que este país no podía controlar efectivamente sus provincias ultramarinas, por más que Francia le insistiera.

La primera movida de Napoleón fue conminar a los portugueses a observar el Sistema Continental de bloqueo al que desafiaba el príncipe Juan, a la sazón Regente de Portugal, con los mercados abiertos del Brasil. La invasión de Portugal comenzaba a hacerse necesaria, puesto que la flota británica utilizaba el puerto de Lisboa para mantener el contra-bloqueo a los puertos de

Tolón y Marsella. Por todo esto, el 19 de julio de 1807 Napoleón envió un ultimátum al príncipe portugués y dio instrucciones a España para declarar conjuntamente la guerra si aquel país no accedía a cerrar sus puertos a los británicos. El plan consistía en unir los dos ejércitos para la conquista del país luso. En agosto Napoleón embargaba los mercantes portugueses surtos en los puertos franceses y amasaba tropas en los Pirineos: «La casa de Braganza dejará de reinar en Europa», dijo en voz alta, y pensó para sus adentros: «Y la de los Borbones también». Los portugueses cedieron a sus pretensiones cuando supieron del fracaso de la expedición británica contra Buenos Aires a cargo del general Whitelocke. Oportunísticamente, Portugal procedió, entonces, a cerrar sus puertos, a declarar la guerra a sus eternos aliados británicos y a apresar a todos los súbditos de ese país residentes en su territorio; pero se negó a entregar a los franceses los bienes incautados. Tal fue la excusa que necesitó el ensoberbecido Corso para invadir el reino y, de paso, mostrar a los españoles quién era el amo de Europa. El odiado Godoy firmó el tratado de Fontainebleau el 27 de octubre de 1807, diez días después de que el ejército francés, al mando de Junot, cruzara los Pirineos. El Príncipe de la Paz había aprobado tan peligrosa franquicia a cambio del ofrecimiento de un principado en el sur de Portugal. Los Borbones españoles, por su parte, recibirían la región etrusca en compensación por la pérdida de las posesiones toscanas situadas en el norte de Italia y recientemente entregadas por el Emperador a Elisa Bonaparte. El centro de Portugal podría ser devuelto a la casa de Braganza, siempre y cuando se pudieran recuperar Gibraltar y algunas posesiones españolas en América. Este mismo mes, el Príncipe de Asturias escribía a Napoleón pidiéndole protección personal y una esposa de apellido Bonaparte. Pensaba en Carlota, la hija de Luciano, hermano del Emperador.

El plan era que el ejército francés cruzara el territorio español, penetrara en Portugal y se apoderara de Lisboa antes del 1 de diciembre. El 12 de noviembre las tropas llegaron a Salamanca y el 30 tomaron Lisboa con 2.000 soldados de los 25.000 que habían partido, pues las deserciones por la falta de apoyo logístico y los 36 kilómetros diarios que tuvieron que soportar, diezmó el ejército francés. El príncipe reinante y su corte abandonaron Portugal y pusieron rumbo al Brasil transportados por barcos británicos dos días antes, dejando atrás 14 carros repletos de plata, oro y otros valores que no alcanzaron a subir a los buques. Las tropas napoleónicas, no bien entraron en la capital, empezaron su acostumbrado saqueo de palacios, casas, monasterios y residencias importantes y no tan importantes.

A Napoleón no le duró mucho la euforia; al año siguiente Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington, desembarcaba en Portugal y avanzaba hacia Lisboa. Tras las batallas de Rolisa y de Vimeiro, los franceses abandonaron el país llevándose el fruto del botín saqueado. No obstante, la gran estrategia del Emperador consistía en conquistar Gibraltar, cruzar el Estrecho y someter los Reinos de Berbería, desbloquear los puertos de Cádiz, Cartagena, Marsella y Tolón, rescatar lo que quedaba de su escuadra en Cádiz, bloqueada por los británicos tras la batalla de Trafalgar, y obligar a la flota enemiga a abandonar el Mediterráneo; una vez conseguido esto, acosar la flota británica en el Cabo de Buena Esperanza y el sudeste asiático, aunque para ello necesitaba de la flota española y de las riquezas de un Imperio tan vasto como jamás lo había tenido potencia alguna. Pero Napoleón no confiaba en que los españoles abrirían todos sus tesoros para apoyar su esfuerzo bélico; así que nada podría resultarle más útil que aprovecharse de la debilidad de la

casa reinante, de sus disputas internas y del desprestigio del Príncipe de la Paz, «el rufián que nos va a abrir las puertas de España», según decía, para imponer su voluntad. Y su voluntad consistía en que su hermano José reinara en España, lo que le garantizaría los recursos navales, militares y económicos para proseguir con su intento de doblegar a la Gran Bretaña. La excusa era, esta vez, que Godoy lo había traicionado a finales de 1806 cuando era incierta la suerte de las armas contra los prusianos. En aquella oportunidad Godoy había conspirado abiertamente contra su ahora amo y aliado, deslealtad que Napoleón guardaba entre pecho y espalda.

Pero Fouché se lo advirtió:

—Los españoles no son flemáticos como los alemanes, ni toman las cosas con filosofía y realismo. Son unos fanáticos, *Sire*.

—Napoleón, mirándolo con incredulidad, le respondió:

—A los fanáticos yo disperso con una salva de artillería, *Monsieur*. Mirad a los prusianos: han sucumbido ante mí con ejércitos mucho más poderosos que legara el gran Federico... España también caerá... y ante mí se rendirá porque hasta los fanáticos anhelan la igualdad conseguida por los franceses.

Los tambores de la guerra contra España empezaban a sonar. La crisis española se precipitó cuando Carlos IV recibió las pruebas de que su hijo, el Príncipe de Asturias, conspiraba contra él, pruebas que por orden del propio Napoleón le habían sido proporcionadas. El enfrentamiento de padre e hijo, la abdicación del padre y su posterior reclamo por ceñir de nuevo la corona, fue la otra magnífica oportunidad que se brindó al Corso, quien era ahora arrastrado al fondo del conflicto familiar por progenitor y vástago, que imprudentemente habían pedido su mediación en el problema dinástico.

—Querida María —le dijo en una de sus visitas a su apasionada y discreta polaca de la calle de la Victoria, 48, en París— lo que más me irrita de esta situación es abandonar tu lecho para ir a dirimir un pleito de cocineras en España.

—Ojalá actuaras tan solícitamente con Polonia como lo haces con España —le respondió María Walewska y Napoleón frunció el ceño con disgusto. Polonia no era su prioridad. El estercolero dinástico español lo habría de atascar en sus ambiciones europeas.

Cuando el 16 de febrero de 1808 los franceses volvieron a cruzar los Pirineos y engañaron a la guarnición española de Pamplona para que entregase la plaza fuerte y con similares engaños y tretas se apoderaron de Barcelona y de los fuertes de San Sebastián y Figueras, la familia real se dio cuenta de que España había quedado abierta a una invasión formal. En Pamplona había ocurrido lo siguiente: un destacamento francés se puso a jugar con bolas de nieve en el puente levadizo de la ciudadela fortificada, mientras la guarnición española se divertía mirando a sus aliados. Súbitamente salió de las calles un batallón de granaderos, cruzó el puente, encañonó a la guardia, en tanto un contingente de granaderos entraba a paso franco y reducía la resistencia. En Barcelona ocurría otro tanto: el general Duhesme solicitaba al gobernador español atender una larga caravana de heridos franceses que venían transportados en camillas; los españoles accedieron a dar la deseada ayuda, pero cuando los «heridos» estuvieron dentro del cuartel destaparon las mantas, se tomaron las posiciones claves y redujeron la defensa. Caídas Pamplona y Barcelona, 118.000 soldados avanzaron sobre otros fuertes y redujeron cualquier conato de resistencia.

Las noticias de esta traición francesa volaron a Madrid y Godoy, alarmado, pidió al Rey el 17 de marzo abandonar la capital y trasladarse a Sudamérica por el puerto de Cádiz, pero al llegar a Aranjuez los partidarios de don Fernando amotinaron el pueblo que, enfurecido por la defección y las intrigas del Príncipe de Asturias, confinó en el Palacio a Carlos IV y al valido Godoy, a tiempo que proclamaban a Fernando VII «Rey» y forzaban a su padre a abdicar la corona. En la corte, el palacio de Godoy fue saqueado y los muebles quemados en la calle; sus amigos y colaboradores fueron también blanco de las turbas enardecidas. La rebelión de Aranjuez hizo que Napoleón proclamase su intención de «restablecer el orden en España» y justificar el avance sobre Madrid, a donde entró Murat el 23 de marzo. España había quedado atenazada por cinco cuerpos de ejército, sumados al que desde el anterior noviembre había ocupado Lisboa.

El nuevo rey se encontró ante la difícil situación de tener que resolver el dilema planteado por el propio Godoy: huir ante el avance de Napoleón o procurar la aceptación del tirano. El Consejo de Gabinete se reunió con urgencia ante tales apremios. Huir resistiendo no parecía una opción viable, pues solo había 3.000 o 4.000 soldados españoles situados en las cercanías de Madrid para hacerle frente a 60.000 veteranos soldados franceses que ya ocupaban la capital. Por ello don Fernando expidió un despacho al Emperador manifestándole sus deseos de colaborar en el bienestar y auxilio de las tropas imperiales y «procurar por todos los medios posibles estrechar más y más la amistad y estrecha alianza que felizmente subsistían entre la España y el imperio francés». El joven rey entraba en Madrid el 24 de marzo y era recibido con júbilo por una población que todavía no sospechaba de las intenciones francesas. Al saberse en París la noticia del motín de Aranjuez, Napoleón inició rápidamente una campaña de prensa para condicionar la opinión pública a pensar que la abdicación de Carlos IV era nula e inválida; tras estas maniobras, el Emperador se justificaba en que Fernando VII estaba apoyado por Inglaterra y en que existían tratados secretos entre España y esa potencia atentatorios de sus intereses continentales. En Madrid, mientras tanto, Murat comenzaba a sentirse el heredero natural de un trono que aparecía ante sus ojos viciado de ilegitimidad.

La abdicación del Rey fue recibida con júbilo, no tanto por su impopularidad, cuanto por la caída del odiado Príncipe de la Paz. Napoleón, en cambio, recibió con desprecio la petición que los reyes caídos hicieron a Murat para «que se nos dé al rey, mi marido, a mí y al Príncipe de la Paz con qué vivir juntos todos tres en un paraje bueno para nuestra salud».

—Vivir todos tres juntos—murmuró enfadado Napoleón— es lo único que los dos granujas quieren.

Murat, en cambio, aprovechaba esta circunstancia de completa abyección para intentar hacer cambiar de opinión a Carlos IV y que abdicase el trono a favor de Napoleón a fin de que este lo dispusiera «a favor de quien queráis», ladinamente refiriéndose al Emperador y no al rey español. Llegó al extremo de elaborar el borrador de las cartas que debían firmar los infortunados reyes. A tales efectos, en una de las cartas, pre-fecha falsamente el 21 de marzo, el ex soberano dice que «fue forzado por precaver mayores males y la efusión de la sangre de mis queridos vasallos y, por tanto, de ningún valor» la abdicación a favor de su hijo Fernando. Era el arma que Napoleón necesitaba para llevar a cabo sus planes, todo dentro de un falso viso de legalidad. A partir de este momento, los esfuerzos de Murat se encaminaron a demostrar a su cuñado el Emperador que

él, Murat, era el único rey posible para España. Había empezado por falsear la verdadera situación política, mostrando a Fernando VII como un rey aborrecido por el pueblo. En todo caso, porque «la política lo aconseja, la justicia lo autoriza, los disturbios de España fuerzan la necesidad. V. M. debe, pues, proveer a la seguridad de su Imperio y salvar a España del influjo inglés». Llega al colmo de decirle que el Emperador era «esperado como un Mesías». Pero Napoleón tenía otros planes, que empezaron por el ofrecimiento de la corona a cada uno de sus hermanos. Por eso, en lo único que coincidieron Bonaparte y su lugarteniente era en la necesidad de cambiar la administración española valiéndose de aquel pérfido argumento.

Cuando la violencia amainó el Monarca se retractó de su abdicación forzosa a favor de Fernando y pidió ayuda al Emperador que, ni corto ni perezoso, se desplazó hacia Bayona con la intención de entrevistarse con los actores de la disputa. El 24 de marzo fue anunciada públicamente la próxima llegada del Emperador a la frontera e inmediatamente se conformó una comisión de grandes de España para recibirlo en Bayona. Se trataba de los duques de Medinaceli y Frías y el conde de Fernán Núñez, quienes salieron a su encuentro.

Murat, mientras tanto, hacía preparativos para llevar a toda la familia real ante la presencia de Napoleón. Convenció al infante don Carlos de que se adelantara para recibirlo porque «muy seguramente estará cerca de Burgos». Pedro Macanaz, el duque de Híjar y Pascual Vallejo acompañaron al infante. El 27 Savary, llamado *el Policía*, fue despachado a Madrid con el encargo de notificar a Murat la decisión de ceder el trono español a uno de los hermanos del Emperador. Savary tenía también el encargo de llevar ante su imperial presencia a don Fernando VII, comunicación escrita que fue entregada al joven monarca el 7 de abril; le decía que su presencia sería muy grata y lisonjera para Napoleón, quien habría de reconocerlo rey tan pronto como se encontraran. La perfidia era ahora completa. Le escribió: «Esté V. A. persuadido de mi deseo de conciliarlo todo y de encontrar ocasiones de darle pruebas de mi afecto y perfecta estimación. Con lo que ruego a Dios os tenga, hermano mío, en su santa y digna guardia».

El Consejo del Reino se opuso, pero el general Savary fue persuasivo y convincente. Poco después, el 6 de mayo, Murat recibía una carta del Emperador fechada el ominoso 2 de mayo con el ofrecimiento del trono de Nápoles o de Portugal, a su elección. Murat refunfuñó, pero no había nada más que hacer. El 10 de abril salía don Fernando de Madrid rumbo a su encuentro con el destino. José Hervás le advirtió:

—Majestad, si salís de Madrid, vuestra persona quedará en peligro; y también el trono español.

Y Ceballos le dijo:

—No debéis partir; yo estimo que Napoleón os prepara una celada. Además, Vos no necesitáis de reconocimiento alguno si ya tenéis el de vuestros vasallos.

—Francia es el país más poderoso de Europa —contestó— y Napoleón el hombre más poderoso de Francia; su beneplácito es razón de Estado.

—Arriesgáis el Imperio —alcanzó a predecir Ceballos.

Don Fernando nada contestó, aunque partió pensativo y dubitativo. El Infantado, San Carlos, Ceballos, Escoiquiz, Labrador y Ayerbe formaron su comitiva. También iba el general Savary, quien en Burgos, sin señas del Emperador, convenció al Rey a proseguir su marcha hasta Vitoria a

esperarlo. En Vitoria fue advertido, una vez más, de las intenciones del amo de Europa y hubo algunos conatos del pueblo de impedir que su nuevo monarca saliera de la ciudad. Tanto, que muchos vecinos se apostaron frente al carruaje y cortaron los tirantes de las mulas para impedir que el Rey prosiguiera su marcha; otros se apostaron en la frontera para cubrirle la retirada. Todo fue en vano. Los únicos que no le advirtieron del peligro, con la sola excepción de Ceballos, fueron los miembros de su séquito, quienes cifraban sus esperanzas en el reconocimiento imperial.

Mientras tanto, el duque de Medinaceli, el duque de Frías y el conde de Fernán Núñez, salían al encuentro de Napoleón en Poitiers y, queriendo no solo recibirlo, sino participarle el feliz ascenso de Fernando VII al trono de España, intentaron verlo personalmente. El amo de Europa no los recibió; los miró con desprecio y ordenó que les informasen que el nuevo Rey venía a él y que por ahora nada tenía que hablar con los grandes de España.

—¿Grandes de España? —Murmuró, mirando distraídamente por la ventanilla de su coche— ¡Bah! La grandeza está en apuntar bien los cañones... y mis intereses exigen que los Borbones dejen de gobernar ese país de monjes... —y siguió su marcha hacia Bayona sobre el polvo del galope. Champagny, que iba con él, le dijo:

—Pero, *Sire*, el precio de España pueden ser otros ochenta mil hombres.

—Si eso me costara —respondió Napoleón— sería demasiado. A España la domino con doce mil y ya tengo más de cien mil dispuestos. Un hombre que come cuatro veces al día es un apático y un incapaz de hacerme una guerra creíble —dijo refiriéndose a Fernando. De Carlos IV sabía que era anciano, débil y frágil; de Fernando que era un mendigo disfrazado de príncipe, pues harto se había arrastrado para suplicar al Emperador le diera en matrimonio una princesa Bonaparte. —¡Y pensar que hasta llegué a contemplar la posibilidad de entregarle mi sobrina Carlota! —pensó.

—Los españoles comen todo el día y, a pesar de eso, os enfrentarán con vigor —murmuró Champagny metiéndose entre su casaca hasta las orejas para no ver la reacción facial de Napoleón, quien murmuró:

—Sois del mismo parecer del pesimista Tournon.

—España, *Sire* —respondió Champagny con voz apagada— es un abismo recubierto de flores... Tournon tiene razón: los españoles son nobles y generosos, pero son feroces hasta la crueldad... No soportarán ser tratados como nación conquistada... —Napoleón prefirió descorrer el visillo y mirar hacia el paisaje.

La imprevista dilación del viaje de Fernando VII en Vitoria puso en peligro inmediato los planes del Emperador; advertido Murat del suceso, puso en marcha la idea de convocar una asamblea en Bayona para hablar de los problemas en América y la política imperial de España que diera legitimidad a las aspiraciones de don Fernando. Era muy listo, porque los planes, en realidad, consistían en convocar una Asamblea General en Bayona que aprobara una constitución redactada por Napoleón y que los americanos descontentos con el régimen español avalaran el nuevo *status quo* que era la dominación francesa del Continente. En todo caso, allí Francia habría de pulsar la opinión de los ilustrados de las provincias de ultramar con las que debería contar para sus fines bélicos contra Inglaterra. Citra el océano, se sabía que había muchos americanos residentes en España de los que también se podía echar mano para crear una opinión favorable al nuevo régimen.

Napoleón, por su parte, vacilaba entre la política de despojo tendida por Murat y su propia y cambiante política que era restaurar a Carlos IV en el trono, y luego deponerlo de nuevo, para conjurar el peligro británico que significaba Fernando VII. Napoleón, previendo un desenlace contrario a sus planes, ordena al general Bessières, estacionado en la ruta de Madrid, que si Fernando da marcha atrás hacia la capital española proceda a apresarle «porque es señal de que pertenece al partido de los ingleses y hay que tratarlo como enemigo». Y escribe a Murat: «Debéis restaurar al rey Carlos IV en El Escorial, tratarle con el mayor respeto, declarar que es quien reina en tanto que yo no haya reconocido la revolución». Y su cuñado, sin tener noticias de si Fernando está en Bayona, si está preso, o ha rehusado continuar el viaje desde Vitoria, responde: «Si Fernando está con V. M. es inútil devolver efectivamente la autoridad a Carlos IV, ya que si no tenéis el proyecto de dejársela, esto sería crearse obstáculos gratuitamente».

El Gran Duque también vacila. No sabe con certeza qué es lo que está pensando Napoleón. El 20 de abril de 1808 Murat recibe noticia de que don Fernando ha proseguido su viaje y, entonces, se reafirma en su anterior postura de proclamar a Carlos IV rey legítimo y escribe a Napoleón que «ha suspendido todas las diligencias relativas a Carlos IV y que se dispone a enviar a Bayona a los reyes padres». En el entretanto, el Emperador de Francia emplea una treta para seducir la voluntad de Fernando; le escribe: «Si la abdicación del rey Carlos es espontánea... yo no tengo dificultad en admitirla y reconocer a V. A. R. como rey de España». Era una comedia de equivocaciones, astucias y engaños en lo que también era experto el Emperador y que por lo pronto estaba saliendo bien. Al leer la carta, Ceballos volvió a advertir a don Fernando:

—Son las usuales tretas de este energúmeno... No os acerquéis a la frontera... —Pero Fernando le contestó:

—Mirad las tropas imperiales que nos rodean; cualquier fuga o marcha atrás es imposible; nuestra única carta es ahora confiar en las protestas de adhesión de Su Majestad Imperial. ¿O qué otro remedio queda?

—Hemos caído en la trampa, Majestad —atinó a decir Ceballos, su voz ahogada por los cascos de los caballos de las tropas francesas que ahora los escoltaban rumbo a la fatalidad. La suerte de América se estaba sellando.

La entrada de Fernando VII el 20 de abril a Bayona dejaba a España sin presencia del soberano. Sabiéndolo, Murat preparó para Napoleón el plan maestro:

Por fin se encuentra España sin soberano... Ha llegado el momento en que conozca vuestros deseos; el medio infalible para que sean recibidos con entusiasmo es que el príncipe de Asturias devuelva la autoridad a Carlos IV y hacer declarar al padre que no encontrándose en estado de gobernar por más tiempo y seguro de que su hijo no tiene medios para hacerlo, y queriendo contribuir hasta el último momento —aun después de su muerte— a ser útil a su patria, no puede conseguirlo sino rogando a V. M. se encargue de la felicidad de España.

Esta carta resultó trascendental para el Emperador, porque ya desde el 8 de abril Murat estaba exigiendo se liberase al Príncipe de la Paz y se le entregase, en orden a ablandar el ánimo de Carlos IV para que mansamente siguiera sus planes de convertir a Napoleón en progenitor de la felicidad de España. Fue el complemento perfecto del plan inicial. La Junta de Gobierno, constituida por el rey Fernando antes de su partida, consultó la voluntad de este, que a la sazón se

hallaba en Vitoria, pero el Rey había respondido que se negaba a poner en libertad a Godoy; sin embargo, el general Belliard había afirmado a la Junta de Gobierno, antes de que llegara la carta del soberano, que el «príncipe de Asturias» había puesto a su disposición el preso; la Junta cedió y Godoy fue liberado a condición de que siguiese hacia Bayona con los reyes padres. Cuando la carta con la negativa llegó, la Junta comprendió el engaño y su inferioridad; había venido perdiendo paulatinamente la autoridad en la medida en que Murat le informaba falsamente de que Carlos IV iba a regresar al trono y ella misma vacilaba en sus lealtades. Así minada, accedía presta a cada exigencia de las nuevas autoridades.

El rumor de que Carlos IV regresaría al trono fue filtrándose al pueblo de Madrid, que recibió las noticias con verdadera indignación; su ira comenzó a volcarse contra la presencia de tropas extranjeras en la capital y en el resto del país, pues intuía con mucha más astucia que sus mandatarios, que Napoleón se valdría de todas las tretas para despojar a España de sus soberanos y apoderarse del Imperio. En Toledo un militar francés cometió la imprudencia de favorecer públicamente la restauración del rey padre, lo cual ocasionó desórdenes y tumultos. En Madrid se supo que las autoridades habían requerido a un impresor que publicase una proclama a nombre del anterior soberano. El intento fue respondido con más desórdenes. Entonces, Murat amenazó a la Junta con tomar medidas si esta no respondía por la tranquilidad pública. El 27 de abril las exigencias de Murat se centraron en el traslado del infante Francisco de Paula a Bayona, pero la Junta se negó a ello, por lo que el Gran Duque amenazó con disolverla si, además, no hacía retirar el resto del ejército acantonado en Madrid. La Junta de Gobierno deliberó sobre la posibilidad de declarar la guerra, pero el 1 de mayo llegaba de Bayona don Justo María de Ibar Navarro, quien instruyó a este cuerpo se esmerase «en conservar la paz y buena armonía con los franceses», ratificando las instrucciones que a su marcha había dejado don Fernando.

## **El 2 de mayo y siguientes**

En la mañana del 2 de mayo la reina de Etruria, infanta María Luisa de Borbón, fue enviada a Bayona a donde había sido despachado también el infante don Antonio; pero al querer embarcar en el siguiente coche al infante don Francisco de Paula, el cerrajero Molina Soriano comenzó a gritar «¡traición! ¡traición!». La gente que observaba la maniobra se amotinó y, entrando en palacio, exigió la presencia del infante. El tumulto fue creciendo ante la vocería del pueblo que, frenético, decía que iban a raptar al infante y gritaba «¡muerte a los franceses!». Se trataba del hijo menor de Carlos IV y ya para ese señero día era evidente a todos que la familia real iba a ser apresada.

Al conocer la noticia del tumulto, Murat envió a uno de sus edecanes quien, al llegar, fue inmediatamente asaltado por la multitud congregada en palacio. Un batallón de granaderos intervino, sonaron las primeras descargas de tres piezas de artillería liviana, y las primeras bajas fueron causadas. Una decena de personas, entre muertos y heridos, quedaron tendidas sobre el pavimento. La noticia de la represión se extendió por todas partes. En Móstoles, Juan Pérez Villamil y Paredes escribió los bandos y arengas que hizo firmar a los alcaldes de esa localidad y

que ocasionaron que el pueblo se levantara contra el invasor. Fue este el verdadero iniciador del levantamiento de España contra Napoleón, pues no solo llamó al alcalde de Móstoles, al párroco y a los vecinos, sino que dispuso salieran los correos para anunciar a los pueblos los sucesos de Madrid. La arenga se fue de pueblo en pueblo esparciendo la consigna de Madrid a Cádiz de que había que levantarse contra los franceses. Comenzaba la mal llamada «guerra de Independencia». En Madrid, los insurrectos masacraron a cuanto francés vieron por la calle hasta cuando la emprendieron contra los mamelucos de la Guardia Imperial, quienes tuvieron que ser apoyados por los coraceros y los dragones; los franceses sacaron la infantería, la caballería y la artillería a la calle y los motines del 2 y 3 de mayo se disolvieron a sangre y fuego. Napoleón había calculado que el odio del pueblo español hacia Godoy era más fuerte que el odio al invasor, y ese fue su error. En las calles gritaban:

¡Odio a todo francés! ¡No haya ninguno  
que no se lance contra Francia en guerra!  
¡La cuchilla empuñad! ¡No quede uno!  
¡Truene el cañón por la anchurosa tierra!

Las batallas callejeras fueron realmente feroces; los amotinados se armaron de cuchillos y navajas con las que abrían el vientre de los caballos que se desplomaban arrojando al jinete en tierra, el que era inmediatamente degollado. Los franceses reaccionaron de la manera más violenta y las calles de la capital se cubrieron de cadáveres; mientras así se masacraba al heroico pueblo, el ejército español permanecía acuartelado. La Junta, paralizada por el miedo a reaccionar en defensa de los intereses españoles, permanecía al margen de los acontecimientos. Tampoco general alguno se atrevió a sacar el ejército a la calle. El populacho, algunos nobles y muchos curas y mujeres se organizaron espontáneamente para dar cara a los franceses. Hasta en la cárcel de la villa los presos pidieron ser puestos en libertad para salir a combatir; su portavoz se llamaba Francisco Javier Cayón, quien suplicaba se les dejara salir bajo la promesa de que regresarían a seguir pagando sus condenas. De los 94 internos, 38 se quedaron y 56 se lanzaron a la calle; de estos, 51 regresaron a la mañana siguiente, dos desaparecieron, uno fue muerto y otro herido. Solo uno fue declarado prófugo. Todavía había palabra de honor. En la puerta de Toledo las manolas del barrio de La Paloma resistieron el asalto de los coraceros hasta cuando las unidades francesas acantonadas por fuera de la ciudad avanzaron concéntricamente sobre ella; 30.000 hombres penetraron por sus cuatro costados, 3.000 de los cuales lo hicieron a caballo, cargando a mandoble abierto. Las mujeres fueron finalmente reducidas, pero ninguna cedió sin antes haber visto a sus amigas, hermanas y madres ser masacradas por la metralla y el sable. Hubo formidables actos de heroísmo, como que las mujeres se colgaban de los jinetes para hacerlos caer para que fuesen rematados en el suelo por los hombres, mientras sufrían el impacto del acero descargándose sobre ellas.

El parque de Monteleón fue escenario de la más tenaz resistencia. Allí una multitud irrumpió en busca de armas para resistir, a sabiendas de que un destacamento francés se hallaba dentro de sus predios. El capitán Velarde, prevalido de la fuerza intimidatoria de la multitud, obligó al destacamento a entregar las armas, mientras el capitán Daoiz abría las puertas del recinto y las

entregaba a la frenética turba. Los franceses lanzaron varios ataques, pero fueron rechazados por la fusilería y el accionar de tres piezas de artillería que no les daban cuartel. Tras dos grandes intentos y el apresamiento del coronel Montholon que atacó con ochocientos hombres, Murat se vio obligado a enviar otros 1.800 soldados a órdenes del general Lagrange y Lefranc, quienes sometieron la resistencia después de que, tras varias horas de combate a distancia y de arremetidas cuerpo a cuerpo, Velarde y Daoiz cayeran bajo las balas y las bayonetas enemigas. El capitán Pedro Velarde, sable en mano, cayó junto a la puerta del parque abatido por un balazo en el corazón. El capitán Luis Daoiz, rodeado de cadáveres y defendiéndose a sablazo limpio, recibió un impacto de bala en el muslo derecho de donde comenzó a brotar la sangre a borbotones. Sujetándose al cañón que lo acompañaba para no caer, observó que el general Lagrange había ordenado el cese al fuego al comprender que solo un puñado de valientes resistía la carga de todo un ejército.

Sucede así: Lagrange se aproxima a Daoiz, quien, con un brazo rodea el cañón y con el otro se apoya en el sable y cabizbajo mira la grave herida que lo desangra. Cuando Lagrange está cerca y altaneramente lo intima a rendirse, el Capitán, haciendo un gran esfuerzo y conteniendo el dolor que lo agobia, se yergue sobre sus piernas, levanta el sable y atraviesa al General con el acero. Daoiz mismo es atravesado varias veces por las bayonetas de los granaderos de Francia por la espalda y a la altura de los pulmones. Herido de muerte, se desploma, sin fuerzas y agonizante. En la Puerta del Sol, mientras tanto, 20.000 personas se enfrentan a los mamelucos y lanceros polacos que, carga tras carga, no pueden romper la voluntad de lucha. La matanza fue increíble, pues durante dos horas la enardecida multitud se enfrentó a la metralla que al fin despejó la plaza. En total, habían sido heridos 170 españoles, entre ellos 28 militares, y caído muertos 409, entre los que se encontraban 39 militares. Las bajas francesas no se conocen con exactitud, aunque las situamos en 821 muertos y 495 heridos. En solo Monteleón, sitio donde ocurrió el peor de los combates, don Manuel Royo certificó que vio unos doscientos cadáveres franceses.

Murat exigió a la Junta y al Consejo de Castilla que restauraran la tranquilidad publicando una proclama que prohibiera el maltrato contra los franceses. La prohibición de reunirse en calles y plazas y la orden de entregar todas las armas fue dada, lo que coincidió con el fin de la resistencia por simple incapacidad bélica y falta de apoyo de los mandos constituidos. Sometida la revuelta, Murat inmediatamente dio la orden de fusilar a «todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano». Los fusilamientos empezaron a las 15.30 horas con 32 fusilados en la subida al Retiro, en la salida de las alcantarillas de Atocha y en las tapias de Jesús de Medinaceli; el 3 continuaron los fusilamientos sin fórmula de juicio: 24 en la montaña del Príncipe Pío, 12 más en el Buen Retiro, 5 en el Buen Suceso, 3 en la Puerta de Alcalá, 2 en el Portillo de Recoletos, 1 en Cibeles y otros dos en lugares desconocidos. En total, 81 fusilados.

Mientras esto ocurría, a Bayona, finalmente, llegaban los infantes don Francisco y don Antonio y la reina de Etruria; don Francisco había salido el mismo 3 de mayo, aunque don Antonio había sido convencido previamente por el conde de Laforest y Freville que su presencia era necesaria en Bayona. Al marcharse escribió a la Junta de Gobierno que «la pongo en su noticia cómo me he marchado a Bayona, de orden del rey, y digo a dicha Junta que ella siga en los mismos términos como si yo estuviera en ella. Dios nos la dé buena. Adiós, señores, hasta el valle de Josafat»,

valle que en la cultura popular era escenario de macabros desfiles de almas que iban a su juicio. Y a juicio iban todos. Napoleón tenía a toda la familia en su poder y ya no había peligro de que alguno se convirtiese en símbolo de la resistencia contra el invasor. Asegurada esta situación, el Emperador hacía llamar a Escoiquiz a su despacho para comunicarle su inapelable decisión de sustituir a los Borbones en el trono. Alarmado, Escoiquiz avisó a Ceballos, quien al día siguiente pidió audiencia con Champagny y el Emperador. Ceballos les dijo:

—El rey no puede ni debe renunciar a su corona sin faltar a lo que debe a sus vasallos... —dijo, pensando: «se lo advertí al muy ingenuo don Fernando».

—El rey debe renunciar a ella en obsequio de su pueblo... —contestó Champagny, mientras Napoleón observaba la escena con vivo interés.

—Las leyes fundamentales del reino prohíben este expediente, pues otra dinastía solo puede ser llamada al trono por la nación española en virtud de los derechos originarios que tiene —contestó Ceballos airado.

—La familia que actualmente reina ha renunciado a sus fueros, Carlos IV por abdicación y Fernando VII por usurpador —respondió seguro de sí mismo el interlocutor.

—¡No ha usurpado trono alguno, señoría! —dijo escandalizado y agregó—: Fernando VII es el legítimo heredero al abdicar el Rey.

—Fernando VII presionó indebidamente la abdicación de su padre —respondió Champagny. En ese momento intervino el Emperador:

—¡No solo don Fernando es un rey ilegítimo sino que usted es un traidor por haber servido al padre y al hijo en el mismo puesto ministerial sin que siquiera se ruborizase de hacerlo! —dijo Napoleón, poniendo fin a la discusión y girando sobre sus talones. Las negras botas resonaron por el recinto como si de remarcar sus palabras se tratara. Inmediatamente Ceballos se puso en la tarea de informar a la Junta la grave situación que se vivía. La Junta, ampliada por el propio Ceballos hasta límites tumultuosos, decidió unánimemente que el Rey no podía renunciar a favor de otra dinastía y le ofició una carta al Emperador en la que solicitaba poner por escrito sus propuestas «para no incurrir en alguna equivocación». Así de timoratamente actuaba.

Enterado del asunto, fue Champagny el encargado de entregar al duque del Infantado y a Escoiquiz las exigencias del tirano, concretadas en nueve puntos recogidos en un memorando que fue leído pero no entregado a los aludidos dignatarios. En ellos Napoleón se comprometía a respetar la autonomía de España y América bajo el gobierno de uno de sus hermanos y a entregar Etruria a cambio del trono español. Estupefactos, los delegados se reunieron con Ceballos, Labrador y Ayerbe, quienes se opusieron vehementemente a la fórmula. Parecía de risa la propuesta de cambiar España por Etruria. Era así como el Corso menospreciaba a los reyes españoles. No obstante, los duques de San Carlos y Frías, y el propio Escoiquiz, eran partidarios de aceptar la fórmula, aunque este último lo hacía dizque para «temporizar lo posible... [y no] exponernos al extremo de perder también la Toscana». Finalmente, el 25 de abril este concierto de vendepatrias y orates exigió que se pusiera por escrito la propuesta; se replicó que, más bien, los dignatarios pusieran sus votos por escrito y solo esto motivó a que los pusilánimes representantes cambiaran de opinión y votaran negativamente la renuncia al trono del sucesor de Carlos IV. Fue cuando vino la exclusión de Ceballos de las deliberaciones por orden del Emperador. Era el 27

de abril de 1808.

—El Emperador ha decidido que en España no deberá reinar jamás de nuevo la dinastía de los Borbones —dijo Savary, ante la estupefacción de todos los presentes. Se estaban destapando las cartas.

—Que salga Ceballos de la Junta por orden del Emperador —acto seguido instruyó Champagny.

—Ceballos es miembro de esta Junta deliberativa y no debe salir a menos que existan razones poderosas para hacerlo —replicó el duque del Infantado.

—La razón más poderosa es que el Emperador de los franceses le tiene una profunda hostilidad por su testarudez y arrogancia —contestó el interpelado.

—Pues si esto conlleva a un mejor entendimiento, sea —dijo Escoisquiz y todos accedieron. Ceballos se retiró dando un portazo y diciendo—: Las botas que hoy laméis terminarán dándoos una patada en el culo...

Eliminado Ceballos, replicó Ayerbe:

—El Rey no condescenderá a las exigencias del Emperador, por muy francés que sea. Su reputación ni sus vasallos lo permiten.

—El Emperador no reconoce a don Fernando VII sino como Príncipe de Asturias y solo acepta hablar con Carlos IV como rey que ha abdicado.

—¿Es libre don Fernando, rey de España, para regresar a su patria? —preguntó Labrador.

—Podéis preguntárselo a él mismo —respondió insolente Champagny, pero los miembros de la Junta, al mirar por la ventana hacia los aposentos del Rey cautivo, vieron con asombro que el alguacil que custodiaba con otros guardias la entrada de la edificación donde este habitaba lo hacían retroceder a su alojamiento, junto con el infante don Carlos, que también pretendió salir.

El 30 de abril llegaron a Bayona Carlos IV y su esposa María Luisa, quienes fueron recibidos con los honores de reyes reinantes. A partir del 4 de mayo el Emperador pudo presenciar las disputas de padre e hijo sin decir una palabra. La madre defiende a Godoy, atacado por el hijo. El padre defiende el trono del que dice ha sido usurpado.

—¡Yo soy rey por derecho de mis padres y he abdicado por la fuerza de la violencia! —dice enfurecido Carlos IV.

Fernando contesta con insolencia; la madre le reprocha su conducta. Carlos IV rompe a llorar, la reina María Luisa lo consuela y el Corso goza del espectáculo. «Estos personajes no son reyes, no son siquiera vasallos, no son nada», piensa. Esto lo confirma el hecho de que Fernando tampoco responde nada en la mesa que comparte con Napoleón y Josefina, quien también ha acudido a aquellos embarazosos encuentros.

—Parece de piedra —comenta Napoleón a Josefina, refiriéndose a don Fernando— porque su rostro nunca cambia de expresión.

—Vos también parecéis de piedra, porque vuestro corazón está en el número 48 de París —respondió Josefina con reproche, aludiendo a su amante. El Emperador meneó la cabeza a ambos lados, como diciendo—: ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

El Emperador conoció los incidentes de Madrid y las bajas de su ejército estando en Bayona y fue informado de que hasta las mujeres pelearon con una ferocidad increíble, mientras padre e hijo

volvían a encender la disputa y Fernando era ahora acusado por el padre de ser el responsable de la sangre vertida:

—Sois un canalla y por vuestra culpa se ha vertido la sangre de mi pueblo —le dice Carlos IV al borde del colapso.

María Luisa, al ver la indignación y emocional colapso del rey abdicado, abofetea a su hijo. La corona de España, tambaleante, había caído de su cabeza. Pero solo faltaba que rodara por el suelo envilecida. María Luisa le grita:

—Insistís en la Corona como si tuvierais derecho a ella... —dice, señalándolo—. ¡Vos no sois hijo del Rey, sino solo de la Reina y, sin embargo has pretendido arrancárnosla por los medios más atroces! —Fernando la mira desconcertado y anonadado. Retrocede con espanto y, desorbitando los ojos, exhala un quejido:

—¡Qué decís, madre!

—¡Sí, no sois hijo del Rey y, por tanto, ningún derecho os asiste a ella!

Negada la paternidad de Carlos IV, Fernando se quiebra. Ya a sus oídos habían llegado rumores de que la infanta Isabel y Francisco de Paula eran hijos de Godoy. ¿Y él de quien lo era? «Entonces era cierto», piensa.

Los gritos de la enfurecida madre dieron arrestos suficientes a Napoleón para empezar el juego de la sucesión, aprovechando que Carlos IV es dominado por el odio a su hijo. Por eso, después de estos bochornosos episodios entre padre e hijo se reúne en privado con el debilitado anciano para que, cediendo sus derechos al trono, lo nombre autoridad tutelar del reino:

—Vos sois la verdadera autoridad del reino, pero ya el pueblo os desconoce; vuestro hijo Fernando, aparte de ser un usurpador, es un incapaz y no podrá gobernar tan vasto imperio como merece ser gobernado. La suerte de España está en vuestras manos... es necesario que le arrebatéis la corona que él os arrebató con las intrigas y se la entreguéis a quien puede ser capaz de enderezar una situación caótica que amenaza con destruir tres siglos de civilización en las Américas y sumir a España en una guerra civil que destruirá la propia. Vuestra única salida es que me permitáis restauraros la corona, cediéndomela primero a mí. Yo lidiaré con el Príncipe de Asturias y le ordenaré abdicarla. Luego procederé a devolvérosla.

Al oír estas palabras, el anciano Rey, confiando su suerte a Napoleón, se desploma vencido y firma un tratado, redactado por Duroc y entregado por el Emperador, que en su artículo 1.º decía: «El rey Carlos... ha resuelto ceder como cede por el presente a S. M. el emperador Napoleón todos sus derechos al trono de España e Indias». Las Américas habían sido también entregadas como si se tratara de una finca con rebaños de ovejas. ¡La suerte de España y América había sido sellada para siempre! El plan estaba develado en toda su infame magnitud: ¡Murat había concebido el plan de convocar una junta de americanos afrancesados para que allí mismo se ratificara el traspaso de los dominios españoles! En este tratado Napoleón prometía entregar al depuesto rey una asignación de 7.500.000 francos anuales para su sostenimiento y les asignaba el palacio de Chambord a perpetuidad. En Madrid la Junta de Gobierno, sabedora de los propósitos del Emperador, había enviado en consulta a don Fernando la declaratoria de guerra a Francia. Fernando había respondido firmando la consulta y fijando el rompimiento de hostilidades para cuando fuese internado en Francia. Ordenaba también al Consejo de Castilla convocar las Cortes

para que se ocupasen de «proporcionar los arbitrios para la defensa del reino». Fue su único acto de dignidad.

Pero el padre volvió a la carga en presencia del Emperador:

—¡Fernando, debéis devolverme la corona o seréis tenido como usurpador y conspirador! A Vos se deben los motines y conspiraciones; he reinado para la felicidad de mis vasallos y no quiero dejarles la guerra civil, los motines, las juntas populares y la revolución... —dijo, casi como en un suspiro.

Acto seguido intervino Napoleón, diciendo a Fernando:

—¡Renunciad a la corona y ni Vos ni vuestra comitiva seréis tratados como insurgentes! ¡A Vos os desprecia el pueblo por incapaz y conspirador! Vos sois el responsable directo de los desórdenes de Madrid que han costado miles de muertos a vuestro pueblo y cientos a mi ejército. ¡Seréis juzgado por estos hechos si persistís en mantener el cetro de España! —Gritó. —En cuanto a Vos —añadió mirando a Carlos IV— no os odia menos el pueblo... Es preciso conjurar la anarquía y restaurar la dignidad y grandeza de la nación española.

—Ruego a Vuestra Majestad —contestó Fernando dirigiéndose a Napoleón— que comprenda nuestra situación... Si se trata de excluir para siempre del trono de España a nuestra dinastía, no podremos hacerlo sin el consentimiento de todos los individuos que tienen derecho a la Corona, ni sin el consentimiento de la nación española reunida en Cortes... El pueblo jamás creará que al abdicar en un país extranjero hemos obrado con libertad y esto conduciría a la anulación de todo lo acordado...

—¡Bah, las Cortes! Ya os lo dije en una carta: Vuestra Alteza Real no tiene a la Corona otros derechos distintos a los que vuestra madre os ha transmitido, y si este asunto se va a debate público, mancharéis el honor de la Reina y habréis, de todas maneras, destruido vuestros presuntos derechos... debéis también recordar la Conjura de El Escorial y el paso que disteis pidiendo protección a un soberano extranjero, como lo requeristeis de mí; no conocéis los sagrados derechos del trono; esto podría ser juzgado como un acto criminal...

En la referida carta el Emperador lo incitaba a venir a Bayona, y entre otras cosas, le decía:

Además, ¿cómo se podría formar causa al Príncipe de la Paz sin hacerla también al rey y a la Reina, vuestros padres? Esta causa fomentaría el odio y las pasiones sediciosas; el resultado sería funesto para vuestra corona. V. A. R. no tiene a ella otros derechos sino los que su madre le ha transmitido: si la causa mancha su honor, V. A. destruye sus derechos. No preste V. A. oídos a consejos débiles y pérfidos.

En su momento, Fernando no había entendido el pleno significado de aquellas palabras cargadas de maledicencia infinita; hasta Napoleón ya también ponía en duda la paternidad de Carlos sobre Fernando y, en consecuencia, sus derechos legítimos. De contera, lo tenía como un traidor y criminal. No había caso, ni causa: don Fernando, rey de las Españas por desgracia de la Providencia, también se derrumbaba impotente al verse abandonado a su suerte por el hombre más poderoso de Francia y el padre más débil de la historia de España. Era un rey inconcluso. Lo trataban como a un paria. Carlos IV contemplaba la escena pálido de horror. Había comprendido el engaño del poder y, tal vez más que nunca, el de la propia Reina. La treta había dado resultado, y más el insulto real, pero Fernando hizo un último conato de resistencia; si no era hijo del padre

ni merecía el trono, por lo menos merecía una recompensa. Había sellado su indignidad. Napoleón tuvo que prometerle cuantiosas riquezas, entre ellas una pensión de cuatro millones de reales anuales y un castillo, acompañadas de una grave amenaza para que, finalmente, cediera. Era el maestro del garrote y la zanahoria.

—Devolveré el trono a mi padre —dijo— para que él haga con él lo que quiera... —y se dejó caer en el sillón, abrumado por el peso de su decisión, de su infortunio personal y de la terrible humillación proferida por su madre. Su mirada se perdió en el vacío de la estancia. Era el 5 de mayo. El 8 se producía la renuncia formal.

No bien hubo Fernando accedido a entregar el trono a su padre, cuando Napoleón, sonriente y satisfecho, sacó de su guerrera la abdicación de Carlos IV a favor suyo y «¡Oh sorpresa!», ninguno de los dos era ya rey. Los temblorosos y pusilánimes monarcas habían dejado de serlo. Carlos IV, la Reina y Godoy, marcharon desconcertados hacia el exilio a Compiègne, Francia, mientras Fernando era confinado en el palacio de Talleyrand en Valençay en compañía de su tío Antonio y su hermano Carlos. De paso por Burdeos, el 12 de mayo el Príncipe de Asturias renunciaba también a continuar siéndolo, renuncia a la que se unieron los infantes, sus hermanos, don Carlos y don Antonio; en ella absolvían a los españoles de sus obligaciones. La soberanía de España había sido abandonada, situación que tendría gran trascendencia en los eventos posteriores sucedidos en las Américas, donde finalmente llegó a cuestionarse la soberanía que habían asumido las Juntas Supremas que se formaron a lo largo y ancho del reino. Porque, desaparecida la autoridad real, quedaba en entredicho la autoridad que tales Juntas tendrían sobre la América española, pues su procedencia era tan revolucionaria como la procedencia de las propias Juntas que en ese Continente se formaron. En España también se había feriado la legitimidad de la Junta de Gobierno, disuelta por Murat y asumida por su persona. El conflicto y confusión, como toda confusión y conflicto, habrían de dirimirse en el campo de las armas que es el que realmente restituye las legitimidades pérdidas o avala las legitimidades impuestas.

Así, de un golpe de astucia Napoleón había sometido a España y a América; o eso pensó. Había solo sometido a don Fernando, quien durante todo el tiempo de este infortunio se mostró obsequioso con el amo de Europa; llegó a escribirle la carta más abyecta en la Historia Universal de la abyección: que su «gran deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el emperador, nuestro augusto soberano. Yo me creo digno de esta adopción, que será, verdaderamente, la felicidad de mi vida dado mi amor y mi perfecta adhesión a la sagrada persona de S. M. I. y R. y mi sumisión y entera obediencia a sus pensamientos y a sus órdenes».

Era un niño el que hablaba. O un enajenado. No era el rey de España. Este monarca, como Bolívar en América y los independentistas que lo seguían, andaba en busca de padres adoptivos, pese a haber tenido por madre a España y por padre a su Honor. Ni Inglaterra, en el segundo caso, ni Napoleón, en el primero, concedieron la adopción y sí, más bien, el desprecio: Inglaterra nunca contestó los requiebros e insinuaciones de Bolívar de adoptar la América, ni Napoleón consintió siquiera en invitar a su boda con María Luisa al rey destronado que le rogara ser su testigo en ella. Concedioles, sin embargo, a él y a su séquito, la obligación de jurar fidelidad a su hermano José, nuevo Monarca de la España humillada. Fue la bofetada final que Fernando VII recibía, esta vez de manos de su carcelero. También escribió el Rey Deseado a Napoleón, una vez consumada la

fechoría: «Doy muy sinceramente en mi nombre, de mi hermano y tío, a V. M. I. la enhorabuena de la satisfacción de ver instalado a su querido hermano en el trono de España... No podemos ver a la cabeza de ella un monarca más digno y más propio por sus virtudes». Había quedado muy agradecido. Carlos IV y su hijo habían traicionado a un pueblo que se batía en las calles de Madrid y se aprestaba a derramar su sangre por toda España y toda la América, reafirmando la nobleza y dignidad que habían abandonado a sus nobles dignatarios.

## **La resistencia se extiende**

Murat, quien previamente había sido designado por Carlos IV «lugarteniente general del reino», asumió la presidencia de la Junta de Gobierno ante la ausencia de su titular el infante don Antonio. Como consecuencia, Azanza, O'Farril, Gil y Lemus y el marqués de las Amarillas presentaron airada protesta y renuncia a sus cargos, que no fue aceptada por los restantes cinco miembros. Notificada la renuncia de Fernando VII, la Junta consideró que ahora debía colaboración a la nueva dinastía, cualquiera que fuese y a cualquiera que Napoleón pusiese. La guerra decretada por el Rey, y que debía arbitrarse por ella, era ahora agua de borrajas. Por su parte, el Consejo de Castilla, verdadero órgano administrativo del reino, que en nombre del Rey, ejercía el poder legislativo y promulgaba los reales decretos, las pragmáticas, las ordenanzas generales, convocaba las Cortes y hasta fungía de tribunal de justicia para los casos de alta traición y de lesa majestad, a partir de este momento se preocupó solo de mantener el orden público en todas las provincias españolas y sometió su voluntad a la de Murat. Poco después de tan tristes episodios el gran duque de Berg, Murat, forzaba a la descabezada Junta a ofrecer el trono a José Bonaparte, según órdenes de Napoleón, ante la negativa de sus otros dos hermanos, Luis y Jerónimo, de aceptarlo. El Consejo de Castilla, sumiso en el redil, hubo de felicitarlo y proclamarlo Rey. Acataría, por tanto, la Constitución de Bayona y rechazaría la Constitución Histórica española. Esto fue suficiente para que en todas las provincias se presentaran levantamientos y comenzara a organizarse una resistencia en forma. En la ciudad de Valencia el canónigo Calvo había atacado a los franceses, causándoles 338 bajas. Al saberlo, Napoleón exclamó encolerizado:

—¡Lo único que me faltaba eran los curas convirtiéndose en generales de España!

—Son los generales del levantamiento —le contestó Champagny quien, levantándose de la silla, agregó—: Os advertí que necesitaríais de otros ochenta mil hombres para someterla, a menos que pudierais fusilar a ochenta mil curas...

—¡Fusilaré a ochenta mil curas y al Santo Cristo de Limpías si es necesario para someter a España...! —respondió Napoleón señalando con su dedo índice a Champagny.

Los devotos del Cristo de Limpías afilaron sus puñales. Cádiz, Badajoz, Granada, Sevilla, Málaga, Zaragoza y Barcelona, se levantaron. Sus generales le comunicaron que el Papa había pedido a todos los obispos españoles desconocer a José como rey de España por ser «francmasón y hereje, al igual que Napoleón y todos los franceses». Entonces, enfurecido, gritó:

—¡Que me prueben que Jesús designó al Papa su representante y que el Papa puede proscribir monarcas...! —Por lo que Ney le contestó:

—Os dirán que la carga de la prueba contraria está en Vos, *Sire*. —Napoleón lo miró indignado sin decir más palabra.

La notoria ausencia del ejercicio de la soberanía tampoco ocasionó que las Audiencias provinciales, y en su nombre los capitanes generales que hacían de presidentes de estos tribunales de segunda instancia, secundaran los levantamientos que comenzaron a darse en toda España. El vacío de poder instituido por la cobardía manifiesta de las autoridades constituidas dejó en el pueblo raso el efectivo ejercicio de tal soberanía. Oviedo, Valladolid, Badajoz, Sevilla, Valencia, Cataluña y Zaragoza organizaron Juntas Supremas para suplir la carencia efectiva de autoridad central. El alcalde de Móstoles, Andrés Torrejón, actuando a instancias de Juan Pérez Villamil, fue el primero en valientemente declarar formalmente la guerra a los franceses. En Oviedo la Audiencia fue apedreada y obligada a huir en desorden y a toda prisa a los gritos de «¡a las armas!» después de haber recibido un bando del Consejo de Castilla y una orden de Murat de guardar el orden. En Gijón el comandante de armas fue apedreado por su inacción. Allí el marqués de Santa Cruz de Marcenado con encendida oratoria fomentó la creación de una comisión para la «conservación de la Monarquía y la defensa de la patria» y el 10 de mayo fue nombrado Capitán General por la Junta a instancias del pueblo. La Audiencia, acatando a Murat, se enfrentó a la Junta y ordenó que las armas fuesen entregadas, bajo pena de muerte. El pueblo respondió asaltando la fábrica de armas y convocando la primera Junta Central, que declaró la guerra a Napoleón y reconoció como legítimo soberano a Fernando VII.

Tras estos levantamientos, siguieron los de Santander, León y Galicia donde el contagio se extendió a Valladolid hacia los últimos días de mayo. En esta plaza el pueblo levantó patíbulos y empezó a llamar traidores a todos aquellos que, al igual que las autoridades constituidas, no dieran «un testimonio de la actividad que pedía el pueblo»; tal actividad no era otra que proporcionar armas, proclamar a Fernando VII rey y llamar a alistamiento general. En todas estas provincias se nombraron juntas de Armamento y Defensa. Siguieron Ávila y Zamora. Luego Badajoz, donde se había recibido la declaratoria de guerra del alcalde de Móstoles y se había procedido a llamar a todos los pueblos circunvecinos a las armas. Pero fue la constitución de la Junta de Sevilla la que tuvo el mayor impacto sobre el levantamiento.

Todo empezó cuando se pasó por alto las ceremonias del día de San Fernando, lo que ocasionó que el pueblo se enfureciera y persiguiera al gobernador que presidía una junta de autoridades reunida para tratar sobre el orden público; la gente, enfurecida por lo que consideró el contagio anti-católico francés, lo persiguió por las calles, lo asesinó y arrastró su cadáver hasta la puerta de su casa. El 26 de mayo el conde de Tilly y Nicolás Tap y Núñez se pusieron a la cabeza de una manifestación que levantó la ciudad. La muchedumbre fue incontenible. Tap se apoderó de la Casa Consistorial y se procedió a elegir una Junta en la que se nombró presidente a Francisco Saavedra y se bautizó con el nombre de Junta Central de Gobierno de España e Indias; era la primera vez que se pretendía centralizar el poder soberano. Sevilla se convertía así en el motor de todos los movimientos insurgentes que ganaron aliento con la adhesión del jefe militar Castaños, quien se sometió a su autoridad.

El otro jefe, general Francisco Solano Ortiz de Rosas, marqués del Socorro y de la Solana, evitó comprometerse e hizo expedir en la Capitanía General de Andalucía, situada en Cádiz, un

bando que en uno de sus párrafos decía: «Nuestros soberanos que tenían un legítimo derecho y autoridad para convocarnos y conducirnos a sus enemigos, lejos de hacerlo, han declarado padre e hijo repetidas veces que los que se toman por tales son sus amigos íntimos y que en consecuencia se han ido espontáneamente y sin violencia con ellos. ¿Quién reclama, pues, nuestros sacrificios?». Este argumento sirvió a muchos para no levantarse, como al Capitán General de Granada, Ventura Escalante. La proclama, de una crudeza y realismo sin par, no obstante, desdecía de quien estaba ahora obligado a socorrer la patria en ausencia de otros poderes y ante la felonía napoleónica intuida por el pueblo raso. Por ello, y pese a la también felonía de sus monarcas, la gente gritaba no reconocer las abdicaciones ni aceptar que otros los mandasen en su propia casa. Por primera vez, era el Reino, y no el Rey, quien disponía las cosas.

Don Francisco Solano, marqués del Socorro, había nacido en Caracas el 10 de diciembre de 1768 y era considerado uno de los generales jóvenes más prometedores del momento. Se había destacado en las campañas de Orán y en la guerra contra Portugal, por lo que fue compensado con la gobernación militar del puerto y la Capitanía General de Andalucía. Este solo cargo atestigua que los criollos no eran dejados de lado en los altos cargos por la administración Imperial, como ha sido tan frecuente escuchar. Don Francisco era hijo del entonces Gobernador y Capitán General de Venezuela, José Solano y Moreno, nacido en Zurita, a quien el Rey otorgó el marquesado del Socorro en recuerdo de don José Solano y Bote, quien auxiliara a Bernardo de Gálvez en la toma de Panzacola en 1781, acción que le valió el otorgamiento del título nobiliario en 1784. Alcalá Galiano, quien trató a don Francisco, se expresa de él en esta forma: «Era un hombre de gallarda presencia, de modales cortesanos, dado a la lectura amena... de ala y aventajada estatura, lleno de carnes, de expresiva figura, de presencia marcial».

El pueblo, tras la citada proclama del infortunado marqués, se congregó frente a la residencia de Solano en la plaza de los Pozos de la Nieve y le pidió a gritos declarar la guerra a los franceses y actuar contra la escuadra enemiga, comandada por Rosily, que estaba anclada en el puerto. Poco importaba que Rosily hubiese entremezclado las unidades francesas con las españolas, ni que ambas escuadras se pudiesen defender bombardeando la ciudad. Presionado por la voluntad popular, al día siguiente el marqués convocó una junta militar para decidir el asunto, junta que se negó a atacar los buques enemigos por lo difícil que resultaba la acción y las consecuencias que podría acarrear. No obstante, la junta decidió declarar la guerra a los franceses y comenzar a enlistar voluntarios mediante una proclama que debía firmar Solano.

En el entretanto, el pueblo, enfurecido por el desacato de bombardear los barcos, se lanzó a la calle, rodeó la Capitanía y empezó a gritar consignas contra Solano, a quien calificaban de indeciso y afrancesado. El General, saliendo al balcón, constata que por la alameda venía un grupo de hombres que arrastraba algunas piezas de artillería robadas al arsenal, en tanto que otros, envalentonados, amenazaban entrar a la edificación por la fuerza. El capitán José de San Martín, colaborador estrecho del General y futuro cabecilla rebelde de la Argentina y Chile, rápidamente ordena se cierre y tranque la puerta; pero es demasiado tarde. Las turbas entran por la fuerza e invaden la Capitanía. Tres cabecillas populares penetran en el recinto donde se lleva a cabo la reunión del Estado Mayor y después de un duro intercambio de palabras, intentan apoderarse del General. Solano, defendiéndose, logra herir a un asaltante antes de salir huyendo

por los tejados, perseguido por Pedro Pablo Olaechea, oriundo de Guernica, otro de los exaltados. Los dos hombres corren como pueden por los tejados pisando las tejas quebradizas y restableciendo el equilibrio para no caer. En un momento Pedro Pablo lo alcanza, pero Solano lo solivianta con descomunal fuerza, arrojándolo a la calle. Muere en el acto. Saltando por las terrazas, finalmente el Capitán General logra alcanzar la acera y corre a refugiarse en la casa de la señora María Tucker, viuda de Strange, perseguido por los exaltados dispuestos a darle muerte. La señora Tucker, interponiéndose entre los asaltantes que penetran a su vivienda, es herida en un brazo y apartada del camino. Un novicio de la Cartuja de Jerez es el primero en querer tomar al fugitivo General por la fuerza al grito de: «¡A la horca con él! ¡A la horca!». Solano, sacando la pistola que tiene al cinto, le asesta un disparo que lo deja instantáneamente muerto. Sin tiempo para cargar otra bala, la turba lo apresa y lo arrastra hacia la plaza de San Juan de Dios donde se improvisa un patíbulo para ahorcarlo por traidor. Mientras se preparaba el cadalso Solano confiaba en que su amigo San Martín viniera con la guardia a socorrerlo, pero ya este había puesto pies en polvorosa seguido del capitán Juan de la Cruz Murgeón, oficial del regimiento de Murcia y futuro presidente del Ecuador. A San Martín le pesará para siempre en su conciencia haber abandonado a su jefe y amigo en tan difíciles circunstancias. Había demostrado cómo la cobardía, o la ideología de la revolución, es capaz de transformar a un hombre; él también estaba ya penetrado hasta el tuétano de ella, al igual que lo estaban las clases dirigentes hispanoamericanas, todas descendientes de españoles. La traición a los padres, pronto se iba a volcar sobre la Madre: España.

Buscando entre la multitud algún rostro conocido, Solano súbitamente distingue a su ayudante Carlos Pignatelli y Gonzaga, y mirándolo fijamente, le dice:

—Mátame antes de que me ahorquen como a un reo —Pignatelli dudó por un instante, hasta cuando la mirada implorante de su jefe le conmovió las entrañas; sacó la bayoneta de la vaina, la empuñó vacilante y, apiadándose de su compañero, avanzó hacia él y le clavó una estocada en el pecho a la altura del corazón, a tiempo que gritaba para salvarse él mismo de una turba a la que negaba la sangre de un justo:

—¡Muerte al traidor! —dijo, sacando la hoja ensangrentada. Solano se desplomó sin aliento. Era el 29 de mayo de 1808. Pignatelli lloró amargamente su acto.

El canónigo magistral Cabrera recogió el cadáver, lo llevó a la Catedral y al día siguiente le dio cristiana sepultura en un nicho del cementerio. Pocas horas después era enterrado a su lado, en otro nicho, Pedro Pablo de Olaechea, el hombre que lo había perseguido por los tejados y las terrazas. Así terminaba la vida del marqués del Socorro a quien España había pedido socorro en su hora más oscura.

En Granada, Ventura Escalante era despojado de su bastón y banda de Capitán General, insignias que el pueblo, arengado por José Santiago, entregó al coronel Romero del Regimiento de Caballería de España. En Murcia, fue Cartagena la primera en levantarse. Allí también fue asesinado su capitán general Francisco de Borja antes de que los insurreccionados crearan la Junta de la ciudad. Luego le siguió Valencia y después toda Cataluña, donde se erigieron Juntas en Lérida, Manresa, Tortosa, Villafranca del Penadés y Barcelona. En Gerona y Villafranca fueron asesinados los gobernadores. En fin, en Canarias, Toledo y Madrid, así como en el resto del país,

se fueron eligiendo Juntas para arbitrar el levantamiento en armas y guerra a los franceses. En Madrid, la gente, en trance de nueva sublevación, caminaba por las calles gritando: «Mueran los traidores, muera Napoleón y viva Fernando VII y nuestra religión y patria», porque rehusaba creer que don Fernando había renunciado voluntariamente y sin violencia. Hacia junio de 1808 había en la Península trece Juntas Supremas y un número considerable de Juntas de Armamento que suplantaban la autoridad de Audiencias y Ayuntamientos, cuyas atribuciones habían quedado drásticamente recortadas. De todas maneras, tanto alcaldes como las demás instancias administrativas no tomaban iniciativa alguna a dirigir el alzamiento contra los franceses, ya fuese porque temieran las represalias, ya porque no se atrevieran a asumir tan graves responsabilidades. El Antiguo Régimen se había desmantelado. Era ahora el pueblo el que ejercía la soberanía, que estaba en franca colisión con la ejercida por Murat desde cuando Carlos IV lo nombrara su *lugarteniente* y la Junta de Gobierno dejada por Fernando VII hubiera dejado de existir.

En consecuencia, Murat, el gran duque de Berg, expidió la siguiente decisión el 8 de mayo: «La nación, por medio del Supremo Consejo de Castilla, me pide un rey. Es a vos a quien destino esta corona». Y ordena al abyecto Consejo: «Recibiréis esta carta el 19, partiréis el 20 y estaréis aquí el 1 de junio». El 3 de junio la Junta de Gobierno, que inicialmente había hecho conatos de resistencia, cedía en toda la línea:

El príncipe más poderoso de Europa ha recibido en sus manos la renuncia de los Borbones, no para añadir nuevos países a su imperio, ya demasiado grande y poderoso, sino para restablecer sobre nuevas bases la monarquía española, y para hacer en ella todas las reformas saludables porque tanto suspirábamos hace algunos años y que solo puede facilitar su irresistible poder... juzgad si es interés vuestro tomar las armas para oponeros a que se os haga felices... y si los que os aconsejan sediciones y motines son verdaderos españoles y amantes de su país.

Por lo cual Napoleón firmó el 6 de junio el correspondiente decreto: «La Junta de Estado, el Consejo de Castilla... habiéndonos por sus exposiciones hecho entender que el bien de España exigía que se pusiese prontamente un término al interregno, hemos resuelto proclamar por las presentes como Nos proclamamos por las presentes como rey de España y de las Indias a nuestro muy amado hermano José Napoleón, actualmente rey de Nápoles y de Sicilia». Así se cerraba el ciclo de la crisis dinástica. Pero no el de la crisis política.

Poco antes de esta fecha, el 24 de mayo, se publicaba en la *Gaceta de Madrid* la convocatoria de una Asamblea General que estaría formada por 156 miembros tomados de los tres estamentos, clero, nobleza y estado general que se habrían de reunir en Bayona el 15 de junio para discutir y aprobar el proyecto de constitución para España, salido de la pluma de Napoleón. Allí estarían representados el reino de Navarra, las provincias vascongadas, Canarias, Asturias, los Consejos, el Ejército, la Marina, las tres universidades mayores y la América española. Pero de los 156 miembros convocados solo asistieron 94, entre ellos 6 de América. Pese a que se otorgó al clero 50 representantes, solamente 16 se hicieron presentes; los americanos no faltaron a la cita, ni 38 representantes de la nobleza. La Constitución de Bayona fue expedida en veintitrés días y doce sesiones, y el 8 de julio de 1808 José, el rey advenedizo, la juraba.

José Napoleón, quien se había reunido con su hermano cerca de Bayona, estaba aterrado por las noticias de los levantamientos, lo que enfurecía aún más a Napoleón, quien le da instrucciones

para que aliente a los americanos a que denuncien públicamente sus motivos contra España. Dos representantes de la Nueva Granada, Francisco Antonio Zea, junto con Ignacio Sánchez de Tejada, firmaron la siguiente infame declaración, a tiempo que suscribían la constitución napoleónica y reverenciaban al usurpador impuesto por el tirano de Europa. Dijeron: «Olvidados de su gobierno, excluidos de los altos empleos de la monarquía, privados injustamente de las ciencias y de la ilustración... ¿podrían los americanos dejar de proclamar con entusiasmo una monarquía que se anuncia por apreciarlos, que los saca del abatimiento y de la desgracia, los adopta por hijos y les promete felicidad?».

Francisco Antonio Zea era un científico que había participado en la Expedición Botánica a cargo del sabio Mutis y era quien menos podía acusar a España de privar a los americanos de las ciencias. Mucho menos cuando, puesto preso en 1796, remitido a España y absuelto de los cargos después de cumplir dos años de destierro en Madrid por sus conspiraciones con Antonio Nariño en Santa Fe, el mismísimo Rey lo nombró miembro del Gabinete Botánico de Madrid, empleo que detentó hasta 1806. ¿De cuáles privaciones científicas hablaba este hombre? ¿De cuáles empleos se sentía excluido? ¿Acaso no fueron él y Sinforoso Mutis privilegiados al sacárseles del castillo San Sebastián donde permanecían recluidos y haberles dado la ciudad de Cádiz por cárcel y haber sido sus causas sobreseídas? Ellos eran prueba de que a nadie se condenaba por sospecha, de que fueron sometidos a debido proceso y de que fueron juzgados conforme a la ley. Don Joaquín de Mosquera y Figuroa era otra prueba viviente de que España no excluía a los criollos de los altos cargos, puesto que detentó el de Presidente de la Tercera Regencia y sancionó, como Fernando VII lo habría podido hacer, la Constitución de 1812. Es decir, actuó como Rey virtual. Este hombre Zea, o no sabía lo que decía, o estaba penetrado de excesivo ánimo traidor.

Como se sabe, Antonio Nariño había sido condenado a diez años de prisión en una colonia penal en África, a extrañamiento perpetuo de América y confiscación de sus bienes, la mayor parte hecha con dolo. Penas más livianas fueron impuestas a otros conspiradores, entre ellos a Francisco Antonio Zea, quienes fueron remitidos a España para que se les abriese juicio, pero el Tribunal profirió sentencia absolutoria porque los Fiscales del Consejo Supremo de Indias conceptuaron que la sedición no había sido un hecho, ya que los inculcados solo habían tenido conversaciones privadas sobre la Revolución Francesa. El único obligado a permanecer en la Península fue Francisco Antonio Zea «no tanto por lo que resulta contra él, cuanto por la travesura de su genio y considerar que no era conveniente su residencia en el Virreinato», según se conceptuó. Es decir, este hombre era un afrancesado y conspirador nato, así los tribunales lo hubiesen absuelto, mérito suficiente a los ojos franceses para que representara a los neogranadinos en dicha espuria Asamblea. En cambio, a Sinforoso Mutis se le autorizó a regresar a Santa Fe, cosa que hizo en 1802; había sido confirmado por el Rey en el cargo de agregado de la Expedición Botánica el 23 de octubre de 1799 con un sueldo de 800 pesos anuales y, en el ínterin, fue recibido por Antonio Cavanilles, director del Jardín Botánico de Madrid, donde perfeccionó sus conocimientos científicos.

Por su parte, fue Ignacio Sánchez de Tejada quien había sugerido a Nariño prender fuego a los Derechos del Hombre antes de que llegaran las autoridades a arrestarlo; fue absuelto de todo cargo y regresó a Santa Fe para ingresar como secretario de la Cofradía de Nobles, tan apreciado

era este sujeto, aunque él mismo hubiera afirmado en el documento de marras que no había quien apreciara a los criollos. La sicopatología de la mentira se había apoderado de las mentes de estos criollos deslumbrados por el Siglo de las Luces.

En cuanto a Sevilla se refiere, su Junta Central solicitaba ayuda a Inglaterra, antes enemiga de España, y ahora aliada por conveniencia: había que derrotar al odiado usurpador. En este mes de junio el gobierno de Su Majestad Británica enviaba a Arthur Wellesley, luego duque de Wellington, con un ejército expedicionario al que por primera vez se le acogía por cuenta de un país que abría sus puertas para empezar una guerra formalmente organizada y cuya población se aprestaba a pelear con todo el fanatismo y valor que había demostrado a lo largo de los siglos. Wellesley desembarcaba en la desembocadura del río Montego, Portugal, entre el 1 y el 5 de septiembre de 1808. Los españoles se habían visto precisados a escoger entre la herejía inglesa y el ateísmo francés. Entre los dos males, la herejía era el menor.

### **Bailén: la primera derrota francesa**

La batalla de Bailén, librada por el ejército del general Castaños, supone la primera derrota de los otrora invencibles ejércitos napoleónicos en Europa. Su significación histórica no puede ser dejada de lado por dos razones: la primera, porque con ella España demostró al mundo y, en particular, a los países subyugados por Napoleón, que al tirano había que enfrentarlo con valor y decisión; la segunda, porque en ella se forma en las lides de la guerra el que luego llamarían el Pacificador Morillo.

Pablo Morillo, quien a la postre iba a ser el hombre escogido para someter las provincias americanas sublevadas, tenía treinta y tres años cuando todo esto ocurría en España, pues había nacido el 5 de mayo de 1775 en el poblado de Fuentesecas, provincia de Toro, de padres labradores y humildes. A su edad, ya había perdido a su mujer, Joaquina, como Bolívar a Teresa, y era en lo único en que se parecían, pues Bolívar, nacido el 24 de julio de 1783, menor nueve años, lo excedía en posición familiar, cultura y preeminencia económica. Bailén, querido lector, Bailén, fue lo que cambió la vida del sargento segundo de la Real Infantería de Marina, don Pablo Morillo, quien en adelante haría una carrera fulgurante en los ejércitos de Su Majestad.

Fue así como todo empezó para él: a principios de junio de 1808 el posicionamiento estratégico del Emperador en España era el siguiente: entre Pamplona, San Sebastián y Toledo habían desplegados 80.000 soldados; Murat acuartelaba 30.000 en las inmediaciones de Madrid; en la ribera del alto Tajo se situaba Dupont con 24.000; al norte de Madrid Bessières comandaba 13.000 hombres y Verdier 12.000 en Aragón; Duhesme ocupaba Cataluña con 13.000 situados en la cercanías de Barcelona y Junot permanecía en Portugal y amasaba ya 25.000 en las cercanías de Lisboa. Es decir, 159.000 soldados franceses, entre ellos 12.000 jinetes, atenazaban la Península mientras los 100.000 soldados españoles disponibles permanecían dispersos, sin mando unificado, en guarniciones distantes y, sin líderes militares; eran incapaces de montar una operación que les permitiera romper la tenaza. Por otra parte, la organización del ejército francés en divisiones hacía que cada unidad fuera capaz de operar autónomamente al reunir las diversas

armas necesarias para el combate; si a esto se le añadía la velocidad de marcha de 120 pasos por minuto frente a los 70 de España y del resto de los ejércitos europeos, la máquina de guerra francesa multiplicaba su capacidad bélica al poder movilizar con mayor rapidez un número de hombres a cualquier punto amenazado.

La única esperanza de combate para España eran los 30.000 hombres de que disponían Cuesta y Blake en Galicia y otros 30.000 al mando del general Castaños en Andalucía, ambos cuerpos perfectamente subestimados por el Emperador, quien tenía inteligencia de que no estaban en situación de oponer una resistencia real. Es más, Napoleón estaba dispuesto a tomar las capitales para mantener el país tranquilo, aun a riesgo de dispersar sus fuerzas; por eso ordenó a Dupont que con solo 13.000 hombres avanzara hacia Sevilla, Córdoba y Cádiz, tomara las plazas y asestara un golpe a los británicos en Gibraltar; también ordenó a Moncey avanzar hacia Valencia y Cartagena con otros 9.000, apoyados por Duhesme desde Cataluña, quien con la 1.<sup>a</sup> división de su ejército comandado por Chabran atacaría a Valencia desde el Norte. Estaba preparando el terreno para la llegada de José a ocupar el trono, con lo cual se restablecería el orden.

Pero el Emperador iría de sorpresa en sorpresa: Moncey no pudo tomar Valencia y se vio forzado a retirarse a Madrid; Dupont, quien el 24 de mayo emprendió la marcha hacia Andalucía, seguido por Moncey el 4 de junio, se encontró con la primera resistencia armada tras entrar al pueblo de Andújar el 2 de junio y haber hecho un avance sobre el puente de Alcolea, cercano a Córdoba; allí le salieron al encuentro 1.400 soldados y 12.000 campesinos mal armados al mando de Pedro de Echeverri, a quien no fue difícil derrotar. Dupont avanzó sobre Córdoba y el 7 de junio saqueó la ciudad, profanó las iglesias, robó los tesoros, desvalijó las viviendas, violó las mujeres, mientras la población civil miraba estupefacta por nueve días cómo los franceses llenaban 500 carros de tesoros irrecuperables y mancillaban el honor de España entonces representado en sus hembras casadas y solteras. Córdoba, la vieja joya andaluza que, ya sin califas, mantenía su antigua grandeza y culto esplendor reflejados en sus cien iglesias y conventos, en su catedral de mil columnas, en sus tortuosas callejuelas, en sus patios enclaustrados, en sus poéticos jardines, y aun en su decadencia cristiana, había sido violada por los francos. Córdoba, la de las sagradas imágenes, Meca de los enamorados, medina de la Fe, maravilla del arte, santuario de las ciencias, sello de la sabiduría, cuna de la academia y joya del género humano, había sido mancillada por el invasor durante tres interminables días de dolor y angustia. Pero Dupont se había metido en la boca del lobo. Sin suficientes hombres para cruzar la Sierra Morena, cuyos pasos estaban controlados por la insurrección española, necesitaba al menos 25.000 hombres para continuar el avance y lograr sus objetivos militares, según cálculos que rectificara el propio Napoleón. Principal objetivo de esta empresa guerrera era liberar los restos de la flota francesa que, refugiada en Cádiz tras la pérdida en Trafalgar y en tiempos de amistad, estaba ahora a merced de la España enemiga.

La hostilidad de la ciudad de Córdoba, la inseguridad que allí se sentía y el levantamiento del valle del alto Guadalquivir hizo que el general francés decidiera volver sobre sus pasos a Andújar, población a la que entró el 19 de junio a esperar los refuerzos prometidos que no llegaban. La situación se volvió apremiante con los alzamientos de Montoro, Santa Cruz de Mudela y Valdepeñas y la concomitante ruptura de las comunicaciones francesas por el

aniquilamiento de las columnas que transitaban por la región y los destacamentos que cuidaban los pueblos.

En el norte, Bessières dividió sus efectivos en cuatro columnas, dos de las cuales, a las órdenes de Lefebvre y Verdier avanzaron siguiendo el curso del Ebro; una tercera al mando de Merle se dirigió a Santander a proteger la costa de un desembarco británico, pero se vio gravemente impedida por la tenaz resistencia de los pueblos sublevados que encontró en su camino. La ocupación de Santander fue el resultado de la acción conjunta de la división de Verdier que se tomó el puerto del Escudo. Una cuarta columna dirigida por Lasalle avanzó sobre Valladolid. En el entretanto, Bessières establecía su cuartel general en Burgos y hacía regresar a Merle desde Santander, quien dejó allí una guarnición. Como la ruta de Madrid estaba amenazada, Napoleón ordenó que Savary enviase una columna en apoyo de Bessières, quien fue reforzado por una nueva división enviada desde Francia compuesta por «tropas soberbias», al decir de Napoleón.

En Aragón las cosas no marchaban bien; los hermanos Palafox acaudillaron una revuelta que obligaron al general Verdier a cercar la ciudad de Zaragoza y distraer 8.000 soldados que podrían haber servido para auxiliar a Moncey en Valencia. El maestro de la guerra se estaba equivocando en España.

—Son unos fanáticos —dijo— y no me explico cómo un pueblo dirigido por monjes ascetas y santos delirantes pueda oponer esta resistencia. —Se había olvidado de que el espíritu siempre se impone sobre el sable.

Por lo pronto, había dos prioridades estratégicas: conservar Madrid e impedir que se interrumpieran las comunicaciones del ejército francés establecidas entre Madrid y Bayona a través del golfo de Vizcaya. Las noticias de que en Galicia se formaba un nuevo ejército español de 25.000 hombres concentrados en Lugo, preocupó al alto mando francés. Si a esto se le sumaban los 15.000 hombres que guardaban todos los pasos hacia Asturias, las noticias no eran para menos. Bessières se replegó a Palencia en espera del inminente ataque, mientras Lefebvre quedaba frenado ante Zaragoza y a Moncey no le quedaba más remedio que levantar el cerco de Valencia. El 10 de julio Blake, el comandante de la división gallega se unió con Cuesta en Villalpando y avanzaron sobre Valladolid.

En Andalucía, mientras tanto, el general Francisco Javier Castaños concentraba sus tropas en Utrera en previsión de un ataque contra Sevilla, entre ellas el Batallón de Cazadores de Llerena, al que se presentó Pablo Morillo para ponerse al servicio de la guerra; presentándose ante el General, le dijo, cuadrándose:

—He venido, mi General, a ponerme a vuestra disposición con el ánimo de combatir a los franceses; sé que el ejército de vuestra excelencia necesita hombres entrenados para llevar con éxito esta campaña —concluyó volviendo a situarse a discreción.

—Parecéis valiente, entrenado y bien dispuesto para el combate —le contestó Castaños, quien se había hecho cargo del ejército de Andalucía tras el asesinato del Capitán General— y yo necesito gente como vos en mis regimientos a los que pretende llegar un gran número de campesinos y gentes sin el más mínimo entrenamiento que podrían convertirse en estorbo antes que en ayuda... Ingresaréis con el grado de subteniente, pues tengo necesidad de oficiales de

mando —concluyó mirándolo de arriba abajo, como midiendo su fortaleza. Fue el día que Morillo comprendió el valor de la firmeza ante la necesidad, porque en ese momento a Castaños fue entregado un despacho en el que un coronel inglés le ofrecía ayuda para defender el puerto de Cádiz y ponía a su disposición varios regimientos británicos de primer orden. Castaños leyó el despacho y sin inmutarse, dijo al capitán Rodríguez, entregándole el oficio:

—Prefiero entregar Cádiz a los franceses a que allí suceda lo de Gibraltar... Capitán, contestadle que no necesito de su ayuda y agradecedle cortésmente el gesto. —Morillo se quedó pasmado.

En total, Castaños logró amasar 33.000 hombres a los que se sumaban todos los días cientos de campesinos de toda la provincia, con excepción de los que tuviesen la mujer encinta, fuesen negros, mulatos, carniceros, verdugos y pregoneros, cojos, mancos, ciegos, los menores de dieciséis años y los mayores de cuarenta y cinco, incluidos los solteros, los casados, los viudos sin hijos y los que midieren menos de cinco pies y una pulgada; con ellos inició su avance a finales de junio para dar batalla a Dupont. No obstante el elemento campesino, el ejército de Castaños se componía de lo mejor de la infantería de línea. En Porcuna, entre Córdoba y Jaén, se le sumaron los efectivos que en número de 10.000 traía el general Teodoro Redding, levantados en Málaga; Cádiz mandó el batallón de tiradores de su nombre; Jerez, Osuna, Carmona, Jaén, Montoso y Cabra le enviaron cuerpos de infantería y caballería. De todas partes venían los hijos de España a defender la Patria, muchos de ellos desertores de los ejércitos de Moncey, Lefebvre y Vedel, forzados por los traidores altos mandos de Madrid a alistarse en las filas invasoras. Llegaron a Utrera semidescalzos y con la ropa hecha jirones por la marcha a campo traviesa; venían vadeando ríos, cruzando montañas, exhaustos y hambrientos. Así llegaban aquellos hombres para quienes el llamado de España era el llamado de Dios. También llegaron contrabandistas, cazadores, vagabundos, bandidos y merodeadores, granujas y caballeros, en un amasijo de lo noble y lo innoble, lo bueno y lo malo, amalgama del oro y la escoria para blandir la espada de la venganza. Dieciséis días tomó a Castaños formar aquel ejército que desplegabá una variopinta cantidad de uniformes confeccionados al filo de la prisa por las señoras y las monjas de Sevilla y de toda la comarca andaluza, que también acudió a hacer donaciones para sufragar la guerra. No hubo quien no se despojara de un anillo, de un collar, de un objeto de plata, de un broche de familia para apoyar la causa.

El 11 de julio Castaños recibía el mando supremo de estos ejércitos, organizados en cuatro divisiones al mando de Redding, Coupigny, Jones y La Peña. El 14 la escuadra francesa de Rosilla, surta en Cádiz, se rendía a los españoles, por lo que la preocupación de Dupont por tomarse la plaza y rescatar la escuadra desaparecía; ahora se centraba en cómo detener un avance español que le taponara la vía de escape a Madrid. Por eso el 18 de junio Dupont, renunciando al avance sobre Sevilla, retrocede a Andújar con 10.000 hombres que dispuso en tres cuerpos de ejército que, para todos los efectos prácticos, estaban muy disgregados. Savary había recibido el mando supremo de los ejércitos franceses de manos de Murat y, habiendo sido notificado por Dupont de la urgencia con que se necesitaban refuerzos, el 16 de junio ordenó la marcha de la 2.<sup>a</sup> división de su ejército al mando de Vedel, formada por 6.000 infantes y 600 jinetes que a su cruce por Despeñaperros el 25 de junio encontró la primera resistencia llevada a cabo por 2.000

campesinos armados de machetes, lanzas y palos. Cayeron cientos de ellos alcanzados por el fuego cerrado del poderoso ejército imperial. Sin embargo, Savary había desobedecido las órdenes del Emperador que le instruían reforzar las tropas de Bessières. Vedel entraba el 27 de junio en La Carolina y allí enlazaba con los destacamentos de la 1ª división, arriesgando quedar incomunicado con Madrid al decidirse a cruzar el desfiladero para reforzar a Dupont. Vedel también había ignorado las órdenes de Savary en el sentido de que su única misión era proteger la retirada de Dupont. Lo animaba el deseo de saquear Jaén, cosa que realizó una de sus columnas entre el 2 y 3 de julio. Mientras tanto, salía de Madrid la división del general Gobert apoyada por el 2.º Regimiento de Coraceros para reforzar a Dupont y mantener las comunicaciones al norte de Despeñaperros. Acudían, en total, unos 5.000 hombres más.

Sin saber dónde se encontraba el grueso del ejército de Dupont, Castaños decidió dividir sus fuerzas en tres cuerpos que avanzaron hacia Mengíbar, Villanueva de la Reina y Andújar. La primera división estaba a cargo de Redding; la segunda a las órdenes de Coupigny y la tercera a las de Jones. La caballería la componían tres mil hombres y la artillería estaba constituida por veinticuatro piezas atendidas por experimentados artilleros. Adicionalmente, había una reserva de hombres volantes al mando de don Juan de la Cruz, el marqués de Valdecañas y don Pedro Echevarri cuyo principal cometido era acosar al enemigo por los flancos para mantenerlo en desequilibrio constante.

La marcha en busca del enemigo se convirtió en un paseo amenizado por la gente de los pueblos que daba vítores al ejército y lo recibía con fiestas, bailes y serenatas; los soldados correspondían acampando en las cercanías y, al toque de guitarras y cantos flamencos, convertían el campamento en una feria. Castaños sabía que se enfrentaba a un militar veterano que contaba en su haber la batalla de Austerlitz, una de las más gloriosas de Napoleón, así como la de Jena, donde se destacó como comandante. Castaños, en cambio, reconocía sus propias debilidades y no se sentía digno rival de su enemigo. El general Redding con sus 10.000 hombres hizo finalmente su aparición en las inmediaciones de Mengíbar, donde se enteró de que los franceses habían saqueado la ciudad de Jaén y degollado mujeres y niños, curas y frailes agustinos y dominicos; en Villanueva de la Reina, se situaron 8.000 hombres al mando del marqués de Coupigny y a Andújar llegó el 14 de julio el propio Castaños con 12.000 hombres. La población salió a su encuentro suplicándole venganza por las atrocidades cometidas por el enemigo que en toda la comarca no había dejado ni una alzada de víveres. El odio a los franceses se traducían en ofrecer a los niños de doce años para que ayudasen a la venganza.

El general Castaños tenía una gran figura, sus modales eran corteses y montaba con garbo su caballo jerezano. Había hecho una fulgurante y rápida carrera militar, pues a los veintiocho había llegado a teniente coronel y a los treinta y tres a coronel. A los treinta y ocho había ascendido a mariscal de campo y después de la batalla de Rosellón su cabeza tuvo una leve inclinación por la herida que había sufrido en la parte izquierda del cuello. El plan de Castaños, proporcionado por su ayudante de campo, el general Moreno, consistía en no permitir que Dupont enlazara con Vedel en Bailén; para ello era indispensable atacar a este último, derrotar sus fuerzas inferiores y aislar al primero; sin retirada posible ni enlace con Madrid, Dupont se vería forzado a rendirse o batirse con desventaja.

Castaños avanzó hacia Arjonilla y estableció allí su puesto de mando. El subteniente Morillo ocupaba su tiempo en entrenamientos de tropa, orden de marchas y tiro de fusil, cuando no de cuerpo a cuerpo y a la bayoneta. Coupigny y Redding avanzaron hacia Mengíbar y Villanueva, obligando a los franceses a replegarse a la orilla derecha del río Guadalquivir. Morillo, al mando de un pequeño destacamento de tropa, hizo un movimiento hacia la orilla francesa y situándose al anochecer del 15 muy cerca de las columnas enemigas realizó una emboscada a un destacamento francés de retaguardia. Desconcertado, el enemigo se refugió en el poblado, dejando franco el cruce del río. Conocedor de los movimientos españoles, Dupont pidió urgente ayuda a Vedel, quien se puso inmediatamente en marcha desde La Carolina rumbo a Andújar, encontrándose con el paso cerrado en Bailén por el ejército de Coupigny. Como Gobert avanzara para cubrir el vacío que dejara Vedel, el 16 de julio Redding cruzó el río y, destruyendo el sistema defensivo del enemigo, entró en Mengíbar; Dufour, sucediendo en el mando a Gobert, muerto en el combate, ordenó la retirada hacia La Carolina para que las comunicaciones no pudieran ser cortadas en el desfiladero. Morillo se había apuntado una significativa acción a su favor, lo cual le mereció el encomio de los altos mandos que vieron con satisfacción el ahorro en vidas que había significado para Redding el cruce del río. De allí en adelante Morillo iba a conducirse como todo un maestro en el arte del acoso guerrillero. Al saber la derrota, Dupont ordenó a Vedel regresar sobre sus pasos hacia La Carolina. La marcha forzada a la que Vedel había sometido a su ejército comenzó a hacer mella: el terrible calor de 45 grados a la sombra que se soportaba en Andalucía era excesivo para los franceses, como excesivas serían luego las frías temperaturas de las estepas rusas para el más grande ejército que Napoleón puso en marcha.

Las guerrillas al mando de don Juan de la Cruz, del conde de Valdecañas y del clérigo Argote, y ahora del subteniente Morillo, comenzaron a desparramarse por toda aquella geografía, ora atacando en grupo algún distraído destacamento, ora dispersándose para evitar ser atacados, ora arrojando estiércol en las fuentes para que sus aguas no fueran bebidas, ya desmontando molinos para impedir la molienda del grano y negar el pan a las huestes francesas, ya cortando el cuello de los rezagados, ya atacando los convoyes de suministros. Había comenzado la guerra del acoso, de la mosca cojonera que llenaba de pánico las filas enemigas, imposibilitadas de trabar combate contra un enemigo que se dispersaba tan pronto como atacaba. Era como un ataque de abejas a un gigante acorralado que día a día veía mermar su capacidad de lucha y anhelaba vérselas con la ocasión de dar una batalla definitiva y comprensible al entendimiento.

El ejército de Vedel, en marcha hacia La Carolina, nunca había soportado nada igual. Las mulas que arrastraban pertrechos, raciones y artillería, caían muertas de la sed, o se detenían agobiadas por el esfuerzo sin que castigo alguno las obligara a marchar. Tenían que ser sustituidas por la fuerza bruta de los hombres, que, sedientos también, se desplomaban jadeantes al suelo, desmayados bajo el infernal calor de un sol implacable, hasta cuando a Vedel no le quedó más alternativa que retrasar la marcha y morigerar el esfuerzo. El ejército, exhausto, se detuvo a descansar sin tiempo para armar tiendas y bajo el castigo de la canícula solar. Era el 16 de julio, día de la Virgen del Carmen y el triunfo de la Santa Cruz, fiesta que conmemoraba la victoria de las Navas de Tolosa, y que presagiaba la gran victoria que estaba por venir. Vedel llegó a Guarromán el 17 por la noche en tanto que Dufour alcanzaba Santa Elena. Persuadido de que los

españoles le cerrarían el paso en Despeñaperros, Vedel envió un emisario a Dupont con el apremio de que se pusiera en marcha hacia La Carolina, a donde llegaron ambos comandantes al día siguiente y reunieron 10.000 exhaustos hombres, mientras Redding y Coupigny cruzaban el Guadalquivir y llegaban a Bailén con 17.000 soldados. El objetivo de encerrar a Dupont y evitar su enlace con Vedel había sido alcanzado. Derrotado el destacamento que había dejado Vedel en Despeñaperros por las avanzadillas españolas que operaban a sus espaldas, un contingente español cerraba la carretera que por la Sierra Morena comunicaba el paso con Madrid. Vedel estaba ahora también bloqueado por detrás y por delante en Bailén, en tanto que Dupont permanecía inmóvil en Andújar, bloqueado también en su línea vital. Los generales españoles se maravillaron de no ver ninguna fuerza francesa guardando el pueblo y bloqueándoles el paso. Fue un error táctico no haber dejado allí un destacamento para resguardar punto tan importante. La gente salió a recibir al ejército y le suministró víveres y bebidas.

Dupont estaba solo y, aunque sus fuerzas eran superiores a las de Castaños, por primera vez se sintió desconcertado por la soledad en que se encontraba. Las noticias que le llegaban de que las acciones de un oscuro subteniente habían permitido que Redding cruzara el río y ocupara Mengíbar, lo tenían desconcertado.

—¿Qué han inventado estos españoles en su forma de hacer la guerra? —dijo—. Son moscas en los cojones de los caballos, hormigas en las ijadas de los equinos, murciélagos en las pelotas de los toros; lo que tienen es un ejército de fantasmas; ¡yo de aquí me voy antes de que me destroce un enemigo invisible! —Y todos lo secundaron.

Decidió, entonces, abandonar Andújar por el camino de Madrid para evitar el aislamiento, el acoso y el desgaste y se dirigió a Bailén donde, suponía, tendría franca la entrada. Dupont estaba convencido de que Redding y Coupigny marchaban hacia La Carolina en busca de Vedel, en cuyo auxilio él llegaría también.

Una larga y serpenteante hilera de hombres, caballos y carromatos comenzó a extenderse por diez kilómetros sobre la carretera que une a Andújar con Bailén. Marchaban desde antes del amanecer en silencio, sin luces, apenas con el ruido sordo del paso lento de los hombres, los caballos y las carretas para que el polvo no develara su precaria situación. Detrás de los olivares extendidos desde los montes hasta el Guadalquivir vigilaban los labriegos los movimientos de un ejército sobrecogido por el desconcierto y acudían con postas a anunciar a Redding la localización del avance. Era el 19 de julio de 1808.

Redding y Coupigny esperaron a Dupont con sus tropas desplegadas en tres líneas que cubrían los accesos a Bailén y sus 16 piezas de artillería situadas en las lomas del Cerrajón y el Zumacar chico; otros siete batallones fueron situados al otro lado para proteger la retaguardia española de cualquier posible ataque de Vedel. Esta era una probabilidad cierta que permitiría coger por dos frentes al ejército español, pero el mando se tranquilizó al tener inteligencia de que Vedel había sobrepasado La Carolina y un ataque suyo por la espalda era improbable.

La situación del ejército español era inmejorable, pues había podido escoger el dónde de la batalla, de acuerdo con los planes del general Moreno, aceptados por Castaños. Todavía estaba oscuro cuando las avanzadillas toparon con fuego español de fusilería. Los primeros destellos de luz permitieron ver la masa enemiga que se aproximaba y tomaba posiciones. El centro de la

fuerza española estaba desplegado en la carretera apoyado por la artillería, en tanto que los franceses habían escogido como principal punto de apoyo un olivar que se extendía a la derecha de Bailén.

Cuando la vanguardia francesa al mando del general Chabert avanzó sobre las inmediaciones de Bailén fue recibida con una descarga de artillería que barrió sus defensas y detuvo los cinco asaltos que pretendían romper las líneas que cerraban el paso hacia Despeñaperros y la salida hacia Madrid. El centro francés se desconcertó al recibir los certeros disparos de la artillería, y para evitar el pánico inicial, Chabert tuvo que replegar su ala derecha, por lo que Coupigny avanzó amenazando envolver el frente. Una carga de la caballería de España enfiló contra el flanco, lo que volvió a forzar a los franceses a devolverse sobre sus pasos para reforzar el ala derecha debilitada. La bala rasa artillera de lado y lado causaba grandes bajas, pero los soldados de la línea española afrontaban la muerte con desprecio de la vida. Fue entonces cuando el general Privé lanzó su caballería contra la muralla que presentaba la infantería española, que recibió los equinos a punta de bayoneta; los caballos caían destripados y arrojaban al jinete al suelo, donde era machacado con bayoneta y culata. Al cabo, la caballería fue dispersada. El centro, eje del ataque francés, quedaba ahora expuesto al embate español. La orden de avanzar sobrecogió de pánico al enemigo, que inmediatamente retrocedió al otro lado del puente del Herrumbrar, mientras el subteniente Morillo comandaba guerrillas uniformadas a lado y lado del camino para acosar al enemigo y mantenerlo en desequilibrio. No obstante, los franceses lanzaron un ataque por el puente a bayoneta calada con tal ardor que entre vivas al Emperador y gritos de cólera hicieron desfallecer a los españoles que se empeñaban en cruzar el puente que, al final, perdieron. Eran las seis de la mañana.

Dupont se hizo presente en el escenario de la batalla poco después, y sin esperar a que el grueso de sus tropas llegara, ordenó una nueva carga, que también fue rechazada. El General había dispuesto que sus mejores tropas guardaran su retaguardia, previendo un ataque de Castaños, que le seguía los pasos. No le quedó más remedio que esperar el grueso de su ejército, y sin apenas darle respiro de la larga marcha, volvió a poner a sus hombres en posición de batalla. Las artillerías francesas y españolas se engarzaron en un singular duelo que fue recalentando los cañones hasta dejarlos inservibles; los españoles pudieron refrigerarlos con el agua que, en cántaros, era transportada por las mujeres del pueblo, en tanto que los recalentados cañones franceses se iban apagando incapaces ya de disparar. El duelo artillero resultó insostenible para Dupont, quien había perdido el grueso de su artillería, ora por el recalentamiento del metal, ora en duelo directo con la española, por lo que el triunfante ejército napoleónico de mil batallas anteriores decidió dar una última e impetuosa carga aprovechando su superioridad numérica; el fiero y desesperado contraataque sobre el ala derecha hizo retroceder las tropas peninsulares, que se replegaron ordenadamente. La artillería española había quedado al descubierto y los coraceros de Privé se aprestaron a caer sobre ella, pero en ese momento los regimientos de caballería Farnesio y Borbón entraron en combate para salvarla, enfrentándose a la caballería francesa que no pudo desbordar las líneas de defensa. Los franceses pretendían abrirse paso hacia Bailén aplastando el ala española, que por momentos se quebraba mientras los oficiales y generales gritaban órdenes sin cesar, ahogadas por el estruendo de los cañones y la fusilería. Una a una las

primeras líneas de los dos bandos iban cayendo al fuego de la metralla, en tanto unos y otros lanzaban más hombres a cerrar las brechas. Los franceses tiraron sus reservas a la bayoneta calada, las que fueron recibidas por los bravos de España con similar disposición; el choque fue terrible, devastador; el horror de la sangre y los quejidos lastimeros iban saturando el aire de olores a herrumbre y sonidos de espanto. Las mulas arrastraron la artillería hasta las primeras líneas y las maestranzas enfilaron la boca de sus ánimas contra el enemigo; los cañones fueron rápidamente cargados de metralla y, a una orden, la infantería, flanqueándolos, permitió que escupieran el hierro mortal contra las filas enemigas. Luego vino la siguiente orden por la que Coupigny lanzaba la caballería española a acabar de romper las líneas enemigas.

—¡A la carga! —gritó Coupigny y la tropa respondió:

—¡Viva España! ¡Mueran los franceses!

Y la caballería española, sable en mano y a mandoble limpio, penetró las líneas francesas, no sin grandes pérdidas para tan arrojados jinetes que avanzaron tanto que quedaron envueltos por la infantería enemiga que, aunque obligada al desorden, no retrocedía. Los jinetes que quedaron tuvieron que picar espuelas y retroceder a sus puntos de partida, mientras la infantería volvía a cerrar brechas para ponerse en primera línea de combate.

Habían transcurrido seis largas horas bajo el calor intenso y los hombres de ambos bandos estaban agotados y sedientos; los franceses se desmayaban o morían, en tanto que los españoles resistían al cobijo de las heroicas mujeres de la tierra que, pese al fuego infernal, salían al encuentro de las exhaustas tropas para seguir abasteciéndolas de agua en refrescantes cántaros. Pero no todos los que extendían sus brazos suplicantes recibían el precioso elemento y hubo quien se vio lanzarse a tierra a recoger el agua que todavía quedaba en un cántaro roto. El aire seco horadaba la lengua de patriotas e invasores como agujones de alacrán. «Agua, agua», se gritaba por doquier, en tanto la garganta era invadida por el polvo abrasador de Bailén y la boca se sentía como masticando cardos. Los generales instruían, empero, refrescar primero los cañones que dar a beber a los hombres. Así iba transcurriendo la jornada.

El eje de la batalla fue desplazándose lentamente hacia la noria de la huerta de don Lázaro situada en la cañada que dividía las líneas de combate, pues las tropas de uno y otro bando luchaban por apoderarse del abastecimiento del precioso líquido. La artillería enemiga batía la cañada. Cuando los españoles avanzaron para tomar la noria que estaba a punto de caer en manos enemigas, el seco trigal que estaba a sus espaldas ardió incendiado por alguna chispa fusilera. De repente, los atacantes se vieron con el fuego a sus espaldas y en la grave necesidad de tomar la noria o perecer calcinados. La desesperación los hizo arrojar sobre el enemigo que, desconcertado ante el repentino empuje, se puso a salvo. Finalmente, el fuego había hecho llegar más agua para los sedientos combatientes.

María Bellido, apodada *la Culiáncha*, al ver que el general Redding estaba a punto de desmayarse por la terrible sed que experimentaba, corrió hasta el puesto de mando con un cántaro lleno del precioso líquido; el General bebió agradecido, pero una bala le destrozó el cántaro; la Bellido, sin inmutarse apenas, recogió un pedazo del suelo en el que había quedado un poco de agua y se la dio de nuevo al General. Muchas otras heroicas mujeres asistieron a los soldados españoles hasta la última hora de la batalla. El agua fue, más que cualquier otro elemento, la

heroína de la jornada, porque era aquella una tierra enemiga para quienes habían cometido el peor error de la guerra: echarse encima a la población civil con saqueos y desmanes y alargar demasiado las líneas de abastecimiento. Este segundo error sería repetido por Napoleón en Rusia, en tanto que el primero habría de ser cometido por Hitler en el mismo sitio.

Dupont estaba perdido. La superioridad numérica que tenía frente a Redding y a Coupigny no había sido suficiente contra la enardecida línea enemiga y el odio mortal que despertaba el ejército invasor. Decidió salvarse lanzándose hacia el camino de Madrid con tres batallones y su Guardia Imperial. Pero su ejército se desmoronaba: una brigada de mercenarios suizos había huido entera hacia las filas de Castaños. Ni la Guardia era siquiera capaz de salvarlo. Oteó en vano el horizonte para ver si Vedel venía a su rescate. A las cinco de la tarde sacó bandera blanca para entrevistarse con Redding y parlamentar su retirada. La tregua permitió a Redding despachar una división hacia La Carolina desde donde provendría Vedel, pero este ya se acercaba a marchas forzadas y se disponía a atacar. El 19 de julio, después de una escaramuza con las fuerzas españolas, Vedel desistió del ataque y retiró a sus soldados al saber que se acercaba el general Castaños y que todo esfuerzo por romper el cerco sería en vano. Vedel dio marcha atrás, y queriendo escapar por Sierra Morena, súbita e incomprensiblemente, regresó sobre sus pasos y quiso montar un ataque sobre las líneas españolas, pero ese mismo día, el 21 de julio, Dupont firmaba su rendición a tiempo que las tropas vencedoras despachaban un correo a Vedel en el que se le anunciaba que los franceses serían pasados a cuchillo si pretendían montar un ataque contra las líneas españolas. Desconcertado esperó hasta cuando al fin recibió órdenes de Dupont de rendir sus armas ante la amenaza cierta de ser vengada la afrenta recibida en Córdoba por las violaciones y saqueos de las tropas francesas. Vedel se rindió a sus enemigos en Bailén a cambio de la promesa de repatriación. Ese día Dupont y 18.000 franceses fueron hechos prisioneros. Morillo por primera vez probaba una acción en la que los movimientos fueron fundamentales en la derrota del enemigo. Tomó atenta nota de todo cuanto vio y jamás pudo olvidar que el general Castaños lo había sacado de la marina en la villa de Utrera para enlistarlo en un ejército del que luego él mismo llegaría a ser su Comandante en Jefe. Fue el golpe de su fortuna. La Providencia, que nos conduce por caminos insospechados.

Al silenciarse las armas y disiparse el humo de la contienda se vieron casi 6.000 soldados franceses heridos y tendidos en el campo, entremezclados con 2.000 muertos. Las bajas españolas habían sido irrisorias: 735 heridos y 243 muertos. Había desaparecido del campo de batalla todo un cuerpo de ejército que a la hora de rendirse sumaba 17.635 hombres. Los términos de la capitulación fueron los siguientes: las tropas de Dupont serían hechas prisioneras, en tanto que las de Vedel, que no habían participado en ese combate, serían trasladadas al puerto francés de Rochefort desde Sanlúcar de Barrameda. Esto no sucedió porque la Junta Central desconoció el acuerdo, deportó a los soldados a la isla de La Cabrera, donde, con la prolongación de la guerra y la penuria económica de España, los prisioneros pasaron hambre y privaciones. Este trágico destino se dio, en buena medida, porque los prisioneros solían asaltar los barcos de aprovisionamiento, matar a sus tripulantes y huir en ellos si podían. Como consecuencia, la Junta de Defensa de Mallorca no volvió a contratar abastecimientos, por lo que cuando se firmó la paz en 1814 poco más de la mitad de los prisioneros había perecido de hambre. En últimas, la afrenta

de Córdoba había sido vengada.

Los franceses fueron obligados a entregar todas sus banderas y depositarlas a los pies de los jefes españoles; Dupont entregó su espada en manos del general Castaños, quien se apuntó la primera victoria europea contra el ejército hasta entonces invencible de Napoleón. Fue un acontecimiento histórico porque los franceses desde 1801 no experimentaban ningún revés semejante. Al entregar la espada, Dupont dijo al victorioso Castaños: «Yo, que he estado en veinte batallas, jamás había perdido una en mi vida», ante lo cual contestó Castaños: «Es admirable, porque yo jamás había estado en ninguna en toda la mía». En cambio, Napoleón diría:

—No ha ocurrido nada más estúpido, más insensato ni más cobarde desde que empezó la guerra. A mis ejércitos no los ha vencido Redding, ni Coupigny, ni Castaños. Los ha vencido un oscuro subteniente de nombre Morillo que aparece como un fantasma y desmoraliza mis tropas. — Desde ese momento en adelante el nombre de Pablo Morillo circuló por boca de los franceses a boca de los españoles y el oscuro subteniente empezó a ser leyenda entre los guerrilleros y los paisanos, los soldados y los generales.

Dupont daría con sus huesos en prisión, lo mismo que Vedel, pues el Emperador no podía tolerar que el menosprecio que él había mostrado contra los españoles se reflejara en una derrota de sus generales. Lo de Morillo fue, tal vez, para humillarlos más.

La noticia de la rendición de las armas francesas se regó por una Europa que celebró el triunfo con verdadero alborozo. España había demostrado que el ejército francés no era invencible; muchos se envalentonaron y quisieron imitar el ejemplo español, entre ellos los consejeros del emperador austriaco Francisco, a quien aconsejaron enfrentarse al Corso. La estrella napoleónica comenzaba a declinar. Conocedor de la derrota, José Bonaparte, quien había llegado el 20 de julio a Madrid, empacó sus maletas y se marchó de la ciudad con rumbo Norte por la carretera de Burgos, en tanto que el Emperador los llamaba ineptos y cobardes en un ataque de ira que creció aún más cuando el Papa publicó una condena contra él. La marcha de José había tenido todas las características de una huida, no solo por la precipitud, sino por no dejar cubiertas ciertas posiciones estratégicas como Aranda y Burgos, donde se podía iniciar una resistencia. El improvisado Rey no paró hasta llegar a Vitoria y de este modo el esfuerzo bélico pudo centrarse en hacer convergir los ejércitos españoles en Vitoria. Madrid había quedado al descubierto; Junot quedaba aislado en Lisboa quien, pensando en una retirada, dejaba en Almeida y Elvas sendas guarniciones que debían mantener el camino despejado en caso de una forzosa retirada.

En los otros escenarios bélicos las cosas tampoco marchaban bien; los Palafox habían detenido a Verdier en Zaragoza, impidiéndole tomarse la ciudad y obligándolo a retirar el asalto que desde el 15 de junio hacía contra la plaza; en Cataluña el general Duhesme había sido repelido en Gerona y obligado a buscar refugio tras las murallas de Barcelona; en Portugal el general Wellesley desembarcaba con 9.000 soldados británicos el 1 de agosto y con otros 5.000 hombres, que poco después recibía de refuerzo, avanzaba desde la bahía de Montego hacia Lisboa e infligía tres derrotas al ejército de Junot entre el 15 y el 21 de agosto. Junot perdió 2.000 hombres en Vimiero el 21 de agosto y casi toda su artillería. Finalmente, escondido tras los muros defensivos de Lisboa, solicitó un armisticio y sus 26.000 soldados, con todas sus armas y equipos, fueron repatriados. El desastre era total, aunque los indulgentes términos del armisticio

consistentes en evacuar a los franceses en barcos británicos y desembarcarlos en su país, amén de no haber continuado la destrucción del ejército enemigo y permitir a Junot retirarse a Lisboa, granjeó a los generales Dalrymple y Burrard una investigación en Inglaterra.

Liberada Portugal de la presencia francesa, Napoleón se exponía a que ejército tras ejército fuera engullido por la indomable España que también observaba con asombro cómo su situación, en vez de concitar el ánimo americano para armar ejércitos y venir en su auxilio, se desgarraba en disensiones y se inmovilizaba en franca parálisis. Es cierto que el tesoro de América apoyaba, pero muchos habrían querido ver tanto la Regencia española como la administración pública americana apoyar el esfuerzo bélico con una masiva leva de hombres y equipos. A lo mejor esta participación habría canalizado la energía americana hacia metas más altas y tal vez se habrían podido contener los ánimos separatistas que comenzaban a aflorar en las reuniones secretas que los patricios criollos sostenían en sus casas por fuera de la vista de unas autoridades que nada distinto a «parar la oreja» se les ocurría.

Los reveses militares sufridos en España obligaron al Emperador a trasladar efectivos desde Alemania al mando de Ney, Víctor y Mortier para recuperar un territorio que ahora estaba circunscrito a Navarra y Barcelona. Él mismo se apersonaría de la conducción de la guerra, pero antes era menester asegurar estas dos cabezas de puente. Ordenó a José enviar 16.000 soldados a Tudela y Burgos y hacerse fuerte con el resto del ejército en Logroño, aprovechando la oportunidad que brindaban los ingleses que, con 20.000 hombres a su disposición, no iniciaban ninguna ofensiva y permanecían inmovilizados en Lisboa esperando órdenes de Londres. Por su parte, la Junta Central se reunía en Madrid para discutir las cuestiones constitucionales sin atinar a nombrar un comandante en jefe de todos los ejércitos españoles que coordinara una ofensiva y explotara los recientes éxitos obtenidos.

En octubre de 1808 las condiciones del ejército español eran de franca superioridad sobre los franceses: el general Blake tenía 43.000 hombres situados en la zona de Reinosa y Astorga; Castaños dirigía en el centro unos 34.000 hombres situados al sur de Logroño; el general José Palafox contaba con 42.000 soldados en Aragón; el general Galluzzo disponía de 13.000 en la zona de Burgos, en tanto que el general Vives contaba con 20.000 que sitiaban a los franceses en Barcelona. En total, se disponía de 125.000 soldados de primera línea contra unos 75.000 franceses; adicionalmente, la segunda línea española, compuesta principalmente de reservistas, sumaba otros 100.000 soldados que, reforzados por las guerrillas que acosaban en todo el país a los franceses, habrían podido, entre todos, expulsar definitivamente el ejército enemigo; pero carecían de mando unificado. Este respiro ofrecido por la carencia de jefatura suprema sirvió para reagrupar las disminuidas fuerzas napoleónicas y dar tiempo a organizar su contragolpe, en tanto el Emperador cuidaba de pactar con el zar de Rusia para guardarse las espaldas; esto lo logró a medias, pues la derrota de Bailén había tenido negativas repercusiones en la negociación: tuvo que conceder al Zar sustanciales prebendas, entre ellas permitirle ocupar los estados balcánicos de Moldavia y Wallachia y las conquistas en Finlandia. A principios de noviembre Napoleón llegaba a Bayona dispuesto a lanzar contra España 250.000 hombres de su *Grand Armée*, cubierta ya su retaguardia.

A partir de la batalla de Bailén, Morillo continuó prestando sus servicios en diferentes frentes

de guerra, ora combatiendo vestido de paisano, ya vestido de uniforme, con buen número de hombres o con pequeños destacamentos, siempre moviéndose, sin dar tregua, por su cuenta o bajo mando, pero con decisión buscando al enemigo. En realidad, él y sus hombres eran más guerrilleros que otra cosa. La formación de guerrillas se realizó de forma espontánea ante la inferioridad combativa de las tropas regulares. Muchos de estos guerrilleros provenían de ejércitos regulares dispersos que jugaron a hacer inhabitable el territorio ocupado a partir de las nuevas tácticas de combate, consistentes en dispersar al enemigo por toda la geografía española. Tales formaciones mantuvieron su decisión de combatir a los franceses por todos los medios a su alcance y fueron los principales protagonistas de una guerra que cada vez se iba pareciendo más a una lucha revolucionaria, a partir de 1809. Fue así como surgieron figuras como Juan Martín Díaz, llamado *el Empecinado*, el cura Merino, fray Lucas Rafael, Javier Mina o el coronel Gayán. La *Instrucción* recoge los propósitos de esta guerra y sus métodos, como que son «evitar la llegada de subsistencias, hacerles difícil vivir en el país, destruir o apoderarse de su ganado, interrumpir sus correos, observar el movimiento de sus ejércitos, destruir sus depósitos, fatigarles con alarmas continuas, sugerir toda clase de rumores contrarios, en fin, hacerles todo el mal posible». Esta fue la génesis de la doctrina revolucionaria inventada por España y posteriormente copiada por los hispanoamericanos para su lucha independentista.

La guerrilla, así formada, presuponía la colaboración del pueblo, apoyo sin el cual no habría sido posible mantenerse en combate permanente. La guerra contra la ocupación adquirió un carácter nacional apoyado logísticamente por el pueblo que asumió la condición de combatiente, aun cuando no llevara uniforme alguno. Tal disposición de ánimo resultó decisiva por cuanto facilitó a los combatientes una serie de servicios militares, como abastecimientos, información, correos y sanidad, pues hasta las casas de los labriegos y de las gentes del común se convirtieron en hospitales, centros de espionaje y puntos de comunicación. Como el objetivo militar francés inmediato era responder a los deseos de pacificación, el ejército pacificador se implicó cada vez más en acciones represivas y sanguinarias que no hicieron sino incrementar la hostilidad del pueblo español, lo cual, a su vez, desencadenó un proceso de degradación de la lucha producido por un odio implacable. Los franceses incendiaban los campos de trigo, arrasaban los pueblos, cortaban el suministro de víveres, en tanto que los españoles les envenenaban las aguas, asesinaban las retaguardias, acuchillaban a los soldados retrasados de las marchas y emboscaban las partidas de correos y mensajerías. El mayor servicio que tal vez prestó la Iglesia católica a la liberación de España en tiempos tan calamitosos fue afirmar desde los púlpitos, los impresos y el boca a boca que los franceses no eran seres humanos y que, por lo tanto, matarlos no podía constituir pecado alguno. Esta fue la principal causa de la fallida tarea pacificadora a partir de los sucesos del 2 de mayo. La política de saqueo y de violencia del ejército francés provocaron la aparición de crueldades y beligerancia universal de los españoles que, lejos de sentirse amedrentados por la barbarie, aumentaron su capacidad de lucha y furor bélico, impulsados por una Iglesia que no solo predicaba el uso de la fuerza sino que ella misma salía a las calles y los campos a defender el sagrado territorio de la Patria.

Pronto los altos mandos reconocieron en Pablo Morillo dotes de liderazgo y disciplina, dos virtudes cardinales en un soldado que vinieron a aumentar la fuerza de choque de los hombres a su

mando. Sus intrépidas y audaces acciones en diferentes estadios de esta lucha degradada y desigual le valieron el respeto de sus soldados y la admiración de sus jefes. Así, el 24 de enero de 1809 fue ascendido a capitán sin haber formalmente pasado por teniente. Fue asignado al Regimiento de Infantería Ligera de Tiradores Voluntarios de España, cuerpo especialmente creado para la guerra de posiciones y movimientos, cacería y emboscada, pero en el que solo permaneció un mes porque se acordó que sus servicios y experiencia eran urgentemente requeridos en Galicia.

## **Napoleón cruza los Pirineos**

Con las espaldas tan cubiertas como le fue posible lograrlo, Napoleón se dirigió a París desde Erfurt y el 3 de noviembre de 1808 ya estaba en Bayona tras haber hecho movilizar otros 140.000 soldados y trasladar seis cuerpos de ejército de Alemania hacia España. La velocidad impartida fue frenética: a los soldados se les exigió hacer doble marcha diaria con apenas períodos cortos de descanso. En total, el Emperador pudo amasar 250.000 soldados al este del Ebro, divididos en siete cuerpos de ejército. La toma de España iba en serio. El 6 de noviembre producía una orden del día en la que anunciaba que tomaba el mando de sus ejércitos. La noticia provocó que el general Sir John Moore se moviera de Lisboa hacia el Norte con 20.000 soldados. Moore era un excelente militar, disciplinado, creativo y flexible, y tenía el propósito de enlazar con el general Baird quien, al mando de 12.000 soldados, se disponía a desembarcar en La Coruña. Los dos generales pudieron, tras largas peripecias, por fin encontrarse a mediados de diciembre en Salamanca.

La estrategia del mando español consistía, esencialmente, en flanquear las fuerzas francesas desde el Este y el Oeste y aislarlas de sus puntos de abastecimiento a través de los Pirineos. El ejército español, dividiéndose en dos alas compuesta cada una de unos 40.000 soldados, empezó la larga marcha. El problema era que el centro español no contaba con suficientes hombres, pues el débil ejército de Extremadura se ubicaba en Burgos para contener cualquier ataque francés que se atreviera a cruzar el Ebro. Napoleón analiza los movimientos españoles y ve en ellos la oportunidad que estaba esperando, que era romper el frente del Ebro y cercar los flancos. Atacó, pues, la parte más débil del ejército español. Un ataque de Moncey, Ney y Bessières el 25 de octubre sobre el ala central y derecha de Castaños, quien iba a rodear por el Este, lo hizo retroceder a Zaragoza y Logroño volvió a quedar en manos francesas.

Cuando Napoleón llegó al frente inmediatamente comprobó que sus planes elaborados anteriormente se ajustaban a la realidad, porque la debilidad española permitía una rápida ofensiva sobre Burgos, traspasando el Ebro, que podría abrir la ruta a Madrid a tiempo que le permitiría situarse a la retaguardia de las dos alas españolas y derrotar a ambas. Así, las responsabilidades asignadas fueron las siguientes: Ney y Moncey embestirían sobre Burgos, mientras Víctor y Lefebvre atacarían el ala de Joaquín Blake al Oeste; Napoleón conduciría al resto del ejército hacia Madrid, tomando los desfiladeros de Somosierra y Guadarrama y con 43.000 hombres se tomaría la capital y haría que una tercera parte de ellos cayera sobre la retaguardia de Castaños que conducía el ala española del Este. Por su parte, con los dos cuerpos

de ejército, el Quinto de Portier y el Octavo de Junot que venían cruzando los Pirineos, asestarían el golpe de gracia. El plan era perfecto. Hasta cuando tuvo una falla. Lefebvre atacó a Blake a destiempo en Pancorbo el 31 de octubre, a pesar de que las instrucciones de Napoleón habían sido claras en el sentido de que él mismo daría la orden de iniciar los ataques que, se suponía, se harían cuando los españoles estuvieran muy lejos de sus bases. Blake pudo retirarse hacia el Oeste y se distanció lo suficiente de las columnas francesas de Lefebvre, a quien el Emperador ordenó perseguirlo.

El plan original había fracasado. La corrección consistió en suspender la operación contra Castaños, dar prioridad a la toma de Burgos y emplear este ejército en ir también en persecución de Blake y cercarlo. Queriendo enmendar el error cometido, Lefebvre arreció la marcha persecutoria casi sin orden militar y Blake volvió sobre sus pasos, reforzado ya por el marqués de La Romana que había desembarcado gracias a los transportes ingleses; La Romana había permanecido todo este tiempo en Dinamarca al mando de las tropas españolas facilitadas a Napoleón cuando España era todavía su aliada, pero este había rehusado prestar juramento a José Bonaparte y había podido escapar con sus efectivos militares. Blake contaba en ese momento con 24.000 soldados y se dispuso a atacar la vanguardia del general Vilatte que se aproximaba. El 6 de noviembre tuvo lugar el encuentro en Balmaceda, de donde fueron expulsados los franceses. Cuando Napoleón lo supo, gritó encolerizado:

—¡El peor ejército de Europa está dando cuenta de mis generales!

Consciente de que todo el ejército francés iba ahora en su persecución, Blake se retiró hacia Reinosa, pero el 8 volvió a hacer la misma jugada: regresó sobre sus pasos y se posicionó cerca de Espinosa donde esperó a sus perseguidores. El 10 de noviembre el general Víctor lanzó una gran ofensiva contra Blake con sus 21.000 soldados, pero se mantuvieron las posiciones españolas; solo el 11 lograron desalojarlos y Blake se refugió en las montañas. Joaquín Blake y Joyes había nacido en la provincia de Málaga, era un destacadísimo y culto general que fue luego, en 1810, Presidente del Consejo de Regencia e Indias en 1810, Jefe del estado Mayor y Capitán general.

En el frente de Burgos las cosas no estaban saliendo bien; Bessières, con instrucciones de tomarse la ciudad el 6, fue relevado del mando por no haber llegado a su objetivo. Soult lo reemplazó y se le reforzó con otros cuerpos de ejército tomados a Ney. Así, 67.000 hombres se dispusieron ahora a atacar la ciudad escasamente defendida por 10.000 hombres del ejército de Extremadura. Soult atacó y despedazó la resistencia, capturando 16 cañones en el pueblo de Gamonal; los españoles perdieron 3.000 hombres. El 10 de noviembre Soult entraba en Burgos y Napoleón, ordenando instalar su cuartel general en la ciudad, dispuso su saqueo. Al día siguiente Soult, siguiendo órdenes del Emperador, salió hacia Reinosa en persecución de Blake y el resto de su ejército, reducido a 12.000 hombres. Por su parte Ney marchaba hacia Aranda de Duero y desde allí intentaba rodear a Castaños y liquidar su ejército.

El 14 de noviembre de 1808 Soult llegaba a Reinosa y lograba apresar parte de la artillería y pertrechos de Blake, quien había decidido abandonar su parque para aligerar la huida antes de que le cortaran la retirada. Los soldados franceses, lejos de sus puntos de aprovisionamiento, hicieron un festín con los pertrechos españoles. El frío apretaba, pero Blake logró llegar a León cubriendo

480 kilómetros desde el 1 al 14 de noviembre, a razón de unos extenuantes 34 kilómetros diarios. Napoleón ordenó, entonces, desistir de la persecución, dado lo abrupto del terreno y el desconocimiento que de la región tenían los franceses, a quienes se les había sacado ya una distancia insalvable. Así, la concentración de los efectivos franceses en Reinosa en número de 50.000, pertenecientes a Lefebvre y a Victor, se volvió también logísticamente difícil de realizar, por lo que Victor se dirigió a Burgos; a Lefebvre, con un cuerpo de ejército más reducido, se encomendó la tarea de avanzar hasta Carrión para amenazar León y mantener ocupadas las tropas de Blake, en tanto Soult ocupaba Santander para taponar cualquier intento de Blake de dirigirse hacia los Pirineos.

Desde Logroño los franceses iniciaron movimientos hacia Calahorra en busca de Castaños, quien se replegó a Tudela a mitad de camino de Zaragoza y con el Ebro a sus espaldas. Los franceses avanzaron con 34.000 hombres dispuestos a vengar al triunfador de Bailén que contaba con 45.000 suyos, a quien esta vez las armas no le fueron favorables. Al atardecer del 23 de noviembre, Castaños había perdido 4.000 soldados y 26 cañones, mientras cuerpos enteros de su ejército permanecían inactivos. El general Moore, quien había recibido tarde la noticia del ataque, en vez de avanzar en persecución de los franceses decidió retirarse hacia Lisboa y el Tajo, abandonando a su suerte el resto de ejército español que le pedía reiteradamente auxilio. Tuvo la suerte de que Ney no lo rodeara por la retaguardia en su avance desde Aranda, pues al mariscal no le había resultado posible llegar a tiempo a la batalla. Napoleón había tenido la culpa del retraso, ya que había ordenado a Ney ponerse en marcha el 18, por lo que sus tropas no dispusieron del tiempo necesario para lograrlo. Castaños escapó hacia la serranía de Cuenca y los españoles tendrían otro día para sobrevivir las embestidas del poderoso ejército francés.

## **Napoleón entra en Madrid**

La situación española era calamitosa; habían perdido tres batallas importantes y sus ejércitos estaban ahora desorganizados y en franca retirada, aparte de que la Junta había decidido destituir a los generales Blake, Castaños y Belvedere. Madrid se había abierto a su caída y desde los Pirineos fluían más y más refuerzos franceses que, aunque padecían las privaciones a las que los sometían los moradores de la zona, continuaban engrosando una fuerza que era ya de por sí formidable. No obstante, el campesinado español continuaba organizando guerrillas que constantemente asediaban a las tropas invasoras, detenían los correos, obstaculizaban los avances y asesinaban al que podían. «Este es un país de asesinos», decía Napoleón, quien tuvo que presenciar la desaparición de muchos oficiales de su retaguardia porque la consigna era que «quien hable por la nariz hay que cortarle la garganta». La guerra de guerrillas siempre mantuvo una buena parte del ejército francés ocupado en prestar guardia a los correos y vigilar unas líneas de comunicación que con el avance de los ejércitos se iban prolongando. Y prolongando se fueron cuando Napoleón ordenó la toma de la capital española, sin haber logrado aniquilar los ejércitos españoles de los flancos y de la retaguardia. Pero Moore se acercaba a Salamanca, por lo que fue preciso ordenar a Lefebvre cubrir el flanco derecho del Emperador, yéndose por Palencia,

Valladolid y Segovia, mientras Ney se iba por Guadalajara para proteger el flanco izquierdo. Así, 130.000 soldados avanzaron sobre Madrid al mando del Emperador, tarea en la que se ocuparon desde el día 28 de noviembre, sin que la Junta hubiese decidido el reemplazo de los destituidos comandantes. El ejército español continuaba descabezado.

—Hay que pedir auxilio al general Moore —insinuó un miembro del cuerpo colegiado.

—¿Moore? ¿Quién es Moore para salvar a España? —contestó otro, indignado.

A ritmo frenético los miembros de la Junta se dieron a la tarea de reunir el destartado Ejército de Extremadura que contaba con 8.000 efectivos al mando del general Heredia, el resto de lo que quedaba de las tropas de Redding y otros grupos dispersos que en total sumaron 12.000 hombres que pusieron al mando del general Benito San Juan; una vez reagrupados, fueron puestos bajo órdenes del general Eguía, quien acto seguido los dividió en dos grupos, uno para cerrar el puerto de Somosierra y el otro para resguardar el paso por Guadarrama. Pero eran muy pocos y nada podían hacer contra la avasallante fuerza de choque francesa. San Juan colocó parte de sus efectivos en Sepúlveda y parte en el punto más alto del puerto de Guadarrama. Napoleón lanzó su principal ataque por esta zona, pero los 3.500 valientes de Sepúlveda detuvieron su paso el día 29 de noviembre, causando fuertes pérdidas al enemigo. La guarnición, al comprender que el Emperador amasaba aún más hombres para lanzar un ataque contundente al día siguiente, se desplazó hacia Segovia, dejando el resto del ejército de San Juan, ya situado en Guadarrama, sin apoyo efectivo.

El desprecio de Napoleón por la capacidad de combate de los españoles se manifestó en que avanzó por la carretera hacia el general San Juan sin cuidar de cubrir los flancos y escalar por las laderas. Por eso, cuando divisó la artillería enemiga, ordenó a su guardia personal compuesta por la Caballería Ligera Polaca tomarse las posiciones en la cima del puerto. Una lluvia de metralla cayó sobre los polacos, que buscaron refugio en una depresión del terreno. Enfadado, Napoleón les envió mensaje de cargar de nuevo porque era impensable que un «grupo de campesinos bandoleros pudiera detener su Guardia». Pero su Guardia desapareció bajo la metralla española cuando acató las órdenes. Comprendiendo su error, rectificó en el sentido de que su infantería diera rodeos por las colinas, ascendiera las laderas y diera con el enemigo atrincherado. La fuerza empleada fue sobrecogedora: rebasando las trincheras, finalmente, se apoderó de la cima. Una nueva carga de la caballería redujo al silencio la artillería y San Juan tuvo que tocar a retirada; cogiendo el camino de Madrid, fue seguido de cerca por el ejército francés. El 3 de diciembre de 1808 Napoleón llegaba a las puertas de la ciudad y la Junta a las puertas de la desesperación. La capital estaba en peligro de caer, por lo que 20.000 ciudadanos fueron armados con lo que había para acompañar al reducido ejército de 2.500 hombres que aguardaba el choque. Los españoles defendían el palacio del Retiro, el cuartel, el palacio de Medinaceli y el observatorio. Napoleón cargó el 4 de diciembre ante la negativa de la Junta de rendir la plaza, tomó los altos del Retiro, desbordó las trincheras, las defensas se desmoronaron y la ciudad se rindió. Fue el general Tomás de Morla quien convenció al pueblo de no ofrecer resistencia. Napoleón, quien previamente había parlamentado con él, le recriminó exhibiéndole en su cara el catecismo español; le dijo:

—¿Cómo creer en vuestra palabra si sois vosotros los que han envenenado al pueblo? Mirad: este catecismo dice que yo procedo del infierno; que engaño, robo, asesino y oprimo, y como si

fuera poco, dice: «¿Es un pecado matar franceses? Es al contrario, honrar a la patria si, de ese modo, la libra de insultos, del robo y de engaños». ¿Cómo creeros? —Y concedió hasta el día siguiente a las seis de la mañana para que se rindiera la ciudad bajo amenaza de destruirla. La Junta huyó a Badajoz y las gentes se encerraron en sus viviendas para no ver pasar a los franceses.

Lo primero que hizo el Emperador fue impedir que su tembleque, indeciso y cobarde hermano José entrara a Madrid, en tanto él se dedicara hacer las reformas que su espíritu revolucionario y su mente de organizador le dictaban. Así, limitó el número de órdenes religiosas, pensionó a los curas que colgaran la sotana y abolió la Inquisición; reorganizó el sistema tributario y dictó una serie de medidas administrativas que ya estaban vigentes en Francia, mientras esperaba concentrar sus ejércitos para la reconquista de Portugal y el sometimiento de Sevilla. Estaba de buen ánimo por dos razones: porque la lección dada a sus generales de cómo se hacía la guerra engrandecía aún más su sombra, que ya se proyectaba sobre el continente americano ennegreciendo el firmamento desde Venezuela a la Nueva Granada; porque la proyección de su sombra había paralizado al general inglés Hope con sus 6.000 hombres cerca de El Escorial, situados allí desde el 20 de noviembre sin que corrieran en auxilio de la capital y porque Moore tampoco había corrido a auxiliar las tropas españolas en la batalla de Tudela, donde el 23 de noviembre había sido despedazado el general Castaños, ni hecho movimiento alguno para perseguir a los franceses. Por el contrario, se había retirado hacia Lisboa. Parecía que los ingleses estuvieran dispuestos a «pelear hasta el último español», antes de entrar ellos mismos en combate. No en balde tales inacciones hacían creer a muchos que los ingleses esperaban el desgaste natural producido por el choque entre españoles y franceses, para luego, debilitados ambos, entrar a decidir la guerra. Es decir, que Inglaterra combatía con la sangre española puesta a su servicio.

Lo único que le había salido mal a Napoleón era que la Junta Central no había querido entablar negociaciones al empeñarse en continuar la guerra, por lo que el Emperador gritó encolerizado, dando grandes zancadas en su despacho del Palacio de Oriente:

—¿No soy yo el conquistador de España? ¿No supone la posesión de la capital que estos bárbaros depongan las armas y demos la paz a este país? ¿De qué están hechos los españoles? — Su ayudante de cámara tímidamente le contestó:

—Estos son los conquistadores de medio mundo, Sire. Creo que va a tomar el otro medio para someterlos. —Napoleón lo miró incrédulo y estupefacto. No le agradó el chascarrillo.

La situación estratégica era en ese momento la siguiente: el general Junot se situaba cerca de Madrid; Portier avanzaba hacia Zaragoza; Gouvion Saint Cyr marchaba a atacar a Barcelona con 30.000 soldados; Soult avanzaba hacia León con 17.000 hombres para acabar de destruir los fragmentos de tropa del destituido general Blake, ahora comandados por La Romana. En términos generales, los franceses disponían ahora de 250.000 hombres en la Península armados hasta los dientes. El Emperador no contaba con que el general Moore había dejado de huir hacia Lisboa, dado marcha atrás y ahora concentraba 25.000 tropas y artillería en Salamanca, precisado por el fortalecimiento del frente francés a cargo de su más brillante comandante y porque La Romana le anunció que iba a lanzar una ofensiva desde León con sus 15.000 hombres, con o sin ayuda inglesa. Algunos ingleses tenían todavía capacidad de avergonzarse.

Moore se puso en marcha desde Salamanca hacia el Noreste con sus 25.000 hombres y 66

piezas de artillería, dispuesto a caer sobre Soult de quien sabía solo contaba con 17.000 hombres porque en sus manos obraba un despacho francés que hacía mención de sus fuerzas. Era una oportunidad de oro, puesto que la destrucción de Soult supondría la interrupción de las comunicaciones francesas con Bayona, lo que obligaría a Napoleón a volver sus ojos hacia el Norte y quitarle presión al sur de España donde se asentaba el gobierno. Moore cruzó el Duero por Zamora y el 20 de diciembre enlazó con el general Baird en Mayorga. El 21 se desarrolló un primer encuentro en Sahún, donde fueron arrollados los franceses. Conocedor de la noticia, Napoleón suspendió el avance de Lefebvre hacia Lisboa y de Victor hacia Sevilla y se puso en marcha con 80.000 soldados camino de Guadarrama con la intención de rodear y aniquilar el ejército inglés e impedirle su retirada a Lisboa.

Poco después entraba el usurpador José Bonaparte, enfilándose hacia Palacio entre unas calles desiertas y hostiles de un reino, que en pie de guerra, iba a hacer eclipsar la estrella napoleónica.

## **España queda sola**

El frío arreciaba. El ascenso al puerto de Guadarrama demostró ser una tarea para titanes que puso a prueba la capacidad de resistencia del ejército francés y de Napoleón mismo, quien estuvo a punto de enfrentar una insurrección por parte de sus tropas. La tormenta de nieve, el frío y el cansancio permitieron que Moore escapara a buscar refugio en Astorga, camino de La Coruña, mientras los franceses se refugiaban del temporal en Villacastín. El Emperador estaba decidido a perseguir a los británicos hasta los mismos lugares de embarque, en vista de que no les había podido cerrar la retirada. Tras unas breves escaramuzas con la retaguardia inglesa la vanguardia imperial no había tenido éxito en las proximidades de Benavente. Moore escapaba de la trampa tendida. El 31 de diciembre huía de Astorga y pedía auxilio a la armada británica para que acudiera a evacuar sus tropas en La Coruña. La rapidez de la retirada inglesa, que en solo doce días llevó a su ejército hasta aquel puerto, entregaba el país a los franceses y obligaba a las fuerzas españolas a retirarse hacia Orense. España había quedado sola.

Vista su incapacidad de dar alcance a Moore, Napoleón desistió de perseguirlo personalmente y encargó de la tarea al mariscal Soult, asignándole 36.000 hombres, de los cuales 6.000 eran de caballería. El mariscal Ney le prestaría apoyo si era necesario con otros 16.000 soldados, en tanto el general Desoyes se dirigiría a Madrid a apoyar al advenedizo José; el general Victor con la mitad de sus hombres debía tomarse León y el propio Emperador partiría hacia Francia. Estaba alarmado por las noticias que recibía del rearme austriaco y la amenaza que aquello suponía para su imperio.

Cuando sus ejércitos supieron la noticia de su retorno a Francia, la moral se vino abajo; las tropas estaban acosadas por los guerrilleros, que no eran más que civiles armados que por primera vez actuaban en Europa contra un ejército invasor. Los franceses no habían conocido odio semejante. Enteraron al Emperador de que los campesinos les servían viandas envenenadas y que muchos soldados morían a causa de estos métodos desconocidos en guerra alguna. Napoleón precavó que debían hacer probar los alimentos primero a quienes los ofrecían para evitar tan

arteros métodos. Le respondieron: «Sire, ya les hemos hecho probar la comida y prefieren envenenarse probándola para que nosotros la comamos». Napoleón no salía de su asombro. Le contaron que una viuda con siete hijos había llegado al extremo de envenenarse ella con todos sus hijos con tal de envenenar a un pelotón de soldados franceses...

—Os lo hemos dicho... Estos españoles no conocen límites en su fanatismo —anotó Soult. Pero el César insistió:

—Permaneceréis en España, doblegaréis el lomo de estos salvajes y sanaréis esta úlcera. He nombrado a José comandante en jefe para que os coordine —dijo, y partió el 6 de enero de 1809 en medio del desconcierto de sus generales. Nadie creía en su rey. Napoleón atravesó Valladolid, Burgos, Vitoria, Tolosa, Irún y entró a Francia por Bayona en una carrera vertiginosa contra el tiempo: su coche entró en París el 23 de enero, ochenta horas después de haber salido de Valladolid, sin haberse detenido en parte alguna. Había derrotado a todos los ejércitos que se le interpusieron y hecho correr a uno; en consecuencia, la mitad septentrional de España había quedado en manos francesas y José reinaba, aunque reinara contra todo un pueblo. ¿Qué más querían de él?

Empero, el costo había sido alto; de los 450.000 hombres disponibles de Francia, 270.000 estaban empantanados en España. Diseminados por todas partes, todo el territorio español se convirtió en un campo de batalla en el que aun los correos exigían un ejército que los escoltara para garantizar la fluidez de la información. Miles de guerrilleros acechaban por todas partes, el ejército francés perdía continuamente el control sobre sus comunicaciones y los abastecimientos le crearon un continuo problema logístico, dada la imperiosa necesidad de utilizar convoyes fuertemente armados. Un solo convoy de provisiones, resguardado por 4.000 hombres, tardó treinta y siete días en llegar a Madrid desde la frontera francesa. Cien franceses caían diariamente asesinados por la guerrilla; tan pronto el ejército enemigo abandonaba una plaza recientemente conquistada, sobre ella caían los guerrilleros que masacraban el destacamento dejado para asegurarla. No menos de 180.000 franceses perdieron la vida por estos métodos en los cinco años de ocupación. La permanente necesidad de hombres había dejado el Imperio seriamente tocado: solo se disponía de 180.000 hombres para defender unas fronteras que se extendían del Oder hasta la sierra de Guadarrama. Y al Norte acechaba el otro peligro de una Europa que había perdido el miedo. Para 1810, el año definitivo de la rebelión en Venezuela y la Nueva Granada, Napoleón tendrá 463.000 hombres desplegados en España con la misión fundamental de pacificar un país que, indómito, mantenía en un insostenible desangre a Francia; pero los próceres de ultramar iniciarían su propio desangre de España y América. La Revolución iniciada por francmasones y afrancesados habrá de engullir a la América por los próximos doscientos años. Era una curiosa Fraternidad la que se había predicado. Y una curiosa Libertad de tiranuelos de hojalata, dictadores de postín y ladrones de librea.

## 16. EL SEÑOR GENERAL DON PABLO MORILLO

*El mayor monumento alzable en la enorme inmensidad del continente americano debiera dedicarse a la ingratitud de cuantos disfrutan y viven de la herencia de los conquistadores, es decir, a la ingratitud de cuantos lo habitan.*

FRANCISCO BELLO

### **España avanza**

Quien hubo de ser escogido para la reconquista de América se le asignó la prestación de servicios en Galicia, donde la situación parecía crítica porque el ejército inglés no había conseguido una victoria definitiva contra el mariscal Jean de Dieu Sout; por el contrario, el comandante John Moore se aprestaba a retirarse por el puerto de La Coruña hacia Inglaterra después de haber perdido más de 5.000 hombres en su larga y tortuosa marcha en medio del más crudo invierno y las peripecias de la inhóspita cordillera Cantábrica. Sout lo seguía de cerca y el 16 de enero de 1809 su vanguardia entró en contacto con la retaguardia del inglés, aunque desde el 11, tres de sus cuatro divisiones ya habían entrado en La Coruña y aguardaban ser evacuadas. En las cercanías del puerto Moore hizo explotar 4.000 barriles de pólvora que estremecieron la ciudad y no dejaron ventana buena. El 14 llegaron los ansiados transportes y el embarque procedió de inmediato; 15.000 soldados resguardaban a sus compañeros de cualquier ataque francés mientras la evacuación procedía en forma. El 16 Sout decidió lanzar su ataque principal por el Monte del Moro, mientras el resto de sus hombres cercaban a los ingleses y atacaban por todos los flancos. Moore dirigió la defensa personalmente hasta cuando una bala de cañón le destrozó el hombro izquierdo y fue retirado del frente herido de muerte. Los británicos contuvieron a los franceses en toda la línea, por lo que al atardecer de ese día Sout decidió retirarse mientras Moore agonizaba y moría. Los ingleses lograron embarcar la mayor parte de los efectivos que quedaban. Santiago de Compostela, el Ferrol y Vigo se abrieron al Mariscal de Francia, pero después de haber perdido 1.500 hombres en el intento de toma de La Coruña. Moore fue sustituido poco después por Arthur Wellesley, duque de Wellington.

Para Sout las cosas en Galicia no estaban saliendo del todo bien, pese a la retirada inglesa. Las partidas armadas que en esa región se habían formado para combatir al invasor lograron sitiar un cuerpo de su ejército en Vigo, el que se vio obligado a buscar una capitulación honrosa. Pero se presentó un problema consistente en que al no haber en Galicia un mando único, los franceses recelaban de que los acuerdos no fuesen respetados. Por otra parte, el comandante Chalet no quería rendirse ante una partida de guerrilleros, sino ante un oficial español de alto rango. Morillo llegó a Vigo en el momento en que esta situación se presentaba, por lo que se formó un Consejo de Guerra entre los paisanos y se decidió ascender al capitán Morillo al grado de Coronel «para causar más respeto al enemigo». Como los franceses dilataban el tiempo de la rendición,

esperanzados en que Soult los socorriese, Morillo les dio un plazo de dos horas para rendirse, finalizado el cual el nuevo Coronel inició el asalto que comenzó casi a tiempo que los franceses se rendían; Morillo tuvo que recorrer el campo y exponerse a las balas amigas para contener el ataque de sus propios hombres. Al final de la jornada, Morillo había hecho 1.213 prisioneros y tomado del enemigo un botín de casi 138.000 francos que repartió entre sus hombres. El ascenso a rango de Coronel del Ejército Español lo había conseguido con salto de garrocha, y esto le trajo inconvenientes con el alto mando, que decidió enviarle un interrogatorio al que Morillo contestó con decisión. No hubo Consejo de Guerra, porque la desesperada lucha que libraba España no daba para malograr un astuto y decidido hombre de combate, por mucho que se hubiese infringido el reglamento.

Dueño de la situación, Morillo se retiró hacia Tuy en la frontera con Portugal. Soult, en el entretanto, avanzó hacia Lugo. El marqués de la Romana decidió, entonces, retirarse a Oviedo, donde no obtuvo los recursos que buscaba; la ciudad cayó en manos del mariscal Michel Ney el 18 de mayo de 1809, quien prosiguió hacia Lugo donde se encontró con Soult. El plan trazado era que mientras Ney enfrentaba al general de la Carrera, conde de Noroña, Soult atacaría al marqués de La Romana en el valle del Sil. Noroña, ante la presión de Ney, se retiró hacia el sur, pero al llegar a la ría de Vigo se encontró con que Morillo había destruido el puente Sampayo, por lo que quedaba atrapado frente a un enemigo que, por fortuna, había decidido acampar en Pontevedra y no continuar la persecución. Noroña cruzó en barcas la ría, salvándose de ser acorralado mientras Ney malgastaba su tiempo acampado. Cuando los franceses finalmente llegaron a la ría los españoles estaban ya bien atrincherados al otro lado. La única solución era que Soult les cayera por la retaguardia y diera buena cuenta de ellos, pero Soult no aparecía. Ney decidió, entonces, cruzar la ría por un vado que se lo permitía. La artillería española tronó y a Ney se le impidió cruzar el vado tras sufrir serias pérdidas. Habían caído 600 hombres en el intento y el coronel Morillo se cubrió de gloria por su eficaz acción y colaboración en detener a los franceses. Morillo obtenía su primera medalla acuñada el 6 de julio por la Junta Suprema «en honor a los héroes de puente Sampayo». Había quedado listo para acciones posteriores, más gloriosas y resonantes.

Al recientemente creado Regimiento de la Unión en abril de 1809 fue asignado el también recientemente ascendido coronel Morillo, quien había logrado espectaculares ascensos sin carrera de oficial en el ejército de tierra y sin el tiempo necesario para conseguirlos. Solo por aguda observación Morillo fue asimilando en el campo de los acontecimientos lo que a otros era dado conocer en las academias militares. Dedicose a las actividades castrenses con total entrega y exclusividad. Tras algunas escaramuzas sin trascendencia, en el pueblo de Fuenteovejuna recibió su primera herida de consideración cuando se puso al frente de sus hombres para dar la carga que salvaría el día y que terminaría con los franceses acorralados en la iglesia del pueblo, que fue incendiada; ante la rendición de la guarnición enemiga, Morillo ordenó respetar la vida de los prisioneros mientras él mismo se reponía de la herida recibida.

Por toda España había cundido la noticia de que el Emperador de los franceses era un libertino que ni siquiera había esperado a que su nueva emperatriz María Luisa, de dieciocho años, se hubiese desposado con él para poseerla; que con la misma urgencia con la que hacía la

guerra, la misma noche de su llegada a Copiègne había consumado el acto el 27 de marzo de 1810. Aunque obediente, María Luisa había sido criada odiando a los franceses y a su revolución. Cuando después se supo que el 2 de abril, día de la boda, las sillas de los obispos invitados permanecieron vacías en protesta por lo que había hecho al Papa, la militancia religiosa española compuesta por curas, frailes y fieles, se enardeció aún más para continuar la guerra de desgaste en la que estaba empeñada. La siguiente noticia, sin embargo, dejaría sonrientes a los españoles: que el 4 de mayo había nacido a María Walewska un hijo de Napoleón, a quien llamaron Alexandre Florian Joseph Colonna y que Napoleón la iba a llevar a vivir permanentemente en París como su concubina. Desde entonces aplaudieron el hecho de que una emperatriz y una concubina lo habrían de mantener suficientemente ocupado como para que no volviese a poner pie en España.

El 14 de marzo de 1811 Morillo era ascendido a general de brigada al mando del general Rowland Hill, uno de los comandantes de Wellington. Era otro espectacular ascenso, conseguido en tan solo dos años. Poco antes de incorporarse a sus filas, Morillo atacó a bayoneta calada el 6 de junio en Belalcázar, provincia de Córdoba, un fuerte destacamento francés de 500 hombres de infantería y 80 de caballería, fiel a la tradición española del cuerpo a cuerpo en la que los soldados españoles eran temibles; pero apenas se hubo realizado la carga, y con solo 48 muertos franceses contra tres españoles, el destacamento sacó bandera blanca y tocó a retirada. Morillo hizo 100 prisioneros. A esta ofensiva siguieron otras de menor importancia, hasta cuando se le ordenó incorporarse a las filas del general Hill. Allí brilló su destacamento como uno de los más disciplinados del ejército español, algo que había conseguido a base de medidas extremas, como cuando fusiló en enero de 1812 a uno de cada 20 hombres, 10 en total, entre los 200 que en una oportunidad desertaron de su ejército. Bolívar habría de cometer un acto semejante el 20 de mayo de 1814 en las cercanías de Carabobo, solo que aun con mayor rigor: mandó fusilar a uno de cada cinco, 40 en total, entre similar número de desertores. Tales medidas no eran infrecuentes en tiempos de guerra de aquella época, pero pueden dar una medida de lo que uno y otro jefe toleraba en su conciencia en cuanto al umbral de crueldad o severidad se refiere.

Mientras Morillo avanzaba en su carrera militar y España avanzaba contra Napoleón, los reinos españoles de ultramar se debatían desde 1808 en sus afectos y desafectos, porque desde entonces las Juntas Supremas formadas en España se disputaban con la Junta Central de Sevilla el dominio sobre el corazón americano. Cada una disputaba su soberanía sobre las Indias, en tanto los americanos se preguntaban si no era hora de que ellos mismos la ejercieran, y fue por ello que se formaron las Juntas Supremas locales que, a la manera de lo que ocurría en la Madre Patria, habían traído la anarquía y sembrado de dudas la mente de aquellos comisarios que estaban decididamente a favor de mantener el vínculo de unión. Ninguno se explicaba por qué la Junta Central, finalmente constituida para restablecer el orden, mostraba tal hostilidad hacia sus émulas americanas que, representando similares provincias, de ninguna manera podían ser tratadas como inferiores a las que las provincias peninsulares habían constituido. Por otra parte, ¿quién debía gobernar el Imperio y de dónde provenía la legitimidad? Si Napoleón había sustituido al Rey y la Junta a las juntas y la guerra degradada al honor militar, ¿no provenía la legitimidad de quien disparara la pistola y liquidara al contrincante? ¿Acaso el Imperio debía ser gobernado por una Junta sin Rey, o por un pistolero sin abolengo? Ya desde 1810 la Nueva Granada y Venezuela

habían proclamado sus independencias y la guerra civil entre criollos asolaba unos territorios que no habían conocido la violencia —salvo episodios puntuales y limitados— en tres siglos durante los cuales imperó una paz casi absoluta, una calma chicha, una modorra complacida de bienestar y de progreso. Desde entonces y hasta 1816 la anarquía significó, en efecto, la fragmentación y disputa entre propios de la soberanía que inicialmente se buscaba, pues las élites criollas no cesaron de invocarla en los cabildos de las distintas ciudades y en disputarla unos con otros en los campos de batalla.

### **La batalla de Arroyo Molinos**

Entrado el año 1811 los franceses habían renunciado ya a la conquista de Portugal y se contentaban con hacerse fuertes en España, manteniendo resguardada la línea fronteriza. Desde el mes de septiembre la lucha se había reiniciado en Bodón y Alfayates; para el resto de los ejércitos localizados en el Sur, que tenían a su cargo mantener las comunicaciones con Madrid por la vía de Trujillo, era indispensable defender Badajoz, que también garantizaba la unión con Sevilla y las fuentes de abastecimiento de los ejércitos del Norte. Por esta razón las divisiones de Ballesteros y Blake habían intentado algunas ofensivas contra Badajoz, con muy poco éxito, por lo que se dejó a las guerrillas el acoso permanente e interrupción de los abastecimientos. En este período las guerrillas comandadas por Pablo Morillo estuvieron muy activas, algo que preocupaba al alto mando francés que temía verse rebasado, simultáneamente, por ellas y por las tropas del 5.º Ejército al mando del general Pedro Gerén. Por ello, la situación francesa era esencialmente defensiva, pues mientras las fuerzas de Castaños ocupaban las zonas de Cáceres, Alburquerque y Alcántara en Extremadura, las del general Hill se encontraban en Portalegre y Extremos, Portugal, con lo cual la ruta hacia Madrid estaba bastante asegurada; aunque la mayor parte de Extremadura estaba controlada por el enemigo, las acciones guerrilleras mantenían a los franceses en movimientos y zozobra constantes.

Todo dicho, la idea del alto mando era consolidar un eje defensivo sobre Madrid lo suficientemente amplio, desde Zafra hasta Plasencia en Extremadura, y luego Ciudad Rodrigo, en Castilla y León, que permitiera movimientos eficaces de defensa en cualquiera de los puntos amenazados. Por eso el general Morillo ordenó el desplazamiento de sus tropas hacia esta última ciudad con el propósito de ampliar aún más el eje defensivo. Para provocar a su enemigo, Drouet ordenó al general Girard avanzar hacia Cáceres con 5.000 hombres, más cerca del eje español y directamente contra el conde Penne Villemur, comandante de las fuerzas españolas de Cáceres, quien al conocer los movimientos, se retiró hacia Salorino, dirección Alcántara, el 12 de octubre. Este movimiento permitió abrir una brecha que situaba a los franceses directamente en vía de choque contra las fuerzas del general Hill situadas en Portalegre, quien avanzó hacia Alburquerque el 23 de octubre. Girard había caído en la trampa y se hallaba muy lejos de Drouet, quien se encontraba posicionado en Zafra. El 24 de octubre llegaban a Alburquerque las fuerzas de Girón, de Morillo y de Villemur, que enlazaron con las de Hill. Cuando los destacamentos franceses iniciaron las primeras ofensivas, Girard se dio cuenta de que su situación era

insostenible y decidió retirarse a Torremocha. Las fuerzas aliadas combinadas iniciaron, entonces, una frenética persecución. El general Girón fue el primero en localizar al enemigo que huía por la carretera de Mérida hacia Arroyomolinos, donde se detuvo a descansar, ignorando que las fuerzas aliadas estaban ya muy cerca. Hill se reunió con Girón en Alcuescar, a cuyas proximidades llegó el resto de las fuerzas aliadas. El general Morillo se situó en la sierra de Montánchez para cortar cualquier retirada al enemigo. El 27 Hill inició la marcha hacia Arroyomolinos, distante solo 5 kilómetros.

A las dos de la mañana, y pese a que la tormenta que llevaba varios días abatiendo la tropa no había amainado, el general Hill avanzó hacia Girard y colocó sus columnas en la depresión del río Aljucén, movimiento que no fue detectado por los franceses. La idea era atacarlos y hacerlos huir hacia la sierra de Montánchez a donde les cortarían el paso el general Morillo con su Regimiento. Ignorante de todo cuanto acontecía, Girard inició un movimiento de su vanguardia rumbo a Medellín y cuando impartía instrucciones al resto de su ejército se iniciaron los primeros ataques. Creyendo que se trataba de una partida de guerrilleros, inició el movimiento sin tomar posiciones defensivas, lo cual expuso sus flancos. Cuando la artillería aliada entró en acción, a Girard no le quedó duda alguna de que se trataba de un ataque en forma, pero ya era demasiado tarde. Los aliados atacaban simultáneamente por tres de los lados expuestos, mientras los franceses trataban de organizar una defensa que les resultaba precaria; muchos soldados habían sido cogidos por sorpresa en las calles del pueblo y, con los caballos amarrados en la retaguardia, la confusión no se hizo esperar. Los regimientos aliados entraron en la aldea y se dieron a la fácil tarea de perseguir a los franceses, dispersos como estaban. Como pudo, Girard se retiró con 600 hombres por la carretera de Trujillo, seguido de cerca por las columnas aliadas del flanco izquierdo. Girard, comprendiendo la inutilidad de la fuga por esa vía, optó, entonces, por tomar las estribaciones de la sierra de Montánchez, escarpada y cubierta por una espesa niebla. Allí tuvo que enfrentarse a las tropas de Morillo que le cortaron el paso. Girard logró escapar con un resto de soldados por Ibahernando y Zorita y, atravesando el Guadiana, llegó a Orellana la Vieja. Los aliados descansaron en Santa Ana, pero el ejército de Girard había quedado destruido: 2.000 franceses quedaron tendidos en el campo, en tanto se hacían 1.400 prisioneros, entre los que se encontraban el general Brun, el jefe de estado mayor Idry, dos mayores, treinta oficiales de diferente graduación y nada menos que el príncipe duque de Aremberg, amén de todos los pertrechos de guerra de que disponía el ejército de 5.000 hombres de Girard, cuyos restos vagaban sin rumbo por el campo y eran muertos o capturados por guerrilleros y campesinos. Los aliados habían sufrido tan solo 70 bajas. A juzgar por estas cifras, no en vano se presentaron insubordinaciones en el 5.º Ejército francés y hasta disputas entre las fuerzas polacas a su mando.

Esta importante victoria logró que Drouet se retirara definitivamente de Mérida. La cuña, metida en las profundidades de Extremadura, hizo posible la reconquista de Ciudad Rodrigo el 19 de enero de 1812 y de Badajoz el 7 de abril, quedando prácticamente toda la provincia en manos aliadas. Pero no todo eran buenas noticias; los excesos y crímenes cometidos por las tropas inglesas en Badajoz fueron alimentando en el ánimo de Morillo un resentimiento que se iría acentuando con el paso del tiempo y las vicisitudes de la guerra. Los ingleses ayudaban y destruían, simultáneamente. España se les convirtió en un coto de saqueo y depredación. Los

franceses se retiraron, por Almaraz, de toda la provincia en mayo. Ahora las exigencias de la guerra que Napoleón libraba en el este europeo obligaban a disminuir permanentemente los efectivos franceses desplegados en España. Francia estaba llegando al borde del agotamiento de su capital humano que padecía una sangría continua. Las grandes batallas de Abensburg- Eckmühl del 20-22 de abril, de Aspen-Essling del 21-22 de mayo, la de Wagram del 5-6 de julio de 1809 habían ocasionado cientos de miles de bajas en el ejército francés y agotado su capacidad de leva de más hombres; como si fuera poco, la gran invasión a Rusia, comenzada el 23 de junio de 1812, iba a significar el mayor esfuerzo económico y militar que jamás se hubiera propuesto el Emperador, quien ahora tenía abiertos dos frentes que lo llevaban más allá del límite de sus fuerzas.

### **De Los Arapiles a Vitoria**

En las colinas de Arapil Chico y Arapil Grande, al sur de Salamanca, el 22 de julio de 1812 las tropas aliadas comandadas por el duque de Wellington volvieron a infligir una resonante e importante derrota a las tropas francesas comandadas por el general Auguste Marmont, quien había sustituido a Massèna, caído en desgracia tras sus fracasos. Wellington había vuelto al teatro de guerra hispano-portuguesa en la primavera de 1809, después de haber tenido que embarcarse para Londres en el invierno de 1808 para dar explicaciones de por qué se había dejado escapar a los prisioneros galos a Francia, tras haber sido derrotados en Portugal. Exculpado por no haber sido él quien lo hubo permitido, Wellington desembarcó en Portugal, se tomó Oporto y expulsó a los franceses del país. Había sido nombrado comandante de todos los ejércitos aliados con la anuencia de las Cortes de Cádiz y, decidido a avanzar rápidamente al interior de la Península, cruzó la frontera con Portugal, buscando dar el golpe definitivo a los franceses. Habiendo intentado caer sobre Madrid, sufrió terribles pérdidas en la batalla de Talavera y tuvo que regresar a la frontera portuguesa a lamerse las heridas. Luego volvió a derrotarlos en Fuentes de Oñoro en la primavera de 1811.

La invasión napoleónica de Rusia presentó a Wellington la oportunidad de arremeter en forma contra un enemigo que constantemente tenía que retirar hombres del frente español para acometerlos al ruso. Así, mientras el enemigo era hostigado o derrotado en la cornisa cantábrica y en Extremadura, el Duque avanzó por el centro del país para entablar combate con el general Marmont quien, situándose en Salamanca, le cerraba el paso hacia Madrid. No duró mucho su permanencia en esa ciudad, pese a haber construido importantes fortificaciones con las ruinas de las edificaciones que él mismo había ordenado derrumbar; al conocer que Wellington iniciaba su avance el 13 de junio desde Ciudad Rodrigo —ya en poder de los aliados desde enero de ese año— Marmont se retiró hacia el Norte para encontrarse con el general Bonnet que venía en su auxilio desde Asturias con una fuerza de 10.000 hombres. Marmont había dejado un destacamento en Salamanca con instrucciones de resistir a los ingleses hasta cuando él regresara para socorrerlos con su fuerza aumentada. No obstante, cuando comprendió que Wellington no lo perseguiría, sino que hacía preparativos para sitiar la plaza, Marmont volvió sobre sus pasos

dispuesto a entablar combate con el inglés, que se vio forzado a salir a campo abierto con la parte de su ejército que no participaba en el asedio. Tras distintos movimientos de ambos ejércitos, finalmente se encontraron el 21 de junio en una colina cercana donde los ingleses ocupaban las alturas en posición ventajosa. Marmont no se decidió atacar, ni Wellington lo hizo tampoco, temiendo perder su ventaja, y pese a tener 8.000 hombres más que su enemigo. Entonces, cuando las fortificaciones salmantinas cayeron en poder de los ingleses, Marmont salió huyendo hacia Valladolid, tras el Duero, para evitar que contra él se concentrara todo el fuego británico. Reunió allí con Bonnet, y ya con fuerzas suficientes, volvió a avanzar contra Wellington, acampando cerca de Tordesillas. Al ver a los ingleses hacer otro tanto en Rueda y La Seca, Marmont amagó, entonces, cruzar el Duero por Toro, y mientras los ingleses se preparaban para ir en su búsqueda, hizo cruzar a sus tropas por Tordesillas, cogiendo a los ingleses completamente desprevenidos por la retaguardia, la que no sucumbió gracias a las milicias hispanas, conocedoras del terreno. El juego de marchas, contramarchas, quites y amagos para eludir el flanqueo, se prolongó por espacio de tres días, hasta cuando el 20 de julio ambos ejércitos marcharon paralelamente a menos de 500 metros de distancia el uno del otro. Al final, Wellington se retiró a Salamanca y Marmont a Huerta, muy cerca el uno del otro. El 21, Wellington, más seguro de sí mismo, decidió cruzar el Tormes por Santa Marta, acampando en Carbajosa, donde se desató una tremenda tempestad que fue aprovechada por Marmont para retirarse hacia el Oeste. Inmediatamente el Duque determinó que sus efectivos se dispusieran de tal forma que resultara para él fácil tanto atacar como defenderse y retirarse del campo de batalla planteado en la colina de Arapil Grande, que los ingleses ocuparon rápidamente; mientras tanto, los franceses se resguardaron en Arapil Chico, sitio al que los ingleses no tuvieron acceso.

El choque de los dos ejércitos se desplazó hacia el poblado de Los Arapiles, más al Oeste, mientras tres divisiones francesas al mando de Maucune iban ocupando toda la extensión del escarpe de una meseta frente al pueblo, que la dividía en dos colinas. Marmont ordenó que Bonnet se situara junto a Arapil Grande, con lo que sus divisiones quedaron muy separadas las unas de las otras al dejar un hueco de unos dos kilómetros entre Maucune y Bonnet. Al comprender la posición de los franceses, Wellington ordenó a la caballería pesada de Le Marchant cargar sobre Maucune en la meseta, apoyado por Leite, en tanto que a Cole ordenó cargar sobre Bonnet en el Arapil Grande. La carga británica tuvo un efecto demoledor en las divisiones de Maucune; a poco andar, la resistencia se desbarató y sus divisiones huyeron para salvarse; con peor suerte corrió Cole, quien lejos de tomarse el Arapil, fue detenido en el empuje y su carga aniquilada. Las divisiones de Bonnet intentaron perseguir la desbandada del inglés Cole, pero la intervención de las divisiones de Hope y Clinton cerraron el paso a los franceses, por lo que el día fue fructífero. Bonnet tuvo que retirarse a toda prisa para salvar lo que quedaba de su ejército. No obstante, el tercer Ejército francés había sido derrotado por completo. El avance de Wellington sobre Madrid, que se le abría de par en par, hizo que el advenedizo rey José pusiera pies en polvorosa, huyendo por la vía de Valladolid y Palencia y yendo a parar a Burgos, donde encontró refugio en las líneas francesas como supuesto comandante de un frente para el que no tenía capacidad de mando.

Morillo, quien había estado combatiendo por su cuenta durante buena parte del año 1812, fue de nuevo asignado a reunirse en el Sur con el general Hill a principios de junio de 1813; los

generales Hill y Morillo, ya enlazados, iniciaron su marcha hacia el Norte. El plan de Wellington era cortar la ruta de retirada del ejército galo hacia Francia, envolverlo y cargar en ariete por el centro. Apercebido de los movimientos de Wellington que amenazaban rebasar sus filas, José y los generales Reille, Gazán y Drouet decidieron retroceder y concentrar sus efectivos en Vitoria. Dos generales españoles fueron seleccionados para flanquear a los franceses: por la izquierda, el general Longa y por la derecha el general Morillo.

Las fuerzas de los franceses en número de 70.000 eran ahora inferiores a las de los aliados, que contaban con 83.000 hombres, aunque su caballería y artillería eran evidentemente superiores. El 21 de junio de 1813 a las ocho de la mañana los ejércitos se situaron en posición de batalla, con la retaguardia francesa en los alrededores de Vitoria y el grueso de sus tropas encarando a Wellington. Sobre la retaguardia y por el Norte, el general Longa daría la carga y por la vanguardia, hacia el Sur, el ejército de Morillo haría otro tanto. Wellington se encargaría de atacar el centro. Las tropas francesas estaban mandadas por 2.000 oficiales contra 3.800 de los aliados. En el sur los franceses concentraban 35.000 hombres y en el centro unos 17.000; Wellington se le encaraba con casi 79.000 hombres por el centro, en tanto las tropas españolas situadas en los extremos derecho e izquierdo eran algo más de 25.000 soldados. Morillo cargó en el Alto de la Puebla, dejando atrás a una brigada inglesa que lo acompañaba; los franceses cedieron el terreno y Morillo tomó 400 prisioneros, pero fue herido. Wellington, por el centro, era contenido por los franceses, en tanto Longa les cerraba el paso hacia Mondragón. El ataque de Morillo había sido tan contundente que el general Jourdan, creyendo que el ataque de mayor envergadura se llevaría a cabo por el Sur, desplazó parte de sus tropas hacia ese punto neurálgico, debilitando el centro. Al ver estos movimientos, Wellington ordenó una nueva carga frontal por el centro, lo que hizo mella en el ejército francés que empezó a ceder ante el empuje británico que ostentaba una cuantiosa superioridad numérica. Morillo había salvado el día, y a Wellington. Al mismo tiempo, el general español era frenado en su empuje por las reforzadas posiciones francesas del Sur, pero la caballería de Julián Sánchez hizo un rodeo y cargó contra la espalda francesa, copando al enemigo. Morillo conquistó el Alto de la Puebla, mientras los franceses se retiraban a Vitoria.

Puesto que el escape a Francia por Logroño estaba cortado, la única ruta que quedaba al enemigo era por la vía de Salvatierra. Hacia las seis de la tarde la situación francesa se había tornado desesperada. Morillo, sin dar tregua, bajaba del Alto de la Puebla y continuaba la carga contra el ejército francés en retirada que, ya desbordado por las tropas españolas, la convirtieron en desbandada, contagiando al resto de ejércitos que abandonó vituallas y tesoros robados, como alhajas, objetos de museo y cuadros de Rafael, Tiziano, Velásquez y Murillo. En la refriega el general Jourdan perdió su caballo y el bastón de mando, en tanto que José perdió la espada que le regaló la ciudad de Nápoles y solo logró salvar la vida huyendo a caballo bajo la protección de 50 dragones que lo defendieron contra los húsares ingleses. El pillaje al que se dedicaron los aliados no permitió que se pudiera continuar la persecución del enemigo al día siguiente, pues toda la soldadesca se solazó con los ricos tesoros hallados. Los ingleses, por su parte, no respetaron siquiera a sus aliados españoles, pues también se dedicaron al pillaje en las aldeas vecinas. Los franceses dejaron en el campo más de 8.000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros y los aliados unos 5.000, entre ellos algo más de 500 españoles. Morillo fue

ascendido a Mariscal de Campo. Napoleón había perdido en España, pero había ganado en América. Allí la revolución rugía. También resonaba la *Fantasia para orquesta* de Beethoven, *La victoria de Wellington* o *La Batalla de Vitoria*, encargada por Johann Nepomuk Malzel, que se oyó por toda Viena al mismo tiempo que la noticia.

### **Morillo entra en Francia**

La tremenda e inesperada derrota del ejército francés en Vitoria forzó a Napoleón a recurrir al general Soult, quien se trasladó de Alemania a recomponer los restos de su ejército que, deshecho, cruzaba la frontera hispano-francesa en busca de refugio en sus propios y conocidos lares. El plan de Soult era reorganizar sus maltrechas formaciones y llevar la guerra otra vez a España, a Pamplona, donde todavía se defendían algunos restos del derrotado ejército, y así evitar la destrucción que se avecinaba en su territorio. En efecto, Soult dividió en tres columnas los 80.000 hombres que volvió a poner en condiciones, cruzó los Pirineos y cayó sobre la capital de Navarra. Pero Morillo ya había cruzado la frontera y se dirigía hacia Saint-Jean-de-Pie-de-Port cuando se encontró a bocajarro con un cuerpo de ejército francés que iba en dirección contraria. El 24 de julio se trabó el combate. Las tropas anglo-españolas, que dominaban el escarpado terreno, resistieron los primeros embates franceses que se prolongaron hasta el día 25 y lograron hacer retroceder una compañía inglesa que consolidó sus posiciones con las españolas; 17.000 franceses, finalmente, fueron detenidos por 6.000 aliados. Conocedor de la peligrosa situación, Wellington ordenó levantar el sitio de San Sebastián y arremeter contra Pamplona, a donde envió al general Graham, mientras él se dirigía a Urrutia a enlazar con el general Hill. Wellington tuvo que reconocer el brillante desempeño de Morillo en contener a los franceses y dar tiempo a que él se pusiera en marcha para reforzar las posiciones aliadas.

Para los franceses la situación se tornaba desesperada. Ya en retirada y en pleno invierno de 1813-1814, se llamaron a filas a cerca de un millón de hombres para defender *la patrie*. Entre ellos había 150.000 jóvenes de la leva de 1815, policías, campesinos y funcionarios casi todos pasados de años. A las desgracias militares en España se le había sumado la derrota de Napoleón en Rusia, el mayor desastre militar jamás experimentado por país alguno en Europa. La situación era tan crítica que el llamamiento era ahora para defender París a toda costa.

En el campo diplomático, Napoleón continuaba haciendo esfuerzos por enmendar sus errores y congraciarse con el que fuera: para eso había liberado al Papa de su prisión en Francia y devuelto a Fernando el trono de España a cambio de un cese de hostilidades en el frente español y neutralidad en la guerra europea, por lo que los plenipotenciarios de ambas naciones llegaron a un acuerdo el 11 de diciembre en Valençai. Sin embargo, el 9 de diciembre de 1813 las tropas de Morillo cruzaron el río Nive, y tras breves escaramuzas, los franceses se replegaron. El 18 de diciembre atacó Medionde y Hélette, pero los escuadrones ingleses de Húsares de von Alte se dieron al pillaje, por lo que un destacamento de caballería de Soult los atacó sorpresivamente y hubo varias bajas y prisioneros entre las tropas inglesas que ya tenían antecedentes de pillaje y borracheras frecuentes con el vino y licores que esquilaban a las poblaciones. Es posible que

algunos soldados españoles hubiesen concurrido con los ingleses en estos lamentables actos, pero no es menos cierto que a estos últimos no les faltaba pan, mantequilla, queso, té, leche y carne, pues Wellington se cuidaba de que sus hombres no careciesen de ningún aprovisionamiento que sí, en cambio, faltaba a las tropas españolas por la situación de desabastecimiento en que se encontraba el país.

Como si fuera poco, los ingleses y sus prostitutas ocupaban las mejores viviendas en los pueblos ocupados, mientras a los españoles se asignaba las pocilgas, según carta del propio Morillo al general Freyre. Esta carta ocasionó una severa represalia por parte de Wellington, quien ordenó como castigo que la división española permaneciese formada durante cinco días, después de que von Alten y Morillo recibieran una fuerte reprimenda de su parte. De hecho los españoles se llevaron el peor castigo, pues el permanecer durante cinco días formados a la intemperie en el crudo invierno no dejaba de ser una severísima medida que predispuso el ánimo de Morillo contra el mando inglés. Las repetidas protestas del general español, particularmente la que hiciera en San Juan de Luz al no contar con alimento suficiente ni calzado para sus hombres, precipitó un enfrentamiento con el arrogante Wellington, quien decidió castigar aún más severamente a Morillo y a los hombres a su mando; la represalia consistió en hacerlos formar desde una hora antes del amanecer hasta una hora después del anochecer, con todos los oficiales presentes.

En cumplimiento de la arbitraria orden, Morillo hizo formar la tropa y puso a sus oficiales, también formados, frente a ellos. Era la forma de retar el aguante y permanencia. Cuando al atardecer del día siguiente un soldado se tambaleó y amenazó con desplomarse, Morillo gritó: «¡Que los compañeros sostengan a los flaqueantes!» y así se hizo; pero los que sostenían a los desmayados pronto flaquearon ellos mismos y las filas, antes rectas e impávidas, se fueron torciendo y descuadrando en el terrible frío del Pirineo francés. La ira de Morillo contra los ingleses iba creciendo. Uno a uno vio caer de las filas a sus hombres, desmayados o muertos bajo el intenso frío. Tres días más tarde, 136 hombres habían sido dados de baja por el frío, el hambre y la crueldad del castigo. Morillo cumplió, no obstante, y durante seis largos y penosos días permaneció formado junto a sus hombres para darles ánimo y ejemplo. Su desprecio hacia los ingleses llegó a su máxima intensidad.

Pese a los castigos injustos y extremos, pese a las hambrunas y a la evidente discriminación contra los españoles, los 12.000 hombres de Morillo pudieron sostener un ataque francés en las cercanías de Motte de Garris a mediados de febrero de 1814 y luego reaccionar con tal ardor que las posiciones francesas fueron rebasadas y tomadas. Esta batalla hizo justificadamente crecer la fama de Morillo, quien ahora recibía profusas felicitaciones por parte del gobierno español y acreditaba su nombre como una leyenda entre la oficialidad y las tropas. Procedió luego a avanzar sobre Navarrenx, ciudad que sitió e instó a su rendición. El 24 de marzo don Fernando VII, liberado por Napoleón, cruzaba la frontera e ingresaba a España. La sombra del Emperador, antes agrandada por el amanecer de sus victorias, se desvanecía ahora en el ocaso de sus derrotas.

Los esfuerzos militares y diplomáticos del tirano de Europa resultaron vanos, aunque sus esperanzas de una recuperación bélica se cifraban en que después de las terribles campañas de 1813 los ejércitos aliados debían estar agotados y detendrían su marcha. Francisco, por ejemplo,

era de la opinión de que si Austria recuperaba sus posesiones en Italia, él estaría dispuesto a aceptar el regreso de Francia a sus «fronteras naturales» del Rin, los Alpes y los Pirineos. Los ingleses también se inclinaban por esta fórmula. Los prusianos, en cambio, exigían que la campaña prosiguiese hasta sacar del poder al odiado Corso. A petición de los aliados, Napoleón aceptó el 30 de noviembre de 1813 las tales «fronteras naturales», pero los aliados se desdijeron y propusieron el regreso de Francia a las fronteras de 1792, por lo que Napoleón, sintiéndose engañado, rechazó la propuesta. El 22 de diciembre el general Dredé cruzó el Rin y sitió a Hunigen; el 29 de diciembre lo hacía Blücher por Colmar y el 31 Schwarzenberg por Colmar. Las líneas de defensa napoleónicas se extendían de Estrasburgo al mar del Norte, defendidas por solo 67.000 hombres escasamente armados. La situación era desesperada. Los nuevos ejércitos franceses de defensa no llegaban a constituirse y de los cerca del millón de hombres llamados a filas no se reclutaron más de 120.000, a quienes les faltaba todo lo indispensable para sostener una defensa. El 11 de enero Murat, cuñado de Napoleón, lo abandonaba a su suerte y su defección ocasionó que los reclutamientos de Italia tampoco se materializaran. Por el contrario, 30.000 napolitanos se enlistaron en las tropas aliadas. En el campo diplomático, el gobierno español rehusaba ratificar su neutralidad, por lo que la situación del sur francés se tornaba preocupante. El Imperio estaba cercado. No podría extraer hombres del frente pirenaico para trasladarlos al frente del Rin. Victor retrocedía en Estrasburgo ante el avance de Schwarzenberg y Marmont se replegaba a Metz.

El 17 de enero Ney, Victor y Marmont se refugiaron tras el Mouse, pero el 22 Schwarzenberg cruzaba, de todas formas, el río. La invasión de Francia se estaba llevando a cabo y las esperanzas de Napoleón de ver al campesinado reaccionar como en su momento lo había hecho el campesinado español contra el invasor se desvanecieron; los campesinos franceses permanecieron apáticos viendo pasar al enemigo que ya estaba 100 kilómetros adentro. No obstante, Napoleón se empeñaba en defender París hasta «quedar sepultados bajo sus ruinas». Su estrategia consistía en no permitir que los dos principales ejércitos aliados, los de Bohemia y Silesia, se unieran para atacar la capital, aunque para finales de enero de 1814 se estaban acercando a la capital: Schwarzenberg se aproximaba con tres columnas, Wittgenstein se dirigía a Neuchâtel; el ejército de Bohemia cruzaba Bar-sur-Aube; Colloredo se acercaba a Châtillon-sur-Seine; el ejército de Silesia de Blücher también avanzaba hacia París. Napoleón escogió enfrentarse a este último ejército primero y avanzó hacia Brienne, en un intento por cogerlo por la retaguardia. El 29 se trabó el combate durante todo el día y parte de la noche; Blücher, finalmente, se retiró en completo orden. Su ejército enlazó con el de Schwarzenberg en Trannes y el 1 de febrero lanzaron un ataque contra Napoleón con 110.000 soldados en las inmediaciones de La Rothière, cuando este solo contaba con 40.000 hombres. Después de una enconada batalla en la que los ejércitos en choque sufrieron similares pérdidas, Napoleón tuvo que retirarse a Troyes, habiendo perdido 50 cañones. Por el camino sus reclutas en número de 4.000 lo fueron abandonando. Los habitantes se encerraron en sus casas y le negaron apoyo.

Pero el Emperador no estaba todavía liquidado; Marmont derrotaba a Dredé en Arcis-sur-Aube, mientras los ejércitos aliados no encontraban una coordinación general que los hiciera efectivos. La masa se imponía: había 200.000 aliados luchando contra 70.000 franceses. «Prefiero

ver a mi hijo degollado que verlo en Viena de príncipe austriaco», dijo. Tras pequeñas pero significativas batallas, movimientos astutos y explotación oportuna del éxito, Napoleón había demostrado en seis días de campaña que era todavía un temible enemigo. Había obtenido cinco victorias, recorrido 120 kilómetros y causado 20.000 bajas al enemigo. Pero más tropas venían de Bélgica al mando del general ruso Wizingerode, que se acercaba con otros 30.000 hombres para recuperar la iniciativa perdida. Mientras tanto Schwarzenberg seguía recibiendo un duro castigo y los aliados estuvieron a punto de renunciar a continuar la guerra; pero Napoleón se empeñó en las «fronteras naturales» o nada. Su obstinación lo perdió. Tal vez si al final hubiera ganado, habrían dicho que su constancia lo había salvado.

Inglaterra ofreció y desembolsó 5 millones de libras para ayudar a sostener los ejércitos aliados. Blücher avanzó raudo hacia París, poniendo en peligro el sur de la ciudad. Napoleón intentó cortarle el paso, mientras Blücher se apostaba al sur de Laon con 90.000 soldados apoyados por 150 cañones, mientras el Emperador disponía de 37.000 que luego fueron reforzados por los 10.000 de Marmont que, exhaustos por la marcha, se dejaron sorprender por un ataque nocturno lanzado por el enemigo que puso sus efectivos en fuga. Una súbita intervención del coronel Fabvier, que se aproximaba con mil hombres, detuvo el ataque y Marmont salvó su ejército de un seguro desastre. La suerte los seguía favoreciendo. Blücher enfermó y perdió la iniciativa, luego recuperada por el empuje que desde el sur venía ejerciendo en el suroeste Wellington contra Soult tras la victoria anglo-española en Rotes. Por otra parte, Bayona estaba siendo asediada y Burdeos a punto de caer. Napoleón, aún con ánimo, se movió hacia Reims por delante del ejército de Blücher, ciudad que se tomó tras un breve asedio, volviendo trizas la resistencia del enemigo. Así, moviéndose rápidamente de un sitio a otro y dando golpes súbitos, Napoleón se mantenía a la ofensiva y desconcertaba al enemigo. Los monarcas aliados entraron en pánico cuando el ejército de Bohemia se retiró a Troyes; aun así, no quisieron negociar con Napoleón que insistía en sus peticiones.

La tercera y última fase de esta deslumbrante campaña se inició el 20 de marzo y finalizó en la primera semana de abril. Las tropas de Schwarzenberg estaban en plena retirada cuando su comandante, súbitamente, dio vuelta dispuesto a enfrentar al Corso, quien confiaba en que Blücher no se atrevería a avanzar sobre París. Schwarzenberg concentró 80.000 hombres que ocultó tras la sierra entre los pueblos de Premierfait, Voué y Chaudray, haciendo creer a Napoleón que solo se trataba de la retaguardia. Cuando se percató de la magnitud del peligro, retiró sus hombres tras el Aube. Schwarzenberg ordenó el ataque que se desarrolló en los alrededores de Arcis con un exiguo triunfo para las armas del Emperador. Sería su último triunfo. Un mensaje suyo despachado a la Emperatriz fue interceptado y los aliados se dieron cuenta de que los planes de Napoleón eran alejarlos cuanto pudiera de París, trasladándose al Marne. Se interceptaron otros mensajes provenientes de la capital en los que informaban al Emperador que la población estaba alarmada y que las defensas aún no estaban terminadas; mensajes policiales también informaban que Talleyrand era la fuente de estos rumores que se esparcían y creaban pánico. El Zar, inmediatamente, ordenó a Schwarzenberg avanzar por el Marne hacia París. El 27 de marzo Napoleón estaba ya en antecedentes de los planes enemigos y que Marmont y Portier retrocedían hacia la capital, en vez de venir a auxiliarlo. Sus cálculos de avance le daban que si decidía

regresar a París llegaría a esa ciudad con dos días de retraso en relación con sus enemigos, y ya todo se habría consumado. Quiso trasladar su gobierno a Orleáns, pero sus mariscales se rebelaron, por lo que tomó la decisión de avanzar hacia París a marchas forzadas. Al llegar a Troyes su ejército estaba agotado y no le quedó más remedio que continuar solo con una pequeña escolta, que también quedó exhausta por el camino. Llegó a Essonnes el 31 y allí se enteró de que París se había rendido. La Emperatriz huyó a Orleáns seguida de José y parte del gobierno. Talleyrand, entre tanto, preparaba la bienvenida al Zar de todas las Rusias, a tiempo que proclamaba la destitución de Napoleón.

No obstante tal adversidad, el Emperador se retiró a Fontainebleau y comenzó a mover cuerpos de ejército dispersos para concentrarlos allí; en dos días reunió 60.000 hombres, pero cuando estaba dispuesto a lanzar una ofensiva para recapturar la capital que estaba ocupada por 145.000 hombres, sus generales lo persuadieron de aceptar lo irremediable. Ney le dijo:

—El ejército no os va a obedecer; me obedecerá a mí.

—¿A vos? —preguntó—. ¡Quién sois vos sino uno de mis generales más ineptos y traidores que jamás haya conocido! —exclamó, desvaneciéndose en una silla. Después de unos segundos añadió, casi suspirando—: España es la culpable de mis infortunios...

—Os lo advertí, Sire —dijo Champagny— y hasta yo mismo me equivoqué. A España no se la conquistaba con ochenta mil hombres, ni con cuatrocientos mil más. Rusia no se habría atrevido con Vos, ni Austria, si las fauces de España no hubiesen engullido vuestros ejércitos...

No le quedó más remedio que aceptar la situación y abdicar condicionalmente, intentando mantener los derechos de su hijo. Era el 4 de abril de 1814. Los aliados no la aceptaron, a menos que su rendición fuera incondicional, lo cual hizo el 6 «por el bien de Francia». Habría de tomar el destierro de Elba. La guerra en Francia había terminado también para Pablo Morillo, aunque para él empezaría la de América.

España había quedado desolada, sus campos arrasados, su industria destruida. Pero estaba libre. Los decretos de las Cortes decían que no se reconocería al Rey ni se le prestaría obediencia en tanto no prestara el juramento prescrito por el artículo 173 de la Constitución de 1812. Fernando entraba en Valencia el 16 de abril donde los esperaba un representante de la Cuarta Regencia con el texto de la Constitución y también un diputado absolutista con un manifiesto del mismo tenor firmado por 69 diputados. Al día siguiente el general Elío ponía sus tropas al servicio del Monarca y lo invitaba a recobrar todos sus derechos preconstitucionales. Era el primer golpe de Estado que se producía en la historia de España. El 4 de mayo el Rey promulgaba un decreto que declaraba nula toda la obra de las Cortes de Cádiz y emprendía su marcha triunfal hacia la capital del Reino. Las Cortes se disolvieron el 10 de mayo y el pueblo, alborozado, aclamó al Monarca. Empezaban a piafar las cabalgaduras de la muerte.

América se estremeció.

## 17. ESPAÑA PREPARA LA RECONQUISTA DE AMÉRICA

*No espero salud para la patria...  
Yo creo todo perdido para siempre y la patria y mis amigos sumidos en un piélago de  
calamidades.*

SIMÓN BOLÍVAR a Estanislao Vergara,  
25 de septiembre de 1830

### **Vuelve don Joaquín**

Nuevamente yo, el excelentísimo señor don Joaquín de Mosquera y Figueroa, Presidente de la Tercera Regencia del Reyno de España mientras duró la ausencia de don Fernando VII, signatario de la Constitución de 1812, y quien en compañía de los magistrados Juan María de Villavicencio e Ignacio Rodríguez de Ribas ordenó que se publicara y circulara la mencionada Constitución, termino de escribir estas *Memorias* dichas intermitentemente al oído del Rey Nuestro Señor a lo largo de 1829 y 1830 y después de haber recibido, como recibí, la Gran Orden de Isabel la Católica por los modestos servicios prestados por mi persona a la patria española, hijo de Popayán, nobilísima ciudad del Virreynato de la Nueva Granada, y quien tuvo la suerte de ser llamado una y otra vez por el Rey don Fernando VII para que le narrase de viva voz los acontecimientos que acaecieron en la América como consecuencia de la malhadada revolución que conmocionó a aquellos reinos, acudí a su presencia con un cartapacio de notas que entre la anterior serie de entrevistas y esta había escrito y cotejado con los papeles anteriores que, reunidos todos y puestos en orden, dejaré como memoria de dichas célebres conversaciones para que las generaciones futuras se solacen en entender cabalmente lo que realmente ocurrió en aquellos territorios convulsionados por el odio y las ambiciones personales de unos pocos avivatos que terminaron por contagiar a otros incautos, quienes les sirvieron de tontos útiles. A muchos de ellos conocí personalmente, incluidos algunos de los que terminaron en el patíbulo; por ello pido a Dios se haya apiadado de sus almas.

Los gérmenes de la destrucción del Imperio y con él de toda la prosperidad hispánica fueron hábilmente esparcidos por el notablatto criollo que albergaba uno de los peores enemigos de la tranquilidad pública, don Antonio Nariño, hijodalgo notorio de sangre, a quien tuve oportunidad de juzgar y condenar, no por lo que realmente merecía, sino por causas menos dañinas como el faltante de la Tesorería de Diezmos que se elevó a la suma de 92.000 pesos, desfalco que el señor Nariño utilizó para financiar sus propios negocios de azúcar, cacao, quina y tabaco. Este escandaloso monto no podía cubrirse con la fianza de 40.000 pesos que sus amigos, el alférez real Luis Caicedo, el regidor José Caicedo y Flórez y Andrés Otero, entre otros, le ayudaron a suscribir. Para que se entienda lo que pasó, Antonio Nariño había sido nombrado el 22 de julio de 1789, fatídico año de la Revolución Francesa, Tesorero de Diezmos en reemplazo de Juan Agustín de Ricaurte y Terreros, persona que había manejado con probidad su cargo, el que tuvo que dejar por razón de su edad. El responsable de este reemplazo fue el virrey Francisco Gil y Lemus, lo que motivó una protesta del Cabildo Eclesiástico, que tampoco fue atendida por el sucesor del virrey, don José de Ezpeleta, a quien Nariño cautivó con su don de gentes y quien llegó a tenerlo en grande estima.

Como el Cabildo denunciara dicho nombramiento a España, el Rey en persona hubo de anularlo en 1791, pero con el empleo de «palancas», intrigas y hasta quién sabe qué ocultas promesas, Nariño volvió a asumir el cargo tras depositar la mencionada fianza que por él pusieron sus amigos. Esto es ya de por sí sospechoso, pues es posible que por debajo de cuerda se pagaran comisiones y prebendas obtenidas del dinero eclesiástico utilizado por el reo para fines personales, si se tiene en cuenta que no resulta lógico fianza de tal tamaño para un sueldo de 850 pesos al año, puesta por los amigos del agraciado.

¿Serían tan magnánimos que quisieran poner a título precario tan cuantiosa fianza? Los hechos no dejan otro camino a la imaginación distinto de que algo más se traían entre manos, como por ejemplo, la repartición de los futuros beneficios fruto del peculado. Porque, para un hombre que no tenía con qué pagar la fianza requerida de 40.000 pesos, no deja de resultar sorprendente que dos años después de ocupar el puesto Nariño ya tuviera grandes cantidades de mercancías embodegadas en Honda, Cartagena, La Habana y Veracruz; fue para mí evidente que aquellas mercancías habían sido pagadas con el

producto de los diezmos que eran la fuente más importante de rentas para la Iglesia. Como juez de la causa, yo atribuyo a un peculado, Majestad, el inicio de una revolución que iba a tener autores muy destacados en el próximo futuro y que luego se endilgaría a la supuesta traducción y publicación de los tales Derechos del Hombre.

Creí importante dejar aclarado este tema para la posteridad antes de disponerme a asistir a la entrevista que el Rey, evidentemente interesado en mis historias, tuvo a bien concederme y que si Dios me otorga licencia y salud las sabré enteramente consignar por escrito, aunque no sea yo muy ducho en esto de los estilos literarios. Pero si el lector me concede una vez más su sufrida paciencia, añadiré a estos escritos una nota personal que puede arrojar una mejor luz sobre la batalla que en realidad se libraba tanto en América como en España. Esta batalla no era más que una contienda religiosa de proporciones apocalípticas librada por los *ilustrados* contra un régimen apoyado en la Iglesia católica como cimiento de estabilidad en relación con las corrientes modernas que amenazaban con subvertir un orden de siglos que había producido grande prosperidad al Imperio. Es decir, la contienda estaba dirigida contra la propia Iglesia y el régimen Católico que mantenía a raya, y con apenas una tolerancia discreta, a cuanta secta quería asomar sus pérfidas narices por tierras americanas y españolas. Me explico. Era la masonería en aquel tiempo, y lo seguirá siendo por mucho más, enemiga mortal de lo Católico. Librábase, pues, una lucha intestina de los criollos por pertenecer libremente a ella y difundir sus satánicos postulados, por lo que para conseguirlo era indispensable desligar aquellos reinos de España, según se ha oído decir «divide y vencerás». Librábase por igual contra España una lucha enconada por parte de esta secta y sus miembros, que buscaban la manera de librarse de las amarras doctrinales para dar rienda suelta a sus propósitos de subvertir este mismo orden y dar al traste con su Monarquía. Porque, como se puede ver, la Constitución de 1812 no era más que una forma de distraer la atención sobre los protervos fines que los masones albergaban entre pecho y espalda. Fue así como empezó la lucha interna en la Tercera Regencia que me honré en presidir entre el 22 de enero de 1812 y el 8 de marzo de 1813, lucha que perdimos los que estábamos a favor de una Constitución bastante mejor que la aprobada, pero no de una que dieran al traste con la estructura religiosa que salvaguardaba la sociedad de los prolíficos desvíos de cuantos a nombre de la libertad concitaban su daño. Es más, tal y como quedó redactada la dicha Constitución, mucho me temía, y así lo dije, podía convertirse en una piedra de discordia y contienda por la penetración de las ideas francesas favorecidas por el enciclopedismo, y las lecturas de Diderot, Voltaire y D'Alembert, lo cual claramente demostraba que el pensamiento liberal subyacía en las Cortes de Cádiz. En los años que siguieron a su proclamación mis previsiones resultaron ciertas, a juzgar por la ruina de la Hacienda y las calamidades acaecidas por los seis años de guerra entre 1814 y 1820, el golpe militar de 1820, la persecución a los curas y la desamortización de bienes a la Iglesia en este trienio liberal, la intervención militar francesa enviados por la Santa Alianza a España, los llamados Cien Mil Hijos de San Luis de 1823, y las conspiraciones que a partir de esta fecha los partidarios de Carlos María Isidro, hermano del rey, provocaron en toda España contra don Fernando. Yo lo había dicho y lo reitero: esa malhadada constitución fue la causa de toda esta tragedia.

El vacío institucional que por entonces sufríamos fue aprovechado por los francófilos para hacer de las suyas. Por ejemplo, Flórez Estrada había redactado en 1809 un proyecto constitucional que recogía una Declaración de Derechos que designaba como soberano al Parlamento y se llevaba de calle la regia soberanía, pues podía hasta destituir al Monarca. En igual línea se orientaban gran parte de los informes que integraron la denominada «Consulta al País», y que defendían la soberanía nacional y la sujeción del Rey al Parlamento. Alguno de estos informes, como el de Antonio Panadero o el de José de la Madre, diseñaban un sistema de gobierno en el que el Parlamento se convertía en el centro de la política estatal y las Cortes de Cádiz se habrían de encargar de plasmar jurídicamente estas propuestas. El modelo francés de 1791 fue, pues, el más influyente entre los liberales; tenía una concepción racionalista y poco Histórica, amén de que garantizaba los derechos individuales a través de la soberanía de la Nación. ¿Y quién, por ventura, era ese ente llamado Nación? Pues el Parlamento, que podía hacer lo que le diera la gana, llevándose de calle los estamentos históricamente equilibrados, nobleza, clero y pueblo. Y digo equilibrados, aunque perfectibles, porque no es cierto que los privilegios estuviesen restringidos a nobleza y clero, ya que los estamentos y grupos privilegiados eran diversos y variados. Así, por ejemplo, los gremios y la burguesía urbana y rural gozaban de fueros ancestrales y de privilegios corporativos respecto del comercio, de la producción y hasta de la participación política. España contaba con una sólida tradición de filosofía política, que había alcanzado su cenit con la neoescolástica, especialmente con Francisco de Vitoria y Francisco Suárez, y por eso resultaba tan ahistóricas esas tesis de que el nuevo sujeto soberano fuera la Nación y el ejercicio del poder constituyente. A mi juicio, las Cortes no podían alterar en su núcleo sustancial el pacto que, al parecer de nosotros los realistas, se hallaba recogido en las antiguas Leyes Fundamentales del Reino. Por tanto, el verdadero sentido histórico-político adquiriría un valor constituyente que no debía ser alterado por innovaciones ajenas a nuestras tradiciones, y por tales motivos debo afirmar que la Constitución de Cádiz supuso una ruptura con el Antiguo Régimen. Sí, esto debo confesarlo, así fuera yo la persona que renuenteemente la sancionara y

firmara.

De aquellas memorables jornadas poco hay y poco queda, porque no se tuvo la curia suficiente de guardar Diarios y Actas, ni impresos que las recogieran, pues harto descalabradas resultaron aquellas sesiones en las que todo faltaba, desde papel hasta taquígrafos cualificados. Eran tiempos de guerra y confusión, es cierto, pero la razón de fondo era que a los liberales poco convenía que la Historia conociera sus maquinaciones y trapisondas, a las cuales me referiré utilizando apenas mi memoria y algunas apuntes que en su momento hice al vuelo de lo que podía oír en aquellas turbulentas sesiones.

Como creo haber mencionado en otra oportunidad, la Junta Central andaluza inicialmente dispuso que hubiese dos diputados por cada una de las provincias españolas, en tanto que para América solo se autorizó uno por cada provincia o reino. Excluidos los ocho millones de indios y cuatro millones de negros de América, España se ciñó a una estricta proporcionalidad en los cálculos de representación que se hicieron. Sobre esto no hay nada dicho y bien vale que lo diga yo, y lo repita hasta el cansancio, para que se guarde en la memoria histórica: *los criollos blancos solamente se servían del número para reclamar mayor participación política para sí mismos*, como parece evidente en ese famoso Memorial de Agravios de don Camilo Torres. Entonces, *stricto sensu*, si solo quedaban tres millones de blancos aptos para ejercer el sufragio en América, en tanto que en España había 12 millones de blancos, resulta que 3 millones es el 20 por ciento de 15 millones, con lo cual los 9 representantes autorizados para América correspondían a una proporción del 20 por ciento. Ello equivale a decir que la representación blanca americana era *proporcionalmente* equitativa a la representación blanca peninsular, según se dispuso. Muy salido de tono resulta, pues, que el motivo de agravio esgrimido por los criollos resultase ser que solo disponían de un representante por provincia mientras que España ponía dos.

Con todo, era tal la confusión que reinaba entonces con tanto ir y venir, tanto entrar y salir, decir y reformar, que, finalmente y por el arte del birlibirloque, entraron 79 representantes de América, según mi inteligencia, pues se tiene que solo llegaron 72, según cómputos de Ramón Feliú, diputado por el Perú, que se encargó de registrarlos, por cierto mal registrados. Debo añadir que la improvisación llevó a que algunas provincias de ultramar quedaran exageradamente representadas, como es el caso de la Capitanía General de Guatemala que con una ínfima población quedó con 12, si se compara con el Virreynato de la Nueva Granada que solo alcanzó 3, o con Cataluña que también quedó con 12; véase si esto no es cierto que Andalucía logró poner 28, pues parecía que eran de la opinión de que «quien no llora no mama» y lloraron tanto que Sevilla quedó con 11, Granada con 10, Córdoba con 4 y Jaén con 3. Así, nada de lo inicialmente dispuesto pudo respetarse y cada provincia envió a quien quiso y como quiso, por lo que se llegó a la astronómica cifra de 147 diputados peninsulares, aunque también la Comisión de Legislación haya dicho que fueron 149, según le contestaron a Andrés Oller los encargados del censo. En fin, valga decir que del total de 226 diputados correspondió a América el 35 por ciento, lo cual significa que si se tienen en cuenta los 3 millones de blancos que hay allí, se obtuvo una desproporcionada representación. Me explico: si América tenía 3 millones de blancos de un total de 15 millones de habitantes entre ella y España, las matemáticas nos dicen que el resultado era más que proporcional a su favor; España se quedó con el 65 por ciento, en vez del 80 por ciento de la representación; la ventaja era claramente para América. Los americanos, pues, debían darse con un canto en el pecho, ya que salían tremendamente favorecidos en estos guarismos. Pero nada los contentaba, unas veces porque decían que muchos de estos diputados ya vivían en España y que poco representaban la América, y otras porque las noticias llegaban con retraso; otras más porque no se hacían presentes en las sesiones y, las más de las veces, porque los acontecimientos en aquellas tierras se movían a tal velocidad que los que inicialmente venían como regentistas quedaban destituidos por los independentistas. Pero, una vez hechos con el poder, quisieron algunos de estos representantes reunidos en Cortes de allende y aquende el mar hasta llevarse de calle a la Santa Iglesia aboliendo el Santo Tribunal de la Inquisición, pese a que la mayoría de diputados era favorable a su pleno restablecimiento. Es decir, empezaron por desconocer los fueros constitucionales que ellos mismos habían creado y mediante un decretazo borrar con el codo lo que habían hecho con la mano. Me vuelvo a explicar.

Sucedió que un incidente externo a las propias Cortes determinó que los ánimos se polarizaran al extremo. La mecha se prendió cuando, después de haber proclamado la libertad de imprenta, salieron a la luz unos folletos intitulados «Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España, por un escritor antiliberal», que fueron contestados por el bibliógrafo y bibliotecario de las Cortes, Bartolomé José Gallardo, en un opúsculo llamado *Diccionario crítico burlesco*, en el que atacaba los principios de la Fe en grotesco alarde de impiedad. No bien pronto se hubo publicado tan injurioso escrito, cuando se desató una ola de indignación popular contra Gallardo. Este hombre era masón reconocido y en su feroz contraataque arrastró a muchos otros masones de las Cortes que manifestaban una ideología antiespañola y anticristiana para extralimitar sus poderes y suplantarse el poder ejecutivo representado por la Regencia que yo presidía.

La prensa liberal tomó partido y pronto el tema se hizo comidilla de cafés y tertulias, polarizándose a tal extremo el clima

de opinión que se apilaron libelos tras libelos con tal veneno y procacidad que se llegó al punto de ruptura. Las sesiones de las Cortes se vieron con frecuencia interrumpidas por la chusma liberal que se agolpaba en las galerías del recinto y con sus voces y chillidos no permitían sosiego en las reuniones. Eran las tácticas que siempre emplearon para salirse con la suya. Gallardo, que había sido detenido para reparar los males producidos por el libelo, luego de ser puesto en libertad, salió huyendo de Cádiz, anticipándose a un destierro que le iba a ser impuesto. Pero el mal estaba hecho. La paz, rota en toda España por causa del invasor, ahora se rompía en su máximo organismo rector a causa de la secta.

Uno de los primeros en intervenir a favor de la chusma fue el conde de Toreno, quien dijo que las Cortes y el Santo Tribunal eran incompatibles. No solo el pueblo era ya soberano en el derecho civil, sino que pretendía serlo sobre la Iglesia, una institución de derecho divino. Mucha fuerza dio a Toreno el cura Juan Nicasio Gallego, otro liberal irrefrenable que alentó, digo, la chusma que se empeñó en una titánica lucha contra los fueros de la Iglesia. Por eso me di las mañas de hacer contacto con ciertos realistas para que propusiesen la disolución de las Cortes y se nombrase otras menos comprometidas en asunto tan espinoso, pero se optó por nombrar una comisión presidida por Diego Muñoz Torrero y compuesta, entre otros, por Agustín de Argüelles, comisión que en la sesión del 4 de junio de 1812 propuso que se aboliese el Tribunal por ser incompatible con la Constitución. Para dar contentillo a los tradicionalistas, la Comisión propuso también que la religión Católica fuese protegida por las leyes conformes a la Constitución. Estos señores no tenían remedio, pues por un lado querían proteger la Santa Religión y, por otro, eliminar el instrumento con el cual se protegía. Pero todo era una patraña para no escandalizar de momento al pueblo español que todavía se aferraba a la religión. Los liberales siempre han sido contradictorios, aun en sus enunciados, y ni siquiera se avergüenzan de decir una cosa y afirmar lo contrario en el mismo aliento. En este caso, ampliaban el derecho a la vez que lo fraccionaban. Siempre ha sido así con ellos.

Fue el propio Argüelles, quien enterado de que yo había instigado a favor de la Iglesia, vino sofocado a mi despacho y resoplándome en las narices me dijo:

—El Tribunal de la Inquisición no fue nunca legítimo porque las Cortes nunca lo establecieron, ni autorizaron a que se estableciera; fueron los monarcas españoles los que decidieron su formación... ¿Qué sabéis vos de esto, si sois americano y desconocéis nuestra historia? ¡No tenéis ni puta idea de ella! —me gritó airado.

—¡Qué arrogancia! —contesté— pues si soy americano compartimos una historia común. Los monarcas españoles así lo decidieron para proteger la santa religión —le rematé indignado por la forma y la manera que este señor había entrado en mi despacho, joven como era de treinta y pico de años y sin respetar mi ya avanzada edad de sesenta y cuatro, que tenía por entonces. Y le añadí—: ¡Puede que vos sepáis más Historia que yo, pero yo cometo menos errores que vos al exponerla!

—¡La Inquisición es incompatible con la Constitución porque viola la soberanía de la Nación y coarta la libertad civil de los españoles! —me respondió Argüelles, manoteando y golpeando los nudillos sobre el escritorio.

—No me sacuda usted los nudillos, ni me manotee, que no se lo voy a tolerar —le dije gritando indignado y con ánimo de voltearle de un bofetón el mascadero; y añadí a los gritos: —La Inquisición es un tribunal de derecho pontificio y las Cortes no deben medrar en lo que compete exclusivamente a la Iglesia; la soberanía del Estado no puede confundirse con la intromisión en una jurisdicción que no le es propia... ¡La independencia de la Iglesia debe preservarse! —argumenté con enfado y firmeza.

—Los tribunales civiles pueden proteger adecuadamente la Fe con las disposiciones que hemos tomado; la religión no puede pretender influir en la forma de gobierno, ni formar instituciones de derecho para regir los pueblos... —dijo, con el rostro encendido y yo respondí, casi sin dejarlo terminar:

—Lo que proponéis no es más que una usurpación de las atribuciones de la Iglesia que se retrotrae a prácticas jansenistas y alianzas tácitas con el tirano Napoleón, de quien imitáis sus prácticas de gobierno, porque sois afrancesados, vendepatrias y traidores al Rey y a España. —Argüelles empalideció, giró sobre sus talones y salió diciendo:

—¡Os vais a arrepentir de vuestras intrigas y desacatos a la autoridad legislativa! —mientras yo le gritaba:

—¡Estáis excediendo vuestra autoridad, porque nada os faculta a expedir decretos, potestad que pertenece al poder ejecutivo que somos nosotros, la Regencia! ¡Sois unos alzafuellos del Tirano; patiamarillos afrancesados...!

El 22 de enero de 1813 resolvían las Cortes por 90 votos contra 60 que la Inquisición era incompatible con la Constitución, redactaban un Manifiesto a la Nación en el que se justificaban y ordenaban que por tres domingos consecutivos se leyera en los púlpitos de todas las parroquias de todos los pueblos de España antes del Ofertorio de la Misa Mayor. Para añadir insulto a la herida, en voto secreto mis otros compañeros de regencia, en número de tres, ordenaron el 23 de febrero destruir en el término de tres días todos los cuadros, pinturas e inscripciones de todas las iglesias y conventos en que se consignaran los castigos y penas impuestos por la Inquisición; este fue el primer atentado contra el arte que se maquinaba en España y yo me sentí verdaderamente acongojado por la medida, mucho más porque Enrique José O'Donnell, conde de La

Bisbal, era hermano de doña Beatriz O'Donnell, casada con mi coterráneo Manuel de Pombo Ante y Valencia, muy conocidos míos, signatario del Acta de Independencia de la Nueva Granada y quien se salvó por un pelo de ser fusilado por el *Pacificador*, don Pablo Morillo. Este Enrique me desilusionó mucho porque siempre se le vio timorato, vacilante y ambiguo en cuanto a sus lealtades para con el Rey hasta cuando no le quedó más remedio que esconderse en Madrid y luego huir a Francia, incurso en altas sospechas de traición a la Corona.

Pero muy caro todos la pagamos, incluidos los que accedieron a apaciguar a la bestia y a congraciarse con ella, porque el 8 de marzo de 1813 la Tercera Regencia era destituida por resolución de las Cortes después de que interpusiera mis buenos oficios para obstaculizar en todo lo que pudiese tan arbitrarias medidas de Cortes y Regencia. Caro todos los españoles la pagaron, porque aunque aquella Constitución quería imitar las antiguas tradiciones de las Cortes de Castilla, lo que hizo fue romper con el pasado legal, fomentar la división, alentar la sedición y alzar la España en división de dos bandos irreconciliables cuyos odios algún día saldrán a la superficie como la lava de un volcán en erupción.

Como la primera lectura del *Manifiesto* estaba programada para el 7, el día 6 logré que la Regencia que presidía destituyera al general Cayetano Valdés, liberal redomado, quien no se iba a oponer al retraso de su lectura. Lo reemplazamos con el general José María de Alós y de Mora, muy nuestro, católico y de confianza. En honor a la verdad, debo decir, entonces, que la Regencia comprendió, en últimas, las protervas intenciones de los liberales sectarios y también me colaboró en obstaculizar la arbitraria medida de leer el *Manifiesto*, con el decidido concurso del nuncio Gravina, expulsado finalmente a Portugal el 13 de julio de ese infausto año junto con otros muchos párrocos que se negaron a realizar la lectura pública del decreto de abolición. Del absolutismo de pocos estábamos pasando al absolutismo de muchos... ¿O cuál es la diferencia que un rey y sus ministros decidan desterrar a los jesuitas, o unas cámaras decidan atropellar la Iglesia o invadir la órbita de otro poder?

Esta batalla, como muchas otras, estaba definitivamente perdida, porque la masonería consiguió terminar con la resistencia de los regentistas y católicos fieles que cedieron cuando el propio clero se dividió entre partidarios y enemigos de la medida. Siempre ocurre lo mismo cuando el clero flaquea. Es un hecho que las Cortes nombraron una Cuarta Regencia presidida por el cardenal de Borbón, quien ordenó la proclamación del decreto. No obstante, se debe a Juan Pérez de Villamil y Paredes, aquel personaje que en Móstoles iniciara el levantamiento de toda España, que el decreto fuera letra muerta, pues mediante todo tipo de tretas consiguió que sus cláusulas no se aplicaran, y este fue otro servicio que dicho patriota rindió a España y a sus tradiciones. Tal vez a estos buenos oficios se deba que el Rey, mi Señor, me haya condecorado con la Orden de Isabel la Católica y no haya terminado fusilado o en la cárcel como el cura-poeta Juan Nicasio Gallego, diputado por Cádiz, fautor de tantos males, el menor de los cuales no fue el que se incluyera la abolición de la Inquisición en las reformas, propuesta que desató el odio que los liberales y masones sentían por la Religión. A este infame cura le siguieron otros de sus partidarios a prisión, como el general Cayetano Valdés y Flórez Bazán, a quien con la posterior reacción fernandina se le recluyó en el castillo de Alicante.

Después de don Joaquín haber narrado tales íntimos acontecimientos, vale la pena hacer algunas anotaciones sobre el producto que realmente salió de aquellas sesiones corporativas y los efectos que tuvo sobre el destino común de América y de España. En resumen, el artículo 2 de la Constitución de Cádiz que decía que «La nación española es libre e independiente, y no es, ni puede ser, patrimonio de ninguna familia o persona» tenía el propósito de rechazar las renunciaciones reales de Bayona ante Napoleón y de derrumbar la concepción patrimonialista del Estado; es decir, como el Estado no era patrimonio del Rey, este no podía entregarlo a una potencia extranjera.

Pero este mismo artículo sirvió para que los revolucionarios americanos interpretaran que si España era «independiente», también lo podían ser las provincias españolas de «ultramar». Así, en la Península se mantenía íntegra la unidad de la Monarquía, en tanto que en América suponía segregación. No obstante, el artículo 3 de la Carta tuvo consecuencias políticamente desestabilizantes para España. Decía: «La soberanía reside esencialmente en la Nación». Entonces, si la soberanía residía en ella, ¿dónde quedaba la del Soberano? Tal como lo dijo don

Joaquín, Flórez Estrada redactó en 1809 una declaración de derechos que designaba como soberano al Parlamento hasta el punto de facultarlo para destituir libremente al Monarca; las Cortes de Cádiz dieron forma jurídica a esta propuesta en el bendito articulejo. Es decir, la Nación era el Parlamento y no el pueblo. Tal adefesio provenía de la constitución francesa de 1791 en la que la supremacía del Parlamento no podía someterse a la Constitución, ni el Rey podía ser su rival. La revolución liberal había tomado forma.

Distaba mucho tales enunciados con lo que desde *Las siete partidas* de Alfonso X el Sabio se venía utilizando tanto en América como en España como las «Leyes Fundamentales del Reyno»; es decir, la Constitución orgánica e histórica que regía desde el año 1252 y que recogía el derecho político, el penal, de familia, sucesorial y procedimental, introducido en América con el derecho castellano y los aspectos particulares del derecho indiano. Tal sustrato jurídico rigió en América hasta 1916 y en los Estados Unidos, en Luisiana, hasta bien entrado el siglo XIX. Se puede afirmar que todavía rige, pese a las codificaciones, porque las *Partidas* han servido de fundamento legal a los códigos civiles hispanoamericanos como *summa* de derecho consuetudinario.

La revolución liberal de Cádiz, al dar al traste con este texto de derecho común, insertó en el cuerpo jurídico de la sociedad española los gérmenes de una permanente inestabilidad política, manifestada en las guerras civiles que sucedieron, los pronunciamientos, las dos repúblicas y hasta las tres guerras carlistas, roto ya el hilo conductor de las tradiciones jurídicas y la estabilidad sucesorial monárquica. La Constitución de Cádiz fue como un tumor trasplantado a ese *corpus* jurídico, al que no le bastaron las medicinas que sucesivamente se le aplicaron, v. gr., las constituciones que le siguieron y que solo aumentaron la inestabilidad hasta la era franquista. Lo demás es Historia.

En América sucedió algo parecido. Tras la secesión de las provincias españolas, sobrevinieron guerras civiles tras guerras civiles, golpes de Estado, dictadores de opereta y de hojalata, conmociones e inestabilidad jurídica. Cada nueva constitución prometía ser peor que la anterior, amén de prometer una felicidad nunca encontrada. Cien años después de la llamada «Independencia» descendíamos al 20 por ciento de la riqueza anterior a 1810. Es decir, eran nuevos crecimientos tumorales insertados, como extraños elementos, a un cuerpo que durante tres siglos había crecido con células jurídicas propias y sanas, que hundían sus raíces en la Tradición. Con esto quiero decir que el *legicentrismo* sobreviniente se autohabilitaba para determinar discrecionalmente el contenido y límite de los derechos, cuyo fundamento no era la soberanía popular de *Las siete partidas*, sino el fundamento «racional-normativo». La fuente del derecho ya no provenía de las prácticas y las costumbres, de los fueros, privilegios, franquicias y libertades consuetudinarias, orgánicas, evolutivas, sino de la Constitución misma, a placer, al arbitrio de la razón parlamentaria. La descentralizada estabilidad conservadora había cedido ante la centralizada revolución liberal.

Dos siglos de matarnos entre nosotros lo atestiguan, y tres siglos de paz hispánica lo constatan. Don Joaquín, por falta de perspectiva histórica, se había quedado algo corto en señalar la enorme anomalía introducida en las sociedades hispanas.

## Camino de El Escorial

Llegado el día de mi entrevista con don Fernando VII para continuar con la narrativa de las causas de la secesión americana, me conmocionó, sin embargo, conocer de primera mano la noticia de que el Rey Nuestro Señor había sufrido un grave accidente cuando se trasladaba del Palacio de La Granja al Real Sitio de El Escorial a donde me había convocado a su real presencia para continuar escuchando de mis propios labios la historia que había dejado inconclusa el año anterior cuando tuvo a bien recibirme en el Palacio de Oriente un día de otoño de 1828, día que se prolongó a varios otros, y año en que se agudizaba la crisis que desde 1823 pretendía proclamar a Carlos V Rey de España; todo esto se venía preparando conforme eran los deseos de sus hermanos inmersos en esa larga y conocida conspiración, ya que ni María Josefa Amalia de Sajonia le daba hijo alguno y sí mucho se temía pudiera sobrevenir otro matrimonio, dado que la reina, por estas fechas, no se mostraba muy saludable a pesar de su juventud. Además, todos sabían que esta reina consorte era muy rara, pues, habiéndose criado en un monasterio, tuvo que intervenir el papa Pío VII para que ella accediera a consumar el matrimonio con el monarca. El hecho es que su hermano, Carlos María Isidro, era el heredero en ciernes al trono, ya que don Fernando no tenía hijo varón que le sucediera, pese a sus dos matrimonios anteriores, y no eran pocos los que querían su derrocamiento. Tal vez, pienso yo, quería el rey don Fernando sacar algún provecho de las causas del fermento de las Españas americanas para tomar medidas que conjurasen una crisis que de tiempo atrás turbaba la tranquilidad de la España peninsular, pues levantaba importantes provincias, como Cataluña, donde se hizo preciso atajar a tiempo los desórdenes causados. Así, sígolo creyendo, quiso el Rey en su sabiduría conocer del resto de la crisis americana de boca mía para continuar evaluando lo que podría hacerse en el futuro con las mismas miras y propósitos de conjurar la española.

Por eso, convocado de nuevo este 4 de septiembre de 1829, tan pronto como llegué a los Reales Sitios me enteré, muy a mi pesar, de que viniendo el Rey de San Ildefonso y recorrida una legua de distancia, se desprendió el juego delantero con el tiro del coche, por lo que el carruaje dio en tierra, afortunadamente sin volcarse; pero con tan mala fortuna que Su Majestad salió despedido de su asiento y se rajó la cabeza con el cristal delantero. Al llegar pude observar que el coche estaba lleno de sangre, por lo que, supuse, la herida había sido de consideración, no obstante haberme informado los médicos de Su Majestad que la hemorragia había sido detenida y que Su Majestad ahora reposaba de la contusión en sus aposentos, sin que se esperara desenlace alguno de mayor consideración. Esto también me lo aseguró el señor Francisco Tadeo de Calomarde, Secretario del Despacho de Estado, quien allí se hallaba y quien es testigo excepcional de mi presencia en los Reales Sitios. Dos días tuve que esperar a ser de nuevo recibido, aunque también parece que el Rey atendía sus otros negocios, más urgentes que los míos, como si nada hubiese sucedido; solo que cuando finalmente me recibió mostraba una venda en la cabeza y algunos de sus cabellos permanecían apelmazados por la sangre derramada. Yo lo compadecí mucho, pero el Rey sonriente me dijo:

—Tomad asiento, don Joaquín, que vuestra historia me resulta muy aleccionadora y quiero seguir escuchando vuestras apreciaciones sobre la gran tragedia americana y el aflictivo desgarramiento de nuestras provincias de ultramar. Mi herida no es nada comparable a la gran herida causada en nuestro Imperio... —dijo, sentándose casi de inmediato.

Así, después de saludar con reverencia a Su Majestad, tomé asiento y me dispuse a reanudar la narración suspendida en los horribles asesinatos cometidos por Bolívar en Venezuela el año 1814, de cuyos episodios hice un breve recuento para situar al Rey en el umbral de su continuación.

## El preparativo expedicionario a la América sublevada

España estaba devastada por la guerra. Las industrias permanecían improductivas, la tierra sin cultivar, el patrimonio saqueado, las gentes empobrecidas y diezmadas, las posesiones de ultramar sublevadas, los colonos asesinados y sus haciendas saqueadas y expropiadas, la marina en ruinas, los ejércitos agotados por la cruenta lucha de seis años, la clase dirigente politizada y dividida entre partidarios y adversarios de la Constitución. El cuadro era desolador. Aunque la marina era indispensable para una eventual acción militar, esta, sin embargo, tenía que basarse en tropas de tierra que pacificaran un vasto continente que ardía por los cuatro costados. Pero los recursos

marítimos y terrestres eran escasos. Había que escoger cuidadosamente los teatros de operaciones para que la dispersión del esfuerzo no hiciera fracasar la empresa. El Rey reunió, entonces, una junta de generales para decidir sobre tan espinoso tema, Junta que se decantó por la opinión de que Pablo Morillo debía ser la persona que comandara tan importante expedición pacificadora. Así, el 14 de agosto de 1814 Morillo fue nombrado Capitán General de las provincias de Venezuela y General en Jefe del Ejército Expedicionario. Tenía treinta y nueve años y había ganado merecida fama de oficial disciplinado y avezado en el uso de las armas y mando de la tropa. Cádiz fue su destino inicial, donde debía organizar la expedición en lo concerniente a hombres y transportes. Fue la expedición número 17 de las 30 que hubieron de enviarse entre 1811 y 1819.

—Contadme ahora, don Joaquín —pidió el Rey— sobre los sucesos que conozcáis sobre lo que realmente sucedía en América cuando yo hice mi regreso triunfal al Trono.

—Sí, Majestad. Recuerdo que Cádiz era un hervidero de revolucionarios y gentes que, de una manera u otra, habían participado en los largos debates y consultas durante la confección de la moribunda Constitución de 1812. Las logias masónicas se encargaban de que allí reinara un ambiente conspiratorio que, en un principio, sedujo al joven general que vos mandasteis a pacificar las provincias. Era don Pablo Morillo. La libertad con la que allí se hablaba de los principios constitucionales, del poder limitado de los reyes y de la representación popular en las decisiones de gobierno, tuvieron una marcada influencia en este hombre que había batallado contra Napoleón durante varios años. Debo deciros que llegó a reconsiderar su posición contra vos y contra un posible pronunciamiento militar que os derrocara. No obstante, como muy pronto se arrepintió del hecho y de albergar tan nefastos pensamientos, hizo penitencia y hasta se enlistó en una cofradía religiosa; es de conocimiento que llegó a abrazar vuestra causa como ninguno, Majestad.

—Efectivamente —dijo el Rey a don Joaquín— yo mismo encargué a don Pablo Morillo de esta expedición y de mis propios labios él escuchó mis deseos de confiar a sus buenos oficios una pronta reconciliación con América.

—Sé que el General estuvo, en un principio, reacio a aceptar tan delicado encargo —comentó don Joaquín.

—Así es... —contestó don Fernando y agregó—: Harto esfuerzo me costó persuadirlo; fue la primera vez que un rey se vio en apuros para persuadir a un súbdito...

En este punto a este autor le resulta preciso hacer una acotación histórica: en Cádiz, Morillo conoció a quien luego sería su esposa, doña María Josefa Urtuzástegui de Villar, quien procedía de una familia de comerciantes vascos establecidos en dicha ciudad. Con ella habría de contraer matrimonio por poder en 1816, estando ya en la América, pues no solo doña María Josefa era muy joven, sino que el trámite de los permisos correspondientes ante sus superiores dilató el compromiso y boda. Tal permiso fue solicitado por don Pablo ante el Ministro de la Guerra el 11 de octubre de 1815, expediente que fue aprobado el 24 de abril de 1816, en plenas operaciones americanas.

Por lo pronto, el enamorado general hubo de desplegar todas sus energías convocando hombres para una expedición de la que, se especulaba, sería para Buenos Aires, Caracas o el Perú. Por eso, cuando le preguntaban acerca de las operaciones que se preparaban, lacónicamente contestaba: «Para algún lugar en América». Su actividad en el puerto fue febril; hacía venir cuanta embarcación podía y hacía poner anuncios por todo el país en solicitud de hombres que quisieran «enlistarse en la mayor aventura de España en tierras americanas». Lentamente fue reuniendo compromisos: viejos combatientes suyos acudieron a su llamado, entre oficiales, suboficiales y tropa llana, pero probada. A otros se les enlistó por el recurso de la leva forzosa. También hizo

funcionar los astilleros que se pusieron en marcha para restablecer viejos buques, adecuar los capturados a los franceses y averiados tras la batalla de Trafalgar, preparar nuevos barcos e incautar todo lo que pudiese y sirviese para la navegación, lo cual se realizó en cinco meses de arduo trabajo y arbitrarias confiscaciones, hasta enero de 1815.

En la medida en que los hombres iban llegando los dirigía a un estricto acuartelamiento para evitar indisciplinas, chismografía y deserciones en el puerto. Por las tardes, apenas podía, iba a visitar a su amada María Josefa para contarle las particularidades de sus acciones, cosa que ella a duras penas comprendía; sus padres sí que lo entendieron con mayor precisión. En total, logró reclutar 12.254 hombres mandados por 1.547 oficiales y marinos de toda graduación; con todo, dotó la expedición de un navío, dos fragatas, una corbeta, una goleta y distintas otras embarcaciones que debían acompañar a 52 buques de transporte. Pero el principal problema al que tuvo que enfrentarse fue a la bancarrota de la Real Hacienda, que debía años de sueldo a la mayoría de combatientes enlistados, él mismo incluido. La ventaja era que todos iban, por así decirlo, en el «mismo bote» de quiebras y carencias. Iban a la reconquista del Imperio. Pero América tendría que esperar hasta el 18 de febrero de 1815 a que la expedición se hiciera a la vela, en tanto en esas tierras continuaban las depredaciones, las guerras civiles, los atropellos, las dictaduras, los desórdenes, el éxodo y sufrimiento de inocentes y culpables.

Don Joaquín prosiguió:

—En vías de prepararse la expedición en Cádiz, Majestad, debemos mirar de cerca lo que acontecía en Venezuela, donde los ejércitos reales asediaban a Bolívar y el levantamiento contra España estaba siendo aplastado por la reacción popular realista. Miremos también lo que sucedía en la Nueva Granada donde campeaban por sus respetos el desorden y la anarquía.

—Antes de continuar, si no os incomoda —dijo el Rey, meditabundo— os preguntaré que si yo hubiese aceptado la Constitución de 1812, ¿creéis que habríamos podido evitar los males que sobrevinieron?

—Profeta no soy, Majestad —replicó don Joaquín— pero casi podría aseguraros que ya para entonces el vacío de poder había hecho su maléfico trabajo... Pero no creáis que fue la falta de Constitución, ni el anhelo por ella, lo que marcó la ruina del Imperio... Fueron los franceses, Señor, fueron ellos los culpables de todo; fue el nefasto Napoleón, puesto que sin él la Revolución Francesa no habría sido más que una anécdota en la Historia. Ahora bien, si esta afrancesada Constitución hubiese sido proclamada antes de 1808, pocas excusas habrían tenido los americanos para fomentar una revuelta...

—Entonces, ¿estáis de acuerdo con mi rechazo a la misma?

—Por buena que fuese esa Constitución, Majestad, y a fe que nunca la juzgué completamente buena y adecuada pues introducía elementos realmente extraños a las tradiciones españolas, creo que vos no podíais aceptar que se os impusiera una Carta redactada unilateralmente por uno de los estamentos del contrato, a saber, el pueblo, pues el Rey también posee ese derecho, de la misma manera que cada uno de los estamentos, Rey, nobleza, clero y pueblo, por mucho que este sea mayoría, ya que por mayoría no puede aceptarse la arbitrariedad, que es tiranía. Es por esto que un rey sabio debe adelantarse a los tiempos, tomar la iniciativa... y por iniciativa me refiero a que en estos tiempos se reclama mayor participación, si de preservar la Monarquía se trata... —concluyó don Joaquín en tono menor, casi como en un susurro.

El Rey lo miró como queriendo adivinar el significado exacto de sus palabras y, tras una breve pausa de desconcierto, se llevó la mano a la herida y en actitud inquisitiva murmuró algunas palabras que no fueron registradas.

## 18. LA BARBARIE BOLIVARIANA

*He hecho el Nerón para los españoles.*

BOLÍVAR a FRANCISCO DE PAULA SANTANDER

### **Bolívar despierta al monstruo**

Las enormes soledades, los calores agobiantes del día, los fríos penetrantes de las noches, los caudalosos ríos, las inundaciones, la vida errante, los pueblos nómadas, las pampas sin linde, los incontables rebaños vacunos y caballares, los distantes espejismos de la vida sin techo y el embrujo verde que exalta las pasiones, iban a ser los escenarios de los próximos combates y del salvajismo de la lucha fratricida que envolvió a los pueblos de América; como un torbellino, engulló la riqueza creada durante siglos al cobijo de las fértiles tierras y los infinitos recursos que la Madre Naturaleza le había prodigado en abundancia extrema y que los hijos de los españoles, y los españoles mismos, habían multiplicado en tres siglos de civilización, cultura e industria. Eran las inmensas llanuras del Apure, Arauca y Casanare que unen a Colombia y Venezuela en un mar verde de hermandades distantes. Era allí donde el español realista José Tomás de Boves y de la Iglesia, llamado el *Azote de Dios* por Bolívar, había aprendido a montar adherido al pelo negro del equino *Antinoo* y a lancear adherido a los sombríos rencores que torturaban su alma. Doblemente condenado, primero por españoles y por criollos después, se dio a la titánica tarea de reunir un ejército de 5.000 jinetes de hombres semidesnudos y salvajes que él bautizó la «Legión Infernal», cuya enseña era una bandera negra, «el pendón de la muerte» que a manera de insignia pirata cruzó las inmensas planicies, desolándolo todo a su paso, vidas y hacienda, como si quisiera borrar al hombre blanco de la tierra. Boves fue siempre el primero en la refriega y el primero en quebrar lanzas contra el enemigo republicano. Lo animaba un odio mortal. Era el más llanero de los llaneros y, en su crueldad, solo parecido a Bolívar y a Arismendi.

Despachado el teniente Padrón a enfrentarse con el «centauro», nadie calculó que su fuerza de choque habría de propiciar una derrota militar a los rebeldes en el cañón de Santa Catalina. Esto significó una importante pérdida y desorganización del ejército republicano. Allí fue donde por vez primera se experimentó cómo era morir lanceado por estos energúmenos jinetes que a nadie dejaron con vida, pues remataron a los heridos y dieron golpes de gracia a los moribundos; siguieron luego hacia Calabozo, cuya población blanca fue lanceada y acuchillada, después de lo cual marcharon raudos hacia la consumación de nuevas desolaciones. En Calabozo, Boves ejecutó 87 blancos, dejó una lista de otros 32 que puso en capilla y dio orden a su comandante encargado de la plaza de hacer matar a todo blanco que a ella se aproximase. A las mujeres blancas las mandó confinar en la isla de Arichuna y luego repartió las propiedades de los muertos entre las gentes de color que componían su horda de salvajes. En Espino sofocó un conato de rebelión, amarrando a los insurrectos, desnudos, a los postes de la plaza para luego darles azotes y dejarlos

morir de hambre y de sed. Su ejército siguió creciendo hasta llegar a 7.500 efectivos hacia finales de 1814.

Juan Bautista de Arismendi fue otro personaje que disputó con Bolívar y Boves el dudoso honor de ser el primero entre los crueles. Había sido un hombre de sanas costumbres al servicio de España, toda vez que fue comandante de milicias blancas, nacido en Asunción, isla Margarita en febrero de 1770. Su infancia y primera juventud es tan oscura como su conciencia; en 1804, siendo Capitán de Milicias de Mariquita se rebeló contra el gobierno español. Se hizo súbitamente independentista en 1810, constituyendo la Junta Central de la isla Margarita no bien consumados los primeros tumultos, isla de la cual se autonombró Gobernador. Un sargento español venido a Gobernador de aquella isla por la gracia de Monteverde y cuyo nombre era Pascual Martínez, lo capturó y amenazó con fusilar los hijos y la mujer a menos que se entregara. Fue remitido a La Guaira, encarcelado y hasta flagelado por sus insolencias contra el Rey. Los excesos del gobernador Martínez hicieron que la Audiencia lo pusiera en libertad, junto con otros prisioneros. Arismendi juró venganza contra Martínez y se desplazó a tierra firme para urdir una conspiración en su contra. Persuadido de que triunfaría, regresó a la isla solo para ser encarcelado de nuevo por el Gobernador. Ante esta situación, los secuaces de Arismendi se sublevaron, y con armas traídas de La Guaira, se tomaron la sede del Gobierno, que se rindió el 13 de junio de 1813. Arismendi asesinó a 29 prisioneros, incluido a Martínez.

Mientras eso sucedía, Santiago Mariño Carige, hijo sublevado de padre español y madre descendiente de irlandeses, encerraba a 400 españoles en Cumaná, justamente al frente de la Isla. Asediadas y rendidas por hambre las fuerzas españolas pretendieron evacuar por mar la plaza; el 2 de agosto se embarcaron en cuatro goletas españolas y varios otros buques de transporte comandados por Eusebio Tizcar, pero el corsario italiano José Bianchi, al servicio de los rebeldes, cañoneó los buques y, abordando los navíos, tomó presos a los realistas, saqueó sus pertenencias y los encerró en las bodegas. Allí murieron asfixiados 60 de ellos entre hombres, mujeres y niños. Por tierra, los insurrectos, en número de 1.200, entraron a la ciudad e hicieron fusilar, por orden de Mariño, a 122 españoles que quedaron en el puerto. Mariño envió a Piar a la conquista de Barcelona, ciudad que había abandonado Cagigal, quien se retiró hacia la Guyana el 19 de agosto de 1813 temiendo ser atenazado por las fuerzas de Bolívar en Caracas y las fuerzas de Mariño en Cumaná; este ya se había proclamado Libertador y Dictador de la zona oriental de Venezuela, en franca competencia con Bolívar, quien ostentaba similares títulos en el Occidente. Entre los dos se habían repartido el país, o eso creían, pero entre los dos se había creado una rivalidad irreconciliable.

Los asesinatos no pararon y se sucedieron uno tras otro por razones de diferencias políticas; las venganzas personales iban engullendo a los hombres. El comandante Cervériz, lugarteniente del jefe realista Domingo de Monteverde y quien, a la sazón, mandaba en Yaguaraparo, se retiró a Angostura, no sin antes haber ordenado la ejecución de varios rebeldes, entre los cuales se encontraba Francisco Bermúdez. Este hombre había recibido cuatro impactos de bala, pero no murió a causa de ellos; el gobernador de Cumaná, Andrés Level de Goda, ordenó su inmediato traslado a esa ciudad, pero cuando Cumaná cayó en manos de Mariño y se supo del fusilamiento de los prisioneros españoles, Cervériz ordenó la muerte del herido que reposaba en su lecho.

Tuvo, eso sí, la discreción de hacerle administrar los Santos Óleos antes de proceder a su ejecución. Conocido este hecho por su hermano Bernardo Bermúdez, juró este vengar fiera e implacablemente tal muerte, por lo que ingresó a las filas de los monstruos de crueldad que iban espontánea, o motivadamente, surgiendo en el suelo americano. Era así como se apilaban las venganzas.

Mariño se movió rápidamente hacia Barcelona con 1.000 hombres, plaza que ocupó tras la puesta en fuga de la guarnición de 300 hombres que la defendían. El ejército revolucionario procedió a ajusticiar 23 realistas, siguiendo órdenes de su comandante; entre los ajusticiados se encontraba un fraile de apellido Márquez, acusado de colaborar con los realistas. Tampoco se respetó la vida del comandante de la plaza, el mayor Arias Reina. Pero el balance no era favorable a la causa revolucionaria. La marcha triunfal de Bolívar hacia Caracas no había consolidado la conquista. Las poblaciones de Mérida y Trujillo esperaban su liberación por cuenta del general realista Miyares, quien permanecía acantonado en Maracaibo. Coro continuaba belicosa y realista y, amenazando a Barquisimeto, ponía en peligro a la propia Caracas. De otro lado, Yáñez, situado en Apure, se constituía en una amenaza para la provincia de Barinas, situación que podría cancelar los planes que Bolívar tuviese de invadir la Nueva Granada. Al Oriente las cosas no estaban mejor. Mariño tenía este flanco descubierto, pues la Guayana era incontrastablemente partidaria del Rey y allí estaba el general Cagigal.

A esa dramática situación había que sumar el hecho de que los dos dictadores, uno en Oriente y otro en Occidente, no querían darse la mano ni someterse el uno al otro. La incapacidad de acordar un mando unificado los estaba acercando al desastre. Bolívar rogaba a Mariño enviar refuerzos de tierra para batir a Yáñez en los Llanos y refuerzos marítimos para bloquear a Puerto Cabello, pues ahora sí había entendido su posición estratégica como punto de abastecimiento de las fuerzas realistas. Denegados estos recursos, el 17 de agosto de 1813 Bolívar decidió marchar hacia Valencia; desde allí podría atender con mayor solvencia los Llanos y Puerto Cabello y cualquier emergencia que se presentase en el Occidente, como un avance desde Coro hacia Caracas. En Valencia organizó una pequeña fuerza expedicionaria de 600 hombres, al mando de García de Sena, para marchar contra Coro, en tanto que él se dirigía a poner sitio a Puerto Cabello con 800 hombres, puerto que ya estaba reforzado por Monteverde y donde este se hacía fuerte. Bolívar tenía que afrontar otros problemas, como que Valencia estaba amenazada por facciones de todos los pueblos circunvecinos y hostiles a la causa revolucionaria: los negros del valle de Tuy habían conformado guerrillas, Boves derrotaba a los republicanos en Santa María de Iperé y el indio Reyes Vargas, con el clérigo Torrellas, cortaban su comunicación con la Nueva Granada.

Había muchos frentes que atender pero, como pudo, despachó 120 hombres al mando del capitán Campo Elías a los valles de Tuy a contener los esclavos insurrectos a favor del Rey; el teniente coronel Tomás Montilla era despachado al Alto Llano y al coronel Florencio Palacios lo destinaba a Guanare, en tanto que Ribas quedaba encargado de la defensa de Caracas. Pero esas no eran todas las dificultades. Llegaban noticias alarmantes de que en España se estaban derrotando los ejércitos napoleónicos y que la Península resurgía como potencia militar. Esto animaba el sentimiento realista de la resistencia al cambio de sistema e inducía al pueblo raso a la rebelión contra unos señores que, sin ninguna legitimidad distinta de la que daban las armas,

querían adueñarse del poder. Así, por doquier se levantaban la clase media blanca, los indios y los negros contra los «hidalgos criollos» y los «mantuanos», denominados así por ser descendientes de los conquistadores y por los mantos que las señoras usaban para ir a Misa.

Esas mismas noticias produjeron en Bolívar nuevos ánimos dictatoriales por lo que concibió el plan de asumir todos los poderes en un área ampliada de la geografía en conflicto. El 18 de agosto presentó su plan de gobierno fundamentado en el principio de incorporación de las provincias venezolanas de Oriente y Occidente a la Nueva Granada, aunque con los poderes Ejecutivo y Legislativo adscritos a él. Estas pretensiones hicieron recelar a Mariño, quien ya había sido proclamado en Cumaná Jefe Supremo y, por tanto, exaltado a la par con Bolívar, algo que a su juicio no lo hacía desmerecer los títulos que este pretendía para sí. Concedor del mal efecto del proyecto, Bolívar se excusó diciendo que era tan solo un proyecto ideado por un ciudadano cualquiera y que no se había hecho por encargo suyo.

La diferencia entre los dos caudillos era que Bolívar había liberado cuatro provincias y Mariño dos, pero esto se compensaba con que era Bolívar quien solicitaba los auxilios de Mariño para continuar la lucha contra los realistas en el Occidente. Por esta razón, ninguno de los dos quería ceder el primer puesto. No obstante, Bolívar ambicionaba mayores designios que su émulo, pues quería conformar una más grande federación con un poder central que asumiera el papel protagónico correspondiente; él mismo escribe:

Si constituimos dos poderes independientes, uno en Oriente y otro en Occidente, hacemos dos naciones distintas, que por su impotencia en sostener su representación... aparecerán ridículas. Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida... Divididos, seremos más débiles, menos respetados de los enemigos y neutrales. La unión bajo un solo gobierno supremo, hará nuestra fuerza y nos hará formidables a todos.

Mariño, en cambio, concebía un gobierno compuesto por dos dictadores, muy al estilo romano, con sus dos cónsules, y un senado que debía someter sus disposiciones a su aprobación. Pero se impone una consideración: ¿a qué unir lo que nunca estuvo separado más que administrativamente y a qué separar lo que siempre estuvo unido por el vínculo común a la más grande patria llamada las Españas? En este momento se estaban cumpliendo los temores que desde siempre asaltaron al Libertador: la debilidad por la división. Mariño contestaba que era necesario aplazar para después de la guerra la fundación del gobierno propuesto.

## **Expolio y ruina**

La desconfianza del pueblo por el gobierno republicano era total, puesto que ninguna producía el Secretario de Hacienda y Exteriores nombrado por Bolívar, Antonio Muñoz Tebar, un joven imberbe de veintidós años, quien solo se había distinguido por hacer pequeñas incursiones literarias. ¡Hasta estos niveles de improvisación se había llegado! En materia de producción, no se diga, porque las altas exacciones habían arruinado la poca industria que quedaba; Caracas se había convertido en un gigantesco taller para la confección de uniformes, armas, pólvora y

pertrechos militares, manufacturas que se pagaban con devaluados pagarés en los que nadie confiaba; la casa del conde de Tovar se había transformado en hospital para los heridos trasladados de La Victoria, San Mateo y Ocumare, en tanto que las rentas del nuevo Estado se nutrían de las propiedades arrancadas a los españoles. Por primera vez, las damitas de la sociedad se vieron hincándose los dedos con las agujas con que se cosieron 10.000 uniformes para las tropas, uniformes hechos con las telas embargadas a los almacenes españoles; digo que lo eran, por el simple hecho de que los criollos, debido a viejos prejuicios de casta, no se dedicaban a este tipo de comercio que estaba, casi en su totalidad, bajo control de los más industriosos peninsulares emigrados.

En tales condiciones de desgüeño y arbitrariedades, nadie se sentía seguro con sus pertenencias, que podían ser embargadas con una mera acusación de algún vecino que quisiera desquitarse de pasadas injurias o pleitos. La administración pública también recurrió a extraer recursos de la administración de diezmos y a exigir donativos en joyas, pues el comercio y las actividades económicas languidecieron hasta la extinción. El exterminio no era, pues, solo de vidas humanas y actividades productivas. El dinero escaseaba, ya que también las exportaciones habían sufrido. Lo que circulaba era dinero de baja ley y hasta fichas de hueso llamadas «señas», que a falta de otro mejor, lo remplazaba. El Estado obligó a las gentes a entregarle los objetos de plata que poseían con un descuento del 25 por ciento de su valor para la acuñación de monedas que volvían a salir de circulación por las necesidades de importar bienes básicos y pertrechos de guerra que se pagaban a precios exorbitantes, como los 6.000 fusiles comprados por la elevada suma de 20 pesos cada uno a la firma inglesa Watson, Maclean & Co., cuando costaban solamente entre 5 y 10 pesos en tiempos normales. Todo, hasta lo que se traía de contrabando, quedó sujeto a la especulación.

La escasez de numerario forzó al Estado a recurrir al clero, que fue obligado a entregar sus alhajas no indispensables al culto para convertirlas en moneda. El campo también padeció similar desolación. Los agricultores dejaban de cultivar por la caída general de los precios a la par que eran víctimas de los merodeadores que se ensañaban con ellos. La inseguridad era total. Las fincas y haciendas fueron abandonadas, por lo que el Estado procedió a confiscar muchas de ellas y a venderlas por precios ridículos. Luego se recurrió a imponer multas, o pechos, a los criollos sospechosos de ser simpatizantes realistas y a la confiscación total de los bienes habidos por los españoles. Hubo ciertas excepciones, como que si el español era casado con venezolana y con hijos nacidos en el país, solo se le confiscaba 1/5 de los bienes. Para atender todo lo relativo a esa ley se nombró una comisión expropiadora, claro, con cargo al Estado. Las injusticias y la corrupción crecieron en proporciones alarmantes. Ribas era acusado de procedimientos dolosos. Por eso, los levantamientos populares suscitados por el mal gobierno y la inexperiencia, la incertidumbre que prometía y las penurias que decretaba, tornaban la lucha más cruenta y sanguinaria. El decreto de rebaja general de los sueldos de la administración no hizo más que sembrar un mayor descontento ante la inflación galopante.

La noche del 20 de agosto de 1813 Bolívar inició el cerco a Puerto Cabello e intentó tomarla por asalto. La plaza estaba separada de tierra por un canal de agua, tenía tres lados fortificados y el otro protegido por manglares. Por el Norte la cubría el fuerte de San Felipe, localizado en una

pequeña y cercana isla; en otro islote estaba la batería de la Blanquilla, que también defendía la plaza; por el Este, la batería de Picayo y el Baluarte del Príncipe, localizados junto a los manglares; el canal estaba defendido por dos baluartes abrigados por una cortina de cal y canto y una empalizada, en cuyo centro había un puente levadizo; al Oeste, se encontraba el Baluarte Corito, que cruzaba fuegos con todos los demás. Monteverde tenía acantonados allí unos 1.200 soldados y 150 piezas de artillería del calibre 18 y 24.

La vanguardia revolucionaria se dividió en dos columnas para atacar el puerto. La de la izquierda estaba comandada por el joven granadino Atanasio Girardot y la de la derecha por Rafael Urdaneta. El ejército revolucionario hizo algunos avances y llegó hasta el barrio de Puente Afuera donde se encontraron con una fuerte resistencia. Urdaneta fue rechazado pero Bolívar envió refuerzos que permitieron acorralar a los realistas contra el canal, impidiéndoles cruzar el puente levadizo; los insurrectos continuaron avanzando y se apoderaron de algunas baterías costeras y de la boca del río que suministraba el agua del puerto. Los realistas estaban encerrados y bajo un riguroso sitio a menos de 300 metros de la cortina protectora del canal. El sitiador, a su vez, soportaba el fuego lateral de dos buques de guerra y de varias lanchas cañoneras, pero se escondía de los fuegos centrales en las casas adyacentes. El día 28 el fuego realista duró todo el día y la noche y mantuvo a raya al enemigo. El 29 llegaba a los rebeldes la tan anhelada artillería de montaña con la cual iban de responder el fuego. El puerto contiguo de la Borburata recibía para los rebeldes piezas de gran calibre traídas de La Guaira que, al entrar en acción, alejaron los buques de guerra. El 30, después de fieros combates, Bolívar ofreció a Monteverde una capitulación honrosa acompañada de la liberación de todos sus prisioneros. Monteverde rechazó la oferta y Bolívar se precipitó sobre la plaza para tomarla por asalto. A las diez de la noche 50 infantes independentistas atravesaron el canal e intentaron subir las empalizadas, pero los realistas los rechazaron. En medio de la confusión el comandante Zuazola abandonó el fortín Solano creyendo que la Plaza estaba tomada, y los independentistas, al darse cuenta de la maniobra, enviaron una partida a capturar a los fugitivos, cosa que hicieron. Al ser capturados Zuazola y sus compañeros, Bolívar envió el 2 de septiembre un ultimátum a Monteverde en el que le advertía que si no entregaba al español Jalón, que había sido capturado por estar de parte de los rebeldes, ejecutaría a Zuazola. Dio tres horas para decidir. Monteverde rechazó el ultimátum y Bolívar procedió a hacer que la tropa lo juzgara. El veredicto fue darle una paliza y luego ahorcarlo. Este fue el primer juicio popular auspiciado por un dictador que mucho pregonaba acatar las leyes y someterse a las disposiciones legales. Cuando Bolívar ejecutó a Zuazola, Monteverde respondió fusilando a cuatro oficiales venezolanos, Pellín, Pulido, Osorio y Fuentes, pero perdonó la vida a Jalón por ser español. El espectáculo no podría haber sido peor: los sacó a la vista de los sitiadores y los hizo ejecutar. Bolívar quedó petrificado. Al fin alguien le había respondido con sus mismos salvajes procedimientos.

## **Venezuela se alza contra la Independencia**

Envalentonados por la noticia de la rendición de Barcelona a las tropas de Mariño y habiendo

recibido provisiones por mar traídas por varias goletas y descargadas en Borburata, los rebeldes se aprestaron a redoblar el esfuerzo de asalto. No bien estaban haciendo estos preparativos finales cuando también llegaron noticias de que la rebelión contra la Independencia estallaba por doquier: las poblaciones cercanas a Puerto Cabello se rebelaron; lo mismo se hacía en la serranía de Valencia, en el valle de Aragua y en el Guárico.

La provincia de Coro continuaba apoyando el esfuerzo bélico realista, pese a estar prácticamente en la ruina; el indio Reyes Vargas, batiendo una partida de rebeldes, avanzaba hacia Barquisimeto con 1.000 hombres. Luego sería derrotado en Cerritos Blancos, pero las insurrecciones no cesaban. En los llanos del Apure se formaban guerrillas que proclamaban al Rey. En todas partes se recrudecía la rebelión contra las fuerzas revolucionarias. Por doquier se veían incendios oscurecer los cielos con negros nubarrones que anunciaban la venganza. Los hermanos Medina se pasaron a las filas de Boves, pero este, por no creer en su lealtad, les hizo poner cuernos en la frente para luego lancearlos y sujetarlos a la cola de los caballos, que los arrastraron. Se estaban desatando los demonios.

Por fin, el 13 de septiembre de 1813 llegó a La Guaira la fragata española *Venganza*, de 40 cañones, con seis transportes más que traían 3.000 soldados, dados a la vela en Cádiz el 25 de julio. Los rebeldes del puerto intentaron engañar a la tripulación vistiéndose de soldados españoles para tenderles una trampa. La bandera española fue izada, pero el capitán Diego Prieto envió una embajada en una lancha que fue recibida por el coronel Mármol, quien, bajo amenaza de muerte, había sido forzado a engañar a sus compañeros. La trampa se habría completado de no haberse cometido el error de saludar la escuadra con 21 cañonazos no reglamentarios que levantaron sospechas en Prieto, quien dejó de aproximarse a la rada. Enviada una lancha, se pudo observar de cerca a Mármol, a quien se le salieron las lágrimas al contestar una de las preguntas de Marimón, el comandante de la embarcación. Inmediatamente se dieron señales de alarma a la escuadra. Marimón intentó ganar de nuevo el bajel, pero se trabó un combate en el que perecieron diez soldados. El resto peleó valerosamente hasta cuando tuvieron que rendir las armas. Mientras esto ocurría, las baterías costeras abrieron fuego sobre la escuadra española, que inmediatamente se dio a la fuga hacia Puerto Cabello con algunas pérdidas humanas. La llegada de esta escuadra con tan importantes refuerzos al puerto sitiado determinó que el ataque de Bolívar fracasara; ante la imposibilidad de rendir la Plaza y rodeado de infortunios, Bolívar desistió del sitio y el 17 de septiembre de 1813, derrotado, se retiró a Valencia. Allí recibió refuerzos de La Guaira y Caracas al mando de Villapol. Con todo, los 700 hombres aportados al ejército en retirada no hicieron subir los efectivos a más de 1.600 soldados, muchos de ellos víctimas del paludismo y las enfermedades contraídas en aquella costa. Monteverde se atrevió a salir de su refugio y se dio a la tarea de recuperar el territorio perdido.

La primera vanguardia realista compuesta por 600 hombres al mando de Remigio Bobadilla se asomó por los cerros de Bárbula, que domina el llano de Naguanagua. Bolívar había dispuesto que su caballería los esperara en el llano, pero como los españoles no bajaban a la llanura el ejército revolucionario acometió al enemigo el 30 de septiembre por la tarde. Atanasio Girardot, D'Elhuyar y Urdaneta comandaban las tres columnas de infantería que intentaron ascender el cerro. La vanguardia española cedió el campo, pero el joven granadino Girardot pereció de un

balazo en la frente. Llevaba la bandera republicana en sus manos. Harto provecho se sacó de esta muerte, pues Bolívar decretó un mes de luto y ordenó que su corazón fuese enterrado en una capilla de la catedral de Caracas en aquel «año tercero de nuestra Independencia y primero de la guerra a muerte», según decía el decreto. El 4.º Batallón de Línea tomó su nombre por divisa y su cadáver fue conducido a su provincia natal de Antioquia. Estos actos conmovieron a los independentistas de la Nueva Granada, a quienes de esa manera se les hizo aumentar su celo revolucionario.

## **El Segundo Decreto de la Guerra a Muerte**

Bolívar estaba consumando su holocausto, el único del que, en realidad, se tuvo noticia alguna en América: *el español*, porque holocausto nunca hubo de indígenas consumado por españoles, sino de españoles por criollos, por los hijos que parieron vientres de madres españolas y voltearon sus cuchillos contra ellas y sus padres, amén de haber dado la espalda a la Madre Patria en sus momentos más angustiosos, invadida por el tirano de Europa. Este es el holocausto del que no se atreven a hablar ingleses ni holandeses, del que no se atreven a hablar los que tejieron la Leyenda Negra contra España, ni los propios independentistas, porque si lo llegaran a hacer tendrían que explicar por suerte de qué títulos tendrían los criollos más derechos que los nativos a permanecer en unas tierras que fueron conquistadas y cristianizadas por sus padres y sus abuelos; tendrían que mirarse al espejo y decidir si son más españoles que indígenas, si son más blancos que cobrizos, porque los que hicieron la revolución fueron los criollos blancos, aquellos que tendrían que haber renunciado primero a permanecer en esas tierras y devolverlas a sus antiguos moradores, antes de levantar la mano contra sus hermanos de sangre y conquista... Sí, mirarse al espejo y ver en esa imagen el reflejo vivo de sus antepasados antes de acusar que los españoles vinieron a robarlos, como si aquellos revolucionarios fuesen de procedencia distinta, como si hubiesen venido de la luna; porque quienes así levantan el dedo acusador están señalando a sus propios ancestros, a sus directos antepasados y, de contera, a ellos mismos... Porque, como Bolívar lo dijo, «americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer».

En alguna parte de sus memorias, don Joaquín nos alerta sobre este personaje:

Bolívar fue un estafeta del odio, un metafísico de la ignominia y orador preferido de la crápula, un estilista de la utopía, un refocilador libertino de sábanas ajenas, un matarife de cloaca, un César de iniquidades y discípulo preferido de Calígula, por todos los excesos y asesinatos que prohió... Era el más fidedigno émulo de Nerón, un Heliogábalo de apetitos bestiales e insaciables; en suma, Majestad, era un hombre prehistórico, generador del nauseabundo desfile de engendros, que matándose entre ellos y suscitando toda clase de ignominias y asaltos al poder, a partir de entonces habitan el estercolero patrio en el que nos han sumido.

El 15 de junio de 1813 en la ciudad de Trujillo Bolívar echaba atrás las consideraciones con los americanos que no apoyaran la Independencia y producía el segundo decreto de la Guerra a Muerte para conjurar la lealtad al Rey que mostraban los criollos de la clase media, los indios y

los negros. Es sabido y reconocido por todos, que a estas alturas de la guerra la mayor parte de los venezolanos sostenía los derechos de España contra una minoría empeñada en lograr una independencia perfectamente impopular y anti-democrática en sus proceder. Ya con anterioridad, durante el cerco a Puerto Cabello, Bolívar había producido otro decreto que condenaba a muerte a todos los que defraudasen la renta de tabacos, medida realmente exagerada e inédita aun en tiempos de guerra. Tanto, que el gobernador de Curazao, general Hodgson, conmovido por lo que tantos decretos a muerte pudieran causar, escribió al caudillo una carta respaldada con la firma de numerosos españoles desterrados en la que pedía suavizar las medidas.

Pero Monteverde no las tenía todas ganadas en la retaguardia. D'Elhúyar reagrupó la infantería y al mando de 1.000 hombres se precipitó sobre Monteverde y lo derrotó, en campo abierto, en un fiero combate realizado el 3 de octubre al amanecer. Los españoles se retiraron llevando consigo a su general mal herido de un tiro en la quijada. D'Elhuyar volvió a acorralarlos en Puerto Cabello, pero los españoles se sostuvieron con los pertrechos y auxilios monetarios enviados por los dos mil refugiados españoles de Curazao, que a pesar de tener los bienes embargados, contribuyeron con pertrechos de guerra y hasta una goleta mandaron de regalo.

La Guayana fue parte también en apoyar el esfuerzo bélico de los españoles, pues esa provincia no había sido tocada por la guerra. Boves, a Oriente, y Yáñez, al Occidente, fueron los principales beneficiarios, aunque ya los realistas comenzaban a preocuparse por la conducta del primero. Su crueldad no conocía límites. Su propio Vicario y Capellán, José Ambrosio Llamozas, nos cuenta que «la insaciable sed de sangre de Boves no estaba solo contraída a la de blancos, aunque contra estos era más ardiente: en los campos de batalla y en los pueblos pacíficos se cometieron por su orden horrores de que hay pocos ejemplares».

—¿Boves? —preguntó en una oportunidad el Rey a don Joaquín—. Contadme quién era Boves, porque si mal no recuerdo, en una charla anterior lo mencionasteis...

—Efectivamente, Majestad. Su nombre de pila era José Tomás de Boves y de la Iglesia, nacido en Oviedo en 1782 y muerto en Urica, Venezuela, en 1814, quien tuvo una breve carrera militar en vuestros ejércitos. Fue comandante militar del llamado Ejército Real de Barlovento, también nombrado como la Legión Infernal. Este hombre no asesinó a menos de 80.000 personas, según se dice, entre ellos 1.600 soldados rebeldes cuando se tomó La Cabrera. Degolló a toda la guarnición. Parece que su odio también provenía de que su mujer, una mulata llamada María Trinidad Bolívar, fue asesinada delante de su hijo, José Trinidad Bolívar, a tiempo que los independentistas quemaban una pulpería de su propiedad. También me temo, Majestad, que este atroz comportamiento fue una respuesta a las masacres perpetradas por los rebeldes.

Como quiera que sea, la intensa actividad de reclutamiento emprendida por Boves le permitió organizar 2.000 lanceros, a quienes armaron con picas fabricadas de los barrotes de las ventanas arrancadas a las casas de las poblaciones saqueadas. El 20 de septiembre derrotó al ejército criollo en Santa Catalina, al mando de Tomás Montilla, y saqueó Villa del Cura, pero cayó derrotado en Mosquitero por otro español, Campo Elías, un rebelde enviado por Bolívar a conjurar la amenaza. El 14 de octubre llegó ese ejército, compuesto por 2.000 jinetes y 500 infantes apoyados por dos piezas de artillería, al caño de Mosquitero, afluente del río Orituco. Este mismo día el Cabildo de Caracas nombró a Bolívar Capitán General y Libertador. Tras una lucha violenta en Mosquitero quedaron en el campo tendidos 808 muertos del lado de Boves y 300

del lado revolucionario. Boves alcanzó a huir y se refugió en su guarida de Guayabal, por la vía del Orinoco. Campo Elías recuperó Calabozo e hizo fusilar a cuanto colaboracionista de los chapetones encontró en la población, continuando la política de muerte proclamada por Bolívar. Estas represalias tuvieron consecuencias funestas para la causa independentista, pues miles de llaneros se fueron pasando al bando realista de Boves, aterrados de lo que podían hacer los republicanos. Entonces, las fuerzas españolas seguían creciendo a la par que las insurrecciones, pese a que el indio Reyes Vargas era derrotado en Cerritos Blancos, cerca de Barquisimeto. Al paso del comandante realista José Ceballos, procedente de Coro, sus fuerzas se veían engrosadas por cantidades de voluntarios que, en número de 1.700, se le sumaron a sus fuerzas de solo 374. Eran los componentes de los ejércitos del indio Reyes Vargas y del padre Torrellas, más otras agrupaciones dispersas. Era de Coro de donde partía el mayor aliento a los realistas, pues esta plaza era capaz de convocar cualesquiera guerrillas contrarias a los patriotas. La amenaza por el avance de Ceballos a los dominios de Bolívar se hizo evidente y angustiosa. El Libertador, en persona, salió a hacerle frente en Barquisimeto para evitar que se le cortaran las vías de comunicación con el occidente venezolano.

Rafael Urdaneta, el comandante de Bolívar, solo disponía de 700 hombres, pero pronto se le unieron varios regimientos, como el de San Carlos y la división García de Sena. Ceballos entraba en un territorio leal al Rey y, a mediados de octubre, batía y se tomaba el pueblo de Bobare, donde derrotó la vanguardia independentista al mando del rebelde español Juan Manuel Aldao. Luego ocupó Barquisimeto, con la complacencia general de la población. El jefe republicano Miguel Valdés se retiró a Yaritagua hasta donde Ceballos avanzó, derrotándolo. El 8 de noviembre Bolívar se hacía presente en Gamelotal, donde se reunió el grueso del ejército dispuesto a batir a Ceballos. El 9 se puso en marcha hacia Barquisimeto, en cuya meseta se atrincheró el realista con nueve piezas ligeras de artillería y 1.050 hombres. Los republicanos contaban con 1.100 infantes, 200 jinetes y seis piezas de campaña.

La caballería bolivariana fue la primera en cargar contra los realistas. Se abrieron fuegos y la carga republicana de los jinetes no pudo ser detenida por un ala de la infantería realista, que cedió ante los atacantes. La victoriosa caballería entró a las inmediaciones de la ciudad y tocó campanas de victoria. Mientras tanto, las infanterías continuaban luchando en los otros frentes pero, súbitamente, alguien dio un toque de retirada entre las filas republicanas y los cuerpos retrocedieron, dando oportunidad a los realistas de envolver las líneas que se retiraban en desorden. En la huida los republicanos perdieron cerca de 1.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Hago notar, que por ser José Ceballos un oficial regular del ejército español los prisioneros rebeldes fueron tratados con misericordia y consideración, a diferencia de lo que ocurría cuando los prisioneros eran realistas. No sobra contrastar que desde Caracate reaccionaba Bolívar ordenando a José Félix Ribas fusilar «a todos los europeos y canarios y que hiciese marchar cuantos hombres hubiese en la ciudad de Caracas, con especialidad los jóvenes estudiantes». Esto lo escribe el historiador y cronista de la época, Juan Vicente González, aunque también sabemos que Ribas no acató las órdenes de Bolívar.

Con el paso de los días las facciones se iban haciendo más fuertes. Pero Ceballos no era un general dotado de las cualidades de mando, que no estratégicas, de Bolívar; no supo aprovechar la

tremenda oportunidad que se le presentaba de derrotar definitivamente a su adversario, y no sacó provecho de ella. Monteverde, a su turno, intentaba recuperar lo perdido y, enviando al coronel Salomón de Puerto Cabello a amenazar Valencia, tomó este la vía de Vigirima. En parte reconstruido el ejército republicano de la derrota propinada por Ceballos, Bolívar lo aprovechó para atacar a Salomón en Vigirima el 25 de noviembre, obligándolo a replegarse sin ser derrotado; ese pequeño triunfo fue opacado por el avance de Yáñez sobre Barinas, lo que obligó a los republicanos a un repliegue general de la zona. Las fuerzas de Yáñez estaban compuestas en buena parte por españoles que, resentidos por haber perdido sus bienes, clamaban venganza; otra parte provenía de los que en Guasdalito, Quintero y las orillas del Apure degollaban a los republicanos que se aventuraban por esas tierras.

Mientras Ceballos concentraba en Araure una poderosa fuerza de 3.700 hombres, de los cuales 1.100 pertenecían a la caballería, Bolívar hacía otro tanto en San Carlos con tropas de Caracas, La Guaira y Valles de Aragua, a las que se sumó parte de las fuerzas de Campo Elías; en total, unos 5.000 hombres, la fuerza más grande que general republicano alguno había reunido jamás. El resto de la tropa de Campo Elías estaba destinada a contener a Boves en Calabozo. Muy curioso es que dos de los cuatro comandantes del Libertador fueran españoles afectos a la causa republicana, lo cual da una dimensión de la colaboración que, ya por miedo, ya por convicción, prestaron algunos españoles a la independencia. Al mismo tiempo el Libertador ordenaba a D'Elhúyar levantar el sitio a Puerto Cabello y situarse en Valencia como reserva. A Ceballos se le habían sumado los hombres de Yáñez, que llegaba de Apure con dos célebres batallones, el Sagunto y el Numancia; también se le sumaron los batallones provenientes de Guayana y los de los llanos de Barinas. La suerte de Caracas se estaba jugando, pero también la del ejército republicano que quedaría, si fuese derrotado, a merced de las guerrillas de los indígenas de Acarigua y de todas las fuerzas afectas al Rey que merodeaban por toda la región, sin ser ejércitos medianamente organizados.

El 4 de diciembre de 1813 el ejército de Bolívar se puso en movimiento rumbo a los valles de Araure a encontrar el enemigo. La vanguardia, compuesta por el batallón de Cazadores, iba al mando de Manrique. Los realistas fueron divisados en los bosques del río Acarigua. Manrique se fue aproximando, pero las primeras avanzadas fueron atacadas, primero por la caballería enemiga, y luego por la infantería. El general Urdaneta, al oír los fuegos, avanzó rápidamente en su auxilio, pero no llegó a tiempo. La vanguardia había sido envuelta y destruida por la caballería realista. Del desastre se salvaron Manrique y unos cuantos. La pérdida fue de 500 hombres. Cuando Bolívar llegó con el resto de la tropa y contempló el desastre su tenacidad militar lo empujó a sobreponerse y a armar su ejército en posición de batalla, en tres líneas: la primera, de infantería y las otras dos, de caballería. La infantería republicana se puso en movimiento y avanzó bajo el fuego español. Bolívar había dado la orden de matar a cuantos quisieran retirarse del campo, por lo que las líneas avanzaban, se desordenaban y se rehacían, cerrando los huecos causados por las bajas hasta aproximarse al tiro de pistola. Fue cuando se dio la orden de romper fuegos. La masa humana se enfrentó a las filas realistas, que cedieron. Dos piezas de artillería, de las mejor colocadas, fueron las primeras en caer. Un batallón, al que llamaban el «Sin Nombre» porque Bolívar no quiso darlo hasta que se distinguiera en el combate, se precipitó sobre el centro del

enemigo y a lanza partida cargó con furia. Lo comandaba el coronel Florencio Palacios, familiar de don Simón. La infantería realista cedió al empuje y, aunque Yáñez con su caballería intentó desbordarlo por la derecha, se le opuso la caballería independentista de Barinas. Bolívar ordenó que su tercera línea de Dragones de Caracas y Lanceros de cargaran sobre el flanco de la caballería de Apure, la cual cedió el terreno y se desbandó; los republicanos se apoderaron de tres piezas más de artillería. Yáñez perdió cerca de 500 jinetes, por lo que dio orden de retirarse ante el fiero ataque con que, a bayoneta calada, los republicanos continuaban realizando con graves destrozos al ejército realista.

La batalla había durado seis horas, de las cinco de la mañana a las once. Bolívar continuó persiguiendo al enemigo sin darle tregua y sin permitirle reorganizarse hasta cuando fue completamente deshecho y disgregado. El célebre batallón Numancia también había sido derrotado. Muchos se subieron a los árboles para escapar de la bayoneta, pero fueron bajados a balazos sin intimarles rendición. Los republicanos perdieron 800 hombres. Los restos del ejército realista huyeron hacia Barquisimeto y Guanare, dejando tendidos en el campo 1.000 muertos, 10 cañones, 30.000 cartuchos, seis sacos de plata con 9.000 pesos, lanzas, víveres, banderas, y 800 fusiles. Bolívar, acompañado de gran número de jinetes, se empeñó en dar persecución a una columna enemiga que huía hacia el poblado de la Virgen de la Aparición de la Corteza, a 30 kilómetros del campo de batalla, donde la alcanzó ya entrada la noche.

Esa fue una increíble muestra de fortaleza física, pues no parece que Bolívar llegara a bajarse del caballo a descansar. Sin ninguna resistencia y exhaustos por la marcha, esos restos del ejército se rindieron sin disparar un tiro. La venganza por la pérdida de la vanguardia de Cazadores fue terrible, según la escribe el general Rafael Urdaneta, quien había acompañado a Bolívar en la persecución: «Los soldados patriotas, amargados con la heroica muerte de los Valientes Cazadores, no perdonaron a ninguno», pues Bolívar ordenó que fuesen ejecutados esa misma noche, según también lo expresó el coronel José de Austria, testigo de estos acontecimientos. Dijo: «Fueron allí mismo ejecutados un considerable número de prisioneros». Bolívar bautizó el batallón sin nombre, Batallón Vencedor de Araure. En plata blanca, lo que aquí hubo fue una vil masacre de prisioneros, por lo menos 600, muchos de ellos heridos y todos rendidos y sin armas, según diversos testimonios. ¿Eran estas unas exigencias de la guerra o una calculada política de terror y exterminio? ¿Cómo podía ese hombre, de cuya grandeza de alma se alababa, cometer tan horrendos crímenes? Ceballos huyó hacia Apure, al Sur, en tanto Yáñez se dirigió hacia Coro, al Norte, ambos con estremecimientos de horror por el salvajismo al que se podía llegar.

### **Una guerra de asesinos**

El 8 de diciembre de 1813 Urdaneta entró en Guanare y Bolívar en Valencia. Los pueblos que recorrieron estos generales permanecían desolados. Venezuela se iba convirtiendo en un país de pueblos muertos, gente en fuga y economía destrozada. Bolívar lo escribe el 7: «La soledad espantosa que reina en los pueblos que ocuparon los españoles, las lágrimas de algunas pocas infelices mujeres por sus maridos, padres e hijos asesinados y cuyos cadáveres se hallan

atravesados hasta en los caminos públicos, descubren manifiestamente sus proyectos y que eran los de un exterminio general de los habitantes». Hay ciertos elementos de verdad en lo dicho, pero hay otros abiertamente contrarios a la realidad: Bolívar atribuye a otros lo que él mismo se había propuesto y era el *exterminio de los españoles*. Esto había suscitado una reacción equivalente por parte de los afectados. A pesar de lo afirmado, los republicanos no encontraban partidarios para engrosar sus filas revolucionarias; la opinión general permanecía firme con los realistas, por lo que cabe preguntarse si esa desolación no era causada por los propios insurgentes que, con hechos como los de Araure, iban sembrando la desconfianza y el terror entre los pobladores. Todos conocían la política de exterminio total que había proclamado Bolívar, diferenciándola de la de Monteverde, que sin ser proclamada, era más un estado de ánimo, una venganza del momento, muchas veces implantada con fórmula de juicio. Y en cuanto a la de criminales como Boves, las gentes también sabían que este tenía su equivalente en republicanos como Arismendi. El gran problema para la causa independentista continuaba siendo los decretos de exterminio y el aura de formalidad que rodeaba al asesinato sistemático, frío y calculado de Bolívar, en contraste con los que motivaba la desenfundada venganza de los otros asesinos, Boves y Monteverde.

Fue por eso que el decreto de indulto del Libertador para todo aquel que se presentara al juez de su pueblo en el término de un mes, decreto divulgado por todo el territorio, no produjo ningún resultado en cuanto a engrosar la insurrección y revitalizar los ejércitos se refiere. La gente se aferraba al Rey como a un salvador del desastre, y al antiguo régimen, como un restaurador del orden y del progreso. Esa libertad no le decía nada. Tampoco valieron los buenos oficios del arzobispo Croll y Prat, quién a instancias de Bolívar, se dedicó a visitar pueblos y ciudades donde recomendaba acogerse al indulto decretado y predicaba la paz y la confraternidad. Bolívar mismo lo acompañó en la correría. Nadie respondió. Escribe el Arzobispo, pintando aquella dramática situación:

El hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios, y asesinatos, los incendios y devastaciones; la Virgen estuprada, el llanto de la viuda y del huérfano; el padre armado contra el hijo, la nuera en riña con la suegra, y cada uno buscando a su hermano para matarlo; los feligreses emigrados, los párrocos fugitivos, los cadáveres tendidos en los caminos públicos; esos montones de huesos que cubren los campos de batalla y tanta sangre derramada en el suelo americano; todo esto está en mi corazón. ¡Gran Dios, es acaso Venezuela aquella Nínive sanguinaria, al fin destruida y desolada!

En el cuarto año de la guerra los nulos resultados de indulto tan generoso y la desolación reinante nos indican que las atrocidades cometidas por los españoles tenían que ser muy inferiores, y a menor escala, que las cometidas por las fuerzas republicanas. De lo contrario, las cosas habrían sido al revés: el alzamiento generalizado contra la Corona. Por esas fechas y pese al reciente triunfo republicano, el levantamiento a favor de España se registraba por doquier en Venezuela.

Muy abatido debió quedar Bolívar al enterarse de que las tropas realistas habían ocupado Pamplona el 13 de diciembre —en la frontera de la Nueva Granada— y que el mayor Francisco de Paula Santander, encargado del mando en esa zona fronteriza, había sido batido en Llano Carrillo el 12 de octubre pasado. Más aún, cuando después de un mes de bloqueo de Puerto Cabello por las escuadrillas combinadas de Bolívar y Mariño, Piar recibía la orden de este

último de levantar el bloqueo y marchar hacia Oriente. A duras penas había podido Bolívar persuadir a Piar el 7 de enero de 1814 no acatar la orden y mantener la escuadrilla.

Los republicanos estaban rodeados de tropas hostiles por todas partes: al Oriente, Cagigal; al Occidente, Ceballos, que se rearmaba en Coro; al Norte, Salomón en Puerto Cabello, que resistía el bloqueo; al Sur, Yáñez, en Apure y Boves en el Orinoco, campeaban por sus respetos. Para los insurgentes republicanos, era necesario un mando unificado bajo una sola dictadura «democráticamente» elegida. La guerra lo exigía. Pero no dejaba de ser una extraña exigencia para unos señores que, imitando en todo a las instituciones angloamericanas, nunca se plantearon por qué en los Estados Unidos a nadie se le ocurrió el expediente dictatorial en medio de la guerra y de las calamidades públicas sufridas. ¿Qué estaba pasando en la América hispana? ¿Cuál era la diferencia entre Bolívar y Washington, entre Nariño y Jefferson, o entre Mariño y Adams? ¿Cuál era el mecanismo que tan diferentemente movía los resortes de estos hombres que no cejaban en su empeño por desdecir con sus actos las razones que los habían impulsado a la guerra?

La independencia militar de Mariño era algo que inquietaba a Bolívar y ahora estaba decidido a arreglar este asunto de una vez por todas. Bolívar era un político sagaz y, dígase lo que se quiera, estaba mejor dotado para estos fines que para la guerra. Era astuto, hábil, efectista, histriónico y estaba tocado por el genio. Concedor de la vanidad de los hombres, a José Félix Ribas otorgó un grado militar superior al suyo. Bolívar había aprendido de Napoleón que la cabecera de la mesa estaba donde él estuviera. Creó la Orden de los Libertadores y con ella condecoró a sus generales y al propio Mariño y el 2 de enero convocó un parlamento compuesto de empleados públicos y padres de familia ante el que pronunció un discurso perfectamente calculado para causar la impresión que necesitaba y conseguir lo que se proponía.

La reunión tuvo lugar en Caracas a las nueve de la mañana en la iglesia de San Francisco. Por primera vez se utilizaba una iglesia para un acto semejante. Y por primera vez, también, salía a relucir el intento de llegar a formar un bloque continental con un gobierno unitario que fusionase a la América hispana con la angloamericana. El joven imberbe de veintidós años y flamante Secretario de Hacienda y Exteriores, Antonio Muñoz Tebar, perfectamente identificado con las ideas de Bolívar, y aupado por este, expuso que «es menester que la fuerza de nuestra nación sea capaz de resistir con suceso las agresiones que pueda intentar la ambición de Europa. Para llenar estos grandes destinos nuestra política debe unirse a la del vasto país del norte, fundado por el gran Washington». Tan insólita propuesta no podía ser más que un «globo de ensayo» autorizado por el Libertador para proclamar su aspiración de crear un estado más vasto y resaltar su propia grandeza de miras. Bolívar, en cambio, disimuladamente abrió su vehemente discurso con miras más modestas, anunciando que había sido el odio a la tiranía lo que lo había alejado de Venezuela cuando la vio por segunda vez encadenada. Deliberadamente ocultaba que la había abandonado a su suerte en Puerto Cabello, derrotado por las fuerzas realistas.

El fingido efecto era mostrar que no lo movía ambición distinta de combatir y seguir combatiendo hasta librar a Venezuela de sus enemigos, los españoles; que él era un general sin otra ambición que mandar tropas y que dirigir el gobierno no era su vocación; que no quería ejercer poder distinto que el de las armas a favor de quien mandara, a favor de la República, a favor de la gente mejor dotada que él en tales menesteres; que él era un hombre magnánimo y

desprendido, tan desprendido y magnánimo, que para demostrarlo dijo: «Espero, ciudadanos, que me eximiréis de un destino que alguno de vosotros podrá llenar dignamente, permitiéndome el honor a que únicamente aspiro, que es el de continuar combatiendo a vuestros enemigos».

No podemos afirmar que el escenario ya estuviera montado para que Mendoza, el gobernador de Caracas por la gracia de Bolívar, instantáneamente replicara que «Bolívar debía continuar en el mando» y se deshiciera en elogios por sus dotes y por ser la persona que tantas dichas había conseguido para los venezolanos, pero sí poner en duda que tales manifestaciones hubieran sido espontáneas y no acordadas de antemano. El escenario era, pues, el que debía ser y la gente la que tenía que ser. Lo mismo para este «portavoz», Mendoza. Bolívar, acto seguido, respondió: «Compatriotas: yo no he venido a oprimiros con mis armas vencedoras: he venido a traer el imperio de las leyes... Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria...». Nótese eso de mis «armas vencedoras», echándose incienso, engrandeciendo su imagen, pues no eran las armas del pueblo, de la Nación, sino sus armas, y de paso, vencedoras... Otro «espontáneo», y amigo suyo, Alzuru, salió al ruedo a decir que era necesario conferir a Bolívar «con la espontánea y pública aclamación de la suprema autoridad dictatorial» para que saliera «de la especie de dependencia con que obraba como comisionado del honorable Congreso de la Nueva Granada».

El plato estaba servido. Bolívar hubo de imperar sobre Mariño pues, al fin y al cabo, él estaba en la propia Caracas, la capital y acababa de vencer al ejército realista, en tanto que Mariño estaba lejos, en el Oriente. Pero faltaba el último efecto para aplastarlo: insinuar que Mariño fuera el dictador escogido por esa «democracia». Iba a ser este el mayor gesto de magnanimidad y de grandeza que pudiera esperarse y el pueblo habría de recompensarlo con mayor grandeza y generosidad. Dijo: «Para el Supremo Poder hay ilustres ciudadanos que, más que yo, merecen vuestro sufragio. El general Mariño, Libertador del oriente, ved ahí un digno jefe para dirigir vuestros destinos». El golpe había sido certero. Mariño no había libertado el Occidente, ni Caracas. Y Bolívar estaba en Occidente, y en Caracas. Él era el Libertador que realmente importaba a aquellos ciudadanos, la élite de los criollos, los patricios, los que mandaban los hijos al colegio, los padres de familia, las gentes «bien» de Caracas, con las que Bolívar había conspirado desde hacía años, sus pares, sus iguales, las que con él asistían a las reuniones sociales, las de su misma casta mantuana, porque el pueblo, el pueblo, no estaba allí. Y Mariño tampoco. Ni los amigos de Mariño. Ni los «espontáneos» de Mariño. Con esto no quiero insinuar que Mariño fuese el más apto, sino que Bolívar, de ninguna manera, fue tan espontáneamente proclamado Dictador y Jefe Supremo sobre su rival.

Ese espurio parlamento no consideró siquiera la posibilidad de que fuese otro, distinto de Bolívar, quien asumiese los poderes dictatoriales de la naciente «democracia». La subordinación al gobierno granadino había cesado. Era ahora dictador en propiedad, Jefe de Jefes, *Capo di Capi*, pero súbdito de las formas huecas, del derecho manipulado y de la democracia pervertida. En esto hay que reconocerle la superior habilidad sobre sus contendores, rivales y émulos. Era un verdadero maestro, como si hubiese estudiado *El príncipe* y sus principios, pues tampoco vaciló en reemplazar las autoridades federales de las provincias con gobernadores militares. Este dato es muy curioso, porque él apoyaba al gobierno de Tunja que, bajo Camilo Torres, era federal, y él

mismo había actuado bajo el mando de un gobierno federal. Esto demuestra que Bolívar no tenía, propiamente, principios políticos, sino que los ajustaba a una facción o a otra, según percibiera su conveniencia. Ya lo veremos actuar de nuevo a favor del federalismo y contra Santa Fe centralista un poco más adelante y sin turbarse porque en Venezuela hubiese hecho las cosas al revés: haberse puesto la capa centralista después de haber llegado con la federalista puesta.

Sin embargo, por muy dictador y centralista que fuera, su mando estaba muy limitado. Mariño, ni caso le hacía. Caracas misma estaba dividida en sus afectos, los unos realistas, los otros republicanos. Ni que decir que Bolívar se cuidó de que al Cabildo solo asistiesen estos últimos. Las noticias de que España ya estaba liberada y se aprestaba a enviar tropas a las provincias sublevadas era otra fuente de preocupación. La Hacienda Pública, también. Las arcas estaban vacías y hasta el ramo de tabacos, que debía producir 500.000 pesos de rentas al año, solo generaba una pequeña fracción de tal suma. Las persecuciones a los propietarios de las grandes haciendas también habían reducido tanto las rentas cuanto los productos agrícolas. Faltaba harina para las arepas, parte vital de la dieta venezolana, desaparecía el dinero conseguido con los bienes secuestrados, no se encontraba carne de vacuno, no había leche, escaseaban los víveres y los productos manufacturados. La vida civil estaba paralizada; la justicia civil y criminal era un caos, las sentencias inexistentes y los jueces en vacancia. Como si fuera poco, el agraciado Secretario de Gracia, Justicia y Policía, Rafael Diego Mérida, pedía el degüello de los «monstruos españoles», refiriéndose a los miles de prisioneros de Caracas y de La Guaira. Esa era una viva muestra de la clase de magistratura estatal ejercida por cuenta de las personas encargadas de administrar justicia. Juan Vicente González nos dice que «hubo también para matarlos una premeditación fría, sistemática, que centuplicaba el horror de los acontecimientos harto horribles en sí: hubo un plan seguido invariablemente, sin alternativa de piedad, exacerbado por subalternos crueles, y que no escapó de los abismos profundos de almas ulceradas».

Fue por esas circunstancias de crueldad, desgreño y desorden infinitos que las gentes no acudieron a «acogerse a la protección de un gobierno que trabaja por su bien», según lo expresaba Bolívar en una proclama del 13 de diciembre de 1813, pues «se obstinan en sus delirios... han establecido en los desiertos su residencia, y los otros huyen por los montes, prefiriendo esta suerte desesperada a volver al seno de sus hermanos». Es evidente que se tiene que estar demasiado desesperado para preferir andar por el monte, buscar refugio en los riscos, saltar a los barcos e irse a cualquier parte, que quedarse en un país esperando ser víctima de tanta libertad y felicidad prometidas.

Las cosas seguían saliendo mal por doquier. El general Ribas desistía de tomarse Puerto Cabello y regresaba a Caracas. Bolívar intentó ir personalmente a cercar el puerto a principios de enero de 1814. El 14 de ese mes, a doce días de ser Bolívar «elegido» dictador, José Antonio Yáñez se tomó Barinas, aunque el 2 de febrero cayó muerto en combate cerca de Ospino. Sus tropas huyeron, dejando el cadáver expuesto a la ira republicana que se ensañó con sus despojos mortales. Su cadáver fue despedazado y los miembros fueron clavados en escarpas y distribuidos por diversas localidades. La guerra crecía en ferocidad y el cerco español y realista se estrechaba. Cagigal era nombrado Capitán General interino y llegaba a Coro el 4 de febrero de 1814 y el 7 designaba a Ceballos Comandante General de un nuevo ejército realista, que empezó

por invadir los territorios independientes. Sebastián de la Calzada asumiría el mando de las tropas de Yáñez. Surgían nuevas facciones por doquier, como en Guanare y Ospino, comandadas por el español José de la Vega; por los criollos Carlos Blanco, en las llanuras de San Carlos; por Reyes Vargas y Oberto, en Carora; por el padre Torrellas, en Siquisique; por Manuel Reyes, en Tocuyo; por Domingo Rengifo, en Morón, y por docenas de otros criollos deseosos de restablecer el antiguo y supuestamente odiado régimen. En la propia provincia de Caracas estallaron nuevas sublevaciones contra la República. España también comenzaba a levantarse de las cenizas de la guerra contra Napoleón, quien pronto tendría que defenderse en su propio suelo, el sur de Francia, invadido por las tropas inglesas y españolas a cuya cabeza iba el general Pablo Morillo.

Como pudo, Bolívar organizó una fuerza al mando directo de Campo Elías para combatir a Boves, que se hacía fuerte por momentos y que «era un enemigo terrible», al decir de aquel. Campo Elías salió a su encuentro con 1.500 infantes y 300 jinetes, dos piezas de artillería y 25 artilleros. Se localizó en San Juan de los Morros, luego se replegó hacia Villa de Cura y se detuvo en la quebrada de La Puerta, donde lo atacó Boves con 2.000 jinetes y 1.000 infantes. El ataque inicial fue rechazado y Campo Elías se abalanzó en persecución del enemigo, luego hizo alto, retrocedió por causas desconocidas y fue envuelto por la caballería de Boves que lo destrozó, aunque este resultó herido de gravedad.

Cuando Campo Elías se replegó a Villa Cura con el resto de su tropa se encontró con un pueblo fantasma y, continuando hacia los pueblos de Cagua, Turmero y Maracay, volvió a encontrarse con el mismo espectáculo. No conseguía apoyo para sus batidas tropas. Bolívar volvió a pedir a Mariño su intervención para caer sobre Boves por la espalda desde el Oriente, mientras él lo acometería por el frente con sus ejércitos de Caracas, ciudad que parecía también agitarse con la noticia de la derrota napoleónica. Por ello se vio precisado a enviar diferentes escritos para calmar los ánimos embargados de sus paisanos. Aun así, no logró hacer que los caraqueños acudiesen al toque de alarma. Se había convocado a los hombres de doce a sesenta años, pero pocos se asomaron a las filas pese a la condena a muerte dispuesta por las autoridades. La *Gaceta de Caracas*, empero, falsamente anunció una multitudinaria presencia en la plaza. Hubo toque de queda. Se prohibió maldecir contra la causa, bajo pena de muerte, a hombres, mujeres, clérigos o niños. Nadie podía transitar por la calle pasadas las dos de la tarde, so pena de ser fusilado. La ciudad se sentía a merced del temido Boves, estaba presa de pánico, el mismo pánico que Bolívar infundía con su terrible Guerra a Muerte. No le quedó más remedio, ante esas adversas circunstancias, que levantar el sitio a Puerto Cabello y dirigirse hacia Valencia. Desesperadamente pidió refuerzos a Urdaneta, en tanto que Leandro Palacios le informaba desde La Guaira que tampoco podía auxiliarlo porque su guarnición escaseaba y el número de prisioneros españoles a su cargo era grande. Bolívar, libertador de todo cuanto se atravesara en su camino, quiso también liberar hombres para su causa y no se le ocurrió nada mejor que traer a aquellos soldados comprometidos en cuidar prisioneros para que acudieran en su ayuda; la «solución final» estaba planteada: había que ejecutar a los cautivos. Así, sin titubear, sin que le temblara el pulso ni en su letra se notara la más mínima alteración, el 8 de febrero de 1814 le dio la orden de asesinar a los que tenían en Caracas y en La Guaira para liberar recursos humanos. Escribió: «En consecuencia, ordeno a usted que inmediatamente se pasen por las armas todos los

españoles presos en esas bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna». Frisando los treinta años, Bolívar tenía edad y cultura suficientes para discernir el acto que estaba a punto de cometer.

Cuando el arzobispo de Caracas, Croll y Prat, se enteró de la macabra orden escribió al Libertador una súplica por la vida de los desdichados cautivos españoles que iban a ser sacrificados en el altar de la infamia. Esto es lo que le respondió Bolívar:

Acabo de leer la reservada de V. S. Illma. en que interpone su mediación muy poderosa para mí, por los españoles que he dispuesto se pasen por las armas... Mas vea V. Illma. la dura necesidad en que nos ponen nuestros crueles enemigos... ¿Qué utilidad hemos sacado hasta ahora de conservar a sus prisioneros y aun de dar la libertad a una gran parte de ellos?... No solo por vengar a mi patria, sino por contener el torrente de sus destructores estoy obligado a la severa medida que V. Illma. ha sabido. Uno menos que exista de tales monstruos, es uno menos que ha inmolado o inmolaría a centenares de víctimas. El enemigo viéndonos inexorables a lo menos sabrá que pagará irremisiblemente sus atrocidades y no tendrá la impunidad que lo aliente... Su apasionado servidor y amigo, Q.B.L.M. de V. Illma. Simón Bolívar.

La grandeza de Bolívar había descendido hasta la pequeñez de Boves, aunque superándolo en la escala y magnitud del delito. Ni siquiera las súplicas de la Iglesia habían conmovido a este desalmado hombre.

### **«La solución final» contra los prisioneros españoles**

Es preciso entender que esos prisioneros estaban en las peores condiciones de hacinamiento y desnutrición pues, como ya dije, la comida escaseaba en todo el país. Muchos de ellos yacían recuperándose de las heridas en improvisados hospitales y enfermerías. Otros se habían salvado por mediación de criollos respetables que los apadrinaron. Yacían sumidos en la desesperación y el abandono en tristes y fétidas mazmorras, esperando todos los días su liberación o asesinato. La mayoría permanecía amarrada de pies o manos, atados unos con otros, de dos en dos y así comían las magras raciones, hacían sus necesidades en el suelo y dormían al lado de sus propias heces. Lo habían perdido todo. Muchos habían sido respetables vasallos y prósperos mercaderes o hacendados. No pocos de esos esclavos en capilla eran los que se habían compadecido de los negros que traían los ingleses aherrojados y hacinados en los barcos negreros y los habían salvado de morir de enfermedades y tristeza. Aunque algunos eran prisioneros de guerra legítimos, la mayoría estaba allí por delitos de opinión, por alguna venganza personal o, simplemente, por ser españoles. Esto era muy fácil deducirlo, excepción hecha de los canarios, porque si había duda alguna al prisionero se le ordenaba «di cabeza», y el que pusiera la lengua entre los dientes en la z quedaba marcado para el suplicio.

La orden de ejecución llegó a Caracas y a La Guaira el día 11 de febrero de 1814. Las ejecuciones empezaron el 12 y continuaron el 13, 14 y 15 en La Guaira y Caracas. El triste honor de presidirlas correspondió a Juan Bautista de Arismendi, uno de los más crueles y sanguinarios personajes de la insurrección venezolana, nombrado por Bolívar Gobernador interino de Caracas, por cuanto su titular era José Félix Ribas. Los heridos fueron arrastrados, dando gritos, hacia el lugar del suplicio; los sanos y famélicos fueron conducidos a empellones y culatazos. No hubo piedad. Los fusiles descargaron el plomo mortífero y los pelotones de fusilamiento debieron ser

relevados periódicamente por el agotamiento de los hombres y la repugnancia que a muchos causaba aquel infame acto. Dado que la pólvora estaba escasa y cara, también se emplearon sables y picas para asesinarlos, sin importar que estuviesen heridos, que no hubiesen participado en pugnas partidistas o que fuesen ancianos, pues a estos últimos se les llevó al patíbulo amarrados a sus sillas. Nadie puede imaginar las escenas de horror que se causaron, pues los sables ni las picas mataban instantáneamente, ya que las más de las veces herían a la víctima, a la que había que rematar con varios golpes hasta abrirle la cabeza o cercenarle los miembros. Muchos murieron desangrados y ahogados en su propia sangre. Fue así, entre gritos, protestas, súplicas y rezos, como fueron ejecutados inmisericorde y patrióticamente, fría y metódicamente, cuantos chapetones cayeron en manos de sus verdugos. Se volvía, súbitamente, al tiempo de los aztecas, cuando ya todos creían que esas terribles prácticas habían quedado atrás por el esfuerzo civilizador de España. A esto le han dado ahora el nombre de genocidio y delito de lesa humanidad, punible por las leyes internacionales.

Se sabe por publicaciones realizadas en Curazao que los cuerpos de las víctimas fueron arrojados a gigantescas piras para ser quemados y que a algunas quemaron vivas por no haber muerto en los fusilamientos, sablazos y pedradas. Hasta el Palacio Arzobispal llegó el olor a muerto de la hoguera, precedido por los gritos suplicantes de los condenados, en tanto que el Arzobispo, con el rostro bañado en lágrimas, se ausentaba de la ciudad para no presenciar tan horrendo espectáculo y por no comprender el alcance de la crueldad humana. Los lugares de ejecución fueron el Matadero y las plazas de San Pablo y la Trinidad. Nos cuenta el cronista de la época y contemporáneo del Libertador, Juan Vicente González, masón grado 18, como la mayoría de revolucionarios, que en Caracas «desde el funesto día 12, mañana y tarde se fusilaba... a todas horas aquellos banquillos, bañados de sangre, rodeados de humanos restos, embriagaban a unos, llenaban a otros de piedad, con sus pútridas exhalaciones. Por motivos de economía se asesinaba a veces con machetes y puñales», y que en La Guaira «los degüellos comenzaron el 12 y continuaron algunos días. Se les sacaba en fila, de dos a dos, unidos por un par de grillos, y así se les conducía entre gritos e insultos, coronado cada uno con un haz de leña, que había de consumir sus cuerpos palpitantes. Pocos lograban se les matase a balazos, los más eran entregados a asesinos gratuitos que se ejercitaban al machete, al puñal, y que probaban a veces su fuerza arrojando sobre el cerebro del moribundo una piedra inmensa». Los trataron como a bestias conducidas al matadero.

Algunos de esos miserables gritaban «no me maten que ya pagué por mi libertad», y de allí fue de donde salió la especie de que José Félix Ribas extorsionaba a los prisioneros ricos sacándoles, para su propio provecho, dineros que no necesariamente habrían de comprarles la tan ansiada liberación. Tales eran los fuertes rumores que circulaban en Caracas y parece ser que también Díaz Casado, medio hermano del infernal ministro de Justicia y Gracia, Rafael Diego Mérida, era quien, ya fuese a título personal, ya a título de un tercero, extorsionaba a los prisioneros haciéndoles creer que podían comprar su vida. En esos días cualquier cosa era posible, pues la corrupción nunca fue ajena a los tiempos de calamidad pública.

Tan grave como fue este episodio en sí, tanto o más grave resulta haberlo ocultado para la Historia por parte de eruditos y famosos historiadores; consultado el historiador y maestro de

maestros, Vicente Lecuna, dice de este ignominioso período, que «en toda la administración hubo virilidad, grandeza y honradez. Tal fue el sello que le imprimieron sus principales colaboradores» y pasa por alto, en salto de garrocha, tan terribles y sanguinarios acontecimientos. Lo mismo hace Indalecio Liévano Aguirre, quien nos da la impresión de que la Guerra a Muerte no fue más que tropas muertas en feroces combates. Alguien tenía, pues, que rescatar esta verdad para la Historia. En Caracas cayeron ejecutados 518 españoles y en La Guaira, 300, según datos publicados en *La Gaceta de Caracas* n.º 14 de 1815. De esas dos poblaciones se encargó personalmente Arismendi, que había roto con Mariño y se había pasado al campo de Bolívar, lo que le mereció el nombramiento de Gobernador de Caracas, según lo dispuesto por el Dictador.

Para que no quede duda alguna de que Bolívar ordenó los asesinatos, Arismendi mismo da parte al Libertador de haber ejecutado personalmente a por lo menos 418, así: «Ayer tarde fueron decapitados 150 hombres de los españoles y canarios encerrados en las bóvedas de este puerto». Al poco tiempo escribe: «Ayer tarde fueron decapitados 247 españoles y canarios, y solo quedan en el hospital 21 enfermos» que fueron ejecutados al día siguiente, según le vuelve a informar, «se han decapitado los españoles y canarios que estaban enfermos en el hospital, último resto de los comprendidos en la orden de Su Excelencia». Por eso, a cada golpe de sable Arismendi mentalmente justificaba el horrendo crimen haciendo memoria de las palabras de Bolívar, que actuaban como bálsamo para su tenebrosa conciencia: «Tránsfugos y errantes, como los enemigos del Dios-Salvador, se ven arrojados de todas partes y perseguidos por todos los hombres», sintiéndose que descargaba el brazo de la justicia que desde hacía tres siglos se esperaba. Consumados los horrendos hechos, este bandido escribe a Bolívar: «Muy probable es que este fusilamiento sirva de escarmiento a los tiranos y paren en su carrera de exterminio; en cuanto a mí, cualquiera que sea el fallo con que me cobije la historia por este hecho, solo sé que he cumplido con un deber, obedeciendo a la disciplina militar y sirviendo a las necesidades de la Patria, que de vez en cuando impone a los hombres, por más sensible que tengan la conciencia, esta especie de sacrificios». ¿Podría haber una declaración más cínica que esta?

Juan Bautista de Arismendi, sicario del Libertador y Gobernador de Caracas, quien allí presidió los asesinatos, era un siniestro personaje, quizás el más cruel y sanguinario de todos cuantos pisaron el suelo venezolano por esos días aciagos. Ese hombre traficaba con sangre, pues pagó en oro muchísimos otros, algo que ni el mismo Boves se atrevió a hacer. Era tan corrompido que durante el transcurso de las ejecuciones hizo bailar sobre los muertos a ciertas damiselas vestidas como vestales para satisfacer su propio odio y adormecer sus sentidos exaltados por la muerte. El mencionado cronista de la época, Juan Vicente González, nos lo refiere: «Sobre aquel anfiteatro corrían locas de placer, vestidas de blanco, engalanadas con cintas azules y amarillas, ninfas del suplicio, que sobre la sangre y los sucios despojos bailaban el inmundo Palito». ¡Ni que decir que al terminarse la macabra ceremonia las infames ninfas quedaron tintas en sangre de inocentes!, pero dispuestas a continuar el jolgorio con la turba de asesinos que ya para entonces se bañaba en ron. El espectáculo de La Guaira, Caracas y Valencia habría sido digno del propio Moctezuma, el mayor experto en sacrificios humanos al dios de la guerra Huitzilopochtli en Tenochtitlán.

Los asesinatos de Valencia fueron atendidos personalmente por el Libertador los días 14, 15 y

16 de febrero de 1814, pues allí ejecutó a por lo menos 382 españoles, que fueron pasados por las armas bajo su impávida mirada de consumado matarife que miraba la escena desde cierta distancia como para que la sangre solo manchara su ya maculada conciencia y no llegara a estropear su impecable vestimenta de abrigado general. Esta cifra sale por deducción, pues los asesinados fueron en total 1.200, según coinciden diversas notas publicadas. Lo único que Bolívar no pudo evitar fue oír los gritos de horror de los heridos y los quejidos lastimeros de los agonizantes. En esas dos fatídicas noches y tres interminables días ininterrumpidamente se oyeron los gritos y lamentos de las mujeres pidiendo clemencia para sus maridos y sus hijos. Estas desventuradas se apiñaban en las puertas de las cárceles y se aferraban a los barrotes hasta cuando eran brutalmente arrancadas de ellos por los gendarmes, que también empleaban las culatas de los rifles para golpearles los dedos y muchas que se resistieron fueron también arrastradas hacia el suplicio al lado de los suyos.

Algunas, Señor —cuenta don Joaquín al Rey— se llenaban de valor ante la inevitabilidad de la muerte y se lanzaban desafiantes ante el pelotón de fusilamiento para caer junto con su prole. No hubo compasión. No logro imaginarme cómo Bolívar pudo dormir durante esas largas noches oyendo desgarrarse las tinieblas con tan conmovedores gemidos. Uno de los fusilados, don Genaro Hiestrosa, muy conocido en Valencia por trabajador y comerciante de aceitunas, aceites, vinos y conservas, quien fuera conducido a empellones, en medio de la algarabía de esbirros, verdugos y bribones, fijó su vista en el Libertador que estaba como a diez metros de distancia y pudo detenerse algunos instantes para lanzarle un escupitajo que no lo alcanzó, porque al demonio nada alcanzaba, diciendo: «¡Cobardes asesinos! Hoy me matáis a mí y a mi familia, pero esta libertad que pregonáis caerá como una maldición sobre vuestras cabezas y sobre todas vuestras generaciones, porque paz jamás encontraréis, ni sosiego y la revuelta y el motín serán vuestro sistema de gobierno!». Y cuando finalmente lanzó el «Malditos de Dios!» uno de los esbirros le lanzó un bofetón que ahogó sus palabras, mientras otro, sin esperar llevarlo al sitio convenido del suplicio, le descargó de una vez un sablazo que le arrancó la oreja y le tajó el cuello, haciéndole un corte profundo de donde salió un chorro de sangre que bañó al verdugo. Como el pobre hombre se llevara la mano a la herida, otro le descargó un machetazo que lo derribó al suelo, cercenándole la mano, que también cayó, donde fue pasado a cuchillo por la afrenta al dios de la guerra mientras su familia daba gritos de horror y Bolívar hacía una mueca, que no se supo si fue de alivio o de satisfacción. Este hombre rezumaba odio por todas sus junturas. Su mujer, que gritaba desde la barrera humana tendida frente a los condenados, saltó el cordón de esbirros y abrazándose a su marido, untó la mano en su sangre y gateando hacia sus dos hijos caídos junto con él, restregó sangre con sangre como queriéndolas mezclar, se incorporó, desgarró su corpiño y gritó: «Matadme, miserables, hijos de Satanás», a tiempo que una descarga de fusilería la arrojaba al suelo. Como quedara todavía viva, el hombre que había tajado el cuello de don Genaro se acercó y la remató de un pistoletazo que le abrió el cráneo. Ay, Majestad, no podéis imaginar con cuanto dolor y terror me lo contó el joven Fernando, de diecisiete años, hijo de esos desventurados, quien logró escaparse de la matanza porque un alma buena, aunque atemorizada, lo refugió en su casa cuando venían por él los matarifes al oír el grito de «¡Falta Fernando!» que alguien lanzó, sobrecogiéndose todos de locura por buscarlo. Este muchacho se escondió detrás de unos platanales en el traspatio de una casa amiga mientras su familia era masacrada en la plaza, padre, madre y dos hermanos; luego huyó por La Guaira a Cádiz como polizone de un barco, uno de los últimos que zarpó y cuyo capitán se acongojó por la historia de este joven y lo trajo gratis al puerto.

En Valencia los cadáveres se apilaron en carretas haladas por mulas o carretillas empujadas a mano que, chorreando sangre al polvo del camino, iban y venían a recoger más y más cuerpos mutilados que en una fosa común echaban como a animales. Ni siquiera permitieron recibir los Santos Sacramentos a estos infelices antes del sacrificio. ¡Estos salvajes querían despertar el más sanguinario y consumado indigenismo en unas poblaciones que hacía siglos habían superado la barbarie! Querían hacer del odio a España una veneranda institución que les diera razones suficientes para conseguir una independencia que no lo era, pues se trataba de lograr una secesión

de las provincias españolas de América a la que, por imitación, habría de sumarse todo el Continente....

¡Bolívar finalmente había vengado la afrenta cometida en Valencia al izarse la bandera real el 11 de julio de 1811 acompañada del manifiesto que decía: «Valencia, la fidelísima Valencia, ha recuperado la libertad que perdió el 19 de abril» y había logrado atemorizar suficientemente a la población para que jamás se volviera a repetir semejante escena! Deténgase el lector por un solo instante a visualizar los ríos de sangre que pueden manar por tanto cuerpo desmembrado y que iban serpenteando por entre el empedrado de las calles donde a sable limpio se consumaron tan atroces hechos; intente olfatear ese olor peculiar a herrumbre que tiene la sangre fresca que durante días y días flotó por aquellas poblaciones que las gentes, finalmente asqueadas de los pútridos olores, se atrevieron a salir en bandas para echar baldados de agua y restregar el pavimento hasta limpiar los rastros ennegrecidos de la hecatombe. Solo que volvieron a sus casas, cerraron las ventanas, trancaron las puertas y las ciudades se cubrieron con un manto de estremecedor silencio como los corazones que palpitaban en aquellos pechos sobrecogidos por la angustia, el miedo y el desconcierto.

Fueron estos los rastros que la historiografía patriótica no se atrevió a reseñar por temor a ennegrecer la imagen del César blanqueado por las innumerables apologías que se han hecho de su genio hasta arrancar de la lira del vate, Miguel Antonio Caro, en oda heroica de sublime estilo y arrebatado tono:

¡Bolívar! No fascina  
a tu escultor la musa que te adora.  
«Sobre el collado que a Junín domina»,  
donde estragos fulmina  
tu diestra, de los incas vengadora.

No le turba la Fama,  
alada pregonera, que a tu gloria  
del mundo por los ámbitos derrama,  
y doquier te proclama  
genio de la venganza y la victoria...

Con su ya típica grandilocuencia Bolívar hacía llover sobre mojado el 24 de febrero de 1814, anunciando al mundo las razones de su Guerra a Muerte y la lógica que la animaba: «Después de que la luz de la verdad nos hizo entrar en el secreto de sus maquinaciones, abrigoarlos por más tiempo en nuestro seno, era abrigoar las víboras, que nos soplaban su aliento emponzoñado: era asociarse a sus crímenes». El cinismo del Manifiesto no tiene par, pues si crímenes habían cometido algunos españoles como Boves o Monteverde, crímenes tan horribles y a mayor escala había cometido el propio Bolívar con vistas a proporcionarse una «utilidad» al evitar «conservar a sus prisioneros», según lo había expresado en su orden de asesinar a los 1.200 indefensos cautivos. Pero he dicho 1.200, cuando sabemos que en agosto del año anterior había hecho encarcelar a por lo menos 6.000 españoles; la explicación no la puedo encontrar sino en el hecho de que el resto había comprado su libertad pagándosela a Ribas y a Díaz Casado, traficantes de

vidas, y otros la habían salvado por influencias. Todos huyeron para nunca más volver y atrás dejaron bienes y haciendas que fueron rápidamente tomados por los señores de la guerra.

La pregunta es: si Boves mataba por venganza, ¿Bolívar por qué mataba? Si Boves era un inculto salvaje, ¿qué era Bolívar? Si ya llevaba en su haber más de 2.000 personas asesinadas a sangre fría entre julio de 1813 y febrero de 1814, ¿podríamos hoy mirarlo a los ojos, estrechar su mano, sin sentir un estremecimiento de horror?

### **Bolívar asalta de nuevo las iglesias**

El 11 de febrero de 1814, el mismo día que llegaba a Caracas y a La Guaira la orden de ejecución de los prisioneros españoles expedida por Bolívar, el gobernador Mendoza reunió una asamblea en la Iglesia de San Francisco en Caracas con el fin de que deliberase sobre la necesidad de tomar las alhajas de las iglesias en calidad de empréstito, el que habría de ser devuelto cuando la patria estuviese a salvo. Por supuesto, la intención era devolver en numerario lo que no podía ser devuelto en especie, con lo cual se iba a configurar un sacrilegio, o a lo sumo un «articidio», palabra que, aunque no figura en los diccionarios, estaba presente en la mente de los fieles y los curas. Con las arcas públicas vacías, el siguiente atropello sería esquilmar la Iglesia de sus joyas preciosas acumuladas en tres siglos de piedad y exaltación del arte. Como el Arzobispo no estaba, se pidió la opinión de los curas «ilustrados», quienes opinaron favorablemente en atención al bien público demandado. Otros, menos ilustrados, opinaron que se debía cumplir con los formulismos de cánones y concilios. Al final, la asamblea muy democráticamente decidió que, dada la urgencia, era menester prescindir de tantas formalidades para llegar al mismo resultado y se procedió a incautar las joyas de la Iglesia. También se decidió que los ciudadanos debían entregar todas sus vajillas y pertenencias de plata. Como muchos clérigos se resistieron a tan draconiana medida, la amenaza de la fuerza se impuso y el Estado fue obsequiado con 803 kilos de plata. Tres meses de después, el 29 de junio, el Libertador citaba al presbítero Domingo Blandín y lo conminaba a entregar la plata de la Catedral con estas palabras:

He sabido que Vds. no quieren entregar la plata de esa iglesia y si no me la entrega en la hora tomaré la providencia correspondiente, en inteligencia que esta plata labrada que tienen esta y las demás iglesias, la han donado nuestros antepasados y no otros; y así determino llevarla encajonada a Barcelona y Cumaná, para que ni Boves, ni ningún otro español ladrón, ni Vd. ni los demás que siguen a Boves, puedan disfrutarla.

Atemorizado, el presbítero la entregó toda. Lo que nunca explicó Bolívar, fue la razón por la que llamaba ladrones a los españoles, si él no solo robaba a sus antepasados y a los ajenos a él, sino a las iglesias a donde habían ido a parar aquellas mismas donaciones. Aparentemente, había hecho suyo el aforismo de que «un ladrón que roba a otro ladrón tiene cien años de perdón». Un año después, en septiembre de 1815, el mayordomo de la Catedral demandaba a Bolívar por la suma de 27.912 pesos equivalentes a las alhajas de allí sustraídas. Pero en tiempos de guerra, el que tiene la pistola es el que impone la ley, y el que la tiene y los que lo siguen llaman a este atraco «tributo de guerra».

## 19. EL MITO DE RICAURTE EN SAN MATEO

*Nuestra federación americana no puede subsistir si no la toma bajo su protección la Inglaterra..., pues esta supremacía le corresponde virtualmente al gobierno inglés... No pienso abandonar la idea, aunque nadie la aprueba.*

SIMÓN BOLÍVAR

*Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer.*

SIMÓN BOLÍVAR

### **El polvorín de San Mateo**

Mientras tanto, y pese a algunos reveses de las tropas del Rey como los ocurridos en La Victoria el 10 de febrero de 1814, en Charallave, San Pablo y cercanías de San Mateo, los realistas siguieron ganando terreno: Calzada ocupó Ospino y envió su caballería a Araure y Rosete se tomó Ocumare, echando vivas al Rey, aunque luego fue desalojado por Juan Bautista de Arismendi, quien fusiló a todos los prisioneros; a Boves se le incorporaron facciones del alto Guárico, de las sierras de Valencia, de Cojedes y de los valles de Aragua; tenía ya 7.500 soldados, entre los que había más de 3.000 jinetes. Bolívar, para hacerle frente, avanzó hacia San Mateo, habiendo ya reunido distintos cuerpos de ejército que sumaron unos 3.000 hombres, de los cuales 2.200 eran de infantería. Boves era su más tenaz y temible enemigo en ese momento. Finalmente, los dos sanguinarios comandantes se iban a encontrar. Y para este encuentro Bolívar había escogido sus propios lares, la hacienda heredada de sus mayores, aquella en la que fue concedida a los Bolívares la encomienda de los indios Quiriquiris por Felipe II en 1593.

La estrategia era simple: decidió ocupar el pie de los cerros para resistir la infantería de Boves y situar la artillería de tal forma que cubriese todos los puntos por donde este decidiera atacar, sin perder el contacto con el resto de sus tropas que todavía estaban en Puerto Cabello. Su derecha, al Norte, iba hasta el cerrito del Calvario y su izquierda hasta el trapiche y la casa alta del ingenio. Por el Sur estaban los picos más elevados de la serranía, llamados Puntas del Norte. Desde la casa se divisaba todo el valle.

En San Mateo hubo dos batallas. La primera se efectuó el 28 de febrero de 1814. Los realistas se lanzaron sobre los atrincheramientos que defendían el camino del valle. Los realistas pudieron perforar el flanco derecho de los republicanos, situado en terreno llano; Campo Elías acudió inmediatamente a cerrar la brecha con su batallón Barlovento, en tanto que Villapol, que comandaba el ala perforada, moría de un balazo; los enfrentamientos terminaron en el uso de la bayoneta. Hacia el final de la jornada, Campo Elías cayó también herido por lanza y fusil, aunque

dominando el campo; por el centro, Boves sufrió grandes pérdidas debido a la metralla de cañones y obuses, a tiempo que la izquierda republicana atacaba la derecha de los realistas. Su caballo *Antínoo* cayó mortalmente herido en una de las cargas realizadas por este fiero guerrero y, cuando eso sucedió, Boves se abrazó al agonizante bruto y lloró como un niño. Fue un espectáculo inverosímil para aquellos que sabían que era capaz de mirar impassiblemente la muerte de miles de seres humanos sin que un solo gesto delatara sus sentimientos.

El rechazo al ataque por la derecha y el repliegue del canario Francisco Tomás Morales en el centro hizo que se desmoronara la resistencia de la derecha realista, pero al anochecer, después de diez horas de combate, el ejército de Boves regresaba a sus posiciones del Sur, al otro lado del río Aragua. Él mismo, herido de bala en el muslo, se hizo conducir a Villa de Cura en busca de ayuda sanitaria. Los realistas sufrieron las mayores pérdidas, unos 600 hombres, en tanto que Bolívar perdió algo más de 200 soldados. Unas y otras filas permanecieron inmóviles en sus respectivas posiciones varios días, excepción hecha de algunas escaramuzas y movimientos tácticos.

El 9 de marzo Bolívar se enteró de que el realista Rosete había vuelto a apoderarse de Ocumare y amenazaba la capital, Caracas. Decidió enviar 300 fusileros y un escuadrón de 100 lanceros a socorrer la ciudad, pero no eran suficientes y sus defensores temieron lo peor. Solo pudieron levantar 800 voluntarios, mayormente estudiantes, que a las órdenes de Arismendi avanzaron contra el enemigo que los esperaba oculto en las arboledas de las haciendas de Ocumare. El 11 fueron divisados y Rosete, envolviéndolos con sus 3.000 hombres, los acibilló a lanzazos. Arismendi se replegó a Caracas con tan solo 100 hombres que lograron escapar de la emboscada, quienes se reunieron con los refuerzos enviados por Bolívar. El 17 se dispusieron a marchar de nuevo contra Rosete los 500 hombres reunidos, acompañados por el general Ribas que se hizo conducir en una litera por estar herido y no poder montar a caballo. Morales, aprovechando la penosa situación de Arismendi, decidió atacar el centro de las formaciones bolivarianas en San Mateo con varias columnas en las inmediaciones de la quebrada de Pipe, pero fue rechazado.

El 20 de marzo Ribas localizó a Rosete en Salamanca, donde este se atrincheró a esperar la avanzada enemiga. Quiso volver a emboscar a los republicanos, pero fue batido. Ribas hizo atacar el centro de la formación realista y hacia las cuatro de la tarde entraba en la plaza principal del poblado. Rosete huyó al alto llano. Caracas volvía a estar libre de las fuerzas realistas. Pero ya Boves estaba rehecho de su herida y ese mismo día regresaba al sitio de San Mateo, donde fue recibido con gran alborozo. Tras algunas escaramuzas de tanteo, Boves se preparó para un ataque general. La noche del 24 de marzo envió un destacamento de 800 hombres a rodear la izquierda de Bolívar y bajar hacia la casa alta del ingenio donde estaba el polvorín republicano, débilmente custodiado. Simultáneamente, otra columna debía atacar por la espalda el flanco derecho de Bolívar en el Calvario, en tanto que el grueso de su ejército lo haría de frente. Al amanecer del 25 de marzo de 1814 los republicanos comprendieron la gravedad de su situación.

La segunda batalla de San Mateo empezaba. Boves cargó impetuoso. Francisco Morales descendió por las estribaciones de la serranía directamente sobre el polvorín situado en la Casa Alta. Antonio Ricaurte era el neogranadino que estaba encargado de su custodia. Sí, el mismo

Ricaurte que había traicionado al Nariño centralista en la batalla del Alto de la Virgen el 2 de diciembre de 1812, cerca de Ventaquemada, y quien en este momento luchaba en las filas de otro centralista, Simón Bolívar. Es posible que quisiera reivindicarse de esa pesada carga que llevaba en su conciencia, pero otros lo harían por él.

He aquí que, según dice la historiografía patriótica, el heroico Capitán hizo bajar a sus hombres al trapiche y, quedándose solo en la casa, esperó la columna enemiga e hizo volar el polvorín, él adentro, con realistas y todo. «Tomé por asalto el trapiche de Bolívar y sus defensores se volaron», escribió Morales. Una estrofa del Himno Nacional de Colombia, insertándolo en la inmortalidad, nos recuerda este acontecimiento y su protagonista. Dice:

Ricaurte en San Mateo,  
en átomos volando,  
deber antes que vida,  
con llamas escribió.

Nadie menos que Simón Bolívar desmiente el episodio. Cuenta a Luis Perú Delacroix, según este lo refiere, que «Ricaurte, otro granadino, figura en la Historia como un mártir voluntario de la libertad... yo soy el autor del cuento; lo hice para entusiasmar a mis soldados, para atemorizar a los enemigos... Ricaurte murió el 25 de marzo del año 14 en la bajada de San Mateo, retirándose con los suyos; murió de un lanzazo y un balazo, y lo encontré en dicha bajada tendido boca abajo, ya muerto, y las espaldas quemadas por el sol».

¿Merece crédito Bolívar? A juzgar por las exageraciones a las que era dado y, hasta cierto punto, con esa tendencia suya a demeritar las acciones de los demás y a engrandecer las propias, podría no merecerlo. Es lo más probable que el polvorín hubiese sido volado por la acción de una mecha lenta dejada por Ricaurte, pues Morales no relata que sus hombres hubiesen perecido con la explosión sino que «sus defensores se volaron», lo que podría significar que se fueron, que «se volaron del polvorín». Parece que el polvorín, efectivamente, explotó; que Ricaurte ya había huido detrás de los suyos, que huyeron, y que los realistas le dieron alcance en la bajada de San Mateo y lo mataron, según se desprende de lo que asegura Bolívar.

El Libertador, entretanto, había quedado reducido al centro y a la derecha, pues su izquierda estaba molida. Pese a los ataques de Boves, el centro no cedía. La artillería causaba grandes bajas al enemigo. Tres veces fue rechazado. Tras nueve horas de combate, 800 muertos y 1.000 heridos de Boves, este se retiró a las colinas. La tenacidad y energía inquebrantable de Bolívar habían salvado la hora. Mariño se aproximaba con 3.500 hombres y Boves tomó la decisión de enfrentarlo, y probar mejor suerte, para no quedar atrapado en dos frentes.

## **La batalla de La Puerta**

Mariño venía del Oriente batiendo a los facciosos en los pueblos de Orituco, San Rafael, Altagracia y Lezama. Hacia finales de marzo avanzaba por el Alto Guárico hacia San Juan de los Morros. El 31 llegaba a La Puerta, entrada de los valles de Aragua, por donde se aproximaba

Boves. En la garganta de Bocachica se detuvo el 31 de marzo. Ambos ejércitos contaban con 4.000 efectivos. La acción empezó a las nueve de la mañana y, promediada la tarde, Boves no había todavía logrado penetrar las defensas de Mariño. Hacia la seis una carga de Valdés lo desbandó y lo obligó a retirarse. Mariño, quien decidió no perseguirlo, se dirigió a La Victoria; Bolívar, en cambio, al mando de un cuerpo combinado de infantería y caballería, salió en su búsqueda y le dio cacería el 1 de abril cerca del Magdalena y, tras breves escaramuzas, Boves continuó huyendo hacia Calabozo en vista de que los realistas, el brigadier José Ceballos y el coronel Sebastián de la Calzada, levantaban el sitio de Valencia.

La situación empeoraba para los republicanos, pese a estas victorias. Valencia estaba sumida en una espantosa miseria. La ciudad estaba semidestruida. Las iglesias, saqueadas, e incendiadas las casas desde donde se había resistido el asedio realista. El 5 de abril de 1814 Bolívar y Mariño se encontraron en La Victoria. Ambos ejércitos presentaban un cuadro dramático: semidesnudos, hambrientos y sin municiones, eran, en realidad, despojos humanos de una épica lucha que solo había traído ruina, desolación y violencia a uno de los territorios más ricos en comida, recursos y dulce trato de sus gentes que ahora se alimentaban del veneno de la guerra. Ni siquiera Bolívar se había salvado de la devastación: su hacienda yacía en ruinas, sus cañaduzales habían sido devorados por las caballerías de unos y otros y las ricas tierras del Occidente eran ahora llanuras desiertas y sin cosechas. Esto fue particularmente cierto de los llaneros de uno y otro bando, nómadas por necesidad y costumbre, habituados a trasladar sus ganados al Occidente en tiempos de lluvia, lejos de los llanos áridos e inundables del Oriente. Esa vida dura e infeliz los convirtió en formidables y sanguinarios guerreros que, al mando de cualquier caudillo, abrazaban una causa, o la contraria, según soplara el viento.

Cuando el brigadier José Ceballos tuvo noticia del estado infortunado de los ejércitos republicanos detuvo su retirada y avanzó hacia San Carlos. En Valencia, Bolívar tuvo oportunidad de recomponer las tropas, destacar a Urdaneta como Jefe de Estado Mayor y encomendar a Mariño una expedición contra San Carlos. Por su parte, Bolívar quiso encaminarse hacia Puerto Cabello, donde todavía ponía sitio D'Elhúyar, para reforzarlo y rendir la Plaza. Ninguna de las dos cosas se consiguió, pues Mariño fue derrotado el 16 de abril en el Arao, cerca de San Carlos, y Bolívar tuvo que retroceder a toda prisa a Valencia al conocer la infausta noticia. La derrota de Mariño se debió a una terrible imprudencia suya, que fue haber dejado rezagada las provisiones de municiones y víveres y adelantarse a ocupar San Carlos creyendo que los realistas la estaban evacuando. Tenía falsos informes. Urdaneta, más cauto, le había aconsejado no hacerlo, pero su obstinación lo hizo caer en la trampa. Tuvo que enfrentarse a 2.500 enemigos que le rompieron el centro de la línea de batalla. Esa victoria animó a muchos llaneros que habían desertado y que volvieron a unirse a la causa realista.

Boves, por su parte, rehecho de las derrotas, volvía a la ofensiva. Bolívar, angustiado por el pago que este enemigo le estaba dando, proclamaba:

La guerra se hace más cruel... Nuestros propios hermanos, unidos por siglos de esclavitud a nuestros tiranos, dilatan, Dios sabe por cuánto tiempo, la época de la libertad... Terribles días estamos atravesando: la sangre corre a torrentes: *han desaparecido los tres siglos de cultura, de ilustración y de industria*: por todas partes aparecen ruinas de la naturaleza o de la guerra. Parece que todos los males se han desencadenado sobre nuestros desgraciados pueblos.

Sí, era a eso a lo que había quedado reducida Venezuela: a ruinas; su industria estaba destruida y tres siglos de ilustración y civilización habían desaparecido. Lo curioso era que tales frases salieran de los labios de Bolívar, él que había dicho siempre que los españoles solo habían traído esclavitud, despotismo y oscurantismo. ¿En qué quedábamos, entonces? ¿Había sido el régimen español civilizado, industrial e ilustrado? ¿A quién combatía, entonces? Mejor, ¿por qué causa combatía? ¿Por la suya propia? ¿Cuál era esa? ¿Tomar venganza al creer que sus bienes habían sido confiscados por Monteverde? ¿Ver una mejor oportunidad de libertar la América de los españoles que de libertar a España de los franceses? ¿Desconocía que los españoles habían sido los primeros libertadores de los indios esclavizados por otros indios? ¿Quería ignorar que sus antepasados, y él mismo, eran, hasta la fecha, esclavistas? O, quizás, ¿resentía el hecho de que su familia no había podido conseguir el ansiado título nobiliario peleado durante todo un siglo a causa de su bisabuela mulata, doña Josefa Marín? Bolívar era un hombre resentido.

### **El Libertador se baña en sangre**

Llegado abril, la República tenía más enemigos que amigos, más pobres que ricos, más heridos que sanos y más oficiales que soldados. El 15 de abril de 1814 Ribas convocó a los ciudadanos de Caracas a la plaza pública y organizó tres cuerpos de milicias, uno compuesto de clases altas, otro de pueblo raso y otro más de esclavos. Se llamó a filas desde los doce años de edad en adelante, es decir, a los niños y a los viejos. Unos 1.500 efectivos fueron enlistados para rehacer los diezmos batallones del Libertador. La financiación de este esfuerzo bélico requirió el envío de comisiones a los pueblos para comprar, por una suma irrisoria, plata labrada a sus habitantes. El comercio estaba aniquilado, lo mismo que las rentas. Las aduanas no tenían ingresos. Los fusiles escaseaban. La pólvora también. Mas no el ánimo de seguir combatiendo y de seguir exaltando a los que habían demostrado tal disposición en los campos de batalla: Cartagena manifestaba al Libertador su reconocimiento por la «campana admirable» llevada a cabo por él e inscribía su nombre con letras de oro en el archivo público. Esa ciudad aprobaba también la unión con Venezuela, gestión realizada por Camilo Torres y otros entusiastas unionistas de la Nueva Granada.

Por esas fechas el general Cagigal se aproximaba a San Carlos procedente de Coro y traía pertrechos de guerra a Ceballos. Bolívar decidió salirle al encuentro y el 17 de mayo en la mañana se puso en marcha para batirlo antes de que Boves se hiciera presente en los valles de Aragua. Encontró a su adversario en Guataparo, a 14 kilómetros de Valencia. Apoyado en un bosque, Bolívar escondió buena parte de su formación y cebó a Cagigal con una línea sin protección alguna y, cuando este quiso envolverla, ordenó una contramanoobra y cayó sobre la espalda del general realista. Los españoles se defendieron con bravura y, aunque obligados a replegarse, abandonaron el campo en orden. Bolívar regresó a Valencia a aguardar refuerzos de Ribas, que se le sumó con 600 infantes. Animado por ello, el Libertador regresó sobre sus pasos para volver a enfrentar a Cagigal, quien ya para entonces se había hecho fuerte en unas colinas al sur de la sabana de Carabobo, donde se le incorporaron 400 jinetes provenientes de Apure.

Las condecoraciones, nominaciones y pergaminos que recibía Bolívar eran asuntos más de buena voluntad que premios a las victorias definitivas, porque la realidad de la vida era otra: sin alimentos, el ejército de Bolívar se diezmaba por las deserciones mayormente animadas por las noticias cada vez más alarmantes de que España se disponía a reconquistar las provincias rebeldes y a someterlas por la fuerza. La fuerza era también lo único que le quedaba a Bolívar quien, al enterarse de que una columna suya de 200 hombres había huido por la noche, ordenó alcanzarla y reducirla. Los hombres habían huido al conocer la noticia de que Fernando VII había recuperado la libertad y entrado en España el 22 de marzo de 1814. Concedor de que también toda la infantería de Oriente al mando de Mariño se disponía a desertar entusiasmada por tales noticias, hizo formar a su ejército en Valencia y en su presencia ordenó fusilar a los cabecillas de los desertores —muchos de ellos oficiales que aconsejaban tal cosa a la tropa— y a uno de cada cinco soldados, pues prefería él mismo diezmarlos a ser diezmado por ellos. Fusiló a cuarenta soldados: «Usted, bum... uno, dos, tres, cuatro Usted, bum... uno, dos, tres, cuatro, Usted bum», ¡hasta infamemente llegar a cuarenta! Ejecutado el 20 de mayo ese acto de extrema disciplina, Bolívar se puso en marcha el 26 y al día siguiente llegó a la vista del enemigo en las sabanas de Carabobo. Llovía intensamente y, para evitar las fugas, los oficiales leales hicieron guardia a caballo toda la noche frente a las tropas.

Cagigal se hallaba situado en semicírculo en las colinas. La izquierda estaba formada por la caballería, apoyada en un bosque, y una pieza de artillería. La derecha estaba también conformada por caballería e infantería. En el centro volvían a estar los regimientos de Sagunto y Numancia con cinco piezas artilleras y en la reserva el regimiento español de Granada. Cagigal contaba con 6.000 hombres y Bolívar con 5.000. En la mañana del 28 de mayo el ejército republicano, dividido en varias columnas, se aproximó al campo y luego se situó en posición de batalla. Sus flancos quedaron resguardados por dos piezas de artillería y la línea del frente, en general, quedó respaldada por una más en la retaguardia, a manera de reserva. Leandro Palacios, pariente de Bolívar, comandaba el ala derecha de esta reserva y el coronel Jalón, español de nacimiento, comandaba la izquierda. Este hombre había sido rescatado para los republicanos en un intercambio limitadísimo de prisioneros que había podido efectuarse.

Eran las doce y media del día 29 cuando Bolívar dio la orden de marchar al frente. El fuego de la artillería no se hizo esperar. Tras el fuego, la caballería del ala izquierda realista cargó y, arrollando a los carabineros republicanos, penetró hasta la segunda línea de reserva. Dos escuadrones ocultos hasta entonces avanzaron en tres columnas; la primera llegó también hasta la retaguardia republicana; la segunda fue detenida por la infantería de Leandro Palacios y la tercera envolvió a Jalón. Pero Bolívar lanzó la caballería de reserva que permanecía en el centro y destruyó la tercera columna. La pérdida del coronel español Paz Méndez, del ayudante de Cagigal, Francisco Vásquez, y la captura del comandante Manuel López, disolvieron el mando contrarrevolucionario. La infantería republicana se apoderó de la artillería enemiga y el ataque realista se frustró. Cagigal, Calzada, Ramos, Ceballos y Correa huyeron por el camino real de San Carlos con los grupos de ejército que lograron salvar. Fue una batalla importante y brillante. Los republicanos hicieron 1.100 prisioneros, 500 fusiles, siete piezas de artillería, municiones, ganados, caballos y equipajes; los realistas tuvieron 300 muertos y, aunque los republicanos

reportaron solo 12 muertos y 40 heridos, es de suponer que estas cifras se daban para no desalentar a los futuros reclutas. Con todo, la guerra no estaba ganada. Solo se había ganado definitivamente la guerra de Europa con la capitulación de París y la destrucción del imperio napoleónico que tanto daño había hecho a España y a sus posesiones, más daño que todas las guerras juntas contra Europa y contra Inglaterra. Esta noticia tuvo una influencia abrumadora en lo que, de otro modo, habría sido una victoria definitiva contra los realistas. Los Borbones de Francia y España estaban de nuevo en el poder y era de esperarse una rápida pacificación de aquellos territorios agobiados por la guerra y el desorden civil.

### **Caracas: el éxodo y la muerte**

Entonces ocurrió lo impensable e insólito. Corrió la noticia de que Boves se acercaba a Caracas con una poderosa caballería de frenéticos y sanguinarios llaneros; él, blanco, comandaba una horda de negros, pardos, mestizos, zambos y cuarterones; es decir, cuantas mezclas imaginables de sangre había dado la tierra. Había esperado lo suficiente hasta ver a Cagigal derrotado para luego, él solo, apoderarse del mando y del triunfo. Esta era su oportunidad. Era así como se hacía esta guerra civil individualista, sin otras miras que la ganancia personal no obstante Cagigal haberle ordenado reincorporar sus tropas a las fuerzas regulares que él comandaba. Con insolencia Boves le contestó: «He recobrado las armas, las municiones y el honor de las banderas que Vuestra Excelencia perdió en Carabobo» y continuó su marcha hacia la capital.

Bolívar, entretanto, festejaba el resonante triunfo. Un mes duraron las celebraciones, amigo como era del boato y la fanfarria, particularmente si se trataba de gozar las hembras que se le ofrecían para ganar sus favores y hasta garantizar la comida. Los festejos eran más privados que públicos, pues la noticia de la victoria no produjo el regocijo esperado. La población estaba desmoralizada, pese a que el Libertador había publicado un artículo en *La Gaceta* de Caracas el 9 de junio de 1814 en el que demostraba, fundamentándose en la ambición del libre comercio, que los ingleses acudirían a apoyar la Independencia. Entre otras cosas, decía: «Cuando consideramos nuestra suerte futura deducimos que la emancipación de la América va a producir en el género humano una revolución más grande que la causada por su descubrimiento».

Este era el secreto de todo: Bolívar quería ser el Cristóbal Colón de la Independencia, un descubridor de libertades que iban a devenir en dictaduras y conmociones civiles. Pero también el Don Juan de la guerra: volvió a sus viejos amores, a *la Pepa* y a la hermana de Carlos Soublette, Isabel. Era el merecido descanso de un guerrero que en cuarenta horas no se había bajado del caballo en las jornadas de Carabobo y que también se subía a las más encumbradas alturas de la imaginación y de los sueños: el almirante inglés Flemming cuenta en una carta a Peña, fechada en Valencia el 16 de marzo de 1830, que Bolívar propuso al arzobispo Croll y Pratt decirle a Boves que haría la paz con él siempre y cuando lo nombraran Virrey de Venezuela. Es por estas cosas que digo que este hombre no tenía ideología conocida, sino ambiciones personales y egoístas de gloria y fama, las únicas diosas a quienes rendía tributo, tal como se irán acentuando en su carácter según se va avanzando en la guerra.

Enterado Bolívar de la marcha de Boves, inmediatamente envió a Mariño a esperarlo en La Puerta donde tiempo atrás había sido derrotado Campo Elías. Mariño salió con un destacamento de 1.700 infantes, 700 jinetes y siete piezas de artillería. Casi simultáneamente había enviado a Urdaneta en persecución de Ceballos y a Jalón en persecución de Cagigal. Grave error, pues él, que había querido imitar en todo a Napoleón, había hecho justamente lo contrario de este: dispersar sus fuerzas en vez de concentrarlas y batir primero a uno y luego al otro. Ordenada tal acción, se refugió en una quinta en las afueras de Caracas con su favorita, Josefina Madrid, *la Pepa*, aquella joven que a su entrada triunfal meses atrás lo había recibido, acompañada de otras damiselas, con un ramillete de flores. Fue en brazos de su amada donde recibió la noticia de que los emisarios enviados a Londres en busca de ayuda habían sido expulsados de Saint Thomas por el gobernador inglés. El gobierno británico no quería todavía comprometerse a una ayuda directa, habida cuenta de que España era su aliada en la guerra contra Napoleón.

La situación de Caracas era de verdadera calamidad. Los refugiados desbordaban la capacidad de la ciudad y los criollos notables la habían abandonado, como el conde de San Javier, el conde de La Granja, el marqués de Casa León, el marqués de Mijares, los Gárates, los Monserrates, los Prim y decenas de otros notables. Los hijos de españoles, a los que un decreto de Bolívar había confiscado una quinta parte de sus bienes, también habían emigrado, en tanto que en la ciudadela, construida como un reducto de última defensa, solo vivían en condiciones extremas los más recalcitrantes republicanos y los refugiados de fuera. Las riñas eran habituales, no solo entre hombres, sino entre las mujeres más republicanas o, al contrario, las más realistas, que se trababan a golpes con sus rivales. De ello dieron testimonio las hermanas del general Ribas, Mercedes y Concepción, quienes no vacilaban en pasar las líneas fortificadas y dar de palos a las realistas; o viceversa, las hijas de Onofre Basalo, realistas, daban de palos a las Ribas, por «pelagodas», como las llamaban, o «comegodos», como en Colombia se llamó a los liberales belicosos. A este caos se añadieron las enfermedades y epidemias que asolaban la ciudad; en junio de ese año, según informaba *La Gaceta*, morían de doce a quince niños diarios. Las comisiones enviadas por Bolívar a los pueblos vecinos en busca de ayuda humana y material fueron recibidas con total indiferencia y hasta con rechazo. El palo no estaba para cucharas. Fue así también como el cerco marítimo a Puerto Cabello, ya sin sentido, fue levantado.

### **Boves derrota a Bolívar**

Como Boves seguía aproximándose, Bolívar tuvo que abandonar los brazos de su querida para atender los negocios urgentes de la guerra. Partió el 12 de junio de 1814. Volvían a encontrarse los dos enconados y sanguinarios jefes. El paso del español Boves estuvo marcado por más depredaciones, saqueos y violaciones. Fusilaba sin misericordia a quien no compareciera al «llamado del Rey» y hasta sus propios comandantes sufrieron el rigor de sus juicios: Pedro López, comandante del alto llano, fue decapitado por haber sido derrotado por Mariño. Venía, pues, como un bárbaro, asolándolo todo y sembrando de sangre y horror los caminos. Fue por personajes como estos que la causa del Rey se iba perdiendo y por personajes como Bolívar que la causa

republicana no prosperaba ante la ausencia de gobierno peninsular. Al contrario, podemos decir que el comportamiento de oficiales como Cagigal fue ejemplar y que, aunque en algún tiempo quiso tomar represalias, se lo impidieron otros honrosos españoles, como Heredia y Vázquez. Aquellos perjudicaron sus respectivas causas. Los últimos mejoraron las de España.

Mariño también abandonó Villa de Cura para salir al encuentro del temible asturiano y acampó en la garganta de La Puerta el 14 de junio a esperarlo. Ocupó una alta meseta bordeada por un barranco formado por el río Guárico para que la caballería de Boves no pudiera flanquearlo. Es allí donde se divide el alto llano de los valles de Aragua. Mariño colocó ocho piezas artilleras en un cerro bien defendido por sus hombres. Bolívar se hizo presente en el sitio casi simultáneamente con Boves, quien llegó el 15 de junio de este año 1814. El coronel Jalón había llegado también a marchas forzadas a unirse a Bolívar y es de entender que sus hombres no estuvieran en la mejor disposición de combate. Con todo, los dos ejércitos eran equiparables en número, pues cada uno contaba con 3.000 hombres. Enterado Boves de la llegada de Bolívar decidió forzar a Mariño a bajar del cerro, pero el Libertador, asumiendo el mando general, le cerró el paso. Boves decidió, entonces, atacarlo y para tal efecto avanzó con tres columnas; la de la izquierda, al mando de Juan Viso, llamado el Batallón de la Corona; la de la derecha, apoyada por la caballería y la del centro al mando de Morales, llamado el Batallón del Rey. El primero en embestir fue Morales por el centro en tanto que Boves se abalanzó con la caballería sobre el ala izquierda destrozándola y cortándole la retirada. En la carga, Boves fue herido en una pierna y su caballo fue muerto. Sus hombres ascendieron la cuesta y a bayoneta y lanzazo limpio traspasaron las líneas defensivas, pese a la metralla recibida. La caballería bolivariana, sin poder resistir el embate, se dio a la fuga como pudo. Bolívar escribió a Ribas: «A las dos de la tarde de ese día ha huido cobardemente nuestra caballería en la acción de La Puerta».

La batalla fue corta, la carnicería grande, y veloz fue también la fuga de Bolívar, quien voló hacia Caracas y fue el primero en dar la noticia del desastre. Su imberbe ministro de Hacienda y Exteriores, Antonio Muñoz Tébar, pereció en la refriega, así como Pedro Sucre, hermano del futuro mariscal de Ayacucho, en tanto que el coronel Jalón cayó prisionero de nuevo. Con Bolívar se salvaron Briceño, Leandro Palacios y algunos otros.

Boves escribió: «Los Rebeldes enemigos de la humanidad, han sido derrotados completamente en La Puerta al mando de los titulados generales Bolívar y Mariño. 3.000 fusiles, 9 piezas de cañón, entre ellas un obús de 9 pulgadas con todo lo demás de guerra, cayó en mi poder, con también su almacén de municiones que tenían en Villa de Cura».

Al día siguiente de la batalla de La Puerta Boves invitó a almorzar al coronel Jalón. Terminado el almuerzo, lo mandó a decapitar en su presencia por ser blanco, español y traidor. Los insurgentes habían tenido 1.000 bajas entre muertos y heridos, en tanto que, según se aseguró, el bando realista solo tuvo 40 muertos y 50 heridos, cifra que también parece exageradamente leve, a juzgar por las bajas del contrario. Pero también es posible que la desproporción, aunque no fuese la misma registrada, se debía a la baja moral de los ejércitos republicanos, a los errores de Bolívar en la disposición de las tropas en la batalla y a la propia sed de venganza de Boves, quien al ver a los jefes de Oriente y Occidente reunidos, cargó con más ahínco.

El pánico de Bolívar debió ser grande por la derrota. Las desesperadas acciones que iba a

ordenar en Caracas no debieron obedecer a otra motivación distinta a la de salvarse, puestas muy por encima de sus obligaciones como General y Dictador.

## 20. EL ÉXODO DE CARACAS Y LOS DESERTORES DE CARÚPANO

*Contra la fuerza y la voluntad pública he dado la libertad a este país y como esta gloria es mi fortuna, nadie me puede privar de ella.*

SIMÓN BOLÍVAR

*Usted sabe que yo he mandado veinte años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1) La América es ingobernable para nosotros. 2) El que sirve una revolución ara en el mar. 3) La única cosa que se puede hacer en América es emigrar.*

SIMÓN BOLÍVAR, carta al general Juan José Flóres, primer Jefe de Estado del Ecuador, fechada en Barranquilla el 9 de noviembre de 1830, un mes antes de su muerte.

### **Boves a las puertas de Caracas**

La fuga de Bolívar a Caracas solo iba a ser superada por su rápida huida de Caracas hacia el exterior de Venezuela y por el abandono de sus hombres que se quedaron a continuar la lucha. Su comportamiento es inexplicable, y aun cobarde, si no supiéramos que era un hombre que podía mostrar valentía. Pero justo es también anotar que era presa frecuente de estados ciclotímicos que lo obligaban a las más osadas acciones y a las más inesperadas escapadas en momentos en que la situación era todavía salvable. Esta fue una de ellas.

El 9 de junio de 1814 se rindió Valencia a los realistas. El 16 ocuparon la Victoria. Boves seguía avanzando hacia Caracas con 800 hombres al mando de Ramón González. Se tomó La Cabrera y asesinó a sus defensores. Los valles del sur de Caracas, los valles de Aragua y los pueblos circunvecinos volvían a levantarse a favor de la causa del Rey y se sumaban al ejército de Boves. Así, cuando Bolívar llegó a Caracas nadie salió a recibirlo, como tampoco nadie le salió en los pueblos que iba cruzando. «Viva el Rey», gritaban y se escondían tras los portones. El 17 decretó la Ley Marcial y ordenó a todos los ciudadanos a presentarse en la plaza de armas en el término de tres horas; también les ordenó entregar todas sus prendas de valor y pertenencias a favor de la causa republicana. La fabricación de moneda adquirió un ritmo frenético, aunque dicho sea de paso, no se acuñó moneda de la plata y joyería entregada por la Iglesia, ni siquiera de las que trajo Antero Racha, quien llegó cargado con las joyas de las iglesias de San Sebastián, de Camatagua y de otros pueblos circunvecinos. Esa plata estaba destinada a otro fin. Las fortificaciones de la ciudad fueron mejoradas al filo de la angustia. Las gentes dormían en los templos y en las ruinas de las casas. La desesperación aumentaba en la medida en que Boves se aproximaba a la ciudad amenazada de degüello por la insurrección de los pardos y gentes de color al mando del sanguinario vencedor de La Puerta. «Los negros vienen a degollarnos», era el grito que más frecuentemente se oía.

Esto era sabido, y tan sabido, que Bolívar mismo envió a Pedro Gual a solicitar ayuda de los

ingleses en Barbados; les pedía 2.000 fusiles, dos baterías y 1.000 hombres para derrotar una insurrección que amenazaba desbordarse hasta las mismas Antillas contra los blancos ingleses y los blancos que fuesen. Esa era la furia que él había despertado y las consecuencias que se estaban pagando. Como de antemano sabía de la negativa inglesa de permitir la ayuda a los republicanos, prometió no emplear las armas contra los españoles, sino contra los bárbaros negros y mestizos de Boves. Inglaterra se volvió a negar. Los notables de la ciudadela de Caracas organizaron tres batallones para la defensa de la ciudad, a tiempo que se resolvía que mujeres, niños y viejos debían abandonar la ciudad rumbo a Barcelona por los valles de Caucagua, sometidos a un largo éxodo de muerte y desolación. En total, se reunieron poco más de mil hombres. Hermógenes Maza, teniente coronel neogranadino, fue nombrado gobernador militar. Martín Tovar Ponte, un ricohombre, decía: «No tenemos gobierno, no tenemos sistema, considero el país perdido, expuesto a caer en manos de los negros». Martín Tovar era hijo del conde Tovar y había asumido la jefatura de su familia por ausencia de su hermano mayor y muerte del segundo hermano. Este fue uno de los principales agitadores del 19 de abril de 1810. A su esposa había escrito: «Sálvate con nuestros hijos, no temas los peligros del mar». Pero esto era más fácil decirlo para los ricos que para los criollos empobrecidos por la guerra.

La Asamblea Popular formada obstaculizó la salida de los inermes ancianos, mujeres y niños, y pidió medidas extraordinarias para impedir que la gente se fugara con sus pertenencias valiosas. Llegó a exigir, contrariando sus propias disposiciones, que «cada ciudadano tome lo que necesite donde lo encuentre» como recomendando una especie de fondo público de bienes, o de rapiña popular; estaban sobrecogidos de locura furiosa. A la ciudadela, donde todos se amparaban, llegaban noticias de violaciones de niñas y damas. Ponte había visto tres negros violar a unas niñas en el camino a Caracas. Cundía el pánico. Los negros se aproximaban; venían al galope. ¿Adónde irían las mujeres y los niños? «¡A la costa!», gritó Bolívar en un arrebato, e impuso su criterio de que él mismo conduciría el éxodo de caraqueños y a tales efectos nombró al coronel John Robertson general de brigada y le encomendó coordinar las tareas de evacuación de la ciudad y procurar buques que salieran al extranjero. El problema era que mucha gente no tenía dinero para pagar los pasajes para huir, aunque algunos todavía podían pagar con joyas, ya que no había moneda con qué hacerlo. Esto puso en calzas prietas a Robertson. Mientras tanto, Bolívar ordenó a José Félix Ribas salir con las tropas disponibles a hacer frente al enemigo que se aproximaba a la capital. Pero era un sofisma de distracción ordenar la salida de las tropas, pues más fácil habría sido esperarlas atrincherados y haberlas resistido casa por casa para hacerles más costoso el asalto y, quizás, salvar el día. Sin embargo, lo que Bolívar realmente se proponía era, en primer lugar, alejar a Ribas del botín tomado a las iglesias y que estaba en posesión suya; en segundo, ganar tiempo para organizar la movilización en masa hacia el exilio y salvarse él y la plata robada. En efecto, Bolívar ordenó encajonar la plata de las iglesias y llevarla a La Guaira para sacarla antes del 7 de julio.

El 25 de junio Ribas salió por el camino de San Pedro y tomó la serranía de la Costa. Cerca del descenso de los valles de Aragua sorprendió la primera avanzada realista y la dispersó. Pero el enemigo continuaba su marcha inexorable hacia la toma de Caracas; el 6 de julio se aproximaba a las Adjuntas, procedente de La Victoria, mientras otro destacamento realista cerraba la vía del

Tuy. Ya había que marcharse de la ciudad en peligro, pues Bolívar había decidido no luchar para salvaguardar su tesoro.

En el camino de La Victoria Manuel Zarrasqueta se enfrentó a otra vanguardia realista y, dispuesto a resistir, tomó trinchera en la hacienda La Majada donde cayó prisionero y fue fusilado con los demás prisioneros por orden de Boves; los realistas estaban ya a 12 kilómetros de Caracas y avanzaban imparables. Al conocerse la derrota de Zarrasqueta, el pánico que sobrecogió a las gentes fue total. Los mandos militares hicieron correr la bola de que Boves no tendría piedad con los habitantes de Caracas. El caos sobrevino. Las gentes que todavía quedaban corrían de un lado para otro empacando lo que podían y abandonando lo que no era dable cargar. Los objetos de valor que no era posible llevar a cuestas se dejaban al saqueo de otros que rompían puertas y ventanas para apoderarse de lo ajeno. La prisa por huir era tal que a muchos se les vio tirar por las ventanas ropa que otros familiares recogían en la acera y ponían en coches, carretas, carrromatos y en cuanto vehículo se encontraba.

Llegaban los negros. Ya estaban en las goteras de la ciudad. «¡Vámonos, que nos degüellan!», decían. No estaban exentos de razón, en cuanto hace a los crímenes y a la ira de los contrarios, aunque poco se sabía de la paupérrima organización de la batalla de La Puerta. Solo que esa evacuación, por las calamidades que supuso, iba a ser peor que la entrada del asturiano. Para la defensa de la ciudad, Bolívar habría podido consolidar la división de Urdaneta con la suya, levantar el sitio de Puerto Cabello, y traer el contingente de D'Elhúyar para impedir la entrada de Boves. A Bolívar, pues, se le debe el desastre militar ocurrido y el humano que estaba a punto de ocurrir, por andar en festejos prematuros y en cabalgaduras de yeguas relinchonas; parecía ignorar que en tiempos de guerra cualquier hueco no puede servir de trinchera. Así que en otra de sus típicas jugadas políticas, Bolívar reunió a la Asamblea de notables y, en Cabildo Abierto, como era su teatral costumbre, ¡entregó su autoridad en manos de la Asamblea y ofreció servir a quien la Asamblea pusiera en su reemplazo!

Este episodio está narrado por José Trinidad Morán, testigo presencial de estos acontecimientos, quien se tomó el trabajo de escribir sus *Memorias* años después. Ese hombre, púber apenas, presencié dicha escena arrimado a una columna del Convento de San Francisco y apoyado en muletas. Nos contó que aquello había sido un caos porque muchos pretendieron el puesto, porque muchos interfirieron que otros lo tomasen y porque nadie, finalmente, se entendía con nadie, ni nadie obedecía a nadie; lo más horrible: el populacho amenazaba con el saqueo porque decía que «todos los blancos eran godos», ante lo cual Bolívar hizo fusilar a dos agitadores que pedían la cabeza de los notables. Lo que resulta difícil de entender es que, si ya Bolívar había renunciado a la jefatura de la Nación, ¿qué autoridad tenía para mandar a fusilar? Él lo explicó así: «Como ya no soy el Jefe de la Nación, pero sigo siendo General, mi deber es no permitir el desorden». Es decir, no mandaba, pero mandaba. La Asamblea, presa de la desesperación y con el cuchillo de Boves rascándole los riñones, proclamó al Libertador, nuevamente, Jefe Supremo y puso pies en polvorosa. Pero ya no se sabía sobre qué, o sobre quiénes, se destinaba esa jefatura.

Investido de esta nueva autoridad —dice don Joaquín— Bolívar irrumpió súbitamente en la casa donde residía su hermana

María Antonia e insuflado de valor le dijo, según también me lo contaron en Cádiz testigos presenciales y cuyo testimonio anoté cuidadosamente:

—¡Debes salir de Caracas cuanto antes!

—¿Por qué he de salir de Caracas si yo nada tengo que ver con esta infame revolución? —contestó airada María Antonia, a lo cual Bolívar respondió:

—Porque Boves se acerca por los valles de Aragua y Francisco Rosete viene por el Tuy; de seguro te asesinarán, y si no lo hacen, jamás permitiré que una Bolívar se pase al bando realista. ¡Va contra mi honor!

—¡Ningún hombre con honor habría mandado a asesinar a los prisioneros de Valencia, La Guaira y Caracas! —le respondió ella, que no comulgaba con la independencia ni con los métodos de su hermano—. ¡Tú no tienes honor, ni nada que se le parezca! Por tu causa y tu maldita guerra ha sucumbido nuestra fortuna, nuestra forma de vivir; has dejado en la miseria a tu propia familia... ¡Eres un desalmado y un asesino! ¡No saldré de Caracas! Soy leal al Rey y a España... —dijo gritando y entre sollozos, consciente de lo que perdía.

—¡Saldrás porque yo te lo ordeno! ¡De lo contrario te quitaré a tus hijos! —Gritó Bolívar enfurecido y pálido por las ofensas de su hermana contra su gloria y persona. Luego, girando sobre sus talones, volvió a gritar—: ¡Guardias! ¡Sacad a esta mujer de aquí!

Y acto seguido entraron varios soldados que cogieron a María Antonia y a viva fuerza la sacaron; luego vinieron por sus hijos, Anacleto, Valentina, Josefa y Pablo Secundino, y por su marido Pablo de Clemente, a quien aquejaba la epilepsia. Fue enorme la algarabía, porque los muchachos se agarraron llorando a su padre, pero todos fueron sacados a empujones ante la orden del Libertador, quien espetó:

—¡Sacadlos para La Guaira!

María Antonia había sido una mujer afortunada. Habíase casado con su primo lejano Pablo de Clemente y Palacios el 22 de octubre de 1792 y aportado al matrimonio una considerable dote de 80.000 pesos que le correspondieron a la muerte de su padre ocurrida cuando tenía apenas ocho años de edad, en 1786. La fortuna dejada a la viuda e hijos ascendía a unos 500.000 pesos consistentes en la casa principal que habitaba en Caracas, con todos sus muebles, alhajas, esclavos, más otras dos casas en la misma ciudad, nueve en La Guaira, dos trapiches en los valles de Aragua, una hacienda de añil en el valle de Suata, otra hacienda de cacao en el valle de Taguaza, la hacienda de San Mateo, un hato de ganado en los llanos denominado El Totumo, otro de bestias denominado El Limón, otro en Apure, todo el valle de Aroa, las minas de Cocorote y cuarenta y seis mil pesos en efectivo. Era una familia riquísima y de rancia prosapia, razón por la cual Pablo de Clemente y Palacios tuvo que acreditar su árbol genealógico para conseguir ante las autoridades eclesiásticas el enlace matrimonial, de acuerdo con la Real Pragmática de matrimonios emitida por el rey Carlos III para preservar la igualdad social, conservar la calidad de la prole y evitar el cruce con las llamadas malas razas. Su marido, no obstante, era un enfermo que padecía ataques periódicos de epilepsia y la joven de quince años se vio enfrentada a una situación de permanente zozobra.

Pero María Antonia era también una realista consumada que se había atrevido a desobedecer las órdenes de su hermano de denunciar a todo español cuyo paradero se supiera y entregarlo a las autoridades para su ejecución; al contrario, María Antonia logró dar refugio a muchos españoles en su hacienda y, aunque fue denunciada, nunca cejó en sus esfuerzos humanitarios contra la voluntad de su hermano a quien tildaba de primitivo, bárbaro y asesino. Tampoco asistió a los agasajos que le brindaron a su arribo a Caracas en agosto de 1813, ciudad a donde entró como un César romano.

Por lo pronto Caracas estaba perdida. Había que salir corriendo. Y corriendo salieron los

jefes civiles y militares con una población a cuestas.

### **Caracas: el éxodo y la muerte**

Nadie puede imaginar que con los 2.000 hombres que todavía se encontraban en Caracas y, atrincherados como estaban, no se hiciera una última resistencia al caudillo asturiano que venía con 6.000 energúmenos. Es cierto que la resistencia pudo haber sido inútil, pero no es menos cierto que otros generales, como Ribas, estaban resistiendo y luchando contra el invasor en la periferia. Además, cualquier general sabe que la defensa es posible con una relación de 1:3. ¿Por qué Bolívar no organizó una mejor defensa y dispuso esos hombres bajo el mando de quienes estaban dispuestos a seguir luchando? ¿Por qué se retiró con 1.200 de los mejores soldados y 20.000 almas persuadidas a emigrar de Caracas el 6 de julio, camino de los montes, las serranías, las selvas y a quienes se les indujo a alcanzar el mar y padecer todo tipo de infortunios? ¿Por qué no hizo que tales soldados, por lo menos, retardaran el avance de Boves para permitir que esta población huyera y se pusiera a salvo sin el apremio del cuchillo? Creemos saberlo.

Efectivamente, José Trinidad Morán, uno de los soldados emigrantes, nos vuelve a narrar aquella odisea vivida cuando tenía dieciséis años y escrita tiempo después:

Veinte mil almas de ambos sexos y de todas edades seguían nuestros pasos. Casi toda la emigración iba a pie, y como el camino de la montaña de Capaya hacia Barcelona es lo más fragoso consternaba ver a las señoras y niñas distinguidas acostumbradas a las suavidades de la vida civilizada marchar con el lodo a las rodillas, sacando fuerzas de la flaqueza, para salvar su honor y su vida, amenazados por la horda de facinerosos que acaudillaba Boves... muchas perecieron de hambre y de cansancio, ahogadas en los ríos o devoradas por las fieras que abundan en aquellos bosques.

Este es el horrible cuadro que nos pinta aquel testigo.

Entonces, ¿era preciso que esos 1.200 hombres sirvieran para defender por tierra las 104 arrobas de plata labrada y alhajas que Bolívar había puesto en 24 cajones y hecho embarcar en La Guaira el 7 de julio rumbo a Cumaná! Allí venían custodias, copones, cálices, candelabros, joyas, pedrerías y diversos otros ornamentos sagrados que, ya estaba acordado, debían repartirse entre Bolívar y Mariño, su émulo del Oriente a donde se dirigía.

Esto lo afirmo porque ninguna otra explicación es posible a la decisión de Bolívar de huir hacia el Oriente y no hacia el Occidente, donde no solo estaba la Nueva Granada que lo protegía, sino donde también había fuerzas suficientes para defenderle la retirada. Allí se encontraba Urdaneta, el desperdiciado Urdaneta, que obraba al mando de una considerable fuerza en San Carlos que le habría podido cubrir la retirada a Cúcuta. O, alternativamente, haberle ordenado marchar a Caracas para coger a Boves por la espalda, algo mucho más expedito y sensato que huir a Barcelona y Cumaná con 20.000 personas que afrontarían la otra sanguinaria amenaza: Morales. ¿Por qué, entonces, escogió irse a Cumaná, camino mucho más peligroso y poblado de guerrillas realistas y de bandoleros? La respuesta, de nuevo, tiene que ver con este cargamento de valores, porque buscaba ponerlo a salvo de los corsarios españoles que merodeaban el Occidente, embarcándolos al Oriente, pero no necesariamente para que el Estado, en abstracto, se hiciera

cargo de ellos; el tesoro era para él y Mariño, que se creían la encarnación del Estado, de dos Estados, o lo que de ellos quedaba. Bolívar ya tenía un acuerdo verbal con Mariño de repartirse esa plata para sobrevivir en el exilio y continuar la lucha si las circunstancias lo permitían. ¡Es más, era preciso ampararse tras 20.000 almas que servirían, en caso de necesidad, de escudos humanos mientras Bolívar podía escapar con el tesoro de las iglesias!

Fue así como a instancias de Bolívar se desplazaron tantas almas que durante veintitrés días caminaron bajo la lluvia inclemente, subiendo barrancos, bajando laderas, atravesando montes quebrados y serranías inhóspitas, esquivando abismos, rodando por despeñaderos, sin comida, sin abrigo, sin preparación alguna, cansadas, exhaustas y medio muertas, sin que nos podamos explicar cómo soportó semejante aventura aquel río de gente que serpenteaba por el camino de Chacao y abandonaba sobre el mismo camino las cosas que llevaba, ora arrojándolas a los abismos, ora a la vera de los senderos. Iban por los montes, cruzando acequias, subiendo y rodando cuestas, bajando lomas, saltando matojos, penetrando morichales, siempre huyendo y padeciendo aquella extraña libertad que les habían fraguado y que, en su momento, jamás habían extrañado ni exigido.

Estos fugitivos eran asediados por los maleantes, por las culebras y las fieras de los bosques, cuando no por las inundaciones, como la de la laguna de Tacarigua que arrancó los zapatos, caló los huesos, enfermó los pies, afectó los pulmones y los bronquios y produjo calenturas mortales. ¿Imagináis, queridos lectores, a las señoras con aquellos largos y esponjados vestidos cruzando tales pantanos y lodazales? ¿Os las imagináis con la ropa hecha jirones empujando carretas, cayendo en el barro o extenuadas en el anca de los caballos? Un recién nacido, Manuel María Urbaneja, fue llevado en brazos por Bolívar, quien iba a caballo con toda la oficialidad. Sí, los oficiales iban a caballo, el resto a pie limpio. Eran almas en pena, abandonadas de Dios y de los hombres: la mayoría fue sucumbiendo a lo largo del terrible viaje. Los que sobrevivieron aquel infierno llegaron a Barcelona a finales de julio y, los que pudieron, se embarcaron en dos goletas enviadas por Mariño. Atrás quedó una fantasmal ciudad, Caracas, otrora espléndida y rica, hoy destruida y en ruinas, habitada solo por las monjas de los conventos de la Concepción y del Carmen, por el marqués de Casa León, por otros pocos paisanos y varios frailes y por el mismo Arzobispo, el señor Croll y Prat, quien había rehusado salir huyendo. No debían tener tan malas noticias de que Boves pasaría a cuchillo a todos los habitantes desde cuando estas personas decidieron quedarse y afrontar el riesgo. Máxime cuando se trataba de personas notables de aquella Capitanía, más susceptibles que otras de padecer el rigor del bárbaro que se acercaba. Pero uno que se quedó y no contó con suerte fue Fernando de Ascanio y Monasterios, conde de la Granja, realista, quien resolvió salir al encuentro de Boves para saludarlo; uno de sus esbirros lo atravesó con una lanza y lo dejó tendido en mitad del camino.

¿Quién iba a pensar que fuera el Arzobispo quien enfrentara a Boves en las puertas de Caracas, como el papa León I con Atila, y le hiciera detener el cuchillo homicida? Lo que no pudo detener fueron los títulos que el salvaje se endilgó: «Gobernador de esta Provincia, Presidente de la Real Audiencia y Xefe Político de todas las que constituyen la de Venezuela, y Comandante General del Ejército Español». Cagigal protestó ante el gobierno peninsular por el abuso. Fue todo lo que pudo hacer contra semejante energúmeno que, no obstante, no salió en persecución del

huidizo Bolívar ni asesinó a nadie en Caracas, pese a tener ya unos ejércitos que podían sumar 20.000 hombres sumados a sus filas por la feroz represalia que Campo Elías había hecho contra los llaneros en la toma de Calabozo, la mitad, quizás, operativos. Pero una cosa que sí hizo Boves fue entrar a caballo a la casa del prófugo Bolívar y grabar su nombre con un cuchillo en el contraportón próximo al vestíbulo. Sería para que Bolívar recordara siempre quién lo había derrotado. Era el 7 de julio de 1814.

### **Bolívar huye con los tesoros de Caracas**

Las iglesias de Caracas conservaron algunas piezas de oro y unos ciriales escondidos en la Catedral que se pudieron salvar de la voracidad del Estado republicano o, mejor, de los que decían encarnar ese Estado. El resto se lo habían llevado en la apresurada huida hacia Barcelona, a donde Bolívar llegó el 14 de agosto de 1814. Allí fueron reconstituidas las tropas con algunos reclutamientos locales que luego se enviaron a contener la amenaza de Morales, lugarteniente de Boves, en la Villa de Aragua. Mariño envió dos batallones, uno de los cuales estaba comandado por el joven Mayor del ejército, de diecinueve años, Antonio José de Sucre. En ese ejército en formación bastaba ser blanco y de buena posición social para llegar a esos cargos, con independencia de la experiencia o de las cualidades militares. En total, se pudieron reunir unos 2.200 hombres apoyados por cuatro piezas de artillería. Como era de esperarse, el 17 de agosto de 1814 el realista Morales se hizo presente, quien, batiendo sus banderas negras pintadas con tibias y calaveras humanas, se dispuso a comenzar la batalla. Bermúdez, el lugarteniente de Mariño, al discrepar de Bolívar en cuanto a la táctica por seguir, había organizado la defensa pero al final su ejército fue batido y destrozado tras cuatro horas de lucha. Bolívar, que se había hecho presente para defender un paso, decidió retirarse hacia Barcelona, a donde llegó el 19 con 500 hombres; Bermúdez logró sostenerse un tiempo más, pero al final tomó el camino de Urica. En las calles, casas y templos quedaron tendidas 3.700 personas entre soldados y civiles, porque Morales no dio tregua y su otro ejército de asesinos hizo carnicería general; hombres, mujeres, ancianos y niños fueron pasados a cuchillo. Los realistas tuvieron 1.011 soldados muertos y 832 heridos.

Que Bolívar no se hubiese quedado en Barcelona a organizar una tenaz defensa bajo su gran capacidad de mando y resistencia física es lo que nos permite decir que había un entendimiento entre los dos jefes, Mariño y Bolívar, en cuanto a lo que se iba a hacer con el cargamento de valores enviado por mar de La Guaira a Cumaná. Pero el segundo de los dos tenía ya otras miras y otras metas: llegar a Cumaná y salvar la plata que había arribado el 13 de julio, es decir, seis días después de remitida. A Cumaná también llegaron con Bolívar, hacia el 25 de agosto, aquellas familias que habían decidido seguir esa ruta en vez de quedarse en Barcelona y ser presa de Morales. Pero la decisión de dispersarse por la tierra, o esconderse en los montes de Amanita y San Bernardino, les hizo encontrar una terrible muerte. Bolívar los había conducido a una extinción segura, pues desde siempre fue consciente de los peligros que acechaban en el Oriente. Los que llegaron a tales destinos estaban ya famélicos, exhaustos y demacrados por el hambre.

Iban descalzos y con los pies destrozados. El camino a Cumaná quedó sembrado de cadáveres. Este puerto tampoco ofreció reposo y salvación. La noticia de la derrota de la Villa de Aragua provocó que Mariño y su Estado Mayor decidieran el mismo 25 de agosto que era preciso retirarse con sus tropas hacia Güiría. A los emigrados los recibió el terror de la noticia, el mismo que habían sufrido en Barcelona. Las gentes, presas de la desesperación, corrieron hacia los buques fondeados en el puerto hasta cuando no fue posible admitir a nadie más. Los que no pudieron embarcarse tomaron camino de Maturín y Cariaco. Se dice muy rápido, pero de Cumaná a Maturín hay unos doscientos kilómetros de padecimientos adicionales que los sobrevivientes tuvieron que soportar por los difíciles, enlagunados y serpenteantes caminos. La mayor parte de estos infelices murieron a lanzazos y a machete, sacrificados por la guerrilla; otra parte murió en los bosques, en tanto que muchos niños vagaban sueltos por los pueblos en busca de sus padres y familiares. ¿Cómo pudo Bolívar propiciar semejante tragedia humana? Como todo revolucionario que antepone los fines a los medios, Bolívar era un desalmado y un irresponsable. También diré que, pese a todo, el chapetón y gobernador Meléndez de Puerto Rico, compungido por este desastre humano, brindó refugio a infinidad de estos desgraciados que pudieron fugarse por mar; en cambio, ninguna acogida fue dada por las colonias inglesas de Trinidad y Curazao a esa horda de desventurados que vagaba de isla en isla pidiendo ayuda.

En Cumaná, Bianchi, un flamante aventurero convertido en Almirante de la República, se apoderó del tesoro robado a las iglesias. De todas las versiones que sobre este episodio existen, sacamos la conclusión de que la más verosímil es que en Cumaná se produjo un acuerdo entre los tres, Bolívar, Mariño y el pirata Bianchi. El asunto se complicó porque Ribas, que había desistido de la lucha contra Boves, había también puesto rumbo a Cumaná al «olerse» que se iban a robar la plata y no le iban a dejar participar en nada. Es decir, eran ya cuatro los que ambicionaban tener parte del tesoro, porque no hay nada que una más a los hombres que la ambición del dinero, ni nada que los separe más. Bianchi reclamaba 40.000 pesos por las presas de mar que había capturado y que la República no le había compensado. Bolívar, por su parte, reclamaba 16 de los 24 cajones para llevárselos a Cartagena y poder sobrevivir.

Examinemos este tema un poco más. Mariño reclamaba también una parte, desconocida para nosotros, posiblemente con el mismo propósito. Todo el mundo reclamaba los despojos. Es un hecho que Bolívar, Mariño y Bianchi llegaron a un acuerdo para repartirse la plata y los tres se embarcaron y pusieron gobierno hacia isla Margarita. A Bianchi correspondieron casi 35 arrobas de las 104 habidas, es decir, 402 kilogramos, que de ley 900 podrían valer unas 80.000 libras esterlinas. El saldo, que eran los 794 kilogramos restantes —equivalentes a 213.200 libras esterlinas— quedaba para Bolívar y Mariño, imaginamos que por partes iguales. No es, pues, creíble la versión frecuentemente socorrida de que Bolívar había forzado a Bianchi a entregar la plata, ya que aquel no contaba con medios navales para forzarlo; tampoco es creíble que Bianchi los hubiera esperado a bordo porque necesitaba obtener ciertas certificaciones para marcharse, pues este era un pirata que de muy pocas certificaciones necesitaba. Mucho menos, como decía Bolívar justificando el reparto, que Bianchi «se subleva contra las autoridades de la República [él y Mariño]», pues de ser así, Bianchi se habría alzado con todo el tesoro que ya estaba en sus barcos y jamás se habría vuelto a saber de él. Ribas, en cambio, nada obtuvo por haber llegado

tarde.

Puesta la proa hacia isla Margarita con los tres alegres compadres, un suceso no previsto hizo que los buques se enrumbasen a Carúpano por no haber podido abastecerse en la isla, puesto que Piar, quien allí se encontraba acantonado, quiso también apoderarse de parte del tesoro. Como no pudo, negó a los navegantes agua y alimentos, por lo que se vieron precisados a desplegar velas a Carúpano, acosados por el hambre y la sed. Pero en Carúpano ya los estaba esperando Ribas, quien hizo apresar a Bolívar y a Mariño por desertores, medida realmente extraordinaria si se tiene en cuenta que José Félix era nada menos que el esposo de una tía materna de Bolívar. Eso no fue más que una excusa para apoderarse de la plata; pero Ribas no contaba con que Bianchi también venía con su pequeña escuadra a reclamar el resto que estaba en las dos goletas en que habían viajado los ahora cautivos Bolívar y Mariño. Movido por la desconfianza de todos para con todos, Bolívar escribió desde su celda a Estévez el 4 de septiembre: «Acercándose a esta costa el traidor Giuseppe Bianchi con los buques de su mando, y siendo muy probable que intente llevarse las dos goletas que nosotros hemos traído, espero que Vd. las haga venir bajo el tiro de las fortalezas, para precaverlas de las acechanzas de aquel malvado».

Estévez desconoció la autoridad de Ribas para detener a Mariño y a Bolívar y un enfrentamiento estuvo próximo a producirse. Como la plata estaba en las goletas y Ribas no podía acceder a ellas, lo más probable es que los cuatro llegaran a un arreglo algo menos que amistoso. Bianchi, por supuesto, no se puso a tiro de cañón, por lo que no pudo robarse el resto del tesoro. Ese mismo 4 de septiembre, Bolívar autorizó a Joaquín Marcano, un capitán, a recibir «los 16 cajones de plata labrada que hay a bordo de ese buque, según la cuenta que conserva en su poder el ciudadano José Paúl», de acuerdo con una orden escrita de su puño y letra. Imaginamos también que a Bianchi no le quedó más remedio que aceptar el trato, pues sus barcos habrían podido sufrir los cañonazos del fuerte si se atrevía a abordarlos por la fuerza. Esos 16 cajones fue lo que tuvieron que pagar los prisioneros a Ribas por su libertad. A fe de lo anterior, Ribas escribió a Martín Tovar:

Cuanto te han dicho en orden a Bolívar y a Mariño es poco para lo que han hecho: ellos se embarcaron furtivamente en la noche del 26 pasado, llevándose la escuadrilla con toda la plata de las iglesias de Caracas, oro y piedras preciosas, y toda la pólvora, fusiles y pertrechos que había en Cumaná, dejándonos indefensos hasta el extremo. En el mar partieron los dos con Bianchi que era el comandante de la escuadrilla compuesta de 9 buques. Bianchi tomó su destino con los buques y artículos que le tocaron, y Bolívar y Mariño con los suyos llegaron a Carúpano, acosados del hambre y de la sed porque carecían de provisiones; allí los sorprendí, arresté sus personas y les quité la plata, pertrechos y fusiles que les habían cabido en suerte.

Lo que no cuenta Ribas es que él se quedó con la mayor parte de la plata mencionada.

Larrazábal lo confirma: «Antes de partir, puso Bolívar en manos del general José Félix Ribas 36 quintales de plata labrada y alhajas de oro, y el dinero que había rescatado de Bianchi». No es porque hubiese «rescatado» nada de Bianchi, como Larrazábal supone, o se lo dijeron, sino que puso en sus manos lo que por acuerdo había correspondido a los dos prisioneros. Ribas se quedó, pues, con el tesoro que Bolívar y Mariño se llevaban al exterior y muchos años después los «guaqueros», es decir, los buscadores de tesoros, excavaban en la hacienda de este general en busca de la plata enterrada que, según se decía, debía estar por algún lado. Pero ese lado estaba en otra parte. José Domingo Díaz nos narra que después de la batalla en que fue derrotado Ribas

«perecieron muchas de las principales familias desde sus cabezas hasta sus esclavos; y allí también se cogieron 36 quintales de alhajas de plata y oro robadas por el sedicioso en su fuga a las iglesias de Caracas [Bolívar], y las cuales, remitidas puntualmente al Revmo. e Ilmo. Arzobispo, se entregaron a las iglesias a que pertenecían: entrega que yo presencié por órdenes del Gobierno».

Los referidos 36 quintales que Ribas recibió equivalían a 1.656 kilogramos de plata, lo cual no nos parece muy verosímil, pues el peso total estaba más cerca de los 1.196 kilogramos que era lo que contenían aquellas 24 cajas. Ribas debió recibir menos de 794 kilogramos en las 16 cajas, o de lo contrario, Mariño y Bolívar no habrían llegado con dinero a Cartagena, puerto al que finalmente arribaron con fuertes sumas, según lo cuenta Henry Ducoudray Holstein, quien fuera Jefe de Estado Mayor del segundo y quien luchara a su lado durante mucho tiempo. Ahora bien, de acuerdo con el testimonio de Díaz, el cargamento de plata habido por Ribas fue devuelto a sus propietarios, posiblemente por orden de Boves, pues fue Morales, su segundo, quien lo derrotó en Maturín el 11 de diciembre de 1814 y se apoderó de los 16 cajones.

Para borrar toda sombra de su proceder, Bolívar redactó un manifiesto en Carúpano el 7 de septiembre de 1814 que, como todos los suyos, está plagado de excesos verbales y de vacua grandilocuencia:

¡Infeliz del magistrado que autor de las calamidades o de los crímenes de su patria, se ve forzado a defenderse ante el tribunal del pueblo, de las acusaciones que sus conciudadanos dirigen contra su conducta!... Y he sido elegido por la suerte de las armas para quebrantar vuestras cadenas, como también he sido... el instrumento de que se ha valido la Providencia para colmar la medida de vuestras aflicciones. Sí, yo os he traído la paz y la libertad, pero en pos de estos inestimables bienes han venido conmigo la guerra y la esclavitud... Si el destino inconstante hizo alternar la victoria entre los enemigos y nosotros, fue solo a favor de pueblos americanos que una inconcebible demencia hizo tomar las armas para destruir a sus libertadores, y restituir el cetro a sus tiranos... Vuestros hermanos y no los españoles han desgarrado vuestro seno, derramado vuestra sangre, incendiado vuestros hogares y os han condenado a la expatriación. Vuestros clamores deben dirigirse contra esos ciegos esclavos que pretenden ligarnos a las cadenas que ellos arrastran... Un corto número de sucesos por parte de nuestros contrarios, ha desplomado el edificio de nuestra gloria, estando la masa de los pueblos descarriada, por el fanatismo religioso, y seducida por el incentivo de la anarquía devoradora... han opuesto nuestros enemigos la hacha incendiaria de la discordia, de la devastación y el grande estímulo de la usurpación de los honores y de la fortuna, a hombres envilecidos por el yugo de la servidumbre y embrutecidos por la doctrina de la superstición... Es una estupidez maligna atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los estados... y aun cuando graves errores o pasiones violentas en los jefes causen frecuentes perjuicios a la República, estos mismos perjuicios deben, sin embargo, apreciarse con equidad y buscar su origen en las causas primitivas de todos los infortunios: la fragilidad de nuestra especie... Yo, muy distante de tener la loca presunción de conceptuarme inculpable de la catástrofe de mi patria, sufro al contrario, el profundo pesar de creerme el instrumento infausto de sus espantosas miserias; pero soy inocente porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario o de la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto. La convicción de mi conciencia me la persuade mi corazón y este testimonio es para mí el auténtico, bien que parezca un orgulloso delirio. He aquí la causa porque desdeñando responder a cada una de las acusaciones que de buena o mala fe me puedan hacer, reservo este acto de justicia, que mi propia vindicta exige, para ejecutarlo ante un tribunal de sabios, que juzgará con rectitud y ciencia de mi conducta de mi misión en Venezuela... Yo os juro que Libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me habéis hecho: sin que haya potestad humana sobre la tierra que detenga el curso que me he propuesto seguir hasta volver seguidamente a libertaros, por la senda del Occidente, regada con tanta sangre y adornada de tantos laureles... Vosotros sois hombres, ellos son bestias, vosotros sois libres, ellos esclavos...

Culpable de errores, de paso lo reconoce, pero, según él, no se puede atribuir a los hombres

públicos culpabilidad alguna de los perjuicios causados a la República. A pesar de creerse el «instrumento infausto de las espantosas miserias [de su patria]», se dice «inocente» porque no ha errado voluntariamente. Tilda de estupidez maligna culpar a los hombres públicos de sus errores, aun cuando causen graves perjuicios a los Estados, pues la equidad consiste en culpar «a la fragilidad de nuestra especie». Es decir, ¡las faltas de los hombres públicos son «estructurales» y no personales! Era un maestro de la demagogia barata. Llama dementes a aquellos que no quieren ser liberados e invoca un tribunal de hombres sabios que juzgue con rectitud [léase apruebe] su conducta: sabios hombres que nunca fueron llamados para juzgarlo. No invoca, por supuesto, un tribunal militar, o uno civil, que lo juzgue en derecho por cobardía, porque en derecho era un desertor que abandonaba a sus hombres y al pueblo a su suerte cuando disponía de los medios para defenderlos. Al final de la proclama manifiesta su inquebrantable voluntad de liberar por la fuerza a quienes no quieren ser liberados y han luchado contra sus designios y aun su dictadura. Aquello fue lo que dijo antes de desertar con Mariño hacia Cartagena.

### **Los libertadores pierden la partida**

El episodio de la fuga de Bolívar y Mariño no lo debemos pasar por alto sin antes preguntarnos por qué huyeron. Es evidente que una motivación fue la plata, como ya quedó anotado. Pero otra muy importante fue no arriesgarse a caer prisioneros, algo que Bolívar siempre evitó a toda costa, aun a costa de sus hombres. Seré más específico. Es cierto que Bolívar era audaz, arriesgado y valiente, pero era más las dos primeras cosas que la última porque su ambición lo llevaba a la temeridad. Su valentía, empero, paraba donde su propia humanidad quedara comprometida, a no ser por circunstancias fortuitas. Era un hombre calculador que prefería que los demás expusieran el pellejo propio, como en este caso, y en muchos otros. Porque bien pudo Bolívar, como General en Jefe, haberse quedado con Ribas y Piar para continuar la lucha, para dar la última batalla por Caracas, o Venezuela, para liderar a sus hombres y, luego sí, escapar bajo los azares de la derrota total. Su deber era quedarse y compartir la miseria y el dolor del combate con aquellos a quien él mismo había arrojado a las fauces de un destino incierto y peligroso. Pero no: escogió irse y dejar que otros continuaran por él la lucha, calculando que, si tenían éxito, él vendría pronto a reclamar de nuevo el liderazgo y los laureles de la victoria; que si no lo tenían, de todos modos volvería a seguir luchando en mejores condiciones, una vez obtenida la deseada ayuda de la Nueva Granada, ayuda que, dicho sea de paso, bien pudo obtener enviando emisarios y, sobre todo, ordenando a sus fuerzas dispersas reagruparse para continuar la guerra. No olvidemos que Urdaneta, Piar, Bermúdez y Ribas tenían todavía fuerzas en condiciones de combate. Tampoco que Ribas, Piar y Bermúdez continuaban luchando en el Oriente en ese momento y que Ribas y Piar se habían autonombrado Libertador y Jefe Supremo del Occidente y del Oriente, respectivamente, ante el vacío que dejaron los dos desertores, Bolívar y Mariño, y la indiferencia de una población que solo tenía en mente sobrevivir a la catástrofe provocada por estos mercaderes de la libertad.

Por supuesto, Bermúdez, en Oriente, no reconoció en Piar a su Libertador, ni Urdaneta, en Occidente, lo hizo con Ribas, quien después del bochornoso episodio de la plata se dirigió hacia

Maturín con 2.450 hombres en auxilio de Bermúdez que defendía la plaza con 1.250 hombres contra 6.500 de Morales que la asediaba. Esta es otra razón importante por la cual Mariño y Bolívar no debieron abandonar la Plaza en la forma precipitada como lo hicieron: Morales, en vez de dirigirse a ocupar Cumaná, prefirió dirigirse al llano y no explotar debidamente su triunfo destruyendo los últimos vestigios de resistencia. Las fuerzas acopiadas por Ribas son prueba suficiente para asegurar que todavía había fuerzas para continuar resistiendo y que la presencia de Bolívar habría marcado una enorme diferencia. Pero las cosas no son como se desearía que fueran, sino como realmente fueron. Los republicanos reunieron, entonces, un ejército de 3.700 hombres entre los cuales había 1.500 jinetes para hacerle frente a Morales. De ellos, decía Ribas en una carta escrita en Cariaco: «Compara ahora nuestro estado presente con el infeliz en que nos dejaron el 6 del pasado Bolívar y Mariño y yo me lisonjeo de poder asegurarte que antes de pascua estaremos todos en aquella capital». Esta es una prueba importante para demostrar que Bolívar habría podido quedarse a luchar y reconstituir las tropas, pues el propio Ribas permanecía optimista, pese a la deserción.

Pero Ribas se anticipaba demasiado, ya que las disputas y desuniones continuaron. El Comandante General de Güiría, Videau, y los jefes llaneros Rojas, Barreto, Sedeño, Monagas y Zaraza, no reconocieron a Piar y a Ribas como Jefes Supremos. Para colmo, el capitán José Valentín Osío, el 26 de agosto, un día después de la precipitada como imprudente evacuación de Cumaná, decidió pasarse a la causa realista con 60 soldados. Como allí se encontraba oculto en un convento Juan de La Puente, Capitán de Navío de la Real Armada y Gobernador de Guayana, fue reconocido por Osío como jefe de la Plaza y, enarbolando el pabellón español, sus hombres proclamaron lealtad a Fernando VII. Una junta de ciudadanos ratificó esos actos y con 300 reclutas ocuparon la ciudad abandonada por los desertores. Y, para que se comprenda que los asesinatos cometidos por Boves y sus secuaces no eran una política del Estado español, ese capitán de navío contuvo las pretensiones del esbirro Pineda de asesinar a los insurrectos, a quienes se les había ofrecido garantías para su evacuación. Entre ellos estaba el teniente coronel Francisco Bolívar, pariente del desertor.

El 7 de septiembre de 1814 se presentó Morales frente a Maturín donde estaba atrincherado Bermúdez. Tras varias escaramuzas, Bermúdez tomó el 12 la iniciativa de atacar a Morales y, en un intenso combate, destrozó la caballería y la infantería enemigas que se retiraron a Urica. Hasta allí los persiguió y los batió de nuevo. Esos dos reveses habrían sido suficientes para desbandar la resistencia realista, pues sus pérdidas fueron significativas: 150.000 cartuchos capturados, 2.200 fusiles, 700 caballos, 800 reses, 836 prisioneros y 2.200 muertos y heridos. El victorioso rebelde regresaba a Maturín con los trofeos de guerra; esta es la segunda prueba incontrastable de que ni Mariño ni Bolívar debieron abandonar una lucha, que en peores condiciones personales, de índole táctica y estratégica, estaba dando Bermúdez.

Infortunadamente para la causa rebelde, Piar, quien se había vuelto a apoderar de Cumaná el 29 de septiembre, rehusó prestar su apoyo a Ribas, el otro Libertador rival suyo que se dirigía a Maturín. Estos hombres preferían perecer divididos que ceder, unidos, la gloria a otros y ganar. Mucho demuestra esta actitud que a estos hombres movía más la ambición personal que la cacareada libertad. Así que Boves aprovechó la coyuntura y, atacando a Ribas, lo derrotó. En

efecto, Boves había recompuesto sus escuadrones en Calabozo y para el 11 de septiembre ya estaba en el poblado de Aragua. Desde allí mandó degollar la población de San Joaquín, acto horrendo que ejecutó el francés Molinet, quien no atendió las súplicas del padre Llamozas. Hombres, mujeres y niños cayeron ante la cuchilla. Eran prósperos blancos que habían dado hijos a la insurrección. El Azote de Dios, según era conocido Boves, siguió hacia Barcelona, donde macheteó a 48 personajes distinguidos de la ciudad e hizo arrojar sus cadáveres al río Neverí. Piar se presentó a la sabana del Salado, lugar donde los dos jefes trabaron batalla. Quería demostrar a quienes no lo aceptaban ser el Jefe Supremo de Oriente. Boves lo atacó con 2.000 hombres que llevaban pendones negros cruzados de canillas con calaveras, otros rojos y otros con los emblemas de España. Piar fue envuelto y arrollado. Se retiró hacia Cariaco perseguido por una columna de Boves, que le dio alcance y lo derrotó de nuevo. Entretanto, Boves entraba a Cumaná. El padre Llamozas, en un relato que por escrito presentó al Rey, dice que «dio Boves orden a la tropa para que entrara a la ciudad y matase a cuantos hombres encontrara como así lo ejecutó... entrando varios a caballo dentro de la iglesia parroquial buscando a los que a ella se habían refugiado para matarlos como lo realizaron con más de 500». El hermano del luego general Sucre fue degollado en el hospital y su hermana, Magdalena, de catorce años de edad, se arrojó por una ventana y se mató tratando de huir. ¿Recordamos la orden que Bolívar dio a Leandro Palacios desde Valencia que decía «en consecuencia, ordeno a usted que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en esas bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna», en cuya carnicería murieron 1.200 españoles? Por supuesto, un acto de horror no justifica el otro, pero no deja de explicarlo, porque desde el Decreto a Muerte, esta gente venía con el corazón envenenado. Ciertamente, Bolívar había despertado a los monstruos. Luego hubo un baile para celebrar el triunfo y, al final, Boves mandó asesinar a los músicos: eran blancos.

Bermúdez, al conocer todas estas malas noticias enfiló riendas contra Boves, que ya había salido hacia San Francisco y Guanaguana, mientras sus carniceros ultimaban blancos en Cariaco, Villa de Aragua, Barcelona y Cumaná a quienes tiraban luego a las aguas de los ríos. Como se ve, haberse separado de Piar fue un acto de locura militar, pero estos dos jefes eran irreconciliables. No obstante, Bermúdez y Ribas habían logrado reunir un ejército de unos 3.000 hombres, de los cuales la mitad era de infantería y la otra mitad de caballería. Ribas disputaba el mando por su mayor graduación militar y Bermúdez alegaba que ya había desaparecido la República, que se lo había conferido. Bermúdez se separó de Ribas y decidió batir solo a Boves con 1.200 hombres, en tanto que Ribas regresaba a Maturín con el resto del ejército. El 9 de noviembre Boves lo derrotaba en Magueyes y Bermúdez se retiraba, destrozado, hacia Maturín donde, en plena discordia estratégica y personal con Ribas, se dirigieron a enfrentarse con Boves, que ya se había unido a Morales en Urica.

El ejército, como casi todo en esa república, estaba dividido en dos bandos. El error fue dejar tropas de reserva en Maturín en vez de haberlas acometido todas a la batalla. El 5 de diciembre se encontraron los dos ejércitos en la mesa de Urica. Fue allí donde el realista Morales destrozó el 5 de diciembre de 1814 esas fuerzas republicanas combinadas, aunque debilitadas por la discordia, y donde pereció, con su malvado corazón atravesado por una lanza, el desalmado Boves, terror de las llanuras venezolanas. Los vencedores degollaron 500 prisioneros. Morales se proclamó Jefe

Militar del Ejército de Barlovento ante 30 jefes militares. Luego mandó decapitar a siete jefes suyos partidarios de reconocer al general Cagigal Capitán General y envió sus cabezas a Caracas. En ese momento llegaron órdenes de Madrid al difunto Boves de reconocer a Cagigal como Jefe y Capitán General. Morales no tuvo más remedio que echar para atrás sus disposiciones y las de Boves, entre ellas la de seguir matando blancos.

Ribas y Bermúdez huyeron hacia Maturín, población a donde llegó Morales el 10 de diciembre de 1814. El 11 caía la ciudad en manos realistas. Los dos jefes republicanos lograron huir otra vez. Ribas se refugió en una cabaña en los montes de Tamanaco y cayó preso al ser delatado mientras dormía. Un zambo de apellido Barrajola lo hizo decapitar en Tucupido, fritó su cabeza en aceite y la entregó a los realistas, quienes la exhibieron en Caracas hasta 1817 en una jaula de hierro y con el gorro frigio puesto.

Del referido trágico episodio de Ribas, cuenta Juan Vicente González:

En Tucupido pereció el general Ribas, sereno y en medio de los gritos de sus contrarios, de una manera real (31 de enero de 1815). Aquella diestra que era el terror de los enemigos de la patria, fue colgada en un palo, a media legua del pueblo, en el camino real; su cabeza, frita en aceite, entró en Barcelona el día 3 de febrero.

Este fue el gorro que Ribas solía llevar como símbolo de la libertad en histriónica y vulgar imitación de la Revolución Francesa. Fue su trágico fin y la más patética reseña del horror desatado por Bolívar. Por su parte, Piar se retiraba hacia Güiría perseguido por Quijada; también Bermúdez lograba escapar a esa población. Piar fue detenido como delincuente por Videau el 6 de febrero y enviado preso a las colonias. Bermúdez tomó el mando. Perseguido y sitiado por el canario Francisco Tomás Morales en Soro, Bermúdez y Videau huyeron hacia isla Margarita, en tanto Morales entraba en la región y asesinaba a 3.000 personas que no dejaron de gritar que Bolívar era quien había desencadenado los monstruos. La región se rindió a las armas realistas esgrimidas por los criollos.

La derrota de los revolucionarios había sido total. Venezuela había sido pacificada, en buena parte, por la reacción paramilitar realista.

## **La desolación bolivariana**

Si me preguntara el amable lector por el origen del atraso de la América española en relación con las ex colonias británicas del Norte le daría algunas pistas, particularmente aquellas referidas a Venezuela: el 25 por ciento de la población venezolana, particularmente la clase empresarial asentada en las ciudades y los pueblos, las haciendas y los cortijos, había perecido. Esto equivalía a unas 225.000 almas. Habían alcanzado la libertad, pero de este planeta. Otro 15 por ciento se había marchado con lo que pudo. Aquello fue una tragedia humanitaria, acompañada de la fuga de mano de obra cualificada y de dirección empresarial. Por eso el 60 por ciento de la población venezolana se quedó sin empleo productivo. El Estado no solo estaba en ruinas, sino que de él había desaparecido todo rastro de vida civilizada, empezando por los procedimientos legales dejados por España. En sustitución, se habían entronizado los asesinatos, las violaciones y

los saqueos. Como lo había dicho Bolívar, habían «desaparecido los tres siglos de cultura, de ilustración y de industria». El país estaba devastado y la catástrofe humana se extendía por doquier. La miseria y el hambre se hicieron parte de la vida cotidiana. Las guerras de independencia angloamericanas parecían, en comparación, un juego de niños. Los venezolanos habían retrocedido, a causa de ellas, dos siglos en el tiempo en tanto que los angloamericanos habían avanzado uno con su independencia. Permítaseme decir que en los otros dos siglos de existencia republicana se propagó el mismo espíritu de guerras civiles, golpes de Estado, depredación y desorden en prácticamente todos los países, aprendidos en la secesión, o Independencia, que ahora llaman.

Hacia 1814 solamente dos países se mantenían independientes: el Río de la Plata y la Nueva Granada. En Venezuela, la única porción que quedaba independiente era la isla Margarita. El resto había sido rescatado de manos insurgentes. En la Nueva España, los revolucionarios también estaban perdiendo. Bolívar estaba ya en la Nueva Granada y se aprestaba a causar una similar devastación en un país que todavía no había experimentado un horror semejante.

## 21. EL TERROR LLEGA A SANTA FE

*¡Conciudadanos! Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás.*

SIMÓN BOLÍVAR al Congreso Constituyente, 30 de enero de 1830

### **Llegan los hunos**

Bolívar se había hecho a la vela el 7 de septiembre de 1814 en Carúpano con la intención de poner derrota hacia Cartagena de Indias, ciudad que había sido el orgullo de España y del Nuevo Reyno por su prosperidad y heroísmo secular. Ahora estaba empobrecida por la contienda y las luchas intestinas. Allí se iba a encontrar con situaciones muy distintas de las que se insinuaban en las letras de oro con que su nombre había sido adornado e inscrito en los registros de la ciudad. Ya no lo querían. Habían oído hablar de sus crueldades, asesinatos, saqueos y desmanes en Venezuela y ahora lo temían. También lo odiaban.

El Nuevo Reyno de Granada, tras cuatro años de ausencia de la autoridad española, estaba sumergido en la más completa anarquía y discordia, en tanto que el poder Ejecutivo, constituido pluralísticamente, se alternaba en el mando sin dar campo a la continuidad de las acciones. Sus provincias permanecían desunidas, aunque Cartagena, Antioquia, Casanare, Chocó, Neiva, Popayán, Pamplona y El Socorro, militando bajo el nombre de Provincias Unidas, estaban confederadas alrededor de Tunja donde mandaba Camilo Torres. Cundinamarca, en cambio, se mantenía separada de la Unión con Manuel Bernardo Álvarez, tío de Nariño, realista de corazón y metido en estas lides más por ambición personal y solidaridad de familia que por íntimo convencimiento. Esto lo sabía Camilo Torres, quien pensaba que había llegado la hora de rescatar al general Bolívar para la empresa de someter a Santa Fe; poco le importaba que hubiera sido derrotado, pues en él reconocía al hombre enérgico, de iniciativas y experiencias militares suficientes para someter los rebeldes a esta precaria unión. Sobre todo, en ese momento, cuando se comprendía que de ninguna manera había en el Nuevo Reyno acogida generalizada a los planes secesionistas; era, por tanto, necesario reunir las fuerzas afines para luchar contra las realistas Quito y Guayaquil, en el Sur, Río Hacha y Santa Marta, en el Norte, Panamá y Veraguas, en el Istmo, y Cuenca y Loja en la frontera con el Perú.

Estas eran amenazas ciertas contra la revolución republicana. Había, por tanto, que aprovechar dos excepcionales circunstancias: la llegada de Bolívar a Cartagena y la retirada que desde Venezuela hizo Urdaneta a la Nueva Granada con más de 1.000 hombres a su mando, quien se había visto obligado a buscar refugio en este último territorio en vista de la hostilidad y el rechazo con los que lo recibía la población en el centro de Venezuela; por otro lado, las graves noticias de la huida de Bolívar y Mariño causaban honda preocupación. Urdaneta buscaba refugio en un territorio que en nada se parecía al suyo: era un país andino, de gentes generalmente tranquilas y

poco dispuestas a seguir caudillos. Doble parecía su propósito: levantar las zonas andinas más pobladas y esconderse de Calzada y de las otras fuerzas realistas que lo perseguían. El 2 de febrero de 1814 Sebastián de la Calzada se había hecho cargo del mando de las tropas de José Antonio Yáñez, muerto en Ospino, y desde entonces no cejaba en el empeño de cazarlo. La Nueva Granada era un lugar que, estimulado suficientemente, podría dar mucho de sí en materia bélica por sus recursos y extensa población. Así dispuesto, Urdaneta se puso en marcha de Mérida hacia Cúcuta, precedido por una multitud de paisanos que también huía. Como la Nueva Granada había accedido a su petición de protegerlo en su territorio, a cambio esta le pidió organizara una caballería para Casanare. Ese encargo fue delegado a José Antonio Páez, un feroz llanero que en el futuro dará mucho que hacer y que temer a Bolívar.

El 25 de septiembre de 1814 llegaba, por segunda vez, Simón Bolívar a Cartagena. Allí se encontró con una ciudad que no lo recibía con la cordialidad que antaño le había dispensado. «Llegó Atila», susurraban. Cartagena ya no sentía por él el mismo afecto, pues su ideario se consideraba centralista y dictatorial, y él mismo, cruel y sanguinario. La ciudad, en cambio, era unionista y federativa, y estaba unida al gobierno de Tunja. De otro lado, su Guerra a Muerte en Venezuela había contado con el rechazo generalizado de la población y de las autoridades cartageneras, quienes lo acusaban de causar hechos sangrientos y de barbarie como jamás se habían visto en la América española. Además, los oficiales que lo acompañaban estaban también en entredicho por hechos similarmente espantosos. Tal fue el estupor con el que se recibió la noticia de su llegada al puerto que las autoridades no le dieron permiso inmediato para desembarcar e hicieron esperar a los inoportunos huéspedes de la mañana a la tarde. Una vez dado el permiso se toparon con una multitud que los esperaba en el muelle entre rechiflas y gritos de «asesinos». El coronel Manuel del Castillo, aquel jefe militar que se había opuesto a los planes de Bolívar de invadir a Venezuela con tropas granadinas, envió el 10 de octubre una carta a los gobiernos de Tunja y Santa Fe en la que advertía que para Bolívar «la guerra a muerte, el robo, la inmoralidad y el despotismo, habían sido su divisa», pues era perfectamente sabido el espíritu fiero y dictatorial que animaban al caudillo y la corrupción de sus socios.

Los testimonios sobre la conducta de Ribas y sobre su infame comercio con sangre también eran conocidos, lo mismo que la de Díaz Casado, el medio hermano del infernal ministro de Justicia y Gracia, Rafael Diego Mérida. Por eso Manuel del Castillo también se refería a Bolívar y a los suyos como los «antropófagos de Venezuela», epíteto que hizo carrera entre los cartageneros. Poco después hizo publicar un libelo que, entre otras cosas, decía: «Compadece ver hasta qué punto de ceguedad ha sido S. E. arrastrado por su ambición, y por esa torpe ignorancia, que no solo le impidió la previsión de sus errores, sino que aun después de cometidos, no se los haga reconocer... como he oído de jefes y oficiales venezolanos de alta reputación, y respetables por las miserias en que S. E. los ha sumergido en consecuencia de su presuntuosa ignorancia y su arbitrariedad ilimitada».

Unos meses después, Bolívar volvía a ser acusado ante el gobierno de Tunja, esta vez por aquellos infelices que habían llegado a isla Margarita huyendo de Boves en su éxodo de Caracas a Barcelona, Cumaná y Carúpano. Decían: «Los últimos restos de los desgraciados habitantes de Venezuela... [declaran haber] recibido la más fuerte impresión al saber que don Simón Bolívar...

ha logrado otra vez que se pongan algunas tropas de esos pacíficos pueblos bajo de su mando». Y enumeran los cargos, el segundo de los cuales es haber tomado «providencias por sí solo del mayor comprometimiento y trascendencia, que inundaron de sangre las provincias con infracción de sus promesas, y en contradicción a los principios de mansedumbre y lenidad que distinguen a los americanos. Así se le vio oprimir la inocencia, causar y preparar el exterminio de la mayor parte de sus hermanos». El tercer cargo decía: «A fin de cohonestar este degradante sistema, proyectó una asamblea, o por mejor decir una representación teatral en el convento de San Francisco, de que resultó electo dictador por sus amigos y comensales, y por oradores que tenía preparados de antemano». El cuarto: «Su tolerancia delincuentísima a los indecentes medios con que don José Félix Ribas, su inmensa familia y bajos cortesanos, trataban de enriquecerse, no solo con perjuicio del Estado y agravio de los particulares, sino lo que es más, con una vergonzosa venta de la sangre humana».

De semejantes cargos se deduce que José Félix Ribas prometía la libertad a cambio de un cuantioso pago, precio de una libertad que tampoco cumplía. Era un comerciante de sangre, tolerado por Bolívar. El décimo cargo decía así: los «millares de muertos a impulsos del hambre, de la sed, del cansancio y de la fiebre intermitente... [por] el inaudito e impolítico medio de levantar en muy pocas horas la población [de Caracas] en masa y estrecharla a una emigración general... [en la que se veía] a las madres precipitar sus tiernos hijos por riscos escarpados». Los que escribieron semejantes acusaciones habían sido todos partidarios y parientes suyos que habían vivido en carne propia aquellos horribles once meses de su gobierno dictatorial. Estos eran monstruos salidos del infierno, hombres prehistóricos, fieras desenjauladas. No eran libertadores.

Los pocos que lo recibieron bien en Cartagena fueron los hermanos Piñeres, quienes se disputaban el poder con Torices, y la hermana de Carlos Soublette, quien con su otra hermana y su madre, se hallaban alojadas en el Palacio Episcopal abandonado por el Obispo. Bolívar —como no podría ser de otra manera— se alojó en el Palacio muy cerca de su amada, la señorita Soublette, a quien consideraba aún más que a su hermano Carlos, su entonces Secretario General. La atmósfera que rodeaba a Bolívar era, pues, hostil en Cartagena, pero desde su llegada preparó el terreno escribiendo a Tunja su versión del funesto resultado de su campaña en Venezuela. Terminaba pidiendo auxilios y accediendo a someterse a un juicio sobre sus actos. La carta causó buena impresión y fue otra de esas actuaciones revestidas de extrema sagacidad política: someterse al juicio de un gobierno «extranjero» que iba a hacerle un simulacro de juicio, teatral y bien montado, porque aquellos que lo juzgaron no llevaron a comparecer a nadie más que a él. En efecto, tal como podría ser apreciado en los años venideros la República iba a sanar el alma enferma de los que pretendieron alcanzar mayor libertad con la corrupción y la barbarie.

Pero el ambiente en Cartagena tampoco podía ser peor para las fuerzas políticas que se disputaban el poder local y que estaban divididas en dos bandos: el de José Gabriel Piñeres, amigo del Libertador, y el del presidente Torices, con Castillo a la cabeza. Torices, a la sazón, se desplazaba hacia el partido de García Toledo, de carácter aristocrático y realista y, por tanto, altamente sospechoso ante los ojos de los demagogos hermanos Piñeres. El problema era también que Bolívar debía gratitud a Torices por haberle proporcionado los recursos con los que había iniciado su anterior campaña en la Nueva Granada. Castillo, sin embargo, era la Némesis del

Libertador-Dictador, y él tenía que actuar, así fuera contra su antiguo mecenas, muy a pesar de su deuda de gratitud con Torices. Escogió, entonces, aliarse con el bando de Piñeres, para lo cual proporcionó, junto con Mariño, fondos suficientes con miras a hacer aumentar el número de diputados que lo respaldase. ¿Fondos suficientes, dije? Bueno, ya sabemos de dónde provenían: del latrocinio perpetrado en Venezuela.

Mariño mismo estaba alojado en casa del candidato José Gabriel Piñeres, otro rabioso antiespañol y republicano. Como quien dice, sobornaron a muchos diputados, según nos lo cuenta Ducoudray Holstein, si es que se puede creer tal imputación de un personaje que fue testigo de estos y otros acontecimientos. De hecho, sabemos que a Bolívar y a Mariño no les faltaban fondos, como resultado del botín sacado de Venezuela y posiblemente feriado en las islas inglesas del Caribe a cambio de moneda contante y sonante. Los días que tardaron en llegar de Carúpano a Cartagena hablan por sí solos: dieciocho días les tomó vender el botín por las islas, pues no a otras razones se debe su tardanza en llegar a este último puerto. Aunque de tal venta no hay prueba alguna, queda la sospecha, porque Piñeres ofreció a Bolívar el cargo de General en Jefe por el apoyo monetario recibido del ex dictador. ¿O de dónde más habría de sacar dinero para un soborno que le proporcionara tan rimbombante título? Esto cuadraba perfectamente con su ambición de volver a reconstituir un ejército que le devolviera el poder. En cambio, de lo que sí hay evidencia es de que, pese a las ayudas monetarias, fue Torices quien resultó reelegido Presidente del Estado y los amigos de Piñeres se quedaron con los «crespos hechos», como popularmente se dice.

Así las cosas, no quedó más remedio a Bolívar que marcharse hacia el interior del país, habiendo ya empleado en vano el dinero en la elección de Piñeres; este descanso lo aprovechó para llegar a Barranca y seguir hacia Mompox y Ocaña, «de festejo en festejo», y de braguetazo en braguetazo, algo que no le quedaba difícil habida cuenta de la desesperada situación de miseria que asolaba esas poblaciones. Eso de «festejo en festejo» lo sabemos por el capitán José Trinidad Morán, quien lo acompañaba. En una población empobrecida los festejos solo se pueden hacer con el dinero del huésped, y esto es un indicio más de que Bolívar contaba con el resto de los fondos que le había proporcionado el saqueo de las iglesias de Caracas.

De todas maneras, ya poco importaba que Piñeres no hubiese sido elegido pues en Ocaña Bolívar se enteró de la retirada de Urdaneta de Venezuela y de su llegada a Cúcuta con un importante ejército. Le brillaron los ojos, aunque él mismo habría podido reunir un ejército similar, o más poderoso, si hubiese optado por retirarse por el Occidente en vez de huir por el Oriente cargando el tesoro saqueado. Ahora la oportunidad se le presentaba calva y Urdaneta era un buen amigo suyo. Por eso dejó las fiestas y las hembras y raudo se dirigió a Cúcuta, no sin antes escribirle a Urdaneta el 27 de octubre de 1814 una lisonjera carta en la que le decía que había «salvado las esperanzas de la república...» y que le enviaba su edecán para que le informara sobre «los acontecimientos que me han traído a la Nueva Granada, mientras que personalmente voy yo mismo a ese cuartel general a tomar parte en sus trabajos, peligros y privaciones». Este hombre era un maestro del artilugio, pues en Cúcuta ya no había «peligros» que afrontar, y las «privaciones» eran muy relativas en una ciudad que ya había acogido a Urdaneta y que guardaba, profundo en su memoria, el saqueo del que había sido objeto por parte de las

huestes insurrectas a cargo de Bolívar. En realidad, los peligros y privaciones los habría podido encontrar si hubiera optado por unírsele a Urdaneta en su retirada de Venezuela, en vez de hacerlo una vez lograda la hazaña que despertó la admiración de amigos y enemigos de la causa secesionista. Bolívar era un hábil político.

No nos faltaba razón al hablar de sus habilidades políticas, si conocemos lo que, coronando su astucia, escribe a Urdaneta en el sentido de que procure que «el general Robira y el coronel Santander se persuadan de la pureza de mis intenciones y del alto aprecio que hago de sus talentos y virtudes, sin que yo pretenda de modo alguno privarlos de ninguna de las atribuciones que les correspondan...», porque él estaba dispuesto a «servir como soldado y obedecer a quien se quiera, porque yo cifro mi gloria en servir bien y no en mandar».

Esa era la razón que enviaba al coronel Santander, a quien el 13 de mayo de 1813 le había dicho «o me fusila Vd. o lo fusilo yo», destituyéndolo, y encargando del mando a Urdaneta, con quien ahora mandaba razón de «servir como soldado» raso y obedeciendo a quien le pusieran. ¡Qué astucia y doblez! La misma que había empleado en congresos y asambleas en las que se hizo pasar por el más humilde de los servidores, pero siempre con el ánimo de adueñarse del poder absoluto. Sin embargo, para maniobrar bien y obtener tal poder, era necesario escribir lo contrario a la jefatura de la Nueva Granada de lo que había dicho a Urdaneta; es decir, mientras que a Urdaneta lo lisonjeaba como salvador de la República, al centro del poder granadino decía que había recibido funestas noticias del ejército mandado por Urdaneta y que esto hacía que su presencia fuese indispensable en Cúcuta.

Nuevamente, Bolívar se hacía ver como el salvador universal e indispensable, se daba ínfulas, sobreestimaba su valía y se la hacía conocer a todos sin esperar juicio de terceros. Dijo a los neogranadinos:

Al entrar en esta ciudad [se refiere a Ocaña] he recibido muy funestas noticias del ejército que manda el general Urdaneta, anunciándome que mi presencia en él es de absoluta necesidad para contener los graves males que amenazan a la república con la destrucción próxima de aquel ejército. Como nada para mí es tan importante que la salud de la república, estando satisfecho de que esta se halla hoy urgentemente interesada en que aquellas tropas no se disuelvan, he resuelto marchar primero hacia Cúcuta.

Maquiavelo no lo habría podido hacer mejor. ¿Quién le avisó que el ejército de Urdaneta estaba a punto de ser destruido? ¿Acaso Ceballos, que dominaba el occidente venezolano, no había desistido de perseguirlo y de entablar lucha con él cuando Urdaneta se retiró de San Carlos hacia el Tocuyo y de allí hacia Cúcuta? ¿Acaso no acababa de lisonjearlo con que era el salvador de la República? ¿O era apenas un salvador con un ejército próximo a ser destruido?

Pero había algo con lo que Bolívar no contaba y era con que el Congreso de Tunja tenía tratos secretos con Urdaneta para que este viniera a someter la provincia de Santa Fe a la federación. En realidad, esta había sido la única «funesta» noticia oída por el Libertador: que la Unión valoraba más a Urdaneta que a él en sus desempeños militares y que su exitosa huida hacia Cúcuta de la persecución de Ceballos había consolidado su fama como para disputar a Bolívar el poder dictatorial en la Nueva Granada. Entonces, la urgencia del Libertador era trasladarse a Cúcuta y quitar el mando a su rival Rafael Urdaneta de lo único políticamente creíble en esos momentos: la

fuerza armada.

Es cierto que cuando las tropas se enteraron de que Bolívar iba hacia ellos lo vitorearon y pidieron a Urdaneta esperarlo, cosa que este no quiso hacer sino obligado por la amenaza de insurrección. Bolívar volvió, entonces, a hacer gala de su ingenio político para dulcemente recriminar a la tropa por la insurrección, dado el amor que ella le profesaba. Les dice: «Vuestro jefe es el benemérito general Urdaneta... Soldados: si me amáis, probádmelo continuando fieles a la disciplina y obedientes a vuestro jefe» y repite la manida frase: «Yo no soy más que un soldado que vengo a ofrecer mis servicios a esta nación hermana». Estas palabras de humildad, por supuesto, movieron a conmiseración y a un inflamado amor por Bolívar, a quien reconocieron como el verdadero jefe, aun sobre el humillado general ante quien Bolívar pronunciaba estas palabras que lo disminuían en su jefatura y exaltaban la del Libertador mismo. Urdaneta continuaba siendo el segundo y Bolívar el primero. Concluyó la arenga, diciendo: «Para nosotros, la patria es América; nuestros enemigos, los españoles; nuestra enseña, la independencia y libertad».

El general Urdaneta, entre humillado y exaltado por la «generosidad» de Bolívar al reconocerlo como jefe, marchó hacia Tunja y en el camino entre Paipa y Sogamoso, en el interior del país, se enteró de que en la zona había cinco españoles, a quienes mandó prender y asesinar. Uno de ellos era el reconocido hacendado don Juan Joven, a quien Urdaneta, para hacer mejor gala de su fidelidad al Libertador y sus directrices, lo ejecutó en el camino. El escándalo e indignación general que este cobarde acto produjo en la Nueva Granada no se hizo esperar, sobre todo porque Urdaneta era de una depuradísima ascendencia española.

Este acto de barbarie quedó registrado en las *Memorias* escritas por Daniel Florencio O'Leary, quien fuera biógrafo y edecán del Libertador, irlandés para más señas, y masón iniciado en Inglaterra. Nos dice: «Un acto reciente de rigor cometido por el general Urdaneta con algunos españoles de la provincia de Tunja, había ofendido de tal modo a las autoridades constituidas, que el pueblo creyó tener justos motivos de alarma, pues no estaba todavía acostumbrado a los excesos que caracterizaron más tarde la revolución».

Los venezolanos, pues, traían a la Nueva Granada el salvajismo que había caracterizado la guerra en su propia tierra. Nos estaban adiestrando en el arte de matar inocentes, prácticas que con ventaja excedimos en los años y siglos por venir. Fue con las tropas y caudillos venezolanos con quienes los colombianos hicieron las primeras planas. Este primer hecho de sangre contra unos inocentes españoles causó verdadera conmoción en una tierra en que, si bien era cierto se había combatido, el asesinato era cosa desconocida. Desde ese momento las tropas venezolanas fueron miradas con recelo y temor y aun abierta hostilidad. Las autoridades neogranadinas se escandalizaron e indignaron con estos cinco asesinatos. Por eso el 28 de noviembre Bolívar escribió al Congreso compartiendo, de dientes para fuera, su indignación. Digo de dientes para fuera, porque él había sido el inventor de la Guerra a Muerte, según el decreto de Trujillo, y mal podría haberse escandalizado en la Nueva Granada de lo que no le producía indignación alguna en Venezuela. Sin embargo, para sus propósitos, prometió que algo similar no volvería a ocurrir mientras él estuviera en el mando. Esto le minó posibilidades de jefatura suprema a Urdaneta.

El 24 de noviembre entró Bolívar en Tunja. Se presentó en la barra del Congreso y, pidiendo

la palabra, empezó a hacer una pormenorizada relación de sus campañas, aunque omitiendo mencionar los asesinatos ordenados y ejecutados por él mismo y sus esbirros en Venezuela. Dijo, leyendo el discurso que de antemano tenía preparado:

Hemos subido a representar en el teatro político la grande escena que nos corresponde, como poseedores de la mitad del mundo... ¡La América entera está teñida con la sangre americana! ¡Ella era necesaria para lavar una mancha tan envejecida! Es la primera vez que se vierte con honor en este desgraciado continente, siempre teatro de desolaciones, pero nunca de libertad. México, Venezuela, Nueva Granada, Quito, Chile, Buenos Aires, y el Perú representan heroicos espectáculos de triunfos; por todas partes corre en el Nuevo Mundo la sangre de sus hijos y ahora sí por la libertad, único objeto digno de sacrificio de la vida de los hombres. ¡Por la libertad, digo, está erizada de armas la tierra, que poco ha, sufría el reposo de los esclavos!

Fue una alocución inspirada y efectista. Con su voz aflautada y su acento caribeño, ligeramente nasal, Bolívar se destacó en una tierra donde nadie llega al poder con un mal discurso, a pesar de lo poco acostumbrados que se tenían los oídos a la forma peculiar de aspirar las «eses», la atropellada dicción y las curiosas inflexiones verbales empleadas. Impresionado, el Congreso le otorgó el mando supremo de todas las tropas después de oír la exposición sobre su gloriosa lucha en Venezuela, sin reparar en su vergonzosa huida y penurias a que sometió a toda la población de Caracas. Uno de los pocos que se atrevió a cuestionarlo fue el brigadier Joaquín Ricaurte, quien públicamente lo increpó, diciendo:

El bárbaro e impolítico proyecto de la Guerra a Muerte, que nos iba convirtiendo los pueblos y las provincias enteras en enemigos, no solo hacía odioso el ejército, sino el sistema que este sostenía y así en los mismos pueblos que por su opinión nos recibían con la oliva en la mano y unían sus esfuerzos a los nuestros para lanzar a los españoles de su territorio, luego que observaban nuestra conducta sanguinaria, se convertían en enemigos nuestros, mucho mayores que antes lo habían sido los otros... La necesaria consecuencia de los errores militares, que fueron tantos cuantos pasos se dieron; la opresión de los pueblos; la ferocidad que se les enseñó; su ruina consiguiente a los robos; la falta de un gobierno y el espantoso despotismo y disolución de los jefes, fue la pérdida del país; pero una pérdida tal que jamás podrá repararse, mientras no se haga la guerra en regla, por quien sepa hacerla; mientras la política no borre las profundas impresiones que la impolítica ha hecho en aquellos pueblos, dispuestos antes a entregarse a los otomanos que a sus paisanos, y mientras al frente del ejército que emprenda nuevamente la reconquista no se ponga un jefe que no sea de los que han mandado en la anterior desgraciada campaña.

Estas palabras fueron secundadas por don José María del Castillo y Rada, hermano de Manuel del Castillo y Rada, la Némesis cartagenera de Bolívar, quien acto seguido enumeró las atrocidades cometidas por este hombre en Venezuela.

Recordemos que su hermano había enviado el 10 de octubre una carta a los gobiernos de Tunja y Santa Fe en la que advertía que para Bolívar «la guerra a muerte, el robo, la inmoralidad y el despotismo, habían sido su divisa». Sin embargo, don Camilo Torres, quien necesitaba un general para someter a Santa Fe, ya tenía su conducta, como militar y como hombre, sumariamente juzgada sin investigación alguna, sin juicio formal y sin atender las graves acusaciones que sobre el venezolano pesaban; por eso José María del Castillo y Rada lo increpó, diciendo con iguales o parecidas palabras:

—Vais a desatar la furia implacable de este criminal que se hace pasar por general cuando es solo un carnicero... Santa Fe jamás os perdonará un acto semejante... —Pero Camilo Torres le

respondió:

—El general Bolívar es un hombre sin tacha que ha sacrificado su bienestar personal por una causa mucho más noble y de mayor trascendencia histórica que las faltas que le atribuíis.

Y acto seguido sentenció:

—General: vuestra patria no ha perecido, mientras exista vuestra espada: con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su protección, porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre.

Sin saberlo, Camilo Torres pronunciaba su propia sentencia de muerte porque ante el Pacificador Pablo Morillo don Camilo Torres y Tenorio se había convertido en un revolucionario de toda la barba que compartía los crímenes de su protegido.

La presencia y actitud del general José María del Castillo y Rada fue motivo suficiente para que el Libertador aceptase marchar contra la pobre Santa Fe y someterla a una federación que rechazaba, no solo porque era centralista, sino porque era católica e hispanófila y desconfiaba de los próceres tunjanos que, con Camilo Torres a la cabeza, tenían ideas extrañas a la religión. No que Nariño no las tuviera, sino que Santa Fe desconfiaba de los que le hacían competencia a sus ideas desde fuera. Por eso aceptaban en mayor grado a Nariño, santafereño raizal, aunque a regañadientes.

El poder ejecutivo de Tunja estaba regido por un triunvirato compuesto por Castillo, Joaquín Camacho y José Fernández Madrid, y a instancias de este se encomendó al Libertador el sometimiento de la antigua capital del Nuevo Reyno. La división de Urdaneta pasó a órdenes directas de Bolívar, quien fue ascendido a General de División, con el salvamento de voto de Castillo y Rada. Había que utilizar tropas venezolanas para someter a Santa Fe, pues ya los granadinos no se sentían capaces de marchar contra ella.

## **Bolívar saquea a Santa Fe**

Santa Fe estaba horrorizada. Venía Bolívar, el monstruo de Venezuela, el jefe de los hunos a causar horrores semejantes a una ciudad que era centro de la cultura granadina y denominada por Humboldt «Atenas de América», centro también de progreso y civilización de todo el país. Bolívar avanzaba contra ella, se oía por todas las calles. Los bárbaros venezolanos se aproximaban, aquellos que habían asesinado a sangre fría a miles de españoles y criollos realistas en el vecino territorio. Ya podréis imaginar, queridos lectores, la conmoción que se sentía en una ciudad cuyas costumbres eran un trasunto de los hábitos recoletos españoles, una ciudad cuya vida había transcurrido siempre en paz y era tranquila y ordenada como podía serlo una ciudad asentada en las frías y brumosas cimas de los Andes.

Imaginaos: los santafereños oían misa diaria, pues muy temprano se levantaban; hacían sus labores cotidianas, almorzaban entre las doce y la una de la tarde, dormían la siesta, regresaban a sus ocupaciones, tomaban chocolate hacia las cinco, rezaban diariamente el rosario a las ocho de la noche y cenaban a las nueve. Antes de irse a la cama trancaban el portón, que casi siempre

permanecía abierto, pues únicamente el contra-portón, que daba acceso a la vivienda, se cerraba. Santa Fe era muy sana en sus costumbres, generalmente monótonas, y aun la salud de sus gentes era notoria, ya que las pestes eran desconocidas y la muerte sorprendía al santafereño a una edad avanzada, ciertamente mayor al promedio europeo. Esta monotonía solo se alteraba cuando el correo llegaba de España tres veces por año, por las fiestas religiosas, los regocijos populares o por el nombramiento de un nuevo Virrey. Recojo del cronista Juan de Castellanos, del siglo XVI, que a esos tiempos llamaban «edad dorada porque todas las cosas florecían: damas, galanes, trajes, invenciones, saraos, regocijos, banquetes, gratas conversaciones, paz, amistad y vida quieta», porque nos da una visión clara y completa que vivamente contrasta con lo que se vivía en estos tiempos revolucionarios en los que la libertad se concebía en forma distinta al derecho de vivir en paz y prosperar.

Los crímenes cometidos por el Libertador en su Guerra a Muerte se divulgaron de tal manera por la Nueva Granada que su solo nombre infundía un pánico no disimulado por unas gentes acostumbradas al disimulo como parte vital y constitutiva de su esencia. Avanzando por el altiplano cundi-boyacense, Bolívar, pluma en mano, escribe a los santafereños: «¿Qué debía yo hacer sin guarnición en La Guaira y con cerca de 1.000 españoles en las bóvedas y castillos?». Esa pregunta fue hecha por un hombre que había adoptado el utilitarismo *benthamita* como su única ética, como el motor de su moral pública. Era una afirmación presentada como pregunta, en respuesta a las innumerables que sobre este particular le hacían. Continúa: «Contrayéndome ahora al estado actual de Vmds. digo y protesto bajo mi palabra de honor, que ni el gobierno ha declarado la guerra a muerte, ni yo la he hecho, ni la haré nunca en este país pacífico donde los españoles se han portado de un modo muy diferente que en Venezuela». Acto seguido, y sin vergüenza alguna, amenazaba con la Guerra a Muerte, después de haber negado que la haría: «Mi objeto es ahorrar la sangre hermana y para eso deseo que Vds. entren en negociaciones que pongan a cubierto a esos habitantes de los horrores de un sitio y de un asalto que dentro de poco tendré que dar; entonces morirán millones de víctimas inocentes y no quedará vivo un solo godo o regentista».

Poniendo en retrospectiva esta alocución, fue así como por primera vez se usó en Santa Fe la palabra «godo» que, en adelante, y durante la República, se endilgó a los conservadores que en 1848 formaron un partido. Ese fue el primer odio liberal contra el conservatismo, odio que sembrará de muerte durante más de un siglo el territorio de esa desdichada república.

Nótese que Bolívar habla de «millones de víctimas», denotando, con esto, o una crasa ignorancia sobre el número de habitantes que tenía Santa Fe, que no pasaba de 20.000, o haciendo gala, como era su costumbre, de la hipérbole y del estilo campanudo que no dejó nunca de emplear en su correspondencia. Por ejemplo, el 18 de agosto de 1815 escribe al director del *Royal Gazette* diciéndole que el gran «filósofo» y «filántropo», Las Casas vio que esta porción del globo «estaba poblada por sus nativos indios, regada después con la sangre de más de veinte millones de víctimas». Lo que ignoraba era que veinte millones de indios nunca hubo en América, aunque se refería al supuesto holocausto indígena causado por los «cruces» españoles, según los paranoicos estimativos del padre Las Casas. Parece que los números no se le daban muy bien, aunque esas frases nos dan idea de que tal hombre tampoco tenía sentido de las proporciones y

todo lo exageraba, hasta su odio mortal contra España. No solo América nunca tuvo 20 millones de indios, sino que ¡cualquiera puede comprobar cuántos andan por las calles de las ciudades americanas para que se pueda afirmar que fueron exterminados! Es más, se puede afirmar sin recato alguno que donde quiera que había españoles, había también indios, cosa que no se puede afirmar de los ingleses.

La leyenda de que los españoles exterminaron a los indios proviene de aquellos que realmente los exterminaron, motivados por dos razones fundamentales: la primera, fomentar el odio hacia España tres parte de todas las potencias europeas con el propósito de ayudar a desbaratar el imperio católico; la segunda, lavar su imagen genocida ante el mundo, proyectándosela a otro. La tercera, la confusión creada por la falta de análisis riguroso y el manejo alegre de los datos, precisos o imprecisos, proporcionados por algunos estadígrafos y filósofos. Por ejemplo, Montaigne y Montesquieu estimaron que la América tenía 400 millones de habitantes en tiempos del descubrimiento... (!!!) ¿Por gracia de cual documento, registro, archivo o metodología extrajeron estos filósofos tan astronómica cifra? ¿Con qué medios contaban para recorrer todo el Continente y realizar este particular y fabuloso censo? Otra fuente de error que ha inducido a muchos a tejer innumerables fábulas proviene del censo ordenado en el Perú por el virrey Francisco Toledo que en 1575 arrojó un millón y medio de indios, en tanto que en el censo de 1796 ordenado por el virrey Francisco Gil y Lemos redujo la cifra a 608.899 indios. La propaganda de Amberes y Londres indicaba que el genocidio continuó durante los tres siglos de presencia española. La explicación es, sin embargo, más simple de lo que parece: en 1575 el virreinato del Perú abarcaba toda la América meridional española, en tanto que en 1796 de su territorio ya se habían sacado los virreinos del Río de la Plata, Nueva Granada, la presidencia de Chile y la Capitanía General de Venezuela. En 1718 el Perú fue despojado de los terrenos existentes entre el río Tumbes y Quito, que fueron agregados al Nuevo Reyno de Granada y en 1778 el Potosí y otras provincias se agregaron al virreinato del Río de la Plata. Entonces, el primer censo de población indígena del Perú comprendía un territorio más extenso que el segundo censo, aunque pocos han reparado en estos hechos cuya omisión les ha sido propicia para tejer sus fábulas antiespañolas. El padre Cisneros lo corroboró: el censo del virrey Toledo incluía los indios que habitaban las zonas comprendidas desde el río Tumbes a Chiquisaca, mientras que el de Gil y Lemos se limitó a Lima, Cuzco, Arequipa, Trujillo, Guamanga, Huancavelica y Tarma.

Tales malquerientes, que no se detienen a hacer otras consideraciones, yerran doblemente porque tampoco toman en cuenta las transformaciones de sangre o raza que sufrieron las poblaciones primitivas por la mezcla con la española. Por eso, si se toman las cifras censales de mestizos y mulatos, se ve que desde la conquista estas razas fueron en aumento en tanto que la puramente india, como es lógico, comenzó a disminuir. ¿Acaso no ha ocurrido lo mismo en todos aquellos territorios que han sufrido conquista por otros pueblos, cosa conocida desde la antigüedad? ¿Se le podría llamar exterminio a la desaparición de los nativos de Britania cuando se fueron mezclando con los sajones? ¿Y no se puede decir lo mismo de los godos y visigodos? Así que estos embaucadores de todas las horas tampoco tomaron en cuenta en sus cálculos fallidos que muchos indios rebeldes y antagónicos a la nueva civilización prefirieron marcharse a inmensos territorios que quedaron virtualmente por fuera de la colonización española y por fuera

de todo censo; ni en cuenta tomaron que muchos fueron los indios que se aliaron con los españoles en sus guerras contra otros salvajes y que perecieron en las refriegas, como fue el notorio caso de los aliados de Cortés que querían librarse de la esclavitud a la que los tenían sometidos los aztecas; mucho menos han tomado en cuenta que si bien el primer encuentro entre europeos e indios produjo mortandad en ambas partes por la presencia de enfermedades desconocidas en uno y otro lado, el propio mestizaje proporcionó medios de defensa y adaptación en unos y en otros. Menos aún consideraron que nadie puede decir a ciencia cierta cuántos habitantes había en la América antes de la conquista, como tampoco nadie puede negar que desde el inicio la Corona siempre se preocupó por la suerte de los nativos, que ni siquiera se permitía trasladarlos de las tierras frías a las calientes, que se les rodeó de privilegios que los blancos no tenían, que con tal de no esclavizarlos se concedió esclavizar a los negros y que los realmente exterminadores de los indios fueron los propios indios, como los aztecas y los caribes, que junto con los blancos ingleses, franceses y holandeses, sí tuvieron una política de exterminio. Por esto mismo surge la pregunta de que si el exterminio español de indios hubiera sido cierto, ¿por qué estos masacrados indios no se levantaron contra la exterminadora España durante la rebelión americana y, en cambio, cuando decidían pelear lo hacían de parte del Rey? Todas estas fábulas fueron empleadas para estimular el alzamiento independentista.

La visión distorsionada que Bolívar tenía de la realidad lo llevó a escribir a Santa Fe otra febril exageración: «Nuestras tropas son comparables y aun superiores a las mejores de Napoleón». No estaba mal este «farol», o como dicen en mi tierra, este «cañazo», para quien había salido derrotado de Venezuela, con tropas y todo. ¿Se había olvidado de su derrota en Puerto Cabello? ¿Y en La Puerta? ¿Y de su huida de Caracas ante la llegada de Boves? Cuando los santafereños le rechazaron la oferta de negociación, volvió a escribir: «Santafé va a presentar un espectáculo espantoso de desolación y muerte; las casas serán reducidas a cenizas, si por ellas se nos ofende. Llevaré dos mil teas encendidas para reducir a pavesas una ciudad que quiere ser el sepulcro de sus libertadores».

El incendiario no se paraba en mientes para amenazar con destruir hasta los cimientos de una ciudad débilmente defendida y llevar hasta el corazón mismo de la Nueva Granada los métodos de exterminio que había empleado en Venezuela. Quien así hablaba no vacilaría en decir otra mentira: «Nuestras tropas son invencibles y jamás han atacado, que no hayan conseguido la victoria: son las mismas que han vencido en mil combates, y si hubieran estado en Caracas, Caracas sería libre». Esa versión no pudo ser más mentirosa e inverosímil, pues todos sabían que habían sido vencidas en otros mil combates y que también habían estado en Caracas, de donde él las había sacado, dejando así a la ciudad inerme; que él mismo había sido el responsable de que Caracas cayera presa de Boves y de la miseria a que se vio sometido el pueblo conducido por su mano a una innecesaria y desventurada emigración por campos, montañas y pantanos en los que pereció de hambre y agotamiento la mayor parte de su población. Por eso el oidor Jurado le contestó: «Amigo, vamos claros; si usted quiere la amistad de los hombres de bien, y de los pueblos libres, es necesario que mude de rumbo, y emplee en sus intimaciones un lenguaje digno de usted y de nosotros». Fue la respuesta de un noble a un bárbaro.

Aterradas y ofendidas por lo que escribía, las autoridades eclesiásticas, con los doctores Pey

y Luquesne a la cabeza, procedieron a excomulgar a Simón Bolívar y a todos sus secuaces el 3 de diciembre de 1814. El edicto de excomunión se puso en las puertas de los templos, los curas tronaron desde los púlpitos y alentaron a las gentes a resistir el saqueo de las iglesias, pues corría fama de haberlo hecho en Puerto Cabello, en Caracas y en otras poblaciones. Decían que cuando Bolívar entrara a la ciudad haría violar a las vírgenes, degollar a los hombres y a los niños, destruir la religión y perseguir a los sacerdotes.

Santa Fe se alistaba a resistir el asedio de este otro Azote de Dios que asomaba a sus puertas. Se repartieron puñales a las mujeres y cuanto arma estuvo dispuesta a los hombres y a los niños, ya que no había suficiente armamento para defenderse. La consigna era resistir a toda costa y defender la ciudad y el honor de sus habitantes del vándalo que la acechaba. Bolívar producía otra carta: «El cielo me ha destinado a ser el libertador de los pueblos oprimidos», decía, lo cual no dejaba de ser curioso para unos habitantes que no querían ser libertados por él. No obstante, ofrecía la inmunidad de la vida, salvaguardar el honor y respetar la propiedad. Aseguraba otorgar «una completa garantía de orden y propiedades a todos los ciudadanos de Cundinamarca sin distinción de origen».

Pero la ciudad no capitulaba ante la amenaza ni ante las garantías ofrecidas que sabía vanas y engañosas. Lo conocían muy bien, porque en esta instancia reafirmaba la doblez de su condición: él que era centralista, peleaba ahora contra los centralistas por la causa de los federalistas que lo habían empleado. Lo reputaban un vulgar mercenario. Sus tropas llegaron el 5 de diciembre de 1814 a Zapaquirá y el 6 a Chía, en las goteras de la ciudad. El 7 y el 8 se adelantaron con la caballería sostenida por una columna de infantería. El 8 llegaron a Techo, a 7 kilómetros de Santa Fe. A su paso, Bolívar embargó los bienes de un grupo de españoles. El 10 atacaron los arrabales y ocuparon el barrio de Santa Bárbara, situado en el Sur. El batallón de El Socorro tomó el arrabal del barrio Egipto, al oriente, mientras el centro de su ejército presionaba para la toma inmediata del centro de la ciudad, que había quedado sellada por un cinturón de hierro. El 11 sus tropas regulares avanzaron calle a calle mientras los habitantes se defendían desde los balcones y las azoteas de sus casas. Les tiraron ollas, materas y piedras cuando se acabaron las balas. En la tarde de ese día los defensores quedaron reducidos a la Plaza Mayor, mientras la soldadesca penetraba en las viviendas, arrancaba las joyas de los dedos, los collares de las gargantas, la platería de los salones y comedores y el honor a las damas. Se oyeron gritos de ¡socorro! por toda la ciudad.

Los combates habían llevado a la capital del Reyno a una situación desesperada, ya sedienta y con hambre. Manuel Bernardo Álvarez, su Presidente, capituló el 12 de diciembre de 1814 y las tropas entraron a saco formal, por orden de Bolívar. El observatorio astronómico fue destrozado con todos sus instrumentos dentro. Los libros fueron despedazados. Los documentos con las observaciones científicas, reducidos a cenizas. Durante cuarenta y ocho horas la ciudad fue dada al más espantoso saqueo y destrozo por 2.000 desenfrenados hombres, en su mayoría venezolanos, aunque no faltaron los granadinos que, ante la promesa de un jugoso botín, se enlistaron en el vandálico ejército. Hasta la biblioteca de Camilo Torres fue robada, según él se quejó.

Nos dice don Joaquín de Mosquera y Figueroa que las mujeres corrían por las calles gritando, presas del pánico. Que los hombres, amarrados, los hacían presenciar la violación de esposas e

hijas. Los que se enfrentaban eran pasados a cuchillo. Eran tropas que venían urgidas de calmar necesidades biológicas y primarias tras las largas campañas de Venezuela. En consecuencia, solo se salvaron las mujeres que salieron a las plazas y fueron rodeadas de los habitantes que hicieron un cordón en torno a ellas. Esa masa de gente permaneció a la intemperie durante dos días con sus noches mientras sus propiedades eran saqueadas y se utilizaba todo medio de transporte para acarrear lo que Bolívar había jurado respetar.

Habiéndose enterado don Simón Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios del edicto de excomunión que pendía de las puertas de iglesias y la Catedral, se presentó en la casa arzobispal, hizo llamar a Pey y a Luquesne y les espetó improperios. La ruina de Caracas era traída a Santa Fe, que jamás había visto un horror semejante. «Los excesos y crueldades cometidos, sobre todo contra las mujeres, fueron horriblos y las tropas de Bolívar se cargaron de oro, plata y joyas de toda especie», es descripción que debemos a un contemporáneo suyo, José Manuel Restrepo, de lo que sucedió en esta ciudad. Es así como este mismo cronista cuenta que cuando Bolívar fue reprochado por Álvarez por dicha conducta, le gritó encolerizado que «estaba autorizado por las leyes de la guerra para obrar como lo había hecho, por haberse resistido a sus tropas los habitantes de la ciudad y merecer castigo por ello». Esas no eran palabras de un Libertador, ni siquiera de un dictador, sino de un vándalo que demostraron a las claras que fue el propio Bolívar quien ordenó las atrocidades cometidas en la capital como legítimo premio por la victoria. No obstante, el 13 de diciembre Pey y Luquesne publicaban un nuevo edicto en el que le levantaban la excomunión, lo profesaban buen católico y lo señalaban como Libertador y Padre de la Patria. ¡Tal vez habían entendido que quien se llamara como se llamaba Bolívar había tenido que ser escogido por la Santísima y Beatísima Trinidad para ministerios tan grandes!

Después de la derrota, el gobierno de Camilo Torres se dispuso a entrar en Santa Fe, lo cual fue benéfico en extremo, pues de no haber sido así, Bolívar habría exterminado a los españoles vinculados con las familias criollas o residentes en la capital. Su edecán O'Leary relata que quiso tomar «las más rigurosas medidas... a fin de aterrar a los realistas» que todavía formaban un poderoso partido, desdiciendo lo que había prometido cuando Urdaneta asesinó a los cinco españoles a su entrada en la Nueva Granada. José Fernández Madrid, uno de los triunviros del ejecutivo, le mandó decir con O'Leary que «las medidas de conciliación eran preferibles a las de rigor», e impidió la ejecución de los españoles, entre ellos la del desgraciado Llorente, el florero del 20 de julio. Es posible que este acto de misericordia le haya, eventualmente, salvado la vida en el juicio que se le hizo a la llegada de Pablo Morillo. Bolívar, sin embargo, le contestó altivo, como acostumbraba hacer cada vez que salía victorioso: «Dígale usted que será obedecido; pero que un día u otro, tendrá que arrepentirse» y a Manuel Bernardo Álvarez le dijo: «A usted lo han de fusilar los godos». Pero ¿no había sido él el primero en arrepentirse de haber garantizado en Tunja no hacer la Guerra a Muerte y respetar vidas y haciendas antes de la conquista de Santa Fe? ¿Era así de rápido como cambiaba de parecer?

Luego insistió en sus extravagantes falsedades al dirigirse al Congreso: «La tiranía y la Inquisición habían degradado a la clase de los brutos a los americanos y a los hijos de los conquistadores... Ceder a la fuerza fue siempre nuestro solo deber... Especular sobre las ciencias, calcular sobre lo útil y practicar la virtud, eran atentados de lesa tiranía... La mancuella,

la expatriación y la muerte, seguían con frecuencia a los talentos». ¿No resulta curioso oír hablar así a quien siempre empleó la fuerza para reducir a quien no estuviera de acuerdo con su idea de libertad, a quien siempre practicó la dictadura, y a quien la muerte siempre seguía por donde iba? ¿Era este el mismo personaje que había dicho que «Terribles días estamos atravesando: la sangre corre a torrentes: han desaparecido los tres siglos de cultura, de ilustración y de industria: por todas partes aparecen ruinas de la naturaleza o de la guerra. Parece que todos los males se han desencadenado sobre nuestros desgraciados pueblos?». Por si fuese poco, acto seguido juró al Congreso entregar su vida por la causa y pasar rompiendo con una mano bienhechora los hierros que oprimían a las masas que no se dejaban libertar. Dijo: «Yo lo juro por el honor que adorna a los libertadores de la Nueva Granada y Venezuela; y ofrezco a V. E. mi vida, como último tributo de gratitud, o hacer tremolar las banderas granadinas hasta los más remotos confines de la tiranía».

Era así como hablaba el tirano que quería asesinar a los indefensos realistas de la capital; el mismo tirano que, faltando a su honor, había hecho fusilar a los prisioneros de Caracas, Valencia y La Guaira; el mismo que había robado los tesoros de las iglesias, usufructuado las riquezas de su hermano y negado a su viuda e hijos aquella mal habida fortuna, sumiéndolos en la miseria... ¿Podríamos a estas alturas creer que ese hombre estaba seriamente dispuesto a ofrendar su vida, cuando había sido el primero en huir de Caracas cuando Boves se aproximaba? ¿No fueron otros, más bien, los que sí estuvieron dispuestos a ofrendarla, como Ribas, quien pereció defendiendo hasta el último minuto lo que creía? De ese romántico juramento no hay que creer sino en la decisión de seguir insistiendo en libertar lo que no estaba esclavizado, aun en contra de la voluntad de la gente, pero de ningún modo el de exponerse a riesgo personal. Ya habrá oportunidad de narrar en qué quedó este ofrecimiento, del que también se olvidó rápidamente al salir huyendo cuando Pablo Morillo, enviado por España, se acercaba a Cartagena. Ese fue un drama con actores que llegaban a creer, a pie juntillas, en las representaciones teatrales que otros hacían. Y que querían ganar indulgencias con camándula ajena. Por lo pronto, Bolívar se disponía a ir a Cartagena y posteriormente continuar la guerra en Venezuela...

SEGUNDA PARTE.  
LA RECONQUISTA ESPAÑOLA

## 22. ESPAÑA REGRESA

*[Morillo] parecía forjado en el mismo molde de los Corteses y los Pizarros.*

DANIEL FLORENCIO O'LEARY

### **América se aferra a España**

El año del Señor 1814 había cerrado con un saldo aterrador: dependencia, devastación y ruina. Con su muerte en 1830 Bolívar cerró el ciclo con ruina, devastación e independencia. Por ella se había sacrificado «todo lo demás», como bien lo había dicho. Los que lo siguieron empezaron un ciclo de pobreza, atraso y dependencia que duraría hasta nuestros días.

Por ahora, España se alistaba a reconquistar la América, una América sumida en el caos, pletórica de desplazados y famélica de exiliados; una América que no deseaba independencia, que se aferraba a España para que la libertara una vez más, esta vez de los «ilustrados», como antes de los «salvajes».

Si no lo creéis, preguntadlo a los que con ojos ávidos oteaban el horizonte, parados en los muelles, a ver si asomaban las velas de la salvación en los mástiles de la libertad y del orden. Preguntad a los que afanosamente buscaban, escarbando la tierra, los viejos códigos del progreso enterrados en el cataclismo demencial de la guerra fratricida y en los oscuros abismos de la amnesia matricida. *Sí, América había perdido la inocencia.*

Esto escribió don Joaquín y lo rescaté yo de las páginas amarillas del olvido, extraídas del viejo baúl de los recuerdos.

### **Zarpa el ejército expedicionario**

El 18 de febrero de 1815, Pablo Morillo, excepcional comandante militar, vencedor de los ejércitos napoleónicos en España, entrenado en las fatigas de la gloriosa batalla de Bailén y herido en la de Vitoria, se dio a la vela en Cádiz con un formidable ejército expedicionario y una escuadra naval que inicialmente amagó dirigirse a sofocar los levantamientos del Río de la Plata. Morillo era un militar completo; ordenado, disciplinado, parco, indomable, y como de él dijo O'Leary, el edecán de Bolívar, «parecía forjado en el mismo molde de los Corteses y los Pizarros». No obstante, algo había cambiado en España y sus hombres: ya no avanzaban con esa mística de antaño, con ese arrojo movido por la Fe; jamás se había vuelto a escuchar «Santiago... y cierra España», palabras que fueron por última vez pronunciadas en la batalla de Panzacola en 1781; tampoco se había vuelto a suspender batalla alguna para dar paso a la hora de la plegaria. El ángelus brillaba por su ausencia; el grito de «Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat» había sido también escuchado por última vez en la toma de Panzacola y ya nunca más se volvería

a escuchar el nombre de María de labios españoles en los próximos siglos de su decadencia, ni volvería el Rosario a rezarse en los mares cual ola que rompía en los arrecifes de la Historia.

El futuro se percibía como quien en el trineo oye el aullido de los lobos en las estepas solitarias de la incertidumbre; como quien avanza hacia unas tierras ajenas, desconocidas, transformadas, donde la brújula gira sobre sí misma en el norte magnético del desconcierto. Por primera vez en tres siglos la marinería se adentraba en un mar que parecía engullir las naves y los hombres en las tinieblas de sus abismos... Por eso muchos fueron al puerto de Cádiz a batir pañuelos negros y a llorar por anticipado el luto de las familias de los años venideros, en tanto otros abrían los balcones para agitar pañuelos blancos de despedida a unos seres anónimos que habrán de sembrar sus huesos donde los conquistadores habían clavado la espada y doblado la rodilla. La gente se apiñaba en las almenas de la gruesa muralla gaditana y, exultantes, ofrecían un postrer saludo a quienes partían para, quizás, jamás volver. «Adiós, adiós», volaban las campanas, bendecían los curas, asperjaban las quillas, se soltaban los cabos, la escuadra ganaba el barlovento, saludaba la artillería, los rizos se tomaban a las gavias, las velas se hinchaban, el aire disipaba las voces de mando, «adiós, adiós», las jarcias mecían a los hombres, se ganaban las vergas y los mástiles, «adiós, adiós», se mecían los cabellos y el General, embozado en su guerrera, miraba distante, en el azul de las aguas, el rumbo de su destino... América y la guerra estaban del otro lado.

La grave situación vivida en Venezuela ameritó el cambio de planes de una escuadra que, se pensaba, iría hacia el Cono Sur del Continente. Morillo iba con una escuadra de 18 buques de guerra, 42 naves de transporte y muchos otros buques de menor calado, tremendo logro por la desolación que experimentaba la hacienda española tras seis largos años de guerra y desabastecimiento. El navío *San Pedro de Alcántara*, de 64 cañones, mandaba la escuadra. Lo acompañaban dos fragatas de 34 cañones, una corbeta de 22, un bergantín de 13 y trece cañoneras. Venían los regimientos de infantería de León, Vitoria, Extremadura, Cazadores de Castilla, Barbastro, y Valencey; los regimientos de caballería de Húsares de Fernando VII y Dragones de la Unión que, sin caballos, esperaban encontrarlos en América; un escuadrón de artillería de 18 piezas con sus maestranzas, dos compañías de artillería de plaza; tres compañías de zapadores y un parque de sitio. Las tropas de desembarco constaban de 10.642 hombres, y 2.500 marineros, todos veteranos curtidos por la guerra y victoriosos sobre el mejor ejército del mundo: el de Napoleón. Acompañaba a Morillo como jefe de la escuadra otro veterano militar, el mariscal de campo don Pascual de Enrile, nacido en La Habana e hijo del marqués de Casa Enrile, que había servido en el sitio de Tolón y se había destacado en la guerra contra los franceses. Su sola presencia desmentía, una vez más, a quienes decían que España no daba altos cargos civiles ni militares a los criollos. América no recordaba haber visto nada semejante.

Lo admirable era que España hubiera podido poner en marcha tal poder militar después de haber luchado una guerra tan sangrienta y devastadora contra los franceses, y a pesar del descuido culposo con el que los ministros habían mantenido el Ejército y la Armada. Digo culposo, porque los ministros de don Fernando no eran ajenos a los movimientos masónicos que conspiraban contra la Corona y sus generales, razones conectadas con un absolutismo que estaba en crisis. El Rey mismo juzgó prudente ocultar los planes militares porque en aquellos tiempos de lealtades

vacilantes había temor de que los soldados no tuvieran mucho entusiasmo por ir a una guerra en América; hasta iniciar el viaje se mantuvo el secreto de que no irían a Buenos Aires, sino a enfrentarse a los sanguinarios jefes venezolanos; tal había sido lo dispuesto en los pliegos reservados que solo fueron abiertos por don Pablo Morillo a los ocho días de haber zarpado, según las instrucciones entregadas.

Otra cosa, sin embargo, se esperaba en Venezuela, país donde desde un principio se presintió que la fuerza expedicionaria iba a arreglar cuentas con los revoltosos. No tragarón entero; tenían la certeza esperanzadora de que el destino de la expedición era Venezuela, pues era allí donde se habían cometido las mayores depredaciones y asesinatos.

Entonces, cuando la noticia de que una poderosa escuadra se alistaba a zarpar del puerto de Cádiz llegara como un soplo de esperanza al otro lado del Atlántico, todos los rostros se iluminaron presintiendo el rescate de su tragedia; por eso muchos exclamaron: «¡Al fin se acordaron de nosotros!»; otros dijeron: «¡Ya vienen la autoridad y el orden!»; y otros más: «Esto se va a componer». Los más osados, gritaron: «¡Abajo la revolución! ¡Arriba España!». Los rostros de aquellas desesperanzadas gentes parecieron volver a cobrar vida. Salían todas las mañanas al puerto de Maracaibo, de La Guaira, de Cumaná o Carúpano a otear el horizonte para ser las primeras en divisar las velas del alivio y salir a contarlo por doquier. Este ejercicio se convirtió en una forma litúrgica de conservar la esperanza y preservar la vida.

Morillo salía de Cádiz cargado de experiencias militares y de victorias, aunque en el curso de su periplo por los campos de batalla jamás se le acusó de haber cometido, o consentido, crímenes de sangre. La conducta por él observada en la guerra lo distanciaba de Bolívar, como lo distanciaba también el hecho de que Morillo, a quien en América llamarían el Pacificador, era hijo del pueblo y Bolívar un aristócrata, y por ello mismo, con muchas mayores responsabilidades morales e históricas por los crímenes cometidos por él y por sus seguidores. Estas dos disímiles personalidades eran las que se iban a encontrar en el teatro de la guerra.

## **La pacificación de Venezuela**

Era la primera vez en tres siglos que España había tenido que emplear un ejército de ese tamaño y envergadura en América para luchar contra sus propios hijos. Este general Morillo no era ningún pusilánime, pues muy cerca ya de las costas venezolanas se le entrometieron dos fragatas de guerra inglesas que lo siguieron de cerca, y Morillo, plenamente consciente de no tolerar interferencias, amenazó a su comandante de echarlas a pique si no se alejaban de su vista. Ordenó izar sobre la popa de las embarcaciones las banderas de guerra e hizo señales para que su escuadra se pusiera en posición de batalla. Los ingleses siguieron aproximándose, pero cuando vieron que las poternas se abrían y asomaban las bocas de los cañones, el comandante inglés ordenó la retirada. «Se me escaparon por un pelo», pensó Morillo, acordándose de los 136 españoles caídos en el gélido Pirineo por el castigo de Wellington. Le valía un bledo la alianza hispano-inglesa que ahora no estaba sino en el papel, pues el General era muy consciente de las intenciones de Inglaterra en Hispanoamérica.

El 7 de abril de 1815 la poderosa flota largó anclas y se puso al paro frente a Pampátar, isla Margarita, donde estaban atrincherados el feroz Arismendi y el sanguinario Bermúdez quienes, pretendiendo engañar a Morillo, enarbolaron el pabellón español; la idea era hacerlo caer en la trampa de un desembarco desprevenido, pero el General era perro que ladraba echado y, abriendo las troneras de sus navíos, amenazó bombardeo. Intimidados a rendirse, los jefes insurrectos negociaron su rendición a cambio de un perdón generalizado y Morillo, quien tenía instrucciones reales que lo facultaban para concederlo, accedió y ocupó la ciudad el 9 de abril y el resto de la isla el 10.

Hecho el desembarco, Bermúdez se escapó a Chacachacare, al otro lado de la isla, llevándose 500 hombres y 300 fusiles. Juan Bautista Arismendi se quedó en Pampátar, acogiéndose a la amnistía. En general, el ánimo conciliatorio que traía don Pablo Morillo con los insurrectos no habría podido ser más generoso, pues había dispuesto el Rey en las instrucciones dadas que propiciase una amnistía general, aunque no ilimitada en el tiempo, como tenía que ser; disponía también de que, pasado ese tiempo prudencial, pusiese precio a las cabezas de los insurgentes. También que se declarasen libres los negros que habían luchado al lado del enemigo y que se indemnizase a sus dueños. Tampoco se olvidó de ordenar sacar de Venezuela a los españoles que hubiesen hecho allí la guerra y cometido horrores en nombre del Rey y de la Patria. Debo agregar que estas disposiciones han sido generalmente omitidas por casi todos los historiadores interesados en pintar al Pacificador como un monstruo de crueldad y venganza, incluido el puntilloso historiador Lecuna.

El encuentro entre Morillo y Arismendi fue un momento estelar en las luchas de secesión, porque señaló, como ninguno, la flaqueza del espíritu humano, la doblez del carácter y la falta de entereza; inclusive, revelaría algo muy característico de la cultura indígena, que es nunca dar la cara para responder por las acciones propias. Siglos de convivencia fueron penetrando el alma de las Indias de este rasgo cultural que Pablo Morillo no pudo catar a plenitud, por ser un recién llegado a un continente tan complejo y lleno de sutilezas desconocidas en la Península. He aquí que cuando los dos hombres estuvieron frente a frente, Juan Bautista Arismendi se inclinó sobre el suelo y, arrodillándose, profirió voces y lágrimas de arrepentimiento. Don Joaquín narra lo que supo por boca de Morillo:

—Estoy arrepentido, General —Arismendi le dijo— porque no solo esto se nos fue de las manos, sino que nuestra intención era no caer en manos de los franceses. Nada sabíamos acerca de que España podía librarse de Napoleón. Os pido perdón, aunque otros son más responsables que yo, como el bellaco de Bolívar, que nos abandonó a nuestra suerte. —Como Pablo Morillo lo mirara con desprecio, Arismendi continuó—: ¡Clemencia, General!; pido clemencia en nombre de este pueblo tan sufrido y que hoy ve en vos al guerrero victorioso y justiciero que no ha de traer más ruina a este país, sino paz y progreso ¡Salvadme de un merecido castigo, por amor al Rey!

Morillo, conmovido, le contestó:

—Levantaos, que el corazón del Rey es más generoso que el de sus enemigos y me ha dado poderes para perdonaros.

Aquí es conveniente complementar a don Joaquín con lo sucedido en esta peculiar escena; cuenta el capitán Rafael Sevilla, sobrino del mariscal Enrile y singular testigo de tales

acontecimientos, que inmediatamente el general Morales, que también estaba presente, saltó de la ira y señalando al perdonado, espetó:

—Mi General, no haga Vd. semejante cosa. Este hombre que tiene Vd. a sus plantas no está arrepentido; le está engañando a Vd. miserablemente. Este hombre que ve Vd. arrastrándose como un reptil, no es hombre; es tigre, salido de las selvas o del infierno. Esas lágrimas que vierte, son de cocodrilo. Sus protestas son ardidés y sus promesas mentira. Con esa misma lengua con que ahora pide perdón, ha mandado el miserable quemar vivos a 500 pacíficos españoles, vecinos que eran de Caracas y La Guaira. Los que consiguieron escapar de la hoguera fueron asesinados a lanzazos... Aquella víctimas, padres de familia los más, no tenían otro delito que haber nacido en la Península; no habían tomado parte alguna en la guerra, y fueron sacados a la fuerza de sus tiendas, arrebatados detrás de sus mostradores, robados por este infame, y luego muertos de la manera salvaje que he dicho. En nombre de sus manes, mi General, yo pido que se haga justicia; que se castigue ejemplarmente como marcan las leyes, no al insurgente, sino al reo de delitos comunes que han estremecido de horror a los mismos insurrectos decentes.

Ante lo cual Morillo, engañado por este bandido, respondió sin titubear:

—No importa. Con todo eso, le perdono; así quedará más obligado, y comprenderá cuán sincero y grande tiene que ser su arrepentimiento, para que iguale a mi generosidad. Arismendi, levántese, consuélase, y sea leal en adelante con esa nación hidalga, a quien debe una segunda vida.

Era una respuesta sincera, salida del corazón noble y generoso de este general que ha sido tan calumniado y vilipendiado como un monstruo de infamia por todos aquellos interesados en seguir construyendo una Leyenda Negra sobre el régimen español y exacerbar los nacionalismos en América. Estas palabras no podían salir de la boca de un monstruo de crueldad, sino de un hombre que iba a cumplir su palabra de amnistiar a todos aquellos que mostrasen arrepentimiento y entregasen las armas. No podía ser de otra manera, porque a este hombre el Rey había conferido poder sobre la vida y la muerte de todos los insurrectos. Mucho más fácil le habría sido tomar la decisión de extirpar el tumor que intentar disolverlo con estas dosis de benevolencia, sobre todo cuando se trataba de la seguridad del Estado y porque las leyes, entonces vigentes, amparaban tan radicales decisiones.

Cuando Juan Bautista Arismendi salió del aposento dando una mirada de odio a Pablo Morillo, el general Morales recriminó a su superior y con palabras proféticas le dijo, según lo cuenta el capitán Sevilla:

—Mi General, desde ahora le predigo que fracasará en su expedición. Al decretar Vd. el indulto de Arismendi y demás cabecillas que alberga esta isla, ha decretado Vd. la muerte de millares de peninsulares y de venezolanos leales que por ellos han de ser asesinados. En la Margarita estaba concentrado todo el veneno que quedaba a la insurrección. Todo el resto del país está casi pacificado; y si se hubiera entrado a sangre y fuego en este nido de piratas, arrasando esta isla maldita, refugio de todas las hienas rebeldes, no se propagaría de nuevo la insurrección. Bermúdez se ha fugado con trescientos hombres. Arismendi no tardará seis meses en reorganizar sus fuerzas, y esta misma isla, que hoy podría haberse sometido realmente en dos días, costará luego a España arroyos de sangre dominarla de verdad... Mi General, se pierden estos dominios

para España y Vd. pierde su fama de sabio político y valiente militar, si sigue Vd. el sistema que acaba de inaugurar en la Margarita.

Morillo, enfadado, contestó:

—Señor Brigadier, no le he pedido a Vd. consejos.

Sevilla, testigo presencial, lo consignó para la Historia; y la Historia lo ratificó.

Los insurrectos de isla Margarita fueron todos amnistiados, excepto un español, a quien mandó cargado de grillos a España para que se le siguiera causa por cruel y sanguinario con sus propios compatriotas. Luego partió para Cumaná. Allí Morillo reemplazó todas las banderas diseñadas por los realistas con las oficiales del Estado español e hizo fusilar a quien hubiese mandado asesinar, o asesinado, a un prisionero rendido en batalla. En Cumaná organizó una fuerza expedicionaria que marchó al Perú y se dedicó a reconstituir las autoridades civiles. Envío también un contingente de hombres a Caracas e hizo preparativos para entrar en ella.

El capitán Sevilla nos cuenta que en Caracas fue recibido el ejército expedicionario bajo arcos triunfales por una alegre muchedumbre que los vitoreaba a cada paso. La tropa marchaba al compás de músicas marciales, engalanada con sus mejores uniformes. Los tambores iban adelante, seguidos por los trompetas. Era el anuncio de que se restauraba el orden. Dice Sevilla: «Sus calles, azoteas y balcones estaban atestados de gente que nos vitoreaba y aclamaba, con vivas a España, al Rey y al Ejército. Gallardas jóvenes, lujosamente vestidas, nos daban hurras, saludándonos con sus pañuelos, como si fuésemos Mesías. Aquella recepción nos colmó de entusiasmo».

Morillo entró el 11 de mayo de 1815 a Caracas y en un bando anunció la hermandad que desde siempre había estrechado los lazos del pueblo español peninsular y el pueblo español de ultramar: «Venezolanos, somos vuestros hermanos. El Rey es nuestro común padre... No venimos a derramar vuestra sangre: no estamos sedientos de ella: no nos hace obrar facción alguna... Mis facultades alcanzan a perdonar, recompensar y castigar: obligadme a que solo use de aquellas dos facultades y llenaré los deseos del Rey». Luego envió un bando a la Nueva Granada que decía: «En breve estaré en medio de vosotros con un ejército que ha sido siempre el terror de los enemigos del Soberano; entonces gozaréis de la tranquilidad que ya disfrutaban estas provincias... desaparezcan estos miserables de la vista de unas tropas que no vienen a verter la sangre de mis hermanos, ni aun la de los malvados, si se puede evitar». Había, pues, tanta distancia de Saulo a Pablo, como de Pablo a Herodes. Aquí no hubo proclama de Guerra a Muerte por parte de las autoridades españolas. Tampoco intención de ejecuciones sumarias ni represalias. Morillo tenía en mente las instrucciones que el Rey había dispuesto para él por conducto del Ministro Universal de Indias, el mejicano Miguel de Lardizábal, a quien don Fernando había elevado de vocal de la Regencia a Ministro, en consonancia con la política de también poner en altos cargos a los criollos. Sus instrucciones claramente decían: «En cuanto a la actitud para con los insurrectos, habrá amnistía general, pero dentro de ciertos límites de tiempo; pasado este límite se pondrá precio a las cabezas de aquellos que más influencias tengan».

El reloj de la Historia detenía, por un momento, su tictac.

## 23. BOLÍVAR SITIA CARTAGENA

*Quien tiene la misión de decir cosas grandes, tiene la obligación de practicarlas.*

SAN GREGORIO MAGNO

### **Atila cabalga**

Cuatro meses antes de la llegada de Morillo a Caracas, el 23 de enero de 1815, Bolívar había salido de Santa Fe hacia Cartagena con 2.000 hombres de los cuales solo 500 iban armados, pues las armas las habían dejado para dotación del ejército de la capital. No obstante, el Libertador llevaba instrucciones escritas para que Cartagena le entregase armas, municiones y artillería; llevaba también un millón de pesos, suficiente dinero para cuatro meses y el propósito de reducir a la realista Santa Marta, levantada en armas a favor del Rey, y continuar la expedición hacia Venezuela. Es decir, de ninguna manera tenía encargo para exigir que Cartagena le entregase ejército alguno, pues, según el pacto federal habido entre esta y el Congreso de Tunja, se excluía la posibilidad de que las fuerzas militares de aquella plaza estuviesen bajo el mando de la Unión. Ya se verá cómo Bolívar hizo caso omiso de ese pacto y pretendió apoderarse del mando de la ciudad a viva fuerza.

En Cartagena se llevó una sorpresa. El vicepresidente García Toledo había sido elegido gobernante de esa provincia, pero José Gabriel Piñeres, ayudado por una facción del propio Colegio Electoral, desconoció su mandato. El arreglo fue nombrarles cónsules de Cartagena a ambos, muy al estilo romano, aunque ni así llegaron a entenderse. Los dos renunciaron, pero a ninguno se le aceptó. La situación era de tal grado de anarquía que Castillo marchó sobre la ciudad con 1.200 hombres que tenía en el río Magdalena y que combatían contra Santa Marta. Manuel del Castillo y Rada era neogranadino y había nacido en Cartagena de Indias; su padre fue don Nicolás del Castillo, natural de Alicante, y su madre doña Manuela Rada de linaje aristocrático. Nuevamente, guerra de hijos contra padres.

El 5 de enero D'Elhúyar se sublevó dentro de la ciudad y apresó a los dos cónsules. Su intención era preparar el camino a Bolívar para la toma del poder; era un golpe de Estado en toda regla. Luego convocó al Colegio Electoral y lo obligó a nombrar al venezolano Pedro Gual gobernador de la Plaza. Castillo se manifestó en contra de este acto y solo reconoció a García Toledo como gobernante; en el entretanto, sitió la ciudad amurallada. El 8 de enero Gual capituló y entregó el gobierno al Colegio Electoral que, a su vez, puso en el poder a Juan de Dios Amador. A los Piñeres les impusieron pena de destierro por seis años.

Para complicar más las cosas, Bolívar había persuadido al Congreso de la Unión de llamar a Manuel Castillo a Santa Fe con el propósito de quitárselo de encima una vez llegara a Cartagena. El nuevo gobernador Amador se opuso a la medida y ordenó que Castillo, ya ascendido a General de Brigada por el mismo Congreso, permaneciera en la ciudad. Camino de Honda, Bolívar se

enteró de que Castillo no le entregaría las armas requeridas y de que su comandante, Francisco Alcántara, quien conducía a 40 españoles al destierro por orden de Bolívar, había fusilado a 16 de ellos en Honda por haber caído exhaustos en el camino. Estos pacíficos ciudadanos marchaban desde Santa Fe a pie a cumplir la pena de extrañamiento del país donde habían trabajado y hecho sus fortunas. Fue la transacción a la que se llegó, después de que el Libertador quisiese fusilarlos en Santa Fe y a lo cual se habían opuesto las autoridades del Congreso. Recordemos aquello que dijo a las puertas de Santa Fe «que ni el gobierno ha declarado la guerra a muerte, ni yo la he hecho, ni la haré nunca en este país pacífico donde los españoles se han portado de un modo muy diferente que en Venezuela». Pues este mismo era el hombre que tales excesos consentía, porque su instinto y odio lo conducía a asesinar con la mayor sangre fría y sin experimentar el más mínimo remordimiento. Ese atroz asesinato aumentó su impopularidad en la Nueva Granada, porque el ejército libertador continuaba despachando al otro mundo a quienes no se sentían muy libres en este, dominado por los criollos. Bolívar, no obstante declarar que había mandado procesar a Alcántara, justificó tales vilezas recordando los crímenes cometidos por los españoles contra los americanos. Pero los referidos crímenes eran de otros españoles, y no estos, con lo cual las gentes se horrorizaron todavía más. El Gobierno y el pueblo granadino se estremecieron de indignación, los periódicos trinaron y hasta la *Gaceta de Antioquia* denunció tales hechos.

«Estas ejecuciones causaron mucho escándalo en la Nueva Granada, cuyos pueblos odiaban tales escenas de sangre», escribió el historiador Restrepo, y añadió que el Gobernador de Mariquita, León Armero, mandó fusilar al padre capuchino Corella, junto con otros siete españoles, cuyos cadáveres recibieron decorosa sepultura en la iglesia del Carmen tres años más tarde, el 27 de enero de 1818, instaurado ya el gobierno realista. La ceremonia de exhumación y enterramiento estuvo presidida por el cura Joaquín Pichot, sobreviviente de aquella matanza. El gobernador Armero estaba ya aprendiendo las artes del asesinato traídas a la Nueva Granada por Bolívar y sus paisanos venezolanos. Fue el primer registro que tuvimos de genocida barbarie por imitación. La huella de Bolívar estaba calando hondo en el alma granadina.

El 9 de febrero Bolívar llegó a Mompox, después de hacer huir de Ocaña una fuerza realista, que entonces partió hacia Chiriguana; en Mompox se encontró con el gobernador Piñeres, su antiguo amigo, ya desterrado de Cartagena. Le vino como anillo al dedo, pues Piñeres se encargó de que al Libertador no le faltaran fiestas, ni bailes, ni hembras, todo aquello a lo que él era aficionado, pues en las batallas del catre no fue derrotado por general alguno.

La noticia de la cercanía de Bolívar aterró a los cartageneros, que veían en él a quien quería arrebatárles la independencia federal y someterlos a un régimen centralista y tiránico, justamente el que entonces había combatido y derrocado en Santa Fe. Era un mar de contradicciones. Como quiera que ya era Capitán General de los ejércitos de la Unión, pensó demostrar a sus enemigos quién era el que mandaba. Y como de mandar se trataba, mandó fusilar a un alabardero español y a un oficial de caballería, y puesto que el Gobierno de Santa Fe volviera a quejarse por tan salvaje acción, Bolívar contestó en nota del 15 de febrero:

En una palabra, señor, es un sacrificio de la raza americana, el perdón de un español. La indulgencia con estos monstruos, es una conspiración contra la América. Yo no sé si el amor a mis conciudadanos me fascine hasta el punto de persuadirme que es justo derramar la sangre española; mas mi corazón y mi espíritu me dictan como la única medida de salvación, *el*

*extermino de nuestros enemigos. Sin embargo, yo los dejaré vivir si el gobierno así me lo ordenare.*

Mis propias investigaciones me llevaron hasta esa carta en la que el 8 de marzo el Secretario de Guerra de la Unión apuntaba al margen: «Repítasele lo que se le dijo en 4 de febrero, cuya orden es ya la tercera en esta materia, y que en la Nueva Granada es exclusivamente del resorte del Gobierno, que es a quien está confiada la seguridad de los pueblos». Es decir, ya se había conminado tres veces a Bolívar a no continuar con los asesinatos en la Nueva Granada.

El 10 de febrero Juan de Dios Amador celebró un Consejo de Guerra en la ciudad amurallada, el cual decidió conminar a Bolívar a no entrar en la provincia y a quedarse en Mompox. Cartagena se rebelaba no solo contra él sino también contra la Unión. Ese mismo día el Libertador envió una carta a Castillo para ordenarle proveerlo de 1.000.000 de cartuchos y 2.000 fusiles, más otros materiales bélicos. Amador le contestó que «no puedo excusar el insinuar a V. E., que no estando el armamento, ni fusiles de la Provincia a disposición del Brigadier Castillo, el gobierno será el que tome en consideración la requisición que V. E. le ha hecho a aquel», a tiempo que escribió al gobierno central que Bolívar era un militar cruel, sanguinario, insensible, ambicioso, arbitrario, que no solo había perdido a Venezuela sino que había huido de sus ruinas. Dijo el mandatario: «Darle el mando es poner la República a discreción de un prófugo, capaz de sacrificar mil vidas, sin reparar en medio con tal le conduzcan a un fin bueno o malo».

La imagen que Bolívar había dejado en sus contemporáneos era la de un asesino cruel y vengativo, según se surtía testimonio de personas que pudieron apreciar de cerca el discurrir de esos momentos históricos y de quienes, si bien pudieron actuar movidos por intereses mezquinos y particularistas, no puede decirse que no tuvieran el acierto de juzgar los dolorosos hechos de Caracas y el genocidio en masa ordenado por Bolívar en Valencia, Caracas y La Guaira. Por eso, cuando escribió a Amador que «estoy pronto a sacrificar hasta el honor de ser el Libertador de mi país. Renuncio al mando del Ejército, si se desconfia de mi buena fe», nadie le creyó. Ya estaban acostumbrados a su trompeteado honor, como a sus falsas renunciaciones y promesas. La ciudad de Cartagena, en cambio, se puso en pie de guerra contra Bolívar y sus amigos, considerados enemigos públicos. Se otorgaron atribuciones especiales a Castillo, mientras D'Elhúyar daba con sus huesos en la cárcel al igual que el resto de amigos del Libertador, entre los que figuraban Mariano Montilla, Ambrosio Plaza, Galindo, Carreño y otros. Todos los venezolanos se volvieron sospechosos y se dio orden a los pueblos de resistir a Bolívar y, si no era posible, desocuparlos y no prestarle ayuda alguna.

Bolívar estaba acorralado. Por doquier le llegaban malas noticias, incluida la derrota de Ribas en Maturín y el sometimiento completo de Venezuela. Entonces reiteró al Gobierno la petición de ordenar a Cartagena la entrega de armas para su ejército, pues sabía que si no se organizaba una fuerte resistencia la Nueva Granada también estaría perdida. Pero no había dinero. ¿Cómo levantar reclutas, fabricar balas, comprar pólvora y producir lanzas? Entonces volvió a poner los ojos en los tesoros de las iglesias y los caudales de los particulares, tema recurrente y favorito suyo: «Si las rentas del Estado están agotadas, los particulares, las instituciones, las iglesias tienen alhajas de valor», es lo que escribió al Secretario de la Guerra en Santa Fe; el 23 de febrero pidió que el gobierno de la Unión se trasladara a Cartagena e impusiera su autoridad.

El Gobierno, temeroso de una guerra civil, respondió a Bolívar que se dirigiera a Santa Marta o a Venezuela, reiterando las instrucciones iniciales. La decisión era obvia, pero Bolívar decidió desconocerla atacando a Cartagena, algo que no estaba ordenado ni permitido por el gobierno de la Unión.

Antes de hacerlo, no obstante, envió a Cartagena a Tomás Montilla, el Comandante de su Guardia de Honor, aunque otros dicen que envió a su secretario, Revenga, a someterse a todas las condiciones que le impusiesen con tal de obtener el armamento. La respuesta fue la siguiente: ofrecer a Bolívar 800 fusiles a cambio de que entregase 500 hombres a Cartagena y emprendiese una ofensiva por tierra contra Santa Marta, marchando por Chiriguana, en tanto Castillo avanzaría por la costa hacia el mismo sitio para prestarle apoyo. La propuesta no era mala, pues el Libertador podría perseguir el destacamento realista refugiado en esa población y destruirlo, algo sensato desde el punto de vista militar. Bolívar se excusó diciendo que la marcha sugerida tendría que hacerla por caminos intransitables y que los samarios podrían concentrar fuerzas y destrozarlos separadamente. Se intuye que lo que quería era llegar a Cartagena y mandar en ella, conquista que lo podría catapultar hacia la jefatura de la Unión. Pidió, entonces, una entrevista con Castillo, pero no le fue concedida. La guerra civil quedaba planteada.

Bolívar salió de Mompox y, decidido, avanzó sobre Cartagena, a cuyas proximidades llegó el 24 de marzo de 1815. Había logrado reunir 105.000 cartuchos y 385 fusiles adicionales de los dejados por Casillo cuando este se retiró de la línea del Magdalena. En total, tenía ya unos 885 fusiles. Se cuidó, sin embargo, de formar una guardia pretoriana a su alrededor y, muy al estilo napoleónico, deslumbrar con el boato paseándose frente a las murallas de la ciudad en plan intimidatorio. Pero los cartageneros no se dejaron impresionar.

### **Cartagena desafía a Bolívar**

Para completar el cuadro desolador en el que los revolucionarios ni mandaban ni se dejaban mandar, el comisionado enviado por Santa Fe a mediar entre los mandos cartageneros y Bolívar se transó por aquellos. Allí fue enterado de los detalles de su huida de Caracas. El comisionado, Padre Marimón, decidió enrostrar los fracasos de la campaña de Venezuela a su odiosa tiranía. El padre Marimón sospechaba que Bolívar iba a apoderarse de Cartagena para desde allí tiranizar la Nueva Granada y causar un desastre similar al de Caracas. Su sospecha no era aventurada: Bolívar no había hecho petición de las armas cuando llegó a Honda, sino cuando arribó a Mompox, justamente la ciudad donde Piñeres —su amigo desterrado de Cartagena— era Gobernador, por lo que se evidenciaban la manguala existente entre este y Bolívar. Además, Simón Bolívar tenía que estar enterado de que Santa Marta era una plaza vulnerable y de que su ejército era suficiente para hacerla caer; el carácter del Libertador hablaba por sí solo, luego no era aventurado pensar que, una vez conseguidas las armas, no iría tras Santa Marta sino a apoderarse de Cartagena y a castigar a Castillo por los libelos enviados a Tunja contra él, algo de lo cual todo el mundo recelaba. En cambio, Bolívar se preguntaba por qué, si era tan fácil someter a Santa Marta, Castillo no lo había hecho y la respuesta llegó pronto: Castillo no quería dejar

libre, y a sus espaldas, a su archienemigo Bolívar, es decir, salir del refugio seguro de su fortaleza.

Por eso, el padre Marimón lo instó a volver atrás y lo acusó de abusar de la confianza del Gobierno al avanzar contra la ciudad amurallada. Entonces Bolívar responde a Marimón: «Debo, sin embargo, hacer presente a V. E. que lo que yo pido no es su gracia; yo reclamo unos auxilios que de otro modo he prestado a la Nueva Granada: estos auxilios serán empleados en la libertad de Cartagena, que tiempo ha sería esclava, si yo, el coronel Carabaño, y otros oficiales de Venezuela, no la hubiésemos salvado». Imprudente carta, no solo porque sacaba en cara sus servicios, sino porque mentía descaradamente: ¿salvado a Cartagena?, el ejército venezolano no había salvado a Cartagena, pues derrotado había llegado a sus costas unos meses antes. Por eso se dijo, o que padecía de demencia, o era un impertinente farolero. Indignado por la actitud cartagenera, Bolívar escribió también al gobierno de la Unión: «Yo he venido a libertar la Nueva Granada, y no a recibir ultrajes», seguido de lo cual convocó un Consejo de Guerra en su Cuartel General de Turbaco y renunció ante la oficialidad, en otra teatral escena, dimisión que no le fue aceptada para regocijo suyo. Al contrario, ofendidos los venezolanos de su ejército por los ultrajes a su jefe, lo instaron a estrechar el cerco contra la Ciudad Heroica. Entonces, remitió una nueva carta al Gobierno en la que le da cuenta de la desesperada situación del ejército a su cargo y hace temerarias cuanto falsas acusaciones a los jefes cartageneros de ser sediciosos y capaces de entrar en tratos con los españoles. Se valía de todas las argucias para salirse con la suya. Dice:

Aquí hay un proyecto evidentemente probado, no solo de independencia, sino de insurrección... y a la composición en todo evento de los españoles Cortés, Anguiano, Eslava, Palacios, jefes militares y españoles, dirigen la máquina. Amador ha sido siempre conocido por godo... y que todos sus hermanos son muy enemigos. Castillo es capaz de todo, todo, todo; no concibo criatura más vil en la tierra. Una gran parte del pueblo de Cartagena es aristócrata, y el bajo pueblo es tan cuitado que a todo se presta... Se me ha proscrito en español, francés e inglés para que todas las naciones entiendan la proscrición... Amador es dictador, y él ha delegado esta autoridad dictatorial en Castillo, para que la ejerza militarmente... Así, hay en Cartagena cinco dictadores, uno de ellos tan godo como Alarico, este es el señor Ayos; otro tan imbécil como Juan Narváez; y otro tan apático como el señor García Toledo. Podemos hacer mención de otro nuevo dictador, que es el señor Marimón, que según las órdenes que me da, tiene facultades ilimitadas... Este dictador es solo para mí.

Como revela esta carta, Bolívar desprecia a los dictadores, aunque sean elegidos por una camarilla, como él mismo lo fue... salvo si el dictador es él; por supuesto, también desprecia al padre Marimón, a quien llama «señor», y también a los «godos», es decir, a aquellos que, aunque se juzguen patriotas, no convienen en la arbitrariedad, ni en los asesinatos de españoles... Acto seguido, el Libertador comunica al Gobierno la decisión de la oficialidad de no aceptar su renuncia y pide la aprobación del Congreso para atacar la ciudad rebelde, aunque también informa que va a proceder de conformidad con la orden reservada que posee de obrar según las circunstancias en caso de que no se obedeciese al Gobierno. Dice:

Yo me he creído obligado a tomar esta medida hostil, para salvar al ejército de una completa destrucción... Yo protesto que en mi conciencia hallo que debo a mis compañeros, al Gobierno y a la libertad de la América, la adopción de esta medida... Arrastrado por el imperio del deber voy a combatir contra mis hermanos. Mi hermana será la primera víctima; otros parientes tengo en la ciudad; se me ha amenazado con su exterminio pero un verdadero republicano no tiene otra familia que la de la patria.

Su hermana, pues, y otros parientes, estaban en Cartagena, arrancados por él de Caracas en el grande éxodo que provocó. María Antonia no había podido llegar a las islas de Venezuela como se lo había impuesto Bolívar y tuvo que tomar el primer barco que zarpó hacia Cartagena, en compañía de sus hijos y de su marido Pablo de Clemente y Palacios. Luego termina la anterior carta con otro de sus vanos juramentos: «Juro por mi honor, que no volveré a encontrarme en otra guerra civil, porque he jurado en mi corazón no volver a servir más en la Nueva Granada, donde se trata a sus libertadores como a tiranos, y donde se infama impiamente al honor y a la virtud». Como se verá, Bolívar volverá a incumplir un juramento que había hecho «por su honor», porque «herradura que cascabelea, algún clavo le falta», según el dicho popular, y Bolívar cascabeleaba mucho su honor, juramentos y promesas. Pero esto es llover sobre mojado. Más importante ahora es conocer la inconsistencia de su carta, que termina, no ya amenazando a Cartagena, sino renunciando: «Ruego, pues, rendidamente a V.E. se sirva nombrar un general para este ejército; bien persuadido que estoy más pronto a subir al cadalso, que a continuar mandando. Gracia que imploro con el mayor respeto y sumisión». Claro, era una gracia la que imploraba, porque a veces era muy gracioso el Libertador. Es evidente que se proponía, una vez más, impresionar con su fingida humildad, pero no ejecutar lo protestado, pues acto seguido marchó contra Cartagena. Se le había olvidado, súbitamente, que había renunciado al mando y que prefería subir al cadalso a seguir comandando el ejército a su cargo. ¿Quién era este hombre que así se contradecía, unas veces diciendo una cosa, otras veces otra, y lo que es peor, haciendo todo lo contrario, y todo ello en la misma carta?

El 27 de marzo de 1815 Bolívar salió de Turbaco y durmió con su ejército en el Tejar de Alcibia, ya en la bahía de Cartagena. Estaba agitado por las noticias que recibía de que el 25 de marzo Pablo Morillo había desembarcado con una poderosa fuerza en Santa Marta, amenazando a Cartagena. A la mañana siguiente de su llegada al Tejar se desplazaba frente a La Popa para hacer un reconocimiento del terreno; desde allí le dispararon varios cañonazos y se llevó la sorpresa de que el único pozo que lo podía proveer de agua en La Popa había sido envenenado por Castillo. No obstante, tomó este emblemático convento —arrebatao por los ingleses al mando de Vernon en 1741— como su alojamiento durante el cerco que iba a durar mes y medio, siempre mirando con el otro ojo si Morillo se ponía en marcha contra él. Por todas estas desvergüenzas y abusos de confianza, Marimón le escribió el 6 de abril lo que se convirtió en su más grave culpa ante aquellos que habían depositado su confianza en él: «Le hago responsable a la patria y al universo entero, de las ruinosas consecuencias que han de seguirse infaliblemente de su resolución, de que algún día, si sobrevive a ellas, como buen americano e interesado por la causa, se arrepentirá inútilmente».

Por su parte, el gobierno de la Unión le dijo que debía cesar las hostilidades y pasar a la línea de Barranquilla, además de que se le ayudaría solamente con los 800 fusiles que le había ofrecido Cartagena y un millón de cartuchos, «que es lo que ahora se manda entregar... para que fijados así estos artículos, ni V. E. pueda pedir más, ni aquel gobierno dar menos». Lo más importante es el juicio perentorio que sobre su anarquía e indisciplina le hace:

Las prevenciones que más estrecha y repetidamente ha hecho el Gobierno general a V. E. para arreglar su conducta en el mando de las fuerzas destinadas contra Santamarta (*sic*), han sido las de no acercarse jamás y mucho menos atacar a

Cartagena; y esto mismo ha sido lo que tantas veces ha dicho V. E. que detestaba, por el horror con que mira la guerra civil. Pero a pesar de aquellas prohibiciones y estas protestas, V. E. ha violado escandalosamente las órdenes de la autoridad suprema, protestando hacerlo en su defensa, y ha dado la última prueba de que no obra según sus sentimientos, sino con una arbitrariedad que no debía esperarse, porque ningún motivo, por poderoso que sea, puede cohonestar el quebrantamiento de las órdenes superiores... Tal es el concepto del Gobierno general.

Pero él ya tenía un ejército que lo hacía Gobierno General y estaba montado en los carros de Marte, por lo que ningún caso hizo a un lejano gobierno en una remota ciudad del altiplano, por él sometida, donde no había ejército ni generales que lo igualaran.

### **La Ciudad Heroica sitiada**

La Ciudad Heroica, sitiada mil veces por piratas, corsarios, bucaneros e ingleses, quedaba ahora sitiada por republicanos que luchaban contra republicanos, si antes lo habían hecho contra españoles peninsulares. Bolívar, impertérrito ante las órdenes emanadas de la autoridad que protestaba acatar, y seguro del triunfo que le haría dueño y señor de la Nueva Granada, se encontró con lo mismo que encontraron los ingleses cuando atacaron la fortaleza: que era virtualmente inexpugnable y que sus hombres morían todos los días de sed, peste y calenturas. Blas de Lezo lo había demostrado luchando contra fuerzas diez veces superiores en número y armamentos. Ahora Bolívar se estrellaba contra esas mismas murallas.

Los pueblos circunvecinos a Cartagena rechazaron el asedio a la ciudad y formaron guerrillas que acosaban permanentemente a los atacantes. Desde la descubierta de la plaza y desde el fuerte San Felipe se bombardeaba La Popa, aunque sin mucho éxito, por estar esta en un terreno elevado respecto del fuerte. Más éxito tenían las lanchas cañoneras que hostigaban sin dar tregua al enemigo, que era una y otra vez desalojado de sus posiciones. Mucha penuria experimentaba el sitiador, pues también los cartageneros habían envenenado los aljibes para negar agua al invasor y obligarlo a traerla desde Ternera, lo cual complicaba aún más la prolongación del sitio. Hacia el 16 de abril de 1815 ya comenzaba a ser claro que la Plaza no iba a ser rendida fácilmente: los realistas ganaban terreno en el interior de la Nueva Granada, Pablo Morillo preparaba su expedición contra Cartagena y Castillo continuaba rechazando entrevistarse con Bolívar.

A finales de abril el agresor había perdido casi la mitad de su ejército a causa del fuego y las enfermedades. Volvían a llegar noticias de que los realistas se habían apoderado del Casanare, las tierras llanas al oriente de la Nueva Granada, y que nada los detendría en su avance hacia la cordillera. Desesperado, el Libertador intentó parlamentar con los sitiados ofreciendo, primero, unirse a Cartagena para atacar a Santa Marta; después, suspender el fuego sobre la ciudad para repeler a los españoles de la línea del Magdalena que avanzaban contra él desde esa ciudad; por último, intentó persuadirlos de que no lo atacaran si él se retiraba del asedio. Cartagena contestó esta última propuesta ordenándole retirarse con sus venezolanos a Ocaña y entregar el mando de los granadinos a Vélez. Bolívar había sido humillado. Preso de la ira, se paseaba en el alto de La Popa como una fiera enjaulada, hasta cuando las ínfulas se le calmaron al saber el 22 de abril que Morillo había pacificado toda Venezuela y que, por lo tanto, su desembarco en Santa Marta lo

hacía dejando atrás un país sin enemigos. Era un punto de reflexión; y lo sobrecogió el temor. El virrey Montalvo, entretanto, se acercaba por dos direcciones: una, por la línea del Magdalena, de donde había desalojado al capitán Carabaño, que la defendía; otra, por Mompo, ciudad que tomó el 29 de abril, con lo cual cortó por el sur cualquier posible retirada por tierra a Bolívar. Hasta allí habían llegado el coronel español Valentín Campmany y el capitán La Rus.

A tiempo que esto ocurría, Bolívar recibió la noticia de que Pablo Morillo también había sometido a isla Margarita, donde estaba el último reducto independentista del sanguinario Juan Bautista Arismendi y que los republicanos se iba a enfrentar con un ejército victorioso que se aprestaba a avanzar contra Cartagena. El 8 de mayo Bolívar, temiendo un súbito avance de Morillo sobre la ciudad, corrió a celebrar un «Convenio de Paz y Amistad» con el gobierno de la Ciudad Heroica; había logrado garantías suficientes para su salida del escenario bélico y a cambio entregaba la colaboración del ejército a dicha plaza.

Firmada la capitulación por Castillo, Bolívar, al pie del cerro de La Popa, escribió a la Nueva Granada: «Siempre conservaré en mi memoria la gratitud que debo al gobierno de la Unión, y jamás olvidaré que los granadinos me abrieron el camino de la gloria». ¡La gloria! ¡La gloria! ¡Siempre su Gloria! ¡Bolívar era un egomaniático! A los soldados dio esta proclama: «El sacrificio del mando, de mi fortuna, y de mi gloria futura, no me ha costado esfuerzo alguno. Me es tan natural preferir la salud de la República a todo, que cuanto más sufro por ella tanto más placer interior recibe mi alma». Estas eran las palabras de alguien engolosinado con un objetivo, su gloria, verdadero motor que lo impulsaba. El subconsciente de este guerrero se revela una y otra vez en sus cartas y proclamas en las que no cesa de hablar de ella como algo tan ansiado y esperado, que parece connatural a su romanticismo exacerbado. Era un impenitente narcisista, un maestro de la mentira, un hierofante de la fanfarronería, un sacerdote de la hipérbole.

### **Morillo llega y Bolívar huye**

Derrotado nuevamente, pero aún con fuerzas como para haber decidido retirarse estratégicamente al interior de la Nueva Granada y prestar su genio a la causa independentista, prefirió salvar el pellejo embarcándose el 9 de mayo de 1815 en el bergantín inglés *Découverte* que lo llevará a Jamaica, donde desembarcará el 14. Pero ¡oh traición!, Cartagena envió el 12 de mayo dos comisionados a Jamaica, Ignacio Cavero y John Robertson —mercenario inglés al servicio de la República— para parlamentar con las autoridades inglesas la propuesta de entregar en depósito la ciudad a Inglaterra con todas sus fortalezas para que fuese ocupada por sus tropas y forzar a España a un arreglo. Es dato curioso que los emisarios fueron transportados en el navío de guerra británico *Carnation*, por lo que el embajador de España en Londres, conde de Fernán Núñez, cursó el 22 de enero de 1816 una nota de protesta ante el gobierno británico por tal intromisión. Ya Inglaterra, la pérfida Albión, estaba preparando su traición a España.

Bolívar, antes de huir hacia Jamaica, había cedido el mando de la tropa a su primo Florencio Palacios y este quedó bajo el mando del Gobierno de Cartagena, mando que no respetó, pues decidió hacer una serie de movimientos extraños y fue a parar con su tropa a Magangué. Luego,

virando en redondo, regresó a Cartagena donde se le recibió como a un loco. Decían que había perdido la razón; que los Bolívares y Palacios estaban tocados por el genio infalible de las desgracias. De todas formas, la pantomima bolivariana fue un acto de traición al gobierno de la Unión que había confiado a Bolívar el mando de una tropa que debía haber sido devuelta a sus jefes. Esta fue la tercera vez que el Libertador salía corriendo del peligro, la tercera vez que se alejaba dejando la República en manos de sus enemigos. En vez de salir huyendo de Cartagena habría podido acceder a prestar sus servicios a la ciudad, sometiéndose a su Gobierno para luchar contra Pablo Morillo, quien tres meses después llegaba para sitiarla.

Lo que quiero significar es que Bolívar había tenido tiempo suficiente para planear una estrategia de defensa, tal como lo hizo el brigadier Castillo y Rada que se quedó hasta el final, pese a haber sido abandonado por aquellos venezolanos que aún permanecían dentro de la ciudad y quienes no tuvieron empacho en robarle el equipaje antes de salir corriendo. A la postre, Castillo morirá procesado y fusilado por el tribunal dejado por el Pacificador Pablo Morillo.

No fue por rechazo alguno ni por falta de solicitud que Bolívar no quiso quedarse a luchar. El presidente Amador y el padre Marimón le pidieron encarecidamente quedarse y ayudar a defender la ciudad cuando supieron de la anunciada llegada de Morillo a Santa Marta. Ya las cabalgaduras de la Muerte venían raudas. Fueron a verlo a La Popa y «le hicieron las instancias más urgentes sobre las consecuencias terribles que tendría en tales circunstancias una guerra civil, instándole a que uniera las fuerzas que le quedaban a las de Cartagena, para que juntas avanzaran contra el enemigo común. Le ofrecieron el mando en jefe, municiones, víveres y todos los suministros necesarios para permitirle entrar en campaña; pero todo en vano: Bolívar contestó que solo consentiría bajo una condición, que Cartagena le abriera las puertas y le recibiera con sus tropas en la fortaleza». Henry Ducoudray Holstein, testigo excepcional de muchos acontecimientos de la vida del Libertador y quien, a la sazón, luchaba en Cartagena, nos da el anterior y valioso testimonio.

Visto lo visto, Bolívar habría podido marchar con mayor éxito contra Santa Marta, repleta de realistas, que contra la formidablemente defendida Cartagena, repleta de republicanos. ¿Acaso no fue esta la intención del gobierno de la Unión cuando le confió el mando del ejército y lo nombró Capitán General? Pero no, lo que este hombre quería era el mando absoluto, aniquilar a Castillo y ser el único Libertador, o nada. Lo que quería era no tener rivales entre los criollos y por eso atacó la ciudad de Cartagena, para someterla y someter a su ejército. Pero lo que resulta más significativo: quería medir fuerzas con Castillo, pero evitar medirlas con Morillo. Por eso, decepcionado al ver que no rendía la plaza, quiso entonces ponerse a salvo del general español.

Llama la atención lo que sobre los hechos anteriores dicen notables historiadores, a saber, que sufrió «destierro», lo mismo que llamaron a las anteriores huidas del teatro del conflicto. Se trata, pues, de ocultar las falencias del Libertador y de mostrarlo siempre como un mártir de la libertad. Él mismo confiesa que su conducta en todo este episodio de la guerra fue inexcusable, pues ya en las postrimerías de su vida dice a Luis Perú Delacroix el 5 de junio de 1828: «¡Cuántos penosos esfuerzos hace el señor Restrepo para disculpar mi conducta en el año 13 [en realidad, se refiere al 15] cuando tomé posesión de La Popa y se abrieron hostilidades entre las tropas de Cartagena y las que estaban a mis órdenes!», reconociendo que lo había hecho por la fogosidad de su genio.

¿Fogosidad? A esto otros llamarían miedo. Pero note también el lector que Bolívar habla en tercera persona, como si él nada hubiera tenido que ver con tales hostilidades, pues habla de que «se abrieron hostilidades entre las tropas de Cartagena y las que estaban a mis órdenes!», como si esas tropas suyas hubiesen obrado espontáneamente.

Todo era preferible, aun el deshonor, antes que arriesgar caer en manos de los españoles si Bolívar hubiese optado por la lucha al lado de los cartageneros. Por eso, el que dijera: «Yo lo juro por el honor que adorna a los libertadores de la Nueva Granada y Venezuela; y ofrezco a V. E. mi vida, como último tributo de gratitud, o hacer tremolar las banderas granadinas hasta los más remotos confines de la tiranía», había sido un juramento asaz hueco y desprovisto de toda intención, pues su vida era lo que menos deseaba arriesgar. Que la arriesgaran los cartageneros. Que la arriesgara Castillo, porque Bolívar se iba a poner a salvo en el Caribe. Y así fue, porque fueron ellos los que iban a soportar que se estrellara contra sus murallas toda la furia de España, murallas que ella misma había erigido contra sus enemigos. Esto también pone de manifiesto cuán equivocado estaba Bolívar al querer emprender una expedición contra Venezuela y someter Cartagena a su designio: la aproximación de Pablo Morillo requería, como todo buen general habría de intuir, la defensa de aquella plaza por todos los medios disponibles y aun el ataque directo a Morillo en Santa Marta, si hubiese unido sus fuerzas a las de Cartagena.

A propósito de su huida de la Ciudad Heroica, que no de destierro, el sacerdote José Antonio de Torres y Peña escribió los siguientes versos que llegaron a mis manos:

Al rumor de tan cierta novedad  
el cobarde asesino se estremece.  
Y a su patria mayor hostilidad  
reforzar en su fuga le parece.  
Teme golpe fatal y decisivo  
y abandona las tropas que le quedan.

Ese sacerdote lo llama «asesino», tal como lo llamará su propia hermana. También lo llama «cobarde», pues para todos los que entonces presenciaron tan escurridiza conducta y el abandono de sus tropas, les fue evidente el terror que lo sobrecogió. Las consecuencias que sobrevinieron fueron la pérdida de 1.000 hombres del ejército de la Unión, 2.000 fusiles y 34 buques de guerra y, lo que resultó peor para la República y mejor para la Monarquía, fue la eventual pérdida de Mompox, de Cartagena y de todo el Reyno para la causa republicana, como se verá en las próximas páginas.

## 24. MORILLO SITIA CARTAGENA Y ENTRA EN ELLA

*Ofrezcamos la provincia a una nación sabia y poderosa, capaz de salvarnos y gobernarnos, pongámosla bajo el amparo y protección del Monarca de la Gran Bretaña.*

JUAN DE DIOS AMADOR, alentado por Bolívar

### **Los asesinos del entresuelo**

Grande era la tensión que se vivía en la ciudad. Como la tropa dejada por Bolívar se oponía a pasar al mando de Castillo, este reaccionó ordenándoles no entrar en la plaza y acampar en un terreno húmedo y fangoso. La tropa, indignada, desertó a Turbaco, y Castillo, en un gesto conciliatorio, le envió provisiones con el coronel venezolano Mariano Montilla, escoltado por 400 hombres al mando del coronel inglés Stuart quien estaba al servicio de la Revolución. Los desertores les tendieron una trampa, los desarmaron y se apoderaron de todo, hasta de lo que llevaban puesto. Luego los obligaron a regresar a Cartagena desnudos, en medio de la más grande humillación. Mariano Montilla y James Stuart fueron obligados a zarpar en unos navíos que iban al extranjero, pero tal parece que Stuart logró escaparse. En medio del caos reinante dos barcos de guerra independentistas, el paquebote *Ejecutivo* y la cañonera *Concepción*, viniendo de regreso por el río Atrato, apresaron la fragata española *Neptuno* a cuyo bordo iban el general español Alejandro Hore, su familia, 18 oficiales, 274 soldados y 2.000 fusiles rumbo a Panamá donde Hore había sido nombrado Gobernador. Los oficiales fueron aherrojados y encerrados en la cárcel del Palacio de la Inquisición en Cartagena, en tanto que se obligó a los soldados a enlistarse en el ejército rebelde. Al General se le dio una casa particular por cárcel situada en la plaza de Santo Domingo.

Alguna gente pidió al presidente Amador pasar por las armas a los cautivos, pero las autoridades se negaron a seguir el ejemplo dejado por Bolívar. Todavía quedaba dignidad y decencia en la Nueva Granada. Sin embargo, el 6 de julio de 1815 nueve oficiales, obrando por cuenta propia, entraron en el entresuelo del Palacio de la Inquisición, donde estaban los calabozos, y asesinaron a 14 españoles. Cuando el cabo de guardia oyó los gritos de las víctimas subió corriendo a enterarse de lo que pasaba, pero fue reducido y obligado a alumbrar la estancia; el cabo, horrorizado, dejó caer la lámpara y al hacerse oscuridad los asesinos suspendieron la degollina y huyeron. Por eso se salvaron algunos, como el capitán del *Neptuno* que se hizo el muerto. El líder de esos bandidos era el capitán Sanarrucia, un venezolano y feroz enemigo de España que estaba empeñado en traer a la Nueva Granada los salvajes métodos de sus coterráneos, auspiciados y tolerados por Bolívar. La horrible noticia se supo en todas partes y hasta llegó a oídos de Pablo Morillo; la lucha política interna se intensificó cuando a los culpables se les señaló como pertenecientes a la facción piñerista, casi todos venidos del arrabal de Getsemaní. Por eso, cuando el navío *La Culebra* llegó a Cartagena con 35 cabecillas afectos a

Piñeres y desterrados el año anterior a raíz del golpe militar de Castillo y del retorno al poder de los toledistas, el presidente de la junta de gobierno Juan de Dios Amador los detuvo en Bocachica, permitiendo que solo 18 entraran a la ciudad bajo caución. Esto acabó de dividir las tendencias políticas.

### **Morillo sitia la ciudad**

Una vez se supo que Morillo se aprestaba a llegar, los pueblos circunvecinos enviaron voluntarios a fortalecer el diezmado ejército de Castillo y Rada. Todos, a diferencia de lo que había hecho Bolívar, se dispusieron a defender la ciudad de lo que se iba a convertir en uno de los sitios más espantosos de toda su historia. Hinchida de refugiados, su población se había elevado a 18.000 almas, el doble de las existentes, y los víveres comenzaron a escasear. Solo había para menos de dos meses de resistencia. Oíd: los refugiados no huían de los españoles, sino que habían sido reducidos a esta condición por la política de «tierra arrasada» llevada a cabo por las autoridades para que la vanguardia del general Morales no encontrara nada a su paso. Así, los poblados y caseríos fueron incendiados y las haciendas calcinadas por el fuego, por lo que el pueblo de Turbaco se amotinó y fue reducido por la fuerza. La penuria se hizo extrema y en nada se benefició la defensa de la ciudad. Al contrario, esta salvaje política perjudicó a los propios defensores, pues los pueblos tampoco pudieron abastecer a Cartagena. Se carecía de todo, ya que hasta las iglesias habían sido saqueadas de sus joyas, cálices y custodias para fundirlas y amonedarlas; eso sucedió con el más famoso sepulcro de plata labrada, propiedad de los agustinos, que pesaba más de 200 kilogramos. Era el mismo que había sido robado por los franceses al mando del barón de Pointis en 1697 y luego devuelto por Luis XIV. El Gobierno decretó la confiscación de todas las monedas y joyas particulares y decretó un empréstito forzoso de 40.000 pesos. Los almacenes estaban vacíos: no había maíz y quedaban 500 bueyes y vacas, que también morirán de hambre por falta de forraje.

Morillo tampoco estaba en las mejores condiciones. En la isla de Coche había hecho aguada la Armada, lugar donde el 24 de abril el navío *San Pedro* hizo explosión y se fue a pique con todo su cargamento de municiones, uniformes, víveres, pertrechos, 8.000 fusiles y dineros para abastecer los soldados. La pérdida fue muy grande. Lo que sí me resulta insólito es pensar que general tan experimentado hubiese permitido tal concentración de armas y explosivos en un solo buque. Algunos malpensados han dicho que fue un marino descontento con la expedición que prendió fuego en la santabárbara. Allí sucumbieron recursos económicos, pertrechos militares y armamentos de repuesto. Así, el sitio contra aquellas formidables murallas no se hacía en las mejores condiciones, pero poco más quedaba por hacerse.

Morillo había desembarcado en la ensenada de Guayepo para ir a instalarse en la Hacienda de Tordecillas desde donde podía divisar las maniobras militares de mar y tierra, aunque el bloqueo marítimo distaba mucho de ser lo que había sido el del almirante Vernon en 1741. Los transportes formaron en línea recta desde Punta Canoas hasta situarse frente al recinto amurallado, mientras que la escuadra se desplegaba desde Santo Domingo hasta la Boquilla. En cambio, el bloqueo de

tierra se convirtió en un cerco de hierro. Los cartageneros lo recibieron con cuatro pequeñas embarcaciones desplegadas, una en la ciénaga de Tesca para defender el cerro de La Popa en el sudeste, y tres en La Boquilla para defender la entrada a la bahía interior. En Bocagrande se situó una fragata con cuatro piezas de artillería y dos balandras de guerra. La flotilla del enemigo estaba comandada por el capitán español Rafael Tono y Llopis. En Pasacaballos y en el Caño del estero fueron colocados cinco bongos armados y una falúa al mando del alférez de navío Vicente Parada y en el interior de la bahía pusieron siete goletas de guerra comandadas por corsarios extranjeros. Toda la armada estaba a cargo del brigadier Juan Nepomuceno Eslava, español, que no era el único con Tono, pues también estaban en sitios claves los traidores españoles Cortés Campomanes, Anguiano y Bossa. En cuanto a las fortalezas, todas fueron reforzadas y su poder de fuego incrementado.

Cartagena de Indias, o de Poniente, como más acertadamente la llamaban los marinos españoles, estaba próxima de ver un ejército sitiador compuesto por 8.500 hombres al mando del más célebre militar español del momento: don Pablo Morillo, quien, al enterarse de la insensata matanza de los soldados cautivos por parte del venezolano Sanarrucia, se convenció de que era menester aplicar el mayor rigor con los cabecillas de la insurgencia una vez tomada la ciudad. Desde la distancia contempló la ciudad fundada por Heredia y tal vez pensó que España tendría que conquistarlo todo de nuevo. Ante sus ojos se abrieron las fauces de Bocagrande que dejaban entrever el vientre de una tierra de caldeadas planicies, bosques ardientes, y allá en las cordilleras, fríos páramos coronados de nubes algodoneras y cruzada de cauces voraces y quebradas cantarinas despeñadas de los riscos para seguir rumbos retorcidos en los valles. Posó su mirada en el Canal del Dique, por donde desembocaba un poderoso brazo del río Magdalena, construido hacía trescientos años por los conquistadores españoles y, observando la vegetación que vomitaba su desembocadura sobre la gran bahía de Cartagena, pudo constatar que por allí bajaban los muertos causados por las insensatas guerras civiles que habían devorado las carnes de la infausta república, río arriba, tributados por los ríos que raudos convergían sobre el Gran Río. La bahía se había convertido en el aluvión macabro de todos los cadáveres de aquella insensata violencia, vocación que hubo de consagrarse en todas las guerras y violencias que sucedieron en los dos siglos siguientes. No bien hubo llegado, Morillo dictó el siguiente despacho para que fuese llevado a las puertas de la ciudad:

Vuestra esclavitud va a terminar. Vuestros bienes serán protegidos. No serán arrancados más de los brazos de vuestras esposas y de vuestras madres para defender los intereses de cuatro desalmados que no han dejado de enriquecerse al oprimiros. La Armada del más querido de los reyes sabrá cubriros con su égida y echar abajo a aquel que osare inquietaros. Si permanecéis sordos a mi voz, si os atrevéis a medir vuestras armas con las armas españolas, vuestro país será muy pronto un vasto desierto. Playa de Sabanilla, 15 de agosto de 1815.

Sabemos que como el General no obtuviese respuesta alguna, comisionó a José Domingo Duarte, empleado del ejército en calidad de Intendente, americano de nacimiento y una de las personas que mayor confianza podía brindar a los jefes insurrectos de Cartagena, a pedirles que depusieran las armas y que ninguna represalia sería tomada contra ellos. He aquí parte de lo que les escribió:

Mi sincero afecto por vosotros me lleva a indicaros el solo camino que os resta para salvar vuestras personas y las ciudades inocentes que os han visto nacer. Sois españoles y un concurso deplorable de sucesos os ha presentado al mundo que observa vuestra conducta como indignos de un hombre que admiran y reverencian las naciones cultas de Europa... Una expedición de quince mil españoles, bajo las órdenes de un General verdaderamente digno de este título, luego de haberse distinguido en las victorias que arrancaron a España del yugo de un bárbaro usurpador, viene hacia nosotros y no desea otro triunfo que el que obtengáis vosotros mismos sobre vuestras desgracias. Reuníos con la Madre Patria a la cual habéis insultado en vuestro delirio. Ella olvida estas injurias. Y os invita a gozar de nuevo de la paz y la tranquilidad que habéis perdido durante cinco años de furor, de desórdenes y de anarquía. No escuchéis más, mis queridos compatriotas, no escuchéis más a los infames seductores que os han engañado. Según ellos, la patria es el suelo que os ha visto nacer. ¿No es acaso más el lugar en que reside el poder del Monarca a quien hemos jurado fidelidad, como lo hicieron nuestros antepasados?... Glorificaos de ser españoles; ¡cuántos pueblos más poderosos y más numerosos que vosotros envidiarían este título que rechazáis! ¿De quién recibisteis vuestros derechos al territorio y a los distritos que ocupáis? De vuestros padres, de esos ilustres españoles que hicieron tantos y tan grandes sacrificios para someter su comarca a la Corona de Castilla y a establecer su posteridad... El jefe de la Armada victoriosa, quien os ofrece la paz, puede reducirlos por la fuerza si persistís en una obstinación desesperada. Enarbolad la bandera que habéis tantas veces insultado, franquead vuestros puertos, abrid las puertas de vuestras ciudades a las tropas españolas, unid vuestras armas a sus armas y compartid el triunfo... Recibidnos como amigos y como hermanos. Os juro que pereceré con vosotros si las promesas del General en Jefe no son tan sagradas como os lo aseguro... Fragata *La Diana*, sobre las costas de la Provincia de Cartagena, 20 de julio de 1815.

Morillo sabía que ante esas murallas habían sucumbido desde corsarios a ingleses, y que sin casi artillería, someter la ciudad no iba a ser tarea fácil; Vernon había sucumbido con una fuerza inmensamente superior a la suya; intentaba agotar, pues, las vías de la reconciliación para evitar volcar sobre las costas de tan heroica ciudad la peste de la guerra. Desde un principio se había trazado el propósito de ser fiel a su plan de pacificación que no consistía en otra cosa que persuadir a los insurrectos de no cruzar espadas con sus hermanos peninsulares. Por eso también encargó al general Pascual Enrile dirigir cartas a Antonio Villavicencio y a Carlos Montúfar en Santa Fe, los dos regios comisionados, para civilmente pacificar el país y que influyeran en el gobierno andino en busca de una pronta dejación de las armas. Sus esfuerzos resultaron infructuosos, por lo que después de un largo reconocimiento del terreno, el sitio fue formalmente establecido el 18 de agosto de 1815, aunque ya desde julio la inmensa bahía estaba bloqueada.

Aparte de poner sitio a la Ciudad Heroica, Morillo también había dispuesto enviar una expedición de 2.500 hombres al mando de Calzada, quien partía de Barinas, Venezuela, para atravesar los Llanos Orientales por Casanare, territorio de la Nueva Granada. En Venezuela se quedaron 5.500 curtidos españoles reforzados por 10.000 venezolanos realistas para preservar el orden en el país. Cartagena, a su vez, estaba defendida por 2.600 veteranos y 1.000 reclutas; contaba con 360 piezas de artillería, mucha cantidad de pólvora y municiones; 7 goletas y balandros comandados por extranjeros, algunas lanchas cañoneras y 700 hombres situados en las sabanas de Corozal al mando de Martín Amador, hermano del presidente Juan de Dios. Intramuros, los traidores a su patria y españoles peninsulares Eslava, Cortés Anguiano, Tono y Bossa, comandaban puntos claves de la defensa. El castillo San Felipe de Barajas estaba defendido por el francés Luis de Rieux con 500 hombres, aquel doctor que había iniciado a Nariño en los secretos masónicos y en las consignas de la «Libertad, Igualdad y Fraternidad» que tanta desolación habían causado en América. Porque, finalmente, igualdad nunca hubo. Fraternidad, tampoco entre los pueblos escindidos. Libertad menos, porque los españoles

peninsulares no fueron un pueblo extraño a los españoles americanos y los libertadores se convirtieron en feroces dictadores. Por ello se debe decir que fue esta, más que una guerra de independencia, una guerra civil entre españoles de allende y aquende el mar. Una guerra de secesión de todos contra todos.

Las tropas del general Morales salieron de La Guaira el 5 de agosto en número de 2.128 hombres de los batallones Primero y Segundo del Rey. Debían cruzar el Magdalena y unirse con otro contingente de tropa en Sabanilla, procedente de Santa Marta, ciudad de la que salió el 2 de agosto. Eran los regimientos de León y Vitoria, acompañados de las compañías de Húsares, Zapadores y soportes de artillería. Unidas las fuerzas, el avance hacia la Ciudad Heroica se hizo en medio de la lluvia y las guerrillas del camino. La resistencia se encarnizó en Malambo, pero luego que fuera rodeada y acorralada, la guerrilla tomó refugio en la Casa Cural y presentó encarnizada resistencia. Las tropas de Morales avanzaron, prendieron fuego a la casa y allí perecieron 73 malambos.

Aprovechando los huecos del sitio, el capitán republicano Luis Brion pudo burlar el cerco y entró en la goleta *Dardo* el 30 de julio con 12.000 fusiles comprados en Londres, pero los fusiles, aunque necesarios, no eran comida. Esto da una idea de las reales intenciones de Inglaterra que, por un lado, hacía esfuerzos por reconciliar a España con sus posesiones y, por otro, permitía el contrabando de armas a los insurgentes. ¿O acaso podría pensarse que la compra de 12.000 fusiles en Londres podía pasar inadvertida por las autoridades inglesas? La páfida Inglaterra jugaba a dos bandas: una con Castelreagh, presionando para que las Cortes de Cádiz concedieran derechos comerciales a las provincias españolas de ultramar iguales a los que disfrutaban las provincias peninsulares; otra, permitir el contrabando de armas a los rebeldes, traídas de distintas partes por cuenta de la marina británica. Estos, supuestamente buenos oficios, habían terminado en julio de 1812 y, aunque a Inglaterra conviniera que el ejército español no se distrajera en guerras ultramarinas para que continuase ayudando a la lucha contra el tirano Napoleón, no deja de ser menos cierto que el doble juego lo mantuvo antes y después de esa fecha, presentándose ante su aliado con una doblez extraordinaria, como siempre lo hizo. ¿O a cuál otra causa podría atribuirse que el gobierno británico no hubiese impedido, sino tolerado y auspiciado, que sus empresarios prestasen socorro en dinero y armamentos a la causa rebelde de América? ¿Acaso Napoleón ya no estaba fuera del camino desde el 15 de junio de 1815 y la sangre española no se necesitaba más? ¿Podremos acaso ignorar que también ingleses e irlandeses contribuyeron con sangre vertida por sus legionarios a la lucha fratricida de América? No se puede descartar, por tanto, que esta artera intervención fuera la venganza de Inglaterra por la guerra que Carlos III y Bernardo de Gálvez desataron contra ella en La Florida y Luisiana que culminó con la conquista de Panzacola en 1781 y con la ocupación española de las Bahamas.

Como si lo anterior fuera poco, Bolívar escribe de Jamaica a un amigo suyo que Nicaragua y Panamá se podrían entregar a Inglaterra para que hiciese de esos países el centro del comercio mundial. ¿Acaso no era Panamá jurisdicción de la Nueva Granada, un territorio que proclamaba libertar? Por esto el tiranuelo caribeño continuó desde allí pidiendo al gobierno inglés una ayuda de 30.000 fusiles, un millón de libras esterlinas y veinte buques de guerra para dar la «libertad» a la América, que no era sino un ardid para volver a esclavizarla a la enemiga secular de España.

Era así como podrían recuperar con creces el comercio perdido, que en solo Venezuela sumaba siete millones de pesos anuales. En fin, ese hombre quería hacernos pasar de una aparente esclavitud a España a una evidente esclavitud a Inglaterra, un pueblo que hablaba otra lengua, tenía otra religión y mostraba otras costumbres. No, no era Madre Patria lo que buscaba, sino Madrastra. Tales propuestas terminaron por abrir los ojos a Inglaterra y exacerbar sus ambiciones comerciales. Y de las ambiciones comerciales, rápidamente se pasó a las ambiciones políticas de dominación y vasallaje extranjero, que es lo que realmente iba a suceder en los años venideros.

Los españoles hacían frecuentes desfiles militares con impecables uniformes y relucientes armas a manera de despliegue intimidatorio; también dejaban proclamas clavadas en estacas, avanzaban y retrocedían en piquetes sueltos para explorar los bosques circundantes, siempre cuidándose de que los tiros del recinto no los alcanzaran. Después de muchas maniobras de distracción, Morales logró apoderarse de la isla Barú y capturó la aldea de Santana. Pero estas no eran sino escaramuzas. La verdadera intención de Morillo era rendir la ciudad por hambre. Sabía que para esta guerra necesitaría de todos los hombres disponibles y, por lo tanto, no quería causar bajas innecesarias. Tenía todo el tiempo del mundo para esperar a que la ciudad se rindiese. No obstante, continuó dirigiendo más proclamas a los rebeldes porque, según él, su «conducta fraternal debía ser conocida de todos». No ahorró esfuerzo alguno para persuadirlos, sobre todo porque los caudillos rebeldes hicieron correr la voz de que el Pacificador era un tigre salido de la jungla que no tendría clemencia con quien se rindiera. Por eso el 22 de septiembre Morillo dirigió otra proclama a la ciudad sitiada por tierra y mar; he aquí lo que en ella decía:

Leales habitantes de Cartagena: vuestra suerte no da lugar a dudas; el hambre y las enfermedades se apoderarán de vosotros y este será el término funesto de esta lucha. Vuestros jefes huyeron y os dejaron como víctimas para pagar por los atentados a los que os arrastraron... ellos saben que el más clemente de los reyes ha decretado olvido general, saben con qué escrúpulo religioso cumplí esta, la parte más dulce de mi misión; pero ellos no quieren dejar de reinar sobre vosotros. Saben que ningún huérfano vendrá a pedirme a su padre, ninguna viuda a su esposo. Y sin embargo os dicen que yo he hecho caer cabezas por centenares en La Margarita, en Caracas y en otros lugares. Interrogad a las tropas de Venezuela que marchan a la vanguardia de mi Armada; preguntad a los habitantes de esta provincia cuál fue la conducta de mis soldados en medio de ellos. Mi corazón no es el de un tigre. No soy de esos hombres que con las riendas del gobierno en las manos, hacen masacrar impunemente a hombres sin defensa... Apresuraos a poner término a esta lucha... Desde el Cauca hasta el Sinú y Mompo, todo está ocupado por mis tropas. La Quinta División ha penetrado por las fronteras de Venezuela y la División Ligera del Brigadier Porras marchó el 11 hacia Ocaña para operar su unión... Os hablo por última vez. Si permanecéis sordos a mis voces, cuando seáis obligados a rendiros, ejerceré todo el rigor de la justicia, a pesar de los deseos del Rey y de mi propio deseo. Entonces seréis rebeldes subyugados por la fuerza... Cuartel General de Tordecillas, 22 de septiembre de 1815.

En la medida en que el sitio se prolongaba y se hacía más fuerte los cartageneros tuvieron que matar, salar y embarrilar burros y caballos. Se hicieron colectas públicas para furtivamente traer bastimentos de las islas inglesas. Las mujeres fueron obligadas a desprenderse de sus joyas y los altares se desvistieron de lo último que quedaba. Pero los vientos, las tempestades y el mar agitado se confabularon para impedir que las barcazas llegaran a su destino. Castillo se opuso a que los navíos de guerra efectuaran la misión pedida, al no considerarla vital para la defensa de la ciudad. Los corsarios, que veían en la misión una forma de obtener ganancias, comenzaron a conspirar contra Castillo. Este finalmente accedió, si previamente se hacía una operación de

abordaje y toma de la fragata *Ifigenia* que en Santana estaba siendo reparada, seguida de un ataque terrestre contra la guarnición que vigilaba la aldea. El comodoro Aury se opuso al plan y pensó que era mejor efectuar el ataque terrestre primero y luego abordar la nave. Encomendándosele la acción, finalmente hizo todo lo contrario; los españoles, que advirtieron la maniobra, le tendieron una emboscada y las dos operaciones fracasaron. Muchos soldados y oficiales perecieron. Enfurecido, Manuel del Castillo y Rada apresó a Aury y lo reemplazó con su hermano Rafael del Castillo y Rada que ya estaba en la ciudad. Para colmo de males, los españoles capturaron un convoy cargado de víveres y municiones de las haciendas cercanas que venía por el canal del Dique a Cartagena al mando de Sanarrucia, el mismo que había asesinado a los 14 españoles en las mazmorras de Cartagena. Emboscado y sin posibilidad de escape, Sanarrucia intentó abrirse paso amparado por la oscuridad de la noche, pero el bongo en que iba encalló en una trampa tendida; viendo que no tenía más salida que rendirse o morir, prefirió quitarse la vida. Como Pablo Morillo tenía conocimiento de lo que este asesino había hecho, mandó que cortaran la cabeza del cadáver y la enterraran en su caballeriza. Este procedimiento, surgido de la Edad Media, no era infrecuente propinárselo a los suicidas: separarles la cabeza del tronco era señal de protesta por el acto inmoral. El entierro en la caballeriza significaba el doble desprecio que Morillo sentía por los que asesinaban prisioneros de guerra.

Una vez más, Morillo dirigió otra proclama a todos los habitantes de la Nueva Granada:

Desde mi llegada a Cartagena os prometí libraros pronto de la esclavitud en que os retienen algunos hombres que no trabajan sino por su elevación; ellos son vuestros verdugos y ríen de vuestra miseria. Ellos quieren reemplazar al más amado de los reyes por pretendidos gobernantes nacidos de la astucia y de la hipocresía. Repasad en vuestra memoria los acontecimientos de vuestra insurrección y decidme si es mejor para vosotros ser los vasallos de una media docena de abogados y otros aventureros que quieren enriquecerse a costa de vuestra sangre, que los súbditos de un monarca poderoso... ¿Esta libertad, esta humanidad de que tanto hablan vuestros opresores, exigen que preserven sus propiedades, mientras que vuestras esposas y vuestros hijos perecen en el incendio de las vuestras?... La misión más halagadora que pueda recibir un soldado es llevar el olivo de la paz, en lugar de la espada de los combates. Y no sacarla más que para proteger a los pueblos y hacer respetar las leyes. Os prometo no separarme un solo instante de estos principios, tan conformes a mis sentimientos, aunque vuestros miserables jefes os hayan repetido que he cometido crueldades atroces en La Margarita y que hice cortar cabezas por centenares en Caracas, huyendo de esta provincia. Semejantes mentiras son el arma de los débiles... Cuartel General de Torrecilla, 23 de septiembre de 1815.

Los fracasos militares, sumados a un chisme que se propagó rápidamente, sellaron la suerte de Castillo y Rada como jefe militar de la plaza. El chisme era que Castillo iba a facilitar que Morillo ocupara la ciudad, pues ya estaba en comunicación con el Pacificador. Esto se atribuía a una carta enviada por Francisco Antonio Zea desde Jamaica en la que decía que se lo había oído a un oficial español. El rumor más fuerte que corría era que el infundio se lo había inventado Bolívar para acabar del todo con su archienemigo Castillo y Rada. Los oficiales Aury, Brión, Bermúdez y Soublette, los tres últimos venezolanos, se reunieron con el presidente Amador para que tomara cartas en el asunto. Amador nombró una comisión a la cual Castillo debía someter todas sus decisiones. Los conspiradores, encabezados por el general Francisco Bermúdez, obtuvieron el respaldo de otros oficiales venezolanos, se sublevaron y se apoderaron de uno de los recintos de la Sala de Armas. Bermúdez, el sanguinario Bermúdez, el mismo que había escapado a Chacachacare de manos de Morillo, al otro lado de la isla Margarita y que se había

llevado con él 500 hombres y 300 fusiles, fue proclamado Jefe Supremo de la plaza el 17 de octubre a las seis de la mañana. Inmediatamente un piquete de soldados se desplazó hasta la casa de Castillo, mataron a su edecán Juan Céspedes y arrestaron al General. Cartagena quedaba así gobernada por venezolanos, pues el presidente Amador dejó de contar para nada. Pidió licencia de su cargo y fue sustituido por su suplente, Elías López Tagle.

Castillo pidió pasaporte para irse al extranjero, pero este le fue negado. Luego se lo dieron, pero para asesinarlo en Bocachica. Enterado del plan, prefirió quedarse; y cuando al general Hore se le dio pasaporte para salir de Cartagena y marcharse en un bergantín, Castillo aprovechó para irse con él, pero el pueblo se amotinó cuando supo la noticia, lo obligó a bajar de la nave y lo redujo a prisión. Fue su hora trágica porque para él se aproximaba el último suplicio por cuenta de la ley restaurada.

Morillo cerraba esta etapa del conflicto con una nueva proclama, esta vez al pueblo de Venezuela. Dijo: «Venezolanos que habéis seguido a Bolívar: habéis desarraigado de vuestra patria para ser arrastrados por vuestro Jefe hacia un precipicio... Os ha reunido en esta provincia que inundó de sangre. Vencido, os abandonó...». E insta a las tropas llamadas «de Bolívar» a dejar las armas. Morillo mismo confirma que Bolívar había abandonado al pueblo cartagenero a su suerte. Lo mismo hace con los franceses que se encuentran en Cartagena, en otra proclama. Él mismo reconoce que «jamás general alguno utilizó semejante lenguaje para con una plaza que se encontraba reducida a semejantes condiciones». Pone a su ejército de testigo de su conducta y su sentido humanitario. Todo fue en vano: «Nada pudo hacer volver a estos culpables a la razón. El sitio se prolongaba. Cada día se tornaba más riguroso. No recibían socorro alguno de fuera. El hambre se hizo insoportable... La ciudad era un vasto hospital despojado de todo...».

En ese momento, se hizo fácil predecir que los futuros levantamientos de este país de los unos contra los otros iban a perpetuarse en el tiempo...

## **La patria enajenada**

Mientras en Cartagena se desarrollaba la lucha, en Santa Fe de Bogotá el Congreso se dedicaba a reglamentar los colores, el escudo de la Patria, la manera más adecuada de saludar a los funcionarios del nuevo régimen, que consistía en el mismo saludo a lo antiguo, y la forma del sello que se debía emplear en la correspondencia oficial para darle mayores visos de legalidad a los actos que allí se desarrollaban. Desde entonces la Nueva Granada pasó a Colombia entera el extraordinario hábito de poner sellos sobre firmas y sellos sobre sellos. Caso omiso hicieron de las súplicas que Cartagena enviaba solicitando ayuda. El presidente de la Junta, Juan de Dios Amador, escribía el 5 de agosto, con Morillo ya casi a las puertas de la ciudad, que «el puerto ha sido declarado en estado de bloqueo... No tardará en empezar sus operaciones dicha expedición... La causa de la Nueva Granada va a decidirse muy pronto en esta plaza; y crea US. que esta decisión será irrevocable... Venga, repito, dinero, y pronto, y podré entonces responder del suceso: no viniendo, mis mayores esfuerzos quedarán paralizados... y el éxito será en extremo dudoso».

Ante la falta de respuesta, Amador envió dos comisiones, una a Tolú, San Benito y Simití encabezada por su hermano Martín, y otra a Santa Fe, encabezada por el coronel Tomás Montilla, a fin de conseguir recursos para la guerra. Todo fue en vano porque Santa Fe consideraba haber cumplido con el envío de las tropas al mando de Bolívar y reprochaba a los cartageneros no haberle permitido la entrada a la ciudad. Parecía que reservaba su ejército para contener a los españoles tras los Andes y se contentaron con hacer rogativas y rezar novenas como todo apoyo. Montilla escribía al Gobierno: «Corren veinticinco días que existo en esta capital... y aún no he recibido un solo aviso de la entrega de los papeles que presenté. Insisto, ruego, importuno, y no veo aplicar remedio al mal: gimo a solas por la suerte de mi patria adoptiva».

El comisionado Martín Amador alcanzó a recoger 80.000 pesos que, finalmente, el gobierno central envió por vía de Antioquia en auxilio de la plaza, dinero que los realistas confiscaron en la batalla de las Sabanas de Corozal donde Martín comandaba una expedición terrestre. Sucedió que el Pacificador había despachado una columna al mando de Julián Bayer para tomarse el fuerte de Morrosquillo, pero en el camino Bayer se enteró de que en Chimá estaba acantonado Martín con su tropa. Decidió, pues, atacarlo por sorpresa, cosa que hizo, arrollándolo. Amador se retiró hacia Cereté y Montería, pero cruzando la sabana cayó sobre él el coronel Sánchez Lima, quien puso preso a Martín Amador y a Germán Ribón que lo acompañaba. El dinero del auxilio les fue confiscado. Tras su caída, Martín Amador fue llevado a Cartagena para ser enjuiciado; eventualmente lo condenaron a morir fusilado. No en balde a este estado de cosas se le puso el remoquete de «la Patria Boba», regida por una pléyade de ineptos que querían ocultar al pueblo santafereño la gravedad de la situación; temían un levantamiento a favor de la causa española. Estos señores se hicieron maestros del disimulo y desde entonces «disimular» se convirtió en la más acendrada virtud bogotana.

## **Cartagena resiste**

El «riguroso de las aguas» se había ceñido sobre Cartagena. Llovía y llovía. Ventarrones del sur, el mar de leva y un silencio de muerte cercaban la ciudad. Nadie hablaba. Los centinelas vigilaban transidos por el hambre y ensopados hasta los tuétanos. Las gentes en las azoteas, angustiadas, oteaban, inmóviles y cejijuntas, la esperanza. El único ruido era la lluvia que sin cesar caía sobre los tejados. Tampoco nada se movía. El ejército español permanecía inmóvil en las llanuras mientras los barcos se mecían sobre las olas a la espera del desenlace final. Lo único movido por el brazo humano era el catalejo de Morillo que, como el ojo del Argos, lo observaba todo. Cartagena volvía a estar sola. Sola ante el infortunio del ariete contra sus murallas. El ariete de España que todavía blandía haciendo acopio de sus últimas fuerzas.

Fue cuando pensaron entregar Cartagena al dominio de la Gran Bretaña. Sí, las ansias de entregar una parte de América al dominio británico no era tan solo idea de Bolívar; de ella estaban contagiados los gobernantes de Cartagena, quienes preferían la dominación británica a la española. Decía Juan de Dios Amador, ante el desvanecimiento de la resistencia: «¿Podemos dudar en estas circunstancias de que ya no nos es posible sostener la actitud de independientes?...

Salvemos el Estado de los horrores que debemos prometernos de un enemigo resentido y sanguinario, ofrezcamos la provincia a una nación sabia y poderosa, capaz de salvarnos y gobernarnos, pongámosla bajo el amparo y protección del Monarca de la Gran Bretaña». Esta no era cualquier traición. Era entregarse al gobierno de la enemiga de España y de la hispanidad. Estos payasos no ambicionaban tanto la libertad cuanto otro amo que les salvara el pellejo de la justicia española. Todos los legisladores convinieron en aceptar esta alta traición. Y por estos crímenes debieron pagar con sangre cuando la ciudad fue, finalmente, rendida.

Conviene decir que la mayoría de los historiadores omite mencionar esta ignominia histórica; prefieren hacer un silencio cómplice sobre este gravísimo pecado de lesa patria. Pocos nos advierten que el 13 de octubre de 1815 la legislatura cartagenera «acordó que el Gobierno... dispusiese cuándo y cómo tuviese por conveniente la Proclamación del Augusto Monarca de la Gran Bretaña en los términos antes acordados, comunicando a nuestra legación en Londres las instrucciones convenientes para asegurar bajo su augusta sombra y poderosa protección la prosperidad a que aspiran sus nuevos súbditos de Cartagena y hacer en su nombre el juramento de fidelidad». ¡Se les había olvidado el ataque de Vernon en 1741! ¡Juramento de fidelidad!, dicen, cuando el más filial y verdadero es el que vincula la sangre con la palabra. La declaración está firmada por el presidente Juan de Dios Amador, el comandante general José Francisco Bermúdez, el chapetón Manuel Cortés y Campomanes, y Mariano Montilla. El padre Miramón, en nota aparte, también accede a la traición en nombre de las Provincias Unidas. Pero Inglaterra, cuya política era apoderarse de las islas para sacar mejor provecho de su dominio del mar, muy pocas intenciones tenía de pisar tierra firme y meterse en un berenjenal de odios, disputas y ambiciones personales. Por ello no aceptó la jugosa, aunque endiablada, oferta. Era un regalo envenenado; un bulto de anzuelos para desenredar. Finalmente, el 4 de agosto Inglaterra respondió tales propuestas por boca del general Bathurst: «Por importantes que sean las ventajas políticas y comerciales que se ofrecen por los comisionados... y por mucho que Su Alteza deplora y condene las crueldades que los comisionados aseguran son de temer... puesto que su Alteza Real se halla en amistad con Su Majestad Católica, no se decidirá a tomar parte en apoyo alguno de los que se han declarado en contra de Su majestad Católica». Es decir, dio con piedra en los dientes a unos pordioseros de iniquidades; se habían olvidado del juramento de «derramar hasta la última gota de sangre» defendiendo la independencia que ahora querían entregar a un poder realmente extranjero. Se habían olvidado, en su demencia, que los ingleses habían exterminado los indios de Norteamérica y esclavizado como nadie a los negros, y de negros y de indios estaba llena Cartagena.

El 11 de noviembre los realistas, después de tres días de combate, se tomaron Tierra Bomba y apretaron aún más el cerco de hierro. Ya estaban en las goteras de la ciudad. Los insurgentes destacaron todas las fuerzas que pudieron para impedir el desembarco, pero todo fue inútil. Este cuarto aniversario del levantamiento fue acogido con un sabor agridulce porque los insurrectos impidieron, tras innumerables bajas en combate cuerpo a cuerpo con 150 soldados españoles, que los realistas pudieran tomarse La Popa. En el asalto pereció el valiente comandante español Maortúa que fue el primero en caer sobre la cortina del fuerte. Esto hizo que los Cazadores se retiraran dejando en el campo doce hombres muertos. El pírrico triunfo se celebró con 20 cueros

de res al pelo y dos barriles de vino obsequiados por la comandancia a los 130 valientes que quedaron en La Popa. Empero, el general Morales dejó constancia de que el ataque a La Popa había sido una operación de distracción para cubrir el verdadero objetivo estratégico que era Tierra Bomba.

### **El hambre, la peste y la muerte**

Morillo continuó su metódico avance y bombardeo de la plaza. Los defensores estaban a punto de la desesperación. Todos los comestibles se habían consumido y no quedaba para comer más que asquerosas sabandijas, repugnantes escarabajos y hasta babosas que viven en la humedad de baños y baldosas. Deploraban amargamente los cueros y chicharrones consumidos en el inútil festejo del 11 de noviembre. Las ratas se convirtieron en manjar exquisito. La yerba de los semovientes, entonces devorados por aquella desgraciada población, fue el desagradable sustento vegetal jamás antes comida por persona alguna. La peste pronto se volvió compañera inseparable del hambre y la debilidad. Los civiles masticaban las hojas de los árboles y caían sobre cualquier yerbajo que creciera entre las rendijas del cemento. Los centinelas caían muertos en sus puestos y al punto eran remplazados por otros seres febriles y expirantes. Algunos se fugaron, solo para caer desmayados o muertos en presencia de la tropa española.

Pero Cartagena no capitulaba. Estos criollos hijos de españoles, como los españoles mismos, eran duros como la espada forjada al yunque de los tiempos y las glorias. El 27 de noviembre, por orden del Gobierno, los famélicos ancianos, mujeres y niños no aptos para el combate, y en número aproximado de dos mil, empezaron a salir de sus madrigueras y tomaron la puerta de Santa Catalina hacia la ciénaga de Tesca al otro lado de la cual la artillería española aguardaba. Ni un solo cañonazo se oyó cruzar las ciénagas y los humedales. El mismo Morillo quedó conmovido por su miseria, aunque hizo saber que las leyes de la guerra lo facultaban para hacer devolver aquella marea humana de dos mil personas que, casi incapaz de cruzar los salobres pantanos, se tambaleaba en los lodazales o caía de bruces sobre el agua fangosa. Mil trescientos desgraciados perecieron ahogados en el cruce. Las madres desfallecientes alentaban a sus hijos a seguir adelante; el anciano animaba a la madre a que sacara fuerzas antes de morir. Los escasos setecientos que llegaron al otro lado fueron prontamente socorridos y apenas pudieron masticar el alimento que les fue ofrecido, muchos para morir a causa del mismo, porque las tripas las tenían ya pegadas al espinazo, o las unas contra las otras.

El bombardeo arreció el 30. Una vez más, Morillo recurre a la persuasión y escribe:

A las autoridades que gobiernan a Cartagena: había resuelto no tener con vosotros ninguna correspondencia... pero el aspecto de un gran número de infortunados a quienes el hambre y la miseria han hecho salir de Cartagena, ha conmovido mi corazón... Pero he querido escuchar más bien el grito de la humanidad; he querido acordar a estos desgraciados el favor de un plazo para ver si pueden poner término a los males que los colman... Que el gobierno de Cartagena escoja: o recibir de nuevo las familias que la necesidad ha obligado a salir de la plaza o devolverlas en el plazo de tres días, con la seguridad de que la clemencia del Rey no conocerá límites... Cuartel General de Torrecilla, 4 de diciembre de 1815.

Morillo suplicaba la rendición de la plaza; ningún general en situación similar había suplicado tanto. Era un buen hombre.

El 2 de diciembre, en pleno sitio y con la guerra más feroz, Bolívar escribió a los señores Cavero y Hyslop que «si Cartagena me llama volveré a defenderla o a sepultarme entre sus ruinas», falso ofrecimiento que por largo tiempo timbró en los oídos de los cartageneros. ¿Bromeaba? ¿A quién quería engañar? ¿A la Historia? ¿Acaso no le habían pedido suficientemente que se quedara en la ciudad para ayudarla a defender y, en cambio, había decidido coger las de Villadiego? Porque coincidió que ese mismo día, 2 de diciembre, Cartagena se rendía por hambre, sed y enfermedades. Solo era cuestión de formalizar la entrega. Morillo había logrado lo que el almirante Vernon no logró con muchos más recursos humanos, navales y artilleros. Su población estaba diezmada. Seis mil cadáveres insepultos yacían en las calles, casas y parques de La Heroica, contaminando el ambiente con su putrefacción. Los restantes 12.000 famélicos habitantes que quedaban no tenían alientos para seguir sosteniendo ideales republicanos, ni mucho menos un arma en la mano contra el tenaz embate de Morillo. De los 3.600 combatientes solo quedaban 700, ya sin fuerzas y transidos por el hambre para tenerse en pie. Las suelas de los zapatos fueron la última suculenta merienda que comieron los que todavía tenían zapatos. El 4 de diciembre el número de muertes por el hambre llegó a 300. La hora final se acercaba. El presidente encargado, Elías López Tagle, reunió su junta de gobierno para decidir la suerte de la ciudad. Nadie se atrevía a pronunciar la palabra capitulación. José María García de Toledo propuso que se emplearan los explosivos para volarse todos, españoles y cartageneros, cuando se rindiese la ciudad. Luego de agitada discusión la Junta decidió que lo mejor era evacuarla por mar, así se expusieran al cañoneo de la escuadra de guerra española. Juan Fernández de Sotomayor, Domingo Esquiasqui y Manuel Anguiano fueron escogidos para quedarse en la ciudad y entenderse con el Pacificador. Fueron héroes de una absurda causa.

### **La Ciudad Heroica capitula**

El 5 de diciembre de 1815, al amanecer, otras 2.000 personas, hombres, mujeres, ancianos y niños, salieron del muelle del Arsenal en 13 buques, de los cuales 7 eran de guerra. El paso a bordo se hizo en sigilo y los buques se llenaron desde las cubiertas y camarotes hasta las sentinas. Eso sí, se cuidaron de no llevar armas y de vestirse como civiles, despojándose de sus uniformes y de cuanta insignia pudiera delatarlos. Tampoco llevaban provisiones ni agua. Iban unos sobre otros, apiñados y famélicos, haciendo peligrar las embarcaciones. A la media noche se dio a la vela la escuadrilla y al llegar a Bocachica, silenciosamente evacuó la guarnición de los castillos San Fernando y del Ángel San Rafael, así como de la batería San José. En ese contingente de desgraciados iba, como uno más, el sanguinario Bermúdez, camuflado entre sus paisanos. Él y sus compinches venezolanos habían escapado con cuanto tesoro eclesiástico pudieron cargar, aprovechando la magnanimidad del sitiador, que se hizo el de la vista gorda para permitir la huida de los rebeldes. Uno de los tesoros robados por Bermúdez fue la valiosa custodia que Santa Fe había regalado a Cartagena.

Otro grupo de personas que logró salvarse fue la hermana de Bolívar, María Antonia, su esposo Pablo y sus cuatro hijos. Desembarcaron en Curazao, desde donde la hermana del Libertador solicitó a las autoridades de la reconquistada Venezuela le permitiesen regresar a Caracas. Quería volver a atender sus empresas familiares consistentes en dos ingenios azucareros en Macario, una hacienda de cacao en Tacarigua, once casas en La Guaira y cinco en Caracas. Alegaba que siempre había estado con el Rey, pero era sospechosa por haber huido de la ciudad con Bolívar. Las autoridades le negaron el retorno.

Hoy sabemos que les escribió el 28 de agosto de 1816 desde Curazao, insistiendo en que fue obligada a emigrar:

Cualquiera que haya examinado con reflexión la historia de estos acontecimientos no podrá dudar de que aquel terror y espanto que, difundidos sobre una grande y extendida población, me obligaron a emigrar; no fue obra de una voluntad libre, ni de una elección meditada... A Vuestra Autoridad suplico que en fuerza de las razones expuestas y en obsequio de la inocencia, se digne disponer mi admisión y la de mi familia en esa capital con la libertad y entrega de todos mis bienes tomando al efecto las justificaciones que van ofrecidas... el único delito en que podrán apoyarse los decretos negativos a mi admisión será el de llevar el apellido de Bolívar: ¿pero cuánta sería S. M. P. la deformidad que presentaría al mundo civilizado la idea de una legislación en que se confundiesen los reatos de un reo con las prerrogativas de un inocente y en que se hiciese responsable a toda una familia del delito cometido solamente por un miembro que no lo dirige ni le pertenece? ¿Cuánto sería el escándalo para el presente siglo... ver autorizado un destierro perpetuo, una confiscación de bienes... solo porque un pariente o un hermano se ha estrellado en los errores más detestados por las mismas leyes? Lejos de mí conceptos tan degradantes: jamás creeré que el augusto ministerio de la justicia se vista de los despojos de un asesino para buscar entre las tinieblas de la incertidumbre y en la obscuridad de los procedimientos el medio de ocultar sus terribles decretos... Yo estoy convencida de mi inocencia y de la rectitud de mis intenciones, y vivo satisfecha de que tratar de obscurecerlas y desfigurarlas, es una empresa tan difícil como hacer que no hayan existido los incalculables males de la revolución.

Es una carta dura y sincera a la vez; llama asesino a su hermano y se aleja todo cuanto puede de la revolución y sus excesos. Pero la Audiencia continuó incommovible hasta cuando en septiembre de 1817 falló a su favor, declarando que se desembargaran y entregaran libremente los bienes con los rendimientos y pensiones existentes y que se le reintegrase el importe de lo que se hubiese percibido cuando lo permitiesen las circunstancias. Pero esto no era suficiente para mitigar sus carencias y necesidades. En el Interin María Antonia se había visto obligada a emigrar a La Habana, desde donde dirigió nuevas cartas a la Audiencia, esta vez solicitando interrogar testigos de su conducta antibolivariana y realista.

Su deseo de volver a Caracas lo motivaban otras dos razones importantes: María Antonia había tenido ciertas relaciones adúlteras con el español Felipe Martínez, Oidor de la provincia de Caracas, de las que nació una niña en 1806 llamada Trinidad Soto y a quien dio a luz en secreto en una de sus haciendas, y que entregó a Juan José Soto, quien la crio y levantó con los dineros que ella periódicamente aportaba para su mantenimiento. La segunda razón era su otra hija, habida también por relación adúltera y de nombre Josefa Cabrera, de padre desconocido, a quien también aportaba dineros para su sostenimiento y a quien posiblemente entregó a otro señor del mismo apellido. Había, pues, incurrido en lo que ella misma criticó en su momento de Josefa Tinoco, la amante de su hermano Vicente, desaparecido en aguas de La Florida. La hermana del Libertador quería volver a saber de sus dos hijas, así fuera en secreto, aunque conocido, por cierto, en determinados círculos caraqueños. A su muerte ocurrida en 1842, el esposo de Trinidad,

Elías Delgado, reclamó a los herederos de María Antonia la parte de la herencia que debía corresponder a su mujer, cosa que satisficieron para evitar un escándalo ante los tribunales.

María Antonia Bolívar y Palacios había también recurrido a Alexo Ruiz, ex secretario de Estado y de Hacienda de Indias para que intercediese por ella ante el Rey. María Antonia adjuntó a esta carta una suya en la que explica al Rey su desesperada situación y le pide una pensión para su sostenimiento; le dice:

Nada más contrario Señor, a su modo de pensar que lo que establecieron aquellos fanáticos secuaces de la libertad imaginaria que proclamaron; nada más distante de sus ideas que la que con tanto afán trataron de fomentar y que solo ha conducido a la absoluta ruina de aquellas fértiles y hermosas provincias... La desgracia (así puede, Señor, llamarla) de tener un hermano a la cabeza de la facción revolucionaria, no podía menos de concitarle el odio y la abominación de la opuesta... Aún me queda, Señor, la esperanza de que mis lágrimas y mis tormentos tengan algún alivio en la Real piedad de Vuestra Majestad a quien con el mayor rendimiento suplico: se sirva que los bienes de la suplicante que se hallan todavía embargados y que la guerra que continúa en Venezuela la retraen de restituirse a aquella provincia.

Oyendo el Rey sus súplicas, agraciola con una pensión de 1.000 pesos anuales que luego fueron incrementados a 2.000.

Era así como la justicia real compensaba a los inocentes. Toda esta ruina fue cuanto dejó la quimérica libertad del Libertador, quien solo causaba desolación por donde pasaba. El resto de familiares no había corrido con la misma suerte. Su hermana Juana había quedado sin marido, sin casa y sin Guillermo, su hijo mayor. Vivía en una casa ajena que le había dado albergue. Su tía María de Jesús Palacios y Blanco había perdido a su marido Juan Nepomuceno Ribas, ajusticiado en Maturín; Francisco Javier Ustáriz, el marido de su otra tía María Paula Palacios y Blanco, había perecido a machetazos defendiendo el mismo sitio; su tío Francisco Palacios y Blanco también pereció en Maturín. Su otra tía Josefa Palacios y Blanco se encerró en un cuarto hasta cuando murió de tristeza en 1824 porque José Félix Ribas, su esposo, había sido capturado y su cabeza freída en aceite y expuesta a las puertas de Caracas. Valentín Ribas y Herrera, hermano del anterior, fue asesinado por sus esclavos en su propia hacienda. Su hermano Antonio José también cayó defendiendo Maturín. Mercedes Ribas, su hermana, fue arrojada a la calle con enseres y todo por no poder pagar el arrendamiento de diez pesos que demandaba su humilde vivienda. Las primas de María Antonia Bolívar, las Jerez y Aristiguieta, mujeres de alta distinción social, cayeron en similar desgracia; a Teresa le mataron dos hijos en la guerra, uno de ellos en la batalla de La Victoria y el otro en la toma de la Casa Fuerte de Barcelona; ninguno era mayor de quince años. Juan Jerez y Aristiguieta, su hermano, pereció en Cumaná, ajusticiado junto con su hijo. Su otra prima Belén, del mismo apellido, y con quien Bolívar tuvo una aventura amorosa en Angostura, anduvo de pueblo en pueblo hasta volver del exilio forzosamente a Caracas; con una hija y una nieta, pidió auxilio al Libertador, recordándole sus viejos amores, pero nunca obtuvo respuesta. Cuando llegó a Caracas se encontró con todos sus bienes destruidos y sin siquiera dinero para comprar lumbre e iluminar la pobre estancia que la acogía. Belén Jerez y Aristiguieta había sido una de las doncellas más bellas y apetecidas de Caracas; tanto que el Libertador no quiso perderse de ese manjar, por pariente suya que fuese. Su infortunio creció cuando tuvo que hacerse cargo de las cinco huérfanas que dejara su hermana María Antonia Jerez, fallecida en Tenerife a donde fue a encontrarse con su marido tras el éxodo de Caracas; apenas hubo llegado a la isla su esposo moría y ella, viuda, abatida y sin recursos se entregó a la pena hasta morir de

tristeza.

Por su parte Morillo, conmovido ante la miseria del pueblo de Cartagena, no desarrolló acción alguna contra estos infelices, sino que, al contrario, permitió que Henry Louis Ducoudray Holstein, comandante del castillo San Fernando —rebelde compañero de Bolívar y testigo excepcional de todo cuanto aconteció— proveyera de algunos alimentos a estas gentes que huían cual almas en pena. O, ¿cómo de otra manera podría explicarse que la escuadra que bloqueaba la boca de la bahía no hiciese fuego sobre los fugitivos y hundiera sus desvencijados buques? El capitán Sevilla, el mismo que narró el recibimiento que Caracas hizo a las tropas españolas de Morillo, nos cuenta que este había dado órdenes para «que no se hiciese daño ni se maltratase a vecino alguno que no pusiese resistencia; únicamente debían exigir la entrega de las armas bajo pena de muerte».

La narración de estos hechos demuestra que Morillo no era el hombre cruel que la historiografía patriótica ha descrito. Estos «monstruos» —según los llamaban los independentistas— se regían más por las leyes de la guerra y las convenciones judiciales que los criollos. Por eso no nos resultó del todo convincente que se afirme que el 7 de diciembre el general Morales hizo pasar a cuchillo a 400 paisanos refugiados en Bocachica, después de haber publicado un bando que otorgaba el perdón a todos los que abandonasen la lucha. No porque el evento fuese improbable, dadas las condiciones personales del general Morales cuyos métodos de crueldad eran de todos conocidos, sino porque ello habría contradicho gravemente las órdenes dadas por un oficial superior, Pablo Morillo, algo inadmisibles en el ejército español; en segundo lugar, porque las guarniciones de los castillos San José y San Fernando no albergaban tanta gente, ni siquiera al inicio del sitio; en tercero, porque las proclamas de Morillo no dejan duda alguna sobre sus gestos humanitarios. Sabemos que en el castillo San José había 56 hombres al mando del venezolano Pedro León Torres y en San Fernando apenas 80 hombres de línea al mando del coronel Ducoudray Holstein. ¿De dónde, pues, las cifras de 400 asesinados? Por último, porque no se encuentra documento alguno que lo atestigüe, que lo ordene o que lo denuncie. Ya Morillo había ofrecido acoger a los emigrados siempre y cuando la ciudad se rindiese en el término de tres días, luego el hecho resulta demasiado dudoso.

Es también dudoso que, como se afirma, Bolívar hubiese partido de Jamaica el 18 de diciembre para auxiliar a Cartagena, según manifestación que hiciera a Cavero y Hyslop, cuando desde el 2 Cartagena estaba ya prácticamente en poder de Morillo. Según han registrado los historiadores —y Lecuna no es una excepción— el capitán Barbañan del corsario *El Republicano* advirtió en alta mar a Bolívar que ya Cartagena había caído en manos españolas, por lo que este puso proa hacia Haití. De allí que surjan las siguientes preguntas sobre la pretendida expedición de Bolívar: ¿con cuál fuerza iba Simón Bolívar a atreverse a penetrar la bahía de Cartagena, bloqueada firmemente por los españoles? ¿Y cómo sería eso posible si se fue, precisamente, a Haití a buscar protección del gobierno republicano de Petion para que le diera armas y recursos para una próxima expedición? ¿Podremos creer semejante infundio cuyo único propósito es engrandecer la figura del Libertador hasta convertirla en un verdadero mito de desprendimiento y sacrificio de su propia vida?

No, Bolívar, quien abandonaba los escenarios bélicos cuando su causa estaba en peligro, no

iba a cometer semejante desvarío con un puñado de hombres y sin tener en cuenta cómo Cartagena y sus defensores habrían de recibirlo, después de haber abandonado a sus tropas y a la ciudad. Son muchos los historiadores que han caído en la trampa de creer que este hombre, que siete meses antes había huido ante la cercanía del ejército de Morillo, iba a regresar, él mismo sin recursos bélicos, a una ciudad ya devastada por el hambre y también carente de recursos materiales para su defensa. No obstante, es cierto que escribió a su protector Hyslop una última petición de fondos en la que le decía: «Así suplico a Vd. se sirva suministrar el dinero que Vd. pueda, para ejecutar esta empresa, en la inteligencia de que, en llegando a Cartagena, le pagaré a Vd. la suma total».

Esta carta ha desviado a muchos historiadores a creer en esa descabellada aventura y hasta Salvador de Madariaga cae en la trampa. Reflexionemos: ¿de dónde iba a devolver esta suma en una ciudad que había fundido la plata de sus iglesias para sobrevivir? ¿Con cuáles recursos humanos y logísticos conseguidos en La Heroica pensaba derrotar el ejército de Morillo? ¿Con cuáles recursos propios iba a conducir la guerra, si Bolívar no tenía ni un peso y la guerra se hace con dinero?

El rumor que corría era que Bolívar vendría a salvar a Cartagena en una corbeta de 28 pies. Pero era solo un rumor. Morillo ni caso hizo de ese chisme por considerarlo altamente improbable. El Libertador usó esta argucia para obtener fondos vitales para su subsistencia y para la satisfacción de sus apetitos carnales, pensando en que, algún día no precisado, habría de llegar a Cartagena, o a la Nueva Granada, a pagar sus deudas. Para eso tenía engrupido a Hyslop diciéndole que «los montes de la Nueva Granada son de oro y de plata; un corto número de mineralogistas explotarían más minas que las del Perú y Nueva España». Era muy avisado.

Es prueba de lo anterior que escribe a Hyslop el 30 de octubre, un mes antes de su pretendido desembarco en Cartagena: «Ya no tengo un duro: ya he vendido la poca plata que traje. No me lisonjea otra esperanza que la que me inspira el favor de Vd». ¿Puede ser esta la carta de alguien que se va a lanzar a la aventura de «liberar» una ciudad sitiada? Pues no, porque aunque Bolívar era un romántico, no era un loco. Más cercano a la verdad es que la plata saqueada a las iglesias de Cartagena, y posiblemente la saqueada en Santa Fe, le alcanzó para refugiarse en Jamaica por un tiempo, después del cual tuvo que pedir auxilio. Tan pobre estaba, que vuelve otra vez a la carga el 4 de diciembre, un día antes de la rendición formal de la plaza «tengo que molestar a Vd. de nuevo con mis súplicas. He salido de la casa donde vivía... Esta maldita mujer me cobra ahora más de cien pesos de gastos extraordinarios, que verdaderamente son injustos... yo no tengo un maravedí, así suplico a Vd. me haga el favor de mandarme estos cien pesos para pagar a esta mujer».

El único hecho realmente comprobable es que Bolívar se marchó a Haití después del atentado que casi le cuesta la vida en Jamaica, donde su asistente, el negro Pío, clavó un puñal en la hamaca donde siempre dormía; esa noche, sin embargo, Bolívar había cedido su hamaca a José Félix Amestoy, quien debía partir al día siguiente en una comisión. Amestoy apareció muerto y Bolívar vivo. Es historia oculta que Bolívar se salvó porque esa noche estaba durmiendo con una joven dominicana de nombre Luisa Crober, posiblemente conseguida por su casera, una celestina. Lo decimos porque, furibundo, y tal y como hemos visto, se queja a Hyslop en la carta del 4 de

diciembre, diciéndole: «Esta maldita mujer me cobra ahora más de cien pesos de gastos extraordinarios», que no eran otros que cobros por conseguirle y traerle hembras a su lecho.

### Los «retratos de la muerte»

Cuando Morillo entró triunfante en la Ciudad Heroica el 6 de diciembre de 1815 se encontró con un espectáculo desolador. Silenciosamente, a paso lento y sin marchas triunfales, el General ingresó a presenciar lo que habría de hacerle soltar lágrimas de compasión tras 116 días de asedio. Lo que vio no eran humanos, sino esqueletos vivientes, «retratos de la muerte» —según dijo un testigo presencial, el capitán Rafael Sevilla— que literalmente se apoyaban en las paredes de las casas para no desfallecer a causa del hambre. La comida se había agotado de manera absoluta hacía 22 días. Así, vio cómo las gentes remojaban el cuero en tanques de tenería, o roble, para curtir y se lo engullían como si de un manjar se tratara. De las bellas cartageneras no quedaba ni la sombra. Los supervivientes de la tragedia se abalanzaban tambaleantes sobre las tropas para meter la mano en sus mochilas en busca de pan, galletas u otros alimentos. «¿Son estos los asesinos de nuestros catorce hermanos oficiales?», alguno gritó, pero un oficial que iba algo detrás inmediatamente respondió: «¡Calla, hombre, y muévete a espanto, si no a compasión!». Y fue así como el ejército español abrió sus mochilas y cantimploras para dar de comer y beber a tanto desgraciado. Morillo ordenó traer rancho suficiente para salvar a aquellos miserables que otrora habían sido prósperos ciudadanos de una joya del Imperio, una de las más hermosas ciudades que España pudo fundar en el Nuevo Mundo y que difícilmente iba a recobrar su pasado lustre y prosperidad. Cartagena había perdido unas 7.300 personas durante el sitio, entre muertos en combate y por hambre, sin contar con los 4.000 emigrados que jamás regresaron a su tierra.

El propio Morillo escribe en sus *Memorias*:

Finalmente y después de un sitio de 116 días durante los cuales se vio de un lado el valor y la constancia y de otro la temeridad y el desespero; en el momento en que una parte de los habitantes de esta desgraciada ciudad había sucumbido al hambre y a las enfermedades y otra habría de seguirlos, los jefes de la insurrección, bárbaros como el primer día, huyeron y se abandonaron a la suerte, dejando a sus desgraciadas víctimas entregadas a la ventura y a la discreción de un vencedor que parecía estar obligado a ejecutar todo el rigor de las leyes y del derecho de guerra. Mis tropas ocuparon inmediatamente la ciudad. Su aspecto fue para mí el espectáculo más doloroso de mi vida. No era más que un vasto cementerio en que se veían vagar aún unos esqueletos apenas animados. Cadáveres apilados en las casas y en las calles expandían desde lejos un olor pestilente que aumentaba el horror y testimoniaba la ferocidad y los crímenes de los verdugos de esta malaventurada ciudad. Mi Armada, esta Armada victoriosa que todo lo había sufrido durante el sitio y cuya indignación había sido testigo del infame asesinato de 14 oficiales de la expedición del General Hore, hechos prisioneros en el mar; esta Armada se distinguió por la generosidad, las virtudes y la disciplina más raras. Ella escuchó mi voz. Respondió a mis deseos y un signo de mi parte bastó para que los moribundos de Cartagena, en lugar de la espada que debía terminar al mismo tiempo con sus males y con su existencia, no encontraran más que amigos y hermanos que compartían su ración con ellos. El vencedor daba su pan al vencido. Las plazas públicas y las calles se llenaban continuamente por grupos numerosos de soldados que socorrían a los desgraciados caídos en nuestro poder y se oían por doquier las bendiciones dirigidas por los habitantes a sus generosos libertadores mientras que, de acuerdo con mis órdenes, se les distribuía una sopa abundante que podía reparar las fuerzas y la salud. Tal fue mi conducta... conducta que —no tengo ningún temor en afirmarlo— no encuentra ejemplo, en circunstancias semejantes, en ningún país, de parte de ninguna Armada ni en ningún tiempo.

Por aquellos días cayeron en manos del General catorce cargamentos de carne y harina que repartió entre los hambrientos ciudadanos, según relata el capitán Rafael Sevilla, amén de haber hecho una suscripción de fondos entre sus oficiales para comprar comida y repartirla. El parte oficial de Morillo fue el siguiente: «La ciudad presentaba el espectáculo más horroroso a nuestra vista. Las calles estaban llenas de cadáveres que infestaban el aire, y la mayor parte de los habitantes se encontraban moribundos por resultas del hambre». Él mismo había perdido 3.125 hombres, de los cuales 1.825 eran españoles y 1.300 venezolanos realistas, además de 3.000 heridos que yacían en los hospitales de campaña. En boca de Sevilla:

Morillo había mandado a sus oficiales de estado Mayor a prevenir a todos los jefes de cuerpo que no se hiciese daño ni se maltratase a vecino alguno que no opusiera resistencia... No eran hombres, sino esqueletos; hombres y mujeres, vivos retratos de la muerte, se agarraban a las paredes para poder andar sin caerse... Ante aquel espectáculo aterrador, todos nuestros compatriotas se olvidaron de que aquellos eran los asesinos de sus compañeros, y no solo les dieron cuantos artículos de comer llevaban, los que devoraban con ansiedad aquellos desgraciados, cayendo muchos de ellos muertos así que habían tragado unas cuantas galletas, sino que se improvisó rancho para todos, y sopas para los que no podían venir a buscarlas... El mal olor era insufrible, como que había muchas casas llenas de cadáveres en putrefacción... Lo primero que dispuso el general Morillo, una vez en la plaza, fue con lo que por la tropa y los paisanos que pudiesen trabajar, se abriese una gran fosa y enterrasen a aquellos montones de cadáveres que infestaban la población. Muchas carretadas llenas de ellos se sacaron de las casas, depositándolos en la fosa común; pero por grande que fuere el zanjón que se hizo, no pudo contenerlos a todos, y hubo que llevar a muchos en piragua para arrojarlos al mar.

Luego se procedió a desinfectar las viviendas y la ciudad se vio envuelta en el humo de un sahumero que evitaba el contagio.

Otro testigo de la época, Michael Scott, detenido como sospechoso por haber naufragado cerca de Galerazamba, sitio en el que no debía estar ningún extranjero a menos que fuese simpatizante de los rebeldes, nos describe aquel teatro de muerte:

Entramos por la puerta del Arrabal [de la Media Luna] y desfílamos a través de lúgubres escombros; los acordes de músicas marciales resonaron entre aquellas ruinas con fúnebres ecos... bajo el arco abovedado [de la Boca del Puente] vimos a una mujer de aspecto al parecer distinguido, casi en los huesos, y débil como una criatura, recogiendo algunas basuras asquerosas cuya posesión le había querido disputar a un gallinazo. Un poco más adelante los cadáveres de un misero anciano y de los niños se descomponían bajo el sol, mientras que detrás de ellos un desdichado negro ya agonizante procuraba espantar con una hoja de palmera un grupo de gallinazos... mas en vano, que ya los repugnantes pájaros habían devorado, hasta dejar en esqueleto, el cadáver de uno de los niños. Antes de dos horas el fiel esclavo, y los cuerpos que piadosamente defendía eran pasto de los asquerosos gallinazos.

El 31 de diciembre Morillo informó a sus superiores que a Castillo y Rada junto con «otros rebeldes y asesinos... se les impondrán las penas a las que se hayan hecho acreedores por sus maldades según las leyes». Escribe en sus *Memorias*:

Un gran número de quienes habían contribuido a la obstinación de este sitio se convirtieron en mis prisioneros; los principales y más culpables se le confiaron al General Don Francisco Montalvo, quien permaneció encargado del Comando de la plaza y en consecuencia fueron llevados a un Consejo de Guerra, juzgados y condenados a muerte. Los otros permanecieron prisioneros y fueron puestos en libertad algún tiempo después. La sangre de las víctimas inocentes de su ambición desastrosa pedían venganza. Sus crímenes horribles exigían un castigo ejemplar. La Ley los condenó, la Ley aplicada por un Tribunal legalmente constituido. Los procesos existen. Ellos dirán si yo engaño a la Nación.

A diferencia de lo que se cree, una vez tomada la ciudad de Cartagena no fue Morillo el que ejecutó las sentencias a muerte proferidas por el Consejo de Guerra, ni siquiera las ratificó, ni fue el responsable directo de las sentencias. Ocurrió así, según resulta de autos: don Francisco Montalvo había sido nombrado Capitán General del Reyno, pues el Virreinato había sido temporalmente suprimido; Montalvo, ante la petición del auditor de guerra don Anselmo de Bierna y Mazo, le envía una lista de los presos a ser juzgados. La lista fue certificada por Morillo y en ella aparecen Manuel del Castillo, Martín José Amador, Pantaleón Germán Ribón, James Stuart, Antonio José de Ayo, José María Portocarrero, Manuel Anguiano, Agustín Betancourt, Salvador Marimón, Andrés López, Rafael Monasterio, José Trujillo (diácono), Jerónimo Puente, Rafael Cardiales, Manuel Iriarte, Francisco Paniza y Ventura Ferrer. De estos 17 solo quedaron en la lista los 11 primeros, pues a partir del diácono José Trujillo, los restantes quedaron excluidos del juicio.

La meticulosidad procesal española hizo que pronto las autoridades chocaran en criterios atinentes a la competencia para juzgar a los reos. Don Anselmo de Bierna y Mazo era del parecer de que fuesen juzgados por un Consejo de Guerra. Eran tiempos de conmoción y a los traidores se les juzgaba dentro de la jurisdicción militar y no la civil, particularmente cuando la seguridad del Estado estaba en juego. Montalvo, empero, quería dejar el asunto en manos de Morillo, quien, no queriéndose hacer cargo de disquisiciones jurídicas, disgustado se decantó por el Consejo de Guerra y asignó la responsabilidad a Montalvo. El Capitán General, entonces, decidió el 9 de enero de 1816 procesar a los reos, que ya eran 13 en la lista, y nombró juez de la causa al capitán José Ortega. En total, se llamaron a comparecer a 21 testigos. El 16 de enero el auditor Bierna y Mazo informó a Montalvo que de los 13 reos eran dignos de juzgamiento 9, pues contra los otros 4 no había habido testigos de nada. Entre estos últimos estaba Rafael Tono, que se salvó del patíbulo. Como se observa, el debido proceso siempre formó parte esencial de los procedimientos jurídicos españoles en las Indias, luego no es como se ha afirmado que se comenzó a fusilar a todos por simple sospecha.

Los insurgentes que no pudieron escapar de la justicia fueron procesados con todas las de la ley. El día 17 se nombraron los defensores de los reos; por ejemplo, a Castillo le nombraron a Leandro García, Teniente del Real Cuerpo de Zapadores; a Amador, a José Martínez, Subteniente de Infantería del Rey; a Stuart, a Rodrigo Álvarez, Teniente de Infantería del Rey, y así a todos los demás procesados. La indagatoria terminó el 25 y a partir del 26 comenzó el careo entre testigos y sindicados. Por enfermedad, el juez Ortega se reemplazó con el capitán Melchor Castaño y el juicio prosiguió sin contratiempos. El 5 de febrero se cerró la investigación y se abrió la etapa de alegaciones, que quedó concluida el 18, fecha en la cual se nombró el Consejo de Guerra compuesto por oficiales de alta graduación que profirió sentencia de muerte el 20 de febrero tras dos días de sesiones. Dejo constancia de que para este momento y desde el 16 de enero Morillo ya había abandonado la ciudad y marchaba hacia el interior del Reyno. Luego nada tuvo que ver con el enjuiciamiento y ajusticiamiento de los cabecillas de la secesión que fueron condenados como sigue: 1. Confiscación de bienes y a morir en la horca: Manuel del Castillo y Rada, Martín José Amador, Pantaleón Germán Ribón, James Stuart, Antonio José de Ayo, José María García de Toledo y Miguel Díaz Granados. Estos dos últimos no aparecían en la lista inicial, por lo que

tenemos que concluir que fueron incluidos posteriormente en el juicio, tal vez como resultado de su posterior captura. 2. Degradación y muerte a Manuel Anguiano por fusilamiento y de espaldas, por no juzgarlo digno de mirar de frente al pelotón. 3. Confiscación de bienes y fusilamiento por la espalda a José María Portocarrero, por las mismas razones. 4. Se ordena que la cabeza de Ribón sea empalada en la Villa de Mompox.

Todos los condenados eran personajes de la más alta posición económica y social. Pero los españoles no sabían mucho de horcas, y por eso Montalvo la conmutó por el fusilamiento por la espalda a todos los condenados, diciendo: «Al fin llegó el momento en que la Providencia ha querido poner término a sus maldades y la autoridad los envía a servir de público escarmiento para amigos de novedades de esta naturaleza».

Manuel del Castillo y Rada había sido capturado en el convento de Santa Teresa y se defendió argumentando que, al contrario de lo que se pensaba, él no quería la independencia de España y que a esta postura personal se debía su enemistad con Simón Bolívar, a quien llamó «bárbaro» y «antropófago». Pero los españoles no eran tan tontos como para creerle semejante historia. Le preguntaron por qué, si era partidario del Rey, no lo había hecho reconocer cuando desempeñó el cargo de comandante de la plaza. Contestó que la constitución proclamada no se lo permitía. Intentó persuadir a sus jueces de que esa comandancia estuvo al servicio del Monarca al «no habérsela entregado al sanguinario Bolívar cuando este se presentó ante ella» y añadió que estaba entre sus planes entregar la plaza a Morillo, pero que no lo hizo porque «fui atacado de un dolor de costado que me redujo a la cama». La disculpa debió causar risa a los jueces por lo pueril que resultaba. Alegó, además, que lo habían depuesto del mando y que estuvo preso durante buena parte del sitio. Pero los jueces le hicieron las cuentas: desde el 18 de agosto, fecha en que Morillo llegó, hasta el 17 de octubre Castillo había estado a cargo de la defensa de la plaza, con lo cual había tenido por lo menos dos meses para entregarla. Le preguntaron: «¿Acaso os dolió el costado tanto durante dos meses que os incapacitó el habla?», por lo que hubo risotada abierta en la sala.

Su causa se vio definitivamente hundida cuando alguien testificó en su contra señalándolo como uno de los firmantes del Proyecto de Guerra a Muerte en uno de cuyos artículos se decía que «Como esta guerra se dirige en su primer y principal fin a destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos... quedan, por consiguiente, excluidos de ser admitidos en la expedición, por patriotas y buenos que parezcan, puesto que no debe quedar ni uno solo vivo», como ya lo referí. Sus intenciones quedaron plenamente reveladas cuando él y Bolívar añadieron «Como jefes primero y segundo de las fuerzas de la Unión... aprobamos las precedentes disposiciones, exceptuando únicamente el artículo segundo, en cuanto se dirige a matar a todos los españoles europeos, pues por ahora, solo se hará con aquellos que se encuentren con las armas en la mano». Este «por ahora» cantaba más claro que un turpial. Cuando esto fue leído, Manuel del Castillo y Rada palideció. «Canalla, miserable», alguien de la galería gritó y el orgulloso Comandante quedó vencido y anonadado por el alcance de lo firmado. No pudo menos que volver a maldecir a Bolívar de quien dijo era el único que, en realidad, merecía esta suerte.

García de Toledo, Díaz Granados y Ayo afirmaron que tumbaron al gobernador Montes el 14 de junio de 1810 porque este había sido el verdadero traidor al Rey porque pensaba que si España sucumbía ante el poder napoleónico la América iba a seguir su suerte y, por lo tanto, había

que romper los lazos con la Madre Patria. También lo acusaron de ser embajador de José Bonaparte en Washington, cargos que no pudieron sustentar y que, de todas maneras, resultaban contradictorios. Estas acusaciones fueron una constante en casi todos los demás levantamientos provinciales, porque a la mayoría de autoridades depuestas las llamaron «criaturas de Godoy». A los reos cartageneros preguntaron por qué habían aceptado cargos públicos del régimen revolucionario del 11 de noviembre de 1811, y todos contestaron que por estar en contra del partido piñerista; se declararon víctimas de la insurgencia, pues Ayo había sido flagelado por ellos; también dijeron que García de Toledo había sido agredido por las turbas piñeristas y Díaz Granados puesto preso. En fin, alegaron haber ocupado tales cargos más por miedo a las represalias que por convencimiento propio y Amador llegó al extremo de decir que le temía a su hermano Juan de Dios, presidente de la Junta. Todos a una dijeron que los únicos que querían la independencia eran los de la facción de Piñeres y, en el caso de Ribón, aseguró que Vicente Piñeres era quien lo ponía a firmar todos los papeles oficiales, sobre los que él tenía escrúpulos. Claro, lo que no dijo era que tales escrúpulos eran salvables. Esta indignidad motivó a Morillo a recomendar que «con este individuo debe hacerse ejemplar castigo en la Villa de Mompo».

El único que mostró un valor infinito hasta el final fue James Stuart, quien no se acobardó en todo el proceso e insistió en su amor por la libertad; y aunque expresó su desilusión del gobierno republicano por su «falta de moral», al preguntársele por qué no se había pasado al bando realista cuando tuvo oportunidad de hacerlo al regresar del Magdalena, contestó «porque al añadir mi nombre a la lista de los que desde Coriolano, hasta el presente, se han pasado al enemigo, hubiera sido un motivo de ignominia que me habría obligado a llevar una existencia miserable a trueque de salvar la vida perdiendo el honor, que es lo único que la hace valer».

### **Los revolucionarios cartageneros son ejecutados**

En la víspera de la ejecución, Montalvo se dirigió a los cartageneros, diciéndoles: «Mañana serán ejecutados. Las leyes los han condenado y yo me lisonjeo de haberles dejado usar libremente de todos los medios de defensa. He querido imitar la real clemencia del más benigno de los soberanos que, aun procediendo lleno de justicia, derrama lágrimas sobre sus vasallos delincuentes, objeto de su ternura hasta en el suplicio». Los condenados fueron fusilados el 24 de febrero de 1816 y conducidos con toda la pompa militar al sitio del suplicio donde se alzaban sendos banquillos puestos junto a postes clavados en tierra y frente a la muralla. Estaban pintados de negro. La banda militar acompañó a los cabecillas de esta sangría hasta los banquillos con redoble de tambores; ocho sacerdotes y ocho clérigos menores también los acompañaron al patíbulo, cantando todos los salmos de los agonizantes; varios oficiales a caballo venían detrás, precedidos por cuatro pelotones de fusileros compuesto de doce soldados cada uno; los prisioneros portaban sendos crucifijos, venían vestidos de blanco y eran asistidos por dos religiosos. Los reos de muerte fueron puestos a horcajadas en los banquillos y, de espaldas al pelotón de fusilamiento, fueron atados de manos a los postes. Stuart fue el único que resistió ser puesto de espaldas y atado de manos; gritó: «¡Podréis asesinar me, pero yo soy un súbdito inglés, y

no un traidor al Rey de España para morir como tal!». Stuart quería morir de pie, y el comandante, caballerosamente, no se lo impidió. Como un monje lo protegía del calor incandescente con un parasol y ya se había decidido su suerte, lo besó en ambas mejillas y se retiró. Stuart, dirigiendo unas últimas palabras al cura, dijo: «Todavía no, Padre; es tan grata la sombra!». Luego vino la orden «¡Apunten... fuego!», y la descarga de fusilería le arrancó la vida. Murió como un valiente. Todos cayeron ese día y fueron enterrados en una fosa común después de transportar los cadáveres en una carreta al cementerio de La Manga. Fue un triste fin para quien, como Castillo, había alardeado resistir como don Blas de Lezo.

Sobre tal alarde, nos cuenta don Joaquín que a él se lo narró un tal Inocencio Rodríguez, uno aquellos dos mil desdichados que Morillo permitió salir de la ciudad y huir cuando esta ya estaba a punto de caer; que no fueron pocas las veces que se oyó a Castillo alardear de que él contaba con fuerzas superiores a las de Lezo y trescientas sesenta piezas de artillería con que dar cuenta de los 8.500 hombres con los que contaba Morillo para asaltar la ciudad. Es triste decirlo, pero en lo único que se pareció a Lezo fue en la tumba desconocida en que fue enterrado... Este fue el triste fin del hijo de Nicolás del Castillo, alicantino, y de doña Manuela Rada y La Torre Berrío, perteneciente a la casa de los condes de Santa Cruz de La Torre.

No fue, sin embargo, el único que alardeó. También lo hizo Juan Nepomuceno Eslava, aquel brigadier español que tenía a cargo la armada republicana, cuando el 3 de agosto de 1815 recordó en una proclama que su pariente, el virrey Eslava en tiempos de Blas de Lezo, tuvo a su cargo la defensa de la plaza cuando fue atacada por el almirante Vernon en 1741. Dijo: «¡Ah, amigos queridos! No son los españoles del día como en tiempos de Alejandro Farnesio: la tropa que debe atacarnos no es otra cosa que el producto de aquellas cuadrillas de bandidos... que infestaban caminos y poblaciones... Yo sé y os aseguro que no hay otro medio que morir o vencer; este es mi mote, si hay alguno que me siga correré al sepulcro lleno de consuelo, pues jamás me retractaré del sagrado juramento que tengo celebrado ante el Gobierno... y que mi pecho sea una segunda muralla que los defienda y proteste su independencia». Pero este señor no ofrendó su vida. ¡Figura en la relación de los emigrantes que a última hora salieron a hurtadillas de Cartagena!

Según la lista que tengo, así también se ejecutaron entre el 4 de enero y el 1 de febrero a los asesinos de españoles, Juan Bautista Marín, Francisco Castro y José Liberato Pretelt; a los reos de traición Juan José de la Peña, Santos Luenar, Domingo Pumar, Pedro Moreno, Liberato Rodríguez y José Manuel Calderón; a los cogidos con las armas en la mano Pedro Villapol, José Acevedo, José Manuel Rodríguez, Pedro Martínez Oramas, Francisco Mendoza, Clemente Carrearo, José María Sosa, Tiburcio Flores; a los incendiarios Manuel Martínez, Diego Ortiz, Pedro Antonio García, Eduardo Araco y Domingo Victoria. El rigor de las sentencias en no poco se debió a los rumores de que en isla Margarita el pérfido y perjuro Arismendi planeaba levantarse de nuevo contra el Rey, por lo que Morillo ordenó que se aplicara la ley con todo el rigor posible contra los insurrectos cogidos en flagrancia o incursos en delitos horrendos.

Después de estos ajusticiamientos Montalvo procedió a dar un indulto general y a poner en libertad a la mayor parte de los presos. Por lo pronto Cartagena había quedado pacificada. El 9 de abril el nuevo virrey don Francisco de Montalvo y Ambulodi Arriola Casabante Ruiz de Alarcón y Valdespino, Caballero de la Orden de Santiago, Teniente General de los Reales Ejércitos y

Capitán General del Nuevo Reyno de Granada, ya restituido, proclamó que «deseando imitar y seguir en todo lo posible la natural y augusta bondad del Rey Nuestro Señor» indultaba a los restantes y pacificados rebeldes. Esto, por sí solo, desmiente la manida y torcida versión de que las tropas pacificadoras hicieron ejecuciones arbitrarias y masivas en Cartagena.

No obstante la pacificación, desde Mompox Pablo Morillo escribió al Ministro de la Guerra el 7 de marzo: «Ya he expresado mis deseos a V. E. de mandar misioneros; ahora añado la necesidad de mandar igualmente teólogos y abogados de España. Si el Rey quiere subyugar estas provincias, las mismas medidas se deben tomar que al principio de la conquista». Tal cosa recomendó, pues es bien sabido y conocido que mientras la Iglesia se mantuvo firme con la Corona ninguna insurrección prosperó en América.

La insurrección había dejado a Cartagena en ruina total, sus campos desolados, sus haciendas calcinadas, su población disminuida, sus gentes reducidas a la mendicidad, su clase dirigente dispersa, su industria en ruinas. En comparación, la guerra de Independencia angloamericana no había sido más que un pálido reflejo de la guerra de secesión de la América española con sus secuelas de hambre, destrucción y muerte. Estábamos en plena involución de dos siglos, camino del atraso social, económico y cultural.

Volvíamos al principio de la conquista.

## 25. CAE LA REPÚBLICA

*Un general español no puede asociarse a la alegría, fingida o verdadera, de una capital de cuyas calles temía yo que se resbalase mi caballo en la sangre fresca aún de los soldados de S. M. que en ella hace pocos días cayeron a impulsos del plomo traidor de los insurgentes parapetados en vuestras casas.*

PABLO MORILLO

### **A lomo pacificador**

El Pacificador Morillo había esperado solo lo suficiente para restaurar el orden en la desolada ciudad, gloria del Imperio español en América. Restituidas las autoridades locales, y dejando 3.000 soldados a órdenes de Montalvo, el 16 de enero de 1816 salió Morillo de Cartagena y marchó a través de los también desolados pueblos de la «Costa», que es todo ese litoral caribeño donde los paisanos hablan de manera muy parecida a la de los andaluces. La historiografía oficialista dice que salió el 16 de febrero, habiendo enviado sus tropas por delante mientras él avanzaba lentamente para conocer el país, sus habitantes y sus recursos. Quienes así han fechado su partida lo han hecho para hacer coincidir las ejecuciones de los cabecillas de la insurrección con la permanencia de Morillo en la ciudad; otros por simple confusión, que comienza a disiparse cuando se comprueba que Morillo fechaba sus proclamas nombrando el lugar desde donde lo hacía; veamos.

El 15 de enero lanzó a sus tropas la siguiente proclama desde el Cuartel General situado en la ciudad de Cartagena:

Soldados: vais a concluir la obra que el rey fio a vuestra intrepidez y disciplina. Cartagena ha cedido a vuestro valor. Los rebeldes han huido cobardemente. La plaza ha sido tomada a discreción. Habéis dado una nueva prueba de vuestra humanidad y agregado una corona a vuestros laureles. El Todopoderoso nos prodiga su protección y vela sobre nuestras personas. Si lanzáis una mirada sobre la tarea cumplida, veréis el dedo de Dios... Vais a recorrer vastas regiones... Seréis recibidos como protectores del débil y los súbditos de un Rey que —a pesar de los esfuerzos facciosos— no se ha dejado de amar desde sus comienzos... Probadle de nuevo al mundo entero nuestra generosidad, como ya lo han hecho vuestros compañeros del Perú, al rechazar el oro que les ofrecían con mano liberal los habitantes del Cuzco. Protección al oprimido, amor al Rey, defensa de la Religión, tales han sido hasta el momento vuestras divisas. Conservadlas. Cuartel General de Cartagena de Indias, 15 de enero de 1816.

Es una arenga que solo un oficial que esté en vísperas de partir al mando de sus tropas puede hacer.

En cambio, el 22 de enero, camino hacia el interior del país, pero aún dentro de la provincia de Cartagena, dice a los habitantes de la Nueva Granada:

Durante mi permanencia en Caracas os prometí reintegrarme pronto en medio de vosotros. Heme aquí. Y sin la inútil obstinación de los hombres que tiranizaban a Cartagena, pronto estaré en Tunja o en Santa Fe y os veré libres del yugo de un

puñado de criminales... Mis tropas ocupan toda la extensión que separa a Pamplona del Chocó. Y ven con una dulce satisfacción que detrás de ellas y bajo su protección, la desolación y la miseria han cedido a la abundancia... El Todopoderoso las conduce. La ocupación de la inexpugnable Cartagena es un milagro evidente pero no es el único que ha concurrido a libraros del yugo de los perversos... Estos famosos pretendientes a la Corona se parecen a todos los que han desolado a Cartagena. Huirán, os lo aseguro. Os abandonarán como los García, los Toledo, los Castillo, los Granados, Carabaño, los Ayo, los Ribon, los Stuard, los Amador. Pero —os prometo— la espada de la justicia los alcanzará así como ha alcanzado a los otros... Pueblos de la Nueva Granada: voy a continuar mi marcha por vuestro territorio. La Armada española observará la más estricta disciplina. Perdonaré a quien quiera acogerse a las clemencias del Rey. Vuestros días y vuestros bienes serán protegidos. Venid a mí como hermanos. El pasado será olvidado. Pero desgracia a quien ejecute las órdenes de los rebeldes, porque entonces pondré de lado la clemencia y castigaré la resistencia... Ofrezco paz y protección a los buenos, pero seré inexorable a mi justicia con los malvados. Cartagena, 22 de enero de 1816.

A primera vista parecería, pues, que el Pacificador todavía estuviera en la ciudad, aunque al decir «voy a continuar mi marcha por vuestro territorio» deja pocas dudas de que ya había salido de la misma, por lo que se concluye que no estaba en la ciudad en tiempo de las ejecuciones de los cabecillas que tanta mala fama había causado en atención a la propaganda que comenzó a esparcirse en la Nueva Granada contra Morillo. Por otra parte, la carta está fechada en Cartagena, referida a la provincia y no a la ciudad, o de lo contrario habría mencionado el Cuartel General de Cartagena de Indias, como en la proclama anterior. Lo más probable es que la fecha de su salida de la ciudad fuera el 16 de enero, en todo caso antes de las sentencias y ejecuciones de los prisioneros.

De la magnanimidad que alentaba el espíritu del general Morillo queda también evidencia en sus escritos. Acotó en sus *Memorias*:

Me fue indispensable una corta permanencia en Cartagena para restablecer el orden, endulzar las miserias de sus habitantes e iniciar la ejecución de vastos planes que había meditado, con el objeto de pacificar prontamente este gran Reino. Por eso puse en movimiento todas las columnas que debían concurrir a esta empresa... Todo fue previsto. Los depósitos y los hospitales, restablecidos prontamente fueron colocados en las posiciones más ventajosas. Las columnas recorrieron simultáneamente, con una rapidez sin ejemplo, el espacio de 500 leguas, después los inmensos desiertos de Casanare hasta la desembocadura del Atrato y el puerto de San Buenaventura y después las riberas malsanas de Santa Marta y de Cartagena, hasta las ásperas montañas de Popayán. Estos movimientos fueron ejecutados con una precisión tan perfecta que todo fue a la vez vencido y repuesto bajo las leyes de la nación española.

Sus rudos hombres fueron junto a él cruzando a caballo las desoladas planicies del Reyno, caldeadas por el sol inclemente que solo había sentido en las yermas extensiones de Bailén; atrás dejaba la fantasmal silueta de las murallas de una ciudad que había padecido mil asaltos de piratas y corsarios, de ingleses y virginianos, y que ahora le había tocado padecer el asalto de los propios españoles. Aquellas caras de la muerte perseguían sus recuerdos como si lo llevaran de la mano por los estrechos pasadizos de la noche donde hasta el aleteo furtivo de un pájaro, el brinco inesperado de un corcel o el chillido de una guacamaya se delataban como la aparición de un alma en pena. Era un ejército que marchaba y cabalgaba en silencio, como deslizándose bajo la claridad y la penumbra con los jotos de pesadas penas a cuestras. Véanse sus siluetas dibujadas en las marismas y las ciénagas, en los pantanos salobres y en la tierra polvorienta de sedes insaciables, sin que se supiera si las bestias iban más apesadumbradas que los hombres, porque sobre ellos revoloteaban, inclementes, los gallinazos devoradores de cadáveres insepultos y

vaticinadores de desgracias por venir.

Los remeros del Magdalena los vieron pasar por los esteros, también las garzas blancas que se tragaban el nuche del lomo de los vacunos; los vieron los tigres de las planicies, los alcaravanes de costumbres crepusculares desde el descubierta pedregoso de su entorno, las iguanas de Mompox, las ranas de Tamalameque y hasta los zancudos que con sus ponzoñosas picaduras enloquecían a la tropa. Por primera vez ese ejército, adiestrado contra el francés, venía a combatir contra su hermano. Por vez primera Morillo sintió que había cambiado de bando. En realidad, todos habían cambiado de bando. Abatido, su corazón también palpitaba de cólera contenida. Veía abrirse ante sí un país inmenso y desconocido que comenzaba en las ciénagas y parecía terminar en las azules cumbres de la distancia, solo para continuar en más cumbres canas de nubes y más distancias infinitas donde el futuro se perdía en la incertidumbre del presente.

Había dispuesto Morillo que para la reconquista de todo el Nuevo Reyno de Granada sus tropas avanzaran por cinco frentes diferentes para abarcar prácticamente todo el territorio y barrer el país de Norte a Sur por el centro, el Oriente y el Occidente. Morillo iba con el general Enrile por el ala derecha con el grueso de su ejército rumbo a Mompox y de allí iría a Ocaña, Sogamoso, Tunja y Santa Fe; el coronel Calzada avanzaba desde Venezuela y entraba por Cúcuta hacia Pamplona, Bucaramanga, Girón y El Socorro por el páramo de Cachirí; luego a Vélez desde donde, remontando las escarpadas montañas de la cadena andina, debía entrar al altiplano cundi-boyacense, entrar en Tunja, pasar por Zipaquirá y situarse en Santa Fe para esperar a Morillo. El ala izquierda al mando del teniente coronel Julián Bayer salía de Cartagena, avanzaba por el occidente del país por Murrí hacia Quibdó y Nóvita; de allí debía caer sobre Cartago, ciudad situada en la provincia rebelde del Valle, donde conectará con las tropas del coronel Francisco Warleta, proveniente de Cartagena quien, enlazando allí con Bayer, debía avanzar hacia el Sur y someter a Cali y a Popayán. Esta última ciudad debía quedar cercada por el Sur por las tropas de Sámano, provenientes de Pasto. Las tropas de Warleta, a su vez, salían de Cartagena hacia la provincia de Antioquia y desde allí debían subir por los ríos Cauca y Nenchí hasta Zaragoza para tomarse la ciudad de Medellín, para luego enlazar con Bayer en Cartago, al norte de la provincia del Valle. El ala más central, al mando del coronel Donato Santacruz, también salía de Cartagena con dirección a Honda, remontando el río Magdalena, para luego converger en Santa Fe con las tropas de Morillo y Calzada, cerrando la pinza sobre la capital del Reyno. El coronel La Torre debía salir de Cartagena por delante de Morillo, atravesando Mompox, Ocaña, Chucurí, Sogamoso, Tunja para entrar primero en Santa Fe en orden a preparar la llegada del Pacificador a la capital. Es decir, no había resistencia posible; la Nueva Granada iba a quedar totalmente tomada por sus cuatro puntos cardinales.

En diciembre de 1815 el coronel Sebastián de la Calzada ocupó Pamplona con 2.200 hombres a su mando. En enero se dirigió a Suratá, donde estableció su Cuartel General, amenazando a Girón, Piedecuesta y El Socorro. En el entretanto el rebelde Urdaneta llegaba a Santa Fe a rendir cuentas sobre su derrota de Bálaga. El Congreso sustituyó el ejecutivo plural por el gobierno unipersonal y designó a don Camilo Torres como el más apto ciudadano para presidirlo. Nadie más había querido aceptar la candidatura, porque ello implicaba correr grandes riesgos frente a las autoridades españolas que, y así se anunciaba, pronto subirían al altiplano. Camilo Torres,

comprendiendo la seriedad del compromiso, rehusó indignado, a aceptar el alto honor.

—No señores —dijo Torres con estas o parecidas palabras—, yo no soy la persona providencial que creéis.

El Congreso reaccionó exigiéndole el compromiso y le sacó en cara que él era el responsable de la calamitosa situación que vivía la República por la impreparación en que se hallaba para resistir las fuerzas de Morillo.

—Habéis sido el jefe militar y político de esta desgraciada provincia y a vos corresponde enderezar su trágico destino —le gritó José Fernández Madrid, indignado por la vacilación y penetrado de grande dignidad.

—A mí culpa no me cabe, porque más tiempo habéis gastado en discutir las formas del escudo y los colores de la bandera que en preparar la defensa de la República; al contrario, he sido yo quien ha batido al peor culpable de nuestros infortunios, a Nariño, quien se empeñó en un centralismo asfixiante que desembocó en guerras intestinas cuando los españoles se aprestaban a una reconquista... —respondió Torres con enfado.

—¿Ah, sí? —contestó Fernández Madrid—. ¿Acaso no mandasteis vos a Bolívar a Cartagena, un hombre cruel y sanguinario que venía derrotado de Venezuela y quien de nuevo huyó hacia el Caribe sin haberlo sido de nuevo? Sí, ¡el mismo que saqueó a Santa Fe! ¡Vos sois el culpable de estos infortunios!

Tal era el tenor de lo que se escuchaba en Santa Fe mientras las tropas españolas avanzaban hacia el interior del país.

Cuando la caída de Cartagena y los primeros fusilamientos se conocieron en Santa Fe, un como temblor sísmico se dejó sentir en la capital, tan lejana de aquellos acontecimientos y asentada en la fría y alta planicie cubierta de nubes y oculta a la vista de las caldeadas tierras del Norte y, así parecía entonces, oculta para sus propios habitantes quienes pronto iban a festejar, ¡oh, doblez de muchos!, la llegada de Pablo Morillo. La única forma en que Camilo Torres aceptó el cargo fue a trueque de que se le dieran poderes para negociar con los españoles, que avanzaban imparables. A efectos de mejorar su posición negociadora, se improvisó un ejército de pacotilla para pretender impresionar a los veteranos soldados de la reconquista. Se ordenó al general García Rovira y a su segundo, el mayor Francisco de Paula Santander, cuyas fuerzas estaban situadas en la provincia de El Socorro, atacar la columna del coronel Calzada. El gobierno de Santa Fe había enviado 2.500 soldados en el mes de enero, reclutados a toda prisa en la capital, en Tunja y en El Socorro, que fueron situados en Cácuta para cortar los auxilios que Calzada pudiera recibir de Venezuela. El oficial español, sin embargo, se retiró a Ocaña por el páramo de Cachirí antes de que le taponaran el acceso a esta helada cumbre. En Ocaña se le unieron 300 cazadores del ejército expedicionario, mientras ocho días después, muy tarde para ser efectivos, los revolucionarios ascendieron el páramo y tomaron posiciones en una colina. Conocedor del movimiento, Calzada contramarchó y el 21 de febrero atacó las posiciones enemigas. El primer día de combate terminó en empate, pero al amanecer del 22 los realistas arremetieron con furia y ocurrió algo verdaderamente insólito: los españoles tocaron las trompetas de mando, que sonaron y resonaron por entre las agrupaciones montañosas como si diez ejércitos las estuvieran accionando. Al reproducirse ese sonido en distintas direcciones por causa del eco, creyeron los

republicanos estar rodeados de enemigos y se dieron a la fuga. La desbandada fue aprovechada por el ejército de Calzada para causar una carnicería: precipitándose a bayoneta calada sobre los fugitivos, no les dieron cuartel. El camino de Cachirí a Cúcota quedó sembrado de cadáveres traspasados por las bayonetas. Dos cuarteles fueron llenados con los que soltaron las armas y se rindieron. La mayor parte de la oficialidad quedó muerta. Los independentistas fueron derrotados y su ejército prisionero o disperso; el parque militar cayó en manos de Calzada y los comandantes rebeldes García Rovira y Santander se retiraron a El Socorro. Sebastián de la Calzada entró en Girón y dominó toda la provincia. Los vencedores fueron aclamados en todas las poblaciones provinciales rescatadas. En Cúcota era también abatido el teniente coronel José María Mantilla, con lo cual se abría expedito el camino a Santa Fe.

Cuando ese desastre militar fue conocido en la capital, el Congreso entró en pánico. El pueblo raso comenzó a burlarse del gobierno y en las paredes se escribieron mofas humillantes. El Congreso descargó su ira y responsabilidades acusando a Torres de ser un incompetente. En Popayán se ingeniaron una copla burlesca que imprimieron y pegaron por doquier, que decía:

Guerreros de Cachirí,  
en Popayán no hay corneta;  
calad bien la bayoneta  
y no correréis así.

El derrumbe militar del Norte dejaba la capital expuesta y casi sin medios para defenderse, por lo que el presidente Torres nombró General al coronel Manuel Serviez para que organizara un nuevo ejército en Tunja. Francisco de Paula Santander quedó de segundo comandante. Serviez reagrupó los soldados sobrevivientes de Cachirí y organizó su Cuartel General en Puente Real. Contaba con 1.200 hombres, entre los que se encontraban 600 infantes.

De Camilo Torres se reía la gente en la calle por la derrota sufrida y hasta rechiflas le hicieron. Torres, enfurecido por tan insufribles vejaciones se acercó al recinto del Congreso y en un gesto despreciativo contra sus detractores arrojó al suelo el bastón de mando y anunció su renuncia. Claro, no era tanto por las burlas sufridas, cuanto por lo que le «corría pierna arriba», como se dice popularmente. Algunos dijeron que su ira era fingida, pues tenía más miedo que furia aparentaba. Pero nadie quería reemplazarlo en su cargo. «Que lo asuma fulano» decían. «No, yo no sé de guerra ni de administración pública, se lo cedo a mengano». Y de mengano se fue a perencejo, y de perencejo a sutanejo, y de sutanejo a menganejo, y los «Supremos» todos rehusaron encargarse del mando supremo. Finalmente, se las ingeniaron para persuadir al médico José Fernández Madrid para que lo asumiera, quien a última hora decidió a favor, aunque advirtiendo:

—No soy el hombre extraordinario que el Congreso busca con tanta ansia para salvar la República; no me siento con las fuerzas necesarias para una empresa tan ardua e imposible; acepto por la fuerza el destino que el Congreso me confía, pero sin responder en manera alguna de los resultados...

—Aquí como que no abundan los hombres extraordinarios —dijo socarronamente un diputado de tan supremo Congreso.

Ese cartagenero tenía solo veintisiete años, un párvulo para tan grande responsabilidad que los mayores del Reyno no querían asumir. De repente, todos los que habían ambicionado aquellos altos honores se habían convertido en hombres desinteresados, en republicanos fortuitos y en hombres infraordinarios.

—La Patria perecerá en mi manos... —alcanzó a decir Fernández Madrid a quienes más le insistían asumir el cargo, pero el Congreso le dio facultades para entablar negociaciones con Morillo y que pereciera, aunque sin ellos, a bordo de la barca del Estado. Sus primeros esfuerzos estuvieron encaminados a la defensa del territorio y pretendió levantar nuevas tropas; a tal efecto, hizo pegar carteles por todos lados advirtiendo de la amenaza que se cernía sobre la joven República e invitando a los ciudadanos a ir con él a la guerra. Pero, que se sepa, se presentaron solo seis ciudadanos. Que se oiga bien: ¡seis voluntarios! para expulsar a los odiados españoles y sus ejércitos de la Nueva Granada, que no debían serlo tanto a juzgar por tales resultados. La Patria Boba estaba cansada de seguir siendo boba.

Camilo Torres, menguado ya en sus dotes de avezado general, salió huyendo de Santa Fe a buscar refugio en Popayán, al sudoeste del país, con la pretensión de que sus familiares, realistas todos, lo protegieran de la restauración de las antiguas leyes y las posibles represalias. Antes de marcharse, pidió a su mujer interceder por él ante el general Morillo para obtener su clemencia.

A Santa Fe debía llegarse por el río Magdalena hasta Honda y de allí ascender cordilleras imposibles cuyas alturas solo los cóndores remontaban, advirtieron a Morillo, quien quiso, en cambio, dar un rodeo para conocer ese extraño país de gentes más extrañas aún. Las reuniones en las casas de los patricios criollos se hicieron cada vez más comunes. Yéndose prudentemente para sus fincas o para otras poblaciones, algunos imitaron el ejemplo de Camilo Torres; querían dar a entender que «esto nunca fue conmigo». Ya en Santa Fe se sabía que por donde Morillo pasaba muchos eran los que salían a darle quejas de los desmanes y crueldades de los republicanos, de los saqueos y abusos a que eran sometidas las poblaciones que no se inclinaban a sus demandas, de los fusilamientos a que sometieron al Niño Dios de Villa de Leyva, de las violaciones de Nemocón, de los vejámenes de Paipa, del cura que arrastraron por las calles de Tunja. Por eso el ceño de la insurrección se fue poniendo más adusto a medida que el Pacificador avanzaba. Iba de muy mala leche este hombre. Cabalgaba sobre el corcel de la Muerte.

En la medida en que Pablo Morillo se acercaba a la capital del Nuevo Reyno de Granada su ánimo se iba envenenando aún más, porque los rumores sobre los asesinatos recientemente cometidos en isla Margarita iban en aumento. Cuando llegó a Mompox a principios de marzo confirmó las noticias de que Juan Bautista de Arismendi se había vuelto a alzar contra el Rey en aquella isla y pasado a cuchillo la guarnición por él dejada. Escribió:

Venezolanos: la altiva Cartagena ha inclinado la cabeza delante de las armas españolas. Muchos jefes revoltosos han pagado sus crímenes bajo su poderío. La ley los había condenado. El vil y despreciable Arismendi se ha aprovechado de mi ausencia para levantar de nuevo en La Margarita el estandarte de la rebelión más infame y os está amenazando con nuevas calamidades. En esta ciudad la clemencia había guiado todas mis acciones. Este monstruo decía que el día en que yo le había perdonado sus crímenes era el verdadero día de su nacimiento. Y lanzaba gritos y vertía lágrimas en el desconcierto extremo de una humanidad que su corazón sanguinario no sabía comprender. Juró entre mis manos fidelidad al Rey... Nuevas tropas venidas de España van a desembarcar en vuestras costas y esta apacible dependencia del Rey, desde Perú hasta Cumaná solo formula votos por el exterminio de los rebeldes que perturban la paz y por la felicidad de la nación que ha prodigado sus

tesoros y la sangre de sus hijos de Europa con el único objeto de salvar a sus hijos bienamados de América. Cuartel General de Mompox, 1 de marzo de 1816.

Por eso, cuando el rebelde Carabaño fue capturado, procesado y ejecutado por traición en Mompox, Morillo hizo descuartizar su cuerpo y exponer sus miembros en los alrededores de la ciudad como escarmiento.

Ah, Santa Cruz de Mompox, villa situada a orillas del Grande Río de La Magdalena, donde los aleros de sus casas son el refugio seguro del astro inclemente que obligó a Juan de Santacruz en 1540 presentar batalla al cacique Mompoj y a su tribu de aguerridos malibúes con el fin de arrebatárles la sombra de su poblado, dando así origen a esta hermosa ciudad hispánica. Allí el tiempo se detuvo en los monjes dominicos, agustinos, jesuitas y franciscanos; se detuvo en los coches tirados por caballos percherones, en las blancas paredes andaluzas de sus casonas, en el majestuoso río que la bordea y que solo en su cauce se puede adivinar que realmente el tiempo fluye eterno como el enorme río...

En Mompox hubo tiempo hasta para los pequeños detalles, como permitir que un oficial se quedase en la ciudad para casarse con María Josefa Isabel de Hoyos y Mier, marquesa de Santa Coa y de Torrehojos, quien alojó a Morillo en su casa y, de paso, se enamoró del oficial de marras cuyo nombre se perdió en los meandros del caudaloso río de La Magdalena, descubierto por Rodrigo de Bastidas en 1501. Desde esta vieja casona Morillo escribió al Rey para «suplicarle que me descargara de un fardo superior a mis fuerzas y que vendría mucho mejor a sus capitanes experimentados, los cuales felizmente no son raros en el dilatado Imperio Español». Estaba desconcertado por la doblez y el mendaz arrepentimiento del sicario de Bolívar, Juan Bautista de Arismendi.

Cuando llegó a Ocaña el 1 de abril de 1816 procesó y fusiló a otros cinco jefes insurrectos, pese a que por gracia del Rey podía perdonarlos. Ya venía con el ánimo dispuesto a no dar cuartel por la traición de Arismendi. Las noticias volaron a Santa Fe, Tunja y Popayán, y pronto se extendieron por todo el territorio. Los rebeldes, reforzados en sus esperanzas por la llegada de un grupo de aventureros franceses, pretendieron defender las provincias de El Socorro y Tunja. Empero, Morillo les dirigió una proclama, en su intento por evitar más derramamiento de sangre; les dijo:

Habitantes del Socorro y de Tunja: sois testigos de la conducta de mis tropas, que tengo la felicidad de comandar. Sabéis que por ellas el orden se mantiene y cada quien permanece amo de sus bienes y libre en su persona... Os he prometido protección. Hacedme saber cuándo podré cumplir mi promesa. Un francés se ha puesto a la cabeza de la llamada segunda línea de defensa. Esta segunda línea y todas las otras que se intentaren formar, las tropas españolas darán buena cuenta de ellas. Son ellas quienes han sabido triunfar en Massena, en Sout, en Dupont, en Victor; ellas sabrán vencer a los miserables alumnos de un Bolívar, de un monstruo cuyo nombre no os recuerda sino desgracias. Eran franceses como Serviez, los Auri, los Ducondrai y todo ese almácigo de aventureros que, cazados de su país por sus atentados, a pesar de las palabras de honor y de gloria que repiten siempre, comprometen a los crédulos habitantes de otras comarcas... ¿No viene acaso de España la sangre de vuestras venas? Vuestros nombres, ¿no demuestran acaso este origen? ¿Qué puede desear un francés más que desear derramar sangre española, ya en América, ora en Europa? Obedece instrucciones de sus amos, al odio que alimentan aquellos que fueron humillados por la primera vez en Bailén... ¿es el General que viene a reunir a los españoles de América con los españoles de Europa, o el francés a quien los crímenes han privado de patria quien os anima contra nosotros? ¿Qué sentimientos de interés puede experimentar por este país un extranjero que mendiga un salario y combate

para vivir?... En el Perú, las armas españolas han sometido al Potosí y Cochabamba después de haber exterminado la Armada de Buenos Aires. En México, no tienen nada que temer. Y ya Morelos y Rayón han expiado sus crímenes en el suplicio, como Arévalo que os producía terror y quien pagó los suyos en Girón, el 18 de marzo... Pueblos de la Nueva Granada: poned término a vuestros sufrimientos; cazad a esa banda de asesinos que os ha enviado Napoleón.

La rebeldía seguía su curso, agitada por los patricios criollos, sedientos de poder, aunque ahora temblorosos del miedo.

Se decía en Santa Fe que los prohombres del Reyno habían dejado de orinar como antes y que habían empezado a hacerlo de a poquitos, aun en aquellas reuniones donde, envalentonados, pedían la defensa armada de la capital, pero acudiendo al mingitorio casi en secreto. Por eso se les veía entrar y salir tan a menudo, según decían las malas lenguas, porque las buenas aseguraban que se debía al frío que por aquellos días azotaba a la capital, que parecía más fría que nunca. Antes de salir de Mompox, el 24 de abril Morillo publicó una amnistía general a todos los que rindieran las armas, pero la guardó para el momento oportuno. Esta muestra de generosidad corrió la misma suerte que las anteriores, pues fue recibida con indiferencia por los más destacados jefes militares de la rebelión.

Morillo atravesó Bucaramanga, El Socorro, Vélez y Puente Real, con vistas a llegar a Santa Fe lo más pronto posible. «Había que matar la cabeza de la serpiente», decía. La marcha continuó hasta llegar a las estribaciones de la Cordillera Oriental. Cuenta el capitán Sevilla:

Dormimos al pie del gran páramo de Cachirí. A las tres de la tarde descendíamos ya de aquellas altísimas cordilleras cuyas cumbres desde lejos parecen tocar el cielo... Hora y media después estábamos en el sitio famoso en que había tenido lugar la batalla; dos casitas en que nos alojamos estaban acribilladas a balazos; el hedor que exhalaban los insepultos cadáveres que yacían en derredor era insoportable. Por la mañana empezamos a trepar la empinada cuesta en que estaban los parapetos. La margen del río, la extensa pendiente y el llano, todo aquel terreno escabroso que tardamos casi todo el día en atravesar, estaba cubierto de muertos en putrefacción, de caballos en el mismo estado y de prendas de un ejército destrozado. Las aves de rapiña cerníanse ominosas sobre aquel cementerio descubierto.

Los soldados se tuvieron que cubrir la nariz para evitar el contagio. Morillo llegaba a los pueblos y hablaba con sus habitantes; miraba los paisajes y escudriñaba el fondo de los abismos como queriendo encontrar el alma y motivaciones escondidas de los insurrectos. Tan pronto tiritaba de frío, como se asaba de calor, algo que el General no entendía cabalmente hasta cuando el general Enrile le dijo que el calor o el frío dependía de los pisos térmicos en que se estaba y que las únicas estaciones conocidas eran la lluvia y la sequía.

La marcha fue penosa; escribió al Ministro de la Guerra que «el país que iba a atacar era inmenso... teniendo que marchar días y semanas sin encontrar una casa, por páramos y parajes donde debía contar con que el enemigo me atacase o se defendiese...». En El Socorro las gentes lo recibieron en triunfo y con alborozo. Coreaban: «¡Estamos con España! ¡Viva el Rey! ¡Viva Pablo Morillo!». El General ya había escrito al Ministro de la Guerra que «este virreinato tenía un gobierno insurgente central constituido por la fuerza y regado con la sangre de un pueblo cándido y opuesto al sistema de centralización, que por mano del caribe Bolívar establecieron los jacobinos por la fuerza. Consideré a dicho gobierno por esta causa, sin influjo para hacerse obedecer, y pensé siempre que el gobierno de cada provincia sería el respetado».

## Santa Fe se estremece

El avance de Morillo al interior del país fue lento, aunque vigoroso; sin prisa, pero sin pausa. Iba observándolo todo y tomando nota de cuanto veía. Se maravillaba de que las gentes del interior hablaran de manera tan diferente a las de la Costa y que el paisaje fuera cambiando en la medida en que, viniendo por Ocaña, se internara en los valles de Sogamoso, la ciudad del sol, cabecera de los Llanos Orientales, donde las tropas tuvieron un breve descanso; de allí siguieron a Paipa donde Morillo, al saber de sus saludables aguas termales, autorizó un respiro para reponer fuerzas necesarias para el ascenso a Tunja. Atrás quedaban los valles verde-oscuros, las colinas azules del horizonte, las veraneras multicolores, los pájaros pechirrojos, también llamados cardenales, los loros y papagayos, los garrapateros y las guacamayas; atrás las largas travesías bajo el sol abrasador de las tierras cálidas que de Ocaña a Chucurí y Sogamoso van suavizándose hasta entrar en las vegas del Zipa como nuevos dioses que entraran en los templos del Sol; quedaban atrás aquellas extrañas aves que cantaban «¡dios-me-dé!», «¡dios-me-dé!», de manera súbita e inexplicable y cuyo nombre era, precisamente, ese «diosmedé», le dijeron, así se llaman, porque algo piden a Dios en el incomprensible lenguaje de los pájaros. Adelante, en cambio, aparecían los helechos que a la sombra de los matorrales crecían en la medida en que subían al cielo agujoneados por los picos coronados de densas neblinas y nubarrones; dejaban las tierras amarillas y rojizas, las secas y calcinadas por los rayos incandescentes y llegaban a las negras y feraces, salpicadas de humedales, regadas por riachuelos y quebradas que discurrían cantarines por entre las peñas, los desniveles, las hondonadas y las vegas por donde el ejército, con todos sus arreos, carromatos, mulas, ganados, pertrechos y artillería, serpenteaba a paso de vencedores.

En Santa Fe, mientras tanto, se vivían horas dramáticas, conocido el incontenible avance del ejército pacificador. Fernández Madrid, con la responsabilidad de su cargo a cuestas, decía que iba a defender la libertad con su espada y que había difundido por doquier el pensamiento independentista con su periódico *El Argos Americano*, paladín de dicha causa. Le replicaban que no había caso ni causa, porque nada se oponía a Morillo. Por su parte, el general Serviez era partidario de trasladar el gobierno al Sur del país, medida que rechazaba Fernández Madrid con la idea de que había que defender palmo a palmo el territorio.

Pero los miembros del Congreso reunido en emergencia opinaban todo lo contrario. Por ello se exigió al señor Fernández Madrid iniciar negociaciones con Morillo, y aquel, en un súbito arrebató de querer defender la capital, recibió con franca indignación la orden. Pero las malas noticias volaban hacia Santa Fe con la velocidad del rayo. El nerviosismo era patente y la prisa por un arreglo favorable notoria. El Congreso procedió, entonces, a obligarlo a enviar una comunicación al Pacificador que, entre otras, decía: «Persuadido como estoy de que la religión y la política aconsejan poner término a los males y horrores de una guerra indefinida, yo espero que Vuestra Excelencia me remita los salvoconductos necesarios para los comisionados que estoy pronto a enviar para transar nuestras diferencias de modo pacífico conforme a los intereses de la monarquía española y de este reino».

Lo cierto es que el Presidente estaba «cañando con par jotas», como dicen en mi tierra, porque no había diferencias que transar, ni tropas para defender la ciudad, ni guerra que pudiese ser

librada. Tampoco nada que negociar, porque Morillo no contestaba. Solamente avanzaba imparables a la voz de «¡izquierda, izquierda... izquierda, derecha, izquierda!... ¡Izquierda!...» mientras la tropa marcaba el paso y se cercioraba de que a la entrada en las poblaciones del camino se tocaran las trompetas y sonaran todas las cajas de guerra en ritmo ominosamente acompasado.

Entonces, ante la falta de respuesta, el Congreso optó por exigir a Fernández Madrid que capitulara. Como no lo hiciera, el Congreso, ordenando la disolución del cuerpo colegiado antes de que se le endilgasen responsabilidades políticas y militares, el 21 de abril renunció en pleno. En medio de esta agitación dijeron a gritos a Fernández Madrid que «él sería el único responsable de cuanto aconteciera». Habían empezado a «remendar azul con colorado», porque estaba claro que los congresistas querían aparentar ser los gestores de la entrega del Nuevo Reyno y que Fernández Madrid era quien no los había dejado. Así eran de ladinos estos personajes. Entonces, acaeció que Fernández Madrid se puso al frente de las tropas mandadas por el general Serviez, pero a poco desistió y se quedó en Zipaquirá, a una jornada de la capital, con un resto de ejército.

Serviez se replegó sobre Chiquinquirá, desobedeciendo al Presidente que quería retirarse a Popayán, en tanto los realistas avanzaban sobre el Puente Real. El señor José María Dávila fue el encomendado de alcanzar a Serviez y comunicarle el deseo de paz del Congreso, pero aquel se opuso a cualquier avenimiento con el enemigo peninsular. Prefería retirarse a los Llanos de Casanare, donde quedaba una fuerza todavía capaz de enfrentarse, cosa que hizo el 5 de mayo, regresando sobre sus pasos hacia la capital y prosiguiendo a las planicies llaneras por la salida que de Santa Fe cruza las estribaciones de los cerros y desciende por el Oriente. El presidente Fernández Madrid, convencido de que ya no era posible retirarse al Sur, ordenó la retirada a los Llanos, pero su guardia de Honor y el Batallón Socorro se resistieron. Los miembros del Congreso no iban a esperar el resultado de un encuentro con las veteranas tropas de Morillo y decidieron, en cambio, coger las de Villadiego, pese a que muchos decían que Morillo no sería capaz de acabar con la aristocracia santafereña, por muy cruel que el general fuera. Esa esperanza se fundamentaba en el conocimiento que tenían de que el coronel La Torre había expedido el 4 de mayo un indulto a todos los santafereños que depusieran las armas y reconocieran la autoridad española.

Sucedió que el coronel Miguel La Torre desconocía la traición de la promesa de Arismendi que, para salvar su vida, había hecho a Morillo en isla Margarita. La Torre había producido el decreto de indulto de muy buena fe, confiado en que el perdón iba a obrar el milagro de aplacar la insurrección. Estaba incurriendo en un error, que ya Morillo no estaba dispuesto a volver a cometer, ni dispuesto a que otros lo cometieran. Pese al generoso decreto, el realismo político comenzaba a imponerse en la Patria Boba: Fernández Madrid decidió, bajo presión de sus tropas, trasladar el Gobierno a la lejana Popayán, al sur del país, y partió con dos pequeños batallones, no sin antes ordenar a Santander que depusiera a Serviez y asumiera el mando, pero por el camino los hombres de Fernández lo fueron abandonando. Escribiéndole, Santander también lo desobedece: «Temo una disolución del ejército al presentarme como General de él; tengo sobrada resolución para hacer cumplir las órdenes del gobierno; ¿pero qué sacamos? Serviez seguirá a Casanare y lo acompañarán los oficiales y los soldados».

Cuando Fernández Madrid llegó a Popayán su fuerza se componía de un reducido cuadro de oficiales. El grueso del ejército había desertado hacia los Llanos y se había unido al general Serviez, quien definitivamente abandonaba al ya ex Presidente por considerar que el Sur era muy peligroso. Los altos oficiales que en Santa Fe decidieron no unirse a sus comandantes se despojaron de sus prendas militares, de sus rimbombantes uniformes tejidos con hilos de oro y plata por las más diestras manos femeninas, de las charreteras deslumbrantes, de los fajines de emperador, de las gorras de húsares humillados y se fueron a sus sitios de procedencia, vestidos de civil, a hacerse los de la vista gorda...

Todo lo dicho es cierto, porque según Pedro Alcántara Herrán: «[Había] un desorden desconsolador: se veía mucha gente sin armas, afanada, moviéndose sin objeto en todas direcciones y sin saber qué hacer; cañones abandonados en la plaza [de Funza], fusiles, lanzas, cajones de municiones por el suelo, en la plaza y en las calles. En los semblantes de las personas que allí había se veía la desesperación o la profunda tristeza que se había apoderado de ellas. Jamás, en toda la historia de las rebeliones, hubo un ejército que se disolviese con mayor apremio, ni un país que se abriese con tanta facilidad a un supuesto «enemigo», cuya población veía con ojos esperanzadores la pacificación, según el recibimiento que en Zipaquirá se preparaba a Morillo.

Así que cuando las tropas del Rey acamparon en Zipaquirá, Serviez ya había comisionado a Jorge Tadeo Lozano, a Domingo Duquesne y a Ignacio Herrera para que fuesen al encuentro de los realistas, entregasen la capital y aplacasen su justicia. En la Nueva Granada todos desistían de la secesión. Menos Bolívar de sus aventuras, extravagancias y crueldades. Habiendo preparado la expedición a Tierra Firme y auxiliado por el gobierno de Haití, Bolívar y sus seguidores partieron de Los Cayos el 10 de abril de 1816. Al llegar a la isla de Santa Beata ordenó fondear para recibir a bordo a la Pepa, su joven amante, quien acababa de llegar a Los Cayos y a quien enviaron una goleta para transportarla a los brazos del Libertador. En compensación por tales buenos oficios, Bolívar ascendió a Anzoátegui a teniente coronel y comandante de su guardia personal, y a Soublette ayudante general del Estado Mayor. A este último compensaba por su «aguante» de no solo ayudar a traerle a la Pepa, sino por guardar silencio en el juego que Bolívar mantenía con su hermana Isabel. Este hombre, Soublette, sacrificaba su honor por sus ambiciones. Tal vez a esto mismo se debía el carácter irritable y el despótico humor que a todo momento acompañaba a Carlos Soublette, porque malgeniado sí que era.

Fueron cuarenta y ocho horas de goce con la hembra en el buque, frente al asombro de Brión, sus oficiales y los mil hombres de su ejército que permanecían inmóviles y en abstención con la escuadra, mirando, atónitos, el retraso de las operaciones por cuenta de los avances en las batallas del tálamo. El 2 de mayo de 1816, a corta distancia de la isla Margarita y a la altura de Los Tres Frailes, dos barcos de guerra españoles fueron avistados; Brión sacó bandera española y los buques cayeron en la trampa. Creyeron que se trataba de la escuadra amiga que estaban esperando. Bolívar atacó con siete buques al bergantín y a la goleta, los que tomó por abordaje después de una sangrienta batalla en que los atacantes perdieron cincuenta hombres. Al entrar en la cabina del *Intrépido*, los republicanos asesinaron a un herido que estaba siendo atendido por un cirujano y, como este intentara calmar a los agresores, también fue asesinado; mientras esto

ocurría, don Simón Bolívar se divertía, riéndose, en un bote de a bordo mientras disparaba a los náufragos que, desnudos y en jirones, intentaban salvarse a nado, pese a que en toda contienda los náufragos son intocables, a no ser para salvarlos. Él mismo reconoce haber matado a uno, aunque un testigo presencial, Ducoudray Holstein, dice que fueron dos. Este presencié su risa y diversión: «Yo estaba presente; yo le vi, él me habló y yo mandé, en su lugar, nuestro cuerpo de oficiales y voluntarios que pueden ser testigos de la verdad de mi aserto». Testimonios de su patológica crueldad existen en abundancia, pues Hipplesley escribe que «Bolívar aprueba completamente la matanza de prisioneros después de la batalla y durante la retirada; y ha consentido en ser testigo personal de estas escenas infames de carnicería». Holstein, después de ser arrestado en Curazao en 1822 y condenado a muerte por sus conspiraciones contra Puerto Rico mediante ayuda de los Estados Unidos, y luego de ser indultado por el rey de Holanda, fue a parar con sus huesos a Albany, Nueva York, con su prole y mujer que era neogranadina. Allí escribió las memorias del rebelde Bolívar, publicadas en Boston en 1828, donde consta lo dicho; pero sucede que como también tenía ciertos contactos literarios en Cádiz, debido a que allí había sido puesto preso en 1813, quiso valerse de un impresor de la ciudad a quien mandó el primer manuscrito hacia 1826, que no fue publicado.

Consumada la acción, Bolívar entró en isla Margarita, donde fue recibido con bombos y platillos por el general Arismendi, quien le hizo entrega del bastón de mando. Bolívar procedió a ascender a varios de sus oficiales, menos a Ducoudray Holstein, quien, era sabido, ambicionaba el cargo de General. Al contrario, fue expulsado del ejército, pues ya había mala sangre entre el Libertador y Holstein, quien le hacía reproches permanentes y observaciones sobre la mala disciplina de sus subalternos.

Por estas fechas, en muchos pueblos y veredas de la Nueva Granada, ni siquiera sabían que había habido una revolución, ni que el país desde hacía seis años no tenía Rey. Pero lo que realmente indignó a Morillo fue saber que en muchos otros lugares la gente había tenido que ser reclutada por la fuerza, a punta de fusil, y que en innumerables casos la llevaron amarrada de manos al frente de batalla; que una vez allí, la desamarraban para que pelearan por una causa que no entendían y por la que tenían que entregar sus cerdos, sus vacas y sus mulas a unos generales de los que se ignoraba de dónde habían salido. Situaciones como esta le hicieron ganar confianza en que estos reinos eran todavía salvables para España y para su integridad territorial. Sabía que la clave de la pacificación estaba en tomarse Santa Fe, a la cual se dirigió apretando el paso de sus fuerzas. De Sogamoso a Tunja el ascenso por el lomo de la cordillera le hizo encontrar sabanas, altiplanos y valles tapizados de mil tonos verdes salpicados por el rocío mañanero, hasta cuando llegó a poder diferenciar el tono de las tierras bajas del de las altas y determinar las alturas remontadas por la intensidad del color. El cielo y las nubes le fueron pareciendo distintas, como distinto el olor de la tierra y su vegetación. Así, el ascenso le hizo notar que la menor altura tenía algo que ver con la espontaneidad y franqueza de las gentes, porque aquellos «enruanados» que se iba encontrando en la cordillera parecían más circunspectos, retraídos y desconfiados que los «calentanos», una palabreja que aprendió para distinguir las gentes de «tierra caliente», como allí se denominaba a aquellos oriundos de la ciudad de Cali y que se generalizó por todo el Virreinato. El aprendizaje de la jerga local fue parte de su precipitada educación vernácula.

Por delante de Morillo estaba la humedad de la calima, la tenue lluviecilla que iba refrescando los rostros, aliviando la fatiga de las bestias y tornando más intenso el color de los bosques, los pastos y las plantas silvestres, las acacias, los carboneros y los alcaparros en flor. Sobre las tapias de barro pisado de las haciendas veíase descolgado el follaje exuberante de las veraneras malva-rosa, de los urapanes florecidos, de los helechos refugiados en las sombras y las ramas de los altos nogales y los cedros. Aquí y allá un ejército de colibríes revoloteaba, ya vertiginosamente precipitándose sobre el néctar de las flores, ya deteniendo el vuelo milagrosamente sostenido sobre los aires cristalinos. Otro silencioso ejército ascendía las alturas de los Andes donde a mañana y tarde la nariz esponjada de los brutos exhalaba el vaho impetuoso del músculo esforzado y soportaba la creciente inclemencia de los meses invernales pletóricos de lluvia, de néctares divinos y de flores muertas a la vera de los caminos anegados, de los lodazales sin cuento y de las Semanas Santas pasadas por agua... ¡Semana Santa de Cristos, dolorosas y santos que desfilaban sobre los hombros de los cargueros —como aquel ejército— por los pueblos dormidos del altiplano! Silencioso era, a no ser por el relinchar de los caballos, el masticar del freno, el golpe de la herradura, el agua despedida de los pozos, el choque del granizo contra las lonas y carromatos, el ruido producido por el salto de las cureñas sobre los huecos, las campanillas armoniosas y sonoras que estimulaban el paso de la recua, el sonido de las cinchas contra las panzas, el ¡uuuuuh! del guía al tirar del cabestro la mula inconforme, el estornudo ¡frrrrrrrrr...! de las bestias de carga, el resoplido cadencioso de los que a fuerza de empuje e imprecaciones movían el parque artillero, la risa juguetona de los chiquillos que imitaban la marcha y el paso sordo de la tropa que, sin detener el ritmo, mordía panela entremezclada con hoja de coca como le habían dicho que lo hiciera para mitigar la fatiga, remontar las alturas y disponer el espíritu... «Izquierda, izquierda... izquierda, derecha, izquierda...» los sargentos marcaban el compás para disciplinar la marcha y aliviar la monotonía. Más allá de Tunja, más adelante, estaba Santa Fe, ahora nombrada Santafé de Bogotá, coronando la cima del altiplano cundi-boyacense y ella misma coronada de cipreses, sauces llorones y araucarias, más allá de todos los picos, de todas las sierras, montes y páramos, escondida tras las nubes, en el techo del mundo. Era más allá donde se encontraba «la muy noble, muy leal y más antigua ciudad del Nuevo Reyno», según el emperador Carlos I la había nombrado en 1540.

## **La bienvenida a Morillo**

Siguiendo órdenes de Morillo, el coronel La Torre tomó Honda, sitio clave para abrir la navegación por el Magdalena. Allí cayó prisionero el antiguo Comisionado Regio de la regencia de Cádiz, Antonio Villavicencio, cuya próxima llegada a la capital había propiciado el enfrentamiento del 20 de julio de 1810 entre Morales y Llorente que desencadenó la revuelta en Santa Fe. La Torre continuó su marcha cuesta arriba para alcanzar la sabana santafereña y llegó a Zipaquirá hacia el 4 de mayo, donde expidió el decreto de indulto y estímulo a quien entregara a los cabecillas de la insurrección armada. Decía: «Los esclavos que aseguren y presenten algún cabecilla o jefe revolucionario a quien pertenezcan, se les concederá su libertad, una gratificación

pecuniaria y además serán condecorados conforme a los méritos que contraigan en la prisión del sujeto». Acto seguido preparó sus batallones para una entrada en la capital, que lo recibió con músicas marciales, vivas y festones. Para su complacencia, se oyeron gritos de «¡abajo la República! ¡Mueran los traidores!» Las fuerzas de ocupación quedaron estupefactas y La Torre informó a Morillo de tales parabienes y de que la capital había quedado abierta para su entrada triunfal.

Ordenando a sus tropas abstenerse de toda represalia, el Coronel les encomendó disponerse a guardar el orden y preparar la llegada del Pacificador. Dijo a sus hombres: «¡Soldados! Ya ocupáis la capital y me congratulo con vosotros de que ni un solo tiro de fusil haya sido disparado para conquistar a nuestro soberano sus antiguos derechos. Contemplo superfluo encareceros la fraternidad que debe reinar entre vosotros y un pueblo que con lágrimas de ternura os ha recibido entre sus brazos». Estas eran palabras sinceras para unos soldados que habían sido recibidos por un pueblo agradecido por el orden que llegaba tras seis años de contienda civil, desorden, depredaciones, sangre y anarquía. Pocas lágrimas de ternura serían las derramadas por los patricios e instigadores de la revuelta. Esas palabras no eran aplicables a ellos, aunque muy seguramente sí a sus esposas que se quitaban de encima la preocupación por las andanzas de sus maridos.

Pablo Morillo, advertido de los agasajos y festejos de los que sería objeto una vez entrara a la sabana, continuó avanzando hacia la capital siguiendo los pasos de La Torre. El 16 de mayo, en plena temporada invernal, sus fuerzas acamparon en Zipaquirá, donde fue recibido como un César empapado de lluvia sabanera. Había cruzado valles candentes y cumbres heladas y silenciosas coronadas de sauces y cipreses fúnebres, bosques perfumados, quebradas cristalinas y manantiales castalios hasta llegar al altiplano cundi-boyacense donde pudo observar los azahares puros, las azucenas virginales, las lilas inocentes, los helechos de la humildad, los tulipanes del amor candente, las margaritas proféticas, y probar frutas lujuriosas como el maracuyá del amor prohibido, las peras eróticas, las cerezas del paraíso, los lulos de la buena digestión y las curubas de la longevidad.

A lo largo de los caminos pedregosos sus soldados encontraron medicamentos prodigiosos para el alma y para el cuerpo, como el sauce para la melancolía, la magnolia para el amor, la acacia para el afecto, la encina para la fuerza, el boj para la resistencia y el mirto para la prosperidad y la riqueza. De todos, Morillo escogió el laurel para la victoria que desde entonces introdujo en el bolsillo de su casaca azul como el cielo sabanero.

Era curioso ver cómo ya nadie quería festejos para sí, sino para recibir a Morillo con las mayores muestras de gratitud y lealtad a la Corona: los próceres clavaron en las puertas de sus casas en Zipaquirá y Santa Fe las insignias de las armas del Rey y colocaron en sus levitas la escarapela tricolor de la república con la cifra de Fernando VII superpuesta. Algún listo escribió en la blanca pintura de su casa «En esta casa no se permitió la entrada a Bolívar» y por todas partes se leían pintadas echando «¡abajos!» al Libertador, a Nariño y a Camilo Torres. Muchos llevaban esa insignia tricolor de la fugaz República en cuyo reverso tenía el símbolo de la Monarquía y que, por tanto, se prestaba a ser rápidamente volteada al revés en previsión de la llegada de los Reales Ejércitos que partían en dos los grisáceos charcos del reciente chubasco,

como Bochica había roto con su rayo divino la roca del Salto del Tequendama para que por allí se precipitaran las aguas que habían inundado la tierra y llegara la diosa del amanecer que con su luz creadora secara los terrenos anegados. Con esto y con los cintajos que lucían los colores de España colgados de los sombreros, los «filipichines» se paseaban muy cachacos por las calles para lucir más monárquicos que el Monarca y más fieles que San José. Como alguien dijo, aquello fue como el día en el Monte Tabor, donde ocurrió la más famosa transfiguración de la Historia. Esta tuvo que haber sido la segunda más famosa de todas, porque a muchos pareció aquel día como la recreación del mito en que Bachué fue perdonada y resarcida, por lo que pudo regresar a la mística laguna. Sumergiéndose en ella para siempre, se refugió en el palacio de cristal bajo las aguas donde se dedicó perpetuamente a cuidar de los tesoros del altiplano a ella encomendados. Solo que los patriotas no habrían de tener dónde sumergirse ni dónde esconderse del castigo seguro que se les preparaba.

Los balcones de Zipaquirá se engalanaron con reales tapices mandados a bordar con nerviosa premura y lucieron más espléndidos bajo la luminosidad de un sol que asomaba esquivo por entre los nubarrones amenazantes. Próximo a la ciudad, al camino salieron plebeyos y patricios para ver de cerca a quien había aplastado la insurrección revolucionaria.

—Tómese esta chicha, *sumercé*, que viene empapado y ella le ayuda a entrar en calor... —Le brindó una atenta mujer del pueblo, acercándose hasta su caballo y alargando la mano con una vasija en ella.

—¿Chicha? —preguntó Morillo—. ¿Qué es chicha?

—La bebida local fermentada que proviene del maíz —le explicaron.

—Beba un sorbo usted primero... —le dijo a la mujer, lo cual ella hizo presta, y entonces Morillo bebió de un sorbo el líquido amarillento de la totuma a la vez que exhalaba un suspiro de satisfacción. Al punto llegaron damas y caballeros que, lisonjeros, al ver la escena ofrecieron licores finos al agasajado, diciendo:

—La chicha es bebida de indios y de gente baja, General. Os brindamos mejor aguardiente de caña, brandy de jerez o *cognac* de Francia... —pero Morillo hizo un gesto de cortés rechazo, pensando: «Prefiero chicha de indio noble que aguardiente de patricio traidor». El General mismo se lo refirió a don Joaquín.

Morillo fue obsequiado con una gran fiesta a la que asistieron las gentes notables y damas de alcurnia, quienes, interrumpiendo la música a la usanza del altiplano, recitaron versos en su honor mientras otros pedían a San Isidro Labrador «quita el agua y pon el sol, para que el adusto comandante no se nos encabrite». La mayoría eran versos cursis dichos en estilo grandilocuente y campanudo, como cursis y campanudos fueron los discursos que en alabanza del Pacificador fueron pronunciados. Se quiso imitar el estilo greco-latino, pero a lo sumo se consiguió el estilacho zipa-chibchiano que desde ese momento y en adelante tornó en llamarse «veintejuliero» en célebre remembranza de lo que había ocurrido el 20 de julio de 1810, seis años antes, infausto año que en aquel momento todos querían olvidar.

Este autor ha confirmado que hasta hoy persiste ese discurso plagado de hipérboles, adornado de galanuras, espinicios, exordios y peroratas grandilocuentes vehemente y tumultuosamente precipitadas, a veces, floridas y pomposas, las más, extravagantes y destempladas, que infunden

vida a los seres inanimados en prosopopéyica tesitura y que con apostrófica intención tuercen el hilo del discurso que en sinuosa prolepsis previenen las objeciones del contrario, despachan profundas doctrinas en un santiamén o, al contrario, enérgicamente expresan en inacabables perífrasis lo que la economía verbal podría expresar en menos, todo para parecer más brillantes, más doctos, más sabios.

Lo cual no resulta del todo negativo, porque ha de saberse que uno de los más brillantes oradores de las Cortes de 1812 fue don José Mejía Lequerica, representante por Santa Fe en las Cortes de Cádiz, quien dio sus primeros «pininos» cultivando un estilo que silvestre crecía en los arrabales y que dio sus mejores frutos en los días en que el buen decir se hizo valioso tesoro neogranadino. He de añadir que aún continúa dándolos, porque ¿no es acaso de las flores silvestres de donde se extraen los perfumes y de las tierras incultas de donde brota el fruto?

Pero el General no se dejó impresionar con el agasajo y el discurso. Sabía que muchas de esas gentes habían recibido con similar regocijo a los caudillos rebeldes. Lo único que resultó grato y sorprendente fue el regalo que le hizo un hacendado quien, queriéndole animar su gesto adusto, le regaló un caballo jerezano de su yeguada porque había visto que la bestia que Morillo montaba no era digna de tan noble y poderoso caballero. Resultó ser mucho más de lo que esperaba, pues el bruto tenía paso sincopado, mirada vivaracha y cuello curvado y altanero. Estuvo a punto de no aceptar tan magnífico regalo, pero la insistencia y formalidad del hombre pudieron más que sus escrúpulos de pacificador e indiferencia de soldado. «De todas maneras», debió pensar, «esta es la mejor forma de entrar a Santa Fe».

En Zipaquirá confirmó Morillo que en la capital del Reyno, a una jornada de distancia, se le preparaba un recibimiento de más grandioso fasto, con «vivas» y ovaciones por las calles, más discursos «veintejuleros» que excusaban el 20 de julio, tapices con los símbolos de la Monarquía en los balcones y banderines españoles en todos los faroles de la Calle Real. Como el General estaba inquieto y disgustado por la traición de Arismendi, quiso que su llegada a Santa Fe pasara inadvertida y para eso se puso una capa que le cubría la guerrera, un ancho sombrero de paja que le ocultaba el rostro y, cabalgando en tan excelente bruto por delante de su ejército, se aproximó de incógnito el 17 de mayo a las goteras de la capital. En el Puente del Común, a la salida de Chía, se encontró con la primera comitiva de vecinos que agitaba banderines y mostraba pancartas de bienvenida. Pasado el puente, hizo una pausa para contemplar la ubérrima sabana a cuya izquierda, viniendo por el Norte, se alzaban los cerros tutelares y a su derecha se veía la verde planicie salpicada de eucaliptos y sauces llorones, humedales y cerros azulados de lejanía. Eran las estribaciones de la Cordillera Oriental que había ascendido en su largo viaje. ¿Cómo era posible que tras las cálidas tierras de las que procedía se encontraran estos climas tan fríos y sanos, con aguas tan puras y rocíos mañaneros? Adelante, más allá, en el despejado cielo, apenas visible por la distancia, se percibía la cima perpetuamente blanca del Nevado del Ruiz, como un coronado gigante de humores impredecibles. «Con cielos más despejados —le dijeron— a veces se ven tres nevados».

—¿Y es aquí donde los españoles no quieren a los españoles? —preguntó—... porque solo veo casas españolas, nombres españoles, apellidos españoles y hasta traidores españoles; todos, todos hablan nuestra lengua, porque nos bendicen y también nos maldicen en español; aman y ríen

como nosotros, y hasta ponen avisos chistosos en español como el nombre de esta fonda del camino real, ¿la veis? —dijo, señalándola— que han dado en llamar «La Mona Guisa»... Detengámonos aquí y comamos. —Y allí comieron, anotó jocosamente don Joaquín, según lo oyó de labios de Morillo.

En efecto, dieron a Morillo una espectacular sopa de papa amarilla y pollo llamada ajiaco que aderezan con crema de leche y alcaparras y dan sabor con una planta llamada guasca... Morillo jamás olvidaría el sabor del ajiaco ni ese paisaje que se le abrió a sus ojos como un cuadro de fantásticos colores donde la calamidad y la dicha se entremezclaban de manera misteriosa.

Estando como a cinco kilómetros de distancia de Santa Fe se topó a bocajarro con una comitiva que se había adelantado a recibirlo, comitiva que estaba compuesta por señoras lujosamente ataviadas y caballeros acompañados de sus familias. Se trataba de las mismas damas que en tiempos de Amar habían ofrecido un homenaje de desagravio a la señora del Virrey tras los insultos ocasionados por la plebe. Coches y caballos, lujosamente enjaezados, iban por el Camino Real del Norte, precedidos por una banda de música que alternaba sonos autóctonos y marciales. Morillo iba acompañado de tres oficiales igualmente disfrazados y sin insignias. Sabían de antemano que el «valeroso» grupo de patriotas que había escarnecido a los españoles había puesto pies en polvorosa al saber que Morillo se acercaba.

Dice el capitán Sevilla:

Al ver a aquellos cuatro hombres, las amazonas y sus acompañantes hicieron parar la música y los detuvieron. Una de las señoras que venía delante en un magnífico caballo blanco, fue la primera que tomó la palabra, obligando a hacer gracias cabriolas a su corcel de pura raza andaluza: Caballero —dijo con voz dulce y armoniosa, fijando en Morillo sus grandes ojos negros— salud al victorioso ejército pacificador de Tierra Firme. Esta comisión de señoras y señoritas de la nobleza bogotana, que tengo el honor de presidir, así como la de caballeros que nos sigue, queremos saludar y felicitar al invicto general Morillo. ¿Nos podrían Vds. decir dónde hallaremos a S. E.? El aludido recorrió con la vista aquella brillante pléyade de hermosas mujeres, gallardamente montadas sobre ricos palafrenes, y después de una breve pausa contestó: Gracias, señoras y caballeros, por las frases lisonjeras que por boca tan linda acabáis de prodigar al valeroso ejército del que formamos parte. Pero el general en jefe... viene atrás.

Como se puede observar, los valientes hombres habían puesto a las mujeres de parapeto para agradar al General. Morillo se despidió de las damas de manera fría, aunque cortés, y continuó su camino sin disimular su desprecio. En las calles de Santa Fe se encontró con treinta arcos triunfales confeccionados con laureles, ramilletes de flores y banderas españolas. Para la ocasión se habían colgado cortinas de damasco en los edificios; las multitudes desbordaban las aceras y eran apenas contenidas en su entusiasmo por el ejército de La Torre que a lado y lado hacía fila, pero Morillo siguió impertérrito. En los cuatro costados de la plaza principal se habían levantado sendos templetos con cúpulas de media naranja y el notablato había dispuesto una fastuosa cena como jamás se había visto por aquellas tierras, ni siquiera como las que habían ofrecido a los más preclaros virreyes. Luego el General preguntó a un grupo —continúa Sevilla—: «¿Cuál es la casa destinada a Morillo?» Como se la indicaran, se dirigió a ella y se encerró. Era la mansión de José María del Castillo y Rada, situada en la calle Real con carrera 14. Pero los santafereños que tenían el instinto más aguzado que el olfato de un perro perdiguero, no se llamaron a engaño: el jinete que montaba tan altanero y elegante bruto no podía ser otro que Pablo Morillo, vencedor de

los ejércitos napoleónicos. Y se les enfriaron las tripas.

Por los balcones de la casa oyó Morillo entrar el sonido de las músicas marciales que sus tropas, desde una distancia de un kilómetro, entonaban para su entrada triunfal a la capital del Nuevo Reyno de Granada; a unas pocas cuabras de distancia por la calle Real venía ya su ejército entonando los aires de la *Marcha Granadera* o *Himno Real*: «taratará·tara tararararará ta·ratatará» y se puso de pie y al salir al balcón todo el mundo ya sabía que se trataba del General; no podía ser otro a quien los soldados rendían honores girando la cabeza hacia el balcón a medida que desfilaban los escuadrones, pasaban los oficiales a caballo y el general Enrile, quien con la espada desenfundada y en paralelo con el hombro derecho, ordenaba: «¡Atención...! ¡Presenten armas... Arrrr!».

Bum, bum, bum, burumbum, bum, bum, agudos sonaban los tambores de guerra, seguidos del ronco compás bum, bum, bum que marcaba el tambor mayor, los triángulos y los címbalos... y luego las cornetas. «Ahí está el general Morillo», decían unos señalando el balcón. «¡Viva el rey don Fernando!», decían otros, y otros más «¡Viva España!», «¡Viva Morillo!».

Cuando los notables se enteraron de que el General había llegado de incógnito y desairado el recibimiento, la preocupación tiñó los rostros. La Justicia estaba allí para tomar cuentas y no para ser agasajada. Una comisión fue formada para indagar sobre el desplante, que en llegando a su casa, tímidamente le preguntó:

—¿Por suerte de cuáles chismes y consejas, General, habéis creído que nosotros somos los revolucionarios que tanta desgracia han traído a nuestro suelo? ¿Acaso estas muestras de alegría no son suficientes para aplacar vuestra prevención contra nosotros? —se le preguntó en el marco de la marcha que con su música se perdía en la distancia y con el olor fresco de la boñiga de los caballos que manchaba el empedrado de la calle, ante lo cual respondió Morillo:

—¡Qué dicha más grande tendría yo en saber que no os prestasteis a tan horrendos crímenes que por aquí se han cometido!, pero todas estas lisonjas me huelen a lo que mi caballería ha depositado en el suelo.

Y luego añadió:

—Un general español no puede asociarse a la alegría, fingida o verdadera, de una capital de cuyas calles temía yo que se resbalase mi caballo en la sangre fresca aún de los soldados de S. M. que en ella hace pocos días cayeron a impulsos del plomo traidor de los insurgentes parapetados en vuestras casas. —Los comisionados abandonaron el recinto acongojados y un silencio de muerte acalló la banda de música y las gargantas de cuantos salieron a festejar el triunfo de España a las calles.

Estaba dicho. Morillo sería, de allí en adelante, implacable con los insurrectos porque «al perro no lo capan dos veces», como popularmente decimos. También descargaría su ira contenida contra el coronel La Torre por el indulto ofrecido y lo recriminaría agriamente. El Coronel tampoco estuvo amable, pues le recordó que su palabra y su honor estaban comprometidos con aquel indulto que debería respetarse hasta el final. Morillo, indignado, le recordó el episodio de isla Margarita en el que no había aceptado el consejo de Morales, y le preguntó:

—¿Por qué tengo yo que aceptar el vuestro, ahora, cuando están de por medio los intereses de la Monarquía que no supe resguardar en Margarita? —A esta pregunta ya no había respuesta y, ordenando al general Enrile que procediese a elaborar una lista de los cabecillas de la revolución,

le indicó que saliera a detenerlos.

No obstante, tuvo a bien decir a La Torre que su palabra sería salvaguardada porque él la entendía referida solo al pueblo ignorante que había seguido a los ilustrados patricios, con lo cual salvó cara ante el acongojado militar. Fue entonces cuando sacó la amnistía que llevaba escrita desde el 24 de abril de 1816, estando en Ocaña, donde había escrito que los sargentos, caporales, soldados y ambulancias que sirvieron al gobierno rebelde entregaran las armas y regresaran a sus hogares; que también podían hacerlo los oficiales hasta el grado de Capitán, inclusive, siempre y cuando entregaran al general en jefe que los comandara, o sublevaran alguna provincia o plaza importante contra los rebeldes; también si se presentasen con municiones o tropas armadas, cobijo que igualmente se daría a los esclavos que entregaren a los jefes revolucionarios, lo cuales recibirían la libertad con una gratificación pecuniaria.

En compensación, el coronel La Torre fue ascendido a General y el coronel Antonio María Casano nombrado Gobernador Militar de Santa Fe. Inmediatamente instaló un Consejo Permanente de Guerra integrado por jueces militares, para juzgar los casos más graves en el llamado Tribunal de Sangre; conformó un Consejo de Purificación ante el cual debían comparecer los sindicados de delitos menores y una Junta de Secuestros encargada de embargar los bienes de todos los sindicados y confiscarlos a favor de la Corona.

Como todo Consejo de Guerra, sus procedimientos eran sumarios. El fiscal instruía el expediente y formulaba los cargos; el acusado se defendía por medio de un defensor de oficio y el Consejo pronunciaba el fallo sobre los delitos de rebeldía y traición, según las Leyes de Partida de la Recopilación de Indias y de las Ordenanzas Militares de España. Morillo revisaba el caso y tenía poder para confirmar o denegar la sentencia. En el caso del Consejo de Purificación los sindicados comparecían ante él para purificar su conducta. El sindicado se hacía presente con dos testigos a favor de su causa; el presidente del Tribunal hacía llamar a otros dos testigos de su escogencia que lo conocieran para que declarasen; si el juez determinaba cargo alguno, la pena de multa, destierro o servicio militar era impuesta; si el cargo era grave, lo declaraba insurgente y lo pasaba al Tribunal de Sangre. Los bienes de los insurgentes condenados a muerte eran confiscados en su totalidad.

A los siete días de haber llegado Morillo, y ante el espectáculo de la destrucción del observatorio y de casi todos los documentos científicos e instrumentos de variada especie, ordenó hacer un inventario en la llamada Casa de Botánica, el Panóptico, donde se guardaban las piezas más preciosas de la Expedición Botánica dispuesta por Carlos III, y a cuya cabeza estuvo el sabio José Celestino Mutis. Las piezas recogidas se depositaron en 104 cajones, el mayor tesoro botánico jamás alcanzado hasta la fecha. Lo complementaban 6.849 láminas y 590 dibujos en tinta china, todo lo cual ordenó se embarcase a España para ponerlo a salvo de los vándalos. El encargado de la misión fue el general Enrile, jefe de su Estado Mayor, quien lo remitió a España desde La Habana el 14 de marzo de 1817.

El documento remisario de este tesoro fue proporcionado por el padre Jesús Barreiro, agustino, y habla por sí solo:

Luego que el Ejército Pacificador de Costa Firme logró apoderarse de la capital de Nueva Granada, su General en Jefe pensó y dispuso salvar los resultados de la lora trabajada por la Comisión a cuya cabeza se encontró el Dr. Mutis. Una obra

inmortal, que al mismo tiempo que en sí tan apreciable y que suministra el testimonio auténtico y evidente de la ilustración de la Nación Española, había sido propuesta para venderla a Inglaterra con el objeto de llevar hasta este punto el odio a la Metrópoli. El establecimiento solo contaba un encargado [Sinforoso Mutis] que por sus crímenes debía ir al presidio de Omoa, otro que fue pasado por las armas por rebelde, así como el tercero, cuyos conocimientos los había dirigido contra aquellos mismos a quien debiera su ilustración. Se reunieron, pues, todos los trabajos y se encajonó por familias y clases cuanto correspondía a la Botánica, aunque no pudieron arreglarse los minerales según ninguno de los sistemas, por falta de persona inteligente. De todo se ha formado el inventario y el expediente que incluyo a V. E. El edificio destinado a la Comisión está intacto; los enseres lo propio; la Biblioteca contiene las obras cuyo catálogo acompaña y tal vez en Botánica es lo más completo, enriquecida con obras del secuestro; pero el Observatorio fue destruido cuando entró el rebelde Bolívar, conservándose en buen estado tan solo el péndulo y la Iuesa de París, instrumentos especiales por ser los que sirvieron a los astrónomos en la Meridiana de Quito... Ocupado en desempeñar las funciones del mando de la Escuadra y las del Ejército como su Jefe de estado Mayor, no he podido abandonarme a sacar un mayor partido como lo deseaba en beneficio de la Ciencia; pero he podido salvar de la destrucción y conservación para el adelanto de la cultura del Género humano unos materiales preciosísimos y por lo tanto los he empacado y conducido a mi vista de Santa Fe de Bogotá hasta aquí, consiguiendo ahora lo propio que en el principio de la Revolución de la Península, con los instrumentos de la obra de la meridiana, de que participé, salvando con especial el Péndulo de Platino, sobre cuyas observaciones Laplace y Lavoisier fundaron el origen del sistema métrico, el que debe estar depositado en el Observatorio de la ciudad de San Fernando... Mil veces feliz el General D. Pablo Morillo, que elegido para destruir la discordia en las vastas posesiones del Rey en la Costafirme, no solo lo ha logrado pronto y a tan poca costa, sino que aun desde el imperio mexicano al del Perú, no han sido objeto suficientes esos para distraerlo de presentar tan bellas ofrendas en el templo de la Ciencia. Dios guarde a V.E. muchos años. Fragata Diana en La Habana, 14 de marzo de 1817. Excmo. Sor. Pascual Enrile. Excmo. Sor. Secretario de Estado del Despacho Universal.

Me he detenido en este revelador documento porque algunos especialistas y expertos en la Expedición Botánica niegan que este tesoro haya sido encajonado, salvado de la ruina y enviado a España por Pablo Morillo. Complementaré diciendo que desde el 17 de noviembre de 1817 hasta la fecha en que esto escribo este valioso tesoro reposa en el Real Jardín Botánico de Madrid.

Calzada, cuyo ejército se había unido al de La Torre en Villa de Leyva, ya también había entrado con su ejército en Santa Fe. Nadie había visto nunca allí reunida una fuerza semejante. Morillo, Calzada y La Torre habían confluído para hacerle frente a la insurrección neogranadina con todas sus consecuencias. Morillo, entre tanto, era condecorado con la Gran Cruz de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica que había creado don Fernando VII el 14 de marzo de 1815. Fue una breve pero solemne ceremonia. Los santafereños la observaron atónitos. No podía haber otro comportamiento. La ciudad estaba expectante. Se había acabado el juego de «tú te arrepietas, yo te perdono».

España había vuelto. La paz y la justicia también, por breve tiempo.

Sí, por breve tiempo.

## 26. PAX HISPÁNICA

*También deseo que la justicia de los pueblos se establezca conforme a los tiempos de los españoles.*

SIMÓN BOLÍVAR

*Créame Ud., nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones; y últimamente he deplorado hasta la que hemos hecho contra los españoles.*

SIMÓN BOLÍVAR, a tres meses de su muerte, en carta a Estanislao Vergara, 25 de septiembre de 1830

### **El retorno de la paz y del orden**

Las supracitadas palabras de Bolívar revelan, como pocas, la traición del subconsciente de un Libertador que en el fondo de su alma sabía perfectamente lo que había significado la presencia española en América: la justicia. Pero también la paz, el progreso y la industria, como, ocasionalmente, lo llegó a reconocer. Solo que, por ahora, los intereses los había interpuesto a la verdad para alcanzar su peculiarísima visión de un Nuevo Orden, salpicado de utopías y románticas ensoñaciones.

Habían transcurrido seis largos y crueles años de anarquía, derroche, contiendas, guerras civiles, disputas mayores y menores, ruido, angustia, desolación y miseria desde que el virrey Amar y Borbón se había abstenido de hacer guardar el orden y salido de Santa Fe en 1810. Nadie se entendía con nadie. Las familias habían quedado irremediabilmente divididas por causa de la Revolución. En Popayán, la casa paterna de don Joaquín se dividió en dos y se puso una puerta infranqueable interna que, con gruesos barrotes de madera, todavía permitía observar el discurrir de la vida a uno y otro lado de la puerta. Solo los niños se acercaban a los barrotes a hablarse, a hurtadillas, los unos con los otros, porque sus padres no permitían que se juntasen para jugar; por primera vez se rompieron los lazos de sangre de unos con otros por causa de la política. Hasta las hijas monjas de don Joaquín en la lejana Nueva España se cambiaron el apellido Mosquera, debido al desprecio que les inspiraron sus tíos, pues solo conservaron el de su madre, el Álvarez de Toledo. Fue una gran tragedia. El Reyno había quedado abandonado a las más disolventes fuerzas políticas que la historia hubiese conocido. Por eso la llegada de Pablo Morillo el 17 de mayo de 1816 a Santa Fe fue mirada por todos, o casi todos, como la vuelta al orden y el regreso a las labores productivas cotidianas tan bruscamente interrumpidas por años de zozobra. Aquellos que no miraron con buenos ojos su entrada en la capital fue porque presintieron que el desaire a ellos hecho por Morillo había sido una clara advertencia de sus intenciones: juzgar con todo el peso de la ley a los revolucionarios y a aquellos que auspiciaron los desmanes, los cohonestaron o simpatizaron con ellos. Morillo tenía claro que había dos tipos de culpables: los cabecillas, en

mayor grado, y el vulgo que los había seguido, en grado menor. Por eso ordenó:

—¡Tráiganmelos a todos, pero si no podéis hacerlo, por lo menos a todos los cabecillas! ¡A esos los quiero frente a mí! —«El dulce se les había puesto a mordiscos», como también se dice popularmente por aquellas tierras, y ya no había caso de insistir en chuparlo.

El 30 de mayo, día de la celebración de la fiesta de San Fernando, quiso Morillo celebrarla en honor de don Fernando VII, por lo que publicó una nueva amnistía en la que otorgaba ciertas gracias a los individuos que llenaran las siguientes condiciones: que los oficiales rebeldes se hubiesen limitado al ejercicio de sus deberes según su estado y que no fuesen culpables de sedición, asesinato o incendio; que no hubiesen oprimido a los pueblos con exceso de tributos o violencias; que no hubiesen desorientado a la opinión con discursos o escritos subversivos; que no hubiesen proclamado la independencia con tenacidad, excluidos todos aquellos españoles o extranjeros que hubiesen obtenido empleos de Su Majestad y aquellos que aún tuviesen las armas en la mano.

Por lo pronto, el ejército de 2.000 hombres que Servéiz había llevado el 5 de mayo hacia el Llano se vio acosado por las deserciones. Ni siquiera le ayudó la imagen de la Virgen de Chiquinquirá que se llevaba consigo. En Tunjuelo solo quedaban 800 soldados de infantería y 100 dragones, que se vieron precisados a abandonar el cuantioso parque militar que llevaban. La Torre envió un destacamento de carabineros y cazadores a perseguirlo y adelante de Cáqueza le dieron caza; en el combate el ejército rebelde fue derrotado, pero con él escaparon 200 hombres, entre ellos Francisco de Paula Santander. Sí, Santander, el hombre que llamarán «de las leyes», pero que violó las dadas por España. Así estaban las cosas. En la rápida fuga dejaron abandonada la imagen de la Virgen, que luego fue rescatada y llevada a Santa Fe en santa procesión. Luego se reinstaló en su santuario de Chiquinquirá. Llegados los fugitivos al Casanare el 23 de junio, se unieron los 56 hombres que quedaron a las tropas de Urdaneta.

En cuanto toca al presidente José Fernández Madrid, este se encontró con que la situación militar en Popayán no era tampoco halagüeña, pues las tropas rebeldes allí acantonadas carecían de jefes capaces. Sámano, aquel oficial que había infructuosamente instado al Virrey a tomar medidas militares contra los insurrectos del 20 de julio de 1810, se movió de Pasto a Popayán y con 1.400 hombres se situó en la Cuchilla del Tambo. En la ciudad, Fernández Madrid había convocado una comisión permanente de los restos del Congreso que, compuesta por los diputados que habían emigrado allí, decidió elegir dictador al general Custodio García Rovira y a su segundo, Liborio Mejía, otro más en la larga cadena de dictadores a los que recurría la República en busca de democracia y libertad. Fue Liborio Mejía, ante la ausencia del titular, quien ejerció la dictadura, expediente nunca ejercido por los independentistas de los Estados Unidos, ni aun en las peores circunstancias. ¡Contaba con apenas veinticuatro años de edad y ya se entrenaba como tirano! Era una República de niños acorralados por las realidades de la política y de la guerra. Su falta de experiencia en estos asuntos hizo que atacara imprudentemente a Sámano en la Cuchilla del Tambo, donde este se situaba bien atrincherado. Antes, sin embargo, y en clara y pobre imitación de Bolívar, declaró su propia Guerra a Muerte, para lo cual hizo enlutar las banderas y cajas de guerra. Sámano le tendió una trampa: le presentó escasa resistencia con sus fuerzas para atraerlo hacia sus trincheras y, luego de cercarlo, batió a su improvisado ejército. El saldo fue de

250 muertos y 300 prisioneros sufridos en las filas insurgentes que, de todas maneras, lucharon valerosamente. Mejía huyó con un puñado de hombres hacia La Plata, pero luego se le dio alcance y cayó prisionero. Sámano entró a Popayán.

Mientras esto pasaba, el capitán español Antonio Pla ocupaba las costas del Pacífico y Julián Bayer, cerrando la tenaza en el Sudoeste del país, invadía el Valle del Cauca. En la provincia de Antioquia ocurría otro tanto. El sur del Reyno estaba ahora pacificado, como lo estaba el Norte y el centro. El coronel español Vicente Sánchez Lima, subiendo rápidamente por el río Cauca, había sorprendido en octubre de 1815 a una guarnición del gobierno republicano en Henchí y la redujo a prisión. Otra fuerza republicana que estaba en Zaragoza a órdenes del coronel venezolano Andrés Linares se replegó a Remedios, donde fue vencida por el coronel Francisco Warleta. El presidente del Estado, Francisco Tejada, decidió huir a Popayán con su gobierno, pero fue aprehendido. No contó con que ya esta ciudad estaba rescatada para España. Los cabildos de Medellín, Marinilla y Rionegro se apresuraron a reconocer el gobierno de Warleta, quien dejó encargado de este al coronel Sánchez Lima. Las noticias fueron empeorando. El español Donato Santa Cruz subió el Magdalena y se apoderó de todas las poblaciones ribereñas, incluida la Angostura de Carare. La Nueva Granada había quedado, finalmente, sometida y pacificada. A la Patria Boba sucedía la Patria en Paz.

La policía militar de Morillo, distribuida por todo el Reyno y en colaboración con los delatores, de los que había cientos, se encargó de hacer las redadas que dieron como resultado la detención de unos y de otros. El brazo de la justicia se alargó por todos los rincones de la extinta República. Fue, también, el tiempo de los enemigos de los patricios sublevados, porque aquellos prestaron su concurso a la compilación de los expedientes y formulación de cargos como testigos excepcionales. Los sindicatos fueron a parar a las cárceles que se improvisaron para albergar a tan humillados humilladores que ya no mostraban la arrogancia de antaño. Ahora condescendían con el restaurado régimen, se mostraban obsequiosos, y escribían memoriales en los que se despedían besando las manos de sus jueces. Y a veces las botas, como lo veremos en la carta que el sabio Caldas escribió al general Enrile. Un miedo contenido fue ciñéndose sobre una ciudad que había visto desfilar al destierro del poder —como un nuevo Luis XVI— al destronado representante real, el virrey Amar, tan pacato y cobarde; su pusilanimidad no había hecho más que ensoberbecer a los más convencidos republicanos. La cobardía de la autoridad siempre ha envalentonado, y jamás pacificado, al rebelde. ¡Ay don José Antonio Amar y Borbón! Pensar que se destacó en el cerco de Gibraltar y en la guerra contra Francia de 1792... ¡Pensar que su familia, concretamente su abuelo y su padre, sirvieron a la Familia Real como médicos con grande consagración y esmero! ¡No me explico qué le pasó! Quizás que desde 1805 había venido perdiendo el oído, y quizás no oyó consejos de nadie..., ni el de su mujer, ni el de Sámano, que lo instaron a sacar la tropa.

Morillo se encontró con que los insurrectos habían cometido el error de no destruir los archivos del gobierno revolucionario de Santa Fe y todo lo que se había dispuesto en seis años de decretos, dictadura, congresos, juntas de notables, triunviratos, guerras civiles y caos institucional en los que nadie pudo organizar un gobierno medianamente sensato. Las gacetas periódicas fueron mandadas a recoger y sus escritos, noticias e informaciones, sirvieron de pruebas contra aquellos

en quienes la justicia iba a descargar su brazo. Muchos se ofrecieron a entregar colecciones enteras de dichos periódicos y publicaciones, de donde se obtuvo un verdadero arsenal de informaciones acusatorias. La lista de culpables y sospechosos crecía con el paso de los días y las cárceles se iban colmando, mientras los arcos triunfales, las guirnaldas, y los ramilletes se marchitaban por el abuso del tiempo y el desánimo que, como una lápida, pesaba sobre el cuello de los involucrados. En Santa Fe, de cuando en cuando un arco triunfal se desprendía y se descolgaba ominoso, meciéndose sobre el farol. Era el presagio de que muy pronto así habrían de mecerse los cuerpos exánimes de los ajusticiados. La ciudad tenía un aspecto triste y el silencio voluntario en el que se refugiaron sus gentes aumentó ese aire de solemnidad fúnebre que en todas partes se sentía. Era como si las azucenas de la muerte llenasen de ese extraño aroma una ciudad que pronto se iba a convertir en la sala de velaciones de la extinta República.

Compilada la lista, las detenciones que siguieron produjeron un grito de espanto entre las damas que habían ido a ofrecer su bienvenida a Morillo en las goteras de la capital. Eran las esposas, hijas, hermanas y madres de los cabecillas de una revolución que iba a condenar a la América a un atraso secular y pérdida de soberanía como solo los pobres y los débiles la suelen perder...

He aquí que, presurosas, cincuenta de tales damas se presentaron ante el Pacificador para suplicarle piedad para con sus maridos, hijos y hermanos. La escena no pudo ser más horrible, ni más conmovedora. El capitán Sevilla lo refiere:

El 30 de mayo, día del Rey, el Ayuntamiento de Santa Fe daba un espléndido banquete al General Morillo y a su Estado Mayor... Una vez terminada la ceremonia, se presentaron al general más de cincuenta damas y señoritas, las más llorando, pidiendo perdón, con motivo de ser los días del monarca, las unas para sus esposos, otras para un hijo y no pocas para sus hermanos... Las lágrimas, los sollozos y las súplicas de aquellas damas eran capaces de ablandar una roca. Madres había que, echadas a los pies de Morillo, le pedían, en nombre de la suya, piedad para sus hijos y se negaban a levantarse sin obtenerla; esposas jóvenes que partían el alma al hablar de sus pequeñuelos sin padre; hijas que ofrecían constituirse en prisioneras por sus padres... Morillo hacía visibles esfuerzos para no conmovirse; pero permanecía silencioso y solo un «levántese usted, señora», articulaba de vez en cuando, tendiendo su mano enguantada a las que se tiraban a sus plantas. Durante un rato las dejó hablar a todas, y por fin dijo con voz mal segura: Señoras, mi rey, que, como caballero español, tiene sentimientos generosos y humanitarios, me invistió con su soberana facultad, la más bella que tiene un monarca, la de perdonar. Me permitió que perdonase siempre que lo permitiese la salud de la patria. Así, al pisar por primera vez tierra americana, en la isla de Margarita, perdoné a cuantos me hicieron súplica análoga a la que ahora me hacéis. ¿Sabéis el pago que me dieron aquellos ingratos, que con lágrimas invocaron la clemencia de Su Majestad? Pues así que volví la espalda, tornaron a levantar el pendón rebelde, y, más sanguinarios que nunca, pasaron a cuchillo a los oficiales y soldados que allí dejé. Los que tan alevosamente han sido asesinados, cada uno por cien sicarios, también tenían madres, esposas e hijos, que hoy maldecirán mil veces al general imprevisor que tuvo la candidez de creer en las protestas fementidas de aquellos miserables. Si en vez de perdón hubiera yo fusilado a veinte cabecillas, no pesarían sobre mi conciencia los remordimientos que hoy me acosan. ¿Quién me asegura a mí que si yo pongo en libertad a vuestros deudos no perezcan a sus manos los leales de Santa Fe? Siento mucho el dolor que veo pintado en vuestros rostros, pero... no puedo perdonar cuando no lo permite la salud de la patria... No, no puedo. Mi resolución para los jefes es irrevocable.

En efecto, el responsable de esa traición a Morillo fue el sicario de Bolívar, Arismendi, a quien el Pacificador había perdonado la vida y que, no obstante, reunió 1.500 hombres, que hacia noviembre de 1815, a machetazos, azadonazos y cuchilladas asesinaron a 200 hombres del destacamento dejado por Morillo en isla Margarita al mando del gobernador Joaquín Urreistieta.

Se había cumplido la advertencia que le hiciera Francisco Tomás Morales a Pablo Morillo. Esta circunstancia hizo que Bolívar, Piar y Páez recrudescieran la guerra en Venezuela, lo que luego obligará a Morillo a trasladarse a esa provincia en 1817.

En fin, la señora de Camilo Torres, doña Francisca Prieto Ricaurte, recordó a Morillo que ella había encabezado el cortejo que sacó de la cárcel a la Virreina y que ese cortejo también había sido encabezado por su esposo, don Camilo. Que a ellos dos se debía que los virreyes no hubieran sufrido mayores vejaciones, pero Morillo le replicó que aquello no había sido suficiente, pues su esposo había sido parte en consumir la traición al Rey. A lo único que accedió Morillo, por petición de otra dama, fue a sacar los presos de los calabozos y alojarlos en mejores sitios. Algunos fueron recluidos en el colegio de San Bartolomé.

A la entrada de Sámano a Popayán, el ex presidente José Fernández Madrid huyó a los Andaquíes por Timaná, pero fue aprehendido en Chaparral y llevado a Santa Fe. Procesado, se juzgó que no había méritos suficientes para imponerle la pena de muerte. El síndico procurador general Ignacio Herrera declaró que Fernández Madrid le había dicho:

El general La Torre se acerca y casi no tengo por dónde escapar... Reciba usted también este pliego que contiene las credenciales que doy al provisor del arzobispado, a Jorge Tadeo Lozano y a usted mismo para que salgan a encontrar a mi nombre al general La Torre y le entreguen el Reyno... Repetidas veces me descubrió él mismo, que con mil intrigas había intimado a don Camilo Torres, para que renunciara a fin de entrar en el mando y lograr la entrega del Reyno; y que todo esto lo podía probar con testigos y documentos.

Las credenciales anunciadas para capitular eran las siguientes, fechadas el 2 de mayo:

Deseoso como lo he estado desde que me encargué del gobierno de encargar y concluir una transacción amigable que termine la guerra y sus horrores con las diferencias que las han ocasionado, y confiando para este importantísimo objeto de las luces y honradez y general concepto de los señores José Domingo Duquesne, provisor y gobernador del arzobispado, Jorge Tadeo Lozano e Ignacio Herrera, he tenido a bien comisionarles para que pasando sin pérdida de momento... concluyan con el señor general de las fuerzas de S. M. católica una transacción que asegure a estos pueblos la paz y a todos sus individuos una absoluta garantía de vidas, haciendas y propiedades, único medio para que dicha paz sea duradera, como exigen igualmente la religión y la verdadera política.

En su huida y abandono del gobierno, también envió una carta a Morillo que decía:

Acabo de llegar a este pueblo [Chaparra] y de nuevo imploro su noble y piadosa generosidad a favor de un joven inexperto y desgraciado. Me hice cargo, excelentísimo señor, del fatal destino que he obtenido, solo por evitar una sangrienta revolución que se preparaba contra los amantes de nuestro soberano, y por restablecer el orden, reconociendo al rey nuestro señor y sacando algún partido para los culpados, si era posible... En el Cauca di orden al gobernador don Antonio Arboleda para que hiciera jurar al rey, como en efecto este lo dispuso; en Cartagena sufrí persecución horrible por haberme opuesto a la declaratoria de Independencia, teniendo que escaparme... Tiempo hace que he conocido que es inadaptable al sistema que ha querido establecer en estos pueblos, porque lo repugnan absolutamente la diferencia de castas, las pasiones y rivalidades inferiores, la escasez de recursos y de luces y los hábitos y costumbres.

Así escribía el otrora envalentonado rebelde que quería oponer la última resistencia a la entrada de Morillo a la capital y ahora escurría el bulto de las responsabilidades tras los parapetos de la cobarde persuasión; decía ser un «joven inexperto y desgraciado», pero no lo fue para ser el presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, ni para decretar la Guerra a

Muerte en Popayán, ni para fundar en Cartagena un pasquín intitulado *El Argos Americano* que difundió la rebelión por toda la Nueva Granada, periódico que también llevó a Tunja y, abogado de veintiséis años como era, no podía desconocer la gravedad de sus actos.

A pesar de estos documentos, más el hecho de que siendo uno de los triunviros del ejecutivo, José Fernández Madrid había mandado a decir a Bolívar con O'Leary que «las medidas de conciliación eran preferibles a las de rigor», amén de que al haber detenido la ejecución de los españoles —entre ellos la del desgraciado Llorente— lo salvaron de una muerte segura en el patíbulo. Era otro que había besado las botas de Morillo, aunque no por esto logró la libertad. Fue absuelto más por tecnicismos jurídicos circunstanciales que por otra cosa.

Morillo, quien tenía que revisar la sentencia de Fernández Madrid, no lo creyó inocente; no obstante, respetó la absolución del Tribunal de Sangre, diciéndole: «Dentro del tercero día marchará usted a la Corte. Vaya usted a aprender lealtad de sus parientes. No piense usted que me engaña; usted es insurgente y lo será hasta morir». Y tenía razón en su duda, porque años después, ya sin botas que besar, Fernández Madrid confesará que aquellas palabras habían sido un ardíd para salvar su cabeza, pues sus ánimos estaban en otra parte: «Por más horrible que fuese mi posición, por natural que fuese el deseo de conservar la vida en el que también tenía mucha parte el deseo de poder servir y vengar a mi patria algún día, confesaré sin embargo que nunca he podido perdonarme aquella debilidad. Sin duda hubiera sido más glorioso no haber hecho traición, ni por un instante a mi conciencia y haber ido al patíbulo proclamando mi fe política». Este era un traidor congénito, pues había traicionado al Rey, había traicionado a los revolucionarios y había traicionado a Morillo y al juramento que le prestó. No en balde Morillo estaba resuelto a no perdonar a los cabecillas hallados culpables por los jueces.

Otros que salvaron el pellejo fueron Gregorio Nariño y José María Lozano de Peralta, quienes tuvieron que purgar en el tribunal de Purificación. Gregorio era el hijo de don Antonio, el llamado Precursor de la Independencia, y le sobraron testigos para informar que había ayudado a persuadir a su padre a terminar con la rebelión y capitular. Se alegó que por esta causa Santa Fe no había opuesto resistencia, cosa verdaderamente dudable. Lo que no era dudable era la persuasión interpuesta ante su padre. A José María Lozano, el famoso Marqués, lo salvó su mujer, la marquesa Rafela Isazi, quien llevó infinidad de testigos a favorecerlo. Obraba en su favor que había sido el Pacificador de Quito y gozaba de simpatía por parte del virrey Amar. No había tomado parte en el levantamiento del 20 de julio por estar en Cartagena desempeñando sus buenos oficios en apaciguar los ánimos. Cuando entró el comandante Sebastián de la Calzada a la ciudad rendida, aquel lo recibió con alborozo y lo alojó en su casa. «¡La vida por una cama!», se habría podido exclamar.

### **Llegan las cabalgaduras de la muerte**

Uno que no salvó su pellejo fue el posteriormente famoso tribuno del pueblo, don José de Acevedo y Gómez, aquel que pronunciara las más célebres palabras el 20 de julio: «Si perdéis estos momentos de efervescencia y calor; si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de

doce horas seréis tratados como insurgentes... Ved los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan», pues logró huir de los juicios porque unos días antes de la entrada del Pacificador se encaminó con su hijo mayor hacia las selvas impenetrables del Amazonas; después de un año de tremendos padecimientos murió en las espesuras de los Andaquíes. Otros insurgentes que salvaron la vida por no hallarse mérito para su ejecución terminaron haciendo trabajos forzados, como la apertura de nuevos caminos provinciales y hasta el empedrado de la Plaza Mayor de Santa Fe. Los clérigos, Juan Bautista Pey, José Domingo Duquesne, Andrés Rosillo —el escandaloso canónigo— y Fernando Caicedo y Flórez salieron para el destierro, junto con otros 95 curas revolucionarios. Duquesne, se sabe, fue injustamente desterrado, pues había defendido al gobierno de Amar durante su caída, así como la entrada de Morillo a la capital. Dijo antes de salir: «Me llevan sin haber cometido delito porque ni aun siquiera he dicho, viva la patria».

¿Hubo otras injusticias? No tengo ninguna otra registrada, a no ser la de don Manuel de Pombo, casado con doña Beatriz O'Donnell, a quien Morillo salvó arbitrariamente del patíbulo, porque la justicia se encargó de revisar cada caso y proceder de acuerdo con la ley. Ya narraré este caso en el que hubo una especial consideración, o mejor, favoritismo, en vista de las altas conexiones que doña Beatriz tenía con la Corte, y ese es, tal vez, uno de los pocos pecados del general Morillo.

De los curas, Morillo escribió: «Donde el cura ha sido bueno, el pueblo lo ha imitado. Muchos o los más de los curas han sido los fomentadores de las nuevas ideas». Esta era una acertadísima observación porque en trescientos años de presencia, España no había necesitado de ejército alguno para mantener los pueblos americanos leales al Rey y a la más grande y común Patria.

El primero de los reos en ser ejecutado por alta traición fue el general Antonio Villavicencio, el comisionado de la Regencia para que mediara en los problemas de la Nueva Granada, y quien terminó pasándose al bando contrario. En efecto, el primero en torcerle el cerebro fue Nariño en Cartagena, siendo ya comisario regio para sostener la autoridad real en la Nueva Granada. José Miguel Pey lo acabó de torcer y cuando llegó a Santa Fe desconoció el Consejo de Regencia, acató la Junta Suprema de la ciudad y suspendió sus funciones regias. Su periplo de traición no tuvo límites: confeccionó el escudo de la República, fue gobernador de la provincia de Tunja, y desplegó tropas a la entrada y salida de la capital del Nuevo Reyno. La alta traición consistía en que Villavicencio había sido Teniente Coronel del Ejército Real y había participado en la Campaña del Sur con el general Nariño y hasta llegó a ser asesor militar del Congreso de las Provincias Unidas.

Fue capturado en Honda por las tropas españolas, y llegó a Santa Fe el 29 de mayo de 1816. El Consejo de Guerra lo condenó a ser fusilado por la espalda al hallársele reo indigno de mirar de frente al pelotón, previa degradación de su rango, títulos y arreos militares y la confiscación de sus bienes. El 6 de junio de 1816, con gran aparato y redoble de tambores, «¡Aaatención, firmes!», le ordenaron como si todavía fuera un militar español, para pasarle revista alrededor, como si de una pieza de exhibición se tratara; sus charreteras fueron luego arrancadas una a una por un oficial y arrojadas al suelo; la espada fue doblada hasta romperla y luego, también, arrojados hoja y mango al suelo con gran estrépito a la vista de la multitud. El humillante edicto fue leído mientras

pálido y en posición de firmes su mente recorría las etapas de su periplo de Caracas a Cartagena y Santa Fe. ¿Dónde se había equivocado? Creo que Morillo se sintió tentado a conmutar la condena a Antonio Villavicencio, pues no podía dejar de recordar que había servido en España bajo sus órdenes directas cuando él apenas se formaba para militar, y don Antonio, en calidad de Capitán, comandaba la corbeta en la que Morillo servía. Pero no, no podía ceder en su compromiso con la salud del Estado; haría caso omiso de sus sentimientos personales y cumpliría con su deber. Por eso se inclinó sobre su escritorio y ni siquiera salió al balcón a presenciar la ejecución de su antiguo amigo y superior. Villavicencio soportó el suplicio con gran valor, pues «salió muy entero y llegó donde estaba la tropa; allí lo degradaron quitándole el sombrero, la espada y uniforme, y todo lo botaron con desprecio; después, él mismo se sentó en el banquillo y le tiraron por la espalda», según se escribió. Sabía que Morillo oiría las descargas, pero que no oiría sus descargos. No se humillaría. Moría, pues, el hijo de Fernando, conde del Real Agrado, habiendo desagradado la ley y al Rey.

Fue seguido en el suplicio por el revoltoso y exaltado joven revolucionario José María Carbonell, jefe de todos los tumultos populares y quien había escarnecido al virrey Amar. Se había quedado en la ciudad porque, según él, «con un pequé dicho a los españoles, me salvo», pero no fue suficiente. «Pa' que pecó», alguien le gritó en el patíbulo, medio en serio y medio en broma, según se decía. A su verdugo, un hombre del pueblo a quien él mismo había querido impulsar a la rebelión, «vestido de colorado, con sombrerillo apuntado que le daba cierto aspecto de bufón», le dijo mientras le ponía la soga al cuello: «Yo te perdono, porque no tienes la culpa».

Su suplicio tuvo ribetes dramáticos adicionales, pues, habiendo sido sentenciado a morir ahorcado por sus delitos, cuando llegó al patíbulo el verdugo le colocó mal la soga y al abrirse la trampilla comenzó el reo a contorsionarse presa de evidente sufrimiento: la cervical no se le había desconectado y estaba muriendo por asfixia, por lo que agitaba las extremidades sin cesar. Pero el público criollo y español no se divertían con esta «danza de la muerte» y, en consecuencia, se ordenó a la escolta abrir fuego sobre el desdichado. Como los soldados se acercaron demasiado al moribundo, los fogonazos incendiaron la túnica que cubría su ropa y entre quemado, ahorcado y fusilado murió el caudillo de la plebe, tres veces muerto, porque hay veces que se muere más de una. El mismo día cayó José Ramón de Leyva, aquel secretario privado de Amar que, a poco andar, saltó a las filas revolucionarias del 20 de julio; lo siguió en turno a quien le decían el «Mocho» Vargas.

El 6 de julio salieron del colegio del Rosario para el lugar del suplicio los ilustres Jorge Tadeo Lozano, hermano del marqués de San Jorge, juzgado por alta traición ya que había pertenecido al cuerpo de guardias españolas; salieron Emigdio Benítez, Crisanto Valenzuela, Miguel de Pombo, Francisco J. García Hevia y José Gregorio Gutiérrez, acompañados de una compañía del regimiento de Barbastro y de sendos sacerdotes que les fueron recitando la doctrina de la Iglesia católica para que la confirmasen; delante de ellos marchaban los hermanos del Monte de Piedad anunciando la ejecución con una campanilla de lúgubre tañido y, tras ellos, unos monaguillos que portaban el Cristo de la Iglesia de la Veracruz. Don Miguel de Pombo y Pombo, familiar de Torres y sobrino de don Manuel de Pombo Ante y Valencia, había interpuesto en el juicio un alegato en el que explicaba los esfuerzos que él y don Camilo Torres habían hecho a

favor de la causa española. Afirmaba que en la Junta de Gobierno de Santa Fe se había puesto a consideración la moción de continuar o no dependiendo del Supremo Consejo de Regencia, el tercero del cual don Joaquín se honró en presidir, y que los tres, Pombo, en compañía de Camilo Torres y don Tomás Tenorio, tío del anterior, habían luchado por conseguir que no se aprobara la ruptura. Dijo que similares esfuerzos se hicieron para que se aceptara, en consecuencia, al virrey Francisco Javier Venegas, que había sido nombrado en reemplazo de Amar y a quien tuvieron que rechazar porque la mayoría, excluido el reo, no lo había aceptado. El problema es que los jueces juzgaron que el hecho de haber participado en una votación en la que estaban obligados a aceptar el dictamen de la mayoría era suficiente delito de lesa Majestad. Además, el reo había dado plenas demostraciones de haber seguido una ruta revolucionaria y condescendiente con todos los insurrectos. Sus actos de gobierno federativo e independiente de la Metrópoli lo demostraban. De allí la condena.

Encabezaba la marcha al patíbulo una compañía de caballería con los sables desnudos. Las campanas de la catedral tañían a muerto y se iba oyendo el son acompasado de la banda de guerra a cuyos instrumentos de viento habían puesto sordina. Doña Antonia Vergara, esposa de José Gregorio Gutiérrez, uno de los reos de sangre, había estado arreglando sus hijitos ese día, desde muy temprano. Uno de los chiquillos le preguntó:

—¿Por qué nos vistes así, mamá, si hoy no es domingo? —a lo cual la madre, con lágrimas en los ojos, contestó:

—Porque hoy es un día muy especial y quiero que estén bien arreglados —dijo casi sin mirarlos, evitando todo contacto visual. El niño, con la clarividencia que da la inocencia, apuntó:

—¿Acaso hoy matan a mi papá? —y doña Antonia sintió que el corazón se le salía por la boca —. Sí, hoy matan a tu padre... —dijo ahogada por un quejido.

El cortejo que llevaba a su esposo al patíbulo iba acompañado de una inmensa multitud que desfilaba en reverente silencio. José Gregorio Gutiérrez pasó por debajo del balcón de su casa, pues la comitiva marchaba de Norte a Sur por la calle Real; al verlo, sus cuatro hijos, que permanecían de punta en blanco e inmóviles en el balcón con su madre, lo llamaron, gritando:

—¡Papá, papito, no te mueras! —en un coro disperso de voces. Su esposa, doña Antonia Vergara, los cogía de la mano para que no bajaran ni se arrojaran del balcón.

La próxima viuda y sus inminentes huérfanos estaban de luto riguroso. Los niños elegantes, de media blanca hasta la rodilla, pantalón negro corto, chalequito y camisa de encajes. Al verlo pasar, Antonia le pidió desde lo alto velar por ellos desde el cielo. Él alzó la vista y detuvo su húmeda mirada en aquel desgarrador cuadro. El cortejo detuvo su marcha cuando el padre, al ver a todos arrodillados, se frenó para extender su mano y dejar caer sobre su familia la última bendición. Cuando volvieron a marchar y empezó de nuevo el redoble de tambores, los niños batieron sus manecitas, llorando desconsolados. Se dice que doña Antonia cayó desmayada, mientras sus hijos lloraban, a grito herido, agarrados de los balaústres. Tal vez fue esta la escena pública de mayor contenido dramático y emocional. Todos cayeron fusilados en la Huerta de Jaime, y todos, desde ese balcón, oyeron las descargas (el lugar del suplicio es hoy conocido en Bogotá, querido lector, como la Plaza de los Mártires).

Este mismo mes de julio, fecha sin festejos del matrimonio independentista de seis años con la

República y con divorcio de sangre, Morillo contrajo segundas nupcias con María Josefa del Villar, oriunda de Cádiz, hija de José Gabriel del Villar y Urtuzástegui y de Josefa Narcisa del Villar. Se casó por poderes, ya que la novia se encontraba en España; en la ceremonia fue representado por el señor José Ramón de Muxica. Los festejos matrimoniales se hicieron en Santa Fe con una sobriedad espartana, un simple brindis con sus oficiales, pues ni la ciudad ni el Pacificador estaban de ánimo para más. Lo único que La Torre atinó a decir fue:

—Espero, General, que este gran paso no os haga apresurar el regreso... —Morillo respondió lacónicamente:

—Me quedaré hasta la consumación de la paz. —Todos rieron por el ingenioso apunte.

Custodio García Rovira fue fusilado el 8 de agosto en el mismo sitio que los anteriores condenados y el cadáver fue colgado en la horca con un letrero alusivo que decía: «García Rovira, el estudiante, fusilado por traidor». Lo siguieron José de Ayala, quien guardaba el parque de armas el día del golpe del 20 de julio, seis años antes; José Nicolás de Rivas, uno de los candidatos escogidos a título nobiliario en Santa Fe y rico hacendado; Joaquín Camacho, ideólogo de la revolución, quien, anciano y ciego, fue conducido al patíbulo; Carlos Montúfar, compañero de Villavicencio en su misión pacificadora; José María Arrubla, otro criollo rico; Manuel Bernardo Álvarez Lozano, tío de Antonio Nariño y flamante Secretario de Hacienda del gobierno revolucionario, a quien Bolívar había dicho: «A usted lo han de fusilar los godos» y Antonio J. Vélez, quien demostró tener el valor suficiente para asumir sus responsabilidades.

Camilo Torres, quien se había fugado hacia Popayán, por el camino cambió de parecer y se dirigió a Buenaventura. Caldas, Torices, Ulloa, Dávila, sus hermanos y otros compañeros revolucionarios se habían marchado con él. La intención era abordar el buque del corsario inglés Brown surto en la bahía de ese puerto sobre el Pacífico, pero antes de que llegaran, y por las malas noticias de los avances españoles por la costa, el corsario levó anclas y se marchó. Guiados por don Camilo, sus amigos intentaron seguir a La Plata y de ahí a los Andaquíes para salir al Amazonas, pero fueron aprehendidos por las tropas de Warleta en las inmediaciones de Buga.

Camilo Torres escribió a su mujer el 20 de agosto:

Después de que te escribí en Buga, con fecha 29 del pasado, me remitió Sámano junto con mis hermanos a Popayán, en donde estamos, aunque sin prisiones, en el cuartel de prevención. Me ha dicho [Sámano] que seré juzgado en Santa Fe; por consiguiente, seré remitido allá, y lo que siento son las incomodidades del camino, yendo en calidad de preso. Todo se remediará si mi tío Tomás me hubiese podido conseguir un pasaporte o una orden para que se me diese, pero tal vez no habrán llegado las cartas que desde el camino y desde el 18 de mayo estoy escribiendo sobre eso. Es preciso que trabajes con todos nuestros amigos para que dispongan los ánimos a mi favor. Tú y ellos conocéis mis intenciones y sabéis cuál ha sido mi conducta. A nadie le he hecho mal. Y antes sí todo el bien posible, como lo depondrán muchos, aunque en los gobiernos es tan fácil adquirirse enemigos.

Sus familiares en Popayán lo trataron como si fuese el causante del peor terremoto que había sufrido la ciudad desde su fundación: la pérdida territorial hundida en el cataclismo independentista que le había cercenado el Sur, desde la frontera con el Perú, y el Norte, desde el Valle del Cauca hasta Panamá. Torres se mantuvo en la prisión de Popayán taciturno y preocupado. Y aunque su reclusión no era demasiado dura y sus condiciones más bien

privilegiadas, los rumores que corrían sobre la pena que podría imponérsele le ponían los pelos de punta. Eso se lo habían dicho los juristas consultados. La vieja ciudad le recordaba días más felices, más prósperos. Su semblante iba decayendo en la medida en que era presa de constantes diarreas, posiblemente producidas por las malas aguas del camino, o las malas lenguas que se sabían dispuestas a testificar en su contra. Estas intimidaciones las refirió don Joaquín a don Fernando VII, porque sus primos y familiares de Popayán, los Mosqueras, Figueroas y Arboledas, eran muy amigos de los Tenorios, pese a que los separaran sentimientos opuestos y encontrados; tales chismes le llegaron a Cádiz, aunque no sabemos si por carta o viva voz.

La desilusión experimentada por don Camilo Torres y Tenorio fue enorme. Nadie podía hacer nada. Hombre de inmensos talentos, era presa de inmensas carencias; una de ellas era el valor para afrontar las consecuencias y responder por sus actos. Nada pudieron hacer por él sus familiares Tenorios, personas de grande influencia en los círculos sociales payaneses. El problema era demasiado grave como para que pudiese ser manipulado por influencias sociales. Las órdenes de Morillo eran perentorias: «¡Quiero a los cabecillas!». Torres estaba confiado en que sería procesado en Popayán y que su juicio estaría marcado por las influencias que sus poderosos parientes pudieran ejercer. Consciente de este peligro, Morillo ordenó a Sámano remitirlo a Santa Fe, ciudad donde él mismo podría vigilar que tan destacado personaje no hiciera uso del tráfico de influencias, y porque también Morillo lo quería allí. Una tía suya, doña Asunción Tenorio, llegó al extremo de reclamar airadamente a Sámano por haberlo remitido a Santa Fe con Francisco José de Caldas y Tenorio, su primo, donde padecerían una muerte segura; Sámano le había asegurado a ella que los dos primos serían procesados en Popayán, ciudad donde se esperaba un juicio justo. Pero doña Asunción tenía una muy diferente percepción de lo que sería un «juicio justo» del que podían tener las autoridades restauradas.

—Vos me prometisteis no remitirlos a donde Morillo —le dijo gritando, casi enloquecida por la angustia. Sámano le respondió:

—Señora, pese a mis promesas, ¿no me ha quedado más remedio que cumplir órdenes superiores y perentorias! —ante lo cual la dama sacó la mano y se la puso «donde su madre le había puesto la teta», según don Joaquín supo por boca de quien le narró la escena. El abofeteado General, sin inmutarse, le respondió entre dientes, citando la comedia de Pedro Calderón de la Barca, escrita en 1657:

—Manos blancas no ofenden —y acto seguido se marchó haciendo una ligera reverencia con la ira contenida en su rostro, no solo por el bofetón, sino porque esta señora era tan presumida que rezaba el Avemaría diciendo: «Dios te salve, María, prima y señora mía», según se decía por todo el pueblo. Don Camilo Torres llegó a su destino a finales de septiembre y fue prontamente enjuiciado. Con él compartieron la cárcel Rodríguez Torices, Dávila y Pedro Felipe Valencia, conde de Casa Valencia, los tres confinados al colegio donde Camilo Torres había ejercido la cátedra: el colegio Mayor del Rosario, habilitado entonces como cárcel provisional.

Escribe don Joaquín:

Me narró el episodio un emigrado a Cádiz, de quien no guardé el nombre, que la esposa de don Camilo Torres, doña Francisca Prieto Ricaurte, hizo un último esfuerzo por salvar a su marido del suplicio. Volvió a presentarse el día 4 de octubre ante Morillo, quien la recibió a regañadientes. Camilo Torres ya estaba puesto en capilla, pues había sido sentenciado el 3 por

la justicia. El General temía que pudiera conmovirlo hasta el perdón. Ella, con lágrimas en los ojos y la voz quebrada por el llanto, le pidió clemencia para su marido, de quien dijo estaba arrepentido de sus muchas culpas, pero que obraba en su favor el que siempre había estado opuesto a la Independencia. Como Morillo no se conmoviera, doña Francisca le recordó que él había hecho una excepción con el payanés Manuel de Pombo Ante y Valencia, signatario del Acta de Independencia de 1810, a quien había salvado del patíbulo.

—Después de todo —le dijo— no sois tan inflexible como parecéis... Habéis salvado del patíbulo a don Manuel de Pombo e igual tratamiento podéis dispensar a mi pobre marido que solo ha servido de freno a los excesos de la que fue una desgraciada república... No sé cuáles méritos tenga don Manuel que no tenga mi esposo, ni cuáles faltas el uno que el otro no tuviera...

El argumento era contundente. Ocurría que don Manuel de Pombo estaba casado con doña Beatriz O'Donnell, quien, a su vez, era hermana del general Enrique O'Donnell, primer conde de la Bisbal y de Lucena y miembro del Concejo de Regencia, y tía de Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuán, conde de Lucena y vizconde Aliaga, conquistador de Marruecos; doña Beatriz había sido azafata de la primera esposa de Fernando VII. Estos eran, claro, méritos que su marido no tenía y, como casi siempre ocurre, unos eran más iguales que otros ante la ley. Condenado a muerte por traidor, puesto que había ingresado al ejército español en 1793, a Manuel se le conmutó, sin justa causa, la pena capital por la del destierro a España.

En efecto, el 6 de septiembre de 1816, un mes antes, Pablo Morillo había escrito la siguiente carta a doña Beatriz:

He recibido las apreciables cartas de V. M. de 24 de agosto último con la instancia que me acompaña para S. M. implorando su clemencia a favor de su marido; y la (*sic*) aseguro que me es muy sensible la situación y padeceres de una española del rango de V. M. que ha pasado por todas las vicisitudes de la desastrosa e ingrata revolución de estos países. Para esta fecha paso oficio al Brigadier Don Juan Sámano con orden de que remita a su marido de VM a esta Capital. Crea V. M., Señora, que haré cuanto esté de mi parte por aliviar su suerte; y en obsequio del Señor Conde y demás hermanos, mi amigos, contribuiré por el mérito de tan dignos generales, y el aprecio que les profeso, a que su hermana tenga las consideraciones que la (*sic*) son debidas; de quien me ofrezco con el mayor afecto su atento amigo y Seg. Sdr., Y. B. S. P, Pablo Morillo.

—La disposición que he tenido en salvar de la muerte a Manuel de Pombo —según continúa don Joaquín— es asunto de la ley y de las circunstancias que la propia ley toma en cuenta... —contestó Morillo a la esposa de don Camilo—. Sabéis que yo tengo potestad para salvar o condenar y que mis dictámenes están por encima de la ley, según poderes que el propio Rey me ha otorgado... Así, señora, mi juicio no ha de ser cuestionado por vos ni por magistrado alguno, pues obra en mi mente las altas conveniencias del Estado cuya preservación y tranquilidad está por encima de toda otra consideración... En cambio, y si esto puede servir de ayuda a vuestro entendimiento, su sobrino, don Miguel de Pombo y Pombo, fue ejecutado el 6 de julio sin más miramientos por dictamen del juicio y de la ley... —Tal vez en ese instante Morillo comprendió el tamaño de su desacierto, pero ya Manuel estaba salvado y no había marcha atrás; tampoco marcha atrás para salvar a otro Pombo.

Morillo no pudo menos que recordar a doña Francisca Prieto la escena del 16 de julio de 1813 en la que el Colegio Electoral había declarado el «total desconocimiento y separación absoluta de la nación española y de su rey Fernando VII», y la teatral escena consumada en el Altar Mayor de la iglesia de San Agustín que sirvió de escenario para tasajear la bandera real y

arrojarla al altar con desprecio. Le recordó que el padre Florido se había prestado a tan infame acto, cerrado con la bendición de la bandera republicana. Como si fuera poco, le pidió que recordara la espantosa muerte propinada por el coronel Rodríguez al coronel español Asín, a quien se le había degollado en la Hacienda Calibío. Agregó que él no podía juzgar conciencias, sino hechos, y el hecho era que las actuaciones de su marido habían llevado, no solo al derramamiento de sangre, sino a esa coyuntura de ruina y destrucción de unos otrora pacíficos reinos. Finalmente, que por mucho que el ánimo de su esposo fuese realista el haberse prestado a toda esta comedia lo hacía reo de sangre. Continúa don Joaquín recordando el diálogo:

—Mi esposo no cometió ni mandó a otros a que cometieran ese asesinato! —replicó doña Francisca y agregó—: Al contrario, debéis recordar que fueron las tropas al mando de Nariño las culpables de tan horrendo crimen... —concluyó sollozando.

—Claro que sé que Nariño y el coronel Rodríguez fueron los más directos responsables del asesinato de Asín, pero fue vuestro esposo el encargado de un gobierno revolucionario que por su propia naturaleza estimuló estos desmanes— contestó Morillo.

Los hechos de sangre atribuidos a esta fallida revolución fomentaron los odios contra la Corona y sus leales súbditos... Y como si un relámpago de memoria lo hubiese golpeado, giró sobre sus talones haciendo tintinear las espuelas y le espetó:

—Fue vuestro esposo quien no permitió que Bolívar fuese juzgado en Tunja por los crímenes cometidos en Venezuela cuando allí se presentó el 24 de noviembre de 1814. Tenemos inteligencia de que el único que se atrevió a echarle en cara aquellas atrocidades fue Joaquín Ricaurte, quien lo acusó públicamente, pero la respuesta de don Camilo fue hacer que el llamado «Congreso Granadino» le diera su protección por «estar satisfecho de su proceder» y todo para conseguir que este bandido, también llamado antropófago de Venezuela, sitiara a Santa Fe, donde se hizo reo de otros crímenes y alevosías. Es decir, vuestro marido, por el que hoy me pedís, condonaba tan horrendos actos; en una palabra, se aliaba y se hacía cómplice del asesinato de miles de inocentes españoles, pues llegó a decir de Bolívar en Tunja, según autos y os leo —dijo recogiendo un pliego de su escritorio—: «General: vuestra patria no ha perecido, mientras exista vuestra espada: con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su protección, porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre». Señora, ¡vuestro esposo no tiene perdón posible!

—Es cierto, General —respondió Francisca y, como si un rayo de luz le hubiera cruzado por la cabeza, echó mano del último recurso; afirmó—: Pero también lo es que mi esposo nunca rechazó la soberanía de don Fernando VII, sino tan solo la jurisdicción de la regencia de Cádiz...

—¡Qué decís, señora! —respondió Morillo sin vacilar—; fue vuestro esposo quien redactó la constitución federal de la Nueva Granada; aquí la tengo sobre mi escritorio. No hay en ella un reconocimiento de la soberanía que alegáis...

—¡Hay un reconocimiento implícito...!

—¡Implícito decís! Nosotros no vamos por cuestiones implícitas, ni ladinas. Esa tan implícita soberanía podía ser explícitamente rechazada por una mayoría calificada de votos de las dos terceras partes del Congreso que él mismo montó... Lo que mencionáis condena aún más a vuestro esposo, ¡que no atinaba a definirse claramente en tiempos en que era menester saber de parte de

quién se estaba. —replicó Morillo airado.

Doña Francisca, ya sin palabras ni argumentos que decir —nos cuenta don Joaquín— se arrojó a los pies del mandatario y, besándole las botas, le suplicó perdón. A Morillo se le aguaron los ojos y con ternura levantó a la dama; luego, conmovido, pidió al guardia conducir a la suplicante doña Francisca a la puerta. Morillo giró para no ver los ojos de quien lo miraba colgada del brazo del gendarme, tal vez estremecido él mismo por el traspie cometido con el perdón a Pombo y la dureza de su actitud frente a la esposa de don Camilo. Este cargo de conciencia había de acompañar para siempre a un hombre que tenía la rectitud como meta a ser alcanzada por todo buen militar, según se comentaba. Creo que comprendió que el suyo fue un momento de flaqueza ante las intrigas e influencias que la señora O'Donnell habría podido ejercer ante el Rey, haciendo peligrar su propio futuro...

La puerta del despacho del general Pablo Morillo se cerró. No había vuelta atrás. La Muerte, que había comenzado a cabalgar el 20 de julio de 1810, finalmente llegaba el 5 de octubre de 1816 a tocar las propias puertas del «Catón granadino», según lo llamaban.

## **Se fusila la República**

El lóbrego y amplio salón que los reos ocuparon en las últimas horas de su existencia tenía solo una angosta ventana con rejas de hierro en cuyo interior se había colocado un improvisado altar para que, según la piedad española, los condenados a muerte hiciesen la paz con Dios. Cuatro velones de luz mortecina que alumbraban un crucifijo semejaban la tenue luz interior que cada uno tenía en su conciencia. Porque, examinada esta, cada uno justificaba sus actos según sus propias motivaciones. Debajo del crucifijo permanecía una pequeña lámina con el retrato de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Apostados en la puerta, que siempre estaba cerrada, permanecían dos centinelas que a nadie permitían el acceso. Hasta allí habían sido conducidos los reos de sangre poco después de haber oído la terrible y definitiva sentencia preferida por el Tribunal de Sangre al ser vencidos en juicio: morir fusilados por traición al Rey y a España, la patria de sus padres y de sus abuelos. No es impensable que durante la lectura del veredicto las corvas de don Camilo se hubieran aflojado por un momento, por ser él quien estaba más esperanzado en que sus íntimos sentimientos realistas habrían de exonerarlo de semejante condena. Era apenas natural. Pero, repuesto del hecho, debió pensar en que los íntimos sentimientos eran solo suyos; también en lo que esperaba a su esposa e hijos: la pérdida de todos sus bienes, la orfandad, la viudez y la miseria. Sobre sus bienes, había declarado que «su caudal consiste en la parte de la herencia que tiene en Popayán, en la mina nombrada de San Juan, de que dará razón su hermano, y en unas tierras nombradas Los Ángeles, que compró en compañía de su hermano Jerónimo». Su capital contante y sonante lo había invertido en quina, cuyo precio había disminuido en Europa y, por tanto, parecía menguado.

Camilo Torres debió recapacitar en si todo aquello había valido la pena. No alcanzó a ver que la miseria sufrida por su familia iba a ser la constante de la misma miseria que iban a sufrir las familias colombianas en tiempos de la quimérica libertad y la República, una república que

continuaría pareciéndose a la antigua monarquía destronada, pero con mayores privilegios y peores vicios por los privilegios que persistieron, con más fuerza que nunca, en recaer sobre unos pocos que era, aparentemente, contra lo que se había luchado.

A Manuel Rodríguez Torices, quien había declarado poseer tres casas en Cartagena y doscientos pesos consigo para pagar sufragios, le fue ordenado entregarlos a la justicia, cosa que hizo vacilante y temblorosamente. Aparentemente, el juez de la causa pensó que le bastaría con una confesión para salvar su alma, cuando le advirtió que todos los condenados dispondrían de un cura que los asistiera en tal sacramento antes de morir. De todas maneras, a los reos de sangre se les decomisaban sus propiedades. Los reos, no obstante, se sorprendieron atemorizados cuando los grillos les fueron retirados. Habían oído que esto era lo último que se hacía en el tiempo inapelable que les quedaba y como concesión de gracia última para el rezo y contrición cristianos.

Los cuatro condenados de ese día parecieron exaltarse cuando unos golpes en la puerta anunciaron la llegada de dos sacerdotes que venían a confesarlos. Uno a uno fueron llevados a una habitación contigua para obtener el ansiado sacramento que les daría la confianza para acceder al otro mundo. Eran las ocho de la mañana del 5 de octubre de 1816. Manuel Rodríguez Torices era quien más temblaba, tal vez por el frío que aquella mañana azotaba la sabana y que se confundía con el frío del terror que inspiraba estar tan cerca de la muerte que ya venía tocando a las puertas. Le temblaba todo el cuerpo, pero como en oleadas. Era miembro de una importante familia de Cartagena de Indias, donde había nacido en 1788 y redactado con José Fernández Madrid el periódico *El Argos Americano*. Había sido partícipe de los más graves hechos de esa ciudad que proclamó su independencia absoluta de España el 11 de noviembre de 1811. Como que era uno de los miembros más destacados de la Revolución fue elegido diputado de la Convención y Dictador en 1812. Pero esto no había sido todo. Fue también uno de los triunviros que gobernaron la Nueva Granada en 1814 a la temprana edad de veintiséis años. Para él no había excusa.

Tampoco la hubo para José María Dávila, antioqueño de nacimiento, quien había abrazado la causa revolucionaria y promovido la secesión de España en 1810. Había formado parte del Congreso reunido en Villa de Leyva en 1812 y en Santa Fe en 1813, después de los combates de Ventaquemada en los que se enfrentaron federalistas y centralistas. Había también auxiliado con sus propios recursos a Bolívar en su campaña contra Venezuela en 1813 y en el asedio a Cartagena en 1815.

Pedro Felipe Valencia, el otro condenado, disimulaba muy bien su angustia. El disimulo le provenía de que los señores condes deben mostrar la dignidad de su estado hasta última hora y aun afrontar la muerte con manifiesta serenidad. Se armó de suficiente coraje para protestar que los tribunales instituidos por el Capitán General no tenían jurisdicción sobre su persona, atribuyéndosela solamente a los de España. Todo consumado, declaró que su última voluntad era pagar mil pesos que le debía al señor Gregorio María Urreta. Declaró dejar libros, entre ellos, algunos prohibidos; un reloj que en lugar de números tenía las doce letras de C-A-S-A-V-A-L-E--N-C-I-A en el cuadrante, dos cadenas de reloj, varias sortijas, otro reloj pequeño de sobremesa y alfileres de camisa. Dejó sus títulos de mayorazgo y dos retratos a su esposa. Esto último era algo curioso para quien en el fervor revolucionario había destrozado el escudo familiar de un martillazo, como renunciando a todo privilegio y títulos nobiliarios otorgados por la Corona y que

en última hora sacaba a relucir para pedir se respetaran sus privilegios de clase. Hasta hoy se puede ver el escudo familiar fracturado por el golpe en casa de los Valencia en Popayán.

Pedro Felipe, conde de Casa Valencia, descendía de la muy ilustre familia de Valencia formada por Alonso de Valencia, hijo del infante don Juan de Castilla, nieto, a su vez, de Alfonso X el Sabio y bisnieto de San Fernando III, Rey de Castilla y de León. El 15 de agosto de 1749 el rey Fernando VI concede a don Pedro Agustín de Valencia y Fernández del Castillo la potestad de establecer Casa de Moneda y lo nombra Tesorero perpetuo de ella. El 3 de agosto de 1767 le otorga la facultad de establecer un mayorazgo en cabeza de uno de sus hijos, y para ello escoge a su hijo Francisco y el 20 de octubre de 1789 «en atención a sus servicios personales y a los de sus ascendientes, con particularidad al que contrajo su difunto señor padre, don Pedro Agustín de Valencia en la fundación a su costa de la enunciada Real Casa de Moneda de Popayán, se dignó hacerle merced de título de Castilla para sí, sus hijos, herederos y sucesores perpetuamente con la denominación de Conde de Casa Valencia», quien, a su vez, el 9 de julio de 1804, por escritura de Fundación de Mayorazgo del empleo y sueldo de Tesorero de la Casa de Moneda de Popayán y del título afecto de conde de Casa Valencia, lo establece a favor de su hijo Pedro Felipe. Ahora en capilla, afrontaba con pasmoso disimulo y resignación la muerte que lo rondaba. Aquí debo añadir que a su bisnieto, Emilio Alcalá-Galiano y Valencia, se le reconoció por Real Despacho de 1884 el título de conde con Grandeza de España.

De don Camilo, en capilla, sabemos muy poco: que le palpitaban las sienas y que de manera involuntaria, con los brazos entrecruzados por la espalda, daba pasos inciertos como queriendo medir el espacio vital de su existencia. Hacia las nueve de la mañana se permitió la entrada de los deudos al salón que hacía de prisión momentánea. La escena fue desgarradora, más por lo que no se dijo que por lo que se manifestó. La esposa de don Camilo, doña Francisca Prieto Ricaurte, descendiente de José Prieto de Salazar y Arellano, el célebre fundador de la Casa de Moneda de Santa Fe y licenciado para establecer por su cuenta «una o más casas de moneda en el Nuevo Reyno de Granada» —y quien en breve iba a quedar sin una moneda— había llegado a la estancia tras agotar la última súplica al Pacificador y permanecía sujetando la mano de su esposo. De seguro, en ese momento pensaba en el futuro cierto de su marido y en el incierto suyo; tal vez sintió que no era apropiado pensar en su destino cuando el destino del otro era afrontar el momento supremo. Se consoló pensando en que la mejor muerte para un cristiano era disponer del tiempo necesario para confesarse y morir en gracia de Dios. Pero ese era otro problema. El que más le importaba, por lo pronto, era lo que iba a ocurrir y su propio remordimiento por no haberse opuesto con suficiente entereza a las andanzas revolucionarias de su marido y a sus tesis políticas. En efecto, no había logrado hacerle entrar en razón de que no había peor esclavitud que la pobreza, ni mayores libertad y riqueza que el sosiego. Sobre todo, si estaba acompañado del orden.

Esa señora tenía por qué ser realista. No solo gozaba de los altos privilegios y consideraciones dados por su alcurnia, sino que don Camilo se había labrado un nombre y una fortuna con una profesión en la que realmente sobresalía. Todo eso lo había echado a la basura por un cuento de románticos impenitentes que no se daban cuenta de que ellos gozaban de suficientes libertades en un mundo en que estas eran tan estrechas como podían serlo, o, visto de otra manera,

tan amplias como convenía que fuesen; que no se daban cuenta de que si maldecían a los españoles, maldecían a sus propios abuelos, que era como escupir al cielo sin contar con que el escupitajo les caería en la cara. En fin, que no eran lo suficientemente entendidos para comprender que ellos, los hijos de los españoles, tenían más esclavos que los españoles mismos; que, ciertamente, gozaban de mayores privilegios por ser ellos de la tierra y haber hecho allí sus fortunas, y, en últimas, porque no habían sopesado bien sus propias limitaciones...

Don Camilo había perdido toda esperanza después de que el rico comerciante español, don Jerónimo Auza, se hubiera reunido poco antes con un grupo de destacados españoles para pedir a Morillo su clemencia, basándose en que este era un «sujeto virtuoso y sabio» que no había maltratado a los chapetones y quien había mostrado moderación en la conducción de los asuntos de Estado. Esos eran los amigos a los que Torres se refería en la carta que el 20 de agosto escribió a su esposa, pidiéndole su mediación. Todo fue en vano. Jerónimo Auza llegó hasta el punto de ofrecer a Morillo el peso en oro de Camilo Torres, con tal de que le perdonara la vida, pero Morillo, indignado, le contestó: «Si usted insiste en su pretensión, lo haré colgar también al lado de su amigo Torres». Los dos esposos se abrazaron en los pocos minutos que a su esposa le permitieron verlo y él sintió que su calor ya no habría de cobijarlo más en el frío de la muerte.

A las nueve y treinta de la mañana comenzaron a sonar los tambores que anunciaban que la muerte había llegado, sin prisas de seis años, cabalgando a Santa Fe. Bum, burumbum bum, sonaban. Se oyó subir las escaleras, en marcial compás, a un piquete de soldados que se dirigía al salón de los condenados. El eco del taconeo resonaba por las paredes desnudas del claustro. Se podían contar los peldaños de la escalera, cuya longitud, mentalmente pedían, se prolongara hasta la eternidad. Un estremecimiento de pavor recorrió los cuerpos de aquellos infelices cuando se marcó el último escalón y se sintió la bota sobre el suelo plano del pasillo. Cuando las puertas se abrieron, los reos dijeron quejumbrosos «la hora ha llegado» y salieron vacilantes, como queriendo aplazar el tiempo en el espacio andado. Torres iba vestido con pantalón y casaca de paño negro y corbata y chaleco blancos, de cuyo bolsillo sacó un reloj para comprobar si el tiempo continuaba su marcha. Rodríguez Torices iba con pantalón, corbata y chaleco blancos, chaquetón de paño rojo, con cuello y vueltas celestes, botas de cuero negro adornadas con ante amarillo. Los cuatro estaban impecables para su encuentro con el Destino. La ropa se la había traído Gregorio M. de Rivera, quien también había tenido la curia de traerles mudas de cama y comida durante los cuatro días de cautiverio; es decir, el 2 por la tarde, el 3 en el que fueron sumariamente juzgados y luego puestos en capilla el 4. Los reos fueron conducidos el día 5 de octubre de 1816 a la Plaza Mayor donde los esperaban los cadalsos habilitados para la ocasión. Marcharon detrás del capellán de la Catedral, quien conducía un crucifijo de bronce; iba flanqueado por dos monaguillos que llevaban sendos faroles con las velas de los agonizantes, y un tercero detrás, que con una campanilla, iba anunciando la muerte. Era la misma campanilla, el mismo tintineo, oído tantas veces en la calle. A lado y lado esperaban dos filas de soldados que iban desde la puerta del colegio hasta la Plaza Mayor. El día estaba soleado y, por ello, el lugar lleno de gente.

Una compañía de granaderos de impecable uniforme lucido para la ocasión acordonaba la plaza, porque lo que se iba a fusilar era a la República y tales actos solemnes ameritaban

insignias y uniformes relucientes. Todo el mundo miraba en silencio y sobrecogido aquella escena de dolor. Los familiares de los reos lloraban y también los que a su lado permanecían. Los demás estaban, cual estatuas, clavados al suelo. Doña Francisca fue apartada del callejón de la muerte y obligada a salir por un lado de la puerta. Corrió por entre la multitud y, abriéndose paso, llegó hasta el cuadrángulo donde se iba a consumir el acto. Las gentes que la reconocieron le dieron tribuna de preferencia para que pudiese acompañar a su marido con la mirada. Él no se atrevió a mirarla porque sabía que ella se cubría la cara con el pañuelo húmedo de lágrimas que solo descubría parcialmente para ver si el tiempo corría en pos del momento supremo; sus ojos estaban demasiado heridos para encontrarse con los suyos. Transcurridos unos segundos, doña Francisca tornaba a esconder su rostro tras el pañuelo al comprobar que el ruido de la descarga todavía no llegaba y volvía a llorar con más fuerza. Algunos familiares y amigos la sostenían para que no se cayera en redondo sobre la acera.

Desde el momento en que los reos ingresaron por el callejón de la muerte el redoble de tambores comenzó en forma y se dejó sentir por toda la ciudad. Cuando llegaron al centro de la gran plaza, demasiado cercana al colegio, el redoble se suspendió por un momento. Los reos fueron puestos de rodillas y el capellán les hizo señas de rezar el *Confiteor* en voz alta como último pronunciamiento público de que profesaban la Fe Católica. Luego el sacerdote recitó las oraciones del bien morir y les concedió la indulgencia plenaria. «Ofreced a Dios este sacrificio supremo», les dijo y allí mismo les dio el Viático como forma de postrera consolación. Pienso que en ese momento dejó de dominarlos el espanto de la muerte. «Creo en Dios, espero en Dios», dijo don Camilo, y los demás lo repitieron como autómatas. Morillo miraba la escena desde el balcón del Palacio. Las campanas de la catedral volvieron a tañer con aquel timbre monótono y peculiar del duelo: un lento y acompasado dang... dang... dang..., tan lento y sombrío que movía a lágrimas. Se dio a los reos la señal de levantarse y luego fueron conducidos hasta los banquillos, donde tomaron asiento.

El primero en ser ejecutado fue don Camilo Torres a quien sentaron mirando el pelotón. Seis soldados se cuadraron frente a él con la culata de los rifles contra el suelo. En ángulo de noventa grados permanecía firme el Comandante del pelotón, quien, con el sable desnudo y punta en tierra, dirigía el fusilamiento. El Comandante, llevando el sable a la altura del hombro derecho, giró con taconeo hacia el reo, y dio la orden de,

—¡Listos! —y los soldados, a la voz de mando, se terciaron las armas contra el pecho, sosteniéndolas con las dos manos; luego, estirando el brazo hacia delante y la punta del acero señalando al reo, el Comandante dio la orden de,

—¡Aaapunten! —por lo que el pelotón, sacando la pierna izquierda hacia delante, apoyó el fusil en el hombro y puso la mira sobre la cara de don Camilo. Luego, pivotando con firmeza el sable hacia tierra, el Comandante dio el grito de,

—¡Fuego! —orden en la que el tiempo, abrazándose a la explosión de la pólvora, se esfumó en el humo de la vida. Había caído la infausta República. Los otros tres reos miraban, sobrecogidos, la escena. La cabeza de don Camilo Torres quedó destrozada y su cara irreconocible; la fuerza de los impactos lo había arrojado de espaldas contra el piso. Tenía cincuenta años.

El señor conde de Casa Valencia, Pedro Felipe, en un último gesto de desafío, intentó arengar

a los espectadores, pero su voz fue ahogada, primero por los tambores y luego por la descarga que también alcanzó a Manuel Rodríguez Torices y a José María Dávila. Los tres recibieron los balazos en el pecho, se doblaron sobre los banquillos y se precipitaron a tierra. Eran las diez de la mañana. A todos se les había juzgado dignos de mirar de frente el pelotón de fusilamiento.

Luego de las ejecuciones, los cadáveres fueron suspendidos de sendas horcas. Los arcos triunfales, que ya se habían desprendido, oscilaban alrededor de los faroles como los cuerpos de los condenados. «Pude ver colgados en la horca y dando vueltas los cuerpos inanimados de Torres y Torices, ilustres pero desgraciados personajes. A eso de las cuatro de la tarde una escolta volvió a rodear la horca y un verdugo descolgó los cadáveres y les cortó las cabezas, las cuales puso en seguida en unas jaulas», esto lo dijo José Belver. Agregaré que en el actual parque del Centenario se colocó en una picota la destrozada cabeza de don Camilo. La de Rodríguez Torices se clavó en otra en las inmediaciones de lo que fue la estación del Ferrocarril de la Sabana. Expuestas estuvieron hasta el 14 de octubre, día en que Morillo autorizó retirarlas y sepultarlas por ser el cumpleaños del Rey Deseado. En esos nueve días la viuda, los hijos y deudos del que fuera el Presidente de la infeliz y caótica República, no dejaron de ir a contemplar lo que quedaba de lo que fue un amantísimo esposo y padre. Tuvieron que observar su gradual deterioro al ser picoteada por las aves de rapiña que ellos mismos, conmovidos, espantaban como podían. Sus bienes y los de su esposa fueron confiscados, incluida su vajilla de plata. La viuda quedó reducida a una espantosa miseria; tanta, que Bolívar en 1821 le cedió parte de su sueldo, 1.000 anuales, de los 30.000 de que gozaba. Se compadeció más de esta viuda que de la viuda de su hermano y sus tres vástagos, sobrinos suyos.

Escribe el 21 de octubre de 1816 Gregorio M. de Rivera a la tía del Conde, doña Ignacia Valencia:

Los vínculos de amistad que me ligaban con su sobrino el Conde de Casa Valencia, me obligan a escribir a Vuestra Merced esta para anunciarle cómo él me encargó el día 4 del corriente estando en capilla su desgraciada suerte... los visité en la capilla aunque con tanta estrechez que fue acompañándome tres oficiales que nada me pudo decir, les puse a Nuestra Señora del Rosario de Santo Domingo y a Jesús de Nazareno de San Agustín el día de su muerte en velación todo el día diciéndoles misa cada hora desde las cinco de la mañana hasta las doce del día, les mandé decir las tres misas del alma a cada uno, les mandé hacer tres cajas para enterrarlos, y señalé la sepultura de este para si algún día Vuestras Mercedes o su esposa quisiesen trasladar sus huesos lo puedan hacer. Este pobre me encargó mucho les suplicase a Vuestras Mercedes lo encomendaran a Dios para el descanso de su alma. Yo doy a Vuestra Merced el debido pésame lo mismo que al resto de la familia, y espero me manden sus órdenes como a su invariable que besa sus pies.

Los casos del «Sabio Caldas» y de Vicente Azuero fueron realmente patéticos. Azuero había declarado bajo la gravedad del juramento que «respecto a lo que expone sobre el juramento de independencia no se conforma con lo que presume el testigo, que pudiera haberla jurado; pues jamás lo verificó y antes bien, siendo preciso, haría constar que fue opuesto a dicha independencia». También dijo que «nunca juró la independencia... y solo tiene noticia de que se dejó la resolución sobre dicha independencia a lo que determinasen las dos terceras partes de las provincias; en el Colegio Electoral, al que asistió el que expone, habiéndose tratado el punto, se opuso con el mayor esfuerzo, valiéndose de cuantos argumentos se le ocurrieron a tal declaratoria de independencia; por lo que es visto que su opinión es siempre contraria a ese intento». El 22 de

agosto de 1817 fue absuelto, pero lo hicieron comparecer ante el Secretario del Real Acuerdo, ante quien dijo: «Ofrezco, protesto y juro ante Dios omnipotente y la presente real autoridad, ser obediente y fiel al rey mi señor y legítimo gobierno y si —lo que Dios no quiera— faltare a esta palabra y deber, consiento y quiero que se proceda contra mi persona y bienes con todo el rigor de las leyes». Era un camaleón. También se había arrastrado, pero de otra manera, para besar las botas.

En cuanto a Caldas, de este pobre hombre se puede decir que le faltó decoro personal y que supo aún menos que Torres afrontar su propia tribulación. Concedor de la suerte de Camilo Torres, escribió al general Enrile, segundo de Morillo y americano como aquel, que:

Un astrónomo desgraciado se dirige directamente a V. E. sin otro mérito que el saber que V. E. profesa las ciencias exactas y que conoce su importancia y su mérito. Esta es una ventaja para mí y confiado en ella ruego a V.E. preste un momento su atención a un profesor desgraciado y afligido. Es verdad, señor, que me dejé arrebatar del torrente contagioso de esta contagiosa revolución y que he cometido en ella algunos errores; pero también es verdad que mi conducta ha sido la más moderada; que no he perseguido a ningún español; que no les he ocasionado ningún perjuicio; que no he sido funcionario ni en el gobierno general, ni en ninguna provincia; que no he tomado las armas, ni salido a campaña contra las tropas del rey; que no he incendiado, asesinado, robado ni cometido ninguno de esos delitos que llaman la venganza pública. Siempre pacífico, amigo de las ciencias y ardiente cultivador he amado el trabajo y el retiro y he puesto los fundamentos a muchas obras originales que habrían hecho honor a la expedición botánica de quien dependió, y si amor propio no me engaña, creo que habrían llamado la atención de la Europa si las turbaciones políticas no hubieran venido a turbar mi reposo...

Señor, jefe ilustrado y sabio de un ejército victorioso, señor, salve vuestra excelencia a este hombre desgraciado, un cúmulo numeroso de descubrimientos, de ideas felices y las semillas de tantas obras importantes que haría honor al nombre español y más a vuestra excelencia que habrá sido su salvador. Arránqueme V. E. con su autoridad del seno de esta borrasca formidable. Yo serviré a V. E. y seguiré a V. E. a todos los puntos de la tierra a donde lo lleven la gloria y su deber. Yo consagraré todas mis fuerzas y todo mi genio en contribuir a la gloria de un jefe tan ilustrado. Señor, socorra V. E. a un desgraciado que está penetrado del más vivo arrepentimiento de haber tomado una parte en esta abominable revolución. Señor, yo conozco la parte más sublime del pilotaje y en el primer viaje habrá V. E. formado un piloto que pueda servir a su majestad con utilidad. Tenga V. E. piedad de mi desgraciada familia y sálveme por el rey y por su honor. Dios nuestro Señor guarde a V. E. muchos años. Mesa de Juan Díaz y octubre 22 de 1816. Excelentísimo señor Francisco José de Caldas al excelentísimo señor don Pascual de Enrile.

Pero don Pascual, al leer la carta, contestó: «La España no necesita de esta clase de sabios. Está mandada a cumplir sin demora la sentencia».

Caldas llamó «abominable» a la revolución de la que había formado parte y no solo besó las botas, sino que chupó los calcetines de don Pascual Enrile, quien se opuso a que Pablo Morillo lo perdonara. Caldas estaba dispuesto a comerse una a una las palabras escritas en el diario oficial aquel 27 de agosto de 1810: «La aurora del día 21 de julio vio instalada la más alta autoridad gubernamental de la Nueva Granada, la vio reconocida por el pueblo que la había creado... el orgullo de los consejeros foráneos, de odiados sátrapas, fue quebrantado por primera vez; la clase que mandaba desde hacía trescientos años tuvo que jurar respeto y obediencia a una autoridad compuesta por los americanos hasta hace poco despreciados».

Desde entonces, amigo lector, a quien este servilismo exhibe se le reconoce en Colombia como un «chupamedias».

La lectura de la carta a Enrile produce un profundo pesar, porque denota que, efectivamente, se dejó ingenuamente arrastrar por esa pleamar destructora y luego por el miedo a la muerte; aquella

carta, de él haber sobrevivido, lo habría hecho ante el resto de revolucionarios reo de traición a los principios independentistas por los que tantos otros dieron la vida. Tal vez no era consciente de la gravedad de sus actos. Tampoco que había sido un traidor a unos y a otros. Tal vez le dio vergüenza con sus compañeros decir «no» a lo que se proponían, aunque no cabía duda de que había prestado su concurso a una conspiración que desembocaría en un baño de sangre. Su participación en el auxilio militar que Nariño enviara a Sogamoso para ayudar a separarla de Tunja —guerra en la que Caldas había empuñado las armas— no le había favorecido en pasar de militar a científico ante Morillo y Enrile porque antes había pasado de científico a militar ante Nariño. Este hombre que había predicho el eclipse solar del 28 de septiembre de 1810, había sido incapaz de predecir el eclipse de su vida. Siete días después, el 29 de octubre, a veinticuatro días de la ejecución de su amigo Torres, el sabio granadino corría similar suerte, a pesar de que intentara, una vez más, retrasarla aunque fueran dos días para resolver un problema científico que tenía en mente. La respuesta que Enrile le envió volvió a ser contundente: «Decidle que España no necesita de sabios, sino de hombres leales». En Caldas se daría pleno cumplimiento aquella profecía que hiciera Antonio Nariño al decir que «Morirán todos, y el que sobreviviere solo conservará su miserable existencia para llorar al padre, al hermano, al hijo o al marido». Escribió a su esposa una última carta que finalizó así: «... guárdame en tu corazón, ámame que yo te guardo en el mío y te amaré hasta la muerte. A Dios, recibe el alma atribulada de tu esposo, Caldas».

Entonces, por muy sabio que fuese, Caldas empuñó las armas de la República contra otros repúblicos y contra el Rey, alentando la separación de España. Caldas había sido un conspirador e independentista y a él se le aplicaron las leyes vigentes. A menos que creamos en las leyes vigentes y que Morillo lo fusiló por sabio, no por rebelde.

Caldas salió para el cadalso del colegio del Rosario y, tomando un carbón de una fogata extinta de la guardia, pintó en la pared blanca una Ø alargada, negra y cruzada con una raya que los expertos interpretaron como que quería decir «Oh, larga y negra partida», una lacónica, misteriosa y triste exclamación que todos leían cuando iban camino del patíbulo y se la cruzaban con la vista, sin conocer su críptico significado. Moría lejos de su amada Popayán, la ciudad de la que se dijera que es «donde uno quisiera vivir, amar y morir». El 30 de octubre fue ejecutado con Francisco Antonio Ulloa, Miguel Montalvo y Miguel Buch.

Contrasta con la actitud del sabio Caldas la valerosa presencia de ánimo de don José María del Castillo y Rada, aquel célebre tribuno que desafiando a Bolívar en Tunja, enumeró las atrocidades cometidas por él en Venezuela y se opuso a la defensa que de él hiciera Camilo Torres. Fue mucha la gente que desfiló ante las autoridades pacificadoras para pedir que se le perdonara la vida a este señor adornado por múltiples virtudes, caballeroso como ninguno y sabio como pocos. Las peticiones que se hacían eran las de conmutar la pena de muerte por la del destierro, cosa a la que por fin Pablo Morillo accedió en un acto de pública clemencia habida cuenta de su valeroso enfrentamiento con Bolívar en Tunja. Tal vez intentaba reparar el acto de clemencia privada que había tenido con don Manuel de Pombo, el esposo de doña Beatriz O'Donnell, encumbrada dama que, como ya dije, había estado incrustada en la Corte; este favoritismo atormentaba a Morillo, acostumbrado como estaba a hacer cumplir la ley y los deberes de su cargo sin vacilaciones ni concesiones. Se comisionó al coronel Juan Tolrá a

interrogarlo por última vez en el calabozo. Preguntóle Tolrá:

—¿Sabe usted que mañana va a ser ejecutado por rebelde a las leyes del Reino?

—He sido notificado de ello, Coronel —contestó el aludido.

—No obstante, usted puede todavía evitar el suplicio denunciando a todos sus compañeros de rebelión. A los que faltan, es decir... —dijo Tolrá.

—Denuncie entonces al género humano, sin exceptuar más que a Pablo Morillo, Enrile, Juan Sámano, usted mismo y otros de los que luego me acordaré, porque en vuestra calidad de tiranos odiáis la libertad y la perseguís, porque todo el género humano, libre por naturaleza, ha conspirado, conspira y no dejará de conspirar jamás contra el despotismo —contestó altanero don José María del Castillo y Rada.

—¡Vaya, vaya!... —exclamó el Coronel, llevándose la mano a la barbilla, y continuó—: Dirija un escrito pidiendo al Gobierno su perdón y prometiendo que de hoy en adelante será partidario de nuestra causa, como deben serlo todos los hombres de bien... —concluyó con cierta sonrisa burlona.

—Usted me irrita, señor Tolrá, ¡y pido que se me asesine inmediatamente! —contestó Castillo y Rada, dando muestras de un valor que no tuvo su hermano Manuel en Cartagena. Don José María sujetaba los barrotes que lo separaban del Coronel. Estaba pálido, pero decidido. No había duda: este era un hombre superior, de finos modales, que no solo se había granjeado la amistad de cuanto santafereño encontró por su camino, sino que su porte, ademanes y compostura llamaban la atención de los propios españoles. ¿Qué hacía este aristócrata de la inteligencia y de las buenas maneras metido en un motín de esta naturaleza? Pese a ello, había algo que los españoles admiraban: el valor personal, la entereza frente a la muerte. Por ello, Tolrá lo intentó una vez más, diciendo:

—¡Niegue que ha tomado parte en esta guerra y será perdonado! —le contestó haciendo un esfuerzo supremo por salvarle la vida. Era algo insólito. Este hombre, al borde de la muerte, ¡se atrevía a desafiar de esta manera a la autoridad!

—No acostumbro mentir, señor... —dijo pensando en que era un hecho conocido que él, en compañía de José Fernández Madrid y Frutos Joaquín Gutiérrez, había ejercido interinamente el poder en la Nueva Granada poco antes de la entrada de Morillo a la capital, que había sido centralista y había participado en todas las conspiraciones y reuniones para establecer un gobierno estable en la Nueva Granada.

Tolrá se quedó pensativo. Tenía en sus manos la vida de este hombre; lo miró fijamente con algo de desconcierto y Castillo sintió que le taladraba sus propios ojos. Pasaron unos segundos de incertidumbre. Su vida pendía de un hilo, de la voluntad omnímoda del Coronel que lo miraba fijamente... Pero este condenado era de su misma raza, la raza que solo respetaba la valentía: era arrogante, viril, decidido... Tolrá podía volver sobre sus pasos y decir a Morillo que no valía la pena salvarlo, que era un obstinado, que volvería a luchar por la causa separatista... En cambio, la mirada se le suavizó... y Juan Tolrá, moviendo la cabeza para lado y lado, le contestó con una mezcla de compasión y gallardía, muy a la española:

—Váyase usted... queda libre, pero váyase antes de que me arrepienta... —exclamó girando militarmente sobre sus talones, admirado de su hombría.

Las siguientes señoras, relacionadas con los ejecutados, fueron desterradas a distintas

poblaciones: Bárbara Díaz, esposa de Luis Girardot y madre de Atanasio Girardot, a Fontibón, muy cerca de Santa Fe; Josefa Baraya, viuda de Pantaleón Santamaría y Gabriela Barriga, viuda de Juan Esteban Ricaurte y de Antonio Villavicencio, a Anolaima; Ángela Gama, viuda de Sinforoso Mutis, a Guasca; Josefina Ricaurte, viuda de José María Portocarrero y Lozano, a Villa de Leyva; Petronila Nava de García Hevia, viuda de Francisco J. García Hevia, a Cogua; Teresa Rivas, viuda de Manuel del Castillo y Rada, a Soacha; Josefa Ballén de Guzmán, viuda de Frutos Joaquín Gutiérrez, a Simijaca; Josefina Manrique, viuda de Miguel Ricaurte, a Tena; Dolores Nariño, hermana de Antonio Nariño y viuda de Bernardino Ricaurte, a Tena. Juana Martínez Recamán, viuda de Antonio Ricaurte, el que supuestamente voló en átomos en San Mateo y María Francisca Domínguez, esposa de Fernández Madrid, a sitios no sabidos. El destierro se debió a que esas señoras habían contribuido a la revolución de una u otra manera. Las revendedoras que golpearon a la señora de Amar y rasgaron su vestido fueron a parar a la cárcel de El Divorcio; otras fueron condenadas a coser camisas, pantalones y chaquetones para el ejército; otras más fueron condenadas a limpiar las calles.

¿Qué sucedió con el pobre español González Llorente quien pagó los platos rotos de la reyerta del 20 de julio? Cuatro meses después de la revuelta, el 13 de noviembre de 1810, el tribunal de justicia revolucionaria lo sobreesayó. La defensa de Llorente desapareció de los archivos, tal vez por lo vergonzosa que resultaba su acusación. El Archivo Nacional de Colombia no la tiene; no ha sido posible encontrarla; obtuvo la libertad el 4 de enero de 1811 porque la naciente República juzgó que Llorente había servido bien, aunque impensadamente, a la causa independentista al exclamar «me cago en Villavicencio y todos los americanos». Parece que esto, curiosamente, lo salvó de ser asesinado por los secesionistas. Fue Llorente uno de los chapetones a quien quiso ejecutar Bolívar cuando entró a saco en Santa Fe; el Congreso y Fernández Madrid se lo impidieron. Al salir libre, y después de que Bolívar se marchara a Cartagena, decidió irse del país dejando muebles, enseres y todo cuanto había hecho de riquezas. Pasó por Cartagena durante el asedio de Bolívar a la Plaza y, como pudo, llegó a Kingston, donde residió hasta 1816. Volvió a Santa Fe ese año a rescatar lo que había dejado, muy ufano de la reconquista. Reabrió sus operaciones mercantiles y siguió prosperando. En 1819, a partir de la continuación de la guerra de Independencia, emigró de nuevo y esta vez para siempre junto con miles y miles de neogranadinos que se fueron con su industria a otras tierras, entre ellas a la propia España. Murió en Trinidad, Cuba. Atrás dejó amigos, fama y, otra vez, sus enseres. Dos de sus hijos quedaron en Santa Fe al cuidado de Luis Rubio Ricaurte, el sujeto que se prestó a realizar la trama del *Florero de Llorente*. Estas tristezas y paradojas ofrece la vida.

## **La ley restaurada**

Morillo tiene en su haber que ninguno de los condenados murió sin ser oído y derrotado en juicio. En su contra, haber salvado del patíbulo a Manuel de Pombo Ante y Valencia, por evidentes influencias familiares. Tampoco se pareció en nada a Lord George Germaine, pacificador británico que en la guerra de independencia norteamericana ordenó a los generales Clinton y

Cornwallis en marzo de 1780 no tener consideración con los no combatientes, saquear, quemar y arrasar poblados y tomar prisioneros a sus habitantes. Su procedimiento también distó mucho del de Bolívar cuyo odio, más infernal y depredador aún, lo llevó a cometer delitos sin precedentes de lesa humanidad.

Debo añadir que el rey don Alfonso XIII descubrió en el vestíbulo del palacio de bibliotecas y museos de Madrid en 1925 una placa que decía: «Perpetuo desagravio de la madre España a la memoria del inmortal neogranadino Francisco José de Caldas», lo cual está bien, pero no deja de obrar contra Morillo aquello del desagravio, palabreja que no hace justicia al asesinato de José Jover y amigos en Sogamoso, al fusilamiento de 16 españoles entre Guaduas y Honda ni al de los ocho ejecutados en la plaza de Honda. Tampoco hace justicia al asesinato del padre Corella, a la prisión y escarnio que sufrieron los sacerdotes de Santa Fe cuando se les obligó a desfilar por las calles como viles reos, a la destrucción y expropiación de fincas de españoles residentes en el Nuevo Reyno y, en fin, a las guerras civiles y el sinnúmero de muertos que causaron las ambiciones personales de los que querían adueñarse del poder y hacer surgir la legitimidad por la fuerza.

En efecto, en su *Manifiesto a la Nación Española*, Morillo nos dice que los presos...

Nunca fueron condenados sin ser oídos, y sin la competente defensa que previene las leyes militares... las sentencias fueron diversas, según la clase de los delitos, y los delincuentes plenamente convencidos de sus crímenes sufrieron las penas que les fueron decretadas... El pasado por las armas, el desterrado, el condenado a una multa, todos fueron juzgados con arreglo a las leyes. Ahí existen sus causas: que hablen ellas.

No obstante, no son ellas las que han hablado, sino los intereses de los secesionistas y quienes los sucedieron en la República los que convirtieron en mito la opresión, el amor a la Libertad y el odio a los españoles. Ellos imperaron.

El procaz desconocimiento de los hechos y el desprecio por la verdad histórica hicieron desaparecer la mayoría de las causas procesales, según se colige. Algunas causas, menos mal, sobrevivieron al saqueo y a la perfidia gracias a que algunos honestos ciudadanos las rescataron para la memoria histórica. Están allí para delatar la leyenda, el mito y la mentira. Para que os convenzáis, amables lectores, de cuán pérfida ha sido la leyenda contra Pablo Morillo y cuán magnánimo fue, os diré que después de aquella escena en la que las damas santafereñas se presentaron a pedirle clemencia, él salió a dar un paseo a caballo con sus oficiales y a eso de las seis de la tarde, al pasar junto al convento que está al final de la calle Real y que servía de centro de detención a oficiales y tropa enemiga, los prisioneros empezaron a gritar, pidiendo perdón: «Perdón, Señor General, que no somos culpables sino seducidos: perdón por el Rey y en lo sucesivo seremos fieles servidores de S. M». El capitán Sevilla lo ha narrado, y fue testigo. Morillo murmuró: «¡Infelices. Son los hijos del pueblo, explotados por aquellos ambiciosos que no he querido indultar, a pesar de tantas súplicas. No tiene culpa el brazo que hierde, sino la cabeza que manda!». Deteniendo su caballo, el General les preguntó: «¿Me juráis ser fieles al Gobierno de S. M., como decís?». Y ante el sí por respuesta, Morillo dijo: «Pues bien, a vosotros os perdono en nombre del Rey» y ordenó que los dejaran libres en el acto. Al saberlo, las damas santafereñas tornaron a gritar, diciendo: «Son ellos tan culpables como nuestros maridos», pero no

había caso. Os diré que esos mismos renegados volverían a levantar las armas contra el Rey, ya porque los volviesen a obligar, ya porque lo quisiesen... Entre los que continuaron conspirando sin descanso se hallaba una bella joven de nombre Policarpa Salavarrieta, verdadera heroína de quienes muchos dijeron que era «mucho hombre aquella mujer» por el valor mostrado ante la muerte; esta joven viajó a Santa Fe después del fallecimiento de sus padres y trabajó como costurera asalariada en casa de María Matea Zaldía, donde conoció a los hermanos Vicente y Ambrosio Almeyda, con quienes conformó un grupo de jóvenes que incitaban a los reclutas a desertar del ejército español para conformar grupos guerrilleros que actuaban en la zona de Chocontá, Suesca, Tenjo y Nemocón. Su historia es realmente trágica. Esta joven tuvo un intenso romance con un tal Alejo Sabaraín a quien pasaba información de los movimientos realistas y establecía contactos para los guerrilleros. Terminó fusilada con su novio en Santa Fe el 14 de noviembre de 1817 tras la delación que de ella hizo el informante Facundo Tovar. Pero esta es otra historia que rebasa la permanencia del Pacificador Morillo en Santa Fe.

Es, pues, ejercicio meramente académico y sin ningún valor práctico discutir si Morillo debió o no fusilar a cuantos fusiló o si debió perdonar a todos por igual. Es cierto que personajes como Camilo Torres y el sabio Caldas tal vez sufrieron una inmerecida condena a muerte, dada su moderación, y que con ellos se pudo tener mayor lenidad. Tampoco deja de ser cierto que de haber ellos mismos encontrado posteriormente la misma oportunidad de rebelarse contra el Rey, posiblemente lo habrían hecho de nuevo. Morillo no podía dejar prosperar la idea, que en la República prosperó, de que «la ley es para los de ruana», es decir, para los comunes, o los menos preeminentes. La actitud de Fernández Madrid nos da para pensar en esta posibilidad. De ser así, se podría concluir que, desde el punto de vista puramente realista, Morillo no fusiló suficientes, aunque desde el punto de vista de la República, una sola ejecución habría sido demasiada. Por supuesto, si entre los ajusticiados hubiese estado Bolívar, no habría habido Independencia, como tampoco la habría habido de no haber mediado la invasión ordenada por la Santa Alianza que restableció el absolutismo e hizo imposible lograr reformas conducentes a un mayor grado de libertad y representación. Más aún, la Independencia de América se debió a la pérdida de la voluntad del gobierno español a resolverse a actuar con firmeza en la recomposición de un régimen que estaba disolviendo la vitalidad de una empresa llamada a ser la más grande y permanente realización política que el mundo hubiese contemplado; es decir, la heredera de la primera globalización llevada a cabo por España.

Morillo escribió a los habitantes de la Nueva Granada:

Después de mi llegada a esta capital, no he dejado de ocuparme de vuestros intereses y de vuestro bienestar... Vuestros pérfidos y lejanos seductores, fundaban la mayoría de sus planes sobre la mentira y la deslealtad. Ellos os han repetido que las leyes de la Monarquía eran tiránicas, que os prohibían el comercio, la agricultura y la industria. Ya debéis estar convencidos de lo contrario y los comunicados del gobierno os lo han demostrado suficientemente. Se os decía también que no participabais en los empleos de la Monarquía. Esta afirmación es, si posible, más falsa aún que las primeras. Porque sin hablaros de tantos obispos, generales, empleados de todos los rangos, en el momento en que abandoné a Europa, de cinco ministerios, dos de los más importantes eran desempeñados por españoles de ultramar... Considerad, por ejemplo esta vacuna que Su Majestad tan de corazón quiso repartir entre vosotros en vista de una salud práctica. He hecho —igual a como hicieron los jefes que me precedieron— todos mis esfuerzos para propagarla y veo con dolor vuestra negligencia y vuestra incuria en un asunto tan interesante para vosotros. Creed por tanto en fin que vosotros sois vosotros mismos los autores de

vuestros males... Muchos de vosotros habéis visitado las colonias extranjeras. Respondedme: ¿en dónde habéis visto refinar el azúcar y manufacturar el algodón? ¿En dónde permiten transformar la producción del país? Todo debe ir allá a la Metrópoli. ¿Acaso cuentan con ministros, generales, magistrados nacidos en las colonias? ¿Cuántas universidades, cuántos colegios están en esas colonias?... La América Española tenía nueve universidades. De la confesión misma de los adversarios de España, en Santa Fe de Bogotá como en México, en Lima y en las otras capitales es estudio de la medicina y algunas partes de la Historia Natural se guían con mucho éxito... Y sin embargo, vuestros sediciosos representantes se confían a las naciones extranjeras. Los tales os embaucan con mil mentiras sobre vuestro sistema colonial para entregaros de pies y puños atados a una potencia invasora. No sois colonos, no estáis bajo la administración ordinaria de las colonias. Sois iguales en todo a los españoles de Europa y el Consejo Supremo de Indias es a este respecto un regulador inflexible... Cuartel General de Santa Fe de Bogotá, 15 de noviembre de 1816.

Morillo confirmaba en sus observaciones lo que han querido ignorar los enemigos de España y revolucionarios de todos los tiempos.

Don Pablo Morillo continuó abriendo caminos, pavimentando plazas y calles y devolviendo su antigua fisonomía a la capital del Nuevo Reyno con los presos que no fueron condenados a muerte; restableció la justicia y los tribunales civiles y prestó atención al desarrollo económico del Reyno; fomentó la sanidad pública, creó escuelas y dio instrucción gratuita a los hijos de mendigos, así como a los huérfanos. Hizo construir el puente del Carmen, que un día de 1828 proporcionará escondite a Bolívar para librarse de los que quisieron asesinarlo. Morillo complementó todas estas medidas con el esfuerzo por hacer renacer la confianza pública, la seguridad y la prosperidad, la reanimación del comercio y la agricultura, la seguridad ciudadana y la abolición de las medidas arbitrarias de los revolucionarios. Se comenzaron a abrir nuevas rutas de comunicación y comercio, se repararon las antiguas, se construyeron puentes y se levantaron hoteles en los caminos. Atendió a los pobres, a los huérfanos, a los niños y a los mendigos.

Según él mismo anotó en sus propias *Memorias*, en cuatro meses había construido 30 puentes; en seis, había restaurado los caminos de Girón, de El Socorro, de Vélez al Magdalena y el de Honda; construyó tres nuevas rutas a Sogamoso y una de Santa Fe a los Llanos; redujo la distancia a Neiva, Popayán y Quito al hacer nuevas salidas por Fusagasugá, San Antonio y La Mesa; terminó el camino de Guanacas y de Timaná a Pasto; reabrió el comercio por el Pacífico e inauguró una nueva ruta que de Cali conectaba el Quindío y Santa Fe, Antioquia y Chocó; finalmente, también entregó la ruta que conducía de Mariquita a Medellín.

En el mismo escrito siguió insistiendo:

Por lo que se ha hecho en cuatro meses, podéis imaginar a qué bienes podéis aspirar al cultivar la agricultura y la industria. Mientras que estas mejoras tienen lugar en el interior del Reino, Su Excelencia, el Virrey, abre las puertas y permite el comercio con el extranjero. En su residencia de Cartagena, no omite nada para revivir vuestra agricultura y vuestro comercio... Vuestra posición favorable os ofrece diez direcciones fáciles para vuestras especulaciones. El Meta, el Magdalena, el Zulia, el Anhicayá, el Atrato y el Guayaquil, son los canales formados por el Todopoderoso para vuestra prosperidad...

Morillo había inaugurado una era de apertura económica tras los desastres de la guerra. Por eso añadió, a manera de prevención: «No olvidéis los crueles recuerdos de un país que no conocía sino por tradición, la guerra y sus desastres». Es evidente que había puesto a trabajar a todo el mundo en los oficios de la paz.

Morillo no fue un hombre criminal, ni pérfido. Dejó el país en paz, una paz que al cabo de pocos años volvió a ser perturbada para siempre por los mismos agentes a quienes no había alcanzado la ley. La América y, en particular, Colombia, cayó en este infierno de dos siglos de luchas cruentas, guerras civiles, vandalismo, depredación y miseria que fue el legado de esta República y su extraña libertad.

### **El llanto de don Joaquín al oído del Rey**

Las velas que alumbraban la estancia donde el Rey y don Joaquín conversaban se habían casi consumido sin que criado alguno se atreviera a romper el majestuoso silencio que embargó a los dos contertulios. Don Joaquín, intentando reprimir las lágrimas y sin poder continuar su relato, preguntó súbitamente al Rey:

—¿Por qué dejasteis perder el Imperio, Majestad? ¿Por qué no seguisteis luchando por lo que era vuestro, por lo que os habían legado vuestros ilustres antepasados? ¡Cuántas tristezas y calamidades habríais ahorrado a nuestras gentes...! Yo ni siquiera podré retornar a mi amada Popayán, pues he jurado no hacerlo mientras esta insensata separación continúe, y sé que continuará más allá de mi muerte... —Fue, entonces, cuando rompió a llorar. El Rey, visiblemente conmovido, le contestó:

—Sé cuánto sufrís, don Joaquín, por estas desventuras y bien quisiera yo poder llorar como vos, pero debo tragar mis propias lágrimas por mi condición de Rey y Soberano de lo que queda de España... Pero si en algo os consuela, os diré que no fueron Antonio Nariño, Santander ni Bolívar los libertadores de vuestra amada patria. Bolívar no fue más que un instrumento de la fatalidad que hizo todo esto posible y que facilitará que continúe anidando el espíritu separatista en el alma de algunos españoles que no vacilarán en levantar, en siglos por venir, y así lo presiento, el arma homicida contra sus hermanos en este menguado pedazo de suelo que nos queda... —Al «Rey Deseado» se le aguaron los ojos que, entre triste y contrito por sus inmensos desaciertos, clavó en el vacío. Habiéndose interpuesto un largo silencio entre los dos, don Joaquín hubo de romperlo con unas últimas palabras pronunciadas como un susurro:

—Os dejaré descansar, Majestad, de este cuento que todavía no termina y que si me lo permitís, volveré sobre él el día que dispongáis. Sabed que España debe un monumento a sus hijos caídos en América... —En ese momento, la Guardia Real, afuera y en el patio de armas, entonó la *Marcha Granadera* y se oyeron las voces de mando del oficial que dirigía la marcha y que ambas, voces y marcha, se fueron apagando en la distancia como España se apagaba para la Historia.

Eran las cinco y media de la tarde del 12 de septiembre de 1829 y las sesiones del Rey con don Joaquín habían durado, si bien intermitentemente, desde el día 6 después del accidente de dos días antes. Antes de retirarse, empero, fue Su Majestad quien interpeló a don Joaquín para hacerle una singular como inusual invitación:

—Antes de marcharos y de volver a concertar una nueva entrevista para que continuéis con vuestro relato, quisiera que me acompañarais al coro de la Iglesia para orar, porque hasta mis

hermanos, con Carlos María Isidro a la cabeza, se han levantado contra mí... Deseo fervientemente orar por este pedazo de suelo que nos queda... —Ambos, don Joaquín y el Rey avanzaron hacia la enorme Iglesia de El Escorial y permanecieron sentados y en silencio, el uno al lado del otro, sin que entre los dos se cruzase mirada o susurro alguno.

El Rey parecía embebido en sus pensamientos y así permaneció por espacio de hora y media. Luego se arrodilló, pero al cabo de unos minutos de permanecer en actitud de súplica, don Fernando VII, Rey de un imperio dividido y mutilado, pareció tambalearse y, aunque nos cuenta don Joaquín que quiso sostenerlo, perdió el equilibrio y su pesada humanidad cayó al suelo. Ante las voces de alarma dadas por don Joaquín, acudieron al punto guardias, pajes y por último los médicos, quienes practicaron de inmediato la infalible sangría que según la ciencia moderna era capaz de remediar el escorbuto, el cólico miserere, el beriberi, el vómito negro y hasta el mal de la altura, que los indios llamaban «soroche». Luego de veinte minutos y de auxilios de pañuelos empapados en alcohol sobre su nariz y profuso derramamiento de sangre el Rey dio señas de volver en sí, por lo que fue conducido a sus habitaciones. A las seis y media de la tarde don Marcelo Sánchez Rebotó, Ministro de Estado y del Despacho, y don Pedro Castelló, Cirujano de Cámara, firmaban el parte correspondiente a la salud del Rey en el que descartaban cualquier lesión orgánica producida por el vahído. Nadie atribuyó el desmayo a la profunda congoja que embargaba al monarca en aquellos aciagos días en que los últimos estertores de la revolución azotaban el continente americano y España perdía ya toda esperanza de reconquista o reconciliación.

Hacia las fechas mencionadas al Rey por don Joaquín, es decir octubre de 1816 con los últimos fusilados en Santa Fe por don Pablo Morillo, Bolívar llevaba 2.068 asesinatos en su haber (evidentemente sin fórmula de juicio), sin contar los 40 soldados fusilados por desertión el 20 de mayo de 1814 en las cercanías de Carabobo, ni otros en el Valle de Upar en 1812, los cuales iban a aumentar en los años por venir. Tiempo después, refiriéndose a la tenaz resistencia que los pastusos le opusieron al sur de la Nueva Granada, Bolívar iba a decir y a hacer: «Los pastusos deben ser aniquilados y sus mujeres e hijos transportados a otra parte, dando aquel país a una colonia militar».

El balance global no podía ser más aterrador: cientos de miles de desplazados y refugiados; miles y miles de muertos y heridos en combate; miles y miles de asesinados; pueblos fantasma; campos asolados; ciudades destruidas; riqueza esfumada en la conflagración. Morillo, por su parte, había confirmado 159 ejecuciones, previa sentencia judicial (exceptuando 37 fusilados por actos flagrantes o barbarie) y confirmado cientos de excarcelados sin ella. Muchos más subieron al cadalso en los años por venir, de acuerdo con la ley. Cuando el último libertador fue fusilado en el año del Señor de 1816 alguien se atrevió a escribir sobre un muro recién pintado de blanco las siguientes palabras: «Gracias Morillo por libertarnos de nuestros libertadores».

## **La otra orilla de la Historia**

Fueron estos los hombres que, antes de morir y sin decirlo a nadie, enterraron en la otra orilla

de la Historia los códices que contenían los secretos de la grandeza, las sílabas impronunciables de la gloria y el índice que guiaba hacia el alfabeto perdido de la buena ventura. Muchos han seguido buscándolos y han cavado y cavado, sin descanso.

La hora de las tinieblas del Imperio Español iba a llegar, poco después, detrás de las cabalgaduras de la Muerte, porque nadie volvió a encontrar los códices enterrados de la grandeza.

## Bibliografía comentada

- ACEVEDO Y GÓMEZ, José, «Escritos», *Boletín de Historia y Antigüedades*, tomo XVI, n. 192, Academia Colombiana de Historia, Bogotá.
- ACOSTA DE SAMPER, Soledad, *Biografía del General Antonio Nariño*, Bogotá, 1910.
- ALCÁNTARA HERRÁN, Pedro, «Carta a Don Pedro Fernández Madrid, de 7 de junio de 1869 en la que le relata el estado de ánimo de los capitalinos poco antes de la entrada de Pablo Morillo a Santa Fe», *Vida de Herrán*, Biblioteca de Historia Nacional, vol. III, 1903.
- ANDRÉS-GALLEGO, José, *La esclavitud en la América española*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2005. Es un magnífico libro para estudiar el esclavismo en la América española. De allí he tomado citas que señalan las fechas más antiguas en que los jueces juzgaban las quejas de los esclavos (1596 y 1665), según expedientes encontrados. La cita sobre el derecho de los negros a comprar su libertad proviene de este libro que, a su vez, cita la Real Cédula de Carlos III de 1768 sobre el particular. No dejo de reparar las discrepancias existentes entre el número de esclavos importados a la América que trae este libro con lo que dice el marqués de Vadillo (consúltese abajo); la diferencia consiste en que el primero trata del número importado y el segundo del número existente en diversas provincias españolas.
- ANNA, Timothy, *España y la Independencia de América*, traducción de Mercedes e Ismael Pizarro, Fondo de Cultura Económica (EFE), México, 1986.
- ARBOLEDA, Gustavo, *Diccionario Biográfico y Genealógico del antiguo departamento del Cauca*, Biblioteca Horizonte, Bogotá, 1962.
- AUSTRIA, José de, *Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela*, Caracas, 1855. En la página 242 se encuentra el relato de este coronel, testigo de la batalla de Araure, donde cuenta de la manera más cándida, que «frescas las crueldades cometidas en Barinas, Guanare, Barquisimeto y Puerto Cabello, fueron allí mismo ejecutados un considerable número de prisioneros». Vicente Lecuna, historiador bolivariano, los determina en número de 600.
- BELVER, José, «Fusilamiento de Camilo Torres», *Papel Periódico Ilustrado*, 1881. Narra cómo fue el fusilamiento de este prócer en la Plaza Mayor de Bogotá.
- BOLÍVAR, Juan Vicente, «Carta a Simón Bolívar, 6 de mayo de 1810», Archivo de Manuel Landaeta Rosales, tomo 65, expediente de Josefa Tinoco, folio 118. Referencia tomada del libro *La criolla principal* de Inés Quintero, Aguilar, Bogotá, Colombia, 2008.
- BOLÍVAR, María Antonia, «Carta a la Real Audiencia de Caracas, Curazao, 28 de agosto de 1816», *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, n. 131, T. XXXIII, julio-septiembre, pp. 324-326. En esta carta María Antonia plantea su defensa sobre la base de que el apellido Bolívar no es suficiente prueba de deslealtad contra ella.
- , «Carta al Rey de España, 14 de febrero de 1819», Archivo Nacional de Cuba, Asuntos Políticos, Legajo 17, n.º 5, La Habana.
- BOLÍVAR, Simón, «Carta a Josefa María Tinoco, 27 de julio de 1812», *Obras completas*, editorial Lex, La Habana, tomo I, p. 34. Referencia tomada del libro *La criolla principal* de Inés

- Quintero, Aguilar, Bogotá, Colombia, 2008. También se tomó de este libro (sin referencia alguna) la cita de la carta de Juan Vicente Bolívar a su hermano Simón en la que le recomienda sus hijos.
- , *Obras completas*», tomos I, II, III, IV, V, Ediciones Fundación para la investigación y la cultura, Bogotá, 1979. En esta obra se encuentran referencias importantes sobre el pensamiento político del Libertador. En el vol. I, p. 394, se puede comprobar que Bolívar auspiciaba la ferocidad que se debe tener en la guerra para alcanzar la victoria. Comprueba que tampoco nunca se arrepintió de sus crímenes y los justificó con el utilitarismo en la guerra y la filosofía de que «el fin justifica los medios».
- BOUSQUET, Georges H., *A French View of the Netherland's Indies*, Oxford University Press, Londres, 1944. Interesa su opinión en el sentido de que los holandeses, después de tres siglos de presencia en las Indias Orientales, no habían fundado universidad alguna.
- BROUGHMAN, Henry Peter, Barón Broughman and Vaux, *An Inquiry Into the Colonial Policy of European Powers*, E. Balfour, Edimburgo, 1803, 2 volúmenes.
- CABALLERO, José María, *La Patria Boba*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1909.
- , *Diario de la Independencia*, Editorial Gotas de Tinta. Hace referencia a las rogativas hechas en Santa Fe «por el buen éxito de las armas en Cartagena» en el tiempo en que los emisarios enviados a la capital rogaban por ayuda a las autoridades.
- CALDAS, Francisco José, Carta autógrafa cuyo original reposa en el Museo de Casa Valencia en Popayán, Colombia, en la que se despide de su mujer y entrega su alma a Dios.
- CAPPA, Ricardo, *La Inquisición española*, <https://ia600301.us.archive.org/4/items/lainquisicinesp01cappgoog/>, p. 84: «La acusación anónima no tenía, generalmente hablando, valor ninguno... El filósofo Rancio, en su carta apologética del Santo Tribunal, dice: viene una delación; como si no hubiera venido. Sobreviene otra; aún no es tiempo. Llega la tercera o se agregan vehementes indicios; todavía hay que consultar si resulta crimen. Para ello se remitía un breve extracto de la delación firmada a teólogos para que la juzgaran, sin que supieran ni quién era el delator ni quién el delatado; de este modo solo examinaban la cosa en sí, sin compromiso de personas... al delatado no se le molestaba en nada, y ni aun sabía de qué había sido objeto... Si los pareceres de los calificadores discordaban, se daba la delación a otros nuevos para que dirimieran...».
- CARO, Miguel Antonio, «A la estatua del Libertador», poema que expresa en oda heroica la admiración a Bolívar.
- CASTELLANOS, Juan de, *Historia del Nuevo reino de Granada*, 1886, citado por Henao y Arrubla en *Historia de Colombia*. Tienen particular interés las costumbres y vida social de Santa Fe de Bogotá en su capítulo «El régimen colonial».
- CHANDLER, David., *Las campañas de Napoleón*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005. Este ha sido un invaluable libro de consulta para entender la estrategia y tácticas de Napoleón durante el período que va de 1808 a 1814.
- CORRALES, Manuel Ezequiel, *Documentos para la Historia de la provincia de Cartagena de Indias*, tomo II. En este tomo hay un listado de emigrados de Cartagena durante el sitio de

- Pablo Morillo y el nombre de Juan Nepomuceno Eslava aparece allí.
- DELACROIX, Luis Perú, *Diario de Bucaramanga*, Bogotá, 1945. En la p. 225 narra este autor, y edecán de Bolívar, el episodio que, según él, se lo narró el propio Libertador sobre el invento del cuento de Antonio Ricaurte para dar ánimo a sus tropas. Bolívar asegura que Ricaurte murió de un balazo y de un lanzazo, y no de haber hecho explotar el polvorín de San Mateo, con españoles y todo y él dentro, para que no fuese tomado por los realistas.
- DÍAZ, José Domingo, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, Madrid, 1829. Es interesante anotar que este historiador confirma los asesinatos de Caracas cometidos durante la dictadura de Bolívar en agosto de 1813. También confirma el rescate de los 36 quintales de plata entregados por Bolívar a Ribas, cuando este último perdió la batalla de Maturín.
- DUCOUDRAY-HOLSTEIN, Henry, *Memoirs of Simon Bolivar, President Liberator of the Republic of Colombia; and of his Principal Generals; Comprising a Secret History of the Revolution and the Events Which Preceded it From 1807 to the Present Time*, Goodrich & Co., Boston, 1830. Confirma este historiador el hecho de que tras la traición de Bolívar a Miranda en La Guaira, el capitán del barco no permitió que Bolívar subiera a bordo para embarcarse a Curazao. Este excepcional testigo de muchos acontecimientos acerca del Libertador, narra que el padre Marimón y el presidente Amador de Cartagena se entrevistaron con Bolívar en La Popa para pedirle que uniera sus fuerzas a las de Cartagena para luchar contra Morillo, pero el Libertador prefirió huir hacia Jamaica.
- DUFOUR, G., *La guerra de la Independencia*, Historia 16, Madrid, 1989.
- EDWARDS, Bryan, *The History, Civil and Commercial, of the British Colonies in the West Indies*, G. and W. B. Whitaker, Londres, 1819. 5 volúmenes.
- ESDAILE, Charles, *The Peninsular War, A New History*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003. Parafraseo lo dicho por el general francés Dupont, derrotado en la batalla de Bailén, y las del general Castaños cuando ambos se encontraron en el campo de batalla. Esdaile toma la anécdota de H. R. Holland, *Foreign Reminiscences*, libro publicado en Londres en 1850 por H. E. Holland.
- ESPINOSA, José María, *Memorias de un abanderado: Recuerdos de la Patria Boba, 1810-1819*, El Tradicionalista, Bogotá, 1876.
- FARTO, Manuel María, «Relación», *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. XX, Academia Colombiana de Historia, Bogotá. Aquí se encuentra una interesante crónica dejada por este testigo presencial sobre los acontecimientos del 20 de julio de 1810. Farto era empleado de la secretaría del Virreinato a tiempo de estos acontecimientos.
- FERRER, Melchor y FERRER, Domingo, *Historia del tradicionalismo español*, tomo I, Ediciones Trajano, Sevilla, 1941. En las páginas 192-200 se encuentra un interesante recuento sobre las actuaciones de la Tercera Regencia.
- FLÓREZ DE OCARIZ, Juan, *Genealogías del Nuevo Reyno de Granada*, Editorial Nelly, Bogotá, 1955. Publicación del Archivo Nacional de Colombia.
- GALÁN, Ángel M., *Vida de José Antonio Galán*, Colombia, 1905.
- GALLO, Max, *Napoleón*, Planeta, Barcelona, 1998. Libro valiosísimo para entender la psicología que animaba los actos del Emperador.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, *La guerra de la independencia*, Arlanza Ediciones S. A., Madrid, 2008.

GONZÁLEZ, Juan Vicente, *Biografía de José Félix Ribas*, París, s/f. En las páginas 98 y 99 se encuentra narrada la «fría premeditación» que hubo para asesinar a los prisioneros españoles de Caracas y La Guaira. Este historiador, contemporáneo de Bolívar, nos narra asombrosos actos de crueldad mandados a ejecutar por orden del Libertador. Véanse también las pp. 128, 132 y 133 sobre la forma en que fueron ejecutados por orden de Bolívar los 1.200 prisioneros de esas plazas y de Valencia. También ha dejado constancia de la orden del Libertador de asesinar «a todos los europeos y canarios», orden impartida desde Caracamate en noviembre de 1812, orden que no fue cumplida por José Félix Ribas. Juan Vicente González recoge los partes n. 119, 123 y 126 que envía Juan Bautista de Arismendi a Bolívar, que dan cuenta de los asesinatos por él presididos en La Guaira y Caracas entre el 12 y el 15 de febrero de 1814 (ver también *José Félix Ribas*, Caracas, Ministerio de Educación Nacional de Venezuela, 1949). Fuente importante usada por el cronista es la *Gaceta de Caracas*.

Véase también *José Félix Ribas*, Ministerio de Educación Nacional de Venezuela, Caracas, 1949. Narra con singular patetismo la muerte del general José Félix Ribas a manos de sus captores el 31 de enero de 1815. Su cabeza fue fritada en aceite.

GONZÁLEZ BERNARDO DE QUIRÓS, Pilar, «Sociabilidad y opinión pública en Buenos Aires (1821-1852)», en *Debate y Perspectivas, Cuadernos de Historia y Ciencias Sociales*, Fundación Mapfre Tavera. Se encuentra un interesante estudio de Pilar González sobre los periódicos bonaerenses en tiempos de la revolución independentista, de donde se ha tomado el decreto de octubre de 1822 que introduce una nueva represión en la libertad de prensa. La revista, en general, provee una serie de reflexiones interesantes sobre la evolución de la libertad de prensa en América y España.

GRAHAME, James, *The History of the Rise and progress of the United States of North America: Hill the British revolution in 1688*, Longman, Rees, Orme, Brown and Green, Lodres, 1827. Da cuenta de la encomienda de Inglaterra a Cabott en 1495 sobre el mantenimiento de la exclusividad comercial para Inglaterra de todos los países que descubriera.

GROOT, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, Biblioteca de Autores Colombianos, Bogotá, 1953. Aquí se encuentran datos interesantes sobre la financiación de las expediciones revolucionarias financiadas por Cundinamarca en la Nueva Granada, la penuria fiscal, las tropelías de los venezolanos, las medidas restrictivas y dictatoriales de la República y el recibimiento a brazos abiertos de la reconquista española.

GUERRERO MISA, Luis Javier *et alii.*, *Estudios sobre la Guerra de la Independencia española en la Sierra de Cádiz*, Consejería de Gobernación y Justicia de la Junta de Andalucía. Dirección General de Administración Local, Junta de Andalucía, 2012. Colaboran: Asociación Papeles de Historia (n. Ref: 596068). Grupo de Investigación Sierra de Cádiz: historia, patrimonio, cultura (UNED, G1511H34). Coordinación editorial: Cristóbal del Río Tapia. Consejería de Gobernación y Justicia Textos: Luis Javier Guerrero Misa, Antonio Morales Benítez, Fernando Sígler Silvera. Estos autores dicen que la guerra de España contra la invasión Napoleónica fue una verdadera Guerra Mundial.

GUINASI MORÁN, Alfredo, *Estudios Históricos*, Arequipa, 1918. En la p. 35 se encuentra, en las

*Memorias* de José Trinidad Morán, la narración que este hace de la renuncia de Bolívar a la jefatura suprema el 6 de julio de 1814, cuando ya los ejércitos de Boves se aproximaban a Caracas. También nos narra el terrible éxodo de 20.000 almas que huyeron de Caracas por los montes hacia el mar.

GUTIÉRREZ PONCE, Ignacio, «Vida de Ignacio Gutiérrez Vergara. Cartas de José Gregorio Gutiérrez de agosto de 1810», Bogotá, 1900. En estas cartas se relata el estado de anarquía que vive la capital del Reyno en las jornadas siguientes al 20 de julio de 1810.

HENAO, Jesús María y ARRUBLA, Gerardo, «Historia de Colombia», Carta de 15 de febrero de 1777 del virrey Flórez a don José de Gálvez, Ministro de Indias. Se encuentra la alocución del capitán general Montalvo dirigida al pueblo de Cartagena la víspera de las ejecuciones de los cabecillas de la revolución.

HEREDIA, José Francisco, *Memorias sobre las Revoluciones de Venezuela*. París, 1895. Está citado por Salvador de Madariaga en la p. 327-328 de su libro *Bolívar*, ya referenciado en otra parte, quien narra la traición de Bolívar a Miranda en La Guaira, según testimonios salidos de la boca de sus otros dos compañeros de conjura. También nos da la primicia de que Bolívar mudó de parecer frente al proceso revolucionario y quiso enlistarse en el ejército de Wellington para libertar a España del yugo napoleónico, una vez consumada la traición y fugado a Curazao.

HERNÁNDEZ DE ALBA, Guillermo, *El proceso de Nariño a la luz de documentos inéditos*, Editorial ABC, Bogotá, 1958.

JIMÉNEZ MOLINARES, Gabriel, *Los mártires de Cartagena de 1816*, tomo II, Edición Oficial, Cartagena, 1947. Es fuente inestimable para conocer de cerca los padecimientos de los habitantes de Cartagena durante el sitio de Pablo Morillo en 1816. Tiene particular interés el golpe fraguado por el venezolano Bermúdez contra José María del Castillo y Rada y las extensas citas que hace de las *Memorias* de O'Leary, edecán de Bolívar y testigo presencial de muchos acontecimientos de las guerras de Independencia, incluyendo el sitio de Cartagena adelantado por Pablo Morillo. Es también interesante anotar que Jiménez Molinares hace una lista completa de los testigos citados por el alcalde Eduardo Llamas a declarar contra los reos procesados en Cartagena.

JIMENO, Rodolfo, *Las leyendas y el padre Las Casas*, Editor Vasallo de Mumbert, Madrid s/f. Este libro fue premiado por «Premio de la Hispanidad Ramiro de Maeztu». De aquí extraigo la cita de Charles F. Lummis, editor, quien juzga las leyes españolas a favor de los indios como insuperables por Inglaterra y los Estados Unidos.

KING, Robert J. En un artículo publicado en Sabretache, 1 de junio de 2003, King nos detalla los planes británicos de subvertir el continente americano contra España. En particular, destaco las invasiones de 1806 y 1807 a Buenos Aires y los planes de poner al mando de Wellington una nueva fuerza expedicionaria que tuviera el éxito que las anteriores no tuvieron. La invasión napoleónica a España en 1808 dio al traste con estos planes.

LA PARRA, E., *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Tusquets, Barcelona, 2004.

LARRAZÁBAL, Felipe, *Vida del Libertador Simón Bolívar* (sin más referencias). Libro citado por Salvador de Madariaga en su biografía de Bolívar. De esta cita se extrae la confirmación de

- los 36 quintales de plata entregados por Bolívar a Ribas. Es de anotar que la fuente de Larrazábal es el general Mariño, a quien conoció personalmente. Larrazábal también nos refiere las palabras de Camilo Torres, quien, en nombre del congreso granadino, exonera a Bolívar de las acusaciones de que fue objeto por su conducta en Venezuela. Esto último está citado por Vicente Lecuna en su *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, v. I, pp. 355-356.
- LECUNA, Vicente, *Proclamas y discursos del Libertador*, Caracas, 1939. Este es un excelente recurso investigativo de todo cuanto escribió el Libertador, incluidas las cartas amenazantes a Santa Fe.
- , *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, The Colonial Press, Nueva York, 1950. En este libro se detallan las campañas de Bolívar con gran minuciosidad y es útil para entender todos los movimientos que lo llevaron a los grandes fracasos y a las grandes victorias. No obstante, es obsequioso y pródigo en ocultamientos en cuanto al carácter, temperamento y hechos bochornosos de la vida del Libertador.
- LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, Intermedio Editores, Guadalajara, 2004. Algunos de los relatos de lo acaecido el 20 de julio de 1810 y referidos como publicados en *El Diario Político*, están sacados de este libro que su autor referencia como perteneciente a la Biblioteca Popular, sin ningún otro detalle. Abstracción hecha de sus tendencias e interpretaciones marxistas, este autor emplea referencias bibliográficas de gran utilidad para consulta y contraste de acontecimientos.
- , *Bolívar*, Intermedio, Bogotá, 2001. En la p. 136 nos presenta el comentario del brigadier Joaquín Ricaurte y en el juicio sumario que se le hizo a Bolívar en Tunja, a finales de 1814, por sus asesinatos y conducta militar en Caracas.
- LLAMOZAS, José Ambrosio, «Memoria presentada al Rey», *Boletín de la Academia de la Historia* (Venezuela), n. 71. En esta memoria el capellán de Boves narra las atrocidades cometidas por este individuo y su sed de sangre. Fueron publicadas por Vicente Lecuna.
- LUCENA SALMORAL, Manuel, *Memorial de don Salvador Plata y los movimientos antirreformistas*, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Universidad de Murcia, 1982.
- LUVAS, Jay, *Napoleon on the Art of War*, Nueva The Free Press, York, 1999. La cita que recojo de Napoleón sobre que «España es una gran potencia» proviene del libro *Pablo Morillo* de Gonzalo Quintero Saravia, quien, a su vez, la recoge del citado autor en «Nota sobre la situación política y militar de nuestros ejércitos en el Piamonte y España».
- MADARIAGA, Salvador de, *El auge y el ocaso del Imperio Español en América*, Espasa-Calpe, Madrid, 1979. En el capítulo XVI de este libro se encuentran unas valiosas observaciones del barón de Humboldt sobre los niveles de vida de los súbditos españoles en comparación con los de otras naciones. También en el capítulo XII se pueden encontrar comparaciones diversas e interesantes, incluido el testimonio de Thomas Gage de 1677 sobre la riqueza de Méjico.
- , La investigación de este autor sobre la vida de Francisco de Miranda es digna de tenerse en cuenta. El caso del contrabando está ampliamente documentado por las pesquisas que hiciera en el Archivo General de Inglaterra (Public Records Office), F. O., 71, pp. 97, 113-114, 77-78, y C. O. 137/84, folios 77, 80, y sobre la apropiación indebida de Miranda de los dineros

- de la Real Hacienda. De este libro extraigo la carta que Bernardo de Gálvez enviara al general Juan Manuel de Cagigal en la que le dice ha de destruir los papeles que encuentre en los incautados a Miranda que lo perjudiquen (p. 677).
- , *Cuadro histórico de las Indias, introducción a Bolívar*, Buenos Aires, 1945. En el capítulo XL, p. 835, se encuentra una carta fechada el 24 de febrero de 1782 y dirigida por el padre de Simón Bolívar, entre otros, a Miranda en la que alude el trato ultrajante dispensado por el intendente español.
- , *Bolívar*, vol. I, Espasa-Calpe, Madrid. 1984. El capítulo III de este libro contiene notas interesantes sobre las costumbres y protocolo de Hispanoamérica y, del I al III, antecedentes familiares de Simón Bolívar y de la vida licenciosa de su padre. En la p. 271 se encuentra la carta que Bolívar escribiera a la Junta Suprema de Caracas sobre su misión en Londres, 3 de mayo de 1810, en la que se demuestra que acusó a su amigo Emparán de afrancesado para ganarse la buena voluntad de los ingleses. Cito también algunas de las acusaciones que hace a Bolívar el pueblo emigrado a isla Margarita y que este autor cita de Yánes en su *Relación Documentada*, p. 225 y en Madariaga, pp. 437-439. Madariaga también relaciona las cartas que escribe el gobernador Hodgson a Bathurst el 27 de septiembre de 1812 y a Monteverde el 25 del mismo mes, en las que les informa sobre la plata robada a las iglesias de Puerto Cabello y que Bolívar embarcó para Curazao. En la p. 422 se encuentra un dato curioso, y es una carta que el almirante Flemming escribe a Peña, fechada en Valencia el 16 de marzo de 1830, en la que le cuenta que Bolívar propuso al arzobispo Croll y Pratt hacer las paces con Boves a condición de que lo hicieran Virrey de Venezuela.
- MARTÍNEZ DELGADO, Santiago, *El General*, 1829. La descripción que se hace del general Simón Bolívar se le atribuye al general Páez.
- MEDINA, José Toribio, *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Lima*, Santiago, 1887. En el capítulo XXVI, vol. II, p. 355, Feijoo hace una lista parcial de algunos de los cargos públicos y eclesiásticos ocupados por elementos criollos de las Américas.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Historia de España, la España de Fernando VII*, t. XXXII, Espasa-Calpe, Madrid, 1999. Reproduzco carta de Fernando VII a Napoleón en la que le manifiesta sus deseos de que lo considere como su hijo adoptivo y le ofrece su obediencia (p. 83). En este libro aparecen muchos de los documentos citados referidos a la Asamblea reunida en Bayona y diversas cartas de Napoleón y Murat que delatan sus intenciones.
- MÉRIDA, Rafael Diego, «Informe del Secretario de Gracia, Justicia y Policía», *Boletín de la Academia de Historia (Venezuela)*, n. 18. En la p. 664 se encuentra la petición de que se degüelle a los prisioneros españoles.
- MESSORI, Vittorio, *España, la Inquisición y la Leyenda Negra*, <http://www.mercaba.org/IGLESIA/Messori/Leyendas-negras-Messori-3.pdf>. Sobre el supuesto holocausto español contra los indígenas, véase lo que dice este escritor: «En los cincuenta años que van de 1509 a 1559, es decir, en el período de la conquista desde Florida al estrecho de Magallanes, los españoles que llegaron a las Indias Occidentales fueron poco más de quinientos por año. En total, 27.787 personas en ese medio siglo».
- MIRAMÓN, A., *Nariño, una conciencia criolla contra la tiranía*, vol. 21, Bogotá, 1960. De este

- libro se extrae la carta de Antonio Nariño a Pedro Fermín de Vargas en la que le relata sus estupendas condiciones de vida en la finca La Milagrosa en calidad de detenido.
- MORÁN, José Trinidad, «Memorias», transcritas por su nieto Alfredo Guinassi Morán en el libro *Memorias del general Trinidad Morán*, Arequipa, 1918. En la página 36 da cuenta del éxodo de Caracas. En estas Memorias nos narra también el caos existente en Caracas después de la segunda batalla de La Puerta en la que el Libertador es derrotado.
- MORILLO, Pablo, «Proclama a los soldados de la Primera División del 4.º Ejército», 1 de julio de 1813, Cuartel General de Ronsesvalles. Citada por Antonio Rodríguez Villa en *El teniente general don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, marqués de La Puerta*, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid, 1910. Pueden verse la proclama que hiciera Morillo a sus hombres para evitar el pillaje al entrar en Francia y la carta que dirigiera al general Freyre el 21 de diciembre de 1813 quejándose de las condiciones a que sus tropas eran relegadas por los ingleses.
- , «Carta enviada a doña Beatriz O'Donnell Anethan el 6 de septiembre de 1816 en la que le manifiesta que hará lo posible por salvar la vida a su esposo Manuel de Pombo Osorio, uno de los signatarios del Acta de Independencia de 1810». Cortesía del señor Santiago Pombo, por conducto de Carlos Felipe Castrillón Muñoz, marqués de San Juan de Rivera.
- , «Despacho al Ministro de la Guerra», Santa Fe, 31 de agosto de 1816, donde hace el recuento de sus penalidades atravesando la Nueva Granada. Real Academia de la Historia. Sig. 9/7656, leg. 13, a.
- , «Proclama a sus tropas en Cartagena de Indias», fechada en 15 de enero de 1816, Real Academia de la Historia, Sig. 9/7650, leg. 7.
- , «Manifiesto que hace a la nación española el general Don Pablo Morillo, Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta y General en Jefe del Ejército Expedicionario de Costa Firme, con motivo de las calumnias e imputaciones, atroces y falsas, publicadas contra su persona en 21 y 28 de abril del mes último en la Gaceta de la Isla de León bajo el nombre de Enrique Somatar», Caracas, 1820. Impreso en la oficina de D. Juan Gutiérrez, año 1820 y reproducido por Luis Cipriano Rodríguez, Mérida, abril de 1973. Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.
- , *Memorias*, Chez P. Dufart, Libraire, Quai Voltaire, número 19, París, 1826. Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá. De estas memorias se han tomado, principalmente, las proclamas que lanzara el general Morillo a los pueblos de la Nueva Granada y Venezuela.
- MOSQUERA Y FIGUEROA, Joaquín de, «Memorias de la Independencia dichas al oído del Rey», segunda parte de los apolillados y carcomidos manuscritos extraídos del baúl de los recuerdos de la tía Marta. Fecha aproximada 1829.
- OBREGÓN, Esquivel, *Influencia de España y Estados Unidos sobre Méjico*, Madrid, 1918. Este libro da una idea comparativa entre los niveles de vida a finales del régimen español y los niveles de vida un siglo más tarde, en plena República.
- ORTEGA RICAURTE, Enrique, *Cabildos de Santa Fe de Bogotá*, vol. XXVII, Publicaciones del Archivo Nacional de Colombia, Imprenta Nacional, Bogotá s/f.
- OTS Y CAPDEQUI, JOSÉ María, *Las instituciones del Nuevo Reino de Granada al tiempo de la Independencia*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1958.

- PÉREZ DE VILLANUEVA, Joaquín y ESCANDELL BONET, Bartolomé (directores), *Historia de la Inquisición en España y América*, 2.<sup>a</sup> Edición, B. A. C., Madrid, 1984. En las pp. 1.468-1.474 hay un magnífico resumen de las posturas anticatólicas de algunos de los diputados a las Cortes de Cádiz.
- PÉREZ GALO, René, *Sin temores ni llantos, vida de Manuelita Sáenz*, 2005. Documento PDF del que extraigo la carta que Vicente Rocafuerte le envía al ministro de relaciones de Méjico Juan de Dios Cañedo el 28 de septiembre de 1828 sobre la ambición que mueve a Bolívar. Está tomada de Carlos Landázuri Camacho, *Epistolario de Vicente Rocafuerte, Estudio y Selección*, vol. 1, Banco Central del Ecuador, Quito, s/f., p. 75.
- POSADA, E., *Proceso histórico del 20 de julio*, Bogotá, 1960. Aquí se encuentra la carta que Camilo Torres enviara al Oidor de Quito, Ignacio Tenorio, fechada el 29 de mayo de 1810 en la que le plantea el sistema de gobierno federalista angloamericano.
- , e IBÁÑEZ, P. M., *El Precursor*, vol. 2, Biblioteca de Historia Nacional, Bogotá, 1963. De este libro se toman los datos referentes a la prisión de Nariño en Cartagena y su situación personal, todo ello fundamentado en sus propios escritos.
- POWELL W., Philip, *Árbol de odio*, Ediciones Iris de Paz, Madrid, s/f. De este libro he tomado la cita del folleto impreso por los holandeses en el que acusan a Felipe II de asesinar a su hijo, así como los dos folletos anti-español de los ingleses. Este libro constituye un importante hito en su investigación sobre los orígenes de la Leyenda Negra.
- QUEIPO DE LLANO, José María, conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid. 1953. Este autor nos presenta un interesante compendio de datos financieros que nos hacen deducir que el 55 por ciento de los ingresos de la Metrópoli en 1810 provenían de América. Tales ingresos caen vertiginosamente a partir de este año por causas de la guerra que azotaba las provincias americanas. Así, en 1811, los ingresos caen al 35 por ciento y en 1812 a solo el 10,8 por ciento (ver pp. 306 y 398).
- QUINTERO, Inés, *La criolla principal. María Antonia Bolívar, la hermana del Libertador*, Aguilar, Bogotá, 2008. Es una interesante investigación sobre la vida de María Antonia Bolívar, particularmente porque resalta la tragedia familiar auspiciada por las guerras de su hermano y el espíritu realista que la asistió. De este libro he tomado lo concerniente a la suerte de los familiares cercanos a María Antonia, así como el hecho de que María Antonia tuvo dos hijas de unas relaciones adúlteras que sostuvo entre 1806 y 1810, antes de la Independencia. Inés Quintero investigó este asunto en el archivo de Landaeta Rosales, quien hace constar que esta información consta en documentos revisados por él mismo y del propio libro particular de la difunta, vendido a un señor Witzke, «uno de los compradores de las minas de Aroa». Una pista importante sobre el particular la da el cónsul británico Robert Ker Porter, quien entre otras cosas, pone en evidencia que María Antonia se enamoró a la edad de sesenta años de un joven criollo a quien entregó unos 8.000 dólares y varias medallas de oro de su hermano, por los «servicios» a ella prestados. En su anotación, Porter habla de que ella había producido «un par de bolivarianos espurios». Ver pp. 174-182.
- RESTREPO, José Manuel, *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América*

- Meridional, vol. 1*, Besanzon, 1858, vol. 1. Este historiador nos da cuenta, en la p. 313 de este tomo, de los primeros asesinatos de españoles cometidos, por imitación de venezolanos, en la Nueva Granada por el gobernador de Mariquita, León Armero. Narra también los 16 asesinatos de españoles cometidos en Honda por León Armero, capitán venezolano. José Manuel Restrepo nació en 1781, fue político, historiador e investigador. Fue diputado por Antioquia de las Provincias Unidas de la Nueva Granada de 1811 a 1814. Su *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*, se basa en documentos auténticos de la época. Murió en 1863. En el vol. 2 este historiador cita los asesinatos cometidos por los lugartenientes de Bolívar durante la Guerra a Muerte en Caracas, agosto de 1813. También cita a O'Leary en cuyas *Memorias* narró los asesinatos de cinco españoles cometidos por Urdaneta en la Nueva Granada y el grado de indignación que provocaron. Narra también los excesos cometidos por las tropas de Bolívar en la toma de Santa Fe y el saqueo de la ciudad, bajo sus órdenes. Restrepo es una fuente importante para conocer de cerca los padecimientos de los cartageneros durante el sitio iniciado por Pablo Morillo.
- RESTREPO SÁENZ, José María, *Genealogías de Santa Fe y Bogotá*, Librería Colombiana, Bogotá, s/f.
- RIVADENEIRA, Antonio Joaquín, «Representación vindicatoria que en el año de 1771 hizo a Su Majestad la ciudad de México», Real Biblioteca, Madrid, manuscritos, II/2828, f. 1r-44r. En este texto Rivadeneira insiste en la virtual exclusividad de los cargos públicos para los americanos.
- RIVAS, Raimundo, «El marqués de San Jorge», *Boletín de Historia y Antigüedades*, n. 279, Bogotá.
- , «Los nobles de la Colonia», *Boletín de Historia y Antigüedades*, tomo IV. Bogotá.
- RIVERA, Gregorio M., «Carta del 21 de octubre de 1816 a Ignacia Valencia, tía de Pedro Felipe Valencia, conde de Casa Valencia, en la que le narra particularidades sobre su muerte», Museo de Casa Valencia, Popayán, Colombia.
- ROBERTSON, William, *Historia de América*, Sancha, Madrid, 1822. También puede verse esta notable apreciación: «Ni el temor del peligro, ni el aliciente del provecho indujo jamás a un solo español a hacer traición o a defraudar a quien había puesto en él su confianza» (lib. 8).
- RODRÍGUEZ VILLA, Antonio, *El Teniente General don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, marqués de La Puerta*, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid, 1910. Se encuentra documentación sobre la hambruna y padecimientos de los cartageneros durante el sitio de Pablo Morillo, en particular, su propia narración de tales hechos. También su contestación a los interrogatorios de Francisco Torres por su irregular ascenso a Coronel en la toma de Vigo, Galicia donde dice que se hizo «para causar más respeto al enemigo».
- RUIZ, Alexo, «Carta al Rey de España, 14 de febrero de 1819», Archivo Nacional de Cuba, Asuntos Políticos, Legajo 17, n. 5, La Habana. Alexo se dirige al Rey para dar testimonio de la fidelidad de María Antonia Bolívar.
- SALAZAR, José Abel P., *Los estudios eclesiásticos superiores en el Nuevo Reyno de Granada*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1956. En esta obra se toca la reforma educativa heterodoxa planteada por Francisco Antonio Moreno y Escandón.

- SAÑUDO, José Rafael, *Estudios sobre la vida de Bolívar*, Planeta, Santafé de Bogotá, 1995. Este libro recoge ciertos aspectos de la personalidad del Libertador y presenta importantes testimonios de personas que lo conocieron y escribieron sobre él.
- He tomado los versos del padre José Antonio de Torres de este magnífico libro sobre la vida del Libertador, a propósito de su huida de Cartagena el 9 de mayo de 1815.
- SCHUMACHER, Hemann A. Caldas, *Un forjador de cultura*, Ecopetrol, Bogotá, 1986. En este libro de encuentra la carta confidencial que Caldas dirigiera a Leiva sobre sus sentimientos acerca del sabio José Celestino Mutis (p. 88).
- SCOTT, Michael, *Tom Grigle's Log*. Libro citado sin más detalles por Eduardo Lemaitre en su *Historia General de Cartagena*, tomo III, Banco de la República, 1983. Scott describe el escenario de los fusilamientos del 24 de febrero de 1816 en Cartagena que él mismo presencié. La historia aparece también en el artículo de E. de Saldaña «Fusilamiento de los nueve mártires de Cartagena», Boletín de Historia de la Academia de Historia de Cartagena, n.º 10. Scott narra también el espectáculo de muerte después de la toma de Cartagena.
- SEVILLA, Rafael, *Memorias de un Oficial del Ejército Español*, Madrid, 1916. Este capitán narra con lujo de detalles la composición del ejército expedicionario a Venezuela, así como las escenas del encuentro de Morillo y Arismendi en isla Margarita en abril de 1815. Narra la entrada a Caracas de las tropas de Morillo y la recepción de que fueron objeto. Con especial dramatismo, describe la situación calamitosa en que se encontraba Cartagena tras el sitio, y menciona el permiso otorgado por Morillo a uno de sus oficiales para quedarse en Mompo y casarse con la marquesa de Santa Coa y de Torrehojos, María Josefa Isabel de Hoyos y Mier. Da impresionantes detalles del paso de las tropas de Morillo por el páramo de Cachirí, donde fue derrotado García Rovira por el coronel Calzada. Editorial América, Madrid, 1916.
- STEVENSON, William Bennet, *A Historical and Descriptive Narrative of Twenty Years' Residence in South America. Containing travels in Arauca, Chile, Peru and Colombia With an Account of the Revolution*, Hurst Robinson and Co., Londres, 1825.
- TINOCO, Josefa, «Carta a Simón Bolívar, 4 de noviembre de 1825», Academia Nacional de la Historia, Caracas, pp. 107-108.
- TORRES, Camilo, «Memorial de agravios», <http://www.es.wikisource.org>”
- , «Carta a su tío Ignacio Tenorio, Oidor de Quito, 29 de mayo de 1809», Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República. Publicación digital. En esta carta Camilo Torres expresa sus ideas revolucionarias y separatistas de España.
- TROCONIS PORRAS, Gabriel, *La magna epopeya de Cartagena*, Editorial Temis, Bogotá, 1965. Narra con lujo de detalles las penurias de los cartageneros durante el sitio puesto por Pablo Morillo. Hace un relato de las dos mil personas que salieron por la puerta de la «boca del Puente» para huir de Cartagena por mar. Un protagonista y cronista de este dramático episodio fue Lino de Pombo, quien iba «esqueleto yo, i casi moribundo por efectos de la disentería y las fiebres, con las piernas hinchadas de la rodilla al pie...» y hace el relato con lujo de detalles.
- ULLOA, Antonio de y JUAN Y SANTACILIA, Jorge (Jorge Juan), «Noticias secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los reinos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile, gobierno y régimen particular de los pueblos de indios, cruel extorsión y

- opresión de sus corregidores y curas, abusos escandalosos introducidos entre estos habitantes por los misioneros, etc. Sacadas a la luz para el verdadero conocimiento del gobierno de los españoles en la América meridional por David Barry», R. Taylor, Londres 1826. Tomado del libro *José Manuel de Vadillo y la independencia de América*, cap. VIII, Prisma Histórico, Fundación MAPFRE, 2006.
- USSÍA, Alfonso, «Romance de Alfonso Ussía al conde Rodríguez». Fracción del poema puesta al final del Epílogo.
- VADILLO, José Manuel de, «José Manuel de Vadillo y la independencia de América», Prisma Histórico, Fundación MAPFRE, Madrid, 2006. He tomado del capítulo «Hechos de los reinados de Carlos III y de Carlos IV, con que se fue promoviendo la revolución del continente americano del sur», la «profecía» que, supuestamente, le hizo el conde de Aranda, en documento confidencial a Carlos III, sobre la ingratitud que los Estados Unidos mostrarían hacia España y el próximo gigante en que se convertiría.
- En este libro se encuentran importantes cifras estadísticas sobre los negros e indios en América, así como un equilibrado razonamiento sobre su situación en la América pre-secesionista.
- VALENCIA, Guillermo, Eximio poeta colombiano de quien he tomado unos versos, en homenaje al coronel español Asín, vilmente asesinado en la hacienda de Calibío.
- VERGARA Y VERGARA, José María, *El Precursor*, vol. II, Biblioteca de Historia Nacional, Bogotá, 1903, donde se encuentran las instrucciones de las autoridades españolas para capturar a Nariño y una buena descripción del físico del Precursor. También se encuentra su testimonio de la quema de los ejemplares de los *Derechos del Hombre*, salvo dos.
- VICTORIA, Pablo, *El día que España derrotó a Inglaterra*, Áltera, Madrid, 2005. Presenta los antecedentes sobre la defensa de Cartagena de Indias contra el ataque inglés por Blas de Lezo. De este libro también tomo algunos datos consignados sobre la suerte de los negros en las posesiones británicas.
- , *España contraataca. Relato sobre la derrota del Imperio inglés en Norteamérica*, Áltera, 2007. En este libro se puede encontrar una buena semblanza de Miranda y sus vínculos con Bernardo de Gálvez, conquistador de La Florida. De este libro tomo algunos datos sobre el tratamiento que daban los británicos y los franceses a los negros en sus colonias de América, así como la política migratoria de los ingleses que llenaron de delincuentes sus colonias.
- VV.AA., «Madrid, el 2 de mayo de 1808. Viaje a un día en la historia de España», Museo del Ejército, Madrid, 1992. Contiene interesantes estadísticas sobre lo acaecido el 2 de mayo de 1808.
- VV.AA., *Historia general de España y América*, tomo XII. Rialp, Madrid, 1992. En las páginas 289-299 trae una interesante cuenta de los diputados españoles y americanos que compusieron las Cortes de Cádiz y el caos representativo que se experimentaba.
- VV.AA., *La Real Expedición Botánica del N. R. de Granada*, tomo I, Cultura Hispánica, Madrid, 1954. En las pp. 132-133 se encuentra el documento remitido a Madrid del general Pascual Enrile con el que envía los cajones que contienen el inmenso tesoro botánico salvado por Pablo Morillo de la ruina o venta a Inglaterra que pretendían los rebeldes.
- ZAMORA RODRÍGUEZ, Augusto, *Ensayo sobre el subdesarrollo*, Foca ediciones, Madrid, 2008. De

este libro tomo los datos sobre las brujas procesadas y condenadas en los países protestantes en contraste con las procesadas y condenadas en España. El autor cita fuentes que se remiten a 29 especialistas que realizaron este trabajo investigativo.

## Archivos y otras fuentes

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA (Caracas), Archivo del Generalísimo Francisco de Miranda, Negociaciones, tomo 1, folios 128-130. Se encuentra su «Propuesta como consecuencia de la conferencia mantenida en Hollywood el 14 de febrero de 1790» en la que expresa el estado de opresión en que los españoles mantienen a los americanos. En el t. III, fol. 55-62v. Se encuentra su «Proclama a los pueblos del Continente colombiano, alias Hispano-América (1801)», en la que acusa a su ex jefe militar Bernardo de Gálvez de opresión y acusa a la Corte española de haber rescindido las capitulaciones de Zipaquirá hechas con los Comuneros en 1781.

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS. En el Archivo General de Indias de Sevilla se conserva la carta firmada por el alférez real Jorge Lozano de Peralta y la certificación adjunta del escribano del cabildo de Santafé, dirigidos al rey Carlos III para dejar constancia de los actos realizados el 6 de agosto de 1760 con motivo de su proclamación como nuevo soberano.

ARCHIVO DEL GENERAL MIRANDA, 1750-1810, Caracas, Venezuela.

ARCHIVO NACIONAL DE COLOMBIA. «Sumario instruido, de orden del Virrey a Manuel García Olano, administrador de correos, por su conducta ambigua en las conmociones revolucionarias de Santafé». Año de 1782. Correos de Cundinamarca, tomo I, folios 1 al 113. «Representación de 30 de abril de 1785 a S. M., a fin de contener la persecución que sufre en su persona, causa y familia desde el año mil setecientos y cincuenta». (Documentación proveniente del archivo de José María Rivas Sacconi). Carta de Antonio Caballero y Góngora, Virrey de la Nueva Granada, al conde de Floridablanca, fechada en 1783, día y mes ilegibles, en la que le narra las medidas tomadas contra Manuel García Olano y Jerónimo de Mendoza. (Comuneros, n. 13).

BANCO DE LA REPÚBLICA. Documentos. *Proceso histórico del 20 de julio de 1810*. Bogotá, 1960. En la p. 142 se encuentran los cargos que hace la Real Audiencia de Santa Fe contra el virrey Amar y Borbón de entregar el Nuevo Reyno de Granada a José Bonaparte. Declaración de Pedro Salgar en Santa Fe del 2 al 5 de diciembre de 1809. En las pp. 77-80 se encuentra la declaración de Salgar en la que acusa a Nariño y otros de conspirar contra las autoridades constituidas. En general, este libro contiene un valioso recuento de lo que ocurría en Santa Fe previas las jornadas del 20 de julio de 1810, en particular lo que se refiere a los incidentes dentro del Cabildo.

BIBLIOTECA DE HISTORIA NACIONAL. Carta de José de Acevedo y Gómez de 21 de julio de 1810 en la que da cuenta del incidente de los Morales con Llorente y de la supuesta conspiración de Ramón de Infiesta para cortarle la cabeza a 19 ilustres neogranadinos. Vol. VII, 1910. «Proceso de Ambrosio Pisco». Vol. IV, 1905. «Relación de mando del Arzobispo-Virrey, Caballero y Góngora». Vol. VIII, 1910.

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO. «Acta de la Independencia». Tercera Sección, 20 de julio de 1810, Cabildo Extraordinario de Santa Fe de Bogotá. El original de este documento se quemó

en el incendio de las Galerías del Cabildo en 1900, pero una copia se publicó en 1872 en el *Diario de Cundinamarca*, correspondiente al 20 de julio de ese año.

BOLETÍN HISTORIAL DE LA ACADEMIA DE HISTORIA DE CARTAGENA, n. 10. Aquí se encuentra el texto completo de la sentencia del Consejo de Guerra Extraordinario que condenó a los nueve notables cartageneros a la pena máxima, así como los nombres de los oficiales que compusieron el Consejo Extraordinario y los oficiales nombrados como defensores de los presos y asignados a cada uno de ellos. También se encuentra la narración que Generoso Jaspe hace de la forma en que fueron enterrados los cuerpos de los ejecutados, ya que de niño presencié los fusilamientos. Similarmente, se encuentra la lista de fusilados en «Alrededor del 24 de febrero» del mismo autor.

DIARIO POLÍTICO DE SANTAFÉ DE BOGOTÁ, n. 2, 29 de agosto de 1810. Narra la entrada del comisionado Francisco Morales a las estancias virreinales el 20 de julio de 1810 y las tres opciones que da al Virrey.

EL CENTINELA, periódico de Buenos Aires, 29 de septiembre de 1822. Puede consultarse este periódico a efectos de la «censura previa» y el debate en torno a la utilización de la libertad, según el gobierno de turno, en este caso de Valdivia.

GACETA DE CARACAS, n. 27, 27 de diciembre de 1813, en la que se encuentran las dolidas palabras del arzobispo Croll y Prat sobre el estado de destrucción de Venezuela. El n.14 de 1815, pp. 120-121, da cuenta de los fusilados por orden de Bolívar en Caracas y La Guaira en número de 581 y 300, respectivamente, del 12 al 15 de febrero de 1814. La orden fue ejecutada por Juan Bautista de Arismendi.

GACETA EXTRAORDINARIA DE MADRID n. 124, del 5 de septiembre de 1829, en la que se da cuenta del accidente sufrido por don Fernando VII el 4 de septiembre trasladándose de San Ildefonso a El Escorial. N. 128, del 13 de septiembre de 1829 en la que se da cuenta del vahído sufrido por Don Fernando VII en el coro de la Iglesia de San Lorenzo.

ÓRGANO DE LA ACADEMIA DE HISTORIA DEL CAUCA, Popayán, año 69, n. 298, 1 de junio de 1978. En esta revista se encuentran datos curiosos sobre la ciudad de Popayán, así como la ilustre genealogía de la familia Valencia, de donde procedió el conde de Casa Valencia, Pedro Felipe, fusilado por Morillo durante la reconquista española.

PRIMER DECRETO DE LA REPÚBLICA. El 24 de septiembre de 1810, con base en el estudio encargado a don Miguel de Pombo, la Junta revolucionaria aprobó por unanimidad la abolición del estatus jurídico que otorgaba protección a los indios con la figura del «resguardo». Los resguardos estaban conformados por inmensos territorios con título de propiedad colectiva, de acuerdo con sus tradiciones, y estaban regidos por estatutos especiales que los ampararon durante todo el transcurso de la presencia española en América; dentro de este marco jurídico especial los indígenas no estaban obligados a pagar los tributos que recaían sobre el resto de la población sino a hacer una «contribución única» a la Corona, la cuarta parte de la cual se destinaba a sostener al cacique y apoyar al clero. El artículo segundo del decreto ordenaba liquidar los resguardos. Arruinados y abandonados, los indígenas se vieron precisados a ir entregando sus tierras a los ambiciosos criollos a cambio del ostentoso título de «ciudadanos» que ni habían pedido ni sabían para qué servía. Pronto se dieron cuenta de que les servía para perder todo

cuanto poseían. El esquema de reparto de las tierras indígenas fue ingenioso. A cada familia se le entregó un cuarto de hectárea, a veces media, con lo cual se crearon unos fabulosos sobrantes de tierras que fueron entregados a los patricios criollos a título gratuito y a veces en subasta pública que estaba más que concertada. Los indios terminaron con las peores parcelas: las que estaban en los riscos, en las faldas erosionadas, en las tierras más estériles, a cambio de un título de propiedad personal que poco valía. El resultado fue un brutal ensanche del latifundio que enriqueció a unos y empobreció a la mayoría. Hecho esto, y abolidas las cajas cooperativas, los usureros también se enriquecieron haciendo prestamos a los indígenas para cultivar unas parcelas que, por su escasa extensión e inadecuada situación, no eran ya productivas. Muchos terminaron entregándolas en «dación en pago».